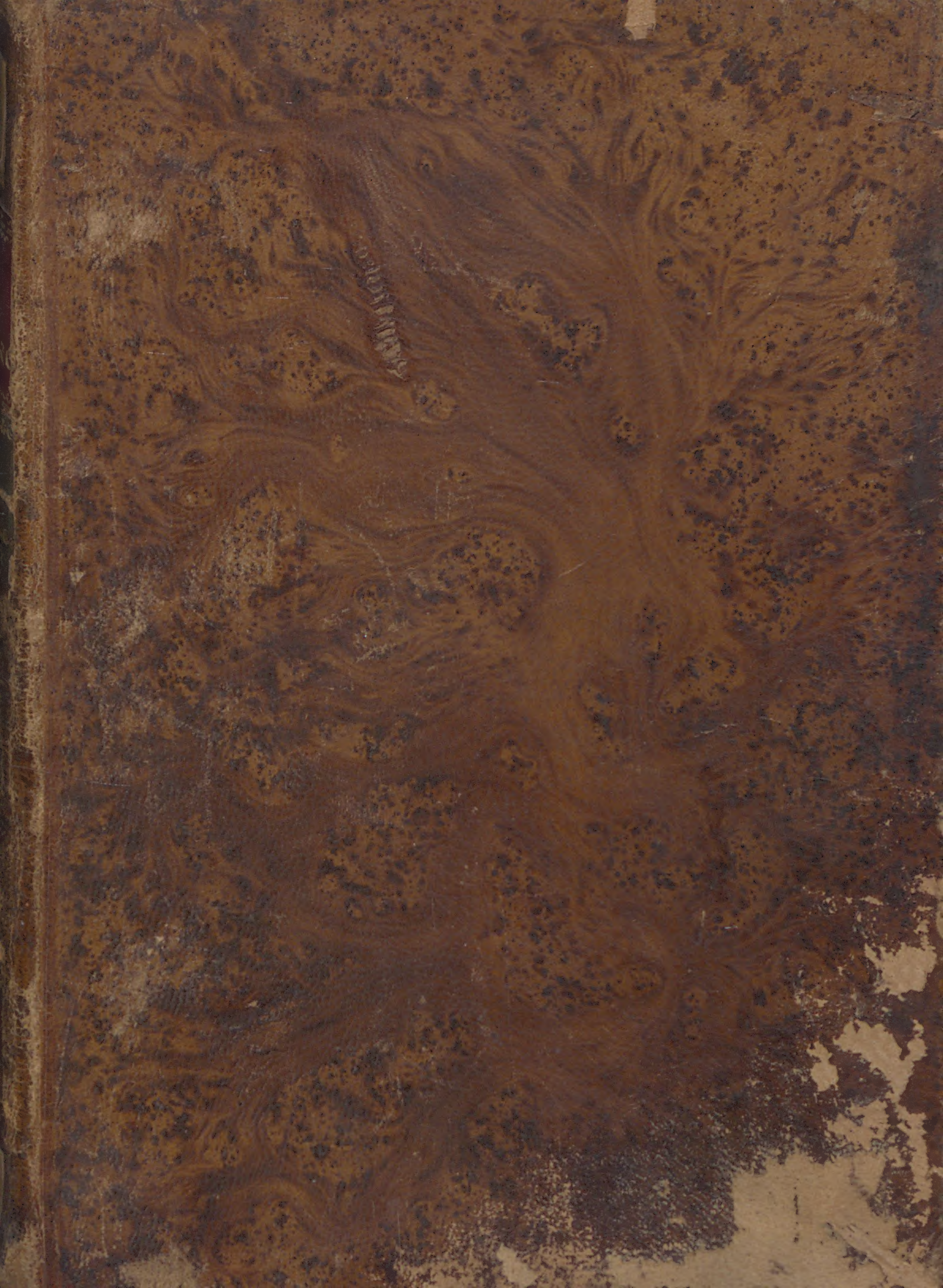
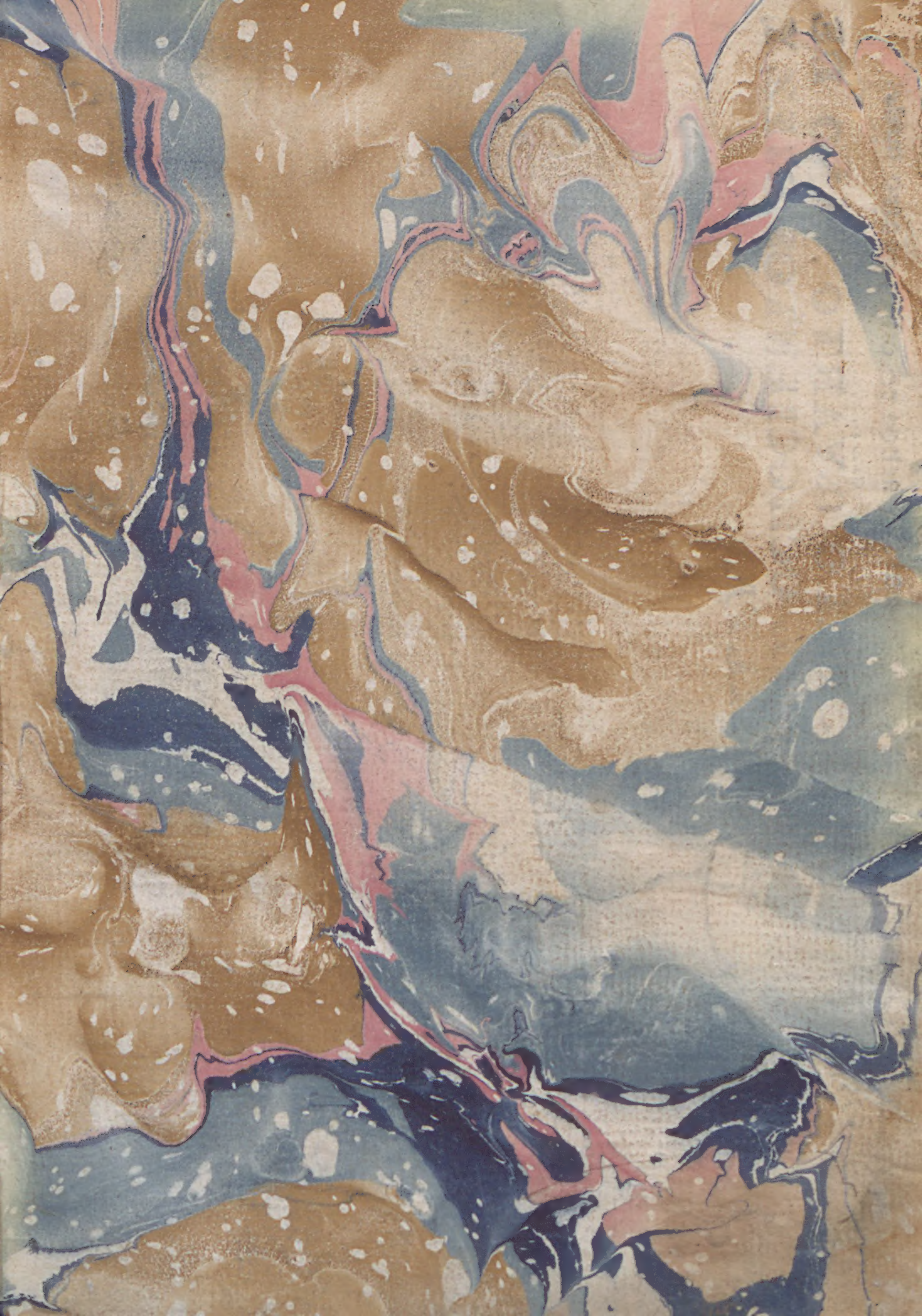






AÑO CRISTIANO
Ó
EXERCICIOS DEVOTOS
PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

JUNIO.

AÑO CRISTIANO
Ó
EXERCICIOS DEVOTOS
PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

CONTIENE

la explicacion del misterio; la vida del santo correspondiente á cada dia; algunas reflexîones sobre la epístola; una meditacion despues del evangelio de la misa, y algunos exercicios prácticos de devocion, ó propósitos adaptables á todo género de personas.

ESCRITO EN FRANCES

POR EL PADRE JUAN CROISSET,
de la Compañía de Jesus;

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR EL PADRE JOSE FRANCISCO DE ISLA,
de la misma Compañía,

Y ADICIONADO

con las vidas y festividades de los santos nacionales y extrangeros, que celebra la Iglesia de España, puestas en sus respectivos lugares, y la traduccion de las epístolas y evangelios, que suprimió el P. Isla, por los RR. PP. Fr. Pedro Centeno y Fr. Juan Fernandez de Roxas, del orden de san Agustin, presentados en sagrada teología, &c.

JUNIO.





MADRID MDCCCXVIII.
IMPRENTA DE LA REAL COMPAÑÍA.
POR SU REGENTE D. JUAN JOSÉ SIGUENZA Y VERA.



DIA PRIMERO.

San Pánfilo, presbítero, y sus compañeros mártires.

San Pánfilo, presbítero y mártir, hombre de admirable santidad y sabiduría, como se explica el Martirologio romano, nació en Berit de la Fenicia, siendo su casa una de las mas distinguidas de la provincia. Eran sus padres cristianos, y dedicaron el mayor cuidado á darle una cristiana educacion. La vivacidad y la singular penetracion de su ingenio no esperó para darse á conocer á los regulares términos de la edad; dexóse ya distinguir desde los mismos balbucientes indicios de la infancia. Apenas tenia dos ó tres años, y ya brillaba su extraordinaria agudeza; oíanse con admiracion sus discursos, sus gracias y sus prontitudes; pero se admiraba mas su bella índole, y aquella como nativa disposicion que mostraba para todo lo que era virtud y religion.

Despues de haber dado principio á los estudios en su pais, pasó á perfeccionarse en éllos á Alexandría de Egipto, teatro donde florecian á la sazon todas las escuelas cristianas. Necesariamente habia de hacer grandes progresos en las letras un ingenio tan vivo, tan dócil y tan brillante, acompañado de costumbres tan arregladas y tan puras. Adelantó tanto en las letras humanas, singularmente en la retórica, que Eusebio Cesariense, que le tenia bien conocido, asegura fue uno de los varones mas elocuentes de su siglo. Aprendió la filosofía baxo el magisterio del santo presbítero *san Pedro Pierio*, esclarecido mártir, reputado por uno de los hombres mas sábios de su tiempo, cuya vasta y universal erudicion le mereció el renombre del segundo Orígenes, ó de *Orígenes el mozo.*

De Alexandría pasó Pánfilo á Cesaréa, acompañado

del alto concepto que se habia merecido por su ingenio, por su literatura y por su virtud; y en breves dias fue la veneracion de toda la ciudad. Elevóle su mérito á los mayores empleos, y en todos dió tantas muestras de su capacidad y de su rectitud, que se levantó con el aplauso y con el amor universal; pero todas las floridas esperanzas con que le lisonjeaba su nobleza, sus talentos y su mérito singular no fueron bastantes para tentar jamás aquel piadoso y aquel desengañado corazon. Como tenia tan conocida la vanidad de los honores del mundo, y de los bienes caducos de la tierra, nunca se dexó deslumbrar de su brillante apariencia; y habiendo repartido entre los pobres gran parte de su patrimonio, abrazó el estado eclesiástico, siendo en breve tiempo no solo el ornamento, sino el exemplo de la clerecía.

Conociendo muy bien lo mucho que Pánfilo valia, Agapio, obispo de Cesaréa, no quiso que aquella antorcha se mantuviese escondida debaxo del celemin. Confirióle los primeros órdenes sagrados, y sin dar oidos á las representaciones de su humildad, le elevó á la alta dignidad del sacerdocio. Como entró en él con tan santas disposiciones, á pocos dias fue las delicias de aquella iglesia por su eminente virtud y por su profunda sabiduría. Era su vida un exercicio perpétuo de todas las virtudes; sobre todo, su humildad y su caridad fueron verdaderamente extraordinarias. Dedicaba todos sus desvelos al socorro de los pobres, no solo con las limosnas propias, sino con las muchas que los solicitaba, añadiendo á éllas el servirlos por su misma persona; y en medio de eso decia que era el siervo mas inútil del mundo.

Luego que se vió en el estado eclesiástico se entregó enteramente al estudio de la sagrada Escritura, aplicándose únicamente á instruirse bien en la ciencia de la religion. Por el ardiente amor que profesaba á las letras se aplicó á juntar en Cesaréa una numerosa biblioteca, enriquecida con las obras mas excelentes de los autores antiguos, para facilitar á todos el medio de hacerse sábios, aprontándoles armas con que refutar las heregías. Conocióse muy presto la utilidad de tan piadoso pensamiento; pudiéndose decir que á los desvelos de nuestro Santo debe la Iglesia el no haberse perdido la noticia de su anti-

gua historia eclesiástica. Entre los otros libros de los sábios que procuró juntar fueron las obras de Orígenes, copiando él mismo por su mano algunos tratados de este autor, que á la sazon todavía era tenido por católico; y san Gerónimo hacia tan alto concepto de san Pánfilo, profesándole al mismo tiempo tanta veneracion, que habiendo recobrado el exemplar sobre los doce profetas menores que el Santo habia copiado por su puño, le conservó con tanta estimacion y cuidado, segun la frase del mismo santo Doctor, como si fueran los tesoros de Creso, porque en cada rasgo del manuscrito se le presentaba la sangre de un ilustrísimo mártir.

El mismo deseo que tenia de desterrar la ignorancia de la clerecía, y de enamorarla de los estudios eclesiásticos, le movió á enseñarlos por sí mismo, abriendo escuela pública en Cesaréa, y dictando á sus oyentes lecciones de la sagrada teología; pero cortó todos estos santos exercicios la persecucion de la Iglesia, que habia casi cinco años hacia lastimosos estragos en el Oriente.

Resueltos los emperadores Diocleciano y Maxîmiano á exterminar del mundo á todos los cristianos, llegó á tanto su persecucion, que no les era lícito comprar, vender, traer agua, moler trigo; en fin, dar paso alguno de los mas necesarios para conservar la vida, sin haber ofrecido antes incienso á unos idolillos que estaban colocados en las calles, en los mercados, en las plazas y en todos los lugares públicos donde se exercitaba algun comercio. Luego que dieron la paz al imperio, derrotando sus enemigos, solo pensaron en hacer la guerra á la Iglesia. Resolvióse la persecucion en Roma por decreto del senado; y confirmada por un edicto general de los emperadores los años de 302 y 303, fue, por decirlo así, como un diluvio de sangre que anegó á todo el universo. Asegúrase que en solo Egipto se contaron mas de ciento y cuarenta y cuatro mil mártires, y setecientos mil desterrados. El año 304 fue creado César Maxîmino, por sobrenombre Daja, y su crueldad contra los cristianos hizo tantos excesos al emperador Maxîmiano, que sus ministros y oficiales, distribuidos en las provincias del imperio, no le podian hacer mayor lisonja que sugerirle nuevos géneros de suplicios, inventados para atormentar á los

fieles de su jurisdiccion, corriendo rios de sangre por las ciudades y por las provincias.

Dió el gobierno de la Palestina á Urbano, creatura suya, quien desde luego se persuadió haria el mayor servicio, y daria el mas alegre gusto al Tirano, si mandaba prender al presbitero Pánfilo, reputado por hombre extraordinario, y por uno de los principales maestros que veneraban los cristianos. Esta misma reputacion le excitó la curiosidad de verle y de tratarle; y haciéndole venir á su presencia, conoció de cuánta importancia sería ganar á un hombre de aquel concepto y de aquel mérito, por lo que no perdonó á medio alguno para pervertirle; promesas, amenazas, lisonjas, tormentos, pero todo inútilmente. La constancia de Pánfilo llenó de asombro al Tirano; pero el Tirano se lisonjeó de que á fuerza de tormentos lograria debilitar por lo menos la constancia de Pánfilo. Mandó que le despedazasen el cuerpo con uñas de hierro; y se executó la órden con tanta crueldad, que hasta el Tirano mismo se horrorizó. Hízose una sola llaga todo el cuerpo del Mártir; descubriéronsele todos los huesos, y solo de milagro pudo vivir. Volviósele á la cárcel para repetirse el mismo suplicio dentro de pocos dias; pero habiendo perdido Urbano la gracia del Emperador, y con élla la cabeza, Firmiliano, que le sucedió, no se dió priesa por quitarle la vida al santo Mártir. Estuvo dos años en la cárcel, permitiéndolo así la divina Providencia para consuelo de muchos ilustres confesores que confirmó en la fe, y para enseñanza y salvacion de gran número de fieles. Dexósele libertad para hablar á sus amigos, y se aprovechó de élla para la conversion de muchas almas; porque el glorioso título de confesor de Jesucristo daba nuevo lustre á su virtud, y añadia mucha eficacia á su zelo.

Habia cerca de dos años que estaba detenido en la prision, cuando volvieron de Cilicia cinco cristianos, naturales de Egipto, que habian conducido á algunos confesores condenados á las minas, y éstos dieron ocasion al gobernador Firmiliano para poner en la cabeza de Pánfilo la corona del martirio. Luego que los cinco egipcianos entraron en Cesaréa, se declararon por cristianos, y en el mismo punto fueron llevados á la cárcel, donde mostra-

ron indecible gozo por encontrar en élla á Pánfilo; lo que sabido por el Gobernador, mandó que así éste como los cinco extrangeros compareciesen en su presencia.

Preguntó á éstos de dónde eran, y cuál era su patria. Respondió el mas jóven; todos somos cristianos, y los cristianos no tenemos otra patria que la Jerusalen celestial, á la que esperamos arribar presto por medio del martirio. Aturdido el Gobernador con esta respuesta, mandó que á todos seis los quitasen la vida.

Oyó pronunciar esta sentencia un muchacho de diez y ocho años, criado de san Pánfilo, que se llamaba Pórfiro, y pidió licencia en alta voz para enterrar los cuerpos de los mártires, por lo que allí mismo fue arrestado. Preguntóle el Gobernador si era cristiano, y le respondió que solo era catecúmeno, pero que esperaba merecer la dicha de bautizarse en su misma sangre, la que estaba pronto á derramar por la fe de Jesucristo. Enfurecido Firmiliano al oir tan intrépida respuesta, mandó á los verdugos que le atormentasen sin piedad, si en aquel mismo punto no sacrificaba á los dioses; y negándose resueltamente á hacerlo con una fortaleza que asombró á los circunstantes, fueron despedazadas sus carnes, hasta que se le descubrieron los huesos. Duró largó tiempo este suplicio, y le sufrió Pórfiro sin alentar una sola queja. Su paciencia apuró la del Gobernador, y mandó que fuese quemado vivo á fuego lento; lo que así se executó, habiendo llegado el primero á la corona, el que fue el último para entrar en el combate. Bañóse su semblante de una celestial alegría, y solo abrió la boca para pronunciar el renombre de Jesus, cuando vió que se acercaban las llamas para sufocarle.

Inmediatamente pasó á la cárcel un cristiano de Capadocia, llamado Seleuco, á dar á san Pánfilo la alegre noticia del martirio de san Pórfiro, y como saludase con beso de paz á uno de los mártires, allí mismo fue preso por cristiano, y sentenciado á perder la cabeza por el cuchillo, lo que se executó al instante.

Parece que el martirio de san Pánfilo franqueaba aquel dia la puerta del cielo mas que lo ordinario; porque á Seleuco siguió luego Teodulo, viejo venerable y criado antiguo del Gobernador, que le estimaba mas que á los

otros familiares suyos por su bondad y por su mucha prudencia. No se puede ponderar la cólera de Firmiliano cuando se le presentaron como delincuente, y su delito fue el mismo de Seleuco, abrazar á un santo Mártir. Condenóle su amo á morir como el Salvador enclavado en una cruz, que era el suplicio de los esclavos. Y cansado el Gobernador con la constancia de todos aquellos generosos mártires, hizo que le traxesen á san Pánfilo con otros dos ilustres confesores de Jesucristo, Valente, diácono de la iglesia de Elia, y Paulo, natural de Jamnia, hombre de mucha virtud. Informado de que todos tres habian sido atormentados en tiempo de su antecesor, y conociendo bien por su ayre, por su alegría y por su serenidad que perderia tiempo en volver á tentarlos para que sacrificasen á los ídolos, lo que solo serviria para exponer á nueva confusion su autoridad, los condenó á que los cortasen la cabeza. Al mismo tiempo de la execucion entró en Cesaréa un jóven de Capadocia, llamado Julian, cuya virtud, cuya fe y cuyo zelo eran ya muy conocidos. Antes de entrar en la ciudad tuvo noticia de lo que pasaba en élla, y corriendo prontamente para ser testigo del combate de los mártires, halló ya sus cadáveres tendidos en el suelo; abalanzóse á éllos, abrazólos y besólos con tan santa intrepidez, que aturdió á los mismos paganos. Prendiéronle allí mismo, y le llevaron delante de Firmiliano, que colérico y rabioso al ver que los mas crueles tormentos solo servian para encender mas el fervor de los cristianos, mandó que luego le quemasen vivo á fuego lento, como á san Pórfiro, y fue el duodécimo que consiguió la corona del martirio en este mismo dia primero de junio de 309. Cuatro dias y cuatro noches estuvieron expuestos, de órden del Gobernador, los santos cuerpos para que las fieras los despedazasen; pero ninguna se llegó á éllos en todo este tiempo; y á vista de tan clara proteccion del cielo se concedió libertad á los fieles para que los retirasen y los diesen sepultura.

La misa es del Comun de muchos mártires, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos concedis sanctorum martyrum tuorum Pamphilii, et sociorum ejus natalitia colere: da nobis in æterna beatitudine de eorum societate gaudere: Per Domirum nostrum...

O Dios, que nos concedes la gracia de que celebremos la festividad de tus bienaventurados mártires Pánfilo y sus compañeros; concédenos tambien la de que en su compañía gocemos la eterna bienaventuranza de la gloria: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 5. del libro de la Sabiduría.

Justi autem in perpetuum vivent, et apud Dominum est merces eorum, et cogitatio illorum apud Altissimum. Ideò accipient regnum decoris, et diadema speciei de manu Domini: quoniam dextera sua teget eos, et brachio sancto suo defendet illos. Accipiet armaturam zelus illius, et armabit creaturam ad ultionem inimicorum. Inducet pro thorace justitiam, et accipiet pro galea judicium certum, sumet scutum inexpugnabile æquitatem.

Los justos vivirán perpetuamente; su premio está en el Señor, y su contemplacion en el Altísimo. Por tanto, recibirán el reyno de la belleza, y la diadema de la hermosura de mano del Señor; porque su diestra les cubrirá, y defenderá con su santo brazo. Él (Señor) tomará la armadura con su zelo, armará la criatura para vengarse de los enemigos: vestirá en lugar de cota la justicia; tomará por yelmo el juicio acertado; y por escudo inexpugnable la equidad.

NOTA.

»Se puede decir que el libro de la Sabiduría es una »profética descripcion de la cristiana filosofía, y un com»pendio de las verdades prácticas de nuestra religion. »Prueba de esto es el capítulo quinto, de donde se sacó »la epístola presente. No puede haber retrato mas vivo, »mas expresivo ni mas natural de la felicidad de los jus»tos, ni de la desgracia de los réprobos.

REFLEXIONES.

El interes, el amor del deleyte, de la gloria y de la vida son las grandes máquinas que ponen en movimiento nuestras operaciones. Se quiere vivir, se aspira á vivir con conveniencia, y se ama todo lo que puede lisonjear el corazon y los sentidos. Los empleos mas elevados nunca se consideran fuera de tiro respecto á nuestros ambiciosos deseos. Todo está á nivel de un espíritu orgulloso y lleno de una ambicion desmedida. El hombre mas vil, el de mas cortos y limitados talentos se recrea dentro de su imaginacion con quiméricas ideas de no sé qué fantástica grandeza. Naturalmente se ama la vida, se aborrece la pobreza, y se huye la humillacion. ¿Cuándo aprenderán los hombres el secreto de vivir siempre, y siempre con prosperidad, con alegría y con gloria? Mucho tiempo ha que se anda en busca de este secreto; las guerras, los pleytos, los estudios, el comercio, los trabajos de la vida, todos se dirigen á encontrarle; ¡tiempo perdido! ¡fatiga inútil! El sabio fue el que dió con este secreto, y los santos son los que convencen que le halló: *Justi in perpetuum vivent*: los santos vivirán eternamente; y Dios, único soberano bien, y única fuente de todos los bienes, los tiene reservada su recompensa. Ni pienses que esta recompensa se limita únicamente á aquella paz, á aquella tranquilidad, á aquella alegría interior que gozan aun en esta vida los verdaderos hijos de Dios; recibirán en la ótra de mano del Señor un reyno admirable, una brillante diadema rodeada del resplandor de la gloria. Grandes del mundo, esas coronas que adornan vuestras sienes son á lo mas unas hojas de laurel que se marchitan y se secan muchas veces antes que el sepulcro haya enterrado vuestra memoria y vuestro nombre. No así la suerte de los justos, no se marchita su corona; su dicha es eterna; jamás se fastidian; su saciedad renueva eternamente con nuevos gustos el delicioso apetito; nada altera su alegría, su tranquilidad ni su gozo. Tómalos el Altísimo debaxo de su sombra, y cúbrelos con su divina diestra. ¿Qué puede temer, ni quién podrá dañar á quien logra tal abrigo? Defiéndelos el Señor con su poderoso brazo. Pues enfuréz-

case el infierno, conjúrese todo él contra los buenos; adversidades y persecuciones, todas son armas falsas, ruido, susto y nada mas. Defiende Dios á sus siervos, no solo los libra su proteccion, sino que fomenta la inocencia, y produce la santidad: *Brachio sancto suo.* Extraña cosa es que no seamos mas sábios, despues que la Iglesia nos enseña estas verdades tan llenas de consuelo, revelándonos unos misterios tan colmados de felicidad. Desengañémonos, que solo en el servicio de Dios se hace fortuna; ¿pero quién es el que se apresura para hacerla por este camino? Mundanos, ¡qué lastima me causan vuestros desvaríos! Pásase toda vuestra vida en servir á un amo imaginario, que al cabo se burla de vosotros. Porque al fin, á quien se sirve en el mundo, ¿qué se adelanta en su servicio? ¿y no son tambien muy dignos de compasion muchos que hacen profesion de virtuosos, muchos que viven en estado de perfeccion, si sirven á Dios con desidia y negligencia? ¡Qué dicha, qué gloria la de servir á Dios!

El evangelio es del cap. 6. de san Lucas.

In illo tempore: Descendens Jesus de monte, stetit in loco campestri, et turba discipulorum ejus, et multitudo copiosa plebis ab omni Judæa, et Jerusalem, et maritima, et Tyri, et Sidonis, qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à languoribus suis. Et qui vexabantur á spiritibus immundis, curabantur. Et omnis turba quærebat eum tangere: quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes. Et ipse elevatis oculis in discipulos suos, dicebat: Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei. Beati qui nunc esuritis, quia saturabimini. Beati qui nunc fletis, quia ridebitis. Beati eritis cum vos oderint homines, et cum separaverint vos,

En aquel tiempo: Baxando Jesus del monte, se detuvo en el valle, y con él la comitiva de sus discípulos, y una copiosa multitud de pueblo de toda Judea, de Jerusalen, y del pais marítimo de Tiro y de Sidon, que habian venido á oirle, y á ser curados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados por los espíritus inmundos, eran curados. Y toda la multitud queria tocarle; porque salia de él una virtud, y curaba á todos. Y él, levantando los ojos hácia sus discípulos, decia: Bienaventurados, ó pobres, porque es vuestro el reyno de Dios. Bienaventurados los que ahora teneis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que llorais ahora, porque reireis. Seréis bienaventurados cuando os aborre-

et exprobraverint, et ejecerint nomen vestrum tanquam malum propter Filium hominis. Gaudete in illa die, et exultate, ecce enim merces vestra multa est in cœlo.

cieren los hombres, y cuando os separaren, y os injuriaren, y despreciaren vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Gozáos en aquel dia, y alegráos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo.

MEDITACION.

De la comunion.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuánta admiracion causaria que los que solicitaban con tan viva fe, y con tan encendido fervor tocar la orla de la vestidura de Cristo, ó besar sus sagrados pies, no fuesen curados de sus dolencias. ¿Y será menos digno de admiracion lo que estamos viendo cada dia en tantos enfermos del alma, que no solo tocan al Salvador, sino que le reciben todo entero en la Eucaristía, de que se alimentan, y con todo eso no sanan de sus espirituales achaques? Ni la virtud que entonces salia de Jesucristo se ha debilitado, ni su poder se ha disminuido, ni su bondad es menor. ¿De dónde nacerá que su preciosa sangre y su adorable cuerpo no produzcan el dia de hoy tantas maravillas? Los mismos accidentes, las mismas pasiones, los mismos defectos, las mismas flaquezas despues de la comunion que antes. Nos sobresaltaríamos, desconfiaríamos totalmente de la salud de un enfermo, en quien se experimentasen inútiles los remedios mas eficaces. ¿Pues en qué se funda nuestra seguridad despues de tantas comuniones sin fruto?

Toca Jesucristo con su divina mano un muerto que llevaban á enterrar, y el muerto resucita; la muger que habia tocado la orla de su vestidura recobra su salud al momento. Hoy no es ya la fimbria de la vestidura del Salvador la que se toca en la comunion; tienes en las manos su cuerpo y su sangre, recíbese, y se come; pero el alma se mantiene tan débil como si no le hubiera tocado. ¿Qué pasion se ha vencido despues de tantas comunio-

nes? ¿qué vicio se ha enmendado? ¿qué virtud se ha conseguido? Una sola comunion bastaba para hacerme santo; puedo contar ciento y veinte, doscientas, mas de mil, y me hallo tan imperfecto, tan indevoto, y acaso mas vicioso que antes de tener la dicha de alimentarme con este celestial manjar. Reflexîon que debe estremecer á toda alma, en quien haya quedado algun rastro de religion; y mas cuando por desgracia nuestra nos sobran fundamentos para hacerla. Con efecto, ¡qué remedio podrá ya aprovechar á quien no aprovechan el cuerpo y la sangre del Salvador del mundo! ¡qué medicina será eficaz si ésta es inútil!

¿El fastidio que nos causa el pan de los ángeles será indicio de mucha santidad? El desaliento, la flaqueza, los achaques habituales que padecemos despues de tantas comuniones, ¿no nos estan anunciando una cercana muerte? ¿y con todo eso estamos tranquilos? ¿y ni aun pensamos en éllo? ¡Ah fatal seguridad!

PUNTO SEGUNDO.

Considera hasta dónde llega la fineza de todo un Dios, que puramente por el amor que nos tiene quiere esconderse entre las especies sacramentales de la sagrada Eucaristía. Verdaderamente que no solo es un Dios el que nos ama, sino que nos ama como Dios. ¡Y que miremos con tanta indiferencia, con tanta frialdad á ese gran Dios en aquel mismo misterio en que echa el resto á los excesos de su amor! ¿no es este otro misterio aun mucho mas incomprensible? ¡Qué hombre, ni aun qué bárbaro que estuviese bien instruido de lo que creemos en este misterio, pudiera creer que amásemos tan poco á Jesucristo!

Para nada ha menester á los hombres este divino Salvador; y con todo eso nada le parece el quedarse por éllos encerrado en una hostia hasta el fin de todos los siglos; tanto los ama, tanto gusto tiene en mantenerse con éllos. Por el contrario, los hombres nada son, y nada pueden hacer sin él, y en medio de eso, nada se les da de que se quede ó no se quede en su compañía; tan poco se lo estiman, tan poco le aman, y tan poco aprecio hacen de tenerle consigo.

Si una faltal experiencia no nos hubiera familiarizado con este monstruo de iniquidad, daríamos por segura nuestra eterna reprobacion á vista de la monstruosa indiferencia con que miramos á Jesucristo en la Eucaristía, singularmente despues de tantas comuniones sin devocion y sin fruto. Pero porque no nos atemoricemos, ¿dexarémos de tener menos motivo para atemorizarnos?

¡Qué debe pensar una persona en cuyo corazon entra Jesucristo con tanta frecuencia! Conviértese Zaquéo en el mismo momento en que le recibe en su casa. Viene á la nuestra muchas veces á la semana. ¡Oh Dios, y qué materia tan abundante para tristes, pero provechosas reflexîones!

¿Qué deben pensar esos hombres privilegiados, respetables á los ángeles mismos por su sagrado caracter? ¿esos sacerdotes del Altísimo que ofrecen cada dia el divino sacrificio, y se alimentan con el Cordero sin mancilla? ¡Cuánta debe ser su pureza, su devocion, su fervor, su santidad! Calidades que pide indispensablemente la alta dignidad del sacerdocio. Ser sacerdote, y ser imperfecto, ¡oh y qué deformidad tan monstruosa!

Mas, ¡y qué deberán pensar esos mismos, si con sobrescrito de respeto se retiran de la sagrada mesa! ¿Cómo se mantendrán en el viage, qué fuerzas tendrán para el camino sin la provision de este celestial pan? Quieren huir de la mesa de Jesucristo por no abandonar los vicios y las pasiones que los hacen indignos de sentarse á élla.

¡Ah Señor, y qué dolorosos remordimientos me causan estas reflexîones sobre toda mi vida pasada. Muchas veces os he recibido; ¿pero qué fruto he sacado de tantas comuniones, que con mucha razon puedo llamar indignas? Mi desvío de éllas no me hace mas inocente. Espero, con vuestra divina gracia, que la primera me ha de mudar enteramente, y voy á disponerme para hacerla.

JACULATORIAS.

Ecce, qui elongant se à te, peribunt. Salm. 72.
Perecerán, Señor, los que se desvian de ti.

Parasti in conspectu meo mensam, adversùs eos qui tribulant me. Salm. 22.

Pusísteme delante de vuestra sagrada mesa para cobrar fuerzas contra los ataques de mis enemigos.

PROPOSITOS.

No comulgar porque uno se siente imperfecto, es huir del médico y de la medicina, por lo mismo que está enfermo. Comulgar y quedarse siempre en las mismas imperfecciones, es morirse de hambre en medio de la abundancia; úno y ótro indicio verdaderamente fatal. Malo está el que mira con horror las mas saludables viandas; no está mejor el que comiéndolas no le aprovechan. Pretexto especioso, pero vano, aquel afectado respeto de que algunos se precian para ocultarse á sí mismos su propia indevocion; no es buen espíritu el que desvia las almas de la sagrada mesa. Aun no son tan impíos que se atrevan á llegarse á élla indignamente; conocen que es preciso disponerse para hacerlo, y esta disposicion los ata y los detiene. Es preciso privarse de ciertos gustos, mortificar los sentidos, vivir con algun recogimiento, retirarse, por lo menos el dia antes de la comunion. A esto no se acomoda el amor propio, y recurre al artificio. Hácese presente aquel divino sacramento rodeado de todo su esplendor; la magestad, la santidad de un Dios oculto en las apariencias de pan, atemorizan; paréceles que va creciendo en su alma el respeto y el temor; y en lugar de inferir de aquí que deben reformarse para hacerse menos indignos de aquel celestial convite, concluyen que deben excusarse á él, y con esta engañosa consecuencia queda desahogado el amor propio.

Repiueba siempre este error, y nunca te dexes caer en este lazo. Ten perpétuamente en la memoria los saludables consejos de san Francisco de Sales, y síguelos. "Si los mundanos (dice el Santo) te preguntaren por qué »comulgas tan á menudo, diles que para aprender á amar »á Dios, para purificarte de tus imperfecciones, para li»brarte de tus miserias, para consolarte en tus afliccio»nes, para fortalecerte en tus flaquezas. Diles, que dos »géneros de gentes han de usar de la frecuente comunion:

»los perfectos, porque estando bien dispuestos harian »muy mal en no acercarse á la fuente de la perfeccion y »de la santidad; y los imperfectos para hacerse perfectos. »Los fuertes para no hacerse flacos, y los flacos para ha»cerse fuertes; los enfermos para sanar, y los sanos pa»ra no caer enfermos; y que como tú eres imperfecta, »flaca y enferma, tienes necesidad de comunicar frecuen»temente con el que es tu perfeccion, tu fortaleza y tu »médico. Diles, que las personas del mundo que no es»tan muy ocupadas deben comulgar á menudo, porque »tienen comodidad; y las que estan empleadas en gran»des negocios no deben hacerlo con menos frecuencia, »porque tienen necesidad de mayores auxîlios; y que el »que trabaja mucho en labores muy pesadas necesita de »alimentos mas sólidos, y de comer mas veces que ótro. »Diles, que tú comulgas muchas para aprender á comul»gar bien, porque regularmente se hace mal lo que se »hace rara vez."

2 Con todo eso, acuérdate que si se obliga á entrar en la sala del convite á los gotosos, á los ciegos y á los débiles, es con la precisa condicion de que todos hayan de entrar con la vestidura nupcial. A ninguno se le dispensa en las condiciones necesarias para comulgar bien. Prepárate siempre para la comunion desde la víspera; visita con este fin el santísimo Sacramento, y determina en particular el fruto que deseas sacar de la siguiente comunion; porque el que posee á Jesucristo se hace en cierta manera omnipotente.

DIA SEGUNDO.

Los santos Marcelino, Pedro y Erasmo, llamado vulgarmente san Elme, mártires.

Era san Marcelino presbítero de la Iglesia de Roma, y san Pedro era exôrcista hácia el fin del tercer siglo, y á

principio del cuarto. La eminente virtud de Marcelino, y la santidad de su Exôrcista brillaban tanto en aquella capital del mundo, que no podian esconderse á la persecucion de Diocleciano en un tiempo en que todos los parages estaban teñidos de la sangre de los mártires. El gran poder que el santo Exôrcista exercia sobre los demonios irritó á todo el infierno, y éste conmovió contra san Pedro todo el furor de los gentiles. Por su mucha reputacion, por su gran zelo y por sus contínuos milagros fue acusado ante Sereno como el mayor enemigo de los dioses. Fue preso, y encerrado en un obscuro calabozo despues de haber despedazado muchas veces su cuerpo con azotes muy crueles.

Asombró á los mismos paganos la alegría que el generoso Mártir mostraba en los tormentos, sufriéndolos con un semblante apacible, modesto y siempre risueño. Oíanle cantar de dia y de noche alabanzas al Señor en medio de su horrorosa prision, cargado de hierro, y estando su santo cuerpo hecho todo una llaga. Observó un dia que el carcelero, llamado Artemio, siempre que baxaba al calabozo se mostraba triste y lloroso; manifestando en el semblante la amargura que afligia su corazon. Preguntóle qué cosa era la que tanto le desconsolaba. Lloro (dixo Artemio) la desgracia de una hija mia, á quien amo tiernamente, y no hallo remedio ni alivio para sus males. Años ha que está poseida de un demonio que la atormenta horriblemente, obligándola á hacer espantosas contorsiones, y ahora mismo la dexo en tan lastimoso estado.

Pues si no te aflige otra cosa, respondió el Santo, fácil será consolarte. ¿Pero cómo? replicó el carcelero. Librando á tu hija de ese demonio, respondió san Pedro. Eso es bien cierto, dixo Artemio; ¿pero qué hombre ni qué Dios será capaz de hacer ese milagro? Yo, respondió el santo Exôrcista, por virtud de mi Señor Jesucristo, único Dios verdadero, á quien adoro y á quien sirvo. Oyó con risa y con lástima esta respuesta el carcelero, y le replicó como haciendo burla: Segun eso, muy simple ó muy loco eres en no valerte del gran poder de ese tu Dios y Señor para librarte de las cadenas y del calabozo. Conozco lo mucho que vale este calabozo y

estas cadenas, respondió el santo Exôrcista, y estoy muy lejos de desear verme libre de éllas; ni el grande amor que me tiene mi divino Salvador permitirá que yo me prive de tan preciosa corona. En los tormentos está toda la fortuna de los cristianos. Pues mira, le interrumpió Artemio, si quieres que yo crea en ese tu Dios, y en el gran poder que le supones, rompe por ti mismo las cadenas; abre el calabozo, penetra por medio del cuerpo de guardia que está á la puerta, y búscame está noche en mi cuarto; y volviéndole las espaldas con un género de desprecio, se retiró á su casa.

Apenas entró en élla cuando dixo á su muger: *Vengo de visitar los presos, y dexo en el calabozo á un pobre mozo cristiano, á quien los tormentos y la prision han trastornado la cabeza; pero su locura es muy graciosa: dice que por la virtud de Jesucristo, su Dios, librará del demonio á nuestra hija Paulina. ¿Pero en eso qué locura hay, ni qué se va á aventurar en hacer la prueba?* respondió Cándida, que así se llamaba la muger de Artemio. *La locura*, replicó éste, *consiste en que habiéndole pedido, en prueba de la virtud de su Dios, que viniese esta noche á buscarme en mi cuarto, el pobre mozo me lo prometió, aunque le doblé las prisiones y la guardia. Como él cumpla su palabra*, respondió Cándida, *será buena prueba de que no hay otro Dios verdadero mas que el suyo. Tan loca me parece que estás tú como lo está él*, replicó Artemio, *aunque Júpiter y todos nuestros dioses se empeñáran en librarle de las cadenas, y en sacarle del calabozo, no lo podrian conseguir.* Íbase acalorando la conversacion, cuando san Pedro, librado milagrosamente de las prisiones, se dexó ver en la puerta del cuarto, vestido de blanco, y con un crucifixo en la mano. Quedaron atónitos Artemio y Cándida; vuelven en sí, arrójanse á sus pies, deshechos todos en lágrimas, y claman á voz en grito que no hay otro Dios verdadero sino el Dios de los cristianos. Acude Paulina al ruido; arrodíllase delante del Santo, y no pudiendo sufrir su presencia el demonio que la atormentaba, sale de su cuerpo rabiando y gritando; *O Pedro, la virtud de Jesucristo que está en ti me arroja de mi ca-*

sa, y me obliga á dexar libre el cuerpo de esta doncella.

Corrió luego la voz de tan estupenda maravilla; llenóse la casa de vecinos y de parientes, que siendo testigos de un hecho tan milagroso, preocupados de asombro y de admiracion, pidieron todos el bautismo. Inundado san Pedro de un suavísimo consuelo, á vista de tantas conversiones, salió luego á buscar al presbítero Marcelino, el cual habiéndolos explicado los principales misterios de la fe, y viéndolos á todos con la mejor disposicion, los administró el sacramento por que tanto suspiraban; y Artemio, no cabiendo dentro de si, por el gozo de verse ya cristiano, fue á las prisiones, ofreció la libertad á todos los que quisiesen bautizarse, y se la dió á todos los cristianos.

Por haber caido malo á la sazon el vicario Sereno, tuvieron tiempo y libertad san Marcelino y san Pedro para instruir por espacio de cincuenta dias á los nuevos cristianos, preparándolos y fortaleciéndolos para recibir la corona del martirio. Luego que el Vicario convaleció, llamó á Artemio, y le mandó hiciese venir delante de él á todos los prisioneros. *Señor*, respondió el alcayde, *las prisiones están del todo vacías, porque Pedro, exôrcista de los cristianos, rompió las cadenas de todos los que por vuestra órden estaban en los calabozos, y los abrió las puertas de la cárcel por la virtud omnipotente de Jesucristo; á vista de cuyo milagro todos abrazamos le fe, todos nos hicimos cristianos, recibiendo el santo bautismo, y solo el presbítero Marcelino, Pedro su exôrcita y yo estamos á vuestra disposicion.*

Salió fuera de sí el Vicario con la respuesta de Artemio, y mandó que allí mismo le despedazasen las carnes con unos ramales armados de bolillas de plomo, á cuyo tormento no pudiera sobrevivir sin particular milagro. Hizo despues venir á san Marcelino en presencia de san Pedro, y dixo á los dos: Disponéos para ser tratados de la misma suerte, despues de lo que acabais de executar, si en este mismo punto no ofreceis incienso á nuestros dioses inmortales, renunciando á ese vuestro Jesucristo: *No permita Dios*, respondió Mar-

celino, *que cometamos jamás tan sacrílega impiedad; no hay mas que un solo Dios verdadero, y reconocer á ótro por tal es la mayor de todas las locuras. Por la virtud poderosa de este Dios se hicieron pedazos las cadenas de los que teníais en la cárcel, y se abrieron las puertas de las prisiones; no quieras imputarnos á delito esta maravilla; antes bien reconoce por élla que no hay otro Dios, que el Dios de los cristianos.*

Ya no pudo contener mas la cólera Sereno; y haciendo que apaleasen cruelmente á Marcelino, cuando vió molido todo su cuerpo, ordenó que le conduxesen á un tenebroso calabozo, y que allí le dexasen tendido en el suelo sobre cascotes de vidrio, sin agua y sin alimento, para que muriese á violencias del dolor y de la hambre. San Pedro fue llevado á otra prision, donde le dexaron con fuertes grillos en los pies, y con todo el cuerpo atormentado. Pero la misma poderosa mano, que habia puesto en libertad á los otros santos confesores, libró tambien á nuestros invictos Mártires. Aquella misma noche entró un ángel en el calabozo donde estaba Marcelino; y haciendo pedazos las cadenas, le ordenó que tomase sus vestidos; condúxole á la prision del exôrcista Pedro, libróle de los grillos, curólos á entrambos, y los llevó á la casa donde estaban los nuevos cristianos en oracion, y se mantuvieron algunos dias en su compañía confirmándolos en la fe, y disponiéndolos para el martirio.

Cuando supo Sereno que Marcelino y Pedro habian desaparecido de la cárcel, descargó contra Artemio todo su furor. Mandó que él, Cándida su muger, y Paulina su hija fuesen llevados al templo de Júpiter, y no queriendo ofrecerle sacrificio, sin dilacion fuesen enterrados vivos, cubriéndolos de piedras en una profunda hoya que se abrió á sus mismos pies, con cuyo tormento en breve tiempo consumaron su martirio. Cuando los conducian al suplicio, iban delante de éllos san Marcelino y san Pedro con otros muchos cristianos, acompañándolos como en triunfo; pero Dios premió luego su zelo y su fervor; porque volviéndolos á prender, fueron luego degollados por sentencia de Sereno.

Por temerse alguna sedicion se executó la sentencia á

una legua fuera de Roma, en un parage que entonces se llamaba *el bosque negro*, y despues en memoria de los santos mártires, se llamó *el bosque blanco*, y recibieron la corona del martirio hácia el año de 304. Arrojaron sus santos cuerpos en una profunda sima, donde estuvieron ocultos hasta que los mismos Mártires se la revelaron á una piadosa muger, llamada Lucina, que los retiró de allí, y los dió decente sepultura.

En tiempo del emperador Ludovico Pio, por los años de 826, fueron trasladadas de Roma á Michelstad en Alemania, las reliquias de san Marcelino y san Pedro, y desde allí el año de 827 lo fueron segunda vez á Mulinhein, colocándolas en la abadía que hoy se llama de *Selgenstad*.

El mismo dia hace la Iglesia la conmemoracion de san Erasmo. Nació en el Oriente, y por su gran virtud fue elevado á la dignidad de obispo hácia el fin del tercer siglo, siéndolo de una iglesia perteneciente al patriarcado de Antioquía. Como la cruel persecucion de Diocleciano desolaba todo el pais, se retiró nuestro Santo á un desierto del monte Líbano, donde hizo una vida tan pura, tan mortificada y tan exemplar, que admiró á todo el pais. Respetábanle hasta los mismos brutos, y muchas veces le vieron rodeado de fieras, que postradas á sus pies obedecian su voz. A su presencia huian los demonios de los cuerpos, y con su bendicion quedaban sanos los enfermos.

Volvió á Antioquía, donde convirtió á la fe gran número de gentiles, haciéndose su nombre tan famoso, que el emperador Diocleciano tuvo gana de verle. Quedó admirado cuando vió su compostura, su gravedad y su modestia, y no perdonó á diligencia alguna para ganarle. Pero desengañado de que perdia tiempo, y advirtiendo que sus respuestas hacian impresion en el ánimo de los mismos paganos, mandó que le hiciesen sufrir todos los tormentos juntos. Executóse el órden con todo rigor; fue primero apaleado, despues molido á golpes, en tercer lugar azotado con plomadas, que hicieron una sola llaga de todo su cuerpo; echaron sobre él resina, azufre, plomo derretido, pez, cera, y azeyte hirviendo, sin recibir lesion alguna. Invocaba sin

cesar los santos nombres de Jesus y de María enmedio de los tormentos, y éllos le mitigaban el dolor, y le curaban las heridas. A esta maravilla se siguió un terremoto muy violento; y movido el pueblo de tantos prodigios comenzó á gritar, que se pusiese en libertad al santo Obispo. Atemorizado el Emperador, mandó que le llevasen á la cárcel, de donde le sacó milagrosamente un ángel, y le ordenó que se embarcase para Italia. Aportó á las costas de Nápoles, retiróse á Formiers, donde hizo grandes conversiones, y obró grandes maravillas, con que se hizo célebre su nombre.

Noticioso el emperador Maxîmiano de los prodigios que obraba aquel extrangero, supo que era cristiano y obispo. Mandóle prender; y admirado de su zelo y de su constancia, y del ardiente deseo que tenia del martirio, hizo que le despedazasen las carnes con uñas de hierro: viéndole inflexîble, mandó que le metiesen en una caldera de pez y aceyte hirviendo, la que con la señal de la santa cruz se convirtió en un fresco y delicioso baño. Confuso el Emperador viéndose vencido, dió órden de que le encerrasen en un lóbrego calabozo, con determinacion de hacerle padecer nuevos tormentos; pero aquella misma noche se le apareció san Miguel, sacóle de la cárcel, y le trasladó á Formiers, ciudad marítima de la antigua Campania entre Gaeta y Minturno, donde hoy está Mola, en la Tierra de Labor. Anunció el Santo la fe á todos aquellos pueblos, fue su apóstol, y despues de muchos milagros y trabajos, lleno de dias y de merecimientos, subió al cielo á recibir la corona del martirio el dia 2 de junio del año 303. Estuvo en Formiers el santo cuerpo hasta el siglo nono, que fue destruida la ciudad por los sarracenos, y por los años de 840, fue trasladado á Gaeta, donde se conserva hoy con mucha fe y con igual veneracion. Hiciéronle célebre en todas las partes del mundo los grandes prodigios que obra el Señor por la intercesion del Santo. Es el tercero de los quince patronos del Occidente; esto es, de los santos tutelares que se invocan en los mayores peligros; son en este órden: San Jorge, san Blas, san Erasmo, san Pantaleon, san Vito, san Cristóbal, san Dionisio, san Ciriaco, san Acacio, san Eustasquio, san

Gil, san Mago, santa Margarita, santa Catalina y santa Bárbara.

San Erasmo es el que se llama vulgarmente *san Telmo*, especialmente en Italia, España, Francia, Sicilia y Portugal; nombre corrompido, ó á lo menos abreviado por los marineros del Mediterráneo, de quienes el Santo es singularmente invocado en las tempestades y peligros del mar; y su particular proteccion, que se experimenta en éllos, fue ocasion de que se llamasen *Santelmos* aquellas exhalaciones que en las borrascas se suelen ver sobre los mástiles de los navíos, y son presagios de proxîma serenidad.

La misa es del Comun de muchos mártires, y la oracion la que se sigue.

Deus, qui nos annua beatorum martyrum tuorum Marcellini, Petri, atque Erasmi solemnitate lætificas: præsta, quæsumus; ut quorum gaudemus meritis, accendamur exemplis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tus bienaventurados mártires Marcelino, Pedro, y Erasmo; suplicámoste, que al mismo tiempo que nos alegran sus merecimientos, nos enciendan sus exemplos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 8. del apóstol san Pablo á los romanos.

Fratres: Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis. Nam expectatio creature, revelationem filiorum Dei expectat. Vanitati enim creatura subjecta est non volens, sed propter eum, qui subjecit eam in spe: quia et ipsa creatura liberabitur á servitute corruptionis in libertatem gloriæ filiorum Dei. Scimus enim quod omnis creatura ingemiscit, et parturit usque adhuc: Non solum autem illa, sed et nos ipsi primitias spiritus habentes: et ipsi intra nos gemimus adoptionem

Hermanos: Los trabajos de esta vida no merecen dignamente la futura gloria que se descubrirá en nosotros. Porque este mundo criado está en acecha, esperando la manifestacion de los hijos de Dios. El mundo criado, pues, ha sido sujeto á la vanidad, no por sú voluntad, sino por la de aquel que le sujetó con esperanza; porque tambien el mundo criado será libre de la servidumbre de la corrupcion con la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Porque sabemos que todas las criaturas gimen, y están hasta ahora en los dolores del parto. Y no solamente éllas, sino tambien nosotros, que tenemos las primicias del espíritu, tambien nosotros gemimos dentro de

filiorum Dei expectantes redemptionem corporis nostri.

nosotros mismos, esperando la adopcion de hijos de Dios, la redencion de nuestro cuerpo.

NOTA.

»Escribióse esta epístola en Corinto el año 57 del na»cimiento de Cristo, veinte y cuatro despues de su muer»te, y fue enviado por mano de Febé. El ánimo del Após»tol, ó por mejor decir el intento del Espíritu santo, era »instruir por medio de élla no solo á los fieles de Roma, »sino á todos los esparcidos por todo el mundo; y por eso »se escribió en griego, que entonces era la lengua univer»sal, familiar hasta á las mugeres de Roma, y casi co»mun á todas las naciones.

REFLEXIONES.

Las tribulaciones de esta vida no tienen proporcion con la gloria futura. Padécese en este mundo, es verdad; en todas partes nacen las cruces; son frutos de todos tiempos, prodúcenlos todos los climas; no hay estado, no hay condicion que esté exênta de éllas. Hasta la misma virtud cristiana, único principio del verdadero mérito, que parece debieran perdonar las cruces, no solo las fomenta, sino que muchas veces élla misma las produce; como que no puede vivir sin éllas. Pocos santos hay en el cielo que no mezclasen la bebida con sus lágrimas, y menos que éllos mismos no cultivasen las cruces, para que creciesen mejor. Pocos siervos de Dios que se hubiesen contentado con las cruces y con las espinas que nacian, por decirlo así, en su mismo terreno. ¡Qué estudio, qué cuidado, qué industrias tan ingeniosas para macerar su carne, para mortificar sus sentidos, para humillar su espíritu, para crucificar su cuerpo, para aniquilar su amor propio! Las mas duras, las mas ásperas mortificaciones no bastaban á saciar el hambre que tenian de padecer. Adversidades, persecuciones, desprecios, humillaciones, desgracias, este era el patrimonio de los santos; con estas sombras se ha de pintar su retrato. Añade á todo esto lo que padecieron

los mártires: horcas, cadahalsos, hornos encendidos, uñas aceradas, *non sunt condignæ*: nada de esto tiene proporcion con el premio. Pero no pienses que no solo no tiene proporcion con él aquella gloria futura, aquella felicidad de los bienaventurados, aquel gozo del Señor, en que están como embebidos despues de esta miserable vida, y es fuera de todo precio, sin medida, sin límites, sin término. Tampoco tienen proporcion con aquel consuelo interior, con aquella dulzura, con aquella oculta suavidad, con aquella espiritual alegría que acompaña á las tribulaciones, que hace el yugo del Señor tan suave, y su carga tan ligera. Vale mucho menos todo cuanto se puede padecer por merecerlo. ¡Mi Dios, qué consuelo de mayor satisfaccion! ¡qué gusto mas dulce, ni mas exquisito que el que causa en la hora de la muerte la memoria de una vida obscura, humilde y mortificada! *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra*: reboso de alegría en medio de todas mis tribulaciones, decia el apóstol san Pablo. Este es el lenguage de los santos; no gustan otro idioma las almas justas. ¿Cuándo discurrirán, cuándo hablarán así esos dichosos del mundo, esos hombres de deleyte, esos idólatras de las diversiones? ¿Pero de dónde nacerá, que en medio de todas esas fiestas; en medio de todos esos caminos anchurosos, sembrados todos de rosas y de flores; en el mismo tiempo que todo se les rie, en esa série de prosperidades y perpetuo enlace de gustos y de entretenimientos, experimentan tan turbada, tan mezclada de amarguras su alegría? ¿que sea toda artificial? ¿que sus dias sean tan poco serenos y tan poco tranquílos? No logran gusto, que no sea insubstancial, inquieto, atropellado, mezclado con hiel y con acibar. No pueden separar de sus fiestas los disgustos y las desazones; las inquietudes, la turbacion y los remordimientos los acompañan á todas partes: y éste es todo su premio, éste todo el fruto de sus trabajos. ¡Qué fruto tan amargo! pero no tienen ótro. En medio de eso padecen; tambien se les atreven los contratiempos; tienen que aguantar gravísimas pesadumbres. Padecen; y es bien seguro que se padece mas en el servicio del mundo, que en el servicio de Dios. Por lo menos es muy cierto que en el servicio del mundo se pa-

dece sin alivio, sin consuelo, sin fruto y sin recompensa; pero cuanto se padece en el servicio de Dios, no tiene proporcion con la gloria futura.

El evangelio es del cap. 21. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Cum audieritis prælia, et seditiones, nolite terreri, oportet primum hæc fieri, sed nondum statim finis. Tunc dicebat illis: Surget gens contra gentem, et regnum adversus regnum. Et terræmotus magni erunt per loca, et pestilentiæ, et fames, terroresque de cælo, et signa magna erunt. Sed ante hæc omnia injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in sinagogas, et custodias, trahentes ad reges et præsides propter nomen meum: continget autem vobis in testimonium. Ponite ergo in cordibus vestris non præmeditari quemadmodum respondeatis; ego enim dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. Trademini autem à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte aficiet ex vobis: et eritis odio omnibus hominibus propter nomen meum: et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discipulos: Cuando oyéreis las guerras y sediciones, no os asusteis; porque es menester que haya antes estas cosas, pero no será luego el fin. Entonces les decia: Se levantará una nacion contra otra nacion, y un reyno contra otro reyno, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes y hambres, y habrá en el cielo terribles figuras y grandes portentos. Pero antes de todo esto os echarán mano, y os perseguirán, entregándoos á las sinagogas, á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Fixad, pues, en vuestros corazones que no cuideis de pensar antes lo que habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y seréis entregados hasta por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán á algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia posceréis vuestras almas.

MEDITACION.

De la paciencia.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay virtud mas necesaria, ni mas usual que la paciencia cristiana. Élla es, hablando en rigor, el remedio universal, y casi el único que nos hace encontrar algun alivio en nuestros trabajos. La paciencia os es necesaria (dice san Pablo), para que haciendo la voluntad de Dios experimenteis el efecto de sus promesas; sin esta virtud todas las demás no hacen mas que apuntar; porque sin paciencia no hay perseverancia. El combate es dilatado, porque toda la vida es una contínua guerra; la victoria supone la paciencia, y la corona siempre se debe á esta importante virtud.

Cultivamos, por decirlo así, una tierra ingrata; la broza, los matorrales y las espinas nacen debaxo de los pies; arráncanse, y vuelven á retoñar; en todas las condiciones pican; ni el trono está exênto de éllas; sin el socorro de la paciencia sus puntas no solo punzan, sino despedazan; solo la paciencia, las embota: *Con nuestra paciencia poseerémos nuestras almas*: es decir, que con élla domarémos nuestras pasiones. La paz y la tranquilidad del alma son su primer fruto. Ninguna cosa calma tanto la inquietud y la agitacion del espíritu como la paciencia; tranquiliza los ímpetus de una edad, ú de un genio excesivamente fogoso; sosiega todas las inquietudes, y es el único secreto que hay para vivir siempre contentos.

¡Mi Dios, cuántas desazones, y aun cuántos pecados evitaríamos si tuviéramos un poco mas de paciencia! El copioso manantial de todas nuestras inquietudes es nuestra impaciencia, ó á lo menos de toda la amargura que experimentamos en nuestros contratiempos, y en nuestros enemigos. Cuando no consuma toda la hiel que exprimen contra nosotros; cuando no extinga todo su ódio; por lo menos hace inútiles todos sus esfuerzos. La paciencia es la virtud de las almas grandes; es la de to-

dos los santos: ¿qué razon habrá para que no sea tambien la nuestra?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay cosa mas inútil, menos racional, ni mas nociva que impacientarse. Los disgustos, las pesadumbres y los contratiempos son los que producen y los que fomentan las impaciencias; esto es, nuestra indignacion y nuestra cólera con todo aquello que nos enfada. Pero y bien: si lo que nos enfada no está en nuestra mano; si los contratiempos no dependen de nosotros; si no se pudieron prevenir ni evitar esas desgracias; si el verdadero orígen de nuestras inquietudes y de nuestros enfados somos nosotros mismos, ¿qué cosa mas inútil, ni mas extravagante que impacientarse? Por que al fin, ¿qué cosas son las que suelen impacientarnos? Una enfermedad molesta y dilatada; un temporal enfadoso, un criado rústico, tonto y desmañado; tal vez nuestra poca habilidad y nuestra poca maña irritan el mal humor, y causan nuestras impaciencias; pero en todo esto, ¿qué razon tendrémos para inquietarnos? Corrijamos lo que pende de nosotros; remediemos lo que está en nuestra mano; pero lo que sale de la esfera de nuestro poder, ¿por qué nos ha de poner en mal humor? ¿Qué juicio haríamos de un hombre que se encolerizase, y echase pestes por la boca porque el sol se ponia muy presto, ó salia muy tarde? Pues valga la verdad; ¿son menos extravagantes las causas que por lo comun motivan nuestras impaciencias? Ellas siempre son indicios de un corazon poco sereno, de un genio avinagrado, y de unas pasiones vivas, dominantes, y nada mortificadas. Tristes frutos de un terreno tan vicioso como inculto.

¿Cuántas veces precipita la impaciencia en palabras, cuya indiscrecion se llora por mucho tiempo? ¿Cuántos ímpetus, cuántos rebatos han perdido á muchos hombres de bien, y arruinado muchas familias? En ninguna cosa se muestra mas la virtud que en la paciencia; ninguna desacredita tanto la devocion; ninguna parece mas contraria á un corazon verdaderamente cristiano; ninguna echa mas á perder los frutos del buen exemplo,

que un natural inquieto y poco sufrido. Es menester ser uno dueño de sus pasiones; es menester haberlas domado por largo tiempo; es menester haberse hecho mucha violencia para poseer su alma por la paciencia ¿Sabes por qué eres impaciente? porque no eres mortificado.

¡Dios mio! ya que me habeis dado á conocer la necesidad que tengo de esta importante virtud, concedédmela por vuestra bondad y misericordia. Señor, pues vos me dísteis tantos y tan admirables exemplos de paciencia, otorgadme tambien la misma amable virtud.

JACULATORIAS.

Nonne Deo subjecta erit anima mea? ab ipso enim salutare meum. Salm. 61.

¿Alma mia, por qué no has de estar siempre sujeta á la voluntad del Señor, puesto que él solo es, y de él solo esperas tu salud?

Expecta Dominum, viriliter age...: et sustine Dominum. Salm. 26.

Animo, alma mia; sufre con fortaleza tus trabajos, y confia en el Señor.

PROPOSITOS.

Por lo comun no hay cosa mas irracional que el motivo de nuestras impaciencias. Enfadámonos contra el rigor del tiempo, contra la intempérie del ayre, contra la situacion del lugar, contra las incomodidades del viento y de la lluvia. Chócanos la extravagancia de los genios, la figura de los ótros, sus modales, el sonido de su voz, todo nos da en rostro. Una leve indisposicion, cualquiera destemplanza nos pone melancólicos, tétricos, fastidiosos, insufribles. Fatíganos un génio intrépido y un genio pelmazo. Una respuesta menos discreta, una palabra inconsiderada, un accidente imprevisto nos pone de mal humor. Unas veces nos desazona la taciturnidad, y ótras la locuacidad de las personas. Hasta nuestros mismos defectos nos hacen impacientes; tal vez nos pone en cólera nuestra insuficiencia, y nuestra mentecatez, siendo lo peor que lo pagan

los ótros. ¿Cuántas veces se impacienta uno contra el instrumento que toca, ó contra la pluma con que escribe? ¿Pero quién tendrá la culpa? ¿Son estos motivos racionales para turbar la paz de un hombre, y tal vez la de toda una familia? Y cuando alguna vez tuviésemos razon, ¿sería justo que los que no se sientan á jugar pagasen por los que pierden? Ya que nosotros no tengamos virtud para llevar en paciencia los sinsabores de la vida, ¿han de cargar con nuestros enfados aquellos que nos tratan? ¿puede haber mayor injusticia? Imponte una ley de no mostrarte jamás enfadado, ó á lo menos de no hacer que carguen ótros con la amargura de tu corazon. Ciertamente no son los ótros los que encienden tu cólera; tú mismo eres el que la aplicas el fuego. Si conoces que se van levantando los primeros ímpetus, ó excitando las primeras chispas de la ira, irritada por algun objeto, no partas de carrera; no respondas de repente. Dilata la correccion para otro tiempo; muda la conversacion, y si puede ser muda tambien de objeto. Afecta una dulzura mas agradable. Con un poco de resolucion y vigilancia evitarás muchos deslices.

2 No hay cosa mas opuesta á la virtud y á la verdadera devocion que la impaciencia; vicio que desde luego acredita la inmortificacion del que le tiene. Un devoto impaciente hace mucho agravio á la virtud; ser impaciente, y hacer profesion de una vida exemplar, parece especie de quimera. Mira con horror este grosero defecto. ¿Qué mal, qué trabajo curan, ó alivian las impaciencias? Por el contrario, solo sirven para hacerlos mas pesados, y para perpetuarlos. Toma desde luego la generosa resolucion de no mostrarte nunca mas apacible, ni mas manso que cuando sientes el corazon mas lleno de amargura. Ni concibas que esto es sumamente dificultoso, aunque se lo parezca así á las almas cobardes y dominadas de sus pasiones. ¿Qué paciencia no se tiene con un viejo enfadoso, con un enfermo inquieto, con un pariente extravagante, de quien se espera una rica herencia? ¿qué paciencia han menester y efectivamente gastan los que sirven en la guerra; los que asisten en la córte? ¿Cuánto tienen que sufrir y que disimular por no disgustar al soberano, ó al ministro? ¿Y

no merecerá Dios que se tenga tanta paciencia por servirle y por agradarle? Sea esta virtud la que en adelante te distinga, y te caracterice.



DIA TERCERO.

San Potino, santa Blandina, y los otros cuarenta y seis mártires de Leon.

Habiendo conseguido el emperador Marco Aurelio una señalada victoria contra los bárbaros el año 174, por la oracion de los soldados cristianos, que servian en la legion Fulminante, como lo reconocian y lo publicaban los mismos gentiles, se mitigó algun tanto la persecucion excitada y continuada por muchos años contra la Iglesia; pero duró poco esta calma. Renovóse luego con mayor furor que antes en muchas ciudades y provincias; en cuyo borrascoso tiempo los fieles de la ciudad de Leon señalaron particularmente su fe, derramando la sangre por Jesucristo, y siendo los primeros mártires de las Gáulas. La historia que vamos á referir se sacó de la misma carta que los fieles de las iglesias de Leon y de Viena, testigos de los combates y de las victorias de estos santos Mártires, escribieron á las iglesias de Asia y de Frigia.

Creciendo cada dia en la ciudad de Leon el número de los cristianos, determinaron los gentiles acabar con todos éllos. Llegó á tanto su furor, que no podian dexarse ver con seguridad, ni en los baños, ni en los mercados, ni en las plazas públicas. Todos generalmente estaban irritados contra éllos. Magistrados, oficiales, ciudadanos, artífices, soldados, y hasta las mismas mugeres en todas partes los insultaban, y en todas los cargaban de injurias y de imprecaciones. Hacíase pública ostentacion, y se alegaba por mérito el haber maltratado á un cristiano. Subió tan de punto la insolencia y el furor, que amotinado el populacho acometió en

tumulto las casas de los fieles, apedreólas, saqueólas, y los cristianos que estaban dentro de éllas padecieron todos los ultrages y todas las violencias que es capaz de executar una plebe descompuesta, infatuada y enfurecida. El comandante de las tropas quiso sosegar el tumulto, y con este fin mandó prender á los que el pueblo tenia encerrados dentro de sus casas, entregándolos á los magistrados; preguntáronles éstos por su religion en presencia de toda la muchedumbre, y respondiendo todos intrépidamente que eran cristianos, los enviaron á la cárcel hasta que volviese el gobernador, que á la sazon se hallaba ausente de la ciudad; y luego que se restituyó á élla, se los presentaron, para que les hiciese su causa. Era el gobernador un hombre brutal y bárbaro, y no se pueden imaginar las crueldades que executó con los santos Mártires, queriendo por este medio congraciarse con el pueblo. No pudo sufrir la indignidad con que eran tratados aquellos ilustres confesores un caballero jóven, llamado Vetio Epagata, mozo de notoria y celebrada bondad, y en voz alta pidió que se le permitiese hablar en su defensa. Como era tan conocido, apenas abrió la boca, cuando todo el pueblo se desencadenó contra él. La respuesta que le dió el gobernador fue preguntarle si era cristiano; y respondiendo animosamente que sí, al punto le echaron mano, y le agregaron á los demas que estaban destinados para el martirio, llamándole por escarnio desde allí en adelante el abogado de los cristianos.

Pero como se habian cogido sin distincion á todos los que se encontraron en las casas forzadas por el populacho, el rigor que se practicaba con éllos dió luego á conocer los constantes y los flacos. De casi cincuenta que fueron presos, diez perdieron el ánimo, y renunciaron la fe con mucha afliccion de todos los fieles, llegando tambien á resfriarse el zelo de los cristianos, que seguian á los confesores para asistirlos. Pero cada dia eran arrastrados otros de nuevo, que llenaban dignamente el lugar de los que habian flaqueado, y fueron presos todos los que eran reconocidos por sobresalientes en sabiduría y en virtud, así en la iglesia de Leon, como en la de Viena. Cuando se forzaron las casas de

los cristianos, se prendió indistintamente á todos los que se encontraron en éllas, y juntamente con los amos fueron arrestados muchos esclavos. Temerosos éstos de que los hiciesen padecer los mismos tormentos que á aquéllos, les pareció que el medio mejor para librarse era acusarlos de todos los delitos que les imputaban los gentiles; y así les acusaron de que comian carne humana, y que en sus juntas cometian las mayores infamias y mas sucias obscenidades. Nacian estas acusaciones, parte de malicia, y parte de ignorancia; porque oyendo hablar á sus amos del sacramento de la Eucaristía, se les figuraba que comian carne humana cuando recibian en la comunion el cuerpo de Cristo; y observando que todos los cristianos, hombres y mugeres, se trataban recíprocamente de hermanos y de hermanas, maliciaban que todo era para cubrir sus torpezas.

Esparcidas estas calumnias entre el pueblo, no es fácil decir cuánto irritaron los ánimos contra los santos. Pero el furor se declaró particularmente contra Sancio, diácono, que era natural de Viena; contra Maturo, que acababa de recibir el bautismo; contra Atalo, que habia nacido en Pérgamo de la Asia, y era respetado por una de las columnas de la iglesia de Leon; contra una tierna doncella llamada Blandina, cuya constancia dió testimonio de que la gracia no depende de edad, de sexô, ni de condicion. Era esclava, y de tan delicada complexîon, que los demas cristianos, y aun su misma ama agregada tambien al número de los Mártires, temian mucho que no tuviese ánimo para confesar que era cristiana; pero ninguno confesó á Cristo con mas valor ni con mayor magnanimidad en medio de los mas crueles tormentos. Su constancia llegó á cansar la barbaridad de los verdugos. Despues de haberla despedazado, abrasado y atormentado inhumanamente por todo un dia, confesaron que alguna fuerza superior y divina debia de sostener á aquella doncella; pues no siendo así, el menor tormento de los que la habian hecho padecer bastaria para quitarla la vida. Con efecto, la dislocaron todos los huesos; llenaron todo su cuerpo de sulcos con uñas de hierro; descubriéronla hasta las entrañas con ramales acerados; y en medio de tan larga como horri-

ble carnicería, no se la oía otra palabra que ésta: *Soy cristiana, y entre los cristianos se ignora hasta el nombre del delito.* Los verdugos, cansados y rendidos, desesperaron de poder quitarla la vida; por lo que el tirano mandó que la volviesen á la prision.

No triunfó menos en el diácono Sancio la fe de Jesucristo en medio de los tormentos. Como era extrangero, le preguntaron su nombre, su patria, su condicion y su ministerio; pero á todas las preguntas respondió con dos solas palabras: *Soy cristiano.* Por mas que le despedazaron sus carnes hasta los huesos; por mas que se valieron del hierro, del fuego y de los mas crueles suplicios para arrancarle una leve señal de impaciencia, se conservó inalterable, sin oírsele otra cosa sino decir contínuamente: *Por la gracia de Dios soy cristiano.* Atormentáronle tan horriblemente, que todo su cuerpo era una sola llaga; todo hinchado, todo encorvado, y todo encogido, apenas tenia figura de hombre. El gran deseo que tenian de vencer por lo menos la paciencia de alguno de los Mártires con la violencia de los tormentos, hizo creer á los verdugos algunos dias despues, que si atormentasen de nuevo al santo Diácono sobre las llagas primeras, no podia resistir á la violencia del dolor; pero sucedió todo lo contrario, con gran confusion de los gentiles. Lejos de rendirse el cuerpo del glorioso Mártir con el nuevo suplicio, cobró nuevas fuerzas con él, y volviendo á su primera forma, se restituyó tambien á su antiguo vigor.

Llenaban de confusion á los gentiles las victorias de los cristianos, y deseaban, por lo menos, arrancar alguna nueva calumnia de la boca de los cristianos mismos. Con este intento se les ofreció aplicar á la cuestion á una muger llamada Biblis, que por haber renunciado la fe, atemorizada de los tormentos, creían que por librarse de la cuestion impondria á los cristianos los delitos mas atroces. Pero nunca triunfó con mayor esplendor la fe y la gracia de Jesucristo. Despertó Biblis, por decirlo así, de un profundo sueño en virtud de aquel tormento. Los dolores pasageros que la atormentaban, la traxeron á la memoria las penas eternas que la estaban aguardando, si no se arrepentia con tiempo

de su cobarde apostasía, y en vez de declarar algo contra los cristianos, tomó á su cargo defenderlos con esta generosa respuesta: ¿Cómo es posible que coman carne de niños aquellos á quienes está prohibido comer la sangre de los animales? ¿cómo es posible que cometan incestos los que miran con horror aun la menor impureza? Por lo demas no penseis haber triunfado ya de mi flaqueza y de mi cobardía, porque os declaro que soy cristiana, y por medio de esta generosa confesion volvió á entrar en la compañía de los mártires.

Avergonzados los paganos de ver confundido su furor por la constancia de los fieles, tomaron la resolucion de hacerlos perecer de hambre y de miseria en las prisiones. Metiéronlos todos en diferentes calabozos subterráneos, obscuros, hediondos, llenos de sabandijas y de insectos, y que mas parecian sentinas que calabozos. Encaxáronlos de pies en unos cepos, dispuestos con tanta violencia que muchos espiraron en aquel cruel tormento; ótros por la corrupcion del ayre, y algúnos de pura miseria. Entre éstos fue san Potino, obispo de Leon, y cabeza de aquella generosa tropa, siendo á la sazon de 90 años. Sabian los gentiles que era la cabeza y como el padre de los cristianos; y habiéndose apoderado de él sin tener respeto á su venerable ancianidad ni á su debilidad extrema, le molieron á golpes, y arrastrándole por las calles hasta la plaza, le presentaron al Gobernador, que luego le preguntó: ¿quién era el Dios de los cristianos? Conocerásle, respondió el Santo, como tengas verdadero deseo de conocerle. Enfadado el Gobernador con esta respuesta, le volvió las espaldas con desprecio. Arrojóse despues sobre él el populacho, y á puntillazos y á pedradas le dexó medio muerto, espirando dos dias despues en la prision. Regístrase el dia de hoy en una gruta de las antiguallas de Leon un agujero muy estrecho abierto en la misma peña, donde se dice que encaxaron á golpes al santo Obispo, y le comprimieron con una cuña, y que dió su vida á Dios en aquel género de suplicio.

Habiendo llegado el dia señalado por el Gobernador para dar á los gentiles el espectáculo de las fieras, exponiendo á élla los santos mártires, fueron sacados de la

prision Maturio, Sancio, Blandina y Atálo. Pasaron como revista por delante de todo el pueblo, y en esta funcion iban los verdugos apaleando á los dos primeros. Apenas entraron en el circo cuando soltaron las fieras, y abalanzándose á éllos, los arrastraron y los despedazaron horriblemente. Viendo que aún no habian espirado, encarnizado el pueblo pidió que los hiciesen sufrir nuevos tormentos, y especialmente clamó por el de la jaula de hierro enrojada y encendida. Dióle ese gusto el Gobernador; y metidos en élla los santos mártires, aunque el hediondo humo de la carne retostada ofendia igualmente las narices y los ojos, no se dió por satisfecho el furor de la muchedumbre. Tampoco fueron bastantes para desalentar el valor de aquellos héroes cristianos tantos y tan espantosos tormentos; antes se les oia gritar: Siervos somos de Jesucristo, y nos tenemos por dichosos en derramar hasta la última gota de nuestra sangre á gloria de su santísimo nombre. Irritado de esta constancia uno de los verdugos, los pasó la espada por el cuerpo; y quitándoles la vida, les abrió el camino para la corona del martirio á que aspiraban.

Habian atado á santa Blandina á un madero con los brazos extendidos en forma de cruz, y acercándose á élla las fieras, mostraron respetarla; por lo que mandó el Gobernador que la volviesen á la cárcel, especialmente habiendo observado que aquella maravilla hacia en el pueblo alguna impresion. Despues pidieron á Atálo con el mayor empeño, por ser tan conocido de todos, haciéndole igualmente respetable su nacimiento y su virtud. Dió una vuelta al rededor del anfiteatro con un cartel en el pecho en que se leian estas palabras: *Este es Atálo el cristiano.* La gritería, la burla, la chacota y las injurias que el pueblo descargaba sobre él aumentaban visiblemente la alegría que se dexaba reparar en su semblante. Iba ya á entrar en el circo cuando tuvo noticia el Gobernador de que era ciudadano romano, por lo que mandó le volviesen á la cárcel con los demas cristianos, hasta tener respuesta del Emperador, á quien habia consultado lo que debia hacer con él y con los ótros.

Era espectáculo de ternura y de admiracion ver en las prisiones aquella tropa de gloriosos confesores de Cris-

to, en cuyas heridas se leian los mas encarecidos elogios de su fe. Unos medio tostados, ótros dislocados todos sus huesos, ótros despedazadas sus carnes, y todos cubiertos de llagas, triunfando de alegría por haber sido dignos de derramar la sangre, sufrir injurias y tormentos por el nombre de Jesucristo. Sobre todo era admirable su humildad; pues enmedio de haber sido echados á las fieras, de haber padecido tan crueles suplicios, de haber pasado por todos los tormentos que supo inventar la crueldad, y de haber padecido tantas veces el martirio, todavía no podian sufrir que les diesen el nombre de mártires, y se encomendaban sin cesar en las oraciones de los fieles.

Necesariamente habian de tener mucho fruto aquellos grandes exemplos. Los que habian hecho traicion á la fe con indigna cobardía, movidos de un vivo arrepentimiento, resolvieron reparar el escándalo por medio de una generosa confesion de la fe que habian abrazado. Efectivamente, habiendo llegado la respuesta del Emperador con órden de que se quitase la vida á todos los que persistiesen en confesar á Jesucristo, y se diese libertad á los que hubiesen renunciado del cristianismo, quedó sorprendido el Gobernador cuando vió que éstos mismos pedian ser otra vez exâminados acerca de su religion. El público arrepentimiento que mostraron de su primera flaqueza; la generosa confesion que hicieron de la fe que profesaban, y el ardiente deseo que mostraron de derramar toda su sangre en su defensa, les mereció la gracia y la dicha de ser agregados á los demas santos mártires, y de entrar á la parte en su corona.

Hallábase en Leon un cristiano, por nombre Alexandro, médico de profesion, muy celebrado por su singular pericia en la facultad, pero mucho mas por el zelo de la fe de Jesucristo, que predicaba en todas ocasiones con resolucion y con valor, aprovechando la oportunidad de visitar sus enfermos para persuadirlos que se hiciesen cristianos. Estando junto al tribunal del juez mientras hacia el interrogatorio, y tomaba la declaracion de los que antes habian apostatado, los hacia señas con la cabeza y con los ojos, exhortándolos á confesar el nombre de Jesucristo, y los hablaba con los gestos. Notólo

el pueblo; y como estaba tan indignado contra los que se habian arrepentido de su apostasía, comenzó á gritar acusando al médico Alexandro de que tenia la culpa de aquella mudanza. Volvióse el Gobernador hácia él, y preguntóle quién era. Soy cristiano, respondió intrépidamente Alexandro, y sin pasar mas adelante el Juez, irritado con esta respuesta, le condenó á ser despedazado por las fieras, mandando fuese llevado á la cárcel con los demas mártires que ya estaban sentenciados á muerte. Dilatóse la execucion hasta el dia siguiente, por celebrarse en él una fiesta gentílica. Los primeros que expusieron á las fieras fueron Atálo y Alexandro, que habiendo sido arrastrados de éllas por largo tiempo, sacudidos y despedazados, los dexaron tendidos en la arena medio muertos. Quiso el pueblo divertirse con el cruel espectáculo de verlos asarse en la caxa ó en la jaula de hierro ardiendo. Alexandro se mostró en élla perpétuamente unido con Dios, sin hablar palabra; pero Atálo, viendo que el pueblo se tapaba las narices por no poder tolerar el humo y el mal olor de la carne quemada, exclamó diciendo: *De vosotros, idólatras, sí que se puede decir os alimentais de carne humana, pues la asais para que á lo menos os éntre el mar olor por las narices. Los que servimos á Jesucristo no sabemos qué cosa es alimentarnos con hombres, ni cometer ninguno de los delitos que nos imputais.* Preguntóle uno cómo se llamaba su Dios, y le respondió: *Los nombres se inventaron para distinguir la multitud, y el que es por esencia único, no ha menester nombre.* Poco tiempo despues acabó gloriosamente su carrera.

Muertos ya casi todos los santos mártires, salió al anfiteatro Blandina, acompañada de un niño cristiano, llamado Póntico, de edad de solos quince años, que se cree haber sido hermano de la santa Doncella. De propósito reservaron á estos dos para los últimos, pareciéndoles que el flaco sexô de la úna, y tierna edad del ótro, con el terror que los causarian los tormentos que habian visto padecer á los demas, con cuyo fin todos los dias los sacaban al anfiteatro, los tendrian atemorizados, y perderian el ánimo. Pero su inmutable constancia en la religion cristiana irritó de tal manera al pueblo contra éllos, que hizo fuesen atormentados con toda suerte de crueldad y

de barbarie. Executaron en éllos todos cuantos suplicios pudieron imaginar para obligarlos á jurar por los dioses inmortales; pero todo fue inútilmente. Animado Póntico con las exhortaciones de su santa Hermana, se mantuvo invencible, y haciendo gloria de ser cristiano, espiró en los tormentos.

La última de aquella dichosa tropa que consiguió la corona del martirio fue santa Blandina, habiendo sido la primera que se presentó en el combate. No cabia en sí de gozo, viéndose tan cercana al fin de su carrera. Despues de haber sido azotada con varas, de haberla de nuevo despedazado las fieras, de haberla vuelto á encerrar en la jaula encendida, diciendo siempre soy cristiana, la metieron en una especie de red, y la expusieron á un bravo y furioso toro, que habiéndola dado terribles golpes, la arrojó varias veces al ayre con las puntas; y mostrándose insensible á este tormento, ocupada su alma toda en Dios, al fin fue degollada con los demas. Así triunfó la fe de Jesucristo en la victoriosa constancia de estos 48 mártires, que desde entonces se hicieron muy célebres en toda la santa Iglesia.

Los que murieron en la cárcel fueron los santos Potino, obispo de Leon, Arescio, Cornelio, Zósimo, Tito, Zórico, Julio, Apolonio, Germiniano, y las santas Julia, Emilia, Jamnica, Pompeya, Ausonia, Alomnia, Justa, Trofima y Autonia.

Los que acabaron degollados fueron los santos Epagato, Zacarías, Macario, Alcibíades, Silvio, Primo, Ulvio, Vital, Comino, Octubre, Filumino, Gemino, y las santas Julia, Albina, Grata, Rogacia, Emilia, Postumiana, Pompeya, Rodana, Biblis, Cuarra, Materna y Elpa.

Los expuestos á las fieras fueron los santos Sancio, Maturo, Atalo, Alexandro, Póntico y santa Blandina, cuya veneracion en toda la Iglesia fue tan grande desde luego, que solo tenian el nombre de santa Blandina muchas iglesias consagradas á todos los 48 mártires, y la de Viena aun el dia de hoy llama al dia de los mártires de Leon la fiesta de santa Blandina y de sus compañeros, nombrando solamente á la Santa en la oracion del Oficio.

No se dió por satisfecho el furor de los gentiles con la muerte de los santos mártires, y se ensangrentó tambien

contra sus sagradas cenizas, que arrojaron en el Ródano despues de haber quemado sus cuerpos. Pero Dios las conservó juntándolas milagrosamente, y en el sitio en que se hallaron se edificó una iglesia en honor de los mismos mártires, cuyas cenizas se colocaron debaxo del altar mayor, y porque se cree que este milagro sucedió el dia 2 de junio, desde entonces se llamó este dia *la fiesta de los milagros*.

Porque los mártires de Leon se llaman tambien *los mártires de Ainay*, que es un sitio de la misma ciudad, donde se juntan los dos rios, el Ródano y el Saona, piensan muchos que aquel fue el lugar de su martirio; lo cierto es que en aquel parage estaba el altar de Augusto, donde se hacian los sacrificios, en cuyas fiestas los quitaron la vida. Otros, con mayor probabilidad, son de parecer que nuestros santos mártires murieron en el anfiteatro, cuyas ruinas se registran aun el dia de hoy en la montaña que llaman de Fourviere, donde se ven las grutas subterráneas, que servian de calabozos, si ya no eran las cuevas ó las jaulas donde se tenian encerradas las fieras. El haber sido quemados los cuerpos delante del altar de Augusto, pudo dar ocasion á que se llamasen *los mártires de Ainay*.

La misa es del Comun de muchos màrtires, y la oracion la siguiente.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui gloriosos Martyres fortes in sua confessione cognovimus, pios apud te in nostra intercessione sentiamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que experimentemos benignos intercesores con vos en nuestras necesidades á los que celebramos constantes en la confesion de tu santo nombre: Por nuesrro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 11. de la que escribió san Pablo á los hebreos.

Fratres: Sancti per fidem vicerunt regna, operati sunt justitiam, adepti sunt repromissiones, obturaverunt ora leonum, extinxerunt impetum ignis, effugerunt aciem gladii, convaluerunt de infirmitate, fortes facti sunt in bello, castra verterunt exterorum: acceperunt mulieres de resurrectione mortuos suos: alii autem distenti sunt non suscipientes redemptionem, ut meliorem invenirent resurrectionem. Alii vero ludibria, et verbera experti; insuper et vincula, et carceres: lapidati sunt, secti sunt, tentati sunt, in occissione gladii mortui sunt, circuierunt in melotis, in pellibus caprinis, egentes, angustiati, afflicti: quibus dignus non erat mundus: in solitudinibus errantes, in montibus, et speluncis, et in cavernis terræ. Et hi omnes testimonio fidei probati inventi sunt in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Los santos por la fe vencieron los reynos, obraron justicia, alcanzaron lo que se les habia prometido, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, convalecieron de su enfermedad, se hicieron esforzados en la guerra, desbarataron los exércitos de los extraños. Las madres recibieron resucitados á sus hijos que habian muerto. Unos fueron extendidos en potros, y despreciaron el rescate, para hallar mejor resureccion. Otros padecieron vituperios y azotes, y ademas cadenas y cárceles: fueron apedreados, despedazados, tentados, pasados á cuchillo; anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras; necesitados, angustiados, afligidos: hombres, que no les merecia el mundo, anduvieron errantes por los desiertos, las cuevas y cavernas de la tierra. Y todos éstos se hallaron probados por el testimonio de la fe en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

»El intento del Apóstol así en esta epístola como en la »que escribió á los gálatas y á los romanos, es mostrar »que la verdadera justicia no proviene de la ley, sino de »Jesucristo que nos la comunica por la fe y por su di»vino Espíritu. Esto lo demuestra en la epístola á los ro»manos por la ley moral y por las obras; en la epístola »á los corintios por las ceremonias legales, y en ésta por »los sacrificios.

REFLEXIONES.

Por la fe fueron los reynos conquistados por los santos, y por élla hicieron obras de justicia. No es de admirar que los santos obrasen tantas maravillas por medio de la fe; porque á la verdad, ¿qué no podrá con la fe un hombre santo? El asombro es que no seamos nosotros santos, profesando la misma fe y la misma doctrina; antes bien que seamos tan cobardes cuando se ofrece la ocasion. *Todo lo puedo* (decia el apóstol san Pablo) *en virtud de aquel Señor que me conforta* (Ad Philip. 4.). Una fe viva es todo poderosa; obliga, por decirlo así, á que el Señor haga milagros. Cuanto mas debil es el sugeto, mas se ostenta su poder. A una viva fe y á una perfecta confianza nada sabe negar el Señor; pero es menester que esta fe sea pura, que sea humilde, que sea animada con las obras, que sea verdadera fe. Con esta fe cerraron los santos la boca á los leones, apagaron la actividad del fuego, embotaron los filos de la espada, salieron con mas vigor de la misma enfermedad, se hicieron valerosos en la guerra, derrotaron exércitos de enemigos forasteros; es decir, que no solo domaron sus pasiones, no solo se rieron de los suplicios, sino que se burlaron de todo el infierno junto. *La victoria vence al mundo*, dice el evangelista san Juan (1. Joan. 4.); esto es, nuestra fe. ¿Pero será la fe de los cristianos de estos tiempos? ¿será la nuestra? Mas ¿quién la despojó de su fuerza y virtud? ¿quién debilitó su constancia y su valor? ¿Podrémos decir que nuestra fe nos hace victoriosos del mundo, cuando somos siempre viles esclavos de sus máxîmas y de sus leyes; cuando somos víctimas de los respetos humanos; cuando estamos tan servilmente sujetos á sus modas y á sus caprichos? Apenas se reconoce otro dueño; por lo menos él es el mas imperioso, el mas duro, el mas fiero, el mas tirano, el mas absoluto, y con todo ningun otro es mejor servido. ¡Y nosotros somos los que nos preciamos de tener la misma fe que los santos! ¡y será posible que nos lo queramos persuadir! Consultemos nuestras costumbres, consultemos nuestras obras. ¡Fantasma de fe! y quiera Dios que no sea tambien fantasma de religion; una en los labios,

y ninguna en el pecho. ¡Sería mucha nuestra religion cuando la fe está muerta, ó á lo menos moribunda! ¿Y cuál será nuestra suerte en la vida? Oh, que nos convertirémos á la hora de la muerte; entonces se aviva la fe, no hay duda; pero es menester que resucite. ¿Y no será de temer que nuestra fe en aquella hora sea como la de los demonios que creen y tiemblan? Harto desgraciados son aquellos cuya fe no produce otro efecto que el del miedo y el temor.

El evangelio es del cap. 11. de san Mateo.

In illo tempore respondens Jesus, dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine cœli, et terræ: quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita, Pater: quoniam sic fuit placitum ante te. Omnia mihi tradita sunt à Patre meo. Et nemo novit Filium, nisi Pater: neque Patrem quis novit, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare. Venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

En aquel tiempo respondió Jesus, y dixo: Glorifícote, ó Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los párvulos. Sí, Padre, porque esta ha sido tu voluntad. Todo me lo ha entregado mi Padre. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce alguno sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo lo quisiere revelar. Venid á mí todos los que trabajais, y estais cargados, y yo os aliviaré. Llevad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazon: y hallaréis el descanso de vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga es ligera.

MEDITACION.

El yugo del Señor es suave, y su carga ligera.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en esta vida no hay consuelo puro sino en el servicio de Dios; todo lo demas es tumulto, aturdimiento, confusion y amargura. Todas las alegrias mun-

danas tienen su origen en alguna pasion; y naciendo de tan desdichada fuente, no pueden dexar de acompañarlas la turbacion, el temor, los sinsabores, el fastidio y la mudanza. Todas son superficiales; rara flor nace en este valle de lágrimas que no sea artificial; ríese algo, pero se llora mucho mas; las cruces invisibles y las pesadumbres interiores son la renta mas activa y mas segura de los dichosos del siglo.

A la verdad, ni el amo á quien se sirve, ni las leyes que prescribe imponen yugo mas suave, ni carga mas ligera. No hay cosa mas dura que la esclavitud con que se vive en el mundo; como reynan en él todas las pasiones, se le obedece como esclavos, y él manda como tirano. La emulacion roe el alma, la ambicion es su tormento, cuéntanse tantos enemigos como concurrentes, y tantos envidiosos como testigos. ¿Hubo nunca en el mundo amistad pura y sincera? El interes es aquel grande y único resorte que pone en movimiento toda la máquina; el amor propio el primer móvil que la agita; infiere de aquí si podrá haber tranquilidad y sosiego en el corazon de un hombre del mundo, mientras la paz inalterable y la alegría pura son la herencia de las almas justas.

De la paz de la conciencia nace la del corazon; ésta es su madre, no tiene ótra. Es verdad, no lo niego, que hay cruces en el camino de la virtud; pero el fruto que producen es de una exquisita dulzura. Carga el Señor á sus siervos con algun peso; pero tal, que sin trabajo lo puede llevar un niño. Tiene sus leyes nuestra religion; mas solamente se hacen duras á los que no las observan; pocos de los que exâctamente las guardan dexan de experimentar su dulzura; tanto, que algunas veces llegan á temer disminuya el mérito de su observancia el gusto y el deleyte que ocasiona.

En esta materia, ¿quién debe ser mas creido que los santos, cuya experiencia los habia hecho maestros, y en su virtud afianzaron el mas seguro testimonio de su veracidad? Un san Efren, un san Francisco Xavier, una santa Teresa, una santa María Magdalena de Pazis se quejan amorosamente al Señor de los excesivos consuelos que inundaban sus dichosas almas. ¿Cuándo se han quejado

de lo mismo los mundanos, esos declarados siervos, esos miserables esclavos del mundo? ¡Y despues de esto hay, Señor, tan pocos hombres que os sirvan!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no solo segun la fe, sino tambien segun la razon natural, el yugo del Señor debe ser suave, y su carga muy ligera. Todas sus leyes tiran derechamente á cegar el manantial de nuestros disgustos; todo el evangelio es un admirable secreto para endulzar los trabajos y aligerar las cruces de esta vida. No hay hombre mas dichoso que el que vive sin pasiones. Solamente los verdaderos siervos de Dios, solamente los santos gozan de este privilegio; cuando no tengan del todo extinguidas sus pasiones, las tienen tan domadas, que ni hacen ruido, ni apenas les molestan; porque no estan en términos de poder amotinarse.

¡Qué mayor gusto, qué mayor consuelo que cumplir cada uno con su obligacion! El testimonio de la buena conciencia, dice el Sábio, es una contínua fiesta. ¿Dónde hay mayor gozo que no hacer uno cosa de que tenga despues de que arrepentirse? porque hablando en rigor, no, no son los bienes exteriores los que nos hacen felices; los cuidados y las desazones trepan hasta el trono. Es menester que el ánimo esté tranquilo y el corazon contento para gozar de una verdadera felicidad; de aquí nace que no hay que buscarla pura y verdadera en el mundo; resérvase toda para las almas fieles; solo pueden disfrutarla los buenos. Ellos solos tienen paz dentro y fuera de sí mismos, mientras los pecadores viven inquietos y mueren desesperados.

La tranquilidad de la conciencia es el fruto ordinario de la virtud; el que mas se da á Dios ese es el que la gusta mas; al que mas le reserva, menos se le comunica. Señor (decia san Agustin), cuando no estoy lleno de vos, no puedo sufrir á mí mismo, y no puedo hallar contento sino cuando me doy á vos enteramente. Desgracia es que no podamos formar una idea cabal y clara de aquella secreta dulzura con que Dios suaviza su yugo; de aquellos dichosos momentos en que se hace sentir de las almas

santas; de aquella dulcísima esperanza con que anticipadamente las da á gustar algunos destellos de la gloria; de aquellos rayos de luz con que descubre á sus ojos toda la vanidad del mundo; de aquellas suavísimas lágrimas que algunas veces derraman á los pies del crucifixo, en las cuales encuentran un gusto, una satisfaccion tan delicada y mas exquisita que todas las diversiones del mundo.

Los hombres carnales no comprenden estas espirituales delicias. Dadme, Señor (exclamaba el mismo san Agustin), dadme un corazon penetrado, abrasado de vuestro divino amor, y él comprenderá fácilmente este misterio. Parécenos incomprensible, porque nos falta este amor.

Haced, Señor, que yo guste la suavidad de vuestro yugo, otorgándome la gracia de que le lleve con alegría, guardando vuestra ley con fidelidad y con exâctitud. Sí, mi Dios, ámeos yo con generosidad y sin reserva, y entonces experimentaré qué cosa tan dulce es amaros.

JACULATORIAS.

Tu, Domine, suavis et mitis, et multæ misericordiæ omnibus invocantibus te. Salm. 85.

Sí, Señor, sois Dios manso, sois Dios suave, sois Dios lleno de misericordia para todos aquellos que confiadamente os invocan.

Quam bonus et suavis est, Domine, spiritus tuus in omnibus! Sap. 12.

¡Oh Señor, qué dulce, qué bueno, qué suave es vuestro divino espíritu en todas las cosas!

PROPOSITOS.

A un enfermo toda la comida le amarga, y á un convaleciente le parece enorme el peso mas ligero. Desengañémonos; no está la amargura en el yugo del Señor, toda consiste en la destemplanza de nuestro paladar, en el mal humor que se ha apoderado de él. Es artículo de fe que la ley de Dios es dulce, y fáciles sus mandamientos. ¿Quieres hacer la prueba? pues guárdalos con fidelidad. Todo se puede con el auxîlio de la divina gracia. Comien-

za desde hoy á dar el mas exâcto cumplimiento á todas tus obligaciones; oracion, devociones, empleo, obligaciones particulares del estado, y generales de cristiano, atenciones y deberes que pide la caridad y la buena crianza; cúmplelo todo con cuidado, y todo por un fin, por un motivo santo de religion, *cumple toda justicia*, y no se pasará el dia sin que experimentes aquella dulzura que Jesucristo nos promete. No se te piden cosas extraordinarias; haz solamente las mas comunes; pero por motivo un poco cristiano: no se te piden mas que los deberes ordinarios de tu estado; pero no omitas alguno, si quieres que todos se te hagan fáciles y gustosos; no temas la opresion, porque solo es efecto de la poca exâctitud. En punto de devocion todo el trabajo y toda la dificultad es para los tibios y para los indevotos; éstos son los que la desacreditan.

2 Imponte una ley de hablar siempre con grande estimacion de la virtud; jamás la tomes en boca sino para alabarla; pero sobre todo, guárdate mucho de exâgerar nunca las imaginarias dificultades que se hallan en su exercicio. Nada la desacredita tanto, ninguna cosa le agravia mas que las injustas quejas y los injuriosos suspiros de los cristianos tibios y floxos, achacosos y enfermos por la mayor parte. Semejantes á los tímidos exploradores de la tierra de promision, los matorrales y las zarzas se les representan exércitos armados; y los árboles cargados de frutas, monstruos que devoran los hombres. Todo lo que es pintar dificultosa la virtud, es pura imaginacion; todo lo que se exâgera de su aspereza y de su carga, es mera calumnia que atemoriza y acobarda. Si nunca gustaste la dulzura de sus frutos, es porque nunca los cogiste, ó siempre los cogiste verdes y fuera de sazon. Nunca digas, pues, que cuesta mucho el ser santo, que para subir al cielo es necesario trepar, que los mandamientos de la ley de Dios son dificultosos, &c. Todas esas proposiciones solo sirven para turbar y para intimidar al hombre carnal, que no comprende los maravillosos secretos de la vida espiritual, ni la fuerza, virtud y poder de la divina gracia. Si tú no sabes la dulzura de esa vida; si no entiendes la facilidad que acompaña la observancia de la ley de Dios, reconoce que es por

tu indisposicion y por tu culpa; y no dando oidos mas que á tu fe y á tu corazon, habla de la virtud como hablan los que han gustado los frutos de esta tierra de promision. Dí que es una region donde reyna eterna calma; que en élla siempre se descubre el cielo sereno; que es una tierra por donde corre un rio de leche y miel, cuyos habitadores gozan de una alegría pura, de una paz inalterable, y solamente los extrangeros no entienden su lenguage. Sus términos parecen ásperos; pero es muy dulce su significado. Está, en fin, bien persuadido y enteramente convencido de esta verdad, que es de fe, y por consiguiente inalterable: *El yugo del Señor es suave, y su carga ligera.*



DIA CUARTO.

La conmemoracion de los fieles difuntos.

Es de fe que los fieles que mueren en gracia sin haber satisfecho suficientemente en esta vida por las penas debidas á sus culpas, satisfacen por éllas en la ótra, padeciendo terribles tormentos en el purgatorio.

Los hereges de estos últimos tiempos, enemigos de la penitencia, no contentos con desterrarla en esta vida, la excluyeron tambien de la ótra; y cegándolos el amor á la disolucion, tanto del corazon, como de las costumbres, conspiraron en negar el purgatorio contra el testimonio auténtico de la sagrada Escritura y de la tradicion; esto es, no quieren confesar que padezcan penas algunas aquellas almas que pasaron de esta vida á la ótra sin estar bastantemente purificadas para entrar desde luego en el cielo. Si creyeran esto, se considerarian obligados á mortificarse, á macerar su carne, á cumplir las penitencias que se les impusieron; y esto no se componia bien con la licencia á que aspiraban, siendo éste verdadero origen de todos sus errores. Enmedio de eso es cierto que

no hay punto mejor establecido ni mas claramente demostrado, así en la Escritura como en la tradicion.

Es cosa santa y saludable rogar á Dios por los difuntos para que sean libres de sus pecados, dice el Espíritu santo en el segundo libro de los macabeos. *Hay algunos pecados*, dice Cristo, *que no se perdonan en este mundo ni en el ótro*; lo que no diria, glosa san Agustin, si muchos no se perdonaran en el ótro. Es cierto que no se perdonan en el cielo, donde no entra cosa manchada; tampoco se perdonan en el infierno, de donde está desterrado todo perdon y toda misericordia; con que es preciso que solo en el purgatorio se perdonen. San Pablo dice *que algunos fieles no se salvarán hasta que pasen por el fuego*, y san Agustin, san Cipriano, san Ambrosio, san Gerónimo, y hasta el mismo Orígenes entienden este tránsito por el fuego del purgatorio. Gran dolor es que haya hombres tan preocupados del error que se resistan á conocer esta verdad.

Tampoco se puede poner en duda la tradicion del purgatorio; porque ésta es, y ésta fue siempre la doctrina de todas las iglesias del mundo desde Jesucristo acá. Hace evidencia de este punto el testimonio auténtico de los santos padres que florecieron en todos los siglos, por el cual no solo consta cuál fue la fe de la Iglesia en todos tiempos sobre este artículo, sino tambien cuál fue en todos los siglos su ardiente caridad y su zelo por el alivio de los fieles difuntos.

San Gregorio Nazianceno, doctor de la Iglesia, que vivió al principio del cuarto siglo, en el discurso sobre *las santas luminarias*, dice: Ningun hombre hay tan virtuoso, tan puro ni tan santo en este mundo, que acaso no necesite purificarse en el ótro por el fuego: *In altero ævo igni fotasse baptizabuntur.*

San Juan Crisóstomo, una de las mas resplandecientes antorchas de la Iglesia, que floreció hácia la mitad del mismo siglo, en la homilía 21. sobre los actos de los apóstoles, dice: No penseis que son inútiles las oraciones, las limosnas ni las ofrendas que se hacen á Dios por los difuntos: *Non frustra oblatione pro defunctis, non frustra preces, non frustra eleemosynæ.* El mismo Dios fue el que instituyó entre los fieles este piadoso comercio de

caridad, para que recíprocamente nos ayudásemos los únos á los ótros: *Ut nos mutuum juvemus.* No se contenta el ministro del altar con clamar al Señor, implorando su misericordia en favor de los que murieron en la fe de Jesucristo: *Non simpliciter minister clamat pro his qui defuncti sunt in Christo*: ofrece tambien por éllos èl divino sacrificio. Nosotros, pues, hermanos mios, convencidos de esta verdad, considerémos lo mucho que podemos aliviar aquellas afligidas almas: *Hæc scientes, consideremus quantas consolationes possumus mortuis, pro lacrymis, pro lamentis, pro monumentis præstare.* No, no las aliviarémos ni con las lágrimas, ni con los suspiros, ni con los soberbios sepulcros, sino con las oraciones y con las limosnas que hiciéremos por éllas: *Nempe eleemosynas, preces, orationes*: para que éllas y nosotros lleguemos, por las gracias y por la misericordia de nuestro Salvador Jesucristo, á la eterna bienaventuranza que nos está prometida: *Ut illi, et nos assequamur promissa bona, gratia et misericordia Unigeniti Filii, &c.*

El mismo san Crisóstomo en el tercer sermon que predicó sobre la epístola del apóstol san Pablo á los filipenses, escuchad, dice, como habla Dios: Yo protegeré á esta ciudad por mi propio amor, y en consideracion de mi siervo David: *Audi Deum dicentem: protegam urbem hanc propter me, et propter David servum meum.* Si la memoria sola de un hombre justo puede tanto con Dios, ¿cuánto podrán las buenas obras hechas por el alivio de los que estan en el purgatorio? *Si sola justi memoria tantum valuit: ubi opera præterea pro mortuo fiunt, quid non poterunt?* No sin razon nos manda el Apóstol rogar por los difuntos en el augusto y tremendo misterio del altar: *Non frustra hæc ab apostolicis sunt legibus constituta, ut in venerandis atque horrificis mysteriis, memoria eorum fiat qui deceserunt*: Sabia bien el gran provecho qne de esto se les habia de seguir: *Noverat hinc multum ad illos lucri accedere, multum utilitatis.* Porque cuando el pueblo, junto con los sacerdotes, ofrece al Señor este tremendo y adorable sacrificio, ¿cómo puede dexar de mover el corazon de Dios en favor de los difuntos por cuyo alivio le ruega? *Eo enim*

tempore quo universus populus stat manibus pansis, ac cætus sacerdotalis: et illud horrorem venerationis plenum incutiens sacrificium: quomodo Deum non placabunt pro istis orantibus? Hablo solo de aquellos que murieron con la fe despues de recibido el bautismo: *Atque id quidem de his qui in fide deceserunt*; pues por los catecúmenos difuntos no se puede ofrecer el divino sacrificio: *Cathecumeni neque hac dignantur consolatione*: por éstos solo se puede hacer oracion y dar limosnas; caridad que los servirá de algun alivio y refrigerio: *Licet pauperibus pro ipsis dare; atque hinc aliquid percipiunt refrigerationis.*

San Agustin, aquel insigne doctor de la Iglesia, que vivió tambien en el mismo siglo, habiendo nacido el año de 354, en el libro del cuidado que se debe tener con los muertos, dirigido á su amigo Paulino, presbítero de Milán, el mismo que á ruego del Santo escribió la vida de san Ambrosio; san Agustin, vuelvo á decir, respondiendo á algunas dificultades que este su amigo le habia propuesto sobre el cuidado de los difuntos, así en órden al cuerpo dándolos sagrada sepultura, como en órden al alma haciendo oracion por éllos: Hay difuntos, dice el Santo, á quienes de nada sirven las oraciones ni los sacrificios, porque murieron en desgracia de Dios: *Sunt aliqui quos nihil omnino adjuvant ista quorum tan mala sunt merita, ut neque talibus digni sint adjuvari.* Hay ótros que no necesitan de éllos, porque ya gozan del Señor en la patria celestial: *Quorum tam bona ut talibus non indigeant adjumentis.* Pero muchos hay que habiendo muerto en gracia, sin haber satisfecho enteramente lo que debian á la divina Justicia, pagan en la otra vida lo que no pagaron en ésta, y á éstos les son de gran provecho las oraciones de la Iglesia: *Et ita fit quod neque inaniter Ecclesia quod potuerit religionis impendat.*

Leemos en el libro de los Macabeos, continúa el santo Doctor, que se ofrecia sacrificio por los difuntos: *In Machabæorum libris legimus oblatum pro mortuis sacrificium.* Pero aunque no nos dieran este testimonio las Escrituras, bastaria para autorizarlo la práctica de la Iglesia universal; pues nadie ignora que cuando el sacerdote ofrece por el pueblo el sacrificio del altar, siempre hace conmemoracion de los fieles difuntos: *Ubi in preci-*

bus sacerdotis, quæ Domino Deo ad ejus altare funduntur, locum suum habet etiam commendatio mortuorum.

Siendo esto así, concluye el Santo hácia el fin del mismo libro, no pensemos que solo pueden aprovechar á los muertos las oraciones, los sacrificios y las limosnas que hacemos por éllos: *Quæ cum ita sint, non existimemus ad mortuos pro quibus curam gerimus pervenire, nisi quod pro eis sive altaris, sive orationum, sive eleemosynarum sacrificiis solemniter supplicamus.* Verdad es que no á todos aprovechan estos sufragios, sino solamente á aquellos que en vida merecieron los aprovechasen despues de su muerte: *Quibus non pro quibus fiunt omnibus prosunt, sed iis tantum quibus dum vivunt comparatur ut prosint.* Pero como nosotros no podemos hacer esta distincion, ofrecemos generalmente por todos los fieles difuntos nuestros sacrificios, nuestras limosnas y nuestras oraciones, para que se aprovechen de éllas los que puedan: *Sed quia non discernimus qui sint, oportet ea pro regeneratis omnibus facere, ut nullus eorum prætermittatur, ad quos hæc beneficia possint, et debeant pervenire.* Y añade el santo Doctor que estos sufragios cada uno los debe hacer con mas particularidad por sus parientes, para que sus parientes los hagan tambien por él: *Diligentius tamen facit hæc quisque pro necessariis suis, quod pro illo fiat similiter à suis.*

Sería cosa larga referir aquí lo mucho que dicen los demas santos padres sobre la caridad que se debe tener con aquellas dichosas almas que habiendo muerto en gracia, pero sin satisfacer enteramente lo que debian á la justicia de Dios, van á satisfacerlo en las penas del purgatorio. Puédese leer lo que dice Orígenes (autor que floreció en el segundo siglo) en la homilía sexta sobre el Exôdo, en la catorce sobre el Levítico, y en la duodécima sobre Jeremías; lo que san Cipriano (que vivió en el tercero) dice sobre el mismo asunto en su epístola á Antoniano; lo que san Cirilo, patriarca de Jerusalen, dice en la quinta Catéquesis; y en fin, lo que dice san Gregorio Niseno en su discurso sobre los muertos y sobre los párvulos. Léase tambien á san Gerónimo en el libro 2. contra Joviniano, á san Paulino en su epístola á Delfin, obispo de Burdeos, y á otros muchos de los primeros siglos,

en los cuales se verá la antigua tradicion de la Iglesia desde el tiempo de los sagrados apóstoles, sobre las oraciones y los sufragios por los difuntos; y el zelo con que en todo tiempo exhortaron los santos padres á todos los fieles para que tuviesen caridad con aquellas almas tan dichosas como afligidas.

Lo asombroso es que los hereges de nuestros tiempos no quieran reconocer en esto sus errores, aunque no ignoran ni pueden ignorar la autoridad de esta tradicion; y que apretado el mismo Calvino con la fuerza de tantos y tan evidentes testimonios tuviese desvergüenza para decir que todos los santos padres, desde los apóstoles acá, se engañaron groseramente, y cayeron en error: *Fatendum est in errore fuisse obreptos*; al mismo tiempo que en otros cien lugares asegura que la fe se conservó en su pureza en los padres de los seis primeros siglos.

Si son inexcusables los hereges que no quieren creer el purgatorio, ¿lo serán menos los cristianos que creyéndole, se niegan ó se olvidan de aliviar las almas de sus hermanos que estan padeciendo tan crueles penas en aquel calabozo de tormentos? ¡Qué crueldad! ¡qué impiedad, tener tan en la mano el modo de aliviarlas, de abreviar sus penas, de libertarlas de éllas, y no querer hacerlas este importantísimo bien! Mi Dios, cuánto es de temer, y qué justo será que algun dia digais á estos durísimos corazones: *Nonne ergo oportuit, et te misereri conservi tui*? Dime, ¿no era mucha razon que tú te compadecieses de tu compañero, de tu amigo, de tus hermanos, de tus hermanas, de tu padre y de tu madre? *Et iratus Dominus tradidit eum tortoribus, quoadusque redderet universum debitum.* Y el Señor justamente irritado te entregará á los ministros de su divina justicia para que te atormenten hasta que le pagues todo lo que le debes, hasta el último maravedí: *Judicium enim sine misericordia illi qui non fecit misericordiam*; porque al que no tuvo misericordia ni compasion de ótros, es muy debido que se le juzgue sin compasion y sin misericordia.

La misa es la cotidiana de difuntos, y la oracion la siguiente.

Fidelium, Deus, omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum; ut indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur: Qui vivis, et regnas...

O Dios, Criador y Redentor de todos los fieles; conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre desearon de ti: Que vives y reynas...

La epístola es del capítulo 14. *del Apocalipsi.*

In diebus illis: Audivi vocem de cœlo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodò jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis: opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias: Oí una voz del cielo que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

NOTA.

»El Apocalipsi ó libro de las revelaciones con que favoreció Dios á san Juan en su destierro de la isla de »Pathmos, contiene en 22 capítulos una profecía general »del estado de la Iglesia desde la Ascension de Cristo »hasta el dia del juicio final, y es como la llave de toda »la sagrada Escritura.

REFLEXIONES.

Ahora los dice el Espíritu que descansen de todos sus trabajos. No es esta vida el tiempo del descanso. Nació el hombre para el trabajo; y es la vida un mar agitado de contínuas olas. Es una perpétua navegacion; ¡qué tempestades se han de experimentar! ¡qué escollos, qué borrascas, qué naufragios se deben temer! Es una contínua guerra; ¡qué combates se han de dar! ¡qué asaltos se han de sufrir! ¡qué estratagemas, qué ardides del enemigo se han de precaver! ¡cuántos géneros de enemigos hay que

superar! Es menester estar siempre de centinela contra los sentidos. El primer traidor es nuestro mismo corazon; conspiran casi todas las criaturas para ganarle y para corromperle; el amor propio es nuestro mayor enemigo; el mundo tiene jurada nuestra pérdida. En tan triste, en tan peligrosa situacion, ¿cómo podemos descuidarnos entregados á una ociosa seguridad? ¿y qué suerte será la de aquellos hombres haraganes, que pasan los dias enteros en una perpétua inaccion? No es el mundo lugar de reposo. ¿Qué caro no costó á las vírgenes necias un breve rato de sueño? ¿al siervo floxo y perezoso cuánto le costó su pereza? Sobre todo, el tiempo del trabajo es corto, y á un puñado de dias laboriosos seguirá una eternidad dulce, tranquila y sosegada. Solo el cielo es lugar de descanso, donde reyna una eterna calma. Luego que entra el alma en el gozo de su Señor, acabáronse los cuidados, las inquietudes, los afanes, las pesadumbres; todo se desterró, todo se olvidó en aquella dichosa mansion; y si se hace alguna memoria de ello es para que la alegría presente sea mas pura, y la quietud mas deliciosa. Los empleos mas elevados del mundo son los que ordinariamente estan mas expuestos á las tormentas y á las tempestades; en los valles hay mas abrigo que en las cumbres; pero tambien en éllos se deben siempre temer las inundaciones. Los honores, las riquezas, las dignidades, los empleos de mayor ruido, todas son cargas muy pesadas; y tanto, que por mas que se haga, es preciso gemir debaxo de éllas. En todo cuanto hay criado se encuentra un vacío que disgusta. Solo en el cielo la alegría es pura, los gustos llenos, los bienes sólidos y la felicidad completa y eterna: *Opera enim illorum sequuntur illos.* ¿Es posible que un corazon racional y un corazon cristiano pueda tener otra ambicion, ni suspirar por otra fortuna?

El evangelio es del capítulo 6. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus turbis judæorum: Ego sum panis vivus, qui de cœlo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum: et panis quem

En aquel tiempo dixo Jesus á la muchedumbre de los judíos: Yo soy el pan que vive, que he baxado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eter-

ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo judæi ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis: Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

namente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decian: ¿Cómo puede éste darnos á comer su carne? y Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo: que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

De la muerte de los justos.

PUNTO PRIMERO.

Considera qué cosa tan dulce es morir cuando se ha vivido bien. Es la muerte pena del pecado, que en rigor solamente debe causar dolor á las almas manchadas con la culpa. ¿Ni cómo puede menos de llenar de consuelo y de alegría á las que vivieron en un contínuo exercicio de las virtudes cristianas? ¿puede dexar de morir contento el que muere santo?

La muerte de los justos (dice el Profeta) *es preciosa en los ojos del Señor*; le es muy agradable. Todo lo precioso se estima; en cualquiera parte en que esté se cuida mucho de ello. Mas que mueran los justos destituidos de todo humano consuelo, como un san Pablo primer ermitaño, como un san Francisco Xavier; mas que mueran de repente, nunca es imprevista su muerte, siempre tiene Dios un cuidado de éllos muy particular. ¿Cómo puede dexar de ser feliz una muerte tan preciosa? Con efecto, todo debe contribuir, y todo contribuye al consuelo de las almas justas en aquella hora. ¡Qué consuelo, qué gusto no siente en élla un hombre que vivió cristianamente, que se entregó á la virtud, que se dió al exerci-

cio de la penitencia? Y la esperanza de lo futuro, ¿cómo puede menos de mitigar los dolores del estado presente?

Ya en fin se pasó todo lo que parecia penoso en el servicio de Dios; ayunos, retiro, penitencias, mortificacion, trabajos, desprecios, rigores, austeridad, todo se acabó; el bien y el mal igualmente se desvanecieron. ¡Qué consuelo el de aquella hora por no haber hecho todo el mal que se pudo! ¡y qué alegría por haber practicado todo el bien que se debió! Y mas cuando se trae á la memoria el dolor que entonces se tendria de no haberlo practicado.

Por largo tiempo que se haya vivido, en aquella hora se representa como un solo instante el espacio que corrió entre el dia del nacimiento, y el último dia de la vida. ¿Pues cómo podrá uno dexar de darse á sí mismo el parabien de haber prevenido, por medio de una santa vida, los crueles remordimientos que sienten los pecadores en aquella hora?

¿De qué me servirá al presente, dice un moribundo, haber brillado, haber hecho una gran fortuna, haber tenido amigos poderosos, haber poseido los primeros empleos? ¿de qué me servirá haberme hallado en todas las diversiones, haber sido hombre de corte, haber seguido las máxîmas del mundo? Ahora condeno, y condenaré por toda la eternidad estas perniciosas máxîmas. ¿De qué me servirá todo esto, si no trabajé en mi salvacion? Ni todos los bienes, ni todas las conexîones del mundo son capaces de diferir mi muerte por un solo instante; desterrado estoy ya para siempre de todos los pasatiempos, de todos los concursos, de todos los gustos de esta vida. ¿Qué consuelo puede causar la memoria de los entretenimientos pasados, ni de todas las fiestas mundanas? ¡Oh, y qué cuerdamente obré cuando detesté con tiempo aquello que me habia de condenar por toda la eternidad! ¡Ah, que al presente, quisiera ó no quisiera, todo lo habia de dexar; me habia de arrancar de aquellos gustos, habia de romper aquellos lazos! ¿Qué te parece? ¿no servirá de gran consuelo, no causará un suavísimo gozo el haberlos hecho pedazos muy de antemano voluntariamente?

PUNTO SEGUNDO.

Considera la impresion que hacen, así en el ánimo como en el corazon de un moribundo ajustado, las reflexíones que le ocurren, cuando está para morir despues de haber tenido una vida verdaderamente cristiana.

El punto que se trataba era no menos que de una eternidad feliz, ó de una eternidad desdichada. Mi salvacion era mi único negocio; haber manejado con acierto todos los demas, y haber errado éste, sería haberlo perdido todo, y estuve muy á peligro de errarle. ¡Ay de mí si le hubiera desacertado! Este pensamiento me estremece; pero acertéle por la misericordia de mi Dios. ¡O Señor, y cuánto consuela este pensamiento!

Representémonos un hombre que viene de una provincia muy distante para un negocio de la mayor consecuencia. Trátase en él no menos que de su honra, de su hacienda y de su vida; llega en el tiempo crítico para hablar al príncipe, para informar á los jueces, para responder á las acusaciones, para justificar su causa; un dia, ó dos horas mas que se hubiera detenido, ya llegaba tarde; cerrábase el proceso, y se le condenaba á muerte sin remedio. ¿Qué gozo sería el de este hombre por no haberse detenido á fiesta ni á diversiones en el camino? ¡Pues qué si por haber hecho aquella diligencia se le proporciona una deshecha fortuna; si va á ser colmado de bienes y de honras; si le declara el príncipe por su valido ó por su primer ministro; qué consuelo, qué gozo será el suyo por haber llegado tan á tiempo!

¿Se arrepentirá entonces de no haberse detenido á gozar algunas fiestas, ó de no haber disfrutado alguna mayor comodidad con que pudo hacer la jornada, haciéndola mas despacio? Sobre todo, si llega á entender que tantos ótros que hacian el propio camino y se hallaban en el mismo caso, ó por dexarse vencer de las importunas instancias de sus falsos amigos, ó por haber hecho muchas paradas, ó por querer caminar con todas las conveniencias perdieron el pleyto, y para colmo de su desdicha, despues de perder toda la hacienda, perdieron tambien la vida en una afrentosa horca. Imagina, si es posi-

ble, pensamiento de mayor consuelo, gozo mas puro ni mas sólido, satisfaccion mas completa. Pues todo esto no es mas que una imperfecta figura de lo que pasa en la muerte de los justos. ¡Buen Dios, y qué gusto es hablar en el puerto de los peligros que se corrieron, y dichosasamente se evitaron en el golfo! Dos horas despues de la muerte cuánto consuelo causa la memoria de los trabajos que se padecieron por Dios durante el curso de la vida! ¿Vino jamás al pensamiento de un moribundo el arrepentirse de no haber seguido con mas ardor las locas máxîmas del siglo; de no haber vivido con mayor regalo; de haber hecho una vida demasiadamente cristiana, recogida y pura; de haber sido mas humilde, mas contenido y mas mortificado de lo que fuera justo? Al contrario, entonces se llora el mucho tiempo que se malogró en las profanas diversiones del mundo; llórase el haber amado tanto la profanidad, la vanidad y los pasatiempos; llórase el haberse dexado tiranizar de los respetos humanos. Ah, que acaso nuestra vida está únicamente llena de todo aquello que causa cruel dolor, amargo arrepentimiento en la hora de la muerte.

No permitais, Señor, que algun dia me sirvan de esta desconsolada materia tan saludables y tan concluyentes reflexîones. Asistidme con vuestra divina gracia para que viva como vivieron los santos, á fin de morir como los santos murieron, y acompañarlos despues en la vida eterna de la gloria. Amen.

JACULATORIAS.

Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Apoc. 14.
Dichosos aquellos que mueren en el Señor.

Moriatur anima mea morte justorum, et fiant novissima mea horum similia. Núm. 23.
Muera yo con la muerte de los justos, y sea el fin de mi vida semejante en todo al suyo.

PROPOSITOS.

Ninguno hay que no desee morir con la muerte de los justos, ninguno que no tenga envidia á su dichosa suerte.

La muerte á todos nos iguala; por élla todos quedan á un nivel. Clases, dignidades, empleos, nacimiento ilustre, en la muerte todo se acaba, todos estos títulos dexan de serlo, y entonces no hay otros derechos que los que da la virtud. Vida pura, devocion sólida, bondad exâcta, caridad sin mezcla, mortificacion contínua, observancia constante; esto es lo que consuela, esto es lo que se estima, esto lo único que da contento en aquella última hora. ¿Y por qué no será todo esto el objeto de la ambicion, y la materia de los cuidados mientras dura la vida? Todos convienen en que ésta es la mayor fortuna que se puede hacer; todos sabemos el secreto para hacerla; todos tenemos en nuestra mano los medios; ¿por qué razon no nos servirémos de éllos? Toma desde este mismo punto la generosa resolucion de trabajar eficazmente, con el auxîlio de la divina gracia, en hacer esta gran fortuna. Sea de hoy en adelante el objeto de tu noble ambicion la dichosa suerte de los santos. Dite á ti mismo con frecuencia lo que tantas veces se repetia á sí mismo san Bernardo: *Conviene morir con la muerte de los justos, mas para eso es menester vivir como éllos.* No emprendas cosa considerable sin exâminar primero si será ó no será conducente para lograr una santa muerte. Al despertar por las mañanas, dite, como se decia santa Teresa: *Dios me da este dia mas para merecer en él la eterna bienaventuranza.* Siempre que dé el relox las horas, repite lo que decia la misma Santa: *Ya estamos una hora mas cerca de la muerte; quiera Dios que sea santa.* Acuérdate que la vida mas observante, mas mortificada, mas exemplar será inútil si no logras una buena muerte.

2 La congregacion de la buena muerte está hoy muy extendida, no solo en toda Italia y en la mayor parte de las ciudades de Francia, sino tambien en muchas de España; si la hubiere en el pueblo donde resides, alístate luego en élla, pues no tiene otro fin que facilitar los medios para que tengan una dichosa muerte todos sus congregantes. Por ser esto lo que importa mas á todos los fieles, han franqueado los sumos pontífices el tesoro de la Iglesia á todas esas piadosas fundaciones, que solo obligan á vivir de manera que se consiga la muerte de los justos, y á rogar incesantemente únos por ótros para lo-

grar la gracia de una dichosa muerte. Practícanse estos exercicios, por lo mas comun, en las iglesias de los colegios de la Compañía. No malogres un medio de tanta importancia y tanto interes tuyo.

DIA CINCO.

San Bonifacio, obispo y mártir.

San Bonifacio, obispo de Maguncia y mártir, llamado con razon el apóstol de Alemania, fue inglés, y tuvo por nombre Winfrido. Nació por los años de 680, en el pequeño pueblo de Kirton, condado de Devohire, y sus padres, que eran muy piadosos, le criaron con el mayor cuidado en el santo temor de Dios, aunque en esto tuvieron poco que hacer por su bellísimo natural. Aún no tenia uso de razon, y ya mostraba inclinacion á la vida religiosa; pues antes de cumplir los cinco años, todo su gusto era oir hablar de Dios, de la vida penitente que hacian los santos solitarios.

Llegaron á predicar en Kirton unos misioneros evangélicos que se hospedaron en casa de su padre, y el niño Winfrido se aprovechó admirablemente de esta ocasion que le ofrecia la divina Providencia. Oyóles decir que para ser santo era menestar negarse á sí mismo, y seguir á Jesucristo; que la vida religiosa era el camino mas seguro para salvarse; y que el mundo era un mar tempestuoso lleno de escollos y de peligros.

Apenas se retiraron los misioneros cuando Winfrido pidió licencia á su padre para entrarse en un monasterio. Sorprendióle mucho la proposicion; y como amaba á Winfrido mas que á los otros hijos, se opuso á su intento, y le mandó que no dexase la casa de sus padres. Obedeció el santo Niño; pero Dios tomó de su cuenta el cumplimiento de su vocacion. Envió una grave enfermedad á su padre, y persuadido éste á que era justo castigo por su re-

sistencia á la piadosa resolucion de su hijo, sin esperar á estar bien convalecido, convocó á los parientes, y persistiendo Winfrido, á presencia de todos, en la determinacion de ser religioso, se decidió que uno de éllos le llevase á presentar en el monasterio de Encantraste.

Luego que el abad Wolfardo vió y reconoció aquel ayre modesto y apacible, aquel natural vivo é ingénuo, aquel entendimiento ya formado, y aquella virtud como anticipada, se sintió movido á recibirle. A vista del fervor con que el santo Mancebo abrazó todos los exercicios de la vida religiosa, le miraron los monges como un don con que el cielo los habia regalado, pronosticando desde luego que algun dia sería uno de los mas ilustres ornamentos de la Iglesia. Concluidas las pruebas del noviciado, lejos de entibiarse, no teniendo mas que diez á doce años, fue un modelo cabal de religiosa perfeccion. Y habiéndose observado en él grandes talentos para las ciencias, con una singular inclinacion al estudio, se tuvo por conveniente enviarle al monasterio de Nuscella, donde florecian las letras mas que en la casa donde habia tomado el hábito. Allí encontró un excelente director para la virtud, y un habil maestro para las ciencias en la persona del abad Wimberto; y aprovechó tanto en poco tiempo en ambas facultades, que le proponian por dechado á toda la comunidad.

Siendo ya uno de los mas santos y mas sabios hombres de su siglo, le encargaron que enseñase la gramática, la poesía, la retórica, la historia y la filosofía á los monges, á quienes explicó tambien la sagrada Escritura en los sentidos literal, moral y místico. Por su mérito sobresaliente y por su no menos singular virtud fue juzgado digno de ser promovido al sacerdocio; y ordenado de presbítero á los treinta años de su edad, comenzó á trabajar en la salvacion de las almas, y á instruir á los pueblos por el ministerio de la predicacion.

Estaba escondido este tesoro en la provincia de Wincheste, cuando la divina Providencia le manifestó á toda Inglaterra al tiempo que menos se pensaba. Habiéndose juntado los obispos en el pais de Westfert, donde reynaba el religioso príncipe Ina, tuvieron necesidad de diputar un eclesiástico á su metropolitano el arzobispo de

Contúrbel, para informarle del motivo de aquella repentina junta, que era sobre cierto negocio urgente y de la mayor importancia. Propusieron los abades para esta diputacion al presbítero Winfrido; y aprobada por el sínodo la eleccion, desempeñó su comision con tanto acierto, que en adelante fue siempre llamado á todos los sínodos.

Sobresaltóse su humildad con esta señal de distincion, y resolvió mudar de pais yendo á trabajar en la conversion de los gentiles á tierras donde no fuese conocido. Al principio se opusieron á este intento su abad y los demas monges; pero convencidos despues de sus razones, no solamente le aprobaron, sino que le dieron dos religiosos para que le acompañasen en todos sus viages.

Habiendo dexado las costas de Inglaterra, hizo especial fruto su predicacion, dió fondo en las de Frisia por los años de 715. Tampoco aquí fue mas dichoso su zelo, sirviéndole de estorbo la guerra que á la sazon estaba encendida entre Cárlos Martel, príncipe de los franceses, y Rabbodo, duque de los frisones. Pasó á Utrech, capital entonces de la Frisia, y no habiendo podido lograr del Duque cosa alguna, se vió precisado á volverse á Inglaterra, y restituirse á su monasterio de Nuscella. Llegó á tiempo que acababa de morir el abad Wimberto, y no hubo en que deliberar para nombrar á nuestro Santo por sucesor suyo; pero jamás hubiera aceptado la abadía, sino tuviera esperanza de renunciarla muy presto, como efectivamente la renunció en manos de Daniel, obispo de Vinchester, luego que halló el prelado un sugeto capaz de gobernar el monasterio.

Descargado ya de este peso, determinó ir en derechura á Roma para echarse á los pies del Papa y pedirle le señalase su mision, persuadido á que su primer viage no habia tenido efecto por no haber precedido esta diligencia de pedir la bendicion de su Santidad. Informado Gregorio II. del mérito y de la eminente virtud de nuestro Santo por las cartas del obispo de Winchester, le recibió con grandes muestras de estimacion y de benevolencia; tuvo con él largas conversaciones, en las cuales descubrió el fondo de su sabiduría, prudencia y virtud que le constituian uno de los hombres mas grandes, y de los mas grandes santos de su siglo.

Declaró al Papa el deseo que tenia de dedicarse enteramente á la conversion de los infieles; aprobósele mucho su Santidad, y dándole todas las facultades y poderes necesarios para su mision, escribió á todos los príncipes que podian favorecer y contribuir á las empresas de su apostólico zelo. Con estas facultades salió de Roma el año de 719; y entrando en Alemania por la Lombardía, se encaminó derechamente á Turingia para echar en élla la primera semilla de la fe de Jesucristo, segun la instruccion y órden que le habia dado el sumo Pontífice. Obró en élla grandes milagros, pero no fue el menor las grandes conversiones que hizo; y habiendo purgado en menos de seis meses de los errores del paganismo algunas reliquias de la religion cristiana, que todavía encontró, tuvo el consuelo de ver convertida en poco tiempo casi toda la Turingia.

Supo entonces que habia muerto el duque Rabbodo, enemigo jurado de la fe de Jesucristo, y partió á Frisia, donde se juntó con san Willefrodo, fundador y primer obispo de la Iglesia de Utrech, y cultivó tan dichosamente aquella nueva viña, que en menos de tres años se vió todo el pais poblado de cristianos, y los templos de los ídolos convertidos en iglesias. Hallándose san Wilebrodo oprimido con el peso de los años y de los trabajos, determinó hacerle su coadjutor; pero apenas oyó Winfrido la proposicion, cuando estremecido y asustado se escapó, y se fue á predicar al pais de Hese. Detúvose en un lugar, que entonces se llamaba Omemburch, y despues se llamó Amelburg; convirtió á dos señores, y fundó en él un célebre monasterio. En fin, cediendo todo al maravilloso zelo de nuestro Santo, reduxo á la fe todo aquel vasto pais, y llevó la luz del evangelio hasta el rio Elba.

Resonaba por todas partes la fama de tantas maravillas, y llegando á los oidos del Papa, quiso tener el consuelo de ver otra vez al nuevo Apóstol. Obedeció, y partió á Roma despues de haber dado providencia en las necesidades espirituales de aquella nueva cristiandad; y fue recibido del sumo Pontífice con todas las demostraciones de amor y de estimacion que merecian sus grandes servicios y su virtud. Bendixo á Dios por los felicísi-

mos sucesos con que se habia dignado acreditar sus apostólicos trabajos; y considerando el grande bien que se acrecentaria á la Iglesia si un hombre como aquel fuese elevado á la dignidad episcopal, sin dar oidos á su repugnancia ni á sus representaciones, el mismo Papa le consagró por obispo el dia de san Andres de 723, mudándole el nombre de Winfrido en el de Bonifacio.

Colmado de honras y de bendiciones de su Santidad, se restituyo el nuevo Obispo á su amada mision, donde trabajó con todo el poder que le daba la dignidad episcopal. Predicó siempre con maravilloso fruto; y administrando el sacramento de la Confirmacion á los que habia bautizado, por la gracia y fortaleza que con él se les comunicaba, se renovó el espíritu y el fervor en aquella tierna y recien nacida iglesia. Mandó cortar un árbol tán viejo como extraordinariamente corpulento, que llamaban *la fuerza de Júpiter*, y era ocasion de innumerables supersticiones, cuya madera empleó en la fábrica de una capilla que edificó en honra del apóstol san Pedro. Despues que vió tan floreciente la religion cristiana en el pais de Hese y en Saxonia, hizo otro viage á Turingia, donde en poco tiempo volvió á despertar en todos el espíritu de la verdadera virtud; y dexando en élla zelosos predicadores, fue á llevar la luz de la fe al ducado de Baviera. Desterró de él á un pernicioso ministro del demonio, llamado Eremwulfo, que mezclando mil supersticiones gentílicas con algunos ritos y ceremonias cristianas, inficionaba el pais llenándole de groserisimos errores.

Por los negocios de las iglesias se vió precisado á volver tercera vez á Roma el año de 738, y fue recibido del papa Gregorio III. aun con mayores demostraciones de amor y de estimacion que de su predecesor. Quiso su Santidad que asistiese á un concilio que habia convocado; y despues de haberle resuelto algunas dudas sobre diferentes puntos de disciplina por lo tocante á Alemania, le dió licencia para que volviese á continuar su apostólica mision.

Tomó el camino derecho de Baviera, donde el duque Odilon le habia convidado, y donde solo habia un obis-

po, llamado Vivilon, enviado por Gregorio III. despues de las conversiones que Bonifacio habia hecho. Aumentado el rebaño, fue menester aumentar tambien el número de los pastores; y usando Bonifacio de la potestad que le habia dado el sumo Pontífice, erigió otros tres obispados, escogiendo por capitales las ciudades de Salzbourg, Frisinga y Ratisbona. En la bula en que el Papa confirma la ereccion de estos tres obispados rinde muchas gracias á Dios, que por su misericordia hizo entrar cien mil almas en el gremio de la Iglesia, siendo su conversion fruto de las fatigas de Bonifacio, y de la proteccion con que Cárlos Martel le habia favorecido; nombra á nuestro Santo legado à latere de la silla apostólica, y le exhorta á que no fixe su residencia en algun lugar determinado, sino que visite y corra toda la Alemania, llevando por toda élla la fe Jesucristo.

No podia el Papa mandarle cosa mas de su gusto. Corrió todo aquel vasto pais con infinitos trabajos; pero con un fruto muy correspondiente á la inmensa dilatacion de su zelo. Erigió otros cuatro obispados, uno en Erfurd para la Turingia; el segundo en Buraburg para el Hese, el que despues se transfirió á Paderbon; el tercero en Eichtad para la Baviera; y el cuarto en Wurtzburg para la Franconia. Poco despues convocó un concilio, en el cual se formaron cánones muy útiles para la reforma de las costumbres y para el restablecimiento de la disciplina eclesiástica. Tantas y tan maravillosas obras necesariameute habian de ser fruto de inmensos trabajos, y es fácil concebir cuánto tendria el Santo que padecer en la conversion de tantos pueblos, todavía incultos, indóciles y bárbaros. Pero nada le parecian los ayunos, las penitencias, las fatigas, mientras sus portentosos trabajos no mereciesen ser coronados con la corona del martirio: *Todo el objeto de mis ánsias* (escribia á Cuthberto, arzobispo de Conturbel) *es derramar mi sangre por la fe de Jesucristo, y en defensa del evangelio. Combatamos por el Señor, pues nos hallamos en los tiempos de afliccion. Muramos, si Dios lo quiere, por las leyes de nuestros padres, para llegar con éllos á la herencia eterna. No seamos perros mudos,*

centinelas dormidas, ó mercenarios, que huyen á vista de los lobos. Seamos pastores cuidadosos y vigilantes, predicando á todos sin excepcion de personas, y no lisonjeando al pecador.

Convocó despues otros dos concilios, uno en Esnes en el obispado de Cambray, el año 744; y ótro el año siguiente en Soisons, de donde parece inferirse que tambien era legado de la Silla apostólica en Francia.

La guerra que en todas partes declaraba al vicio y la heregía, fue causa de que padeciese muchas persecuciones, particularmente por parte de algunos eclesiásticos relaxados. Aldeberto y Clemente, dos públicos hereges, exercitaron mucho su paciencia y su virtud; el primero fue condenado por el concilio de Soisons, y el segundo por el papa Zacarías que sucedió á Gregorio.

Pero los graves negocios de su legacía no sirvieron de estorbo á los trabajos de su apostolado. Como iba creciendo la mies, fue menester llamar nuevos obreros, y así hizo venir de Inglaterra muchos santos monges para gobernar los monasterios que habia fundado. Llamó á las santas Teda, Lioba, Valburga, Vertigita, Contrudis, á quienes encargó el gobierno de los monasterios de vírgenes, fundados ya por Bonifacio en Turingia, en Baviera, en Chisinga, y en otras partes. Ni el cuidado pastoral de tantas iglesias le impedia atender á la direccion espiritual de muchas almas particulares, encaminándolas á la mas alta perfeccion. Á sus saludables consejos se atribuyen los grandes progresos que hizo en la virtud el príncipe Carlo Magno, duque de los franceses, que renunciando las grandezas del mundo, abrazó la vida religiosa, por vacar únicamente al cuidado de su eterna salvacion. Era tan grande la fama de la santidad de Bonifacio, que siendo reconocido por rey de los franceses Pipino, hermano segundo de Carlo Magno, quiso ser consagrado por nuestro Santo, como lo executó, celebrándose en Soisons esta augusta ceremonia.

Hasta aquí san Bonifacio, como legado de la Silla apostólica, en ninguna parte habia fixado su residencia; pero habiendo vacado en este tiempo la silla episcopal de Maguncia; por haber sido depuesto Gervordo; el pa-

pa Zacarías, que no le estimaba menos que sus dos antecesores, le obligó á aceptar esta iglesia, despues de haberla erigido en arzobispal y metropolitana, nombrando por sufragáneos suyos los obispados de Lieja, Utreck, Colonia, Wormes, Spira, Strasburgo, Constancia, Coira, Ausburg, Eichstat, Wutzburg, Erfund y Boraburg. Pero presto renunció esta dignidad, porque acordándose perpétuamente que estaba dedicado á la conversion de los infieles, no pudo sosegar hasta desembarazarse de élla; y excitándose con nuevo ardor su zelo por la conversion de las naciones del Norte, despues de haber obtenido licencia del papa Zacarías para renunciar el arzobispado en su discípulo san Lulo, partió para la Frisia septentrional; sirviéndole como de presagio de su muerte el ardiente deseo que tenia del martirio. Dió las providencias convenientes á las iglesias de su legacía, y tomó el camino de las costas mas retiradas de Frisia, acompañado de san Eoban, obispo de Utreck, de tres presbíteros, tres diáconos, y de cuatro monges, los cuales todos le ayudaron con tanto zelo y con tanta felicidad, que luego que llegó convirtió muchos millares de personas.

Despues que bautizó un gran número de éllas la vigilia de Pentecostés, señaló un dia de la semana para conferir á todas el sacramento de la confirmacion; y por ser tantos, determinó celebrar esta funcion en el campo. Escogió para esto la llanada de Dukun, cerca del pequeño rio Borda. Los sacerdotes de los ídolos, rabiosos de ver abatidos sus templos en todas partes, juntando una tropa de gentiles, vinieron á echarse sobre los santos Misioneros con las espadas desnudas. Viendo el Santo cumplidos sus fervorosos deseos, se hincó de ridillas, y levantando los ojos y las manos al cielo, rindió mil gracias al Señor por la merced que le hacia de que terminase sus trabajos apostólicos con la corona del martirio. Volviéndose despues á sus amados compañeros, los exhortó á dar generosamente su sangre por la fe de Jesucristo, representándolos lo mucho que iban á ganar en trocar una vida breve, llena de miserias y de tribulaciones, por la eterna y feliz de la bienaventuranza. No le dexaron los bárbaros pasar mas adelante,

y arrojándose sobre él, le quitaron la vida á cuchilladas juntamente con el obispo Eoban, con los tres presbíteros, los tres diáconos, los cuatro monges, y mas de cuarenta personas de los fieles que estaban ya dentro de la tienda. Así consiguió san Bonifacio, apóstol de Alemania, la corona del martirio con otros cincuenta y dos compañeros, participantes de la misma dicha, el dia 5 de junio del año 754 ó 55; á los 75 de su edad, 36 de su obispado, y á los 40 de su entrada en Alemania. Su santo cuerpo fue conducido á Utreck, de allí dentro de poco tiempo fue trasladado á Maguncia, y en fin á Fulda por san Lulo obispo, como lo habia deseado el mismo Santo. Con él fueron tambien traidos los libros que tenia consigo, y los gentiles, despues de muerto, los habian arojado por aquellos campos, conservándose todavia tres de éllos el dia de hoy; úno contiene los cánones del nuevo Testamento; ótro, que aún se ve teñido con la sangre del santo Mártir, es la carta de san Leon á Teodoro, obispo de Frejus, con algunas otras obras de los santos padres. Y el tercero, que se cree ser de la mano del mismo san Bonifacio, es un libro de los evangelios. Las cartas de san Bonifacio, así á los papas, como á los príncipes, que recogió y publicó el padre Serario, muestran su gran talento y su fervoroso zelo por la salvacion de las almas y reforma de las costumbres, no menos que su profunda humildad y la delicadeza de su purísima conciencia.

La misa es del Comun de mártir y pontífice, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos beati Bonifacii martyris tui atque pontificis, annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras con la festividad de tu bienaventurado mártir y pontífice Bonifacio; concédenos que tambien nos regocijemos con la proteccion de aquél, cuyo nacimiento al cielo celebramos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. I. de la segunda del apóstol san Pablo á los corintios.

Fratres: Benedictus Deus et Pater Domini nostri JesuChristi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra: ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem, qua exhortamur et ipsi à Deo. Quoniam sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra. Sive autem tribulamur pro vestra exhortatione et salute, sive consolamur pro vestra consolatione, sive exhortamur pro vestra exhortatione et salute, quæ operatur tolerantiam earumdem passionum, quas et nos patimur: ut spes nostra firma sit pro vobis: scientes quòd sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Bendito sea el Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion, para que podamos tambien nosotros consolar á los que estan en cualquiera afliccion, por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así tambien por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero ya seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo, ó ya seamos exhortados, es para vuestra instruccion y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros: sabiendo que así como habeis sido participantes de las aflicciones, lo seréis tambien de la consolacion en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

»Informado san Pablo del buen efecto que habia hecho »su primera carta á los corintios, les escribió la segunda, »mostrándoles su gozo por el buen estado en que le decian »se hallaba aquella iglesia; consuelo que endulzaba los tra»bajos que padecia para anunciarlos el camino de la salva»cion; confesando que su fervor le recompensaba bien todas »sus fatigas.

REFLEXIONES.

Bendito sea Dios, padre de nuestro señor Jesucristo, y Dios de toda consolacion, que nos consuela en todas

nuestras tribulaciones. Si en el servicio de Dios hay muchos trabajos, tambien hay muchos consuelos; éstos se hallan aun en lo mismo que se padece; y cuando Dios nos consuela, perdió toda su amargura la tribulacion. Verdaderamente es digno de admiracion que muchos no acierten á concebir cómo puede hacerse exquisitamente dulce lo mas amargo y mas áspero que se encuentra en su servicio; al mismo tiempo que los esclavos del mundo encuentran no sé qué fantasma de gusto en sus mayores trabajos, aunque los que padecen por servirle sean incomparablemente mayores que los que se experimentan en el servicio de Dios. Sin duda es menester, ó un motivo muy poderoso, ó un atractivo muy fuerte para exponerse á los riesgos de una batalla, de una brecha, ú de un asalto; para padecer las incomodidades que son inevitables en un exército; trabajos insufribles; marchas fatigosas; puntualidad excesiva; obediencia sin réplica; falta total de todo; rigores de la estacion; inquietudes, enfados, desazones, contínuas obligaciones del oficio. No se padece tanto, ni con mucho en el servicio de nuestro buen Dios. Con todo eso, aquellas personas delicadas á quienes un solo dia de ayuno que manda la santa Iglesia las asusta, el nombre solo de penitencia las espanta; esas mismas delicadísimas personas; esos hijos únicos de las casas hallan singular gusto en el exército, y muchas veces sin esperanza de otra recompensa que la inútil memoria de haber padecido tanto; ¿y no se creerá que los verdaderos siervos de Dios gusten un verdadero, pero delicadísimo placer en el exercicio mismo de la penitencia; aquellos á quienes el mismo Dios consuela en medio de las tribulaciones; aquellos á quienes fortalece y sostiene en sus mayores trabajos; aquellos que están seguros de que no se perderá ni un solo de sus cabellos; aquellos, en fin, á quienes Dios tiene prometida una bienaventuranza sin fin, una recompensa eterna? De este fondo de consuelo nace en éllos aquella igualdad inalterable; aquella imperturbable tranquilidad, aquella interior alegría, que ningun humano sentimiento puede desazonar, y que absolutamente ignoran los mundanos. Recorre con el pensamiento todos los estados del mundo; ninguno hallarás que no sea una insufrible esclavitud para los que se hallan en él; y en medio de eso todavía se quiere persuadir, que solo es

penoso el camino de la perfeccion, la vida ajustada, y el exercicio de la virtud. ¡Insigne extravagancia! De donde es preciso concluir, que así como en el mundo solo se sustenta la imaginacion de quimeras, así el entendimiento no acierta á discurrir sino desbarros, fundados en sus disparatadas preocupaciones. Siendo esto así, no hay que admirar que reynen en él el desórden y el error.

El evangelio es del cap. 14 de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matren, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim ædificare, non prius sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum: ne posteaquam posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo cœpit ædificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens prius cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, ad huc illo longe agente, legationem mittens rogat ea, quæ pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

En aquel tiempo dixo Jesus á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su muger, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: ¿Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envia embaxadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

De los motivos que tenemos para trabajar incesantemente en el negocio de nuestra salvacion.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuánto hizo Dios por nuestra salvacion. Podia parecer que su felicidad dependia de la nuestra, segun lo afanado, por decirlo así, y lo ocupado que se muestra en solicitarnos nuestra bienaventuranza. Admira las menudencias á que desciende Jesucristo en todas las lecciones que nos da en su sagrado evangelio, singularmente en el de este dia; penetra su sentido, y pondera bien todas las palabras.

Habiendo criado Dios al hombre libre, haciéndole dueño de su corazon; ¿qué no hizo, y qué no hace para que voluntariamente se le entregue? Se le pide, le solicita, le aprieta, sirviéndose ya de promesas, ya de amenazas; nada omite para ganársele ¿Pero á qué fin tanto empeño, tanto apuro? Es porque pende de nosotros solos el perdernos, y Dios desea apasionadamente nuestra salvacion.

¿Hemos comprendido bien alguna vez el misterio de nuestra redencion? ¿Somos capaces de comprenderle? Echa Dios el resto, digámoslo de esta manera, para hacernos conocer cuánto nos ama, cuánto desea nuestra eterna felicidad. ¿Hubiérase podido jamás imaginar que Dios se hiciese hombre, solo por salvar á los hombres? Con todo eso obró Dios esta maravilla; y siendo tan grande, todavía le pareció poca para empeñarnos en amarle. Quiso que treinta y tres años de una vida llena de pobreza y de trabajos se terminasen con la muerte mas cruel. Tanto vale nuestra alma; todos los trabajos, toda la sangre, la vida y la muerte de un hombre Dios. A mucho menor precio, es así, pudo comprarla; pero no quiso dar menos. Jesucristo cubierto de oprobios; Jesucristo despedazado á azotes; Jesucristo espirando en un madero; todo esto costó nuestra alma; ¿será poca cosa perderla?

No juzgó Dios que compraba muy cara nuestra sal-

vacion, haciendo todo lo que hizo; ¿y nos parecerá á nosotros que hacemos demasiado por élla? ¿Pero quién podrá jamás hacer demasiado para salvarse? ¿Qué interes tiene Dios en que nos salvemos? Y con todo eso, ¿pudiera hacer mas aunque tuviese el mayor? Y nosotros (qué te parece) ¿tendrémos algun interes en salvarnos? ¿Pero podemos hacer menos?

En este mismo punto hay en el infierno millones de millones de almas rabiosas y desesperadas por no haber hecho lo que todavía puedo hacer yo; y yo mismo rabiaré, y me desesperaré con éllas si no lo hubiere hecho. ¿Qué otro motivo es menester para trabajar en esto incesantemente y sin intermision? Todos queremos levantar la gran fábrica de nuestra salvacion, sin echar la cuenta del coste que nos ha de tener. ¡O, qué imprudencia! ¿San Bonifacio, y todos los demás santos, no hicieron mas que lo que hacemos nosotros para salvarse? ¿Estarian hoy en el cielo sino hubiesen hecho mas? ¡Mi Dios! ¡qué materia ésta para grandes reflexîones?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que todas las cosas nos son motivo para trabajar en nuestra salvacion; todas nos persuaden que debemos trabajar en élla incesantemente, sin descanso y sin levantar la mano de la labor. La multitud de los estorbos, la frecuencia de los peligros, la inconstancia de nuestro corazon, la ligereza de nuestro ánimo, la velocidad del tiempo, el corto número de nuestros dias, la brevedad de la vida; todo nos clama, todo nos predica que no tenemos negocio mas importante que el de la salvacion; que ninguno pide mas aplicacion ni mas zelo, y ninguno sufre menos dilacion.

Hemos dilatado hasta ahora el atender á este negocio, confesamos que nada ó casi nada hemos trabajado en él, no obstante los grandes motivos que hemos tenido para hacerlo, y en medio de que muchas veces lo hemos resuelto y aun proyectado. Pero excusamos nuestra cobardía con varios pretextos, y la mayor de todas las razones es que nunca hemos tenido voluntad eficaz. Mientras tanto pasáronse los dias de nuestra vida; aque-

llos dias que Dios nos dió para trabajar en nuestra salvacion, aquellos dias contados; ya estoy tocando la sepultura con la mano; va declinando el dia, acercándose las sombras de la noche; de aquella noche en que ya nada se puede hacer. ¡Y sin embargo, todavía dilato el trabajar en mi salvacion!

Gracias á Dios aún nos hallamos en estado de poder trabajar en élla. Estamos seguros de que éste es el tiempo, y de que Dios nos brinda ahora con su gracia para hacerlo; la prueba son estas mismas reflexîones que hacemos y este mismo dictámen que formamos: ¿Quién nos ha dicho, que no sea éste aquel importante momento de que pende nuestra predestinacion? Estoy seguro de que con el auxîlio de la divina gracia puedo al presente asegurar mi salvacion eterna por medio de una sincéra conversion; tengo grande motivo, por lo menos para dudar, que si ahora no me convierto, no me hallaré en estado de convertirme jamás. ¡Y tengo valor para diferirlo ni por un solo momento!

Por lo menos estimemos nuestra alma tanto como el demonio la estima. Sería justo que hiciésemos tanto empeño para salvarnos, como hace el demonio por perdernos. Es, sin duda, vergonzosa esta comparacion. Sin embargo, es mucha verdad que el demonio aprecia mucho mas nuestra alma, que lo que nosotros la apreciamos. No obstante de ser tan orgulloso y tan soberbio, se abate á las mas baxas, á las mas indecentes acciones solo por perder un alma; y por mas tiempo que ésta le resista, no por eso se dá por vencido, ni se cansa, ni desiste, ni aun se acobarda. ¡Qué alerta está para tentarnos! ¡qué diestro en aprovechar las menores ocasiones de perdernos! ¡Mi Dios, será posible que hemos de aprender del demonio la estimacion que debemos hacer de nuestra alma! ¡y será posible que un cristiano necesite hacer esta reflexîon para encontrar motivos que le inciten á trabajar sériamente en el negocio de su salvacion eterna!

¿Señor, si será esto porque vos no hicísteis todavía bastante para salvarme, y porque fuese menester buscar razones en otra parte para formar una justa idea de lo que vale mi alma? Avergüénzome solo de pensarlo. Aquí, Señor, de

vuestra gracia; porque estoy muy resuelto á no dilatar ni un solo instante mi sincéra conversion.

JACULATORIAS.

Jastificationem meam, quam cœpi tenere, non deseram. Job. 27.

No, Señor; no desampararé el propósito que hago de trabajar contínuamente en mi salvacion.

Adhæsi testimoniis tuis, Domine: noli me confundere. Salm. 118.

Comencé, Señor, desde hoy á guardar vuestra divina ley con fidelidad; no me confundais, y dadme el don de la perseverancia.

PROPOSITOS.

Poca razon, y aun poca religion es menester para convenir fácilmente en la importancia de la salvacion, en los poderosos motivos que tenemos para trabajar en élla sin dilacion, y en la insigne locura de los que dilatan este espinoso negocio para la hora de la muerte. ¿Pero de qué servirá esta confusion? Despues que tú mismo has condenado así tu insensibilidad en el punto de la salvacion, como tu cobardía y tu grande indiferencia; ¿qué fruto has sacado de todas las reflexîones que has hecho sobre tus desórdenes pasados, sobre el dictámen que formas al presente, y sobre los justos temores que te sobresaltan acerca de tu futuro destino? ¿Es posible que siempre te has de contentar con desaprobar tu conducta, sin pasar á reformarla? Comienza desde hoy á poner manos á la obra. Convencido ya del inestimable precio de tu alma, por lo mucho que ha costado, nada digas, nada hagas, nada emprendas, sin considerar primero si será, ó no será en perjuicio suyo. Admirado de lo que hizo el Redentor del mundo por tu eterna salvacion, determina desde la mañana lo que has de hacer tú por élla en aquel dia. Dices que no tienes tiempo para meditar, ni sabes tener oracion: pase; pero sábete que habrás hecho una excelente meditacion, ó á lo menos lograrás el fruto de la mas perfecta oracion, si á la mañana de-

terminas en particular lo que has de hacer en aquel dia para merecer el cielo. Este exercicio es excelente.

2 Los propósitos generales, por lo comun, de nada ú de poco sirven; en órden á los actos de virtud se ha de descender á cosas particulares. Determina, pues, ciertas obras, ciertos exercicios espirituales, que hayas de hacer puramente por el motivo de tu salvacion; v. gr. una confesion, una comunion extraordinaria, visitar los enfermos en los hospitales, alguna limosna á pobres vergonzantes, una visita de atencion; algun obsequio á aquella persona ó personas de quienes estás quejoso, ú ofendido, que no son tus amigos; una visita al santísimo Sacramento, y otros semejantes.

DIA SEXTO.

San Norberto, arzobispo y confesor.

San Norberto, nobilísimo fruto de una de las mas ilustres casas de Alemania, fue hijo de Heriberto, conde de Genepp, emparentado con los emperadores, y de Hadvigis, ó Harvigis, descendiente de los duques de Lorena, nació el año de 1080, en el corto pueblo de Santen, del ducado de Cleves; y poco antes de nacer tuvo su madre un misterioso sueño, por el cual comprendió, que lo que traía en el vientre sería con el tiempo una de las mas brillantes antorchas de la santa Iglesia.

No correspondieron á esta esperanza los primeros años de la juventud de Norberto. Viéndose rico, bien dispuesto, lleno de espíritu, con un génio apacible, sociable, y acompañado todo de cierto ayre tan noble, como gracioso, siendo ademas de eso de humor desembarazado y festivo, se dió enteramente al mundo y á todos sus pasatiempos. Era Norberto como el alma de todas las diversiones y de todas las funciones de la córte. Pero esta inclinacion á divertirse no le sirvió de estorbo para dedicarse á los estudios; y como fue uno de los mas so-

bresalientes ingenios de su siglo, en poco tiempo hizo grandes progresos en todas las ciencias. Fue provisto en un canonicato de la iglesia de Santen, y empeñado ya en el estado eclesiástico, se ordenó de epístola; pero con resolucion de no pasar de aquel grado para vivir con alguna mayor libertad. Representábale el obispo que deshonraba el estado con su desarreglada vida, y que para reformarse le convendria mucho recibir los demás sagrados órdenes; pero se hacia sordo á sus paternales amonestaciones, mirando con horror el diaconato, y el sacerdocio; como lo hacen hoy no pocos, que con sobrescristo de respeto, y con realidad de indevocion huyen de estos dos sagrados órdenes, considerándolos poderoso freno de la licenciosa vida á que quieren entregarse.

Despues de haber brillado en la córte de Federico, arzobispo de Colonia, quiso lucirlo con el mismo fausto y con la misma ostentacion en la del emperador Henrique, dendo suyo; y apenas se dexó ver en élla, cuando se llevó las atenciones de todos por su esplendor, discrecion y bizarría. Hízole el Emperador su limosnero mayor, y despues le nombró para el obispado de Cambray; pero no quiso aceptarle, no por virtud, sino por no mudar de vida. Mas el Señor, que tenia destinado á Norberto para vaso de eleccion, le abatió en medio de la carrera.

Caminaba un dia á caballo á un lugarcito de la Wesfalia, llamado Freten, seguido de un solo lacayo suyo. El cielo estaba sereno, y encapotándose de repente, se levantó una furiosa tempestad de relámpagos y truenos. Deliberaron amo y criado sobre si pasarian adelante, ó volverian atrás, cuando cayó un rayo á los pies del caballo de Norberto, que abriendo un boqueron en la tierra, derribó al ginete, y medio le sepultó. Casi una hora estuvo Norberto sin sentido, hasta que volviendo, en fin, en sí, se levantó, hincóse de rodillas y elevando los ojos y las manos al cielo, exclamó como otro Saulo: *Señor, ¿qué quieres que haga?* Parecióle que le respondian interiormente: *que dexes el mal, y hagas el bien.* Resuelto á mudar de vida, retrocedió el camino, retiróse á Santen, y sin meter ruido se contentó por entonces con

huir de todo pecado, y con traer un áspero cilicio debaxo del vestido regular.

Poco despues se retiró al monasterio de Sigiberto, que gobernaba el abad Canon, obispo que fue de Ratisbona, y este oportuno retiro perfeccionó su conversion. Instruido ya en los caminos del Señor, resolvió romper enteramente con el mundo; y sabiendo que celebraba órdenes el arzobispo de Colonia, pasó allá, echóse á sus pies, y le suplicó que le admitiese en la matrícula de los órdenados. Gustosamente sorprendido el arzobispo, viendo que le pedia con instancia aquello mismo que habia rehusado cuando voluntariamente se lo habian ofrecido, le prometió que le ordenaria de diácono: *No basta eso, Señor*, respondió Norberto, *es menester que en el mismo dia me ordeneis tambien de sacerdote.* Aun mucho mas admirado el Arzobispo, le preguntó el motivo de aquella priesa. A esto solo respondió con sus lágrimas; arrojóse á sus pies, suplicóle le oyese de penitencia, manifestóle todos sus desórdenes, pidió la absolucion, y rogóle que luego le confiriese el sacerdocio. Enternecido el Prelado, y atendiendo mas á las santas disposiciones de su penitente, que á las de los sagrados cánones, creyó buenamente que podia darle aquel consuelo.

Llegado el dia de las órdenes, los demas ordenandos se presentaron en la iglesia revestidos de albas como es costumbre, y Norberto se dexó ver en élla con el vestido mas rico que tenia. Llevóle el sacristan el trage correspondiente, y llamando á un lacayo, se despojó de las galas seculares, vistióse una sotana hecha de pieles de oveja, y se la ciño con una grosera cuerda; espectáculo que enterneció á todos los circunstantes, siendo pocos los que á vista de él pudieron contener las lágrimas. Retiróse el nuevo sacerdote á la abadía de Sigiberto, donde se dispuso con cuarenta dias de retiro y de asperísima penitencia para celebrar la primera misa.

A instancia de su cabildo la celebró en la iglesia de Santen. Comunicóse á los asistentes la visible devocion del nuevo Sacerdote; pero quedaron aturdidos, cuando acabado el evangelio le vieron subir al púlpito, y predicar con tanta elocuencia y con tanto zelo sobre la va-

nidad del mundo, sobre la brevedad de la vida, sobre la santidad del estado eclesiástico, sobre sus indispensables y muchas obligaciones, que se deshacia en lágrimas todo el concurso. Hubo cabildo al dia siguiente, y preguntado acerca de algunos puntos de la regla, habló con tanto espíritu, con tanta energía y con tanta mocion contra los abusos que se habian introducido, y contra las licenciosas costumbres de los eclesiásticos, que acabó de rendir con este discurso á los que ya estaban muy movidos con el antecedente. Es verdad que no fue universal el fruto, porque no á todos agradó aquella libertad apostólica; y temiendo tener en Norberto un contínuo censor de sus desórdenes, tanto con sus palabras, como con sus exemplos, hicieron cuanto pudieron para librarse de él. Cargáronle de injurias, insultáronle muchas veces, calumniáronle, y le acusaron al papa, tratándole de hipócrita y de novador, que con el especioso pretexto de reforma, tiraba á introducir peligrosas novedades.

Por lo que tocaba á las injurias y á los ultrages nada tuvo que hacer en tolerarlos, no solo con paciencia sino con alegría, porque era lo que él mas deseaba; pero le pareció que no debia sufrir le tuviesen por sospechoso en la fe. Confundió la calumnia en el concilio de Frizlar, que se celebró en presencia de un legado apostólico; y encendido en mayor zelo de la salvacion de las almas, y en mas vivo deseo de su propia perfeccion, renunció en manos del arzobispo de Colonia todo los beneficios eclesiásticos que poseía, y eran muy pingües, vendió todos sus bienes y todos sus muebles, sin reservarse mas que los ornamentos para decir misa con decencia, y todo el producto le repartió luego entre los pobres.

Quedólo él mas que los mismos á quienes acababa de hacer aquella limosna, y partió á pie y descalzo á buscar al papa Gelasio II, que estaba en san Gil de Langüedoc, acompañado de dos solos láicos, que se habian hecho sus discípulos. Postróse á los pies de su Santidad, hizo con él una confesion general, absolvióle de sus culpas, y tambien de la irregularidad en que pudo haber incurrido por haberse ordenado en un mismo

dia de diácono, y de presbítero, contra lo dispuesto por los sagrados cánones; y bien informado el sumo Pontífice, así de la nobleza como del mérito personal de su penitente, prendado por otra parte de su sabiduría, de su virtud y de su zelo, quiso tenerle en su córte; pero el Santo le suplicó humildemente se dignase permitirle seguir su vocacion, que era ir á predicar penitencia por todas partes con sus sermones y con sus exemplos; y edificado el Papa de tan santa resolucion, le dió su bendicion con ámplia facultad para predicar el evangelio por todo el mundo.

No bastó para detener ni un solo punto al nuevo Misionero el riguroso frio del invierno. Corrió con sus dos compañeros el Langüedoc, la Guyena, el Poyton, el Orleanés, predicando en todas partes con maravilloso fruto, sin admitir el menor alivio ni reparo contra los rigores de la estacion, caminando con los pies descalzos, y ayunando todos los dias; de suerte, que su misma vida predicaba penitencia.

Al pasar por Orleans encontró con un subdiácono, que animado del mismo zelo se juntó á él, y con este nuevo refuerzo pasó al condado de Hainaut, y entrando en Valencenas el sábado antes del domingo de Ramos, predicó este dia al pueblo con tanto fruto, que hizo todo cuanto pudo para detenerle; y con efecto, habiendo caido mortalmente enfermos sus tres compañeros, se vió precisado á hacer mansion en aquella ciudad por muchos dias. Con esta ocasion vió á Boncardo, obispo de Cambray, que habia venido á Valencenas. Como este prelado le habia conocido en la córte del Emperador, y se le habia dado el obispado porque Norberto no le quiso admitir, se enterneció mucho cuando le vió en aquel estado de penitencia; abrazóle estrechamente, y le miró con veneracion. Admirado un familiar del obispo, llamado Hugo, de quel recibimiento tan tierno como respetuoso, se informó de quién era aquel extrangero; y noticioso de su calidad, de sus circunstancias y de sus talentos, se hizo compañero suyo, y fue el mas célebre de todos sus discípulos. Los otros tres compañeros enfermos murieron todos casi en un mismo dia; y concluidas sus exêquias partió Norberto de Valencenas con el nuevo discípulo Hugo, pa-

ra predicar, como lo hizo, en todas las ciudades, pueblos y aldeas del condado de Hainaut, del pais de Lieja, y del Bravante, obrando en todas partes portentosas conversiones.

Teniendo noticia de que Calixto II, sucesor de Gelasio, habia convocado un concilio en Rems, en que habia de presidir el mismo Papa, partió allá con su compañero Hugo, para suplicar al sumo Pontífice que confirmase su mision, y le diese facultad para escoger operarios que le acompañasen en sus expediciones apostólicas. Halló los ánimos muy prevenidos en su favor, recibiéndole el Pontífice con grandes demostraciones de afecto y de estimacion, y no siendo menores las que le dieron todos los demas prelados. Bartolomé, obispo de Laon, admirado de su eminente santidad, suplicó al Papa se le concediese para reformar una abadía de su obispado; y condescendiendo el Pontífice, fueron tantos los estorbos que le salieron al encuentro en aquella reforma, que muy en breve se libró de la tal comision; pero no pudiendo el buen obispo resolverse á permitir á Norberto que saliese de su obispado, le propuso que dentro de él escogiese el sitio que mejor le pareciese para edificar un monasterio, donde podria criar muchos discípulos de su mano, y si lo juzgase conveniente, prescribirles reglas particulares que formasen un nuevo instituto. Pareció bien al Santo la proposicion; y habiendo exáminado varios parages, hizo alto en un valle muy desierto y muy estéril, llamado Premonstrato, en el bosque de Conci, donde halló una capilla medio arruinada, que pertenecia á la abadía de san Vicente de Laon. Pasó en élla la noche, y viniendo el obispo á buscarle el dia siguiente, este es, Señor, (le dixo el Santo) el lugar que Dios nos tiene señalado, en el cual se han de santificar muchos con su divina gracia. Esta noche se me representó una multitud de hombres vestidos de blanco, con cruces, candeleros é incensarios en las manos, que iban en procesion cantando alabanzas á Dios por todo este contorno. Consiguióle el obispo la posesion de aquel sitio, y partiendo Norberto hasta el Bravante en busca de compañeros, juntó trece, con los que volvió á Premonstrato, dándoles á todos el hábito blanco,

disponiéndoles unas constituciones llenas del Espíritu santo, y fundando aquel nuevo instituto de canónigos reglares, tan fecundo en hombres ilustres y religiosos insignes, que despues de seiscientos años conservan disciplina regular en todo su vigor, y edifican la Iglesia con sus grandes exemplos.

Tuvo principio el Orden premonstratense el año de 1121; y en poco tiempo vió el santo Fundador mas de ochocientos religiosos y ocho abadías célebres de su Orden. La santa vida que en él se profesaba, las grandes penitencias que se hacian, la exâctísima observancia que en todas partes reynaba, con el superior concepto que se merecia la elevada santidad de Norberto, autorizándola Dios cada dia con portentosos milagros, todo era motivo para que concurriese multitud de ilustres pretendientes, deseosos de abrazar el nuevo instituto, y para que las ciudades y los prelados conspirasen como á porfia á fundar muchos monasterios. Hízose célebre el de Floref, cerca de Namur, por haberse retirado á él el conde Godefrido tomando el hábito de lego; pero ninguno mas famoso, ni mas glorioso para nuestro Santo que el de san Miguel de Amberes.

Aprovechándose de la ignorancia y de la disolucion que reynaba en esta ciudad un miserable herege, llamado Tankelino, habia sembrado en élla sus errores con tan desgraciada felicidad, que contaba mas de tres mil sectarios. Desterró de élla el uso de los sacramentos, particularmeute el de la sagrada Eucaristía, siendo fruto de su perversa doctrina el desprecio de todas las leyes, la abolicion del culto de la santísima Vírgen y de los santos, con el público y general abandono á las mayores torpezas; y aunque no estaba ya en el mundo este infame Herege, por haber perdido violentamente la vida el año de 1115, despues de haber cometido mil abominaciones, no dexaba de tener muchos discípulos infatuados en sus detestables máximas, los cuales inficionaban todo el pais. Pareció á todos los buenos que el remedio mas eficaz y mas pronto para atajar tanto mal, era llamar al santo Abad de Premonstrato. Acudió prontamente, acompañado de algunos discípulos suyos, y predicó con tanta eficacia, con tanto acierto y con tanta mocion, que en breve

tiempo hizo volver al camino de la verdad y de la justicia á los que se habian desviado de él, y se vió mudado todo el semblante de la ciudad. Quedaron tan asombrados y tan movidos de esta maravilla los canónigos de san Miguel, que cedieron su misma iglesia á san Norberto para que fundase en élla un convento de su religion, y éllos se retiraron á la iglesia de santa María, que es el dia de hoy la catedral.

Aún no estaba aprobado el nuevo instituto sino por los legados del papa Calixto II., y san Norberto pasó á Roma para que le confirmase Honorio II., que á la sazon ocupaba la Silla de san Pedro. Recibióle el Pontífice con la ternura y con la estimacion que se merecen los santos, y confirmó con grandes elogios su religion por una bula expedida en 16 de febrero de 1126.

Al volver de Roma tuvo precision de pasar por Alemania, y encontrando la córte imperial en Wurtzburg, ciudad de la Franconia, fue recibido con gran veneracion del emperador Lotario, que tuvo devocion de oir su misa el dia de Pascua, y al acabarla dió vista á una muger ciega; milagro que hizo tanta impresion en tres caballeros jóvenes hermanos y muy ricos, que arrojándose á sus pies, le pidieron los recibiese en su Orden, donde se consagraron á Dios, y fundaron de su hacienda un monasterio cerca de Wurtzburg.

Luego que Norberto se restituyó á Premonstrato tuvo el consuelo de que voluntariamente se sujetase á su santa regla la abadía de san Martin de Laon, que pocos años antes no habia querido admitir la reforma, y lo mismo hizo la de Valsery. Comenzaba en su amada soledad á disfrutar la dulzura del sosiego y del reposo, cuando el conde de Champaña le rogó quisiese acompañarle en un viage á Alemania; y llegando á Espira, donde estaba el Emperador, se encontró con los discípulos de Magdeburg, que venian á pedir obispo para aquella iglesia; y todos de unánime consentimiento pusieron los ojos en el Abad de Premonstrato; eleccion que fue aplaudida de toda la córte; y sin dar oidos á su resistencia ni á sus razones, le pusieron guardas de vista, hasta que fue consagrado y conducido á Magdeburg, sin permitirle que volviese á su monasterio. Fue universal el gozo de todo

el clero y de todo el pueblo, excediendo mucho á todas las esperanzas las bendiciones que derramó el cielo sobre sus ovejas por los méritos del santo Pastor. En nada alteró su método de vida la nueva dignidad; y aunque se vió elevado á una de las mas respetables sillas episcopales de Alemania, siempre se conservó igualmente pobre, igualmente humilde, igualmente mortificado. Tenia muy debilitada la fe la licencia de las costumbres; pero nuestro Santo, armado de la palabra de Dios, y mucho mas de los exemplos de su virtud, combatió el vicio y el error con todas sus fuerzas, reformó el clero, corrigió los abusos, y consiguió que volviese á florecer la religion y la piedad en todo el obispado; no contribuyendo poco á estos felices sucesos su afabilidad, su caridad y su penitente vida. En breve tiempo comunicó á su rebaño aquella tierna devocion á la santísima Vírgen, que él la habia profesado siempre casi desde la cuna; pero en ninguna cosa se hizo mas visible su zelo que en procurar se rindiese al santísimo Sacramento del altar el culto y veneracion que se le debia. Fue tan notoria su devocion y su amor al augusto Sacramento, que despues de su muerte se le pintó con un viril en la mano, como en prueba de haber sido ésta su devocion sobresaliente.

Siendo tan general la corrupcion de las costumbres, y siendo tan vivo y tan ardiente el zelo del santo Prelado, era preciso que le suscitase muchos enemigos. No pocas veces determinaron asesinarle, y otras tantas tuvo el consuelo de ver convertidos á los asesinos. No perdonaron á medio alguno para aburrirle, para calumniarle y para perderle; pero rebatió estas violencias con las invencibles armas de su mansedumbre, de su caridad y de su paciencia. Trataba los enfermos frenéticos como verdadero médico; y si tal vez se veía precisado á usar de severidad en su correccion contra los hijos rebeldes, lo hacia con entrañas de amoroso padre, lleno de ternura con éllos; y desarmando de esta manera con la virtud y con el sufrimiento á sus enemigos, cesó la tempestad; de cuya calma se aprovechó para hacer sus visitas pastorales con fruto jamás oido y con general satisfaccion.

Pero ni los cuidados ni el gobierno de su iglesia le

servian de estorbo para atender tambien á las necesidades de su Orden. Dispuso que en su lugar fuese nombrado por abad general de la religion Hugo, el primero de sus discípulos. Habiendo asistido al concilio de Rems, en que Inocencio II. fue reconocido por verdadero papa, y condenado el antipapa Anacleto, hizo un viage á Roma, donde trabajó eficazmente para acabar de extinguir las centellas del cisma; y restituido á su iglesia, le postró en la cama una enfermedad que al cabo de cuatro meses le quitó la vida, muriendo con la muerte de los santos el dia 6 de junio de 1134; de edad de 53 años, al octavo de su obispado, y al catorceno de la fundacion de su religion. Mantúvose el santo cuerpo nueve dias sin enterrarse y sin la menor señal de corrupcion, manifestando el Señor por este tiempo la gloria de su Siervo con grandes maravillas. Habiéndose apoderado los luteranos de la ciudad de Magdeburgo, el emperador Ferdinando II. hizo trasladar sus reliquias en el año de 1627 á la ciudad de Praga en Bohemia.

La misa es del Comun de confesor pontífice, y la oracion la siguiente.

Deus, qui beatum Norbertum confessorem tuum atque pontificem verbi tui præconem eximium effecisti, et per eum Ecclesiam tuam nova prole fœcundasti; præsta, quæsumus, ut ejusdem suffragantibus meritis, quod ore simul et opere docuit, te adjuvante, exercere valeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que hiciste tan excelente predicador de tu divina palabra al bienaventurado Norberto, tu confesor y pontífice, y por su medio te dignaste aumentar tu santa Iglesia con una nueva familia; concédenos por sus merecimientos, que practiquemos lo que nos enseñó tanto con su exemplo como con sus palabras: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 44. *y* 45. *de la Sabiduría.*

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi

He aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fue hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la

quî conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriæ. Statuit illi testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria para que exerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

NOTA.

"Lo mismo es el libro de la Sabiduría que el del Eclesiástico, porque la Iglesia le da indiferentemente estos dos nombres. Da principio por una viva exhortacion á la sabiduría, seguida de muchas sentencias ó máxîmas morales de que se compone hasta el capítulo 44; en que el Autor comienza el elogio de los patriarcas, de los profetas y de los hombres ilustres entre los judíos, continuándole hasta el último capítulo."

REFLEXIONES.

Colmóle de felicidad y de gloria para que exerciese con dignidad todas las funciones de su ministerio; cántanse las alabanzas del Señor; anúnciase al pueblo la gloria de su santo nombre, y ofrécese á Dios incienso digno de su grandeza y magestad. Este es un resumen de las funciones que corresponden al ministerio sagrado, y de las disposiciones con que se deben exercitar; pureza de costumbres; zelo de religion; dignidad en el culto; fervor en la oracion; puntualidad en las obligaciones y devocion en todo. No eleva Dios los ministros á la sublime dignidad del sacer-

docio, sino para ser dignamente honrado por éllos. En cierta manera debe el sacerdote disputar á los ángeles la inocencia y el fervor en el servicio de Dios; siendo iguales en el oficio de cantar las alabanzas del Señor, ¿cuál debe ser su modestia, su respeto y su devocion? ¿cuánto su amor y su zelo?

Ni la religion tiene cosa mas santa, ni el mismo Dios puede hacer cosa mas grande y mas respetable que el sacrificio de la misa. Institucion enteramente divina, oblacion santa; víctima de precio infinito, sacrificio del adorable cuerpo y sangre de un hombre Dios; pontífice igual y consubstancial á él; ¿puede imaginarse cosa mas divina ni mas digna de nuestro culto? pues todo esto se halla en este divino misterio. No solo es el sacrificio de la misa el acto mas perfecto de nuestra religion, sino el milagro de élla por excelencia; es como un compendio de toda élla. Esto es ese sacrificio que ofrecen los sacerdotes.

¿Pues cuál debe ser la fe, cuál la pureza de costumbres y la eminente santidad de esos ministros del Altísimo? ¿de esos mediadores visibles entre Dios y los hombres? ¿de esos sacerdotes de Dios vivo, cuya dignidad reverencian las potencias de la tierra, y cuyo sagrado carácter respetan hasta los mismos ángeles del cielo? ¿Podrán llegarse al altar sin sentirse preocupados de un santo y respetoso temor? ¿podrán sostener en sus manos aquella hostia viva sin experimentar en sus corazones los efectos maravillosos de su adorable presencia? Sale Moyses de la conversacion que tuvo con Dios en el monte, esparciendo rayos de su inflamado semblante; ¿y podrá salir un sacerdote del altar sin sentir nuevo fervor, sin devocion mas encendida, sin conocidas mejoras en la virtud? ¿podrá llegarse al altar con el corazon lleno de mundo? ¿y podrá retirarse de él con una fe amortiguada y con una casi moribunda caridad? ¿se evitan el dia de hoy aquellos justísimos cargos que hacia el Señor á los indignos sacerdotes, porque no se acercaban al altar? ¿y será legítima excusa para no exercer el ministerio la falta de devocion? ¿Por ventura nos hizo Dios sacerdotes para que nos desviásemos del santo sacrificio? ¿será buena disculpa para no acercarnos al altar el que las costumbres

nos confundan con el pueblo? Impónenos una gravísima obligacion el sagrado carácter; es gran delito no ser uno de aquello que debe ser: cuanto mas elevada es la dignidad, mas visibles se hacen los defectos; ninguna cosa puede dispensar á los ministros del altar en la eminente santidad á que les obliga su mismo carácter; raro defecto suyo dexará de ser escandaloso, y ninguno que no sea muy particularmente ofensivo de aquel Dios que los escogió por ministros suyos, y que por esta misma eleccion los distinguió del resto de los demas hombres.

El evangelio es del capítulo 25. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregrè proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii verò unum, unicuique secundùm propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multùm verò temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit ei alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi; ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre, que debia ir muy lejos de su pais, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fue, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con éllos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, les tomó cuentas; y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Díxole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dixo: Señor, dos talentos me entregaste,

talenta tradidisti mihi : ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium domini tui.

he aquí otros dos mas que he grangeado. Díxole su señor : Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

No hay condenado que no esté persuadido á que se condenó porque quiso condenarse.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuál será la rabia y la desesperacion de un condenado por toda la eternidad, considerando que la condenacion fue obra de sus manos. Si se condenó fue puramente por culpa suya; si se condenó fue porque así lo quiso él; si se condenó fue porque no le dió la gana de corresponder á la gracia. Habia hecho Jesucristo todo el coste para su salvacion; no le excluyó este divino Salvador del beneficio de la redencion; nació, vivió en el mundo, padeció y murió por él como por todos los predestinados; mereciόle, y le dió tambien todos los auxîlios suficientes para hacerse santo. Esta verdad es del mayor consuelo para todos los fieles, pero es de indecible dolor para los condenados.

Si Dios los hubiera dexado en la masa de la perdicion; si no hubiera muerto por éllos; si los hubiera negado los auxîlios absolutamente necesarios para salvarse; no por eso sería menos desdichada su suerte ni su desgracia menos infinita; pero entonces toda su rabia y todo su furor convertirian contra Dios, que solamente los habia criado para perderlos. ¡Pero cuánto será el furor, cuánta la rabia que tendrán contra sí mismos, conociendo que Dios era aquel buen pastor que amaba á todas sus ovejas; que aquel Juez fue un salvador que dió su sangre por todas éllas; que aquel Criador fue un amorosísimo padre que no negó á sus hijos ni la mas mínima parte de los bienes que les debia; que éstos se los puso en las manos

luego que á éllos los colocó en este mundo; que ni uno solo de éllos dexó de recibir algun caudal, con órden de negociar con él su eterna salvacion, la cual solo se concede á los adultos á título de salario y de recompensa! Condenáronse porque no quisieron oir la voz de aquel buen Pastor; saliéronse del redil, y no quisieron volver al aprisco. No fue culpa del Pastor si el lobo despedazó las ovejas.

¿Qué motivo tuvieron para abandonar la casa del mejor padre, y para no querer vivir sujetos á sus suavísimas leyes? ¿puede haber mayor extravagancia, que cansarse de una vida uniforme y arreglada? Sacúdese el yugo de la ley; quiérese vivir con libertad y sin dependencia; no se admite mas regla que la de las pasiones y los deseos. No quiere Dios violentarnos, ó porque no gusta de servicios forzosos, ó porque respeta, digámoslo así, la libertad que dió al hombre. Aléjase muy luego este pródigo de la casa de su buen padre; encuentra presto su desgracia y su perdicion en su misma libertad. No hay condenado que no hubiese sido artífice de su reprobacion. ¡Mi Dios, qué dolor, qué desesperacion la de haber trabajado uno en su propia ruina, y deberse á sí mismo su condenacion eterna!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay santo en el cielo que no conozca, y no esté plenamente convencido de que solo debe su salvacion á la sangre, á los méritos y á la gracia de Jesucristo. ¡Cuáles serán los afectos de amor y de agradecimiento á este divino Salvador! ¡cuánto su agradecimiento á su divina gracia! En el infierno ningun condenado hay que no palpe, que no esté igualmente convencido de que jamás se la negó á él el mismo Savador; que él fue quien por su propia malicia no quiso seguir aquella saludable inspiracion, obedecer aquel precepto, privarse de aquel falso deleyte que le habia de causar la muerte; caminar por el camino estrecho que conduce los hombres á la vida. ¡Cuáles serán los movimientos de cólera, de indignacion y despecho que tendrá contra sí mismo!

Aquel rico que se condenó por toda la eternidad, estará conociendo que en su mano tuvo rescatar sus pecados con sus limosnas; que se le proporcionaron grandes medios; que se le dieron muchos auxîlios; que no le faltó la gracia; y solo le faltó la buena voluntad.

Aquella doncella, aquella dama infeliz jamás olvidará en el infierno todo lo que hizo Dios para salvarla; las piadosas máxîmas en que la imbuyeron desde su infancia; la cristiana educacion que logró; las fuertes inspiraciones que sintió; las obligaciones con que nació; los contratiempos, las enfermedades, los disgustos, todo lo disponia la divina Providencia para que no se perdiese: condenóse porque se quiso condenar; y de esto estará siempre bien persuadida.

Aquella persona consagrada al Señor por los votos mas solemnes, si tiene la desgracia de ser precipitada en los abismos, eternamente conocerá que la hubiera costado mucho menos tener una vida ajustada, uniforme, regular en el estado eclesiástico ó religioso, que la aseglarada y aun escandalosa que traxo; verá que por sus propias manos se fabricó su condenacion; que para perderse fue menester obstinarse, endurecerse, armarse muy de propósito contra las solicitaciones de la divina gracia, y resistirse con empeño á los remordimientos de la conciencia; vendarse los ojos con estudio, ó cerrarlos muy de intento á los rayos de su misma razon. ¡O Dios, un eclesiástico, un religioso, un sacerdote que se condenan! ¡qué dolor, qué rábia, qué desesperacion!

Considera á un hombre, que muy de intento pone fuego á su casa por un rapto de locura, ó por un ímpetu de cólera, ó por un exceso de borrachera. ¡Qué dolor será el suyo, cuando sosegada la cólera y disipada la embriaguez, ve á sangre fria que por sus mismas manos reduxo á cenizas su propia casa, y en éllas se consumieron sus muebles, sus bienes, sus paneras, sus provisiones y todo cuanto tenia en este mundo! Cuando hace reflexîon que se ve reducido á mendigar solo porque quiso; que perdió por su antojo las conveniencias que tenia, y pudiendo vivir rico y acomodado, se halla infeliz y miserable por mero capricho suyo; ¡qué desesperacion será la de este insensato, cuando considera su mentecatez ó su

brutalidad! ¡pues considera cuál será la de un infeliz condenado cuando piensa (y lo estará pensando quiera ó no quiera por toda la eternidad) que se condenó porque quiso condenarse!

¡Mi Dios! pues me dais tiempo para prevenir esta desesperacion, dadme gracia para evitar esta pérdida. No, Dios mio, no quiero perderme; resuelto estoy á sacrificarlo todo, á perderlo todo, á practicarlo todo para salvarme por los méritos de mi Señor Jesucristo. Salvadme, Señor, por vuestra divina gracia.

JACULATORIAS.

Iniquitatem meam ego cognosco; et peccatum meum contra me est semper. Salm. 50.

Conozco, Señor, mis maldades, abomínolas, detéstolas; y nunca dexaré de echarme la culpa de éllas.

Tibi, Domine, justitia; nobis autem confusio faciei. Dan. 9.

Señor, aun cuando nos castigais con el mayor rigor, sois justo, y nosotros nos debemos llenar de confusion; porque si nos perdemos, por nuestra culpa nos perdemos.

PROPOSITOS.

Ser un hombre infeliz por alguna inevitable fatalidad, triste cosa es; pero al fin no puede atribuirse á sí mismo la culpa de su desgracia, y le resta el consuelo de quejarse contra quien fue la causa de élla; pero ser supremamente desdichado, eternamente desdichado, y serlo porque él mismo lo quiso ser; comprende, si puedes, el cruel dolor de este suplicio. Mas ya, si á lo menos, se pudiera desviar de la imaginacion este pensamiento en el infierno; si pudiera persuadirse un condenado á que con efecto le faltó la gracia necesaria para salvarse, y que no murió por todos Jesucristo, á que no pudo obrar de otra manera; pero no puede ser, porque en el infierno no hay hereges; allí se conoce, se ve, se palpa que la reprobacion fue obra nuestra; sábese que se pudo

no hacer resistencia á la gracia; confiésase que no faltó la necesaria para poderse salvar; pero que faltó la voluntad arrastrada del atractivo del deleyte; que la pasion quedó victoriosa, porque el corazon fue de inteligencia con la pasion. ¡Ah, y qué de otra manera se viviria, si se rumiara frecuentemente esta verdad! Piensa continuamente en élla, y cuando fuere mas viva la tentacion, cuando sientas que la pasion está mas encendida y mas violenta, pregúntate á ti mismo: ¿Yo me quiero condenar? Pues dóyme este gusto; pero cuidado, que el fruto de él ha de ser mi eterna condenacion. ¿Determínome libremente á pecar? Pues acepto la sentencia de ser eternamente condenado.

2 Considera todo pecado mortal como un legítimo derecho que adquieres á tu reprobacion; como un instrumento auténtico que te asegura la posesion de tu eterna infelicidad. ¿Cuántas piadosas industrias usaron los santos para que esta verdad se les hiciese mas sensible? Únos, cuando les apretaba la tentacion, escribian estas palabras; *Si consiento en este pecado, consiento en ser condenado.* Otros, aplicando la mano ó los dedos á la llama, se preguntaban á sí mismos: ¿*Cómo podré habitar por toda la eternidad en medio de los ardores sempiternos*? Muchos, en fin, se familiarizaban con este pensamiento y con esta importantísima verdad: *Si me salvo, será obra de mi Señor Jesucristo; si me condeno, será obra de mis manos.*

DIA SÉPTIMO.

San Pablo, obispo y mártir.

Fue san Pablo uno de los mas esclarecidos confesores de la divinidad de Jesucristo, y nació en Tesalónica de Macedonia hácia el principio del cuarto siglo. Criáronle sus padres en el santo temor de Dios; y habiéndole dotado el mismo Señor de excelente ingenio, de una índole apacible y de costumbres muy inocentes, en breve tiem-

po hizó maravillosos progresos en las letras humanas y divinas; pero singularmente en la importante ciencia de la salvacion.

Fue enviado á Constantinopla, siendo patriarca de aquella ciudad san Metrófanes, y desde luego se hizo admirar en élla su ingenio, su elocuencia y su eminente virtud; de suerte, que admitido en el cuerpo de la clerecía, fue nombrado por secretario del presbítero Alexandro, señalado por san Metrófanes para asistir en su nombre al célebre concilio de Nicea, y con esta ocasion es probable que estrechó con san Atanasio la fina amistad, que los unió toda la vida. En élla conocieron tambien los arrianos que tenian en nuestro Santo uno de los mas formidables enemigos de su secta, y desde entonces comenzaron á perseguirle como á tal. El año 318 sucedió san Alexandro á san Metrófanes, y conociendo el singular mérito y la elevada virtud de Pablo, le ordenó de presbítero, y le encargó el cuidado de distribuir al pueblo el pan de la divina palabra.

Desempeñó tan felizmente este sagrado ministerio, que en breve tiempo mudó de semblante la ciudad de Constantinopla, inficionada ya de muchas heregías, y desacreditada con la licencia de las costumbres. Predicando tanto con sus exemplos como con sus palabras, y no menos poderoso con sus virtudes que elocuente en sus discursos; hizo triunfar la fe, florecer la piedad, y desde entonces se declaró infatigable azote del arrianismo. Pocas horas antes de espirar san Alexandro protestó á su clero, que no hallaba sugeto mas digno de sucederle que el santo presbítero Pablo, cuya capacidad y virtud podian suplir la falta de los años, y que no debian atender á la resistencia que haria, sin duda, su humildad. Por mas artificios que usaron los arrianos para que la eleccion recayese en Macedonio, pudieron mas los católicos, y fue Pablo electo y consagrado en la basílica de la Paz con universal aplauso de clero y pueblo.

Tenia Macedonio tanta ambicion por aquella dignidad, como pocos deseos de élla nuestro Santo, y no perdonó á diligencia alguna para desacreditarle, procurando manchar su reputacion con las mas feas calumnias; pero viendo el ningun fruto de sus malignos esfuerzos, y que no

podia su malicia disminuir el concepto que se tenia de su virtud y de la pureza de su fe, afectó mucho arrepentimiento, y se fue á echar á los pies del nuevo Obispo, que le recibió con ternura; y juzgándole sincéramente convertido, le confirió los órdenes sagrados hasta elevarle á la dignidad de sacerdote.

En medio de eso, aunque no tenia fundamento ni verisimilitud la acusacion, como era una tela que habian urdido los arrianos, no la dexaron olvidar. Era como el gefe de esta secta Eusebio de Nicomedia, cuya ambicion mal satisfecha todavía con esta silla, adonde ascendió dexando la de Berito, jugaba todas las máquinas que podia mover para subir á la de Constantinopla, y le pareció que sosteniendo las acusaciones de Macedonio, tendria crédito y le sobrarian parciales para perder al santo Prelado. Siempre han costado poco á los hereges las mas atroces calumnias, y estando como sitiado de eusebianos el emperador Constantino, llenaron de tantas sus imparciales oidos contra el patriarca Pablo, que le desterró al Ponto, pero sin permitir que se pasase á elegir ótro en su lugar; y no volvió el Santo de su destierro, hasta que muerto el Emperador, salió el famoso decreto para que se restituyesen á sus iglesias todos los obispos desterrados.

Facilmente se puede discurrir el gozo de las ovejas cuando vieron volver al santo Pastor. Resonaban los gritos de regocijo por toda la ciudad; y como no tenia otros enemigos que los que lo eran de la religion, todos los católicos le salieron á recibir, y le conduxeron, como en triunfo, á su silla patriarcal. El primer sermon que predicó á su pueblo, encendió en todos los estados el zelo y el fervor, no acertando á admirar dignamente la mansedumbre, la paciencia y la caridad del santo Patriarca. No ignoraba los artífices de las groseras calumnias que le habian levantado; pero imitando fielmente á Jesucristo, jamás se le oyó alentar una queja, ni se descuidó en una sola palabra que sonase á justificacion; exemplo de moderacion, que hizo grande impresion en los ánimos, y obró portentosas conversiones.

Pero no duró mucho la calma; porque á laheregía nunca la desarma la virtud. Sucedió Constancio á su padre

Constantino; y teniendo la desgracia de dexarse preocupar de los arrianos, no bien llegó á Constantinopla, cuando dió muestras de su indignacion contra san Pablo; tanto, que irritado mas y mas cada dia por las sugestiones de los eusebianos, que contínuamente le cercaban, resolvió despojarle de su silla. Mandó que se juntasen todos los obispos que se hallaban en la córte, y todos estaban inficionados del arrianismo. Hubo poco que hacer en substanciar la causa; y sin ser siquiera oido el santo Patriarca, fue depuesto como indigno del obispado, y colocado en su lugar Eusebio, el mismo que habia forjado ó manipulado las calumnias y las acusaciones contra él.

Dió nuevo lustre á su virtud la tranquilidad y la humilde alegría con que recibió este nuevo sonrojo; pero considerándose inútil á su pueblo y poco seguro en Constantinopla, como tambien en todo el Oriente donde reynaba el arrianismo, favorecido del emperador Constancio se retiró á los estados de Constante. Noticioso del benigno recibimiento que este religioso Príncipe habia hecho á san Atanasio y á todos los demas obispos que habia arrojado del Oriente la persecucion de los arrianos, pasó á buscarle á Tréveris, y fue recibido de él con grandes muestras de estimacion, de veneracion y de bondad, prometiéndole su imperial proteccion con su hermano Constancio. Era á la sazon obispo de Tréveris san Maxîmino; y conociendo el mérito de nuestro Santo, hizo cuanto pudo para que no experimentase las incomodidades del destierro.

Poco tiempo despues partió para Roma, donde se hallaba tambien san Atanasio y algunos otros obispos orientales de los desterrados y perseguidos. Distinguióle mucho entre éllos el papa san Julio, cuyas particulares demostraciones de cariño y de estimacion acreditaron el especial concepto que hacia de su mérito y de su virtud. Convocó un concilio en Roma, donde fue exâminada la causa de muchos obispos de Oriente perseguidos é injustamente despojados por los arrianos, á todos los cuales los restableció el Papa con su autoridad, mandándolos volver á sus iglesias.

Facilitó á nuestro Santo el restituirse á la suya la muerte del usurpador Eusebio, que sucedió el año de 341:

libres ya los católicos del intruso arriano, recibieron por la segunda vez á su santo Pastor como en nuevo triunfo; pero como el partido de los arrianos no se habia enterrado con Eusebio, conducido por sus dos gefes Teognis de Nicea y Teodoro de Heraclea, ordenó al presbítero Macedonio, que se habia hecho arriano, y despues se hizo heresiarca. Apoderóse de la silla patriarcal, acompañado de los sectarios, y quiso ser reconocido por obispo de Constantinopla. No pudieron sufrir los católicos que el legítimo Pastor fuese arrojado de su silla tan injustamente, y se encendieron de manera, que paró la disputa en abierta sedicion y en una especie de guerra civil.

Hallábase el emperador Constancio en Antioquía, donde recibió la noticia del desórden; y prevenido siempre contra nuestro Santo en favor de los arrianos, dió órden á Hermógenes, maestre de campo de la milicia que marchaba á Tracia, para que pasase por Constantinopla, y echase á Pablo de la ciudad. Fueron tantas las violencias que executó aquel Oficial con pretexto de su comision, que aumentó mas el incendio; tanto, que irritados el clero y el pueblo contra él, no bastó toda la elocuencia del santo Pastor para sosegarlos, ni pudo estorbar que tomasen las armas para defenderle. Creciendo el tumulto por la imprudencia de Hermógenes, le costó la vida, sin serle posible á san Pablo el retirarse. Noticioso el Emperador de lo que pasaba en Constantinopla, partió de Antioquía con resolucion de hacer un exemplar castigo de todos los que resultasen cómplices en la sedicion; con todo eso, se dexó aplacar á ruegos del senado, y á ninguno quitó la vida; pero descargó toda la cólera contra el santo Patriarca, á quien trató con la mayor indecencia, arrojándole de la ciudad.

Pero estaba la dificultad en poder salir, porque los católicos guardaban las puertas dia y noche, protestando altamente que antes perderian todos la vida, que perder á su santo Obispo; mas el caritativo Pastor, porque no fuese maltratado su rebaño, á imitacion de otro Pablo, dispuso que secretamente le baxasen por la muralla dentro de una cesta, y con el mayor secreto que pudo se retiró á Tesalónica, lugar de su nacimiento.

Cuando se supo en Constantinopla la fuga del santo Prelado, fue extrema la desolacion de todo el pueblo; y llegando el suceso á los oidos del emperador Constante, el año siguiente fue llamado, y por la tercera vez restituido á su iglesia.

Habia consentido Constancio en esta restitucion por fuerza y contra su voluntad, por lo que dió entera libertad á los arrianos para que le persiguiesen cruelmente, y no cabe en la ponderacion lo que por espacio de cinco ó seis años le hicieron padecer aquellos enemigos de Jesucristo; insultos, calumnias, injurias, crueldades, á nada perdonaron. Siendo la faccion arriana la mas poderosa en Constantinopla, abrigada con la proteccion del Emperador, se vió el Santo expuesto á mil indignos tratamientos y á contínuos peligros de la vida, sin otra defensa que el amor de su rebaño.

Habia mucho tiempo que los obispos perseguidos del Oriente clamaban por un concilio general; consiguiéronle, en fin, y se celebró en Sárdica el año de 347. Hallóse en él san Atanasio, pero á san Pablo no le permitió concurrir el clero ni el pueblo de Constantinopla, temiendo alguna emboscada de sus enemigos en el camino. Depuso el concilio á Macedonio, y confirmó á san Pablo, dando solemne testimonio de su inocencia.

Comenzaba el santo Patriarca á gobernar su iglesia con alguna paz, cuando murió el emperador Constante el año de 350, y con esta ocasion volvió á excitarse la persecucion contra él. Libre ya Constancio del respeto y del miedo en que le tenia su hermano, y entregado enteramente á los arrianos, mandó prender al Patriarca, y cargado de cadenas le envió primeramente á Singáres en Mesopotamia, despues á Emésa en Siria, y en fin, á Cucusa en los desiertos del Monte Táuro, famosa desde entonces por el destierro de nuestro Santo, y despues por el de san Juan Crisóstomo.

No es de admirar que los arrianos hubiesen perseguido tan cruel y tan obstinadamente á san Pablo, estando en opinion del mas ilustre y mas ardiente defensor de la divinidad de Jesucristo, y por consiguiente del mas declarado y mas mortal enemigo de su secta. Por eso luego que le tuvieron en su poder determinaron deshacerse de

él, y con este fin le encerraron en un calabozo muy estrecho y muy obscuro, sin darle de comer, con esperanza de que el hambre le quitase la vida; pero entrando á verle al cabo de seis dias, y encontrándole todavía vivo, le ahogaron con un cordel el dia 7 de enero del año 351. Así murió este glorioso defensor de la consubstancialidad del Verbo, despues de haber sido arrojado cuatro veces por los arrianos de su silla patriarcal, y padecido los mas bárbaros tratamientos que pudo inventar el furor de los hereges, terminando su carrera, despues de tan esforzados combates, por un ilustre martirio en el mismo lugar de su destierro. Diéronle sepultura en Cucúsa, de donde poco tiempo despues fue elevado de la tierra su cuerpo con mucho honor, y conducido á Ancyra, de donde el año de 381 el gran Teodosio le hizo trasladar con pompa y con solemnidad á Constantinopla, conduciéndole como en triunfo, y colocándole en la iglesia de la Paz, que habia reedificado el impío Macedonio, enemigo y perseguidor de nuestro Santo. Asegúrase que andando el tiempo, en el año de 1226, fue llevado el santo cuerpo á Venecia, y depositado en la iglesia de san Lorenzo, donde es honrado y venerado con tanta devocion como concurso del pueblo.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion del Santo la que sigue.

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus, et quia pondus propriæ actionis gravat, beati Pauli martyris tui atque pontificis intercessio gloriosa nos protegat: Per Dominum nostrum...

Atended, ó Dios omnipotente, á nuestra flaqueza, y pues nos oprime el peso de nuestras culpas, sostenednos por la intercesion de vuestro bienaventurado mártir y pontífice Pablo, mediante la de nuestro Señor Jesucristo, que contigo vive y reyna...

La epístola es del cap. 8. del apóstol san Pablo á los romanos.

Fratres: Quis nos separabit à charitate Christi? tribulatio? an

Hermanos: ¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? ¿acaso la

angustia? an fames? an nuditas? an periculum? an persecutio? an gladius (Sicut scriptum est: Quia propter te mortificamur tota die: æstimati sumus sicut oves occisionis.)? Sed in his omnibus superamus propter eum, qui dilexit nos. Certus sum enim quia neque mors, neque vita, neque angeli, neque principatus, neque virtutes, neque instantia, neque futura, neque fortitudo, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia poterit nos separare à chatitate Dei, quæ est in Christo Jesu Domino nostro.

tribulacion? ¿acaso la angustia? ¿acaso la hambre? ¿acaso la desnudez? ¿acaso el peligro? ¿acaso la espada (Como está escrito: Por ti cada dia somos condenados á muerte: se nos reputa como ovejas destinadas al cuchillo.)? Pero en todas estas cosas somos vencedores por aquel que nos amó. Yo, pues, estoy cierto de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni la altura, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos de la caridad de Dios, la cual está en Cristo Jesus Señor nuestro.

NOTA.

»Escribió el Apóstol esta carta desde Corinto á los »cristianos de Roma el año 58 de Jesucristo. Su asunto es »sobre las disputas que los cristianos circuncidados, ze»losos siempre de sus ceremonias, suscitaban en Roma »como en otras partes contra los gentiles que abrazaban »la fe, y no se querian sujetar al yugo de la ley antigua.

REFLEXIONES.

¿*Quién nos separará de la caridad de Cristo*? Todo aquello que fuere contra su santa ley; todo lo que se opusiere á su espíritu; todo lo que fuere contrario á sus preceptos; en una palabra, todo aquello que extingue en nosotros la gracia y la caridad: ¿*Quién nos separará del amor de Jesucristo*? Demasiadas cosas son las que nos separan de él; una pasion, un vil interes, nuestro amor propio. ¿Disputa por largo tiempo el amor de Jesucristo la posesion de nuestro corazon al amor de las criaturas? ¿serán muy dificiles de romper las amorosas prisiones que nos unen á nuestro dulcísimo Salvador? ¿estan muy apretados estos amorosos lazos? ¿habrá hoy muchas almas generosas que puedan desafiar á las tribulaciones, á las angustias, á las persecuciones, á la espada, á lo futuro, á lo

presente, á la vida y á la muerte, para que prueben sus fuerzas, y vean si son capaces de desunirlas del amor de Jesucristo? Apágase al menor soplo de viento este sagrado fuego; el amor de Jesucristo casi es peregrino y extrangero entre los cristianos; por lo menos es cierto que es muy raro; cualquiera otro amor va delante del amor de Dios. Ámase al mundo, ámase al propio interes, ámanse todos á sí mismos. Por tanto, en tratándose de satisfacer una pasion, todo se hace fácil. Mas que sean muy penosos los servicios que pide el mundo; mas que sus máxîmas sean muy pesadas y costosas; mas que se le tenga por un amo duro, ingrato y rígido; todo se traga, todo se tolera, á todo se sujetan los mundanos. ¿Por qué? Porque aman al mundo. Mas que sea menester trabajar, remar, sudar, consumirse, perder la salud por hacer fortuna; nada se consulta sino á la ambicion; no solo se sacrifica el gusto y la quietud, sino la misma vida. Cada cual se ama á sí mismo, y todo lo demas ha de ceder á este amor. ¿Mas qué se hace por nuestro Dios, por su amor y por su gloria? ¿qué se piensa hacer? ¿qué se sacrifica? ¿En esos ambiciosos proyectos, en esas vastas ideas, en esas empresas peligrosas se le consulta á Dios? ¿camínase hácia éllas tomando por norte las luces de la fe? ¿sirve de regla el evangelio á todas esas medidas? ¿cuéntase mucho con la salvacion y con la religion para el gobierno de toda nuestra conducta? *¿Quién nos separará?* Pero qué, ¿estamos muy unidos á Jesucristo? Juzguémoslo por nuestra tibieza, por nuestra indevocion, por nuestras máxímas, por nuestra cobardía en el servicio de Dios, por nuestro desacato en el templo, por nuestra irreverencia. ¿Unido á Jesucristo? no lo estamos sino á nuestra sensualidad, á nuestros sentidos, á nuestras conveniencias, á nuestras inveteradas costumbres, de las cuales no nos han podido desviar todos los amorosos, todos los solícitos halagos de Jesucristo. *¿Quién nos separará del amor de Jesucristo?* ¡Ah! que el dia de hoy se habia de preguntar por el contrario: *¿Qué cosa será capaz de obligarnos á amar á Jesucristo*, si la memoria de sus beneficios, si la consideracion de su muerte, si el motivo de nuestra eterna salvacion, si los amables títulos de Criador, de Redentor, de Salvador y de Padre no son bastantes para

unirnos inseparablemente al que es nuestro soberano Bien? Hemos tenido la desdicha de estar separados del amor de Jesucristo durante el curso de nuestra desordenada vida. Pues la muerte separará á un infeliz condenado de este mismo amor por toda la eternidad. ¡Buen Dios, qué cruel, qué funesta separacion! ¡qué horible! Pero esta es la desdichada suerte de todos los que mueren en vuestra desgracia.

El evangelio es del cap. 5. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Audistis quia dictum est: Diliges proximum tuum, et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros, et benefacite his, qui oderunt vos, et orate pro persequentibus, et calumniantibus vos, ut sitis filii Patris vestri, qui in cœlis est; qui solem suum oriri facit super bonos et malos, et pluit super justos et injustos.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Habeis oido que se dixo: Amarás á tu próximo, y aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo: Amad á vuestros enemigos; haced bien á aquellos que os aborrecieron, y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos; el cual hace que salga su sol sobre los buenos y sobre los malos, y envia la lluvia para los justos y para los injustos.

MEDITACION.

De la murmuracion.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la murmuracion es uno de los pecados mas graves, y por consiguiente cuyo perdon sea quizá mas dificultoso. El amor del próximo es como la basa y el cimiento de nuestra religion; por lo menos en parte es la señal que caracteriza y distingue los discípulos de Jesucristo: *In hoc cognoscent omnes*: la señal, dice el mismo Salvador, por donde todos conocerán que sois discípulos mios, será si os amáreis los únos á los ótros: *Hoc est præceptum meum*; este es mi mandamiento; que recíprocamente os ameis, como yo os amo á todos. ¿Pues qué

pecado hay mas opuesto á este grande mandamiento que el de la murmuracion ó maledicencia? No solo nace de un corazon avinagrado y ulcerado, sino que muerde á su enemigo, y le despedaza. Ningun ladron hace robo mas sensible; élla quita al hombre lo mas precioso, lo mas estimado que tiene. Es la reputacion un bien que no se puede enagenar; es un tesoro inestimable; en rigor élla solo es nuestro propio privativo bien. Si una vez se pierde, ninguna cosa puede resarcir esta pérdida. Pues contra este bien asesta sus tiros la murmuracion. ¿Cuántos hay en el mundo que no tienen otro? Húrtasele la maledicencia. Comprende, si puedes, la malicia de este pecado por la venganza que tomó Dios de Acab y de Jezabel, porque se apoderaron tiránicamente de la única viña que tenia el pobre Naboth.

La maledicencia á ninguno perdona. ¿Quién estará á cubierto de sus tiros? Lo mas respetable de la Iglesia y del Estado no está seguro de las dentelladas y de las envenenadas mordeduras de una lengua murmuradora y mal hablada. ¡Qué brechas no abre en la justicia, en la caridad y en la religion. Basta una sola palabra para dexar manchada de por vida la inocencia mas pura. Dió aquel pobre un desgraciado tropiezo, que solo le supo Dios, el cómplice de su miseria, y algunos otros pocos tan cristanos como prudentes; borró luego con la penitencia este pecado; tiénele olvidado el mismo Dios; pero la murmuracion le resucita. Opónese á la misericordia del mismo Dios, porque eterniza, y en cierta manera castiga lo que él perdona. Escoja Dios los mas fieles y mas zelosos ministros suyos, envie sus héroes para convertir los pecadores; un golpe de lengua hace inútiles é infructuosos todos sus trabajos; frustra, por decirlo así, los mas ordinarios recursos de la divina Providencia. ¿No es la maledicencia la que apaga la caridad, la que rompe los mas estrechos lazos, la que siembra las mas mortales discordias, la que emponzoña las acciones mas inocentes, la que enciende los ódios mas irreconciliables, la que tizna la reputacion mas brillante, la que desacredita la mas sólida virtud, y la que sufoca todas las prendas y todo el mérito de los sugetos mas recomendables? Vicio exêcrable á los ojos de los hombres, abominable á

los de Dios; peste de las comunidades religiosas. No tiene la sociedad civil enemigo mas mortal. ¿Qué pecado llegará á su fea, á su negrísima malicia?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la murmuracion es pecado tanto mas grave, cuanto en cierta manera casi es irremisible, por la moral imposibilidad de resarcir el daño que causa.

A los pecados mas enormes puede seguirse un arrepentimiento tan vivo, una contricion tan perfecta, que Dios, cuyas paternales entrañas estan llenas de amor y de misericordia con los pecadores verdaderamente contritos, se los perdone todos; todos los absuelve una confesion sincéra y dolorosa; en la maceracion de la carne, y en la mortificacion del cuerpo y del espíritu, unidas á los méritos de nuestro Señor Jesucristo, hay fondos para todas nuestras deudas, digámoslo así, personales; pero éstos no alcanzan para satisfacer por la detraccion. Detesta en buen hora con horror este tu pecado; despedaza tu corazon con el mas vivo dolor de haberle cometido; confiesa tu culpa con la mayor sinceridad; castiga tu lengua murmuradora como merece su delito; todo es muy justo, todo muy loable, todo es de mucha importancia; pero todavía te resta una obligacion indispensable. Aquella persona inocente, cuya reputacion tan feamente manchaste, en cuyo honor echaste ese negro borron, te está pidiendo la restitucion de su crédito; y ni el mismo Dios te quiere perdonar ese pecado hasta que repares el enorme daño que causaste á tu hermano, hasta que borres y laves la mancha que estampaste en su asentada estimacion. ¿Pero eso te parece que será muy fácil?

Es la reputacion aquella buena opinion que los hombres tienen de la bondad, de la virtud y del mérito únos de ótros; destrúyese esta buena opinion por la detraccion en el concepto de los que la oyen; ¿cómo podrá volver á repararse? Es una luz que apagó la maledicencia; ¿cómo se podrá volver á encender? ¿qué arte, qué industria bastará para desimpresionar á doscientas ó á trescientas personas de la mala opinion en que se puso al próximo con éllas? ¿cómo se hará deponer á toda una populosa

ciudad el mal concepto que le hizo formar, especialmente á vista de la inclinacion natural que se tiene siempre á creer todo lo malo? Y cuando fuese posible que el detractor arrepentido se desdixese públicamente, ¿restituirá á la inocencia, al mérito y á la virtud todo el lustre, todo aquel esplendor que las quitó? Por mas que se desdiga el detractor, el concepto de los demas no se muda tan fácilmente. Tanta verdad es que el daño que hace el murmurador es casi irreparable, y que por lo mismo es sumamente dificil el perdon de este pecado.

Sin embargo, es un pecado tan comun, que apenas hay otro mas ordinario, ni tampoco de que menos se arrepientan los hombres. Se murmura con tanta facilidad como se habla; sin esta salsa no tiene gusto la conversacion; se murmura por chanza, se murmura por cólera, se murmura por gracia, se murmura por costumbre, y falta poco para que se pretenda murmurar por acto de religion; tan comun como todo esto se ha hecho la detraccion. Es una especie de persecucion que el mundo tiene como declarada á la virtud; pocos santos se libraron de élla; élla exercitó bien la paciencia de san Pablo de Constantinopla. A nadie perdona la murmuracion; ¿pero cuál será en la eternidad la suerte de los murmuradores?

Dios mio, pues aquella recíproca caridad que tanto nos encomendais es un remedio tan poderoso contra la maledicencia, concededme, Señor, esta importantísima virtud. Élla me abrirá los ojos para que vea mis propias miserias, y me los cerrará para que no repare en las de mis hermanos; ó por lo menos élla sellará mis labios para que callen, ó no se abran sino para excusarlas.

JACULATORIAS.

Dixi: custodiam vias meas ut non delinquam in lingua mea. Salm. 88.

Yo dixe: de aquí adelante pondré gran cuidado en que no se deslice mi lengua.

Verba mendacia longe fac à me. Prov. 30.

Desviad, Señor, lejos de mí toda mentira y toda murmuracion.

PROPOSITOS.

Es la murmuracion un discurso injurioso y perjudicial al honor del próximo. Todo lo altera, y todo lo desfigura. Erige voluntariamente un inicuo tribunal para juzgar las acciones y aun las intenciones agenas, que con presuncion y con temeridad va á indagar hasta en lo mas escondido de los corazones. Nace siempre de cierta secreta envidia de la virtud, del mérito, de los talentos y de la estimacion de los ótros; por eso tira á obscurecerlos, á ajarlos, á abatirlos, afectando despreciar aquello que nunca pueden llegar á merecer. Se puede decir sin exâgeracion que la maledicencia se ha levantado el dia de hoy con todo el comercio del mundo; desmaya la conversacion, desfallece, cansa, se acaba luego, sino la alegra, si no la da espíritu, si no la sostiene la murmuracion. En medio de eso, nada es mas peligroso para la salvacion, nada se debe evitar mas, nada es mas digno de temerse; una gracia, una bufonada, una pulla, una agudeza, un chiste maligno presto se dice; pero ni la herida que abre es tan facil de curar, ni se puede facilmente apagar el incendio que excita. ¡Mi Dios, cuántos y cuántás se han condenado solamente por la murmuracion! La malicia de este pecado, de su naturaleza siempre es grave; el daño que causa, punto menos que irreparable; considera si será facil su perdon. Huye con el mayor horror de este pecado, imponte una ley, no solo de no decir jamás la menor cosa que aun levemente vulnere la caridad, ó manche la reputacion del próximo, sino de excusar siempre aun las mas visibles faltas, nunca hablando de ótros sino con grande estimacion! Si no puedes decir de él alguna cosa buena, calla, y no hables palabra. Hay corazones tan malignos, genios tan naturalmente propensos á la mordacidad, que todo lo emponzoñan; míralos con horror, huye de su trato, y está cierto de que la inclinacion y la costumbre de murmurar es una de las señales menos equívocas de reprobacion.

2 Hay muchos modos de murmurar. Murmúrase imputando falsamente algun delito á una persona inocente, y entonces es calumnia. Múrmurase dando por cierto lo

que solamente se oyó por una voz baga y dudosa; murmúrase descubriendo una falta verdadera, pero secreta; murmúrase comunicando á ótro lo que á uno se le confió; murmúrase haciendo público un hecho que sabian pocos; murmúrase diciéndosele en secreto á una sola persona, sin grave necesidad ó motivo que obligue á hacerlo. Aun tratándose de cosas públicas se puede pecar refiriéndolas con exâgeracion, añadiendo ribetes y particularidades que no se sabian, y las hacen mas feas, ú omitiendo de estudio algunas circunstancias que disminuyen su torpeza. Tambien se pueden interpretar mal algunas acciones que son honestas en la apariencia; y entonces, ora sean con fundamento, ora sean sin él, nuestras sospechas, es detraccion el descubrirlas á ótro. Hay murmuraciones habladoras, y hay murmuraciones mudas; un gesto, una risita falsa, una media palabra, cierto tonillo de voz, el mismo silencio seco y mudo pueden muy bien ser una sangrienta murmuracion. No suelen ser menos amargas las que se hacen en tono de zumba; hasta el baxo exercicio de remedar suele ser especie de maledicencia. Propon con la mayor seriedad evitar cuidadosamente todos estos géneros de murmuraciones, y no decir jamás cosa que pueda hacer ridículo á ótro, huyendo de hablar aun de aquellos defectos que son puramente naturales.

DIA OCTAVO.

San Medardo, obispo.

Fue san Medardo uno de los mas ilustres prelados que florecieron en Francia en el sexto siglo; nació en Salency de Vermandois por los años de 457; siendo su padre, que se llamaba Nectardo, un caballero frances muy calificado, y de los mas distinguidos en la corte, y su madre,

por nombre Protagia, descendiente de una de aquellas antiguas familias romanas que se habian connaturalizado en Francia, tan rica, que traxo en dote á su marido la tierra de Salency. Criaron con el mayor desvelo al niño Medardo, hasta que tuvo edad proporcionada para que le enviasen á estudiar á Vermand, capital de la provincia.

No podia mejorarse su natural, ni sus inclinaciones podian ser mas piadosas; parecia haber nacido con el amor á la virtud; y singularmente con una tierna compasion á los pobres. Encontrando á uno de éllos en la calle, le dió un rico vestido que le acababan de hacer; y preguntado qué habia hecho del vestido, respondió: *Dísele á un pobrecito de Jesucristo, que le necesitaba mas que yo.*

Toda su ánsia era dar limosna á los pobres que pasaban por el castillo donde vivian sus padres; y un dia que le pareció no era observado de la familia, repartió entre éllos todo lo que le habian puesto en la mesa para comer. Quejándose su padre de que le faltaba uno de los caballos de la caballeriza, supo, no sin admiracion, que su hijo le habia dado de limosna á un pasagero á quien los ladrones habian robado cerca del castillo, y dexádole á pie.

Esta caridad anticipada en un niño de tan pocos años, acompañada de una tiernísima devocion á la Reyna de los ángeles, á quien amó y respetó siempre como á su dulcísima madre, fue presagio seguro de su futura eminente santidad; y aun se tiene por cierto que desde entonces le favoreció Dios con el don de profecía, pues á otro niño, compañero suyo, llamado Eleuterio, le pronosticó que habia de ser obispo, y el suceso lo verificó habiéndolo sido de Tornay. Los escritores de su vida, que casi todos fueron sus contemporáneos, convienen unánimemente en que los años de su infancia fueron acompañados de grandes maravillas; y aun hoy dia se muestra una piedra en que se ve estampada la huella de un pie, que se dice ser del santo niño; el cual la descubrió, y era término de dos posesiones, sobre las cuales habia un ruidoso litigio; con cuyo descubrimiento cesó el pleyto, y se hicieron las paces entre dos poderosas familias.

Viendo sus padres que cada dia iba creciendo en edad, en juicio y en prudencia, tuvieron gran gusto en que prosiguiese sus estudios en Vermand, cuyo obispo quiso tomar á su cargo el ser su maestro, y el discípulo correspondió tan maravillosamente al cultivo y á las lecciones del zeloso prelado, dando cada dia mayores muestras de su extraordinaria virtud, que llenó de admiracion al maestro mismo. No sabia mas que á su cuarto, á la iglesia y á los hospitales. Derramaba su corazon en el templo al pie de los altares, siendo las lágrimas que corrian por sus ojos indicio de la tierna devocion que inflamaba su abrasado pecho; sus ayunos eran contínuos, sus rigores tan excesivos, que fue menester moderarlos; y en medio de una vida tan penitente todavía se quejaba de la poca penitencia que le dexaban hacer.

No era razon que estuviese escondida debaxo del celemin una antorcha tan brillante; y el obispo, que la conocia bien, no quiso que su Iglesia careciese de su luz. Admitió á Medardo en el clero, y desde luego fue honra y ornamento del estado. Consagrado ya á Dios, y bien enterado de sus nuevas gravísimas obligaciones, las llenó todas cumplidamente; su frecuente oracion, su devocion, su modestia y su sabiduría le grangearon la admiracion del público, y le merecieron el respeto y la veneracion de toda la clerecía. Por estas consideraciones, por la inocencia de su vida y por la integridad de sus costumbres se movió el Obispo á conferirle los órdenes sagrados, y poco despues le ordenó de presbítero; altísimo carácter, que redobló su fervor, y añadió muchos realces á su elevada virtud. Encargósele el cuidado de repartir al pueblo el pan de la divina palabra; ministerio que exercitó por espacio de cuarenta años, con tanto zelo, con tanto espíritu y con tanto fruto, que mudó de semblante toda la diócesi. No se vió predicador mas fervoroso, mi director mas prudente; bastaba oirle para convertirse, y bastaba verle en el altar celebrando el santo sacrificio de la misa, para sentirse movido á compuncion.

Murió el Obispo de Vermand el año de 530: juntóse el clero y el pueblo para la eleccion; hubo poco en que

deliberar, y fue electo Medardo por unánime consentimiento de todos. Usó de mil industrias su humildad para excusarse, pero no le valieron; á pesar de todas éllas fue consagrado, y tardó poco la Francia en conocer que en toda élla no habia obispo mas santo.

Bien pudo la nueva dignidad añadir algun lustre exterior á todas sus virtudes, mas no por eso disminuyó un punto su humildad, ni el austéro plan de su penitente vida; antes añadió á las antiguas penitencias las muchas mortificaciones que trae necesariamente consigo el cuidado y la carga pastoral. Estuvo tan lejos de considerar la mitra como un título preciso de honor, y como pretexto de autoridad, de conveniencias y de regalo, que á los 72 de su edad se le veia con admiracion correr los pueblos, las aldeas, las chozas y las cabañas, enseñando, instruyendo, predicando y confirmando con un zelo infatigable.

Desolado por los hunos, los vándalos y los úngaros todo el pais que bañan el Oisa y la Soma, no hallaron otro recurso las ovejas descarriadas que la inmensa caridad de nuestro santo Pastor; pero como la ciudad de Vermand se hallaba sin defensa, y expuesta á las correrías de los bárbaros, cada dia se iba despoblando mas y mas; por lo cual el Santo transfirió la silla episcopal á la ciudad de Noyon, que ya desde aquel tiempo era plaza fuerte, y despues se hizo famosa ciudad de la Francia, condecorada con el honor de condado y de patria.

No obstante el ser tan dilatada la diócesi de Noyon, parece que todavía no era bastante para el inmenso zelo de Medardo, y otros pueblos la envidiaban la dicha de lograr tan fervoroso pastor. Por eso habiendo vacado en este tiempo la silla de Tornay, se empeñó el pueblo con porfia, y aun con obstinacion en que habia de ser obispo nuestro Santo. Esto, en suma, era aumentar el trabajo sin añadir la renta, que era todo lo que Medardo apetecia; pero como los sagrados cánones prohibian tan severamente el tránsito de un obispado á otro, ni quiso, ni pudo el santo Pastor condescender con sus instancias. No obstante, el rey Clotario, que á la sazon tenia su corte en Tornay, san Remigio, arzobispo

de Rems, y los demas obispos de la provincia hicieron tan fuertes representaciones al papa Hormisdas sobre la necesidad que tenia aquella iglesia de Medardo, por conservarse aún la idolatría en una buena parte de élla, que el Pontífice le mandó la gobernase como administrador, pero sin dexar el obispado que tenia, y á Medardo le fue forzoso obedecer.

En breve tiempo ya parecia otra la ciudad de Tornay y toda la diócesi. Padeció mucho el santo Prelado por la persecucion de los gentiles, que no pudiendo sufrir viniese á atacar á la idolatría en su último atrincheramiento, hicieron cuanto pudieron para desembarazarse de él; cargáronle de injurias, arrastráronle impíamente, y llegó á tanto su furor, que en una ocasion le llevaban ya maniatado al lugar del sacrificio; pero no los dió licencia Dios para que le quitasen la vida; y el santo Obispo, lejos de acobardarse, dobló los esfuerzos de su zelo, hasta que con su paciencia, con su constancia y con su mansedumbre logró domesticar aquellos bárbaros, haciéndose dueño de sus corazones, y desterrando el paganismo de todos aquellos parages.

Tantas y tan asombrosas conversiones no podian hacerse sin muchos prodigios; obró tantos y tan grandes, que le hicieron célebre en todo aquel pais. Cargado de años, y debilitado con tan prolixos como penosos trabajos, consagró á las fatigas de su ministerio las pocas fuerzas que ya le restaban; y sin concederse el mas ligero alivio ni la mas leve dispensacion en las contínuas penitencias con que por toda su dilatada vida habia macerado su inocente cuerpo, logró el mérito del martirio en lo mucho que padeció hasta ver disipadas de la Francia todas las reliquias de la idolatría. Hallándose en su iglesia de Noyon de vuelta de Tornay, dió el velo de religiosa á la reyna santa Fredegunda, y acometido poco despues de una grave enfermedad, fue general la consternacion en todo el pais. Vino á visitarle el rey Clotario, que no quiso levantarse de sus pies hasta que le echó su bendicion; y el santo Anciano, tan lleno de años como de merecimientos, dió el espíritu á su Criador el dia 8 de junio de 560, teniendo mas de ciento de edad.

Por los muchos milagros que habia hecho en vida, y por los que continuó el Señor en hacer por su intercesion despues de muerto, se levantó desde luego con la pública veneracion. Por entonces fue enterrado en su iglesia de Noyon; pero el rey Clotario, que tanto le habia venerado siempre, quiso que el sagrado cuerpo fuese trasladado á Soisons, corte de su reyno. Hízose la translacion con la mayor pompa, solemnidad y magnificencia; el cuerpo iba en una caxa cubierta de ricas telas de plata y oro, cuajadas de pedrería; componíase el acompañamiento del clero de Noyon, del de Soisons, del rey Clotario, de los príncipes sus hijos y de todos los señores de la corte. En una aldea inmediata á Soisons, llamada Croúy, se erigió provisionalmente un pequeño oratorio de rejas ó celosías de madera, donde se depositaron las santas reliquias hasta que se acabase la iglesia que se habia comenzado á fabricar, poniendo el rey Clotario la primera piedra; pero habiendo muerto este Príncipe en Compiegne poco tiempo despues, dexó encargada la conclusion del edificio al rey Sigiberto su hijo, que le acabó con magnificencia verdaderamente real.

Ya en tiempo de Fortunato y de san Gregorio, obispo de Turs, que murió el año 565, era tan célebre la fiesta de san Medardo, que de todas las partes de Francia concurrian en tropa los pueblos á venerar su sepulcro. Extendióse esta devocion á Inglaterra, donde no menos que en Francia se eligieron muchas iglesias en honor del santo Obispo, durando su devocion hasta la fatal revolucion que causó el lastimoso cisma; y aun en medio de eso se lee el nombre de san Medardo en el calendario de la nueva Liturgia anglicana.

No tiene fundamento alguno la opinion popular con que se cree que san Medardo y san Godardo, obispo de Ruan, fueron gemelos, que nacieron en un mismo dia, que en un mismo dia fueron consagrados obispos, y que en un mismo dia y año murieron. Ni Fortunato, ni san Gregorio Turonense, contemporáneos de san Medardo, que escribieron su vida, hablan palabra de una circunstancia tan particular, que ni se les podia ocultar, ni es verisimil que la omitiesen. Pudo dar motivo á este pretendido sincronismo la translacion que se hizo del cuerpo

de san Godardo, ó san Gildar, á la iglesia de san Medardo en Solsons, cuando los bárbaros asolaron la Normandía.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion del Santo es la que sigue.

Da nobis, quæsumus, Domine, ut beati Medardi confessoris tui atque pontificis veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem: Per Dominum nostrum...

Concédenos, Señor, que la venerable festividad del bienaventurado Medardo, tu confesor y pontífice, aumente en nosotros el espíritu de la devocion y el deseo de la salvacion eterna: Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 1. del libro de la Sabiduría.

Benignus est Spiritus sapientiæ, et non liberabit maledicum à labiis suis: quoniam regnum illius testis est Deus, et cordis illius scrutator est verus, et linguæ ejus auditor. Custodite ergo á murmuratione, quæ nihil prodest, et à detractione parcite linguæ, quoniam sermo obscurus in vacuum non ibit: os autem quod mentitur, occidit animam.

El Espíritu de Sabiduría es benigno, y no dexará sin castigo los labios del maldiciente; porque Dios es testigo de sus afectos, y escudriñador verdadero de su corazon, y oidor de sus palabras. Guardáos, pues, de la murmuracion, que nada aprovecha; y contened la lengua de la detraccion, porque los discursos secretos no quedarán sin castigo, y la boca que profiere mentira da muerte al alma.

NOTA.

»Con mucha razon llama san Agustin el libro de don»de se sacó esta epístola *el libro de la Sabiduría cristia»na*; porque no le hay ni de mayor enseñanza, ni mas »moral, ni mas eficaz ni mas elevado. Verisimilmente le »compuso Salomon en los primeros años de su fervor y »de su rendimiento á la ley, que fueron los mas inocen»tes de su vida.

REFLEXIONES.

Muy delincuentes deben ser los labios del murmurador, cuando el espíritu de la sabiduría, que es todo

bondad, no los dexará sin castigo. La lengua murmuradora siempre es argumento de genio maligno, de corazon encancerado; y á manera de lengua viperina, jamás sale de la boca sino para morder, ó para escupir el veneno. Si la envidia es tan comun en el mundo ¿reynará menos en él la murmuracion? Todo se quiere saber para tomarse la libertad de decir despues cuanto se sabe; hácese estudio particular de indagar las costumbres de las personas; para tener el gusto de desacreditarlas; ni se perdona á lo sagrado, ni á lo profano, ni á los vicios, ni á las virtudes; no hay defecto en la vida agena que no se descubra; mancha en las familias que no se propale; las acciones buenas, ó se desprecian ó no se quieren saber; las malas, ó se inquieren ó se adivinan. No solo se juzga mal de las acciones, sino tambien de los pensamientos y de las intenciones, cuyo juicio se ha reservado Dios; ni el corazon del hombre, aunque tan invisible y tan impenetrable, está exênto de los discursos y de los insultos de los murmuradores. Cada cual tiene su modo de murmurar: úno descarga abiertamente el golpe de la lengua sobre la reputacion de su hermano sin suavizar ú de alguna manera encubrir la punta que mortalmente le hiere; ótro disimula el golpe con palabras halagüeñas; algunos afectan defender al mismo que pasan de parte á parte; muchos con grande discrecion y recato van diciendo en secreto á todo el mundo las flaquezas imaginarias ó reales de su próximo; pocos dexan de usar algun artificio cuando murmuran, para manchar y para herir con mayor seguridad, y ocultarse á sí mismos, si es posible, el daño que hacen; hasta el pretexto del zelo y de la religion sirve de máscara á la maledicencia, porque es propio de este vicio introducirse insensiblemente hasta en los corazones que parecen mas santos; penetrar en el mismo santuario, é inficionar la lengua del sacerdote, consagrada con la sangre de todo un Dios; en fin, insinuarse hasta en los claustros y en los desiertos; dase el color de zelo, de religion y del bien público á las murmuraciones mas desapiadadas, y falta poco para que no se murmure por devocion: *Idolum zeli ad provocandam æmulationem*, dice el Profeta. No hay vicio mas sujeto á la

ilusion y al engaño. Dícese que desacreditando al pecador, se desacredita el pecado; que se reforman las costumbres gritando contra los desórdenes del tiempo, y contra los que los causan y toleran; créese que se hace á Dios un gran servicio infamando á toda una comunidad ó á todo un gremio por las faltas de algunos particulares; siéntese no sé qué secreta vanagloria en murmurar, porque censurando á los demas, indirectamente se alaba el murmurador á sí mismo. Es la murmuracion vicio propio de génios apocados, de entendimientos vulgares, de corazones malignos, de espíritus cobardes, y de conciencias callosas ó cauterizadas. Un ánimo noble y elevado aun en las acciones mas ruines halla algo que excusar; un hombre de honor y de crianza nunca levanta su mérito sobre las ruinas de ótro. Seguramente no te atreverias á murmurar en presencia del que censuras: prueba clara de la cobardía de este vicio. Ninguno es ocasionado á mayores injusticias, y en medio de eso ninguno es mas ordinario ni mas comun. Muchos dexan de incurrir en el vicio de calumniar; pero del de murmurar muy raro se exîme: y dixo bien san Paulino, que este era el último lazo del demonio: *Extremum diaboli laqueum. No manches tu lengua con la murmuracion*, dice el Espíritu santo. Por mas pretextos que busques, Dios descubre todos los misterios de las conciencias, y penetra el interior de los corazones.

El evangelio es del cap. 9. de san Mateo.

In illo tempore: Factum est discumbente eo in domo, ecce multi publicani et peccatores venientes, discumbebant cum Jesu, et discipulis ejus. Et videntes pharisæi, dicebant discipulis ejus: Quare cum publicanis et peccatoribus manducat Magister vester? At Jesus audiens, ait: Non est opus valentibus medicus, sed male habentibus. Euntes autem discite quid est, Misericordiam volo, et non

En aquel tiempo: Sucedió que estando á la mesa (Jesus) he aquí que vinieron muchos publicanos y pecadores, y se sentaron á la mesa con él, y con sus discípulos, y habiéndolo visto los fariseos, decian á sus discípulos: ¿Por qué vuestro Maestro come con los publicanos y con los pecadores? Pero Jesus habiéndolo oido, dixo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos: id pues, y aprended qué quiere decir, Yo amo mas la mi-

sacrificium. Non enim veni vocare justos, sed peccatores.

sericordía que el sacrificio: porque no vine á llamar á los justos, sino á los pecadores.

MEDITACION.

Del zelo de la salvacion de las almas.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el verdadero zelo es un ardiente deseo de dilatar la gloria de Dios y de oponerse á todo cuanto la pueda disminuir; es un santo deseo de extender el reyno de Jesucristo haciéndole triunfar de sus enemigos en todo el mundo; es una viva ánsia de verle adorado y amado de todos, con un sensible dolor de que los hombres le honren y le amen tan poco; en fin, es un afecto de cristiana compasion, que moviéndonos á llorar la desgracia de las almas que se pierden, nos excita á trabajar y á procurar su salvacion. Es el zelo el primer fruto de la caridad; inspírale el amor de Dios, porque el que ama, desea el bien del amado; amor frio ó insensible, es una quimera. Quien ama á ótro siente vivamente, se interesa mucho en todo lo que le gusta ó le desagrada. No se puede amar á Dios sin desear su mayor gloria; no se puede desear ésta, sin tener muy en el corazon la salvacion de las almas.

Es el zelo la muestra mas clara y la medida mas justa de nuestro amor. No hubo santo que no tuviese un ardiente zelo de su propia perfeccion y de la salvacion del próximo; sus penitencias, su observancia y su fervor eran fruto de su zelo; y la ardiente caridad con sus hermanos era efecto necesario de su amor de Dios.

¿Ansiamos nosotros mucho por nuestra propia perfeccion? ¿Tenemos grande zelo de nuestra salvacion y de la de nuestros hermanos? ¿Qué deberémos pensar de nuestra indiferencia y de nuestra frialdad? La falta de zelo es pronóstico fatal ¿Ámase á Dios cuando se hace tan poco por su gloria? El zelo de la propia salvacion es el que pobló los desiertos, y el que está poblando cada dia los claustros religiosos; y el zelo de la salvacion de los próximos es el que

hace exponerse á tantos trabajos á tantos siervos de Dios. Considerémos aquellos hombres llenos de una fogosa caridad, que dexando las delicias de su patria, atraviesan las tierras y los mares; y atropellando mil peligros, caminan á los últimos ángulos del mundo para trabajar en la conversion de las almas, y para dilatar el imperio de Jesucristo. En todas las partes del orbe descubierto se ven hombres apostólicos, que destituidos de todo humano consuelo, se aplican infatigablemente á servir á ingratos, á instruir bárbaros, á convencer obstinados, sin otro fin que traer aquellos pueblos al conocimiento del verdadero Dios; expuestos siempre á los desprecios y al ódio de aquellos mismos á quienes solicitan salvar; frecuentemente expuestos á su furor y á su injusticia. No buscan otro interés en este mundo de todos sus trabajos. Afligense á la vista del enorme crímen que cometen los idólatras que les quitan la vida; pero se tienen por dichosos en ofrecer su sangre por los mismos que se la hacen derramar, y por la gloria de aquel Señor que derramó toda la suya por éllos. Esto es lo que produce la caridad: ¿pero son estos los frutos de la nuestra? Ninguno dexa de tener su particular mision; todos á poca costa pueden excitar su zelo. El maestro, el padre de familias, el superior deben tener muy en el corazon la salvacion de sus súbditos, porque han de responder de élla. Este será un bello objeto de nuestra caridad y de nuestro zelo. Aun aquellos que no tienen á su cargo la salvacion de ótros, deben tener zelo por el próximo, exercitándole con sus buenos exemplos. ¡Dios mio, qué mayor prueba de nuestro poco amor que la tibieza de nuestro zelo!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la caridad está llena de bondad, que es toda dulce, y consiguientemente el verdadero zelo nunca puede ser amargo. En todo ha de ser nuestro modelo Jesucristo; ninguno le acusará de espíritu anchuroso ó relaxado. Con sus lecciones, con su conducta, con sus exemplos, con todo nos está predicando un grande horror al pecado; pero al mismo tiempo nos predica tambien una suma bondad de padre con todos los pecadores: *No sabeis*, decia á los discípulos que querian ba-

xase fuego del cielo para consumir á los samaritanos, *de qué espíritu sois; el Hijo del hombre no vino á quitar la vida á algunos, sino á darla á todos.* Aquel zelo ardiente y duro que asola, tala y quema todo lo que coge delante, prueba las muchas máscaras con que se disfraza la ilusion. Llámase zelo lo que muchas veces es cólera encendida, sangre requemada, genio podrido, espíritu satírico, mal humor, que se quiere desahogar á costa de los demas; grítase, vocéase, repréndese mucho, y enmiéndase poco.

Esas correcciones demasiadamente duras y excesivamente ágrias muestran bien la pasion que las produce; no es el zelo su verdadero padre, sino el furor, el encono y la venganza; por eso no hacen fruto. No tengan la correccion y el zelo otro principio que la caridad; no tengan otro objeto que la gloria de Dios y la salvacion de las almas, y siempre será el zelo paciente, benigno, bondadoso, compasivo y suave, pero eficaz; en mezclándose algo de hiel, siempre hay amargura, siempre malignidad; el zelo del hombre humilde siempre será apacible. Aborrécese el pecado, y se trabaja eficazmente en destruirle; pero ámase al pecador, y solo se piensa en salvarle. Todo zelo á quien falten estas calidades, es falso; si corriges como padre á los hijos, á los criados y á los súbditos, nunca los reprenderás con demasiada severidad, ni con tantos gritos.

¡Buen Dios, puede haber mayor ilusion que gritar eternamente contra la licencia y contra el desórden de los ótros, sin trabajar nunca eficazmente en reformarse á sí mismo! Si tenemos verdadero zelo, ¿qué razon habrá para que su objeto sea siempre forastero? Bastante tenemos que hacer en desmontar nuestra propia heredad, sin matarnos tanto por los espinos y por los matorrales que brotan en la agena. ¿Es posible que nunca nos hemos de aplicar á descubrir el verdadero origen de ese zelo duro y amargo, que solo se sustenta de quejas, de murmuraciones y de interpretaciones malignas, y solo se explica en hiel, en sátiras y en censuras? No hay cosa mas contraria al espíritu de Jesucristo que esa inquieta severidad; guardémosla toda para nosotros mismos. No siempre son los mas severos consigo aquellos que predican á los ótros el mayor rigor.

Exâminemos bien la indulgencia con que nos tratamos, á vista de la dureza y de la rigidez de nuestro zelo, respecto de los demas.

¡Ó, Dios mio, y cuánto es mi dolor por el poco zelo que he tenido hasta aquí de la salvacion del próximo, y aun de la mia propia! Dadme, Señor, vuestro amor, y seguramente tendré zelo; trabajaré en vuestra mayor gloria, siempre que con la asistencia de vuestra divina gracia trabajáre en mi propia perfeccion; y esto es lo que con élla resuelvo hacer desde este mismo instante.

JACULATORIAS.

Ure renes meos et cor meum, Domine. Salm. 25.

Abrasad, Señor, mi corazon y mis entrañas en el zelo de mi salvacion y de vuestra gloria.

Defectio tenuit me pro peccatoribus derelinquentibus legem tuam. Salm. 118.

Desmayó de dolor mi corazon, ó Dios y Señor mio, viendo el desprecio que hacen los pecadores de tu santa ley.

PROPOSITOS.

Es error imaginar que solo deben tener zelo los misioneros y los predicadores; ninguno hay que dentro de su estado no deba hacer mision; ninguno que no sea responsable de su propia salvacion, y en cierta manera de la de sus hermanos. Tu propia salvacion es tu gran negocio; todos están encargados de él; pero todos deben edificar al próximo con los buenos exemplos. Esta especie de zelo es comun á todos los estados, á todas las condiciones de los hombres; ¿pero estás en empleo, tienes súbditos, tienes criados y familia? Pocos misioneros de profesion tendrán que dar á Dios cuenta tan estrecha de sus hermanos, como tú de tus dependientes: guárdate bien de olvidar esta obligacion, ni descuidar en élla por habérsela encargado á ótros. Vela contínuamente sobre la vida y proceder de aquellos que puso Dios á tu cuidado. Hijos, criados, súbditos son, por decirlo así, unos como depósitos, de que has de dar cuenta á su soberano Dueño; fuera del buen exemplo, les debes la educacion, la

enseñanza, los consejos; procura que frecuenten cada mes los sacramentos; que oigan misa cada dia; que se rece el rosario de comunidad en la familia, siendo tú el primero que asistas á él; que en tu presencia se lea á todos un rato competente en algun buen libro espiritual; vela sobre las costumbres de hijos y de criados; en punto de éllas, y en punto de religion nada los disimules; nunca toleres que alguno de tu casa dé mal exemplo; advierte, amonesta, corrige con zelo, pero con suavidad; no hay cosa mas eficaz que una correccion privada, un aviso particular al hijo, al criado, al súbdito que tropezó; gánale el corazon este zelo del amo, del padre y del prudente superior.

2 Evita siempre cuidadosamente todo zelo áspero, amargo y desabrido. Esas vivacidades, ese desentono de voz siempre se reputa por cólera; y toda cólera en un superior disuena y le desautoriza; modera, reprime la indignacion á vista de la falta; el zelo suave y compasivo, pero activo y eficaz, siempre saca fruto; hay zelos enfadosos, que en vez de curar las llagas, las enconan mas; los hay ruidosos y vocingleros, que aturden, mas no corrigen; los hay duros, que como no los mueve la caridad, todo lo echan á perder; los hay impacientes, que solo sirven para enagenar los ánimos y desviar el corazon. Corrige todos estos defectos: ten mucho zelo por la salvacion de las almas, pero ten por modelo y por regla del tuyo el zelo de Jesucristo; sea tu zelo dulce, humilde, paciente, compasivo, industrioso y tranquilo. Gobiérnese puramente por la caridad cristiana, y seguramente tendrá todas estas calidades.

DIA NUEVE.

San Primo y Feliciano, hermanos, mártires.

San Primo, y su hermano san Feliciano fueron romanos, de una familia muy visible entre la plebe por sus grandes bienes y riquezas. Nacieron y fueron cria-

dos en las supersticiones de la idolatría; pero abriéndoles los ojos la gracia de Dios, conocieron su falsedad, y detestaron sus extravagancias. Tuvieron la dicha de convertirse por el zelo del papa san Felix primero; y fortaleciéndose su fe durante el tiempo de muchas persecuciones, se ocultaron á la crueldad de algunos emperadores gentiles, por socorrer con sus crecidas limosnas á gran número de cristianos.

No es facil decir el zelo y la intrepidez con que alentaban á los santos confesores y mártires, acompañándolos hasta los mismos cadahalsos. Todos sus bienes eran de los pobres; pasaban los dias y las noches con los gloriosos confesores de Cristo en los calabozos; animaban á únos, fortalecian en la fe á ótros, y hacian mucho bien á todos. Parecia que el furor de los gentiles respetaba á aquellos dos héroes cristianos; pero en medio de una declaracion tan pública y tan ruidosa de su fe, durante el fuego de la mas cruel persecucion, los dexaban entera libertad para asistir y para consolar á los fieles en la capital del paganismo, y á vista de los mas mortales enemigos del nombre cristiano.

Pero al fin quiso el Señor premiar tan heróica caridad con el triunfo de su fe, y coronar sus trabajos con la gloria del martirio. Hácia el año de 286 asoció Diocleciano en el imperio á Máxîmiano Hercúleo, y se comenzó á declarar la guerra contra todos los cristianos. Resolvióse exterminarlos, y se llenaron de sangre y de carnicería todas las provincias del imperio. Hallábanse en Roma los dos Emperadores, y fue aquella capital el teatro mayor del heroismo de los mártires. Habia mas de treinta años que los dos santos Hermanos desafiaban, por decirlo así, la barbaridad de los tiranos, y hacian que triunfase la caridad cristiana en la plaza mas fuerte de la idolatría, cuando los sacerdotes de los ídolos, rabiosos de ver que cada dia se iba disminuyendo su crédito por los progresos que hacia en la ciudad la fe de Jesucristo, y teniendo noticia de las maravillas que obraba el zelo de nuestros Santos despues de tantos años, publicaron en todas partes que irritados los dioses no querian dar oráculos hasta que los cristianos Primo y Feliciano fuesen castigados, ó se les obligasen á ofrecerles sacrificios.

Llegaron presto á los oídos de los Emperadores estas amenazas ú denunciaciones de los dioses; y sublevaron toda la ciudad y toda la corte contra los dos Hermanos. Prendiéronlos, y cargados de cadenas fueron presentados á los Emperadores, que mirándolos con ojos fulminantes: ¿*Sois vosotros*, *desdichados*, los preguntaron llenos de cólera, *los que teneis descaro y desvergüenza para profesar públicamente una religion proscrita en todo el imperio romano, y esto con el mayor desprecio de nuestros dioses? Preparáos para padecer los mas espantosos tormentos*, *ú desde este mismo punto id y detestad vuestra obstinacion*, *ofreciéndoles sacrificios.*

San Primo, que ya tenia 90 años, respondió con mucha humildad y modestia á los Emperadores, que no habia otro verdadero Dios sino el Dios de los cristianos, ni otra verdadera religion que la suya; y que estaban resueltos á derramar toda la sangre, y dar la misma vida por conservar su fe.

No podia ser mas respetosa ni mas moderada la respuesta; con todo eso entraron en furor los Emperadores, y mandaron volver los dos Santos á la cárcel; pero apenas fueron encerrados en los calabozos, cuando los vino á consolar un ángel del Señor, y en el mismo instante se hallaron libres de las cadenas. Entonces derramando su espíritu en accion de gracias, exclamaron: "Bendito seais vos, Padre de las misericordias, y Dios »de todo consuelo, que os dignásteis consolar á vuestros »siervos, haciendo pedazos sus prisiones, como en otro »tiempo lo hicísteis con san Pedro; pues nos habeis he»cho la misma gracia que hicísteis al Apóstol en la pri»sion, concedednos tambien la misma constancia en los »tormentos."

Noticiosos los Príncipes de este suceso, le atribuyeron á encanto; y mandando traer á su presencia los dos Hermanos, despues de haber intentado inútilmente pervertirlos con promesas y con amenazas, mandaron despedazarlos con crueles azotes, y que despues les arrancasen el pellejo, sacándosele con unas tenazas á bocados. Era espantoso el suplicio, y terrible el dolor; pero aquel Señor por cuya gloria se sufrian, les mitigó aquel tormento, y los curó milagrosamente las heridas. Su-

piéronlo los Emperadores, y por no padecer la vergüenza de ser vencidos por la constancia de aquellos dos insignes ancianos, sabiendo el ódio que profesaba á los cristianos Promoto, gobernador de Nomento, y la crueldad de su genio, se los enviaron con órden expresa de que los procurase pervertir, y cuando no, que los hiciese padecer los mas excesivos tormentos que pudiese inventar.

No hubo jamas órden mejor obedecida. Negándose los Santos á sacrificar á los dioses, los mandó Promoto azotar con correas armadas de bolas de plomo, y en medio de aquel granizo de golpes, cantaban los Santos alabanzas al Señor, doblando sus fervorosas oraciones: *Asistidnos, Señor, única esperanza nuestra, libradnos por vuestra gloria del estado en que nos hallamos: júntese á vuestra bondad el interés de vuestro santo nombre, para concedernos el perdon de nuestros pecados; mostrad, Señor, vuestro poder en la flaqueza de vuestros siervos, para que no nos insulten vuestros enemigos, preguntándonos dónde está el Dios de los cristianos.*

Viendo Promoto el valor y la alegría con que defendian su fe y su religion, hallándolos insensibles tanto á los tormentos, como á las amenazas, y pareciéndole que se animaban úno á ótro con su presencia, mostrándose invencibles porque estaban unidos, los mandó separar con esperanza de conseguir así su intento mas fácilmente. Atacó primero á Feliciano, y hablándole en tono halagüeño y amigable, le dixo: *Admírome que un hombre de tus años se obstine en querer morir en los tormentos, pudiendo pasar una vejez tranquila y sosegada. Vé, sacrifica á los dioses inmortales, y yo te prometo el favor de los Emperadores, constituyéndome desde luego por seguro fiador de tu fortuna.* "Mas me admiro yo »(replicó Feliciano) que un hombre como tú tenga por »dioses las quimeras, pues quimera es la misma plura»lidad de dioses. Aunque eres todavía tan mozo, por »mucho que vivas será un puñado de años toda tu vi»da; trata de asegurarte una dichosa eternidad, renun»ciando tus paganas supersticiones, porque no hay sal»vacion sino en la religion cristiana: hazte cristiano si »quieres ser feliz."

Aturdió, pero no convirtió al Gobernador aquella tan generosa respuesta; antes irritado mas con la constancia del Santo, dió órden para que en el mismo calabozo fuese enclavado en un madero, dexándole así por espacio de tres dias enteros, no sin esperanza de que le haria perder el ánimo la viveza de los agudísimos dolores. Despues, añadiendo la mentira y el artificio á la crueldad, el dia siguiente hizo venir á su presencia á Primo: le dixo que su hermano Feliciano habia en fin abierto los ojos á su propio bien, reconociendo que la religion cristiana era un texido de extravagancias, sostenido por arte diabólico, y que habiendo sacrificado á Júpiter y á Hércules, se hallaba colmado de gracias y beneficios, con que le habian honrado los Emperadores.

San Primo, á quien Dios por medio de un ángel habia revelado todo lo sucedido con Feliciano, le respondió: "Admírome de la seriedad y de la serenidad »con que mientes, disimulando tu indecente artificio; »sé muy bien la constancia con que mi hermano toleró los mas crueles tormentos, y no ignoro las ce»lestiales indecibles dulzuras con que Dios le está con»solando en este mismo punto en que te hablo; espero »en su bondad me concederá la gracia de que no le sea »menos fiel, ni menos generoso. Enfurecido Promoto al »oir estas palabras: *Tú sacrificarás á Júpiter*, le dixo, »*ó tú sufrirás lo que hasta ahora ningun mortal ha sufri»do.* Yo, respondió el Santo, solo sacrifico al verdadero »Dios, y no á vuestro Júpiter, á quien vuestras mismas »fábulas nos le representan como el hombre mas per»verso de todos los mortales; y por lo que mira á tus »suplicios, veremos quién se cansa primero, tú de ator»mentarme, ó yo de padecer. Lleno de rabiosa cólera »el Gobernador, mandó que le moliesen á palos, y que »aplicasen hachas encendidas á los cardenales y á las »llagas." En este cruel tormento levantó el Santo los ojos al cielo dulcemente, y exclamó de esta manera: "Pro»básteme, mi Dios, como se prueba la plata con el fue»go; vuestros enemigos se lisonjean de que me han de »quitar la vida; pero estoy vivo á su pesar, y publi»caré vuestras maravillas; eternamente seais bendito,

"Salvador mio Jesucristo, porque en virtud de vuestro "poder, no siento dolor en medio de los mayores tor- "mentos." Queriendo Promoto estorbarle que cantase las alabanzas del Señor, le mandó echar en la boca plomo derretido á vista de su hermano Feliciano, á quien habia mandado ya que le desclavasen del madero; tragóse el Santo aquel plomo derretido como pudiera un vaso de agua; y volviéndose al tirano, le dixo: "Reconoce ya por "el milagro que acabas de ver, la virtud omnipotente "de mi Señor Jesucristo, y confiesa tu flaqueza en me- "dio de tu misma crueldad; la presencia de mi hermano "Feliciano confunde la mentira de que te valiste para "combatir mi fe; ¿será posible que tantos testimonios jun- "tos no basten para que abras los ojos, y para que des- "piertes del letargo en que te tienen sumergido tus gentí- "licas supersticiones?"

No dando oidos el tirano mas que á su rabia contra los dos héroes de la religion cristiana, ordenó que los expusiesen á las fieras. Acudió á este espectáculo toda la ciudad. Salen al anfiteatro dos leones furiosos, que con sus rugidos espantaban á los asistentes; al verlos partir ninguno dudó que los santos Mártires iban al instante á ser devorados y despedazados; pero todos quedaron aturdidos cuando los vieron echarse á sus pies como unos corderos, halagándolos blandamente con las colas. Echáronlos despues dos osos aun mucho mas furiosos; pero los osos hicieron lo mismo que los leones. Asombrado el pueblo á vista de aquel prodigio, comenzó á gritar que no habia otro verdadero Dios sino el Dios de los cristianos; y en el mismo punto se convirtieron á la fe mil y quinientas personas. Aturdido Promoto con la vocería del pueblo, y mucho mas ofendido de la con version de tanta gente, mandó cortar la cabeza á los dos santos Hermanos.

Tan fácil era al poder de Dios librarlos de este último suplicio como de los antecedentes; pero los Santos con la sagrada impaciencia de gozarle, consiguieron, en fin, la corona del martirio el dia 9 de junio del año 287. Refieren las actas que san Feliciano tenia entonces 90 años, y que san Primo no era menos anciano.

Sus santos cuerpos fueron expuestos en el campo para que los comiesen los perros y los cuervos; pero los fieles de Nomento los retiraron, y los dieron sepultura en el mismo lugar donde se edificó despues una iglesia. Por los años de 645 los trasladó á Roma el papa Teodoro, y los colocó en la iglesia de san Esteban en el monte Celio. Consérvase una parte de sus reliquias con gran veneracion en Agen de Francia.

La misa es en honra de los Santos, y la oracion la que sigue.

Fac nos, quæsumus, Domine, sanctorum martyrum tuorum Primi et Feliciani semper festa sectari: quorum suffragiis protectionis tuæ dona sentiamur: Per Dominum nostrum...

Concédenos, Señor, que celebremos siempre la fiesta de tus santos mártires Primo y Feliciano, y que por su intercesion merezcamos la gracia de tu proteccion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 5. de la Sabiduría, y la misma que el dia I, fól. 7.

NOTA.

» Algunos han querido poner en duda que Salomón sea » autor del libro de la Sabiduría; pero parece mas que pro» bable que no es ótro el autor. En el capítulo nono dice » así: *Escogísteme para rey de tu pueblo, me mandaste edi» ficar un templo*; palabras que en el sentido literal no pue» den convenir á otro que á Salomon. Es cierto que los ju» díos no admiten este libro en su canon; ¿mas por qué? » porque es una profecía de lo que su impiedad habia de » executar con el Mesías; y por lo mismo se puede discurrir » que suprimieron el original hebreo.

REFLEXIONES.

La muerte entierra en la sepultura las obras mas ruidosas de la ambicion y la mas brillante gloria de los mortales; el último soplo que apaga la vida de los mayores monarcas, apaga tambien con éllos, por decirlo así, su poder, su magnificencia, y muchas veces hasta su misma reputa-

cion. El temor, la sumision y el respeto de los pueblos á sus soberanos no pasa de su vida; no solo se olvidan sus beneficios, hasta su mismo mérito se borra de la memoria. ¿Qué resta el dia de hoy de aquellos dichosos del mundo, que vivieron en los siglos mas remotos? ¿de aquellos poderosos príncipes, que metieron tanto ruido en el Universo? ¿de aquellos dioses de la tierra, á quienes se ofrecian votos, se rendian sacrificios, y todos doblaban la rodilla en su presencia? ¿qué resta de aquellas fieras prosperidades de que vivian embriagadas tantas gentes? ¿de aquellas fortunas orgullosas, que parecian burlarse de la caducidad de los bienes criados? ¿que resta de aquel entonado fausto, de aquella pomposa mundanidad, de aquellas grandezas tan deslumbradas como deslumbradoras, que ó no hicieron mas que aparecer, ó si subsistieron largo tiempo, fue para hacer mas visible con su ruina la vanidad de todo lo que mas brilla en la tierra? Nombres vacíos, títulos en pergaminos roidos, mausoléos medio arruinados, tristes depositarios de un puñado de cenizas ó de unos huesos podridos; esto es todo lo que resta de aquellos dioses de farsa y de teatro, que divirtieron por algun tiempo y engañaron un poco en el tablado, para sepultarse despues en un eterno olvido. Y aunque la posteridad conservase respetosamente su memoria, si esos dichosos mundanos, si esos héroes del siglo se condenaron, ¿de qué consuelo, de qué utilidad les servirá el respeto de los hombres? *Justi autem in perpetuum vivent*: los justos son los que no mueren; ó por mejor decir, los que nunca viven, nunca reynan, nunca brillan mas que despues de su muerte; no es menester la dureza del mármol, no la constancia del bronce para conservar su memoria; no hay hombre mortal que no les pague el tributo de estimacion, de respeto y de veneracion; no se mira su nacimiento, su condicion, ni su dignidad; sola su virtud realza, eterniza su memoria. Que los obscureciese un maligno reves de la fortuna; que la maledicencia y la calumnia conspirasen en desacreditarlos: que fuesen tratados mientras vivieron como las heces del género humano: *Tamquam peripsema hujus mundi*; que sepultados en su misma humildad viviesen olvidados: *In perpetuum vivent*; la muerte hace ilustre el nacimiento de los san-

tos; ábreles la puerta á una nueva vida llena de gloria y de esplendor aun en el mismo mundo. Olvidáronse en España y en Polonia los nombres de muchos príncipes, de muchos monarcas; y hasta los mismos reyes respetan el dia de hoy con solemnidad y con reverencia la memoria de un san Isidro, pobre labrador, y de un san Etanislao de Kosca, humilde novicio de la Compañía. Ni las revoluciones de los estados alteran la veneracion de los pueblos á los santos; la Suecia, la Inglaterra, la Escocia, y la Dinamarca pueden pervertirse; pero no por eso dexará la Iglesia de celebrar hasta el fin de los siglos la gloriosa y triunfante memoria de las Brígidas, de los Eduardos, de las Margaritas, y de los Canutos; ni la heregía ha podido borrar su culto, ni desterrar sus nombres de los fastos y de los kalendarios. En vano lisonjea el mundo á sus parciales; en vano pretende inmortalizar sus héroes; él mismo es el primero que los olvida, ó lo mas que puede hacer, es darles algun lugar en la historia. Frívola recompensa, consuelo muy triste á uno que se condenó.

El evangelio es del cap. 11. *de S. Mateo, y el mismo que el dia III, fólio* 14.

MEDITACION.

De la falsa sabiduría del mundo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que hay en el mundo una sabiduría falsa que engaña, deslumbra y conduce al precipicio; como yerra en los principios, no puede menos de engañarse en los medios y en el fin. Fúndase esta sabiduría en la ilusion y en la pasion; todos sus alcances nacen de su propio fondo, y nunca salen de su esfera; mezclados con las tinieblas, y casi del todo impedidos con la obscuridad, jamas miran los objetos como son. Siendo sabiduría puramente humana, y prudencia de la carne, ¿cuáles pueden ser sus discursos, cuál su sistema? Todo lo pesa en la balanza del interes y

de la pasion; la ambicion lo regla todo, y la sensualidad lo autoriza. Esta sabiduría no reconoce otras máxîmas que las que forja la malignidad, y las que adopta la corrupcion del corazon; las del evangelio se consideran como leyes de otro pais, y á lo mas como leyes abolidas en el mundo por el no uso, y que el mismo mundo tiene desterradas; de aquí nace aquel disgusto, y aun aquel menosprecio de las mas sagradas máxîmas de la religion; de aquí aquel plan de vida enteramente contrario al espíritu de Jesucristo; de aquí aquel estudio de los respetos, de los estilos del mundo, absolutamente opuesto á la ciencia del evangelio.

Estos falsos sábios y discretos del mundo apenas conocen ya la religion; el espíritu del mundo, aquel mortal enemigo de Jesucristo, les tiene prescritas otras reglas muy diferentes; la concupiscencia es la medida, y la ambicion los límites de sus deseos. Como se dé gusto á los que solo tienen el nombre de cristianos, no se buscan otros sufragios; diestros en saber disfrazarse, solo estudian en parecer francos, sociables, condescendientes y reflexíbles; esto se llama ser hombre de córte: aplicados escrupulosamente á las exterioridades de la que se dice buena crianza, no reconocen otras obligaciones; toda su sabiduría se hizo precisamente para los hombres; toda su virtud, á lo sumo, es una virtud moral, que pára precisamente en la conveniencia de la sociedad; hombres de bien, oficiosos, agasajadores, serviciales, honrados en todo lo que se ve; como el exterior parezca ajustado, poco se les da del desórden interior, ni de los remordimientos de la conciencia; éstos fácilmente los sofocan á fuerza de multiplicarlos. El último primor de esta falsa sabiduría es una aparente y artificiosa igualdad; toda la destreza consiste en saber ir cada cual á su fin; ¿pero, y qué fines son estos? La diversion, el interes, la distincion, los ascensos, las riquezas; éstas ocupan en el mundo el lugar del último fin. De aquí nace que el que se sobrepone á todos los concurrentes, el que brilla con mas esplendor, el que hace mayor fortuna, ese es tenido en el mundo por mas sábio y por mas prudente. ¡Pero, mi Dios, adónde conduce este espíritu! ¡En qué viene á parar toda esa sabiduría! *Vasa iræ apta in interitum*: vasos de ira dispuestos á perecer; ¡qué ótro fruto, qué otro fin es el de esa falsa sabiduría!

PUNTO SEGUNDO.

Considera si hay cosa mas baxa, mas extravagante ni mas insensata que élla: *Sapientia hujus mundi*, dice san Pablo, *stultitia est apud Deum*: la sabiduría de este mundo es ignorancia y necedad á los ojos de Dios. ¿Quién se engañará? Decidme, imaginarios espíritus fuertes, prudentes del mundo, ¿pretendeis que Dios os dé las gracias porque le corregísteis la plana, porque le enderezásteis cuando iba descaminado, combatiendo todas sus máxîmas? ¿quereis que se os muestre agradecido y obligado por este importante descubrimiento? En vuestros principios se engañó enormemente el Salvador del mundo, cuando nos intimó una ley tan contraria á vuestro sistema; segun éllos, la Sabiduría increada nos trazó un camino errado; la vuestra sí que descubrió otro mas llano y mas derecho. ¡Sabiduría mundana! ¡lastimosos precipicios del humano entendimiento! ¡pruebas palpables de la mas insigne locura! ¿Hay cosa que mas deba humillar al hombre que esa fiera seguridad con que prefiere sus errores á los principios infalibles de la religion? ¿hay ni puede haber otro sistema de sabiduría, ni otra regla de gobierno? ¿puede haber otro entendimiento, otra sabiduría ni otra prudencia sino aquella que se conforma á la soberana regla de las costumbres, y á las máxîmas del evangelio?

No hay hombre de bien sino el buen cristiano. Esos que el mundo llama *hombres de bien*, serán á lo menos hombres de alguna crianza, mundanos un poco cultivados; pero muchas veces, si no siempre, serán unos disimulados disolutos, unos hombres que no tienen mucha religion; fantasmas de hombres de bien. ¿Es ser sabio ni prudente caminar á ciegas sin saber dónde camina, ó seguir atolondrada y porfiadamente á los que se sabe que fueron descaminados? ¿Preferir las ideas y los caprichos de los hombres del mundo á las mas respetables máxîmas de la religion? ¿es ser sabio anteponer el tiempo á la eternidad, menospreciar, sufocar el espíritu de cristiano, y hacer vanidad de una sabiduria gentílica? Hijos del siglo, ¿de qué os servirán esas exterioridades? A lo mas seréis filósofos; pero de ningun modo cristianos,

si solo seguis las reprobadas leyes y máxîmas del mundo. ¿Qué conexîon tiene el Señor con Baal? ¿el espíritu mundano con la fe? ¿las despreciables leyes del mundo con las del evangelio? *Nemo se seducat*, dice el Apóstol, ninguno se engañe á sí mismo. *Si quis videtur inter vos sapiens esse in hoc seculo, stultus fiat ut sit sapiens*: si alguno de vosotros presume de sabio en este mundo, para serlo verdaderamente hágase necio. ¿Esta doctrina será del gusto de muchas gentes? Ellas son verdades infalibles; pero verdades con circunstancias de misterios que quiso Dios ocultar á los sábios de la tierra. Todo se descubrirá, todo se hará patente en la hora de la muerte.

No aguardeis, Señor, á tan fatal extremo para concederme su clara inteligencia; hacedme sabio con esta celestial sabiduría; conozco que la de este siglo es verdadera ignorancia, y desde este mismo punto la detesto con horror.

JACULATORIAS.

Da mihi, Domine, sedium tuarum asistricem sapientiam, et noli me reprobare á pueris tuis. Sap. 9.

Concededme, Señor, la sabiduría del cielo, y no quieras contarme en el número de los ignorantes que no son siervos tuyos.

Mitte illam de cœlis sanctis tuis, ut mecum sit, et mecum laboret, ut sciam quid aceptum sit apud te. Sap. 9.

Desprendedla, Señor, de las alturas, para que siempre me acompañe, y me enseñe lo que es agradable á vuestros divinos ojos.

PROPOSITOS.

Ser sabio es tomar bien las medidas para llegar al fin que se pretende; ¿pero será ser sabio errar el fin á que se debe dirigir todo lo que se hace? Este error es origen de otros muchos. El que yerra en los principios, ¿cómo podrá dexar de descaminarse? ¡Qué digno de lástima es el que no trabaja por buen fin! ¿Pero será menor desgracia, será locura menos lastimosa tener un buen fin, y aban-

donar voluntariamente los medios de conseguirle? ¿qué mayor extravagancia que presumir alcanzar la victoria sin pelear, curar las heridas sin aplicar el remedio, coger el fruto sin sembrar el grano? ¿y somos nosotros mas cuerdos cuando pretendemos ser santos sin vivir segun las máxîmas del evangelio? En medio de eso el mundo está hoy dia lleno de esos cuerdos imaginarios, que haciendo una vida enteramente contraria á la que hicieron los santos, esperan, y aun presumen llegar al mismo término adonde los santos llegaron. Estáse contínuamente ofendiendo al Señor, y al mismo tiempo se solicitan sus mayores gracias y sus especiales favores. Hazte ahora cargo de la injusticia, de la extravagancia, y aun de la impiedad de este proceder; entabla una conducta mas regular y mas cristiana; pregúntate contínuamente á ti mismo: ¿qué fin tienes en esto? ¿cuál es tu último fin? Y mira si aplicas los medios conducentes para arribar á él.

2 Todos aquellos que tienen la mas leve tintura de religion, conocen bien estos medios. El evangelio los contiene todos; en él los encuentran todos los que los buscan; las vidas de los santos nos lo enseñan, mostrándonos al mismo tiempo el modo de usar de éllos. La inocencia sostenida con la mortificacion; la pureza de corazon inalterable; la fe constante y generosa; la humildad sincéra; la caridad universal; la devocion firme á prueba de todos los accidentes; la frecuencia de sacramentos con fruto; el amor tierno y reverente á Cristo en el sacramento; la ternura y la confianza en la santísima Vírgen; estos son los medios seguros para llegar á nuestro último fin. ¿Te has servido tú de éllos hasta aquí?



DIA DIEZ.

Santa Margarita, reyna de Escocia.

Santa Margarita, verdadero modelo de una princesa cristiana, fue nieta de Edmundo II., rey de Inglaterra,

por sobrenombre *Costilla de hierro*, el cual murió el año de 1107, despues de haberse visto precisado á partir su reyno con Canuto el Grande, rey de Dinamarca. Muerto Edmundo, no se contentó Canuto con la parte, y aspirando al todo, arrojó del reyno á los hijos, al hermano y á los sobrinos del difunto, obligándolos á refugiarse en Alemania, donde los recibió san Esteban, rey de Ungría, declarándose tutor y padre de los hijos; el mayor, llamado Edmundo como su padre, casó con la hija del Rey; y el segundo, por nombre Eduardo, casó con Ágata, sobrina del mismo san Esteban, y de este matrimonio nació santa Margarita el año de 1048.

Salió al mundo con las mas bellas disposiciones para la virtud. Destinada por la divina Providencia para verdadero modelo de una señora cristiana, la previno el Señor desde la cuna con las mas dulces bendiciones; dotóla de un corazon recto, generoso y compasivo; de un entendimiento vivo, sólido, pronto y perspicaz; de un genio muy apacible, y de una natural propension á la virtud, presagios todos de su futura eminente santidad. Fue reputada por la mas hermosa princesa de su siglo, y su singular modestia daba nuevo lustre y realce mayor á su hermosura. Enemiga de la ociosidad, siempre se la veia santamente ocupada, repartiendo todo el tiempo en el trabajo y en la oracion.

Entre todas las demas virtudes sobresalia su tierna devocion á la santísima Vírgen, cuyo solo nombre la hacia muchas veces derramar dulces lágrimas de ternura; por su gusto pasaria dias enteros de rodillas delante del santísimo Sacramento; la oracion, la leccion de libros piadosos, y otros cien exercicios de devocion fueron todos los entretenimientos de su infancia en la corte de un rey santo. Ni las galas, ni la vanidad tan natural en las de su sexô y de sus años fueron jamás de su gusto; todo su adorno era la virtud, y solia decir á los que juzgaban excesiva la modestia de su trage, que el mérito de una doncella cristiana no consistia en el vestido. El tierno y compasivo amor que mostró ya desde entonces á los pobres dió bien á entender que algun dia sería su madre y todo su consuelo.

Perdió á su padre siendo aún niña, y pensaba retirarse á un convento cuando subió al trono de Inglaterra Eduardo III., hermano de su abuelo, despues de muerto Canuto, y luego hizo venir de Ungría á su sobrino Edgar con sus dos hermanas Margarita y Cristina.

Apenas se dexó ver en la corte de Inglaterra, cuando fueron la admiracion de toda élla su raro mérito y su eminente santidad, no hablándose de otra cosa que de las grandes prendas y extraordinaria virtud de la princesa Margarita. Vióla Malcolmo III., rey de Escocia, y prendado de élla la pidió por muger. Rindióse á la voluntad de sus parientes; pero el resplandor de la corona no alteró su devocion, ni el trono sirvió mas que para que su virtud brillase desde mas alto. Miró el nuevo estado como camino en que Dios la habia puesto para que se hiciese mas santa; comprendió todas sus obligaciones; desempeñólas, y su primer cuidado fue estudiar bien el genio y la inclinacion de su marido, ganarle el corazon por el rendimiento y por la dulzura, y darle gusto en todo.

Dispuso Dios que encontrase en la persona de Malcolmo un esposo, cuyas inclinaciones y costumbres, aunque todavía poco cultivadas, tuviesen sin embargo bastante parentesco con las suyas; no halló en él genio extravagante, ni aversion á la virtud, ni oposicion á todo lo bueno que se quisiese hacer. Estas buenas disposiciones las fue cultivando la Reyna con su apacibilidad, con su condescendencia y con sus suavísimos modales, de manera que Dios, en cuyas manos estan los corazones de los reyes, la hizo tan dueña del de Malcolmo, que por influxo de la santa Reyna floreció en sus estados la justicia, resplandeció la religion; y haciendo dichosos á los vasallos, hizo al Rey su marido uno de los príncipes mas virtuosos de su siglo.

Dedicóse desde luego al gobierno de su casa, y jamás quiso poner á cargo de ótros la educacion de sus hijos ni el cuidado de su familia. Las únicas prendas que apreciaba y pedia en sus damas eran el pudor, la modestia y la virtud. No era posible verse corte mas exemplar; cualquiera que pareciese poco cristiano incurria en la des-

gracia de la Reyna; el único modo de hacerla corte era ser verdaderamente virtuoso.

Admirado el Rey de los talentos, de las modales y del superior mérito de la piadosa Princesa, no menos que de la comprension y prudencia que mostraba en toda su conducta, no se contentó con dexarla enteramente libre todo el gobierno doméstico de la casa real; quiso que tambien tuviese parte en la administracion del Estado, tomando su consejo principalmente en todos aquellos negocios que concernian al gobierno económico del reyno, á la quietud y felicidad de los pueblos, al mayor bien y gloria de la religion.

Conociéronse presto en Escocia los efectos de la superior prudencia y elevada santidad de la Princesa que gobernaba. Habíanse introducido en el reyno monstruosos abusos que desfiguraban la religion, y hacian llorar á toda la Iglesia. Confundido el sacerdote con el lego, se juzgaba ya sin derecho para corregirlos; apenas se observaba la Cuaresma; el uso de la confesion y de la comunion estaba casi abolido; los domingos apenas se guardaban; el vicio lo tenia todo inundado; la licencia de las costumbres habia desterrado la vergüenza, y parecia haber roto la impiedad todos los diques. No bien se vió en el trono la virtuosa Reyna, cuando resolvió hacer todo lo posible para que reynase Jesucristo, restituyendo en todas partes la disciplina de la Iglesia á su primitiva pureza, llamando de diferentes reynos santos y zelosos predicadores, encargando mucho á los obispos que proveyesen las parroquias de sábios y virtuosos pastores.

Logró felicísimos efectos el ardiente zelo de santa Margarita, sostenido de sus grandes exemplos; y en muy poco tiempo mudó de semblante todo el reyno de Escocia. El desórden de las costumbres siempre debilita la fe, y amortiguada ésta, se sigue naturalmente el disgusto y aun cierta especie de horror á la santa comunion. Con el sobrescrito especioso de respeto muchos se retiran de élla, especialmente en las córtes, y quiera Dios que algunos no la dexen aun cuando los obliga el precepto pascual. En cierta ocasion se quejó de esto la Reyna á algunos señores principales: respondiéronla ingénuamente que su misma indignidad los retiraba de la sagrada mesa, por-

que conociendo sus miserias y su inclinacion al mal, les parecia menos malo dexar de comulgar, que hacerlo indignamente; y que su desvío era efecto de su mismo reverente temor. La santa Reyna, así por sí misma, como por medio de los predicadores, los hizo entender que solo estaban excluidos de la sagrada comunion los pecadores impenitentes; esto es, aquellos que obstinados en sus culpas, no querian salir de éllas haciendo frutos dignos de penitencia, con limosnas y con otras buenas obras.

Era digno de un apóstol el fruto que hizo la santa Reyna. Reflóreció la religion, resucitó la piedad, revivió el uso de los sacramentos; desterráronse las supersticiones, reformáronse los abusos, y volvió la Iglesia á su primer lustre y hermosura. No solo se valió de su autoridad, sino tambien de los obispos del reyno y de los ministros de justicia, para prohibir toda obra servil en los domingos y dias de fiesta, santificándose esta suspension del trabajo con la concurrencia del pueblo á los divinos oficios, y á oir la palabra de Dios. Con su aplicacion, con su teson y con su prudencia consiguió que se condenase y se proscribiese la simonía, la blasfemia, la usura, el concubinato, los matrimonios incestuosos, y otros cien desórdenes que presumian de legítimos en todo el reyno por el derecho de prescripcion.

Asombrado el Rey cada dia mas y mas de los prodigios que obraba la prudencia y la virtud de la Reyna, entró voluntariamente en todos sus pensamientos; y no contento con dexarla, por decirlo así, el gobierno del Estado, quiso que se manejase á su arbitrio la real Hacienda.

Luego experimentaron los pobres y las iglesias los efectos de su gran corazon, y de su liberalidad verdaderamente real. Mostrábase la indevocion de los pueblos y de los eclesiásticos hasta en la indecencia de los ornamentos y de los vasos sagrados. A todo proveyó la santa y religiosa Reyna; hizo reparar muchas iglesias que amenazaban ruina, edificar ótras de nuevo, y quiso que todo lo que servia al culto divino fuese no solo rico, sino magnífico, y de materia preciosa todos los vasos sagrados. Fundó liberalmente muchos conventos de monjas y

muchos hospitales; y solia decir, que su mayor gusto sería agotar en limosnas todo el tesoro real.

Erala tan natural la ternura y la compasion de los pobres, que parecia haber nacido con élla. Sus profusiones con éllos eran tan grandes y tan contínuas, que casi llegó á desterrar la mendicidad y la miseria. Como madre de los pobres, siempre que salia á la calle la veian rodeada de viudas, de huérfanos y de miserables; cuando volvia á palacio encontraba otros tantos en la sala, á los cuales daba tambien limosna, y nunca despidió á alguno sin élla. Los mas respetados en la corte eran los pobres, y se consumia en limosnas la mayor parte del erario. Despues de evacuado su bolsillo, les daba las joyas y los muebles, sin agotarse jamás su caridad.

Antes de sentarse á la mesa daba siempre de comer á nueve doncellas huérfanas, y á otras veinte y cuatro pobres ancianas, sirviéndolas por sus mismas manos; muchas veces se hacian venir á palacio trescientos pobres, á quienes el Rey y la Reyna servian de rodillas los mismos platos que estaban prevenidos para la mesa real. Todos los dias, despues de oir misa, lavaba la Reyna los pies á cierto número de pobres; y eran pocos los dias de la semana en que no acudia á los hospitales á exercitar los mas humildes oficios de caridad con los enfermos. No se limitaba ésta á los términos del reyno; alcanzaban tambien sus limosnas á los dominios extraños, así para socorrer á los encarcelados, como para redimir á los cautivos.

Tantas y tan diferentes ocupaciones exteriores no debilitaban ni menos interrumpian su contínua union con Dios. En medio de todas éllas se la observaba siempre un recogimiento interior que edificaba, y parecia estar en contínua oracion; no pudiéndose comprender sin dificultad cómo podia dedicar tanto tiempo á este exercicio; es verdad que dormia muy poco, y que se negaba enteramente á toda conversacion inútil.

Levantábase todas las noches para asistir á maytines, y antes que se cantasen en el coro rezaba en particular el oficio de la Trinidad, el de la Pasion, y el de la Vírgen, acabando todo el salterio con el Oficio de difuntos; despues volvia á su cuarto, donde lababa los pies á seis

pobres, y los daba una limosna; echábase un poco, y en despertando leia algun rato en algun libro piadoso; pasaba á su capilla, donde oia cinco ó seis misas, y lo que faltaba hasta comer lo empleaba en el despacho; las demas horas del dia no estaban menos ocupadas con devociones y otras obras de misericordia; de manera, que Dios, el Estado, la Iglesia y los pobres la llevaban todo el tiempo.

Sus penitencias y su abstinencia alguna vez llegaron á parecer excesivas. Comia tan poco, que se admiraban de que pudiese vivir, y se maceraba tanto, que se tuvo por cierto que las penitencias la acortaron la vida. Era su confesor ordinario el siervo de Dios Tierri, escritor de su misma vida, y su director el famoso Turgot. Sintiendo algunos prenuncios de su cercana muerte, se confesó generalmente con él; y conforme se iba acercando á su fin, iba tambien sensiblemente creciendo su fervor.

Debilitáronse sus fuerzas con la aplicacion al trabajo y con el rigor de tantas penitencias, rindióse á la cama; mas no por eso fueron menos activos su amor de Dios, su zelo y su caridad con los pobres. En este tiempo quiso el Señor acabar de purificarla con una afliccion muy sensible. Hallábase á la sazon en guerra el rey Malcolmo con Guillelmo el Roxo, rey de Inglaterra, y habia entrado con poderosas fuerzas en la provincia de Northumberland, para volver á su obediencia los condados de Cumberland y Westmorland, que Guillelmo el Conquistador le habia usurpado; pero fue desgraciadamente muerto con su hijo primogénito el príncipe Eduardo en el año de 1093, al paso del rio Alne. Sintió profundamente la Reyna este accidente, para el cual no halló otro consuelo que en su religion y en su virtud; pero sobrevivió poco á esta noticia, porque se la excitó luego una calentura, que añadida á los demas achaques la puso en el último peligro. Confesóse, recibió el Viático y la Extremauncion con una devocion muy correspondiente á la santidad de su vida; y habiendo exhortado á sus hijos al amor de la virtud, y á toda su familia á la piedad y devocion cristiana, murió con la muerte de los santos el dia 10 de junio de 1093. No hubo reyna mas sentidamente llorada; llenó de luto su muerte á todo el reyno, y en

todos los pueblos resonaban los gemidos de los pobres que lamentaban la pérdida de su madre. Enterróse el santo cuerpo con la solemnidad que acompaña siempre los funerales de los santos en la iglesia de la santísima Trinidad, que habia edificado la santa Reyna, y en el mismo sitio que ocupaba la capilla donde se habia casado. Fueron tantos los milagros que obró desde luego el Señor para manifestar su santidad, que el papa Inocencio IV. la canonizó solemnemente, y la puso en el catálogo de los santos el año de 1251. A solicitud de Felipe II., rey de España, se conduxo al Escorial una parte de sus reliquias y de las del rey Malcolmo, su marido, á quien tambien se ha venerado siempre como santo, donde se colocaron en una capilla que mandó edificar en honra de santa Margarita. Su preciosa cabeza se guarda con la mayor veneracion en la iglesia del seminario escocés de los jesuitas de Duay.

La misa es en honor de la Santa, y la oracion la que sigue:

Deus, qui beatam Margaritam, Scotorum reginam, eximia in pauperes charitate mirabilem effecisti; da, ut ejus intercessione et exemplo, tua in cordibus nostris charitas jugiter augeatur: Per Dominum nostrum...

O Dios, que hiciste tan admirable á la bienaventurada Margarita, reyna de Escocia, por la insigne caridad que exercitó con los pobres, concédenos que por su imitacion y á su exemplo se aumente perpétuamente en nuestros corazones el amor á vuestra divina Magestad: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 31. de los Proverbios.

Mulierem fortem quis inveniet? procul et de ultimis finibus pretium ejus. Confidit in ea cor viri sui, et spoliis non indigebit. Reddet ei bonum, et malum, omnibus diebus vitæ suæ. Quæsivit lanam, et linum, et operata est consolatio manuum suarum. Facta est quasi navis institoris, de longe portans panem suum. Et de nocte surrexit, de-

¿Quién hallará una muger fuerte? Es mas preciosa que lo que se trae de las extremidades del mundo. El corazon de su marido pone en élla su confianza, y no necesitará de despojos. Le pagará con bien, y no con mal todos los dias de su vida. Buscó lana y lino, y trabajó con habilidad de sus manos. Es como el navío del mercader que trae de lejos su pan. Le-

ditque prædam domesticis suis, et cibaria ancillis suis. Consideravit agrum, et emit eum: de fructu manuum suarum plantavit vineam. Accinxit fortitudine lumbos suos, et roboravit brachium suum. Gustavit et vidit quia bona est negotiatio ejus: non extinguetur in nocte lucerna ejus. Manum suam misit ad fortia, et digiti ejus apprenderunt fusum. Manum suam aperuit inopi, et palmas suas extendit ad pauperem. Non timebit domui sui à frigoribus nivis: omnes enim domestici ejus vestiti sunt duplicibus. Stragulatam vestem fecit sibi: bysus et purpura indumentum ejus. Nobilis in portis vir ejus, quando sederit cum senatoribus terræ. Sindonem fecit, et vendidit, et cingulum tradidit Chananæo. Fortitudo et decor indumentum ejus, et ridebit in die novissimo. Os suum aperuit sapientiæ, et lex clementiæ in lingua ejus. Consideravit semitas domus suæ, et panem otiosa non comedit. Surrexerunt filii ejus, et beatissimam prædicaverunt; vir ejus, et laudavit eam. Multæ filiæ congregaverunt divitias: tu supergressa es universas. Fallax gratia, et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum, ipsa laudabitur. Date ei de fructu manuum suarum: et laudent eam in portis opera ejus.

vantóse antes de amanecer, y repartió á su familia la comida, y su tarea á los criados. Reconoció una heredad y la compró; y plantó una viña con el trabajo de sus manos. Ciñóse de fortaleza, y fortificó su brazo. Probó y vió que era bueno su tráfico: su candela no se apagará de noche. Aplicó á la rueca su mano, y sus dedos tomaron el huso. Abrió su mano al necesitado, y extendió su brazo hácia el pobre. No temerá que molesten á su casa los frios ni la nieve, porque toda su familia tiene ropas dobles. Hizo para sí alfombras; lino finísimo y púrpura son sus vestidos. Su marido será ilustre entre los jueces cuando se sentare con los senadores de la tierra. Texió lienzo, y lo vendió; y dió un cíngulo al Cananeo. La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último dia. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está en su lengua. Reconoció todos los rincones de su casa, y no comió el pan de valde. Levantáronse sus hijos, y publicaron que era bienaventurada; tambien su marido, y la elogió. Muchas mugeres han amontonado riquezas, pero tú te aventajaste á todas. Es engañoso el donaire, y vana la belleza: la muger que teme á Dios, esa será alabada. Dadle del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en presencia de los jueces.

REFLEXIONES.

El mérito y el valor de una señora cristiana no se han de apreciar por su hermosura ni por su entendimiento, sino por su virtud: *Fallax gratia, et vana est pulchritudo.* Todo ese espíritu, toda esa vivacidad es fuego fátuo, brillantez aparente; todo ese desembarazo que hechiza es ilusion que engaña, relámpago que desvanece. Cuanto mas vivaz es el ingenio, es mas superficial y menos sólido; su misma penetracion le disipa; cuanto mas brilla, tanto menos dura. Ni es menos vana la hermosura; mas consiste en la imaginacion que en la realidad; es una flor que se marchita, una exhalacion que el mas leve soplo la apaga; rara hay que no sea postiza, ninguna que pueda fundar un mérito verdadero; á lo mas es una proporcion de miembros y de facciones, que agrada á los ojos y á los sentidos. Solamente la virtud puede y debe servir de asunto al elogio de una muger respetable por sus prendas; cualquiera otra alabanza es una insulsa lisonja. Veamos ya la alta idea que nos da de esto el Espíritu santo en el magnífico elogio que hace de una muger.

El temor de Dios, dice, que es el principio de la verdadera sabiduría, es como el cimiento de todas sus buenas prendas. Teme á Dios, y le ama; una de sus principales ocupaciones es el cuidado de vivir muy acorde con su marido, y de conservar la paz y la union en la familia; sobre todo, su mayor estudio es la vigilancia sobre las costumbres de los domésticos, y la aplicacion á que reyne en todo el concierto y el buen órden. Humilde sin afectacion, modesta sin artificio, aseada segun su condicion, pero sin profanidad, inspira en todos veneracion á la virtud; hácese admirar por su circunspeccion y por su prudencia en todas las palabras; sin salir de los límites de su estado arriba á una eminente santidad. Hizo cosas verdaderamente grandes, dice el Espíritu santo. *Manum suam misit ad fortia.* ¿Pero qué maravillas fueron estas? Echó mano del huso y de la rueca: *Digiti ejus apprehenderunt fusum.* Admirable leccion para aquellas señoras del mundo que se tendrian por mugeres vulgares si echaran mano de esta labor: *De nocte surrexit, deditque præ-*

dam domesticis suis: madrugaba antes del dia para cumplir mas exâctamente con sus obligaciones; no era la menor de sus prendas la puntualidad con que pagaba la soldada á sus criados, y la caridad con que socorria todas sus necesidades; la que usaba con los menesterosos la ganó el corazon de los pobres; el tiempo que no gastaba en las obligaciones del estado, en obras de misericordia y en la oracion, le ocupaba en la labor. A esto se reduce la pintura de la muger perfecta y verdaderamente virtuosa, cuyo elogio hace el Espíritu santo; añadiendo que una muger como ésta es mas rara y mas preciosa que las perlas que vienen de los últimos ángulos del mundo. ¿Serán muchas las mugeres que se reconozcan á sí mismas en este bello retrato? No se distinguió tanto esta muger por acciones de mucho ruido; no por seguir caminos extraordinarios, sino por la fidelidad y por la exâctitud con que atendió á las obligaciones mas comunes de su estado. ¿Qué excusa tendrán todas las señoras que fueren menos cristianas? Es cierto que no es del gusto de todas aquella devocion que nace y se fomenta en el cumplimiento de las obligaciones mas ordinarias; el retiro, el ayre de la casa, la contínua vista de la familia y de los hijos no acomodan mucho á no pocas mugeres casadas. En medio de eso esta es la verdadera, la sólida devocion. A la verdad, élla no es devocion muy de la moda; ¿pero dexará por eso de ser muy del agrado de Dios?

El evangelio es del cap. 13. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum cœlorum thesauro abscondito in agro, quem qui invenit homo, abscondit; et præ gaudio illius vadit, et vendit universa quæ habet, et emit agrum illum. Iterùm simile est regnum cœlorum homini negotiatori, quærenti bonas margaritas; inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit om-

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reyno de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reyno de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando úna, fue y vendió cuanto tenia, y la com-

nia quæ habuit, et emit eam. Iterùm simile est regnum cœlorum sagenæ missæ in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cùm impleta esset, educentes, et secus littus sedentes elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione seculi. Exibunt angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus et stridor dentium. Intellexisti hæc omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideò omnis scriba doctus in regno cœlorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

pró. Tambien es semejante el reyno de los cielos á la red echada en el mar que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Heis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Por eso todo escriba instruido en el reyno de los cielos es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

Solo es sabio el que trabaja sin cesar en el importante negocio de su salvacion.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ser sabio es tomar con acierto los medios necesarios y eficaces para llegar á su fin; ignorar cuál sea el último fin es estupidez, es brutalidad; saber cuál es, y no aplicar los medios indispensables para conseguirle, es impiedad, es locura; engañarse en la eleccion, es perderse. ¿Y será sabio, será prudente el que se pierde en el importante negocio de su salvacion?

Mas que tenga un hombre todo el entendimiento posible, tenga penetracion, vivacidad, brillantez, sea hábil en todas las artes, posea todas las ciencias, sea honrado, oficioso, atento, cultivado; si á este hombre le falta conducta, si por culpa suya pierde bienes, honra, fortuna; si se pierde á sí mismo para siempre, ese gran ingenio, ese gran hombre es un gran mentecato. La verdade-

ra sabiduría y la verdadera prudencia consiste en saber discernir bien los objetos mas engañosos; en saber distinguir las preocupaciones mas comunes y mas bellamente disfrazadas; en saber callar las falsas brillanteces que deslumbran; consiste en descubrir los enredos y los artificios del enemigo de nuestra salvacion; en no caer atolondradamente en sus lazos; en no equivocarse ni alucinarse. Dexarse engañar de la mas ligera sombra, de la mas leve apariencia de bien; equivocar una exhalacion instantánea con un astro fixo y luminoso; abandonar un bien real por correr tras otro imaginario y fantástico; ¿no es demencia y lastimosa imbecilidad de entendimiento? ¿y qué otra cosa se hace en el mundo cuando no se trabaja en el importante negocio de la salvacion? El hombre virtuoso no se engaña, no se alucina; entre esas brillantes exterioridades descubre la vanidad de todos los bienes criados; en medio de ese engañoso esplendor está viendo la nada de esos honores que tanto deslumbran á los hombres del mundo; conoce la caduca inconstancia de esos puestos elevados que á tantos trastornan la cabeza; comprende la brevedad de este puñado de dias alborotados y poco serenos, que componen la mas dilatada vida; y convencido de que en solo Dios se encuentra nuestra felicidad, de que el hombre fue criado para solo Dios, de que ni aun el mismo Dios le pudo criar para otro fin mas alto que para sí, ni otro alguno le pudiera llenar ni satisfacer; á éste solo dirige toda su ambicion, no se propone otro fin, ni aspira á otra fortuna que á la de agradar á Dios, de quien solo espera su eterna felicidad, y solo él es su último fin. ¿Qué te parece? ¿este hombre será sabio? ¿y merecerá el nombre de tal el que se gobernare de otra manera? Pues, Dios mio; ¡qué errores, qué extravagancias, qué locuras no he cometido yo en toda la conducta que he tenido hasta aquí!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no teniendo en este mundo otro negocio, propio y verdaderamente tal, que el negocio de la salvacion; no habiéndonos echado Dios á este mundo sino para trabajar en este único negocio, y pidiendo este

negocio que se dedique á él todo el tiempo y todos los cuidados del mundo, el desatenderle, el olvidarle es la mayor de todas las locuras.

La salvacion es propiamente nuestro negocio personal, es el único negocio nuestro; todos los demas nos son extraños. Serán, si quieres, negocios del estado, del reyno, del tribunal, de la guerra, del comercio, de tu comunidad, de tu familia, de tus hijos, pero no son negocios tuyos, y si al salir de este mundo hiciste bien todos los demas, menos el de tu salvacion, haz cuenta que hiciste el negocio ageno, y perdiste enteramente el propio. Al contrario; acertaste con el de tu salvacion, aunque todos los demas los hubieses perdido, consuélate que hiciste tu negocio, y cada cual ha de trabajar para sí. ¡Cosa extraña es que amándose tanto los hombres á sí mismos, hayan hecho tan pocas reflexîones sobre esta importante verdad! *cuarenta años ha* (decia un cortesano en la hora de la muerte) *que estoy trabajando en los negocios del rey, y no he trabajado ni un cuarto de hora en el mio.* ¿Será prudencia, será discrecion hacer esto?

La salvacion es nuestro gran negocio, nuestro negocio principal. Ya se sabe que un negocio grande de tal manera se sorbe todo el tiempo, que no dexa lugar para pensar en ótros; como se salga con aquél, facilmente se consuela uno, aunque los demas se pierdan. Para salir bien en un negocio grande todo se pone en movimiento; aplícanse todas las posibles precauciones, todo el pensamiento está ocupado en él; no se acierta á hablar de otra cosa, y siempre se habla de él con la mayor viveza; aprovéchanse los instantes, espíanse las coyunturas, piérdese el sueño y el reposo; olvídanse hasta las necesidades naturales de la vida; córrese á todas partes, y se está en un contínuo movimiento. Esto se llama tener juicio, ser hombre prudente, ser sabio. Pues aplica toda esta conducta al negocio de tu eterna salvacion; y pregúntate si has sido sabio, si has sido prudente, si hasta ahora has tenido mucho juicio.

En fin, la salvacion es el único negocio verdadero; los demas, á quienes el mundo da el nombre de negocios, son juegos de niños; como tales se les mira á la hora de la muerte, como tales los reputarás tú mismo

en aquella última hora. ¿Será prudencia ocuparte toda la vida en esas puerilidades, en esos entretenimientos de muchachos, en perjuicio del grande, del único negocio de importancia, que es el de tu eterna salvacion? ¡Qué lástima es ver la seguridad y la serenidad con que desbarran esos imaginarios sabios del mundo! Desengañémonos, no hay hombre sabio sino aquel que trabaja sin cesar, y trabaja eficazmente en el negocio de la salvacion. Es la salvacion aquel tesoro escondido en el campo, aquella preciosa margarita de inestimable valor. Aquel es sabio, que vende todo cuanto tiene para comprar este campo, y para hacerse dueño de esta perla. Así lo hizo santa Margarita. ¿Hubiera sido prudente si se hubiera condenado con todas sus grandes prendas? ¿y son prudentes los mundanos que trabajan tan poco en asegurar su salvacion? ¿y habrá algun condenado en el infierno que se persuada fue hombre sabio?

Dios mio, pues os dignásteis darme á conocer en qué consiste la verdadera sabiduría, concededme este precioso don; haced que todo mi estudio, todo mi cuidado, todo mi empeño sea el agradaros, el de caminar á vos para poseeros eternamente.

JACULATORIAS.

Si oblitus fuero tui, Jerusalem, oblivioni detur dextera mea. Salm. 136.

Jerusalen celestial, centro de la felicidad eterna, si me olvidare de ti por dexarme llevar de una falsa alegría en este miserable destierro, que se olvide de mí mi misma mano derecha.

Adhæreat lingua mea faucibus meis, si non meminero tui. Salm. 136.

Si no te tuviere siempre en mi memoria; si no prefiriere á todos los gustos del mundo el consuelo de pensar en ti perpétuamente; si viéndome distante de esa dichosa mansion diere lugar á la alegría, que mi lengua se pegue á mi paladar.

PROPOSITOS.

Causa admiracion que siendo tantos los que se precian de ser sabios, haya tan pocos que verdaderamente lo

sean; porque al fin, no lo es el que todo lo quiere perder, bienes, honra, quietud, y su misma alma. No hay mas que un único negocio que manejar, que dirigir y que gobernar, que es el negocio de la propia salvacion. ¿Será sabiduría descuidar de este negocio, y por descuidar de él perderle entera y eternamente? En medio de eso, esta es la conducta de la mayor parte de los hombres. ¡O y con cuánta razon dixo el Sabio que era infinito el número de los necios! No quieras ser de este número; nunca consideres la sabiduría sino en cuanto tiene respecto al verdadero bien. Discurrir con acierto en los negocios temporales; tener aquella moderacion y aquella espera que acreditan juicio, bondad y gratitud; ser hábil en todo lo que se llama negocios del mundo; y no serlo en el de la propia salvacion, ni es, ni fue jamás ser hombre sabio; á lo mas será ser un niño ocupado contínuamente en meras puerilidades. Forma desde hoy una idea justa de la verdadera sabiduría; dite á ti mismo muchas veces, y repítelo con resolucion delante de todo el mundo: todo aquel que se condena es un ignorante, es un loco. No hay mayor necedad, no hay mayor locura que matarse uno á sí mismo á sangre fria; que echarse en un rio voluntariamente; que despeñarse de un precipio por su antojo; ¿pues qué otra cosa hace el que voluntariamente se condena? Pero esta última locura es tanto mayor que la otra, cuanto es mas lamentable la eterna pérdida del alma, que la temporal del cuerpo. Está bien convencido y bien penetrado de esta importante verdad, y no ceses de inspirarla y de imprimirla contínuamente en el corazon de tus hijos, de tus amigos, de tus inferiores y de tus criados. Solo es sabio el que se salva.

2 Haz estudio de no alabar sólida y rigurosamente sino á los que saben hacer fortuna para la otra vida. Si se pusiera cuidado en no dexar caer otras máxímas delante de los hijos, de los criados y de la familia, sería el mundo un poco mas cristiano, y no se veria en él tanto desórden. Nunca emprendas cosa considerable sin reconocer primero si te servirá de medio para conseguir tu salvacion; emprender cosa que la pueda servir de estorbo, es locura. Si se lee una historia, si oyes hablar de los antiguos, si se refieren las hazañas de los grandes hombres de

la antigüedad, nunca dexes de decirte á ti mismo, y tambien á los ótros: ¿de qué les sirvieron sus proezas y su gran sabiduría si se condenaron?

DIA ONCE.

San Bernabé, apóstol.

San Bernabé fue judío, de la tribu de Leví, y nació en Chipre, donde habia mucho tiempo que se habia establecido su familia; llamóse José ó Joseph hasta despues de la Ascension del Salvador, que los apóstoles le dieron el nombre de Bernabé, que quiere decir *hijo de consolacion*, por el don particular que le habia dado Dios para consolar á los afligidos, teniendo especial gracia para endulzar las pesadumbres y tranquilizar los corazones. En todo era muy grato, dice san Juan Crisóstomo; bella disposicion, genio apacible, naturalmente liberal, recto, sincéro, afable y bondadoso, de una fisonomía muy amable, de bello ayre, de modales atentas y cortesanas; en fin, de tanta modestia y compostura, que desde luego se llevaba los corazones.

Su casa era muy acomodada, y así no perdonó á medio alguno para darle una buena educacion. Prendados sus padres de su amabilidad, de su natural inclinacion á la virtud, y de los talentos que ya manifestaba para las letras, le enviaron á Jerusalen para que las aprendiese baxo el magisterio del célebre Gamaniel, con cuya ocasion conoció á Sáulo, que era de su misma edad con corta diferencia, y estudiaba tambien con el mismo maestro. Desde entonces estrecharon los dos aquella amistad que despues contribuyó no poco á la conversion de los gentiles.

Al paso que el jóven José iba creciendo en edad, crecia tambien en juicio y en prudencia; no habia mozo mas virtuoso ni mas asentado. Como por su tribu habia naci-

do destinado al ministerio del templo, todo su estudio era hacerse digno de él con la pureza de las costumbres, siendo toda su ocupacion y todo su entretenimiento la oracion y la leccion de las santas Escrituras. Nunca se le hallaba sino en el templo ó con los doctores de la ley, y en todas partes era conocida y celebrada su virtud.

Hallábase Bernabé en esta gran reputacion cuando el Salvador del mundo se comenzó á manifestar en público con sus milagros. Hallóse presente al que hizo con el paralítico, y como suspiraba tanto por el Mesías, y no le tenian ofuscado las pasiones, conoció luego á Jesucristo; prevenido con la divina gracia se arrojó á los pies del Salvador, y le suplicó le admitiese en el número de sus discípulos; recibióle entre éllos el Señor, y colmóle de gracias con esta dichosa eleccion. Lleno ya Bernabé de caridad y de zelo, quiso desde luego dar parte á su familia del tesoro que habia encontrado; tenia en Jerusalen una tia llamada María, hermana de Juan, por sobrenombre Marco; vase derecho á buscarla, anúnciala que habia hallado al Mesías en la persona de Cristo, conviértese toda la familia, y desde entonces fue aquella casa el hospedage de Cristo en Jerusalen, y despues que subió á los cielos el asilo de sus apóstoles y de sus discípulos.

Admitido nuestro Santo en el número de los setenta y dos, corria las villas y las aldeas, anunciando al Salvador, y autorizando con muchos milagros su predicacion. Nunca desmintió el zelo y el amor que profesaba á su divino Maestro, ni le entibió su afrentosa muerte, ántes sirvió para apretar mas el indisoluble lazo con que estaba unido al Salvador; de lo que dió presto grandes pruebas.

Era dueño de una posesion muy rica cerca de Jerusalen, vendióla despues de la venida del Espíritu santo, y puso todo el precio á los pies de los apóstoles para que fuese distribuido entre los pobres. Sabiendo que su antiguo condiscípulo Sáulo, movido de un falso zelo, era enemigo mortal de los discípulos de Cristo, tuvo muchas conferencias con él, probóle invenciblemente la divinidad del Salvador; convencióle, pero no le convirtió; porque Jesucristo se habia reservado á sí mismo esta con-

quista. Vuelto san Pablo á Jerusalen despues de su famosa conversion, buscó luego á Bernabé; y habiéndole referido todo lo que le sucedió en el camino de Damasco y con Ananías, le rogó que le presentase á los apóstoles, previniéndoles que de perseguidor de Jesucristo se habia convertido en predicador de su nombre.

Cuatro ó cinco años despues vinieron á Antioquía algunos fieles de la isla de Chipre y de la ciudad de Cyrene en África, los cuales convirtieron gran número de gentiles con sus palabras y con sus milagros. Llegó esto á noticia de los apóstoles, y al punto enviaron á Bernabé á Antioquía para que fortaleciese en la fe á aquellos nuevos creyentes. Como era hombre bueno, dice san Lucas, lleno del Espíritu santo, poderoso en obras y palabras, en poco tiempo hizo prodigiosas conversiones. Creciendo cada dia la mies, eran menester nuevos obreros; y sabiendo que san Pablo se habia retirado á Tarso de Cilicia despues de su viage á Jerusalen, pasó á buscarle y le traxo consigo á Antioquía. Por espacio de un año trabajaron los dos en élla con tanta felicidad, que los que creian en Jesucristo comenzaron desde entonces á llamarse cristianos, no avergonzándose ya del evangelio.

Por este tiempo vino á la misma ciudad de Antioquía el profeta Agabo, que fue uno de los evangélicos; y habiendo pronunciado una hambre universal, rezelosos los cristianos antioquenos de la necesidad que habian de padecer los fieles que estaban en Judea, resolvieron socorrerlos, cada uno segun su posibilidad, y rogaron á san Bernabé y á san Pablo que los llevase este socorro. A la vuelta se traxeron consigo á Antioquía á Juan, por sobrenombre Marco, primo de san Bernabé y discípulo suyo, como le llama san Gerónimo.

Mientras Bernabé y Pablo trabajaban en la viña del Señor en Antioquía con Simon, llamado el Negro, con Lucas el de Cyrene, y con Manahen, hermano de leche de Herodes, á los cuales llama la Escritura profetas y doctores, escogió Dios á Pablo y á Bernabé para apóstoles de los gentiles de un modo maravilloso. Estaban juntos un dia los ministros del Señor para celebrar los divinos misterios, y el Espíritu santo ordenó por la boca de los profetas, que Pablo y Bernabé fuesen segregados para em-

plearse en el ministerio á que los tenia destinados, que era anunciar á los gentiles el evangelio. Luego fueron consagrados por la imposicion de las manos, que elevándolos á la dignidad de apóstoles, los llenó de los dones del Espíritu santo, y los confirió la plenitud del sacerdocio. Este era entonces, dice san Crisótomo, el modo de conferir los órdenes á los ministros públicos de la Iglesia, precedido frecuentemente de revelaciones y de un mandato expreso del Señor; pero siempre acompañado de ayunos, del santo sacrificio y de oraciones, confiriéndose siempre la gracia por la imposicion de las manos.

Recibida la mision, partió san Bernabé con san Pablo para Seleucia; desde allí pasaron á la isla de Chipre, donde dieron principio á las funciones de su apostolado; predicaron la fe de Jesucristo en Salamina con un fruto nunca oido, corrieron lo restante de la isla, y llegaron á Pafos, donde confundieron á un mago, judío de profesion, llamado Elimas, que se metia en profetizar lo que estaba por venir. De Chipre se encaminaron á Panfilia, y de allí á Perge, donde Juan Marco, no pudiendo ya con las fatigas del camino, se despidió de éllos, y se volvió á Jerusalen. Afligió mucho á los dos apóstoles la ausencia de este querido discípulo, y mas cuando por no ser gravosos á ninguno se veian precisados á mantenerse con el trabajo de sus manos. Continuaron su viage al Asia, y llevaron el evangelio á Antioquía de Pisidia, donde consintieron en ser apedreados. Algunas mugeres judías que hacian profesion de piadosas, animadas de sus falsos doctores, que no podian sufrir las muchas conversiones que hacian los apóstoles, los echaron de la ciudad; y en esta ocasion fue cuando volviéndose san Pablo y san Bernabé hácia aquellos endurecidos corazones, que no querian recibir el evangelio, les dixeron en tono y con autoridad apostólica (*Cor.* 4.): *A vosotros primeramente debíamos anunciar la palabra de Dios; pero pues ciegos la despreciais, y os haceis indignos de la vida eterna, veis aquí que la vamos á anunciar á los gentiles.* Sacudieron el polvo de los zapatos, abandonaron aquel pais, y se encaminaron á Iconia, hoy Cogni, donde convirtieron algunos judíos y muchos idólatras. Pasaron á Listris ó Listria, ciudad de Licaonia, donde obraron tantas maravillas, que

admirados los paganos tuvieron á Bernabé por el dios Júpiter, á causa de su bella presencia, y á Pablo por Mercurio, notando que siempre hablaba el primero; en cuya consideracion conduxeron algunas víctimas á sus pies para ofrecerles sacrificios. Compadecidos los apóstoles de su ceguedad, rasgaron sus vestiduras, y les dixeron: *¿Qué haceis, amigos, qué haceis? ¿no veis que somos hombres mortales como vosotros, que venimos á exhortaros dexeis esas supersticiones, y á que reconozcais al solo verdadero Dios, que crió al cielo y la tierra?* Costóles mucho trabajo el hacérselo creer; pero llegando á la sazon algunos judíos de Iconia, persuadieron al pueblo que los dos extrangeros eran dos insignes impostores, y todos sus aparentes milagros efectos del arte mágica. En un instante pasaron los idólatras de un extremo á otro; arrojáronlos á pedradas de la ciudad, faltando poco para que san Pablo pereciese en éllas; y el dia siguiente tomaron los dos el camino de Derba.

En medio de todos estos trabajos se multiplicaba el número de los fieles; corrieron toda la Licaonia y la Pisidia; llegaron á Panfilia, predicaron en Perga, y despues en Atalia, haciendo en todas partes portentosas conversiones, y fundando iglesias en todas; en fin, se restituyeron á Antioquía, donde contaron á los hermanos las maravillas y los prodigios que Dios habia obrado para acreditar su ministerio entre los gentiles, y en todos los lugares donde habian anunciado el evangelio.

No fue menos laboriosa la estancia de san Bernabé en Antioquía, que lo habian sido sus viages; no permitiéndole tomar algun descanso el ardiente zelo que tenia por la salvacion de las almas. Hizo tambien algunas apostólicas excursiones en la Tracia, y hasta Iliria, adelantando nuevas conquistas á Jesucristo. Algunos judíos recien convertidos, animados de un excesivo zelo por las ceremonias antiguas, pretendian que á todos los fieles se les debia sujetar al yugo de la ley, y que la de Cristo no dispensaba la de Moyses. Esto puso en precision á Pablo y á Bernabé de hacer un viage de Antioquía á Jerusalen, donde asistieron al concilio de los apóstoles; y fueron reconocidos los dos por apóstoles de los gentiles. En el mismo concilio hicieron públicamente los dos santos una puntual

relacion de los asombrosos progresos que hacia todos los dias la fe entre los gentiles, y de la felicidad con que se iba levantando la Iglesia sobre las ruinas de la idolatría.

Al oir tantas maravillas Juan Marco, primo de san Bernabé, arrepentido de su inconstancia y de su cobardía, protestó que ya nunca se apartaria de su lado, y desde entonces se hizo su discípulo. Volvieron los dos apóstoles á Antioquía, y allí se separaron para ir cada uno á su mision: Pablo, tomando por compañero á Sylas, se dirigió al Ásia; y Bernabé, en compañía de Juan Marco, partió á Chipre, donde muy en breve con su suavidad y con sus amabilísimos modales, tan propios para ganar los corazones, convirtió toda la isla á la fe de Jesucristo.

No podia encerrarse en los estrechos límites de élla un zelo tan fervoroso y tan activo; extendióse mucho mas allá, y aun se asegura que llegó á Italia el santo Apóstol, gloriándose la célebre iglesia de Milan de haberle logrado por su primer apóstol. Vuelto á Chipre, confirmó en la fe á los cristianos, aumentó el número con nuevas conversiones, é hizo muy floreciente aquella iglesia. No faltaba otra cosa á la gloria de nuestro Santo, que coronar con el martirio los trabajos de su apostolado; pero no tardó mucho en conseguir esta gracia. Irritaron á los judíos las insignes conversiones que hacia, y resolvieron librarse de él. Revelóselo Dios, como tambien el dia de su muerte, y se preparó con nuevo fervor para ser víctima de aquel sacrificio. Llegado el dichoso dia, muy de mañana ofreció á Dios el del altar, dando órden á Juan Marco de que se retirase, y no volviese sino á dar sepultura á su cuerpo. Los ancianos de la sinagoga de Salamina representaron al pueblo que las conquistas que hacia Bernabé á Jesucristo arruinaban la religion de Moyses, y faltaba poco para que la sinagoga se convirtiese en un desierto. Excitóse una sedicion popular, y echando mano del Apóstol, le arrastraron hasta fuera de la ciudad, donde le quitaron la vida á pedradas el dia 11 de junio, hácia el año 70 de Jesucristo; y con esta preciosa muerte terminó su gloriosa carrera nuestro gran Santo. Quisieron despues quemar su cuerpo; pero su querido discípulo Juan Marco acudió la noche siguiente con otros

cristianos, y hallándole entero, le dió sepultura á ciento y veinte pasos de la ciudad.

Sobreviniendo poco tiempo despues la persecucion, se olvidó el lugar de la sepultura, hasta que convertidos á la fe los emperadores, se hizo tan célebre con los milagros, que le llamaban *el sitio de la salud*. En fin, por los años 488, en tiempo del emperador Zenon, se descubrieron las preciosas reliquias por un sueño en que el mismo Santo se las reveló á Antemo, obispo de Salamina. Formóse una procesion de todo el clero, seguido de toda la ciudad, que se encaminó al sitio que el Santo habia revelado; cavóse en él, y se encontró el santo cuerpo en una especie de gruta, teniendo sobre el pecho el evangelio de san Mateo, escrito todo de mano del mismo san Bernabé. Envió Antemo este exemplar al emperador Zenon, que le mandó guarnecer en láminas de oro, y guardar respetosamente en su palacio. Despues hizo edificar una magnífica iglesia en honor de san Bernabé en el mismo sitio donde se habia encontrado aquella preciosa reliquia, colocando el sepulcro del Santo al lado derecho del altar, enriquecido con relieves de plata y con grandes columnas de mármol.

Asegura san Gerónimo que san Bernabé escribió una epístola llena de edificacion para toda la Iglesia, en la cual prueba la abolicion de la ley por el evangelio de Jesucristo, la inutilidad de las ceremonias legales, y la necesidad de la encarnacion y la muerte del Salvador, con otras instrucciones doctrinales muy provechosas. Dirigíase á los hebreos, esto es, á los judíos que habian abrazado la religion cristiana, pero que todavía estaban muy pegados á las observancias ceremoniales de la ley; en élla se califica el Santo á sí mismo *el último*, *y la escoria* de los mismos á quienes escribe, encomendándose en sus oraciones. Aunque esta epístola no está recibida por canónica, la citan muchas veces san Clemente Alexandrino, Tertuliano, y Orígenes, que la llama *epístola católica*, esto es, dirigida á toda una nacion, y no á alguna iglesia ó persona particular.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos beati Barnabæ apostoli tui meritis et intercessione lætificas; concede propitius, ut qui tua per eum beneficia poscimus, dona tuæ gratiæ consequamur: Per Dominum nostrum...

O Dios, que nos consuelas con la intercesion de tu bienaventurado apóstol Bernabé, concédenos benigno que consigamos por tu gracia aquellos beneficios que os pedimos por su ruego: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 11. y 13. de los Hechos de los apóstoles.

In diebus illis: Multus numerus credentium Antiochiæ conversus est ad Dominum. Pervenit autem sermo ad aures Ecclesiæ quæ erat Jerosolymis super istis: et miserunt Barnabam usque ad Antiochiam. Qui cum pervenisset, et vidisset gratiam Dei, gavisus est, et hortabatur omnes in proposito cordis permanere in Domino: quia erat vir bonus, et plenus Spiritu sancto, et fide. Et apposita est multa turba Domino. Profectus est autem Barnabas Tarsum, ut quæreret Saulum: quem cum invenisset, perduxit Antiochiam. Et annum totum conversati sunt ibi in Ecclesia: et docuerunt turbam multam, ita ut cognominarentur primum Antiochiæ discipuli, christiani. Erant autem in Ecclesia, quæ erat Antiochiæ prophetæ, et doctores, in quibus Barnabas, et Simon, qui vocabatur Niger, et Lucius Cyrenensis, et Manahem, qui erat Herodis Tetrarchæ collactaneus, et Saulus. Ministrantibus autem illis Domino, et jejunantibus,

En aquellos dias: Gran número de gente en Antioquía habiendo creido, se convirtió al Señor. Y esta noticia llegó á oidos de la Iglesia que estaba en Jerusalen; y enviaron á Bernabé hasta Antioquía. El cual, habiendo llegado y visto la gracia de Dios, se alegró: y exhortaba á todos á permanecer en el Señor con constancia de corazon; porque él era hombre de bien, y lleno de Espíritu santo y de fe. Y se adquirió gran multitud de gente para el Señor. Bernabé, pues, se partió para Tarso en busca de Saulo; y habiéndole encontrado, le conduxo á Antioquía. Y se mantuvieron en aquella iglesia un año entero, y enseñaron á una gran multitud, de manera que en Antioquía fueron los primeros discípulos que se llamaron cristianos. Y habia en la iglesia de Antioquía profetas y doctores, entre los cuales Bernabé y Simon, llamado el Negro, y Lucio de Cirene, y Manahen, hermano de leche de Herodes tetrarca y Saulo. Mientras éstos ofrecian al Señor los sagra-

dixit illis Spiritus sanctus: Segregate mihi Saulum et Barnabam in opus, ad quod assumpsi eos. Tunc jejunantes, et orantes, imponentesque eis manus, dimiserunt illos.

dos misterios, y ayunaban, les dixo el Espíritu santo: Separadme á Sáulo y Bernabé para la obra á que los tengo destinados. Entonces, despues de haber ayunado y orado, imponiéndoles las manos, los despidieron.

NOTA.

»El libro de los Hechos apostólicos, ó Actas de los »apóstoles, que escribió san Lucas, es una historia de lo »mas singular y milagroso que sucedió en la cuna de la »Iglesia; esto es, desde la Ascension de Cristo á los cie»los, hasta que entró san Pablo en Roma. En él se lee el »nacimiento de la religion, los progresos del evangelio, »las victorias conseguidas de la sinagoga y de la gentili»dad, y la union de los dos pueblos judáico y gentílico »en el seno de la Iglesia.

REFLEXIONES.

Segregadme á Sáulo y á Bernabé para el ministerio á que yo los he destinado. El Espíritu santo es el que habla; el mismo Dios es el que los escoge para las funciones del sagrado ministerio; ¿con semejante vocacion cómo podian dexar de ser poderosos en obras y en palabras? Por eso nunca se vieron misiones mas provechosas, zelo mas eficaz, ni tantas conversiones. ¿Y qué no harian tambien todos los dias los ministros del Señor si se dedicaran siempre al sagrado ministerio por eleccion del Espíritu santo? El ministerio siempre es verdaderamente divino; ¿pero es siempre verdaderamente divina la vocacion? ¿es siempre Dios el que llama á ese muchacho al servicio del altar? ¿es Dios el que le separa para sí? ¿es Dios el que le escoge para ese ministerio? ¡Ah, y cuántas veces no hay otra vocacion que la ambicion y la codicia! ¿Es el segundo ó el tercero de la casa? pues dedíquese á la iglesia: pero no tiene vocacion; no importa, sus padres la tienen por él: pero le faltan los talentos necesarios para el cumplimiento de las graves obligaciones del estado; no

importa, ya tendrá habilidad para coger las rentas del beneficio. En la prelacía solo se atiende á las conveniencias temporales; el esplendor lisonjea la ambicion, y la opulencia á la codicia. Basta muchas veces que un jóven sea de mala figura, de poco espíritu, de corto entendimiento, que le falten aquellas prendas que brillan en el mundo para que se le destine al estado eclesiástico. Dásele á Dios no pocas veces el desecho de las familias, y determina los estados la inclinacion de los parientes. Mas que llame Dios á un jóven al estado religioso; mas que su vocacion sea la mas fuerte, la mas indubitable, á nada de eso se atiende; solo se mira la predileccion de los padres y el interes de la familia. Basta que haya nacido el segundo para no dudar que se le ha de destinar á la iglesia, y al formidable ministerio de los altares; pero si las cosas se mudaren, tambien se mudará su vocacion. No tiene dote una doncella; esto basta para que los padres se crean movidos del espíritu de Dios para decir que ha de ser religiosa; ¿pero tiene un dote considerable, es la heredera de la casa? pues su amor al retiro y su inclinacion al cláustro es una conocida tentacion. Pregunto: ¿es Dios el que preside á las elecciones de uno y de otro estado? ¿es el espíritu de Dios el que hace este repartimiento? de ningun modo; es una ciega predileccion, es la ambicion, es el interes, es el favor, es el derecho del nacimiento los que sin consultar á Dios deciden soberanamente de la suerte de los hijos; y en éstos son miras y respetos puramente naturales los que les hacen tomar gusto á las mas sagradas dignidades, á las funciones mas graves del tremendo ministerio; y nos admirarémos despues de que se les trastornen las cabezas á los que estan en los empleos mas altos; nos admirarémos de que el pan de la palabra de Dios no tenga fuerza ni substancia en la boca de aquellos que fueron escogidos de Dios para repartirle; nos admirarémos de que el sacerdote se confunda con el lego por el desórden ó por la irregularidad de sus costumbres; de que los pastores de Israel se apacienten á sí mismos, en lugar de apacentar el rebaño, como se explica el Profeta; nos admirarémos en fin de que los cargos que hacia Dios en otro tiempo á los ministros de la ley antigua vengan tan ajustados á los de la ley nue-

va: *Lac comedebatis, et lanis operiebamini*: comíais la leche de mis ovejas, y os abrigábais con su lana: *et quod infirmum erat non consolidastis*; pero no os aplicábais á curar las fracturas de las perniquebradas; ni á limpiar las llagas de las que estaban heridas; *et quod ægrotum erat non sanastis*, ni á aplicar medicinas á las enfermas, ni á levantar las caidas, ni á buscar las que se habian perdido y descarriado, dexándolas perecer miserablemente: *et quod perierat non quæsistis*; reduciéndose todo vuestro cuidado á dominarlas con severidad y con altanería: *cum austeritate imperabatis eis, et cum potentia.* De esta manera se esparcieron mis pobres ovejas, y fueron devoradas por el lobo: *dispersæ sunt oves meæ.* Pero yo os juro por mí mismo, dice el Señor, que pediré á esos indignos pastores la estrecha y terrible cuenta de las ovejas que dexaron perder, y del rebaño de que tanto descuidaron: *Vivo ego, dicit Dominus: requiram gregem meum de manu eorum.* Estos son los funestos efectos de esas vocaciones puramente humanas; esto es lo que producen esas instrucciones, esos destinos al estado eclesiástico sin vocacion.

El evangelio es del cap. 10. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Ecce ego mitto vos sicut oves in medio luporum. Estote ergo prudentes sicut serpentes, et simplices sicut columbæ. Cavete autem ab hominibus. Tradent enim vos in conciliis, et in synagogis suis flagellabunt vos: et ad præsides et ad reges ducemini propter me in testimonium illis, et gentibus. Cum autem tradent vos, nolite cogitare quomodo, aut quid loquamini: dabitur enim vos in illa hora, quid loquamini: non enim vos estis qui loquimini, sed spiritus Patris vestri, qui loqui-

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: He aquí que yo os envio como ovejas en medio de los lobos. Sed, pues, prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas. Pero guardáos de los hombres; porque os harán comparecer en los concilios, y os azotarán en sus sinagogas; y seréis llevados por mi amor delante de los presidentes y de los reyes como testigos contra éllos y contra las naciones. Pero cuando os hagan comparecer no penseis del cómo, ó qué habeis de hablar; porque en aquella hora os será dado lo que habeis de hablar. Porque no sois

quitur in vobis. Tradet autem frater fratrem in mortem, et pater filium: et insurgent filii in parentes, et morte eos afficient: et eritis odio omnibus propter nomen meum: qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.

vosotros los que hablais, sino el espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros. El hermano, pues, entregará á su hermano á la muerte, y el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra sus padres, y los harán morir: y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; pero el que perseverare hasta el fin, ese será salvo.

MEDITACION.

De la prudencia cristiana.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la prudencia cristiana es aquella importante virtud que enseña á arreglar la vida y las costumbres segun las máxîmas de la ley de Dios, y á dirigir las palabras y las obras segun las reglas de la fe y de la religion que profesamos; sin élla ni hay honradez, ni hay virtud, ni hay mérito; sin élla todo es descamino, y sin esta luz cada paso es un tropiezo.

No hay cosa mas flaca ni mas falsa que la prudencia del mundo; todo su estudio tira á alucinarnos; yerra los fines, y desacierta los medios; con que por precision todas sus lecciones han de parar en engañarnos. ¡Qué dignos son de lástima los que se dexan conducir de semejante guia! fines torcidos, medidas desconcertadas, quimeras fantásticas, discursos falaces, manantial inagotable de disgustos y de arrepentimientos, estos son los funestos pero necesarios efectos de la prudencia de la carne. Mira como á un solo golpe de viento se desvanecen todos esos vastos proyectos de fortuna.

Considera bien esas medidas tomadas con tanto estudio, conducidas con tanta habilidad, sostenidas con tanto arte; por lo comun, si no siempre, se halla que se tomaron mal, y que no alcanzan. Nuestras luces son muy limitadas, nuestra destreza muy corta, y todas nuestras fuerzas no bastan para evitar los escollos en que se va á

estrellar toda la prudencia humana. Es menester eleccion, prevision, discernimiento; es menester no perder jamás de vista la regla de las costumbres, la brevedad de la vida, la inmutabilidad de nuestro último fin; es menester conocer la vanidad, descubrir la falsa brillantez, comprender la nada de esos bienes criados, que nos encantan, ¿y esto quién lo puede hacer sino solo la prudencia cristiana, que sabe sola representar los objetos como verdaderamente son, y élla sola sabe tomar las medidas justas?

¡Cosa extraña! toda la vida se está estudiando, toda se pasa en una contínua agitacion, toda se consume en llegar cada uno á sus fines; artificios, sutilezas, enredos, disimulaciones, de todo se echa mano para hacer cada uno su fortuna. Prudencia humana, falsa prudencia, que cada dia se está Dios complaciendo en confundir por esas muertes imprevistas, por esas desgracias no esperadas, por esas súbitas revoluciones, que en menos de nada trastornan tanto las familias. ¡Qué lástima, ó por mejor decir, qué cosa mas risible que ver los afanes, las fatigas de los hijos de Noe para inmortalizar su nombre, para levantar una fortificacion contra la cólera del cielo, para fabricarse un asilo contra todas las desgracias! imágen natural de la prudencia de la carne. ¡Qué necedad apoyarse en solos sus brazos! ¡contar con solo su crédito, con el poder de sus amigos, con el favor de sus protectores, con la virtud de sus riquezas, con la felicidad de su fortuna y con los arbitrios de su habilidad y de su industria! *Nisi Dominus ædificaverit domum, in vanum laboraverunt qui ædificant eam*: si el Señor no entra en nuestros proyectos, si no es el único fin y el móvil principal de todas nuestras empresas, si él mismo no fabrica nuestra fortuna, de nada sirven todas nuestras diligencias y medidas. ¡Mi Dios, qué necedad la de fundarnos, la de confiar solo en nuestra prudencia!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que solamente la prudencia cristiana, esto es, aquella prudencia que únicamente se apoya en los principios de la religion, que solo sigue las luces de la ra-

zon alumbrada por la fe, que no tiene otra regla que las máxîmas del evangelio; solamente esta prudencia no se descamina, sola élla es verdadera, sola puede haçer nuestra fortuna para el tiempo y para la eternidad. Élla sola posee el arte de aprovecharse igualmente de los bienes y de los males de esta vida; consígase ó no se consiga lo que se pretende, cuando solo se obra movido de un espíritu cristiano, y segun la prudencia del evangelio, sálgase bien ó sálgase mal de lo que se intenta, si no se lograre la aprobacion de los hombres, se logra siempre la de Dios, que lleva cuenta fiel de todos nuestros pasos. Mas que el suceso no corresponda á los deseos de la ambicion; mas que no se conforme al gusto del mundo, siempre nos será favorable. Los santos jamás conocieron otra prudencia; es cierto que no siempre votaron en favor de sus acciones los hijos de este siglo; ¿pero al precio quién no quisiera haber sido tan discreto y tan prudente como lo fueron los santos?

Es verdad que la prudencia cristiana ignora todas esas sutilezas del ingenio humano, que tantas veces se burlan de los corazones sencillos; ignora esas delicadas máxîmas de refinada política, que tal vez se adelantan á registrar y á revolver lo futuro, haciendo burla de la rectitud y de la simplicidad de una conciencia timorata; ignora todas esas baxezas, que son propias de una alma esclava de sus pasiones; todos esos artificios con que se pretende hacer fortuna, y tener la vanidad de que sea obra de la propia industria. Pero Dios reprueba y confunde esta prudencia; la prudencia cristiana tiene cimientos mas firmes, sigue guias mas seguras, y no engaña á los ojos mundanos. Acompáñala siempre la modestia, la humildad, el desinteres y el espíritu de religion, que contínuamente le estan inspirando moderacion y cordura. Es cierto que la hacen parecer menos brillante; ¿pero qué mérito no atesora? ¿qué consuelo y qué tranquilidad no la produce, tanto para esta vida como para la ótra? Ríese el mundo alguna y muchas veces de la rectitud y de la buena fe de las almas timoratas; ríese de su franqueza y de su sinceridad; trata de imbecilidad la delicadeza de conciencia, ó cuando menos, de apocamiento de espíritu. ¿Pero se pensará

lo mismo cuando se vea que esos ánimos apocados, esos imaginados simples poseyeron la ciencia de los santos, y obraron segun el espíritu de Dios; que fueron sabios á sus divinos ojos, y que solos éllos fueron prudentes y discretos? Es verdad que esta prudencia no sabe qué cosa es mentira ni artificio; que sacrifica á la conciencia y á la religion todos los intereses; que ignora todo doblez y toda superchería; ¿pero será menos respetable por eso? ¿será menos segura? ¿y merecerá el nombre de prudente la conducta contraria que sigue la mayor parte del mundo? ¿no es una insigne locura? y cualquiera que siga otra prudencia que la prudencia cristiana, ¿no será un pobre insensato?

Sin duda, mi Dios, sin duda; y hago esta sincera confesion con un íntimo dolor de mi desacertada conducta. Detesto con toda el alma esa desdichada política, esa perniciosa prudencia, esa falsa sabiduría. Vuestra ley, mi Dios, vuestros mandamientos, vuestro evangelio, vuestras máximas; esa será de hoy en adelante toda mi política, toda mi prudencia y toda mi conducta; pero divino Maestro mio, todo ha de ser con vuestra gracia; porque sin élla á nada se reducen todas mis resoluciones.

JACULATORIAS.

Beati immaculati in via, qui ambulant in lege Domini. Salm. 118.

Dichosos aquellos que van por el camino de la inocencia, y caminan fielmente por el sendero de la ley santa de Dios.

Beati qui scrutantur testimonia ejus: in toto corde exquirunt eum. Ibid.

Dichosos los que solo estudian en saber la voluntad de Dios para cumplirla, para no apartarse de élla.

PROPOSITOS.

No hay cosa mas perjudicial á la verdadera virtud que la falsa prudencia; prudencia mundana, prudencia carnal, toda natural, que ni ve sino por los ofuscados ojos de la humana razon, ni juzga sino por el órgano falaz de los sentidos, ni tiene otro primer principio que el errado

dictámen del amor propio. Tal es la prudencia que hoy reyna en el mundo, y algunas veces tambien aun en los cláustros religiosos; solamente se consulta á lo que se llama *buen juicio*; no se siguen otras luces que las débiles y obscurecidas del propio dictámen, ni se hace juicio de las cosas sino por las desacertadas máximas de la prudencia humana. Y como á las de Jesucristo, á las del evangelio y á las de la fe, ni se las consulta, ni aun se las oye en su tribunal, siempre pierde el pleyto en él la religion. Todo se mide; todo se arregla, todo se ajusta á la perniciosa prudencia de la carne, la cual hace filósofos, pero no cristianos. Guárdate bien de seguir semejante guia, que siempre te descaminará; discurre en buen hora en todos los asuntos segun las luces de un entendimiento derecho y de un juicio sano; pero jamás pierdas de vista en tu modo de discurrir los principios de la fe y las luces del evangelio; éstas han de purificar aquéllas; sin las primeras todo lo que se llama *buen juicio* es mera ilusion, es extravagancia. En tanto serémos hombres de buen juicio, en cuanto nuestro espíritu se conformare con el de Jesucristo. Has de tener siempre esta verdad por un primer principio.

2 Desconfia siempre mucho de tu propio parecer, de tu imaginario buen juicio, y de todos tus alcances; la pasion, el amor propio y el interes todo lo ciegan; por eso es tantas veces el entendimiento juguete y burla del corazon. Nunca te fies de aquella prudencia mundana, que con los especiosos pretextos de gratitud, de urbanidad, de atencion y de necesidad, favorece siempre á la pasion y al amor propio, pero á costa de la virtud y de la salvacion. ¿Tratas de resolverte á algun negocio de consecuencia y de importancia? Da principio consultándolo con Dios, y pidiéndole que te alumbre; despues exâmina con madurez todas las circunstancias y todas las razones; pero discurriendo siempre con respeto á tu último fin, que en todas las cosas ha de ser tu primer principio. Considérate en la hora de la muerte cercano ya á dar cuenta de aquel negocio que quieres emprender; mírale ahora como le mirarias entonces; y en fin, no emprendas cosa alguna considerable sin haberla consultado primero con un sabio y santo director.

DIA DOCE.

San Basílides, Cirino, Nabor y Nazario, mártires.

Entre aquella portentosa innumerable multitud de invictos mártires con que ilustró á la santa Iglesia la cruel persecucion de Diocleciano y Maxîmiano, no ocupan el inferior ni el menos glorioso lugar los santos Basílides, Cirino, Nabor y Nazario, cuatro bizarros jóvenes, todos caballeros romanos, tan señalados por sus prendas personales como por su ilustre nacimiento, pero mucho mas por la incomparable dicha de haber profesado la fe de Jesucristo. Siendo la carrera de las armas la única que correspondia á hombres de su distincion, y estando obligados á servir todos los caballeros romanos, los cuatro tomaron partido en los exércitos de los emperadores, y todos eran oficiales en el que mandaba en Italia Maxencio, en quien su padre Maxîmiano habia renunciado el imperio, aun viviendo todavía Diocleciano.

Informado Maxencio de que los cristianos favorecian el partido de Constantino, proclamado emperador por el exército de Inglaterra, él mismo fingió serlo, para atraerlos á su servicio, y mandó cesar las pesquisas que en todas partes se hacian contra éllos; breve intervalo en que respiraron los fieles algun tanto de tan dilatada persecucion, que tenia inundado al mundo en sangre y en carnicería; pero duró poco la calma. Sufocó el tirano Maxencio la revelion de Alexandro, que se habia hecho proclamar emperador por las legiones de África, y pareciéndole á su orgullo que ya no tenia que temer á los cristianos, se quitó la máscara, se declaró su enemigo, y los persiguió con extraordinario furor. En la persecucion de este implacable enemigo del cristianismo señalaron su fe nuestros cuatro campeones, acreditando la religion con aquella heróica constancia con que se burlaron de los mas

crueles tormentos, y premiándosela el cielo con la triunfante corona del martirio.

Por los años de 309 renovó el Tirano los sangrientos edictos de los emperadores Diocleciano y Maxîmiano contra la religion, mandando se hiciesen las mas exâctas pesquisas de todos los que la profesaban. Ni Basílides y sus tres animosos compañeros eran tan cobardes ó tan tímidos que la quisiesen disimular, ni la pública y abierta profesion que hacian de élla podia nunca encubrirse; por lo que viendo que la tempestad iba á descargar sobre su cabeza, se previnieron al combate, y desprendiéndose de sus opulentos bienes, los distribuyeron todos entre los pobres.

Comenzaron por héroes de la caridad, para pasar luego á ser mártires de la fe. Dieron noticia á Aurelio, prefecto de la ciudad de Roma, de que habia en el exército cuatro oficiales, tan lejos de avergonzarse de ser cristianos, que hacian ostentacion de serlo, despreciando con insolencia los edictos imperiales en punto de religion, y haciendo solemne burla de los dioses del imperio.

Quiso verlos el Prefecto; recibiólos con estimacion y con agrado, diciéndoles los habia llamado para informarse de su misma boca de un hecho que los interesaba, y que él no podia creer: *Dícese por ahí*; continuó Aurelio, *que todos cuatro sois cristianos; téngolo por impostura, pues no me puedo persuadir que unos caballeros de vuestra edad, de vuestras obligaciones y de vuestros grandes talentos; unos oficiales de los primeros que cuenta y que respeta el exército de los emperadores, tan acreedores á esperar todo cuanto se puede esperar de su favor, como expuestos á temer todo cuanto se puede temer de su desgracia, sean capaces de caer en las ridículas extravagancias de los cristianos, tantas veces proscriptos por los emperadores; y cuyo solo nombre se oye con horror, y suena como infamia en todo el romano imperio. El hecho es tal, que para justificaros conmigo no necesitais de mucha apología; sóbraos honor y entendimiento para no incurrir jamás en la vileza y en la locura de ser cristianos. En medio de eso, como esta maliciosa voz se ha extendido demasiado, tengo por preciso que vengais conmigo al templo; diligencia que solo élla bastará para disipar una*

calumnia en que anda la grosería mezclada con la malignidad.

Habló Aurelio con tanta satisfaccion, y al mismo tiempo con tanta rapidez, que no dió lugar ni aun con una breve pausa á que nuestros Santos le pudiesen responder; mas luego que cesó de hablar, tomó la voz san Basílides, como el menos mozo de los cuatro, y le dixo: *Nunca se debe tratar de calumnia una verdad que hace honor; dixéronte que éramos cristianos, y te dixeron la verdad. Ni podemos negar, ni debemos avergonzarnos de profesar una religion que es únicamente la verdadera. Sí, Aurelio, publicamos y publicarémos á gritos que no hay otro Dios que el que adoramos los cristianos. Solo perdiendo el juicio, y trastornándose totalmente la razon, se pueden tener por Dios á los que fueron afrenta de la humanidad, y no merecieron vivir entre los hombres.*

Calla impío, exclamó el Prefecto, encendido ya en furor, al oir una respuesta que verdaderamente no esperaba; *calla, cose esa boca sacrílega, y cesa ya de blasfemar de nuestros dioses inmortales; dexa, que yo sabré vengar su honor, y castigar vuestra insolencia. Lleven á esos locos á la cárcel, y enciérrenlos en un lóbrego hediondo calabozo, hasta que informe al Emperador de su impiedad y de su desobediencia.*

Executóse la órden al momento; despojados de todos los honores y de todas las insignias militares, fueron encerrados en el mas tenebroso y mas inmundo calabozo de las prisiones de Roma. Pero tardó poco el Señor en hacerlos experimentar los visibles efectos de su singular proteccion y de su divino poder; desprendiose del cielo una milagrosa luz que en un instante disipó las tinieblas del obscuro calabozo; iluminóle todo con mayor claridad que la del mas sereno y mas despejado medio dia; convirtióse la hediondez en una suavísima fragrancia; y como el resplandor se propagó tanto, que aun á larga distancia se dexaba percibir, acudió el alcayde de la cárcel, por nombre Marcelo, á ser testigo ocular de esta maravilla; abre de repente el calabozo, encuentra á los santos prisioneros bañados de una celestial alegría; registra, exâmina, mira á todas partes por si descubre el origen de aquella asombrosa luz, y convencido de que era verdaderamente

milagrosa, confiesa no haber otro verdadero Dios que el Dios de los cristianos, y arrojándose á los pies de los santos Mártires, los pidió el bautismo con toda su familia. Hizo en Roma mucho ruido esta conversion; llegó á los oidos de Aurelio, y mandó que los prisioneros fuesen traidos á su presencia cargados de cadenas.

No vió Roma espectáculo, por una parte mas tierno, y por otra mas glorioso á Jesucristo, que cuando vió atravesar por sus calles cuatro caballeros romanos en la flor de su edad, de bizarra disposicion, de un ayre tan noble como garvoso, el semblante risueño y despejado, las manos atadas á las espaldas, cargados de hierro, y seguidos de la villana gritería del populacho. Llegados á palacio, los preguntó Aurelio si el calabozo y las prisiones los habia hecho cuerdos. *Dexaríamos de serlo*, respondió Basílides, *si dexásemos de ser cristianos. Prefecto, ten entendido que las prisiones no alteran la fe ni la constancia de los que solo suspiran por el martirio; la mayor dicha del hombre es dar la vida por el único que puede hacerle dichoso despues de la muerte.*

Bien está, replicó Aurelio, *si las prisiones no os hicieron mas juiciosos, los tormentos os harán menos insolentes. O resolvéos á sacrificar á los dioses, deshaciendo los hechizos con que trastornásteis la cabeza del infeliz alcayde, ó prevenios á sufrir mas espantosos suplicios. Para dar á conocer al verdadero Dios*, respondieron los Santos, *no nos valemos de hechizos ni de encantamientos: lo que él mismo puede y sabe hacer para darse á conocer, pregúntaselo tú al mismo alcayde, á su muger y á sus hijos. Por lo que toca á nosotros, ¿te parece que somos capaces de ofrecer sacrificio á los demonios? No adoramos, ni ofrecemos sacrificio á otro que al verdadero Dios; y tú mismo debieras avergonzarte de tener por dioses á las piedras y á los troncos.*

No como quiera se irritó; salió el Prefecto fuera de sí con la saña al oir una respuesta tan cristiana como generosa; y sin detenerse en mas razones dió sus órdenes para que se executasen con los santos inauditas crueldades. Mandólos azotar con los que llamaban *escorpiones*: eran unos ramales de hierro ó sembrados de puntas aceradas, ó compuestos de mallas espinosas, con unas boli-

llas de plomo en los extremos, á cuyo golpe se caia la carne á pedazos, quedando despedazado el cuerpo con horribles sulcos.

Teníase por tormento ignominioso, y al mismo tiempo era su dolor incomprensible. A poco tiempo quedaron descarnados á trozos los cuerpos de los santos Mártires, descubriéndoseles hasta los huesos, con horror de los mismos gentiles, que confesaban atónitos no era posible sobrevivir sin milagro á tan horroroso tormento. Hasta el Tirano mismo quedó asombrado, y mas cuando le informaron que despues de aquel granizo de azotes, á cual mas cruel y doloroso, lejos de blandear los Santos, ó á lo menos de mostrar algun abatimiento, cada instante confesaban á Cristo con mayor intrepidez. Mandó, pues, que los volviesen á la cárcel, no desconfiando de cansar su paciencia con la lentitud y dilatacion de los tormentos; persuadido tambien á que el mas cruel de todos éllos sería dexarlos en tan lastimoso estado, sin permitirles el menor alivio, para que cada dia se fuesen rasgando mas las heridas, y se exâcerbase el dolor con la destemplanza del frio.

Siete dias estuvieron de esta manera en el calabozo, no solo sin algun lenitivo humano, pero casi sin sustento; mas el cielo tomó de su cuenta el confortar aquellas generosas almas. Nunca fueron mayores ni mas abundantes los consuelos; y parecia que solo se multiplicaban las heridas para que se multiplicasen las bocas que aplaudiesen el triunfo de los mártires, y engrandeciesen el poder del que sabe preparar los mayores gustos en medio de los mayores suplicios. En fin, llegó el suceso á noticia del Emperador, y queriendo informarse de la verdad por sí mismo, mandó que los traxesen á su presencia. Quedó atónito y horrorizado cuando vió aquellos destrozados cuerpos, cuyo primer aspecto representaba una sola, pero general y lastimosa llaga; preguntólos simple y sencillamente si persistian en la resolucion de no sacrificar á los dioses; aturdióle mucho mas la generosa, firme y determinada respuesta que le dieron: por algun tiempo se quedó como embargado y suspenso; y no pudiendo sufrir ya delante de sus mismos ojos una prueba tan ilustre como concluyente de la falsedad de sus quiméricas fabu-

losas divinidades, ni un testimonio tan ilustre de la divinidad de Jesucristro, y de la excelencia de la religion cristiana, pronunció sentencia de que los cortasen la cabeza, y sus cuerpos fuesen arrojados en un camino público; lo que se executó inmediatamente, recibiendo la corona del martirio los cuatro nobles Campeones el dia 11 de junio hácia el año de 309.

Cuidaron los cristianos de la ciudad de recoger los santos cuerpos, á quienes habian respetado las aves y las fieras, y los enterraron en la Via Aureliana, erigiéndose despues una capilla en el lugar de su sepultura.

Con el tiempo san Crodegang, obispo de Metz, pidió y obtuvo del papa Paulo I. las reliquias de los santos Nabor y Nazario, junto con las de san Gorgonio tambien mártir, las cuales hizo traer á Francia el año de 766; y saliéndolas á recibir con religiosa pompa y devota magnificencia, colocó las de san Gorgonio en la célebre abadía de Gorza, las de san Nabor en la iglesia del monasterio de san Hilario, y las de san Nazario en la del de Lauresham, ó de Lorch.

La misa es en honra de los santos Mártires, y la oracion la siguiente.

Sanctorum martyrum tuorum Basilidis, Cyrini, Naboris, atque Nazarii, quæsumus, Domine, natalitia nobis votiva resplendeant, et quod illis contulit excellentia sempiterna, fructibus nostræ devotionis accrescat: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que admitais las oraciones que os ofrecemos, celebrando el nacimiento á la gloria de vuestros santos mártires Basílides, Cirino, Nabor y Nazario, y que se aumenten en nosotros, por fruto de nuestra devocion, aquellas gracias que los merecieron á éllos la eterna bienaventuranza: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10. del apóstol san Pablo á los hebreos.

Fratres: Rememoramini pristinos dies, in quibus illuminati magnum certamen sustinuistis passionum: et in altero quidem opprobriis et tribulationibus spectaculum facti: in altero autem socii taliter conversantium effecti. Nam et vinctis compassi estis, et rapinam bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis, cognoscentes vos habere meliorem, et manentem substantiam. Nolite itaque amittere confidentiam vestram, quæ magnam habet remunerationem. Patientia enim vobis necessaria est: ut voluntatem Dei facientes, reportetis promissionem. Adhuc enim modicum aliquantulum, qui venturus est, veniet, et non tardabit. Justus autem meus ex fide vivit.

Hermanos: Traed á la memoria aquellos dias primeros, en que habiendo sido iluminados sufrísteis un gran conflicto de tormentos, un dia siendo hechos el espectáculo de oprobio y de tribulacion, otro siendo hechos compañeros de los que se hallaban en tal estado. Porque tuvísteis compasion de los encarcelados, y llevásteis con alegría que os hurtasen vuestros bienes, conociendo que vosotros teníais una hacienda mejor y mas duradera. Y así no querais perder vuestra confianza, la cual merece una gran recompensa. Por cuanto la paciencia os es necesaria para que haciendo la voluntad de Dios poseais lo que os está prometido. Porque despues de muy poco vendrá el que ha de venir, y no tardará. Pero mi justo vive de la fe.

NOTA.

»La epístola á los hebreos, esto es, á los judíos con»vertidos que vivian en Jerusalen y en Palestina, contiene »toda la teología y toda la ciencia sobrenatural del mis»terio de la Encarnacion, de la divinidad de Jesucristo, »de su empleo de Salvador, de Mesías, de sumo Sacerdo»te; y la acaba san Pablo exhortando á dichos judíos á »perseverar en la fe del mismo Jesucristo, sin la cual no »hay salvacion.

REFLEXIONES.

El tiempo es breve, y muy breve. Pocos harán estas reflexiones; pocos las leerán que no hayan andado ya la mitad de su carrera; muchos estarán al fin de élla, y tocarán la sepultura con la mano. ¡Ah, y cuántos no llegarán al fin del año! un puñado de dias que se escapan,

que se huyen, que cada momento se desaparecen; un número de horas muy limitado, y sobre eso muy incierto; una vida expuesta á mil tristes accidentes, que en conclusion es un soplo; éste es el cimiento de arena sobre que estamos edificando; ésta la basa en que estriban nuestros proyectos; éste el fundamento sobre el cual levantamos nuestra fortuna. Ciertamente, cuando se piensa con seriedad en la inconstancia, en la brevedad, en la rapidez de esta miserable vida; y cuando al mismo tiempo se consideran esos vastos y ambiciosísimos proyectos, esos atropellados, infinitos y tumultuosos afanes, esas inmensas ideas de grandeza y de fortuna, que solas éllas pedian siglos enteros para efectuarse; ¿no hay sobrada razon para exclamar: Hijos de los hombres, cuándo habeis de dexar de ser locos é insensatos? ¿hasta cuándo ha de durar esto de ocupar toda la vida en hacer nada? *El tiempo es breve*; pero si se reflexîonan los pensamientos que se tienen, los pasos que se dan, las líneas que se tiran, las medidas que se toman, ¿quién no dirá que estamos seguros de que hemos de vivir muchos siglos? *El tiempo es breve*; todos convienen en eso; del buen ó mal uso de este poco tiempo depende una eternidad dichosa, ó una infeliz desventurada eternidad. Nadie lo ignora; y con todo eso la mayor y la mas séria ocupacion de muchos hombres es perder lastimosamente este poco tiempo. *El tiempo es breve, y muy breve*; no obstante, á cada uno le parece que tiene demasiado tiempo; apenas hay quien no sea pródigo del tiempo; ninguno que no conozca ha perdido casi todo el tiempo de su vida. *El tiempo es muy breve*; y solo se piensa en adelantar la hacienda, en adquirir nuevas posesiones, en subir todo lo que se pueda, sin considerar que esta migaja de tiempo está unida con aquella espantosa eternidad, durante la cual eternamente se ha de condenar, se ha de llorar, se ha de detestar todo aquello que al presente nos ocupa y nos encanta. ¿Dónde hay discursos mas necios, ni conducta mas loca que la de los disolutos, segun el retrato que hace de éllos el mismo Espíritu santo en la Escritura? ¿Hemos de vivir poco? dicen los impíos, pues démonos priesa á coronarnos de rosas antes que se marchiten. ¿*El tiempo es breve*? pues no hay que malograrle, y vámosle empleando

en amontonar bienes que luego hemos de perder, y no nos ha de ser posible conservar; no pensemos sino en embriagarnos en placeres que han de dar materia á nuestro arrepentimiento, y al cabo han de ser nuestro mayor suplicio. ¡Qué extravagancia! ¡qué locura! Debiendo discurrir de esta manera: ¿*El tiempo es breve*? pues no hay que fiarnos en él; no hay que perder un instante de tiempo; menospreciemos todo aquello que con el tiempo se acaba, y no estimemos, ni amemos, ni solicitemos sino aquello que nos ha de hacer dichosos por toda la eternidad. Así debe discurrir, y así debe obrar todo hombre cuerdo. ¿Hemos obrado, y hemos discurrido nosotros así?

El evangelio es del cap. 24. de san Mateo.

In illo tempore: Sedente Jesu super montem Oliveti, accesserunt ad eum discipuli secretò, dicentes: Dic nobis, quando hæc erunt? et quod signum adventus tui, et consummationis seculi? Et respondens Jesus, dixit eis: Videte ne quis vos seducat. Multi enim venient in nomine meo, dicentes: Ego sum Christus: et multos seducent. Audituri enim estis prælia, et opiniones præliorum. Videte ne turbemini: oportet enim hæc fieri, sed nondum est finis: consurget enim gens in gentem, et regnum in regnum, et erunt pestilentiæ, et fames, et terræmotus per loca. Hæc autem omnia initia sunt dolorum. Tunc tradent vos in tribulationem, et occident vos, et eritis odio omnibus gentibus propter nomen meum. Et tunc scandalizabuntur multi, et invicem tradent, et odio habebunt invicem. Et

En aquel tiempo: Estando Jesus sentado encima del monte Olivete, se llegaron á él sus discípulos en secreto, y le dixeron: Dinos á nosotros, ¿cuándo sucederán estas cosas? ¿y cuál será la señal de tu venida y de la consumacion del siglo? Y respondiendo Jesus, los dixo: Mirad no os engañe alguno. Porque vendrán muchos con mi nombre diciendo: Yo soy Cristo, y seducirán á muchos. Oiréis, pues, hablar de guerras y de rumores de guerras. Cuidad de no turbaros, porque conviene que sucedan estas cosas; pero todavía no es el fin. Porque se levantará gente contra gente, y reyno contra reyno; y habrá pestilencias, y hambres y terremotos en esta y aquella parte. Pero todas estas cosas son solo el principio de los dolores. Entonces os entregarán á la tribulacion, y os harán morir: y seréis aborrecidos de todas las naciones por causa de mi nombre. Y entonces se escan

multi pseudoprophetæ surgent, et seducent multos. Et quoniam abundabit iniquitas, refrigescet charitas multorum. Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.

dalizarán muchos, y se harán traicion mútuamente, y se aborrecerán únos á ótros. Y se levantarán muchos falsos profetas, y seducirán á muchos. Y por haber sobreabundado la iniquidad se resfriará la caridad en muchos. Pero el que perseverare hasta el fin, ese será salvo.

MEDITACION.

Que es menester estar siempre alerta contra las ilusiones del entendimiento y del corazon.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no siempre son los mas temibles los enemigos mas descubiertos y mas declarados de nuestra salvacion; la misma desconfianza que se tiene de éllos despierta la vigilancia contra sus embestidas y contra sus artificios. Pasiones vivas, tentaciones violentas, culpas visibles, todo esto lleva en su misma frente la malicia, y se huye de ello por no entregarnos á los punzantes remordimientos de una conciencia medianamente cristiana. Pocas almas hay tan réprobas ó tan perdidas, que en medio de sus mayores desórdenes no tengan alguna tal cual esperanza de enmendarse. Pero los enemigos mas engañosos, y por consiguiente los mas temibles, son las ilusiones del entendimiento y del corazon; cuando se coligan estas dos potencias, y emplean el artificio y el enredo para engañar á la pobre alma, solo por un milagro, y por un gran milagro, dexará de caer en el lazo.

Cuando el entendimiento descubre las pasiones del corazon, y pone en claro toda su malicia, no es dificil, con el auxîlio de la divina gracia, prevenirse bien contra las sorpresas del enemigo. Igualmente cuando el corazon mira con horror los objetos que el entendimiento le representa agradables, siempre tiene pocas fuerzas la atencion, y el enemigo no hará grandes progresos; mas cuando todos los objetos vienen marcados con el sello de la ilusion;

cuando las tinieblas del error se apoderaron tanto del corazon como del entendimiento; cuando solo se camina con la falsa luz que encienden las pasiones; cuando el capricho ocupó el lugar de la razon, y el corazon no tiene otra guia que su misma inclinacion natural, autorizada por el error; buen Dios, ¡qué de tropiezos, qué de errores se cometen en el camino, con qué seguridad anda el que de nada desconfia! ¿y de qué ha de desconfiar el que ve que van acordes el entendimiento, el corazon y las pasiones? Tiénese entonces por enemigo á cualquiera que pretenda turbar esta maligna seguridad. Levantan tanto el grito las pasiones, meten tanto ruido, que apenas se puede oir la voz de Dios. Casi apagada la fe, alumbrada con una luz tan amortiguada y tan debil que apenas se dexa percibir, óyese como oráculo todo lo que dicta, todo lo que declara el entendimiento entregado á las pasiones; al que piensa, al que discurre y al que habla de otra manera se le tiene lástima. De aquí nacen aquellos principios tan erróneos, aquellos sistemas de conciencia tan falsos, aquella conducta tan desacertada. No se reconoce otro tribunal que el que erigen el espíritu del mundo y las pasiones; en él solo preside el hombre; todas las sentencias se pronuncian segun las reglas de la carne y de la sangre, espiritualizadas por la ilusion. ¿Cómo se podrá salir de un laberinto, formado de enredos que ni siquiera se sospechan, y mas cerrándose cuidadosamente la puerta á todo lo que puede descubrir el descamino y el error. ¿Qué te parece? ¿no tuvo razon Jesucristo para prevenirnos que estuviésemos alerta, y cuidásemos de que no nos engañasen? ¿qué cosa mas engañosa que la ilusion? ¿y no será esta el enemigo mas temible de nuestra salvacion?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que todas las conquistas que hace el demonio, y todos los progresos que adelanta la disolucion, todas y todos son por la ilusion del corazon y del entendimiento. No es muy frecuente encontrarse con aquellas almas negras, que, como dice el Profeta, solo hallan gusto en la iniquidad, y jamás se cansan de correr á su perdicion. Por poca fe, por poca razon que se tenga, basta para abo-

rrecer lo malo, y para mirar con horror la culpa. Todo el artificio del enemigo se emplea en poner una mascarilla á los objetos, en espiritualizar los motivos, en disfrazar las pasiones, en representar plausibles las máxîmas mas contrarias al espíritu de Jesucristo y del evangelio; esta es la ocupacion mas querida, y la mas ordinaria de la ilusion.

Vase acercando el tiempo, decia el Salvador del mundo, en que juzgará hace servicio á Dios el que os haga perder. Siempre es la ilusion efecto de alguna pasion, y así la sirve que es una maravilla; sin la ilusion se extinguiria el amor propio, ó á lo menos haria pocos progresos. A favor de esta falsa luz se fomentan aversiones habituales, se desacredita al próximo sin escrúpulo, y aun se toma venganza sin remordimiento. A favor de esta falsa luz se aprueba todo aquello que nos lisonjea, y solo se halla gusto en lo que sustenta nuestra pasion. A favor de esta falsa luz se descubren hasta los átomos en el ojo ageno, y no se conocen las vigas en el propio. En fin, á favor de esta falsa luz se duerme profundamente, y cada uno se guarda bien de remover una conciencia en cuya tranquilidad se interesan mucho la pasion y el amor propio; se frecuentan los sacramentos, y se prosigue serenamente en unos defectos que escandalizan hasta á los mas indevotos; se reza mucho, se tienen muchas devociones; pero no se hable de tener caridad; se muerde, se maltrata, se despedaza al próximo con ordinarias murmuraciones. No importa: la ilusion lo allana todo; y una vez apoderada del corazon y del entendimiento, ninguna cosa perturba. Los exemplos de los santos no hacen impresion; las verdades mas terribles de la religion no hacen fuerza; los saludables consejos de un prudente y zeloso director se oyen con la mayor indiferencia. Estos son los ordinarios efectos de la ilusion, contra la cual nos exhorta el Salvador que estemos alerta. ¡Dios mio, cuántos y cuántos colmados de gracias, prevenidos con las mas dulces bendiciones, por haberse fiado demasiadamente de su entendimiento, de su amor propio y de su pasion, por no haber estado sobre sí cayeron miserablemente en aquel deplorable estado de ceguedad espiritual de que pocos sanan!

No permitais, Señor, que caiga yo en semejante desdicha. Sobradas ilusiones he padecido hasta aquí, y sobradamente he experimentado sus lastimosos efectos. Haced, Señor, que penetrado de un vivo dolor de mis errores pasados, solo siga las luces de vuestra gracia, y las impresiones de vuestro divino Espíritu.

JACULATORIAS.

Domine, deduc me in justitia tua: propter inimicos meos dirige in conspectu tuo viam meam. Salm. 5.

Guiadme, Señor, por el seguro camino de tu justicia, para que no me extravíe la malignidad de mis enemigos.

Tunc non confundar, cum perspexero in omnibus mandatis tuis. Salm. 118.

Nunca iré mas seguro, ni estará mejor fundada mi confianza, que cuando no pierda de vista vuestros santos mandamientos.

PROPOSITOS.

Entre todas las enfermedades del alma acaso ninguna hay mas perniciosa, y de cierto ninguna es mas comun que la ilusion. Causan admiracion los lastimosos efectos que produce. Las ilusiones del corazon fácilmente se comunican al entendimieato, y hay pocas que no sean punto menos que incurables. El primer efecto de las ilusiones del corazon y del entendimiento es debilitar, y muchas veces extinguir casi enteramente las luces de la fe y de la razon; aborrécese al próximo por caridad; murmúrase de él por virtud; se toma venganza del enemigo por acto de religion; ¿y esta imaginaria virtud á cuántas ilusiones no está sujeta? ¿qué de pasiones no reynan baxo la capa de un vano título de devocion, de que aquel y aquella se lisonjean? ¿cuántos graves pecados se cometen con la voluntaria aprension de que son faltas ligeras? ¿qué imperio no exerce el amor propio? Aprovéchate de la luz que te comunican estas reflexîones; desconfia perpetuamente de las ilusiones del entendimiento y del corazon; y para evitarlas ó curarlas practíca las reglas siguientes. Primera: Suspende ó dilata la execucion de todo lo que

determinaste estando acalorado; dexa pasar algunos dias, ó por lo menos algunas horas; el que quiere obrar prudentemente, siempre ha de obrar á sangre fria. Segunda: Aconséjate antes con hombres sabios y cuerdos, prefiriendo su juicio al tuyo. Tercera: En punto de devocion huye de todo lo irregular, de todo lo extraordinario, de todo lo que no usaron, ó usaron raras veces los santos; de todo lo que lisonjea á la vanidad ó al amor propio; de todo lo que tiene ayre ó carácter de parcialidad; de todo lo que autoriza la licencia de las costumbres. Cuarta: Nunca te guies por tu propio espíritu. Quinta: Reprueba, condena, detesta todo lo que no te inspira una humildad sincéra, una caridad universal, una contínua mortificacion de los sentidos, una entera y perfecta sujecion y rendimiento á las decisiones de la Iglesia, una viva y tierna devocion á la santísima Vírgen en todo tiempo; devocion que no tenga este carácter es verdadera ilusion.

2 Tampoco estan siempre exêntas de estas ilusiones ciertas direcciones, que se pueden y se deben llamar artificiales. Tales son aquellas lecciones secas y descarnadas de una espiritualidad inmoderada y fantástica, que con el bello sobrescrito de puro amor de Dios, en un dia pretende elevar el alma á la mas sublime perfeccion. Las pasiones, las malas costumbres y el amor propio nunca mueren de repente; para matarlas es menester un largo y contínuo exercicio de mortificacion, de combates y de victorias; un largo y contínuo exercicio de humildad, de fidelidad constante á la gracia y al cumplimiento de las obligaciones mas menudas del estado. La pasion es tan ingeniosa como falaz; imagina aquel que no tiene otro fin que la mayor gloria de Dios, salvacion de los próximos, la suya propia, el bien de la Iglesia, y no pocas veces todo es orgullo, todo emulacion, todo envidia, todo interes, inclinacion natural, ó una especie de costumbre. La ilusion desfigura todos los objetos. En sintiendo demasiada ánsia, excesivo ardor, adhesion al juicio propio, aversion, indignacion ó turbacion, está cierto de que no te mueve el espíritu de Dios; y entonces desconfia mucho de los artificios de la ilusion.

☞ DIA DOCE.

San Juan de Sahagun, confesor.

Uno de los varones que mas han ilustrado nuestra España con sus virtudes y milagros ha sido san Juan de Sahagun, gloria de su siglo, y uno de los mayores ornamentos de la religion agustiniana. Nació este Santo en una villa del obispado de Leon, llamada Sahagun, de donde tomó su nombre. Fueron sus padres Juan Gonzalez y Sancha Martinez, gente noble, aunque de moderada fortuna; pero de ilustre piedad, con la cual alcanzaron del cielo un hijo, entre otros varios, que les quitó el oprobio de la esterilidad que padecian despues de muchos años de casados, y los hizo famosos con la santidad de sus costumbres. Su puericia no solo fue inocente, sino que estuvo adornada de todas aquellas felices señales que son pronósticos de una santidad heróica. Aborrecia las pueriles diversiones de los demas niños, teniendo únicamente sus delicias en las cosas de la Iglesia, y principalmente en el exercicio de la divina palabra. Oía con sumo gusto los sermones: repetíalos con mucha gracia y energía á los demas niños, anunciando en esto mismo el alto ministerio á que le destinaba la Providencia. Siendo de edad competente para los estudios mayores, hicieron sus padres que estudiase gramática en el convento de san Benito de su propia villa; y despues las artes y sagrada teología. En todas estas ciencias aprovechó el Santo maravillosamente, no llenando su corazon de aquellos conocimientos que hinchan y ensoberbecen, sino de aquellos que edifican y sirven para la propia santificacion y para negociar la salud de sus próximos. Con la aplicacion contínua, con la tenacidad de su memoria, con la viveza de su ingenio, y mucho mas con los santos exercicios que mezclaba á sus lecciones, salió en breve tan aprovechado, que juzgó su padre oportuno procurarle un beneficio eclesiástico, con cuya renta pudiese comprar

libros, y extender sus luces y conocimientos. Confirióse le de hecho el tal beneficio; pero como el Santo no estaba ordenado, y conocia que las rentas de la Iglesia no deben disfrutarlas sino aquellos que las sirven, fueron tan grandes los escrúpulos que por este motivo agitaron su conciencia, que sin ser poderosas las persuasiones de su padre y de un tio suyo á contenerle, hizo formal renuncia, quedándose con menos renta, pero con mas paz en su alma. Esta accion certificó á su tio del carácter que á su sobrino distinguia; y considerando que un mancebo de tan delicada conciencia sería grato al obispo de Burgos, que lo era á la sazon don Alonso de Cartagena, y uno de los mas sabios y virtuosos prelados que tenia España en aquel tiempo, aconsejó á su padre que le procurase acomodar con el referido obispo. No tuvo dificultad en acceder á la propuesta; porque desde luego conoció que las costumbres de su hijo se conciliarian en breve la estimacion de aquel virtuoso Prelado, y que procuraria premiarlas con una de las mayores dignidades de aquella iglesia. Con este pensamiento se fue al obispo en compañía de su hijo, de quien le hizo una modesta y verdadera informacion, de la cual resultó, que se quedó el santo Mancebo en su compañía. Lo primero en que le ocupó fue en ayudarle en el rezo divino, dándole despues el oficio de camarero suyo.

En estos exercicios manifestó el Santo tanta sublimidad de virtudes, que se concilió toda la estimacion de aquel Prelado, que admiraba en el Santo una celestial sabiduría, junta con una inocencia angélica. Veía el zelo y caridad con que se interesaba por los pobres desvalidos, procurando con santos artificios avivar la largueza de su Señor, para que fuesen las limosnas mas cuantiosas y contínuas. Deseaba el Prelado premiar el grande mérito que advertia en Juan, y habiendo vacado algunas prebendas, cuya colacion le pertenecia, le ordenó de sacerdote, y le confirió una canongía y un beneficio simple. Imitó este exemplo el abad de Sahagun, dándole tambien otro beneficio simple y dos capellanías: disponiendo Dios de este modo premiar con multiplicados beneficios y mucha renta el santo desinterés con que

por su amor habia renunciado el primero. Aceptó san Juan de Sahagun todas estas prebendas eclesiásticas, no por amor que tuviese á su exâltacion é intereses, sino porque sabía que era parte de gratitud el recibir con gusto los beneficios. Pero su corazon quedó con estas honras é intereses sumamente turbado. Hallaba gran dificultad en la distribucion justa de todas aquellas rentas; y aunque sabia que el seno de los pobres era el debido lugar en que habia de depositarlas, con todo eso como esta operacion exîgia en la delicadeza de su conciencia muchas atenciones, así se veía privado de la paz y del sosiego que apetecia su alma. Tenia colocado en Dios todo su tesoro, y así le era enojosa cualquiera ocupacion que perjudicase á la contemplacion de los divinos misterios, y á la tranquilidad necesaria para meditarlos. Resolvióse, pues, á renunciarlo todo por Jesucristo, aun la compañía del santo Prelado, la cual no podia disfrutar sin que los honores tentasen su humildad, y las rizas turbasen el amor que tenia á la santa pobreza. Un dia que estaba solo con el santo Obispo, le habló de este modo: "Los beneficios que he recibido de V. S. son »superiores á todos mis méritos; pero en su casa veo »que mi alma está turbada con contínuos cuidados: és»tos se han aumentado notablemente con las prebendas »con que me ha honrado su dignidad y bondad. Yo, Se»ñor, prefiero á todo la tranquilidad de mi alma; y así »le suplico me conceda su licencia para renunciar los be»neficios, y buscarla en un retiro." Quedó suspenso el Obispo, imaginando si aquella determinacion podria proceder de alguna queja que tuviese san Juan de no haber premiado dignamente sus servicios. Rogóle que se estuviese quieto en su casa, haciéndole promesas muy ventajosas para lo futuro. Respondióle el Santo con palabras tan humildes, tan llenas de gratitud, y tan significativas del espíritu despreciador del mundo que le movia, que no tuvo valor el santo Obispo para contradecir á una determinacion tan llena de heroismo. Dió gracias al cielo, y con lágrimas en los ojos se despidió del santo Varon y verdadero sacerdote de Jesucristo, permitiendo que saliese de su casa para irse adonde su alma viviese tranquila.

Gozosísimo quedó nuestro Santo viendo cuán bien

le habia salido aquel primer paso de su determinacion, y aligerado de los estorbos que le impedian caminar con toda la ligereza de su agigantado espíritu á la alta cumbre de la perfeccion, comenzó á poner por obra su gran proyecto. Este constaba de dos partes, que eran la completa satisfaccion de su alma, y la edificacion é instruccion de las de sus próximos. Estaba persuadido á que la divina palabra, por donde habia de lograr esto último, no tiene fuerza cuando sale de un pecho tibio en la caridad para excitarla en los oyentes, que logra poco ó ningun fruto el predicador que declama contra los vicios, que propone el desprecio del mundo, y que intima penitencia y mortificacion, si primero no enseña esto mismo con sus obras; porque los oyentes se vencen con dificultad á dar crédito á las palabras, negando lo que ven sus ojos en las operaciones. Con este pensamiento habia dexado por Jesucristo todas las honras é intereses que el mundo ofreció á su doctrina y á su virtud: con el mismo comenzó á emplearse con mas fervor en ayunos, penitencias, oraciones y todo género de exercicios espirituales; resultando de todo que sus sermones eran recibidos con grande aceptacion, pero con mucho mayor fruto. Mientras el Santo se empleaba en estos exercicios loables, vivia en una casa particular, sirviendo una capellanía en la iglesia de santa Águeda, con cuya renta no solamente sustentaba su vida, sino que le quedaba lugar para despreciar algunos regalos que le hacian, y socorrer á los pobres con algunas limosnas. Llegó en este tiempo á sus oidos las tristes nuevas de la guerra civil en que se ardia la ciudad de Salamanca. Habia ya mas de medio siglo que se habian levantado unos bandos, procedidos de la enemistad de dos familias Monroyes, y Manzanos, los cuales trayendo á su partido una porcion de la ciudad, lo tenian todo alborotado, y entregado el pueblo á la ira y á la venganza. Ningun vecino vivia seguro en su hogar, y mucho menos cuando salia por las calles y plazas; alcanzando esta infelicidad y desórden aun á las mismas iglesias. Por todas partes corrian frecuentemente arroyos de sangre, provenidos de repentinos encuentros entre las familias abanderizadas. No habia mas ley que la fuerza, ni mas justicia que la pasion, ni mas re-

curso que el vencer, ó pagar con la vida á la venganza del enemigo. Compadecido san Juan de Sahagun de tamaña desventura en una ciudad que era el empóreo de las letras, determinó emplear en su remedio el talento de la predicacion que Dios le habia comunicado, ofreciéndose gustosamente á todas las incomodidades y trabajos por la salud de sus próximos.

Marchó, pues, á Salamanca; y en el primer sermon que se le ofreció predicar, que fue el de san Sebastian, fue tanto el ardor con que declamó contra los bandos que la dividian, contra el ódio, la enemistad y la venganza, que hizo gran sensacion en todos los oyentes. Particularmente se le aficionaron el rector y colegiales del colegio de san Bartolomé, que conocieron en el Santo un varon sábio y apostólico, enviado por Dios para remedio de aquella ciudad. Desearon por esto enriquecer su colegio con un hombre tan digno: ofreciéronle la beca, y aunque el Santo titubeó al principio en la admision de un honor tan singular, rezelando que la abundancia y las honras que habia en el colegio pudiesen perjudicar á sus santos propósitos, resolvió finalmente hacerse colegial, contemplando que la equidad de los estatutos, el buen órden y la sabiduría podrian servir de barrera á cualquiera exceso. Hecho colegial, siguió constantemente en sus piadosos exercicios: decia misa todos los dias con fervorosa devocion y abundantes lágrimas: predicaba de contínuo con admirable fruto; y sin embargo de esto, se empleaba en los estudios con tal aprovechamiento, que llegó en aquella universidad á ser catedrático de sagrada escritura. Era sumamente importunado de todas las iglesias para que las predicase; y el Santo condescendiendo á sus solicitaciones, predicaba incesantemente sin faltar á las obligaciones de colegial, ni al empleo de catedrático. Sus sermones eran vivos y eficaces, reprendiendo con libertad evangélica á cuantos fomentaban las revoluciones sanguinarias; sin que fuesen parte para entiviar su zelo apóstolico, ni la calidad de las nobles personas contra quienes se dirigian sus discursos, ni el peligro en que por esta causa estuvo muchas veces su vida. Llegó su valor á tan subido punto, que si por acaso tenia noticia de que algunos caballeros te-

nian intentos de alborotar el pueblo en execucion de alguna venganza, hacia colocar un púlpito enfrente de sus casas mismas, y desde allí les proponia la fealdad de sus delitos, amenazándoles con la venganza de la divina justicia con tanta fuerza y resolucion, que sucedió no pocas veces abandonar los caballeros sus proyectos sanguinarios, y retirarse de la ciudad. Esta habia ya mudado de semblante con la predicacion de san Juan de Sahagun: sus calles y plazas eran frecuentadas de los vecinos con mayor seguridad: la enemistad y el ódio se habian alejado de sus corazones, y los bandos habian perdido aquel antiguo vigor á que los conduxo el total desenfreno de las pasiones. La continuacion no interrumpida de los sermones del Santo eran el único antídoto que podia desterrar completamente la calamidad de aquel desgraciado pueblo; pero esta continuacion encontraba estorbos casi insuperables en el colegio, ya por la falta de compañero que muchas veces ocurria, y ya por las ocupaciones privadas que interceptaban al Santo los esfuerzos de su caridad. Acordó por esta causa salirse del colegio, yéndose á casa del canónigo Pedro Sanchez, hombre virtuoso y sábio, y cortado á medida del corazon del Santo, en cuya compañía permaneció diez años, ocurriendo la ciudad á su sustento con el salario de tres mil maravedís que le daba por estipendio de sus sermones. En todo este tiempo contínuo Sahagun el fervor de sus exercicios, aumentándose de dia en dia los ardores de su caridad. Predicaba, estudiaba, oraba con increible teson, y entre los exercicios de las virtudes daba el primer lugar á la caridad, que exercitaba en las cárceles y hospitales, y en dar limosna á los pobres con los ahorros de su modestia, de su templanza y sus ayunos. Pidióle un dia limosna un pobre estudiante que tenia el vestido muy deteriorado y andrajoso: queriendo el Santo remediar aquella necesidad, se puso á considerar cual daria al pobre de dos vestidos que tenia, é ilustrado por su fragrantísima caridad, acordó darle el mas nuevo. Tanta virtud solo necesitaba acrisolarse en los trabajos, que aunque los de su contínua predicacion eran grandes y duros, como se empleaba en éllos siguiendo las santas disposiciones de su corazon, no servian para exercicio de

su paciencia. De resultas de sus penosas fatigas, ya en los estudios, ya en el ministerio de la palabra, contraxo una enfermedad en que era afligido con vehementísimos dolores, y tan peligrosa, que determinaron los físicos la operacion de abrirle para poder salvar con alguna probabilidad la vida. Una resolucion tan dolorosa y de tanto peligro no dexó de conmover el espíritu del Santo; pero fixando su vista en los tormentos que habia padecido su Redentor, y considerando que si su salud era de provecho para sus próximos, Dios se la conservaria, determinó entregarse á la cruel operacion. Era ésta peligrosa de suyo, y habia mas probabilidad de que en élla perdiese la vida, que de restablecer la perdida salud. Preparóse con lágrimas de compuncion, y con el sagrado Viático; é hizo voto á Dios de que si salia con felicidad, le serviria el resto de su vida en alguna de las religiones. Hecho esto, se puso en manos de los facultativos, á quienes dió el cielo tanto acierto, que le sacaron felizmente la piedra, y en breve se halló restablecido y perfectamente sano. Alegre con el feliz suceso, y conociendo que la prontitud con que se pagan á Dios los votos es la parte no menos apreciable del sacrificio, se fue al monasterio de san Pedro de la órden de san Agustin, mansion en todos tiempos de las letras y la virtud, y pidió el hábito de religioso. Fúele éste concedido con gran gusto de aquellos religiosos, que conocian el sublíme mérito de aquel apostólico Varon, y el tesoro con que el cielo les enriquecia; y así le vistieron el hábito de religioso dia 18 de junio de 1463.

Puesto en el noviciado, comenzó á exercitarse en los oficios mas humildes del convento, sin dexar por eso de afligir su cuerpo con ásperas penitencias, y de recrear su espíritu con las celestiales dulzuras de la contemplacion. Parecia un religioso provecto y consumado en todo género de virtudes, y los religiosos hallaban mas un Santo á quien imitar, que un novicio á quien dirigir. Dicese que en este tiempo, habiéndole encargado sus superiores el humilde oficio de refitolero, multiplicó Dios milagrosamente por su intercesion los alimentos necesarios á la comunidad, que la pobreza de aquel convento hacia que fuesen escasos, y algunas veces ningunos. Ya

en atencion á su señalada virtud, y ya por ser un hombre provecto, que habia despreciado una canongía de Burgos, diferentes beneficios y prebendas, la colegiatura de san Bartolomé, y la cátedra de Escritura de tan insigne universidad, procuraban los prelados mirarle con algun respeto, eximiéndole de las leyes penosas á que sujetan á los jóvenes en el noviciado la edad bulliciosa y la ignorancia. Agradecia Sahagun la buena voluntad de sus superiores; pero como no tenia otra delicia que humillarse y mortificarse por Jesucristo, suplicaba con lágrimas que templasen su bondad, y la reelevasen de aquellas excepciones. Así se ocupó en la humildad, en la mortificacion, en la obediencia y en todos los exercicios, hasta que llegó el dia de su profesion, que fue el de san Agustin, con que se hizo mas solemne esta festividad. Muchos de Salamanca habian llevado á mal que el Santo se hiciese religioso, temiendo que, segun la costumbre de las religiones, le trasladarian á otro convento, privando á Salamanca del apóstol que Dios la habia enviado para remedio de su ruina. Avivaba esta pena la experiencia dolorosa de haber visto renacer los bandos en el tiempo que fue novicio, y que no habia esgrimido contra éllos la ardiente espada de la divina palabra. Pero todos estos temores fueron vanos; porque sus prelados no quisieron privar á la ciudad del don que Dios la habia concedido, ni el Santo dexó por ser religioso de emplearse con nueva fuerza y vigor en sus antiguos sermones. Comenzó á combatir de nuevo el ódio, la enemistad, y los sangrientos delitos y horrorosos sacrilegios en que aquellos vicios precipitaban á los ciudadanos. Como el Santo habia cobrado nuevas fuerzas y vigor con el estado religioso, se explicaba con mas vehemencia contra la fealdad de sus vicios, y contra la libertad y tiranía de los revoltosos. Esto le concilio gravísimas pesadumbres, que pusieron en peligro su vida, pero que no pudieron contrastar su fortaleza y su constancia.

Predicó un dia con toda la fuerza de libertad apostólica contra los que fomentaban los bandos, siendo cabezas de faccion. Hallábase presente al sermon un caballero, á quien su misma conciencia le acusaba reo de

todos aquellos delitos, é indignado de què el Santo á su parecer le hubiese reprendido á él particularmente en el sermon, dió órden á dos criados suyos de que le aguardasen á la puerta de la iglesia, y le cosiesen á puñaladas. Obedecieron los malos criados á su inicuo Señor; pero al ir á executar sus atroces intenciones, quedaron los brazos yertos, levantados en el ayre, y con los puñales en la mano. Conocieron el visible castigo que el cielo daba á su delito, y la proteccion con que conservaba aquella inocente vida; y arrojándose á los pies del Santo, confesaron su culpa, le pidieron perdon, y publicaron por toda la ciudad aquella maravilla. Iguales pesadumbres padeció otras muchas veces por su zelo apostólico; con el cual predicando en una aldea contra los vicios y desórdenes vergonzosos de ciertos caballeros que en élla habia, éstos se indignaron de modo, que le trataron con la mayor ignominia. Dixéronle muchas afrentas y baldones, y con empellones y otros malos tratamientos le hicieron echar del lugar. Sufrioló todo nuestro Santo con invicta paciencia, sin que sus lábios se explicasen con la menor palabra de queja ó amargura. Solo tuvo el consuelo de sacudir al salir de la aldea el polvo de los zapatos cumpliendo con el consejo del evangelio, que dice: *Si os persiguieren en una ciudad, huid á ótra, y sacudid el polvo de los zapatos al salir del pueblo que no quiere recibir la doctrina del evangelio.*

Pero entre todos los casos que dieron en que exercitar la paciencia de este Siervo de Dios, y manifestaron los portentos con que el cielo auxîliaba su predicacion, librándole milagrosamente de los atentados y persecuciones, merece un lugar muy distinguido el que le sucedió con don García de Toledo, duque de Alba. Fue el Santo á predicar á esta villa, y hablando en el discurso del sermon de la conducta de los grandes, afeó en gran manera la tiranía con que oprimian á sus vasallos, cargándolos con insoportables tributos y gavelas. Afeóles además de esto el teson con que fomentaban y sostenian los bandos, declarándose protectores de los partidos. Entendió el Duque que lo habia dicho por él, y en presencia de varios caballeros dixo al Santo cuando fue á despedirse: *Padre, bien habeis soltado hoy vuestra len-*

gua ; y pues habeis hablado descortes y atrevidamente, no sería mucho que se os diese el pago de vuestro loco decir por esos caminos. Respondió el Santo lleno de mansedumbre: *Señor, el oficio de predicador no es de decir lisonjas, sino la verdad de Jesucristo: todos los males que me pueden venir, son mucho menores que el detrimento de mi alma. Yo no he intentado ofender á persona alguna, sino cumplir con mi ministerio apostólico, declamando contra los vicios. Dios que está en el cielo, ve la inocencia de mi corazon, y en él confio que sabrá defenderla.* Dicho esto se despidió del Duque y demas caballeros, y tomó el camino de Salamanca. Unas palabras que habian de producir la compuncion y arrepentimiento, irritaron mas el enojo del Duque; quien mandó á los criados, que tomasen caballos y armas, y saliesen al camino á matar á aquel Frayle. Pusieron en execucion la órden de su amo; y alcanzando al Santo en un sitio despoblado, conoció su compañero sus perversas intenciones, y las dió á entender al Santo con temor. Éste, lleno de confianza en la bondad divina, le respondió sin alterarse: *No tengais cuidado, hermano, ni os asusteis al ver tan cerca de vos los caballos y las lanzas, que si Dios está con nosotros, ninguna fuerza hay en este mundo que pueda dañarnos ni en un cabello de la cabeza.* Verificóse así, porque apenas los desalmados escuderos, enristradas las lanzas, quisieron poner por obra sus sacrílegos intentos, cuando tanto los caballos como los caballeros se quedaron parados por divina virtud, y agitados de una convulsion tan violenta, que los puso en términos de perder la vida. Conocieron inmediatamente que aquel era castigo con que el cielo vengaba la atrocidad de su delito. Dieron voces al Santo, pidiéndole perdon, y que les socorriese en aquella miseria, á las cuales acudió san Juan de Sahagun, y echándoles su bendicion, concedió la sanidad y la vida á los que venian en ánimo de quitársela. A la misma hora que esto sucedia en el campo, padecia el Duque en su pueblo una fatiga y convulsion, que le llevaba por puntos al último extremo. Llegaron los escuderos; refirieron lo que les habia pasado: una luz sobrenatural le manifestó al Duque todo el horror de su delito; y enviando

mensageros al prior de san Agustin, le pidió encarecidamente que le enviase el santo frayle Juan, bien cierto de que si tardaba, no le hallaria con vida. Condescendió el prior á esta súplica: entró el Santo donde estaba el Duque, el cual, luego que le vió, se arrojó de la cama, se puso á sus pies de rodillas, confesando su culpa con lágrimas, y pidiéndole que alcanzase de Dios misericordia. E Santo le consoló: le dió saludables consejos para lo futuro; y haciendo oracion por él, quedó repentinamente sano. Dió el Duque muchas gracias á Dios por tan grande beneficio, y al convento de san Agustin de Salamanca muchas limosnas, entre las cuales un zamarro y unos corporales, que se conservan todavía en el sagrario del convento, como prendas de tan grandes maravillas.

A la virtud de la predicacion, de la oracion, de la caridad, y la penitencia juntaba el Santo otras muchas, que le constituian en un grado sublime de santidad. Sin embargo, era tan baxo el concepto que tenia de sí mismo, y tan grande el temor de que su alma tuviese la menor mancha, que frecuentaba el sacramento de la penitencia como si fuera muy defectuoso. Cuantas veces salia fuera del convento, otras tantas se confesaba: lo mismo hacia al tiempo de volver, y otras diferentes veces en el discurso del dia. Este esmero singular en conservar la pureza de conciencia, se le remuneró Dios con un favor soberano, que excede la capacidad del humano entendimiento. Al tiempo de consumir la sagrada hóstia, se dexaba ver Jesucristo con su cuerpo glorioso, despidiendo de todo él, y principalmente de las llagas, tan grandes resplandores, que ofuscarian la vista mortal, si el mismo Dios no la fortaleciese con su omnipotencia. Al mismo tiempo entendia el Santo cosas divinas y maravillosas de los sacrosantos misterios. Por esta causa sentia en su alma tan excelentes dulzuras, que se enagenaba de sí, y se detenia notablememe en la celebracion de la misa. Faltábales paciencia á los ministros que le ayudaban: quejáronse al prelado: reconvínole éste, y estrechado por la obediencia, hubo de manifestar á pesar de su humildad los soberanos favores que del cielo recibia. Acompañó esta confesion con tantas demostra-

ciones de sumision profunda, con tantos suspiros y lágrimas, que no pudo menos el prelado de conocer la verdad, y admirar las misericordias que executaba Dios con su Siervo, mandando á los ministros de la iglesia, que de allí adelante tuviesen paciencia por mas que el Santo tardase en la celebracion de la misa.

A tan sublimes virtudes y tan excelentes favores quiso el cielo juntar el don de profecía, con que pronosticaba las cosas futuras, y descubria los ocultos secretos del corazon; y una superioridad sobre los elementos, que le hicieron célebre con repetidos milagros. Predicaba en cierta ocasion en la iglesia de san Lázaro de Salamanca, y conmoviéndose algunas personas que estaban entre sí enemistadas, les mandó el Santo que se aquietasen, porque el primero que incomodase turbando el auditorio, quedaria repentinamente muerto; lo cual se verificó. Experimentó igualmente esta virtud de penetrar los corazones una muger, que habia propuesto matar á una hija, porque del trato con cierto hombre habia quedado deshonrada. Llegóse esta muger, entre otras varias, á besar la mano á san Juan de Sahagun, cierto dia que pasaba por la calle: negósela, diciéndola al oído: *No te la quiero dar porque estás endemoniada.* Turbóse la infelíz oyendo esto: fuese al convento, y postrándose á los pies del Santo, le suplicó la dixese la causa de lo que habia dicho. Entónces san Juan de Sahagun la reveló todo el secreto, diciendo el estado de preñez en que se hallaba su hija: el proyecto que tenia de matarla: persuadióla á que no lo hiciese, asegurando que aquel hombre se casaria con élla, y vivirian pacíficamente en el santo matrimonio. Quedó la muger admirada, viendo la verdad de cuanto decia tocante á su persona, y de lo demas lo certificó la experiencia.

A proporcion de estas maravillas fueron las que executó el Santo por el dominio que tenia sobre las aguas. Una de éllas fue, que habiendo caido un niño en un pozo á la sazon que el Santo pasaba por aquella calle, movido de las lágrimas de su madre, echó la bendicion á las aguas del pozo, y éstas crecieron inmediatamente hasta el brocal, trayendo sobre sí al niño sin padecer lesion alguna. Alargóle el Santo la correa, y asiéndola

la criatura, se le entregó salvo á su madre, en quien eran iguales los extremos de alegría á los votos y gracias que ofrecia al cielo. En otra ocasion venia de predicar de Alba; y como su atencion la llevaba por lo comun en las cosas de Dios, cayó impensadamente en el rio Tormes; y cuando todos los que le vieron caer tenian su muerte por cierta, pues la corriente le habia arrebatado y hecho pasar por tres paradas de aceñas, que á la sazon molian, vieron con admiracion, que salió sano y enxuto como si no hubiera estado en el rio. Esta maravilla la repitió el cielo muchas veces con nuestro Santo, segun consta del proceso de su canonizacion. Sin embargo de que su virtud y santidad estaban testificadas con tan singulares prodigios, era tal la delicadeza de su conciencia, que en todo temia desagradar á aquel Dios, que tan misericordiosamente le favorecia. Fue á su pueblo con licencia del prelado á ciertos negocios, y como para concluirlos no bastase el tiempo que habia llevado, fue tanta su afliccion, que angustiado su espíritu, no hallaba consuelo en las cosas de la tierra. Envió un mensagero á solicitar la próroga de la licencia, y mientras éste venia se encerró en un cuarto en donde se tuvo encarcelado á sí mismo, hasta que el mensagero le traxo la licencia, y en élla el consuelo de su alma.

Una vida tan santa, llena de todos los exercicios de las virtudes, una fe viva que el Hijo de Dios premiaba con la vista corporal de su gloria en el Sacramento, una esperanza colocada en el Señor, por la cual cedia de su derecho toda la naturaleza cuando el Santo la mandaba, una caridad ardiente que se dirigia al beneficio del alma y del cuerpo, predicando, confesando, padeciendo injurias, y pidiendo limosna para socorrer á los pobres: la destruccion de unos bandos que no pudieron apaciguar tres reyes: todo este conjunto prodigioso no podia menos de mover los corazones sensibles, admirar y venerar tanta virtud junta. En efecto, san Juan de Sahagun era aclamado públicamente por santo. Su temerosa conciencia lo resistia, y procuró con artificios ridiculizarse para minorar su estimacion, haciendo que le tuviesen por loco; pero segun la palabra de la divina sabiduría, esta

misma humillacion le produxo nuevos ensalzamientos, ya de parte del cielo, ya de parte de los hombres. El cielo dándole virtud para deshacer las enfermedades, restituir á los mancos, cojos y tullidos el uso de sus miembros, y hacer que la muerte no tuviese dominio en su presencia, como sucedió con una sobrina suya, á quien levantó del féretro viva despues de muchas horas de muerta. Quiso el cielo premiar sus virtudes y trabajos, llevándole á gozar á la gloria que estos merecian. Pero en esto mismo manifestó la predileccion con que miraba á este gran Siervo de Dios, permitiendo que muriese por predicar contra la deshonestidad como el Bautista. Se tiene por cierto, que una muger poderosa, de cuyos lazos torpes habia el Santo librado á un caballero, le dió veneno con que se fué poco á poco secando. Antes de morir llamó á los religiosos, pidióles perdon con muchas lágrimas de sus defectos; y habiendo recibido los santos sacramentos, murió con la muerte de los justos, diciendo aquellas palabras del salmo: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.* Sucedió este dichoso tránsito el dia 11 de junio del año de 1479. Su cuerpo quedó tratable y hermoso; y antes de enterrarle manifestó Dios su santidad con el milagro de una repentina lluvia, despues de siete meses de sequedad. Cincuenta y cuatro años despues fue descubierto su cuerpo para colocarle en sitio mas decente, y fue hallado entero, exhalando una fragrancia tan admirable, que probaba claramente ser del todo milagrosa. Enviáronse algunas reliquias á príncipes y ciudades que las deseaban; por medio de las cuales hizo Dios tantas maravillas en honra de su Siervo, que exâminadas con la formalidad que la Iglesia acostumbra, juzgó Alexandro VIII. que debia colocarle en el número de los Santos: lo que executó con solemnísima pompa el dia 16 de octubre del año del Señor de 1690.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, auctor pacis, et amator charitatis, qui beatum Joannem confessorem tuum mirifica

O Dios, que sois autor de la paz, y amante de la caridad, y que adornásteis al bienaventurado confesor

misma humillacion le produxo nuevos ensalzamientos, ya de parte del cielo, ya de parte de los hombres. El cielo dándole virtud para deshacer las enfermedades, restituir á los mancos, cojos y tullidos el uso de sus miembros, y hacer que la muerte no tuviese dominio en su presencia, como sucedió con una sobrina suya, á quien levantó del féretro viva despues de muchas horas de muerta. Quiso el cielo premiar sus virtudes y trabajos, llevándole á gozar á la gloria que estos merecian. Pero en esto mismo manifestó la predileccion con que miraba á este gran Siervo de Dios, permitiendo que muriese por predicar contra la deshonestidad como el Bautista. Se tiene por cierto, que una muger poderosa, de cuyos lazos torpes habia el Santo librado á un caballero, le dió veneno con que se fué poco á poco secando. Antes de morir llamó á los religiosos, pidióles perdon con muchas lágrimas de sus defectos; y habiendo recibido los santos sacramentos, murió con la muerte de los justos, diciendo aquellas palabras del salmo: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.* Sucedió este dichoso tránsito el dia 11 de junio del año de 1479. Su cuerpo quedó tratable y hermoso; y antes de enterrarle manifestó Dios su santidad con el milagro de una repentina lluvia, despues de siete meses de sequedad. Cincuenta y cuatro años despues fue descubierto su cuerpo para colocarle en sitio mas decente, y fue hallado entero, exhalando una fragrancia tan admirable, que probaba claramente ser del todo milagrosa. Enviáronse algunas reliquias á príncipes y ciudades que las deseaban; por medio de las cuales hizo Dios tantas maravillas en honra de su Siervo, que exâminadas con la formalidad que la Iglesia acostumbra, juzgó Alexandro VIII. que debia colocarle en el número de los Santos: lo que executó con solemnísima pompa el dia 16 de octubre del año del Señor de 1690.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, auctor pacis, et amator charitatis, qui beatum Joannem confessorem tuum mirifica

O Dios, que sois autor de la paz, y amante de la caridad, y que adornásteis al bienaventurado confesor

disidentes componendi gratia decorasti: ejus meritis, et intercessione concede; ut in tua charitate firmati, nullis à te tentationibus separemur: Per Doninum nostrum Jesum Christum...

Juan con la gracia maravillosa de reconciliar á los enemistados: concédenos por sus méritos é intercesion, que firmes en vuestro amor, no nos separemos de vos por ningun motivo. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 31. de la Sabiduría.

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala, et non fecit: ideò stabilita sunt bona illius in Domino, et eleëmosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.

Dichoso el hombre que fue hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es éste, y le alabarémos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fue probado en el oro, y fue hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES.

La divina Sabiduría tiene por cosa admirable, que los hombres no se dexen llevar del resplandor del oro, ni pongan su esperanza en las riquezas temporales. Estas obras son verdaderamente tan superiores á la flaqueza humana, que despues de decir que es bienaventurado el que las executa, exclama como con una especie de entusiasmo: ¿*Pero quién es éste, y le daremos elogios*? La Iglesia nos propone hoy un varon santo, con cuya conducta desinteresada podemos dar una facil respuesta. San Juan de Sahagun es uno de aquellos bienaventurados hombres que no dexaron deslumbrar sus ojos con el resplandor del oro, ni puso sus esperanzas en las dignidades, ni en las riquezas. Conocia el Santo que éstas no son otra cosa que trabas y grillos que impiden caminar á la felicidad eterna. Por este motivo, con

una generosidad poco acostumbrada, renunció beneficios simples, renunció prebendas, y una canongía en la iglesia de Burgos, que es de las mas respetables de España. ¡Qué exemplo éste tan terrible para todos los ambiciosos y avarientos, principalmente para los eclesiásticos! Estos han hecho profesion de pobreza en el instante en que se dedicaron al templo: entonces públicaron delante de los altares, que su posesion y su herencia habia de ser allí adelante el Señor, y el cáliz de amargura y tribulaciones que preparó Jesucristo para todos sus elegidos. Igual profesion es la que hizo el cristiano en el bautismo, renunciando á las pompas del mundo, y haciendo juramento en presencia de los cielos y de la tierra, de que todo su bien y felicidad la colocaba en el nombre de cristiano. No se ha de negar que el eclesiástico por su estado tiene obligacion á manifestar mayor desprecio de las riquezas, y mas desinterés. Las obligaciones del sacerdocio robustecen, confirman y extienden las de cristiano. Pero por esto no se ha de pensar que la virtud de la pobreza, el desprecio del mundo, y la obligacion de no fixar el alma en los bienes temporales es privativa de los eclesiásticos, quedando á los reglares campo abierto para entregarse al gozo de las riquezas y á las vanidades del mundo.

Este es un pensamiento tan sumamente perjudicial á la salvacion de las almas, que por causa suya son muchas las que pierden su eterna ventura. La obligacion de guardar el evangelio es igual á todos, tanto seglares como eclesiásticos. Únos y ótros tienen igual obligacion de guardar el primero y máxîmo de los preceptos. Únos y ótros padecen iguales dificultades en el exercicio de la virtud si se entregan á los bienes del mundo sin reserva. A únos y á ótros están hechas en las sagradas Escrituras iguales amenazas, y prometidas iguales recompensas. Luego únos y ótros tienen obligacion á usar de las riquezas con templanza, así como tienen obligacion de no poner su esperanza en las cosas perecederas. Pero supongamos que los eclesiásticos tienen mayor obligacion de guardar moderacion en el tren de sus casas, en el equipage de sus familias, en la mesa y en el vestido: supongamos, como es verdad, que el

uso de las riquezas debe ser en éllos tan templado, que pueda servir de exemplo á los seglares, y de un espejo en que éstos vean la perfeccion evangélica para imitarla; pregunto: ¿Podrá esta obligacion de los eclesiásticos minorar aquélla que tú tienes por cristiana? ¿te servirá de excusa el delito del ministro de Dios cuando este Señor te tome cuenta del empleo, de los bienes que te ha entregado, para que hagas de éllos un uso razonable y ajustado á las leyes de la caridad? Si tu desventura llega á tal extremo que te veas destinado á los fuegos eternos en justa pena del luxo inmoderado con que precipitaste tu familia, de la mesa abundante y escandalosa de que hacias ostentacion, causando escándalo en los timoratos que la veían, é incitando á gula á los mas contenidos; y últimamente, en justo castigo de haber endurecido tu corazon para con los miserables y necesitados, á quienes dexabas perecer de hambre, mientras destrozaban tus perros los bienes destinados á su alivio: ¿podrá servirte de consuelo que el eclesiástico padezca la misma pena, ni acallará tus eternas desesperaciones su compañía? La razon natural, prescindiendo de todos los auxîlios de la religion, dicta, que deben los seglares, no menos que los eclesiásticos, usar de las riquezas con tal moderacion, que denote que no ponen en éllas su esperanza. Ni la infelicidad que aguarda á los únos como mas obligados, puede servir de excusa ni de consuelo á los ótros. En el evangelio se nos dice, que no se puede servir á un mismo tiempo á Dios y á las riquezas. Esto mismo pensó y practicó san Juan de Sahagun, y esto mismo debe practicar todo cristiano, si no quiere desmentir con las obras lo que anuncia el nombre recibido en el bautismo.

El evangelio es del cap. 12. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos. Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llaman-

et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quod præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia hora non putatis, Filius hominis veniet.

do, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los halláre velando. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los halláre así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

Sobre el amor de los enemigos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que aunque el precepto de amar á los enemigos se presenta á los ojos carnales como dificil y tal vez como imposible, la razon persuade lo contrario, ademas de ser un precepto divino, que en esto mismo manifiesta llevar consigo todo el apoyo de la razon.

Si Jesucristo hubiera sido solamente Dios ó solamente hombre, pudiéramos temer que sus preceptos tuviesen gran dificultad, porque serian sobre nuestras fuerzas; ó que fuesen imposibles, no teniendo toda la perfeccion que puede darlos de la divinidad. Pero no es así: Dios es suma perfeccion, y no es capaz de mezclar en sus mandamientos cosa alguna que contradiga al sumo órden con que es criador y gobernador del Universo. De consiguiente, cuanto nos manda tiene en sí mucha mayor perfeccion de la que es capaz nuestra naturaleza. Habiendo despues encarnado la Sabiduría divina; habiendo sufrido todas las miserias de la carne mortal; habiendo ex-

perimentado que somos polvo y ceniza, y que á manera del heno, un leve soplo de viento nos trastorna; habiendo visto en sí mismo que aun cuando el espíritu está pronto, flaquea la miserable y enferma carne, resistiéndose á las grandes obras del espíritu, ¿cómo podremos pensar que al constituirse legislador de una ley de gracia, no tuviese todo esto presente para intimarnos sus preceptos? ¿cómo podrá dexar de ser verdad que el yugo de su ley es suave, y la carga de sus mandamientos ligera y nada superior á las fuerzas de hombre, despues que con su pasion le adquirió tantas gracias superiores á la repugnancia que causó en nuestra naturaleza el pecado del primer hombre? Siendo esto así, como lo es, ¿qué podemos juzgar del precepto de amar á nuestros enemigos, en que parece que tenemos contraria á la naturaleza, sino que es un precepto tan justo y arreglado como suyo?

En efecto, toda buena razon natural clama que debemos amar á nuestros enemigos, y que no nos es lícito vengarnos cuando alguno nos injuria. Esta verdad es de suyo tan luminosa, que un gentil como Aristóteles, hablando de los principios morales, llegó á decir, que es menos malo el padecer una injuria, que el hacerla ó el vengarla. Y á la verdad, ¿qué cosa puede haber mas agena de razon que el constituirse uno mismo juez y parte en su misma causa? ¿qué juicio se puede esperar de un entendimiento ofuscado con los vapores de la ira? ¿qué conformidad podrá establecer entre la pena y el delito? Un leve desprecio será castigado con una bofetada: para vengar ésta, se derramará la sangre, y ésta no le vengaria sino con la muerte. ¡Infelices los hombres si la razon natural dictara leyes tan crueles! Si cada uno tuviese la facultad de vengarse por sí mismo, ¡qué de calamidades no se verian en las repúblicas, y cuántos desórdenes en los imperios! Los jueces no tendrian poder: á los magistrados se les negaria la autoridad: la venganza excederia á la ofensa: el hombre mas obscuro oprimiria al mas noble; éste se levantaria contra los jueces: no habria ley que la pasion de la venganza no tuviese por injusta, y el mundo todo sería una ciega confusion de hombres enfurecidos, que buscaban su destruccion por caminos dife-

rentes. La sabiduría de la carne no desaprobaria todos estos errores; pero la divina, que conoce perfectamente y sabe pesar el mérito de las injurias, se ha reservado para sí el derecho de la venganza. A nosotros nos toca amar á nuestros enemigos, y á Dios tomar la justa venganza de las ofensas que nos han hecho. Y siendo esto verdad, ¿tendrás valor para imaginar dificultad en un precepto, que no solo es conforme, sino necesario á la naturaleza? ¿pretenderás usurpar los derechos al Juez universal de vivos y de muertos por seguir las persuasiones de una carne corrompida?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el amor de los enemigos, ademas de ser conforme á los dictámenes de la naturaleza racional, acarrea utilidades muy apreciables á aquél que le exercita.

Dios, que es maravilloso en todas sus obras, no lo es menos en este precepto. Vemos que dispuso el mundo con artificio tan admirable y economía tan maravillosa, que las mismas cosas que hacen daño de una manera, suelen ser de ótra el remedio de aquel daño y orígen de muchos beneficios. A este modo podemos sacar grandes utilidades de nuestros mismos enemigos, porque el que los ama, y no se venga de éllos, constituye en este mismo hecho á Dios por su vengador: consigue que la injuria quede ciertamente vengada, de modo que no pueda huir el castigo: consigue la proporcion é igualdad entre el delito y la pena; y últimamente, hacerse un gran mérito de aquello mismo que le dieron para su daño. Pero cuando todo esto faltara, Dios manda que amemos á nuestros enemigos, y no hay remedio: ó cumplir el precepto, ó condenarse. Cristo dice: *Si perdonais á vuestros hermanos, Dios os perdonará á vosotros; pero si no perdonáseis á los hombres, tampoco el Padre celestial os perdonará vuestros pecados. Con la medida que midas á tu próximo, con esa misma has de ser medido. El que no ama á su hermano*, dice san Juan Evangelista, *está en la muerte del pecado: quien aborrece á su hermano, es homicida*; esto es, segun explica san Agustin, es homicida de sí mismo, porque quita á su alma la vida

de la gracia, y la sujeta á la muerte de la culpa.

Esta ley deben saber los cristianos que es mas estrecha de lo que vulgarmente se juzga. No basta para cumplirla las falsas palabras que pronuncia la boca; se necesita la preparacion del ánimo testificada con las obras. Yo amo á mi enemigo, dicen algunos, pero no puedo hacerme desentendido de los daños que me procura: yo amo y quiero bien á todos; pero tratar ni saludar á tal ó tal persona, no lo haré de ningun modo. Yo no tengo rencor ni ódio con nadie, dice ótro, pero trato de vindicar mi honor, de defender mi hacienda, y de que se me haga justicia. Considera, cristiano, que el diablo es muy astuto, y donde juzgas que está la paz de tu familia, tu justicia y tu honor, allí esconde el anzuelo el comun enemigo para hacerte su esclavo. Advierte que Jesucristo no dice solamente *amad á vuestros enemigos*, sino que añade, *haced bien á aquellos que os aborrecen, y dirigid al cielo vuestras oraciones por los que os persiguen y calumnian.* No basta un amor que no se manifieste en las obras; es necesario que éstas acrediten los afectos de nuestro corazon. ¿Quieres persuadir que amas á tu hermano, que no tienes ódio y rencor contra tu próximo? haz lo que manda Cristo: manifiéstalo en las obras: haz bien, y ruega á Dios por aquellos mismos que te calumnian y persiguen. De aquí resulta la mayor utilidad y el mayor de todos los beneficios prometidos al amor de los enemigos. Este es el carácter de hijo de Dios, testificado por la misma verdad por esencia, que apenas hay virtud ni obra cristiana, á la cual esté adjudicado un premio de tan soberana excelencia.

JACULATORIAS.

Judicium sine misericordia illi, qui non fecit misericordiam. Jacob. 2.

Señor, vos teneis dicho que será juzgado sin misericordia aquél que no la tuvo de su hermano, perdonándole las injurias.

Dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris. Matth. 6.

Perdóname, pues, las ofensas que contra ti he cometido, así como yo perdono de todo mi corazon á cuantos me han injuriado, ó de cualquiera manera se han manifestado enemigos mios.

PROPOSITOS.

Despues de los exemplos que nos presentan las sagradas Escrituras y las historias eclesiásticas del perdon de los enemigos: despues de haber visto en la vida de san Juan de Sahagun cuán poderosa es la divina palabra y la gracia de Dios para desvanecer todas las dificultades que opone á la perfeccion la corrompida naturaleza, todo cristiano queda sin excusa en esta materia, y expuesto á las cominaciones de la Justicia divina. No digas, ó cristiano, que no puedes amar á tu enemigo, ni perdonarle las injurias que te ha hecho, pretextando que perderás el honor, y serás la fábula de los demas hombres: todo lo contrario nos acredita la experiencia. ¿De dónde le resultó á David mas gloria, de vencer al gigante, ó de vencerse á sí mismo? De nada le sirviera haber entrado triunfante por el pueblo de Dios con la cabeza de Goliat en la mano, si cuando se vió perseguido y maltratado de Saúl no hubiera sabido perdonarle, amarle y guardarle la vida. Toda la gloria y sabiduría de José se hubiera obscurecido si cuando pudo vengarse de sus hermanos no los hubiera llenado de beneficios. Ese mismo que dices te aborrece, es redimido con la sangre de Jesucristo: á ese te manda el Señor que ames y hagas bien; y para que no pongas dificultades á sus preceptos, atiende como el mismo Señor lo executa. Mira á Jesus crucificado: ¿qué género de injuria dexó de padecer en su honor? ¿qué casta de tormento no se empleó para oprimirle? ¿y quién podrá lisonjearse de serle igual ni aun semejante? ¿eres noble? Cristo es hijo del Eterno Padre: ¿eres poderoso? Cristo es rey de los cielos y la tierra: ¿eres sábio? Cristo es la eterna sabiduría. No tiene razon tu enemigo. ¿Y la habria para azotar, escupir, valdonar y crucificar á Jesucristo? Con todo eso, desde la misma cruz pide á su Eterno Padre perdon para sus enemigos. A la imitacion de este exemplo del divino Maestro,

deben reducirse todos tus propósitos si quieres ser tenido por discípulo suyo, y desempeñar el nombre de cristiano.

DIA TRECE.

San Antonio de Padua, confesor.

San Antonio de Padua, llamado así por la dilatada residencia que hizo en esta ciudad, dichosa tambien y rica porque posee el precioso tesoro de su santo cuerpo, nació en Lisboa, córte de Portugal, el año de 1195, y en el bautismo se le puso el nombre de Fernando. Fueron sus padres Martin de Bulhan y María de Tevera, ambos de antigua y calificada nobleza; pero aún mas que por élla, distinguidos por su virtud sobresaliente, en fuerza de la cual no perdonaron á medio alguno para dar á su Hijo una educacion tan digna de su piedad como correspondiente á su ilustre nacimiento.

Ahorraron muchas lecciones á los maestros el ingenio, la inclinacion y el natural de Fernando, que desde luego dió señales de declararse alumno de la virtud. Era su padre oficial en el exército del rey don Alfonso; y no pudiendo atender por sí mismo á la mejor crianza de aquel hijo, á quien por tantos títulos amaba tan tiernamente, le puso á pension en los canónigos de la catedral de Lisboa, en cuya escuela se dedicó principalmente á los exercicios de virtud; y juntando á la ciencia de los santos la aplicacion y el estudio de las ciencias humanas, en poco tiempo llegó á ser tan virtuoso como sábio.

Al amor de la virtud se siguió naturalmente el tédio y el disgusto que le causaban todas las cosas del mundo. Conoció sus peligros, y resolvió huir de éllos, siendo todo su cuidado buscar en el retiro seguro asilo á su inocencia. Contaba solos quince años cuando tomó el hábito en los canónigos reglares de san Agustin, cuya casa, con la advocacion de san Vicente, está sita en un

arrabal de Lisboa. En poco tiempo fue el Novicio dechado y confusion de los mas antiguos, siendo el exemplo y la admiracion de todos su fervor, su devocion y su cordura. Pero como las frecuentes visitas de sus parientes turbasen algun tanto la quietud de su retiro, pidió y obtuvo licencia de sus superiores para retirarse á la abadía de santa Cruz de Coimbra. Luego que se vió en aquella dulce soledad, olvidando al mundo y á todo lo que en él amaba, se entregó á Dios enteramente. Distribuyó todo el tiempo en la oracion, en la leccion de la sagrada Escritura y en el estudio de los santos padres, acabando de perfeccionar aquel inocente corazon la contemplacion y la penitencia. Tomó Dios de su cuenta el magisterio de Fernando, instruyéndole en la oracion; y descollando su mérito á pesar de su humildad, desde entonces le reconocieron todos por uno de aquellos prodigios de virtud que envia Dios á su Iglesia, haciéndolos desear por muchos siglos.

Ocho ó nueve años habia empleado nuestro Santo en estos fervorosos exercicios cuando llegaron á Coimbra los cuerpos de cinco religiosos del seráfico padre san Francisco, que habiendo pasado á Marruecos á predicar la fe de Jesucristo á aquellos mahometanos, recibieron en premio la gloriosa corona del martirio. Inflamóse el zelo de nuestro Fernando á vista de aquellos ilustres mártires, y se encendió en su corazon un ardentísimo deseo de derramar á su imitacion toda su sangre por amor de Jesucristo.

Al deseo del martirio se siguió, como naturalmente, el de trasladarse á una religion, que ya daba mártires desde su misma cuna. Sobresaltó esta proposicion á los canónigos reglares; pero al fin, todo lo venció la constancia de Fernando. Tomó el hábito de san Francisco el año de 1221; y no faltó quien contó esta mudanza entre uno de los mayores milagros que obraron los cinco mártires en mucha gloria de su Orden. Dexó el nombre de Fernando con el hábito de canónigo reglar, y tomó el de Antonio en honor de san Antonio Abad, á quien estaba dedicado el convento donde recibió el franciscano.

Creció muy en breve el fervor de fray Antonio

vista de la pobreza evangélica, de la humildad religiosa y de la grande austeridad que profesaba la religion Seráfica; tanto, que parecia no poder subir mas de punto el santo ódio de sí mismo y desprendimiento de todo, y los exemplos de la mas tierna devocion. Al mismo paso iba creciendo tambien cada dia el fervoroso deseo de derramar su sangre en defensa de la fe; impaciente ánsia, que le hacia parecer importuno, solicitando incesantemente á los superiores por la licencia para pasar al África, y dedicarse en élla á la conversion de los moros y de los sarracenos. Obtúvola finalmente; pero luego que se embarcó se sintió malo; detúvole la enfermedad en las costas de África todo el invierno, y sintiéndose cada dia mas débil, se vió precisado á restituirse á España. Distaba pocas millas del primer puerto, cuando un golpe de viento arrojó el baxel sobre las costas de Sicilia. Tomó tierra en Mecina, donde tuvo noticia de que se celebraba en Asís un capítulo general de su Orden, al que habia de asistir ó asistia ya el padre san Francisco, y con las ánsias de conocer al grande Patriarca, se encaminó á aquella ciudad.

Luego que éste le abrazó, descubrió el precioso tesoro que se ocultaba en Antonio, dándolo á entender las demostraciones de amor y de estimacion con que le distinguió. No así los demas padres guardianes á quienes se presentó; tuviéronle por un frayle inútil; y ninguno le quiso recibir para su convento. Movióse á compasion el padre Graciani, provincial de la Romanía, y llevándosele consigo, le asignó para el desierto de Monte Paulo, que era un conventillo retirado en lo mas áspero de las montañas. No se le podia proporcionar á fray Antonio soledad mas de su gusto ni mas á propósito para que estuviesen ocultos sus milagrosos talentos. Mas al fin, se llegó el tiempo de que aquella antorcha resplandeciente se pusiese sobre el candelero, saliendo debaxo del celemin. Enviado á Forli para que recibiese los órdenes sagrados, concurrió con muchos religiosos jóvenes de santo Domingo que iban al mismo fin, y se hospedaron tambien en el convento de san Francisco. Sobre comida rogó el padre guardian á estos religiosos que platicasen á la comunidad alguna cosa de edificacion; y habiéndose ex-

cusado todos, mandó á fray Antonio que lo hiciese. Subió al púlpito, y habló de repente con tanta dignidad, con tanta elocuencia y con tanta energía, que asombrados todos, se quejaron de que estuviesen sepultados tan singulares talentos en la soledad de Monte-Paulo. Dió parte el guardian de este suceso al patriarca san Francisco, y mandó el Santo que fray Antonio estudiase teología escolástica, antes que se le aplicase al ministerio de la predicacion. Hizo en poco tiempo tantos progresos en élla, que el mismo Patriarca le ordenó la enseñase públicamente, y á este fin le expidió una patente en estos precisos términos.

A su muy amado fray Antonio, fray Francisco, salud en Jesucristo. Paréceme que expliques los libros de la sagrada teología á los frayles; pero de suerte, como sobre todo te lo encargo, que el exercicio del estudio no apague en ti ni en éllos el espíritu de la oracion, como lo proviene la regla que profesamos. El Señor sea contigo.

Obedeció el Santo, y enseñó teología con admiracion en Bolonia, en Montpeller, en Tolosa y en Padua.

Es cierto que los errores del tiempo pedian un sábio teólogo; pero la licencia y el desórden de las costumbres no clamaban menos por un zeloso misionero. Fuélo san Antonio, y con aquel género de fruto que solo es regular en los apóstoles. Hicieron tanto ruido los primeros sermones que predicó, que concurrian de todas partes á oirle. No cabiendo los auditorios en las iglesias mas capaces, se veía precisado á predicar en las plazas y en los campos; cesaban los negocios, cerrábanse las tiendas, y se suspendian todos los oficios hasta acabarse el sermon. A ningun predicador se le oyó nunca con mayor atencion, ni con mayor silencio ni con mayor ánsia; pero tampoco ningun ótro predicó con mayor fruto. Ordinariamente interrumpian el sermon los sollozos y los llantos, siguiéndose á éllos innumerables conversiones. Al acabar el sermon se veían frecuentemente venir á postrarse á los pies del Santo los mas empedernidos pecadores y los hereges mas obstinados; era tan grande el número de confesiones, que no bastaban para oirlas todos los religiosos ni todos los sacerdotes

seculares. No es posible decir el fruto que hizo en pocos años. Predicó en las tierras del Estado eclesiástico, en la Marca Trevisana, en la Provenza, en el Langüedoc, en el Limosin, en Velay, en el Ducado de Berry, en Sicilia, y particularmente en Roma y en Padua, siendo casi infinito el número de conversiones que hizo en todos estos parages. A la verdad, tampoco se habia visto desde el tiempo de los apóstoles hombre mas poderoso en obras y palabras.

Raro enfermo dexó de recobrar la salud despues de haber recibido su bendicion; y se puede asegurar sin arrojo que los milagros hechos por nuestro Santo, si no exceden, igualan á los mayores que se habian obrado hasta entonces, tanto en el número como en la calidad.

Confesándose un mozo con el Santo, se acusó de que habia dado un puntapie á su misma madre. Afeóle Antonio este delito con tanta eficacia y con tanta viveza, que el pobre mozo, aconsejándose solo con el horror que le causó su atrevimiento y con el dolor de haberle cometido, se retira exhalado á su casa, entra en su cuarto, y córtase el pie. Noticioso el Santo de aquella indiscreta y pecaminosa penitencia, parte apresurado á buscarle, repréndele su indiscrecion, pide el pie cortado, aplícale á la pierna, y queda de repente unido á élla á vista y con asombro de todos los concurrentes.

Hallábase en Padua cuando tuvo noticia de que su padre, acusado falsamente de un homicidio en Lisboa, estaba en peligro de ser sentenciado á muerte. Pide licencia al superior para marchar á Portugal, y en un instante se halla en Lisboa milagrosamente. Visita á los jueces, declara la inocencia de su padre; y viendo que no daban fe á su testimonio, los requiere que el cuerpo del difunto sea presentado en la sala de la audiencia. La novedad del caso habia traido á élla toda la ciudad; pregunta al difunto, y le manda en nombre de nuestro Señor Jesucristo que declare en voz alta y perceptible, si su padre era autor del asesinato que se habia cometido en su persona; levantóse el cadáver, y declaró públicamente la inocencia del acusado; y hecha esta declaracion, se volvió otra vez á componer en su féretro. La admiracion y el pasmo que este suceso causó en los asisten-

tes, es mas fácil de comprenderse que de explicarse. Hizo Antonio una fervorosa plática á toda su familia, exhortándola á la virtud; y en un momento se vió restituido á su convento de Padua.

Quizá no tuvo jamás la heregía enemigo mas formidable. Desarmóla y confundióla. Predicó un dia en Tolosa sobre la realidad del cuerpo de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía; oyóle un famoso herege, y le confesó que sus razones no admitian réplica, mas que para creer necesitaba un milagro. Bien está, le replicó el Santo, escoge el que quisieres. Pues el milagro que escojo, respondió el herege, es, que mi mula, estando bien hambrienta, dexe la paja y la cebada por postrarse delante de una hóstia consagrada. Sea así, repuso Antonio; haz ayunar á tu mula el tiempo que te pareciere. Dexóla el herege tres dias sin comer bocado, y al cabo de éllos toda la ciudad fue testigo del prodigio. Puesta la hóstia consagrada delante del animal y una cebadera bien proveida al otro lado, á pesar de la furiosa hambre que la incitaba, dobló las rodillas delante de la sagrada hóstia, y hasta que se retiró no hubo forma de probar el pienso que la presentaban. No pudo resistirse la obstinacion á tan portentoso milagro. Convirtióse el herege, y á su conversion se siguieron otras muchas.

Subió al púlpito en cierto pueblo marítimo lleno de hereges y de hombres perdidos; ninguno concurrió á oirle; vase á la orilla del mar, y lleno de confianza en el Señor, grita á los peces: *Pues no hay quien quiera oir la palabra de Dios, vosotros, que sois criaturas suyas, venid, y con vuestro rendimiento confundid la indocilidad de estos impíos.* ¡Prodigio extraño! llenóse la playa de peces, que sacaron luego las cabezas en ademan de atentos; hízolos una patética exhortacion sobre la omnipotencia del Señor, y los despidió echándolos su bendicion; milagro que obró la conversion de todo el pueblo.

Todo predicaba en san Antonio; su modestia, su humildad, su mansedumbre, sus gratísimas modales; primero ganaba los corazones, y despues los convertia. Apoderóse de Verona, de Padua, y de casi toda la Marca Trevisana el tirano Ezelino; llenó á Italia de carnicería

y de terror, burlándose igualmente de las fuerzas de los príncipes confederados contra él, que de las excomuniones de los sumos pontífices; solo á san Antonio se humilló. Púsole el Santo delante los ojos con tanto zelo y con tanta intrepidez el número y la enorme gravedad de sus pecados; afeóle sus crueldades con tanta eficacia y energía, que detuvo el curso de aquel precipitado torrente. Respetóle Ezelino; echóse á sus pies, y prometió convertirse. No lo cumplió, pero se contuvo mientras el Santo vivió, aunque despues de su muerte volvió á sus primeros desórdenes y tiranías.

Al mismo tiempo que Antonio trabajaba con tanto zelo y con tanto fruto en la conversion de los pecadores, no se olvidaba de atender á las necesidades de su Orden. Habia sido electo por general de élla fray Elías, hombre ostentoso y arrogante, de espíritu muy contrario al del santo Patriarca. Comenzó á introducir en la Seráfica familia la relaxacion y la licencia. Era Antonio provincial de la Romanía, y se opuso valerosamente á las novedades del General. Recurrió al papa Gregorio IX., en cuya presencia defendió aquel admirable compendio de la santa regla, que se llama *el Testamento de san Francisco*, y conservó en la religion el vigor y el espíritu de pobreza y de austeridad que constituye su verdadero carácter. Citado á Roma fray Elías, fue despojado de su cargo; y como nuestro Santo solo se habia movido por el zelo de la mayor gloria de Dios, obtuvo licencia de su Santidad para renunciar su empleo, con privilegio de que nunca se le pudiese obligar á ninguno ótro de la Orden. Quiso el Papa detenerle en la córte para servirse de su consejo en los negocios de la Iglesia; pero Antonio, suspirando siempre por el retiro, logró con sus reverentes súplicas le permitiese restituirse á su convento de Padua, donde continuó en las funciones de su apostólico ministerio, y trabajó tambien algunas obras espirituales, que fueron de mucha utilidad á toda la Iglesia de Dios.

Apenas se puede comprender cómo un hombre de solos treinta y seis años, de muy delicada salud, y esa sumamente quebrantada por sus excesivas penitencias, pudo en tan poco tiempo conseguir tantos triunfos de los hereges; convertir un número sin número de pecadores; ense-

ñar y predicar en las mas célebres ciudades con un séquito jamás oido; correr la Italia, la Francia, la Sicilia y la España con fruto tan universal, y llenar el mundo con la fama de sus hechos y portentosas maravillas; efectos prodigiosos del ardiente amor que profesaba á Jesucristo. Pocas almas le amaron con mayor ternura, y pocas fueron mas tiernamente amadas del Salvador. Comunicóle un elevado don de contemplacion: éranle muy frecuentes las revelaciones, los éxtasis y las visiones. Movido un dia de curiosidad el huesped que le tenia en su casa, quiso acechar lo que hacia en su cuarto, y le vió de rodillas con el niño Jesus en los brazos, que le estaba regalando con dulcísimas caricias; y en este tierno pasage le representan los mas de sus retratos.

El que amaba con tanta ternura al Hijo, no podia menos de profesar una singularísima devocion á la Madre. Esta se puede decir que habia nacido con nuestro Antonio; por lo menos es cierto que en él se anticipó al uso de la razon. Dilatábasele el corazon cuando hablaba de esta Señora, acreditando sus amantes expresiones la ilimitada confianza que tenia colocada en élla. En sus sermones, en sus escritos y en sus conversiones siempre se habia de hacer lugar á la devocion con la Vírgen; y en sus necesidades era el recurso mas regular á algunos de los himnos que cantaba la Iglesia á esta soberana Reyna.

Teniendo revelacion de su cercana muerte, se retiró á cierta ermita, que se llamaba Campietra, distante una legua de Padua, para vacar á solo Dios. Pero duró poco este retiro; porque conociendo que ya estaba muy cercana la postrera hora, rogó á los frayles que estaban en su compañía, le llevasen al convento. Tuvo el pueblo noticia de que le traian á él, y concurrió tanta gente á recibirle, que temerosos los frayles de que le sufocasen, le metieron en el hospicio de los confesores del convento de santa Clara, donde recibidos todos los sacramentos con el fervor y con la devocion que acostumbran los santos, pronunciando el himno: *O gloriosa Domina*, que le era tan familiar, entró en el gozo de su Señor el dia 13 de junio del año 1231, á los 36 de su edad, y á los 10 de su ingreso en la religion de san Francisco.

Luego que espiró se cubrió de luto toda la ciudad, y los niños corrian por las calles gritando: *El santo ha muerto.* Hicieron las monjas de santa Clara todo cuanto pudieron para quedarse con el precioso tesoro de su cuerpo; pero no lo consiguieron de los religiosos de san Francisco. El entierro mas pareció triunfo que pompa funeral. El prodigioso número de milagros que obró en su vida, y el de los que se repitieron en su glorioso sepulcro, movió al papa Gregorio IX., que le habia tratado y conocido, á mandar se procediese sin perder tiempo á las informaciones necesarias en órden á su canonizacion. Concluyéronse los procesos el año siguiente, y expidió el Papa la bula en Espoleto en primero de junio de 1232; de manera, que la primera fiesta que se celebró de nuestro Santo (sin exemplar hasta entonces) fue puntualmente el primer dia aniversario de su preciosa muerte.

Treinta y dos años despues de élla hizo levantar la devocion de los paduanos una de las mas suntuosas y mas magníficas iglesias que se admiran en el Universo; adonde fueron trasladadas sus reliquias. Descubrióse la caxa, y se halló toda la carne consumida; pero la lengua, instrumento de tantas conversiones, así de hereges como de pecadores, tan fresca, tan rubicunda y tan hermosa como si el cuerpo estuviera vivo. Tomóla en sus manos san Buenaventura, general á la sazon de la órden, que asistió á esta translacion; y teniéndola en éllas, exclamó diciendo: *¡O bienaventurada lengua, empleada siempre en alabar á Dios, y en hacer que ótros le alabasen; tu incorrupcion muestra bien cuán agradable le fuiste!* Venérase hasta el dia de hoy esta admirable reliquia colocada en uno de los mas primorosos y mas ricos relicarios que se conocen en todo el orbe cristiano. Todos saben la general devocion que profesan los fieles á este gran Santo y el universal recurso á su proteccion en todas las necesidades; pero singularmente para hallar las cosas perdidas. Ignórase cuál fue el verdadero orígen de este particular recurso; pero es verosímil no fuese otro que el haberse experimentado tan general su proteccion en todas las necesidades que acudia á élla la devota confianza. En un manuscrito muy antiguo se lee que un gran devoto de san Antonio, vecino de Lisboa, perdió un precioso anillo, dexándole

caer por descuido en un pozo muy profundo; pocos dias despues se cayó en el mismo pozo la herrada con que se sacaba agua de él; y habiéndola extraido un criado, se halló en el fondo de élla el perdido anillo, á cuya vista comenzó el criado á gritar: *Milagro, milagro.*

Todas las maravillas que cada dia está obrando Dios por los méritos de este prodigioso Santo, se compendian en el siguiente responsorio, con que comunmente invoca la devocion á san Antonio:

Si quæris miracula, mors, error, calamitas,
Dæmon, lepra fugiunt; ægri surgunt sani:
Cedunt mare, vincula; membra, resque perditas
Petunt et accipiunt juvenes et cani.
Pereunt pericula, cessat et necessitas:
Narrent hi qui sentiunt, dicant paduani.

"Si buscas milagros, hallarás que por la intercesion »de san Antonio la muerte se retira, el error se desvane»ce, los trabajos cesan, el demonio huye, y la lepra se »disipa. Los enfermos se levantan repentinamente sanos, »el mar alborotado se sosiega, y se rompen las prisiones. »Acuden á Antonio los jóvenes y los ancianos, así por »los miembros como por las demas cosas que perdieron; »recobran los primeros, y encuéntranse con las segundas. »En una palabra, destierra los peligros, y ahuyenta la »necesidad. Díganlo si no los paduanos, y publíquenlo »cuantos lo han experimentado."

Las reliquias de san Antonio se han distribuido en diferentes lugares de la cristiandad. En Padua se veneran la lengua y la mandíbula inferior, que se exponen á la pública adoracion en dos preciosísimos relicarios; en Lisboa un hueso de sus brazos, que fue enviado al rey don Sebastian el año de 1570; y en Venecia la parte de un brazo, colocada en el suntuoso altar que la serenísima República erigió á san Antonio en la iglesia de nuestra Señora de la Salvacion.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la siguiente.

Ecclesiam tuam, Deus, beati Antonii confessoris tui solemnitas votiva lætificet; ut spiritualibus semper muniamur auxiliis, et gaudiis perfrui mereamur æternis: Per Dominum nostrum...

Haced, Dios mio, que la solemne festividad de tu confesor Antonio regocije toda la Iglesia; para que fortificado con los socorros espirituales, merezca disfrutar los gozos eternos: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 4. de la primera que escribió el apóstol S. Pablo á los corintios.

Fratres: Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo: nos infirmi, vos autem fortes: vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam et esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaphis cædimur, et instabiles sumus, et laboramus operantes manibus nostris: maledicimur, et benedicimus: persecutionem patimur, et sustinemus: blasphemamur, et obsecramus: tamquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium peripsema usque adhùc. Non ut confundam vos, hæc scribo; sed ut filios meos charissimos moneo in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros estultos por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo: nosotros débiles, y vosotros fuertes: vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed, y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tenemos donde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos: somos maldecidos, y bendecimos: padecemos persecucion, y tenemos paciencia, somos blasfemados, y hacemos súplicas: hemos llegado á ser como la basura del mundo y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros; sino que os aviso como á hijos mios muy amados en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

»Es constante que la division que se habia introducido entre los fieles de la iglesia de Corinto, obliga á san Pablo á escribirles esta primera epístola para prevenirlos contra las sorpresas del amor propio, y del espíritu demasiadamente humano que les movia; este ca-

» pítulo cuarto da una idea cabal de los verdaderos mi-
» nistros del evangelio, y hace ver las prendas por las cua-
» les se les debe estimar.

REFLEXIONES.

Es la virtud cristiana como cierto género de espectáculo para el mundo, que no acierta á comprender cómo es dable que la virtud sea plausible; lo es para los ángeles, que admiran en élla la fuerza de la gracia; y lo es tambien para los hombres, que la reconocen por único orígen de la verdadera felicidad. Ándase en busca de milagros, y acaso ninguno hay, ni mas estupendo, ni mas universal, ni que deba dar mas golpe, como tanto número de almas santas, de personas religiosas que son el espectáculo de su siglo. No se repara tanto en el milagro, por ser mas frecuente; pero no porque sea mas frecuente es menos milagro. Enciérranse muchos en los cláustros, en la vida retirada, y en las virtudes escondidas de tantas virtuosas almas. Un jóven, único heredero de una ilustre casa y opulentos mayorazgos, adornado de cuantas nobles prendas se pueden desear, solicitado de todos los halagüeños atractivos del mundo, en aquella edad que se considera la florida sazon de todas las diversiones; á la entrada de una carrera donde todo le brinda, todo le halaga, todo se le rie, este jóven sacrifica sus riquezas, sus prendas, su nobleza, y hasta sus mismas esperanzas, posponiendo por amor de Jesucristo todo el esplendor de que el mundo se alimenta, á una vida obscura, pobre, humilde y penitente. Pregunto: ¿tendrán mucha parte en esta maravilla ni la razon natural ni los sentidos?

Una bizarra doncella en la flor de su edad, distinguida por su noble nacimiento, pero mucho mas por su hermosura, por su discrecion y por su despejo; tan rica como entendida, y tal vez idolatrada de todo un pueblo, prefiere generosamente un grosero velo, un rústico sayal en que se amortaja y entierra todo el fausto y aparato de joyas y de galas, que naturalmente idolatraria élla misma. Bien sé que estos milagros de la gracia se suelen atribuir á caprichos del humor, ó á diferencias del genio; pero exâmínense mas de cerca, descúbranse

los motivos, considérense las consecuencias, compárese todo con nuestra natural flaqueza, y se hará patente el milagro mas claro que el medio dia.

Nosotros, dice el apóstol san Pablo, *nos hemos hecho insensatos por amor de Jesucristo.* Lo mismo pueden decir á cada paso tantas personas verdaderamente virtuosas que tienen horror á la prudencia de la carne, y por lo mismo estan reputadas en el mundo por unas pobres simples. ¿Pero qué importa? éllas son las verdaderamente sabias. Es cierto que su sabiduría es muy superior á las limitadas luces de la razon natural, no pueden llegar á élla todos los alcances del entendimiento humano; es una sabiduría infalible, porque es la fe, y es el mismo Jesucristo quien la arregla; míresela con reflexîon, y se descubrirá el milagro en todos sus efectos.

Padecemos hambre, *sed y desnudez*, continúa el Apóstol, *nos echan maldiciones*, *y correspondemos con bendiciones*; *nos ultrajan de palabra*, *y hacemos oracion por los que nos ultrajan.* ¿Llegó jamás á tanto la filosofía mas disimulada, la mas ambiciosa, ni la mas perfecta? ¿esos llamados sabios de la Grecia supieron nunca obrar por motivo de pura y neta virtud? ¿aquella su afectada tranquilidad, aquel desprecio de las injurias, no era efecto de la mas fina venganza? ¿el afectado y grosero menosprecio de las comodidades de la vida, no era fruto de un orgullo refinado? Hablando en rigor, no hay virtud maravillosa fuera de la religion cristiana; su ley, sus máxîmas, sus dogmas, todos son prodigios, todas maravillas. Solamente los ciegos no conocen el milagro.

El evangelio es del cap. 12. *de san Lucas*, *y el mismo que el dia XII*, *fólio* 193.

MEDITACION.

De la pronta correspondencia á la gracia.

PUNTO RIMERO.

Considera que no habla solo de la hora de la muerte ni del juicio particular el Salvador del mundo, cuando tan-

tas veces nos exhorta en el evangelio á que abramos la puerta luego que el Señor llame á élla. Entonces inútilmente nos haríamos sordos; cuando llame en aquella hora no tiene remedio, es necesario partir; de nada sirve nuestra modorra ni nuestra insensibilidad, porque ni á úna ni á ótra se atiende. No siempre viene el Señor como severo juez; durante la vida nos llama muchas veces como padre, como esposo y como amigo; llámanos con sus inspiraciones, con sus piadosos impulsos ó movimientos, con su gracia; tambien habla, advierte y grita por medio de sus ministros, ya en el púlpito, y ya en el tribunal de la penitencia; habla al alma de cien modos en los libros espirituales, en los exemplos de los santos, y hasta en los sucesos y reveses de la vida. Pero donde mas ordinaria y mas fuertemente llama, es en la oracion y en la meditacion de las grandes, de las terribles verdades de la religion. Considera de cuánta importancia es estar prontos á su voz; abrirle luego que llama, oirle desde que comienza á hablar. ¡Ah, qué preciosos, qué críticos son estos momentos! Si te niegas á oirle, calla; si no le abres luego, pasa adelante. Aquella saludable inspiracion, aquella voz de Dios era una pura gracia; pensaba Dios en ti, cuando tú no pensabas en él; querias convertirte al mismo tiempo que eras enemigo suyo, cuando estabas mas anegado en los mayores desórdenes. Pondera bien cuánto vale esta gracia actual; ¿despréciasla? ¿resístesla? pues ya la perdiste. ¡O Dios, y qué pérdida! Perdida una vez esa gracia, ¿con qué industria, con qué medio se podrá recobrar? No hay condenado en el infierno que no hubiese logrado estos preciosos auxílios; pero ninguno hay que se hubiese aprovechado de éllos. Dudar en materia de fe, es no creer; y deliberar en punto de conversion, es ponerse á peligro de no convertirse jamás.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si los santos no hubieran sido prontos á aquellas primeras solicitaciones de la grácia, á las cuales tenia Dios como aligados los grandes auxílios que los elevaron despues á tan eminente santidad, quizá no hubieran sido santos; y de cierto no lo serian tanto. Arriés-

gase mucho cuando se dexa apagar aquella luz sobrenatural que con tanta claridad nos descubre la vanidad del mundo; ¿y cuánto se aventura cuando se cierran los oidos á la voz interior que tan fuertemente nos llama? Si Zaqueo no hubiera baxado prontamente cuando le llamó el Salvador, ¿sería aquel dia de salvacion para su dichosa casa? Nota que el Salvador no le mandó baxar como quiera, sino baxar prontamente: *festinans descende*; y con efecto prontamente baxó: *festinans descendit*. A poco que se hubiese descuidado, ya el Salvador se habria ido. Pues tan de paso suele venir la gracia como lo estaba entonces el Salvador; en deteniéndose un poco, ya no es tiempo.

Aquel ángel que despertó á san Pedro en la cárcel, no le dixo puramente que se levantase, sino que se levantase con velocidad: *surge velociter*. Levantóse el Apóstol sin demora, y al punto se vió libre de las cadenas. ¡Ah, Señor, y á cuántos habeis dicho *festinans descende*! baxa de esas alturas peligrosas adonde te ha elevado la altanería de tu orgullo; baxa en espíritu á la consideracion de tu misma nada, y en élla encontrarás remedios muy eficaces para curar muchas enfermedades del alma; pero en todo caso baxa prontamente.

¡A cuántos pecadores estais diciendo: *surge velociter*; levántate; pero levántate con velocidad si quieres que yo haga pedazos esas cadenas! Oyeron vuestra voz; pensaron alguna vez en convertirse; pero dilataron la conversion para otro tiempo, y murieron desdichadamente en brazos de la impenitencia. ¿Y qué hay que admirar? Dígnase Dios de llamarnos y de convidarnos; ofrécenos su amistad concediéndonos esta gracia; y todavía no se rinde el corazon! ¡no le da la gana! ¡todavía delibera! ¡O gran Dios, y cuántos estan en el infierno por haber apagado estas luces sobrenaturales, y por haber sufocado estos piadosos movimientos! Cuando Cristo mandó á Lázaro que saliese de la sepultura, nota el evangelio que al instante se levantó el difunto, *et statim prodiit*. Tan necesario como esto es que la obediencia sea pronta. ¿Pero hemos obedecido siempre con esta docilidad? ¿Por ventura todas las veces que nos llamó el Señor le respondemos como Samuel: *Loquere, Domine, quia audit servus*

tuus: hablad, Señor, que vuestro siervo oye. Mil veces ha dicho el Salvador á vuestra alma: *Aperi mihi, amica mea*, ábreme la puerta, amiga mia; y no sé si siempre le hemos respondido como la Esposa en los Cantares: *Vox dilecti mei pulsantis*: esta voz es la de mi amado que llama á la puerta; abrámosle sin detencion.

¡Ah, Señor, cuántos motivos de dolor, y cuántos de temor me está haciendo presentes la conciencia! ¡cuánto y cuánto tengo de que arrepentirme! ¡tantos buenos pensomientos sufocados! ¡tantas inspiraciones extinguidas! No os canseis, Señor, de hablar á vuestro siervo, que pronto estoy á prestaros dóciles oidos; pronto á abriros la puerta de mi corazon sin tardanza; mandad, Señor, y seréis obedecido.

JACULATORIAS.

Loquere, Domine, quia audit servus tuus. 1. Reg. 3.
Hablad, Señor, que vuestro siervo oye.

Ecce ego, quia vocasti me. 1. Reg. 3.
Aquí me teneis, Señor, pues me llamásteis.

PROPOSITOS.

Es la gracia una luz sobrenatural que fácilmente puede apagarse; es un piadoso movimiento de la voluntad, pero fugaz y pasagero; es una saludable inspiracion, que enseña al alma lo que debe hacer, y al mismo tiempo la comunica fuerzas para executarlo. Pero si no se corresponde con fidelidad y sin dilacion á la gracia, se apaga esta preciosa luz, cesa este piadoso movimiento, y esta saludable inspiracion se convierte en nuevo cargo. Pues trae hoy á la memoria, si es posible, todas las gracias que has recibido en el discurso de tu vida; tantas veces como has conocido con la mayor claridad el vacío, la nada, la falsa brillantez de los bienes, de los deleytes, de las honras de este mundo; tantas fuertes inspiraciones para que te fabricases una fortuna mas sólida, trabajando sériamente en el importantísimo negocio de tu salvacion; tantos deseos, en fin, y aun tantos proyectos de conver-

tirte, que todos se desvanecieron, porque á nada te resolviste desde aquel mismo punto. Ea, no pase adelante tu infidelidad; estas mismas reflexîones que ahora haces son una gracia importantísima, de la cual depende quizá tu eterna salvacion. No te contentes solo con el vivo dolor de haber sido hasta ahora tan infiel; logra tambien el consuelo de experimentar desde luego tu presente fidelidad. Cien veces has tenido pensamiento, y acaso tambien deseo de romper ese lazo, de domar esa pasion, de no concurrir á aquella casa, de no ver aquella persona, de reformar esa profanidad, de mostrar amor á aquel enemigo, de perdonar aquella injuria, de no quebrantar aquella regla, de no dexarte arrebatar de la cólera, de no reprender con arrebatamiento; en una palabra, has pensado, y aun has querido mudar enteramente de vida. Pues manos á la obra, y no se pase el dia sin haber puesto en práctica esta resolucion.

2 No te contentes con decir: *yo lo quiero*; ten el gusto de poder añadir: *así lo he hecho.* Todo lo que has leido hasta aquí es una prueba segura de que ahora tienes en tu mano la gracia; correspóndela sin dilacion, y da principio á esta correspondencia por la modestia y la atencion en el oficio divino y en tus oraciones; por la devocion en la misa, por el respeto en el templo y en todos los actos de religion; diciéndote á ti mismo, siempre que suene el relox, aquellas devotas palabras de David: *Dixi, nunc cœpi: hæc mutatio dexteræ excelsi.* Hoy lo dixe, y hoy lo executé por la gracia del muy alto; en este dia he comenzado á vivir cristianamente.

DIA CATORCE.

San Basilio, obispo, y doctor de la Iglesia.

San Basilio, aquel portentoso varon, que mereció el epíteto de *Grande*, tan eminente en erudicion y en sabidu-

ría, como adornado de todas las virtudes, nació en Cesaréa de Capadocia hácia el año de 328. Fue hijo de san Basilio y de santa Emilia, nieto de santa Macrina, hermano de san Gregorio Niseno, de san Pedro, obispo de Sebaste, y de santa Macrina la moza, á cuya gran santidad confesaba el mismo san Basilio haber debido, así él como sus hermanos, la resolucion de abandonarlo todo, y retirarse del mundo.

Habiendo nacido de padres tan virtuosos, y en el seno de una familia tan santa, fácilmente se dexa discurrir el cuidado con que le criarian. Luego que supo hablar dió claras muestras de su noble índole y de su apacible natural; sus preguntas, sus respuestas y sus prontitudes dieron luego á conocer la penetracion y la vivacidad de aquel prodigioso ingenio. Quiso encargarse de su primera educacion su abuela santa Macrina, y despues se gloriaba nuestro Santo de que le hubiese enseñado los primeros principios de la religion aquella que los habia inmediatamente bebido en la primera fuente de san Gregorio Taumaturgo. Viendo su padre los grandes talentos que descubria su hijo para adelantar en las ciencias, le aplicó sin perder tiempo á los estudios, en los que hizo Basilio tan rápidos progresos, que habiendo aprendido cuanto habia que aprender en las letras humanas, á los quince años le envió á la capital del imperio para que se dedicase á las facultades mayores. Conocido desde luego por su ilustre nacimiento, lo fue no menos muy en breve por la brillantez, por la extension y por la superioridad de su ingenio, igualmente que por la irreprensible inocencia de sus costumbres, tanto mas sobresalientes, cuanto el licencioso desórden que reynaba en la ciudad era incentivo del vicio, y el escollo de la virtud.

No teniendo ya que adelantar en Constantinopla, determinó pasar á Atenas, empóreo entonces de las ciencias, de la elocuencia y de las floridas letras de toda la Grecia, donde encontró á Gregorio de Nazianzo, que por el mismo fin habia venido de Alexandría. Eran los dos, con corta diferencia, de una misma edad, de igual ingenio y de costumbres muy parecidas; circunstancias todas que estrecharon desde entonces aquella fina amistad que los unió indisolublemente hasta el último aliento. Señalóse

muy desde luego Basilio entre toda aquella república de sábios por su elocuente y por su profunda erudicion; y como su aplicacion era tan grande, en breve tiempo fue generalmente reconocido por uno de los hombres mas sabios de su siglo. Estaba muy versado en la historia; era eminente en la poesía; hablaba todas lenguas sábias, y poseia con perfeccion todas las ciencias. Singularmente su filosofía y su dialéctica eran la admiracion de toda la universidad; dedícose tambien á la geometría, á la astronomía y á la medicina; pero en lo que mas sobresalió fue en el arte de hablar, de mover y de persuadir. No era su elocuencia aquella verbosidad asiática, llena de palabras redundantes y de pensamientos supérfluos, sino una elocuencia masculina, nerviosa, elevada, magestuosa y llena de un fogoso ardor. Ni por dedicarse al estudio de las ciencias profanas abandonó el de las divinas letras; antes bien éstas eran todas sus delicias, como quien se habia aplicado á éllas, digámoslo así, desde la cuna.

Mientras el ingenio y la sabiduría de Basilio daban materia á la admiracion y á los aplausos de Atenas, concurrió á estudiar en la misma universidad Juliano, primo hermano del emperador Constancio, tan conocido despues por el renombre de *Apóstata*. Movido de la gran reputacion de Basilio y de Gregorio, solicitó su amistad; pero en su misma fisonomía descubrieron los dos santos no sé qué señales, que sacando al semblante las inclinaciones del alma, les dieron á conocer el monstruo que abrigaba el seno del imperio en aquel jóven; como lo manifestó despues cuando arrancó tantos gemidos al corazon de la Iglesia.

Acabados sus estudios en Atenas, se restituyó Basilio á Cesaréa; arrimándose ya á los 27 años de su edad. Exercitó desde luego la abogacía, defendiendo algunos pleytos con tan universal aplauso, que andaba ya deliberando si fixaria su profesion á este glorioso exercicio, consagrando sus estudios á la defensa de la justicia, cuando el cielo se valió de su hermana mayor santa Macrina para retirarle de las vanidades del mundo. Hallábase esta santa Doncella en compañía de su madre santa Emilia, despues de haber hecho á Dios el sacrificio de su virgi-

nidad ; y viendo que su hermano se dexaba llevar con algun exceso de los aplausos que le grangeaban su reputacion y sus talentos, le habló un dia con tanta eficacia y con tanta mocion sobre la falsa brillantez de los aparentes bienes de esta vida, que desde aquel punto tomó la generosa resolucion de volverlos las espaldas, y de anhelar únicamente por los inmutables y verdaderos de la eterna.

"Veóte, hermano mio (le dixo la iluminada Doncella), cubierto de honor, de estimacion y de gloria. La »elevacion de tu ingenio, la magestad de tu elocuencia, »esa profunda sabiduría que te adorna, son el asombro »del público, y embelesan tu corazon con las mas lison»jeras esperanzas. ¿Pero será posible que sabiendo tú todo »cuanto hay que saber, no cargues la consideracion en lo »que ha de venir á parar todo ese humo? ¿será posible que »esa despejadísima capacidad no advierta que todo es apa»riencia cuanto ostenta esa engañosa brillantez; y que no »aspires á gloria mas consistente, á mas sólidos honores? »Créeme; no tiene el mundo todo cosa digna de tu gene»rosa ambicion. Tu salud es débil; pon los ojos en una for»tuna que no dependa de las felicidades, ni los caprichos »de esta vida; yo no veo otra cosa que sea digna de tu »nacimiento, de tu espíritu y de ese grande corazon, que »la santidad y la virtud."

Convencido Basilio con las razones de su santa Hermana, pero mucho mas movido por el interior impulso de la divina gracia, no la dió otra respuesta que la que le salió á los ojos en un sosegado llanto: *Entonces* (dice el Santo en una de sus epístolas) *desperté como de un profundo sueño, comencé á descubrir sin nubes la luz del evangelio, y conocí por la primera vez la vanidad y la inanidad de la humana sabiduría.* Resolvió, pues, no dedicarse al exercicio de otra ciencia que á la de los santos, y partió en busca de modelos y de maestros á Egipto, á Palestina y á otras partes. Encontró muchos en aquellos vastos desiertos, y aprendió tantas lecciones cuantos grandes exemplos notó en los anacoretas que los poblaban. Tuvo con éllos muchas conversaciones y conferencias espirituales, á las cuales somos deudores de aquel admirable tratado que se intitula: *El moral de san Basilio.*

Cuándo volvió á Cesaréa le ordenó luego de lector el obispo Dianéo, temiendo que otra iglesia se adelantase á apropiársele; pero no perdiendo por eso su inclinacion á la soledad, se juntó con ciertos solitarios, cuya vida parecia acercarse mucho á la que hacian los monges de Egipto y del Oriente: *Eran unos hombres* (dice el mismo Santo en la epístola 97.) *de un exterior modesto, humilde y mortificado; su hábito rústico y grosero, con una vida en la apariencia penitente, me hicieron creer que adelantaria mucho mi espíritu en su trato y compañía.* No faltaron algunos que le advirtieron como aquellos hombres estaban notados de sospechosos de arrianismo; pero viendo las bellas exterioridades de su afectada virtud, creyó que aquellos dichos eran efectos de la maledicencia y de la envidia; hasta que habiéndolos tratado mas de cerca, reconoció eran lobos carniceros cubiertos con piel de mansas ovejas; desde aquel punto se declaró enemigo mortal del arrianismo, cuyos parciales no tuvieron contrario mas formidable.

Impelido siempre de su amor á la soledad, se retiró á un desierto de la provincia de Ponto, donde él solo practicó todas las grandes virtudes que habia observado en los anacoretas de Egipto y de Palestina. Traia siempre inmediato á las carnes un áspero cilicio que cubria cuidadosamente con un hábito grosero para no hacer ostentacion de la penitencia; siendo sus ayunos tan contínuos y tan rigurosos, que estragada del todo su salud, naturalmente delicada, parecia un esqueleto animado; y no sería temeridad decir que sin milagro no parecia posible se conservase su vida los treinta años que vivió despues.

Hiciéronse famosos los desiertos del Ponto con el retiro de Basilio, concurriendo de todas partes mucho número de personas para entregarse á su gobierno. Diólas unas reglas en que se contenia la mas elevada perfeccion; y fueron, por decirlo así, como la fuente universal donde bebieron las suyas los santos fundadores de las sagradas familias. Hicieron cuanto pudieron los vecinos de Neocesaréa para llevar al Santo á aquella ciudad; pero no fue posible vencerle á que abandonase su retiro, hasta que le obligó á eso el zelo y la caridad. Estos dos

motivos le arrancaron de él, poniéndole en precision de partir á Cesaréa para hacer presente al Obispo lo mucho que habia escandalizado á la Iglesia firmando el famoso formulario de Rímini. Conoció el Prelado que le habian engañado, y reparó el escándalo con su pública retractacion.

Muerto el Obispo de Cesaréa, le sucedió Eusebio en aquella silla; y conociendo bien el extraordinario mérito de nuestro Santo, sin dar oidos á su humildad ni á su resistencia, le ordenó de presbítero, y luego le mandó que predicase en su iglesia. Aunque Basilio se halló precisado á dexar su amada soledad, no por eso perdió la inclinacion al retiro, viviendo en medio de Cesaréa como pudiera en el Ponto, en cuanto le permitian las funciones de su sagrado ministerio; bien que no con tanta tranquilidad como en el desierto, por cierta indecente emulacion que desconcertó su sosiego. Entró en zelos el Obispo á vista de la universal estimacion y de la general confianza que mereció á todos Basilio, y le dió no poco en que merecer. Tratábale con tanto desabrimiento, y aun con tanta indignidad, que faltó poco para que todos los buenos se amotinasen contra el Prelado; y se hubiera introducido un cisma en la iglesia Cesaréa á no haberle prevenido la prudencia de nuestro Santo, que secretamente se huyó de la ciudad, y se retiró á su desierto del Ponto. Siguióle á él su amigo Gregorio de Nazianzo; pero como la iglesia de Cesaréa no podia vivir sin Basilio, el mismo obispo Eusebio empeñó á san Gregorio para que restituyese á élla á su amigo; el que no se hizo mucho de rogar, especialmente cuando llegó á entender que los arrianos triunfaban con su ausencia, prometiéndose echar por tierra la fe en Cesaréa. Noticioso de su vuelta el emperador Valente, ciego fautor del arrianismo, hizo cuanto pudo para ganarle á nuestro Santo en favor de su partido; pero despreció sus promesas y se burló de sus amenazas, sirviendo únas y ótras para encender mas su zelo, y tener mas alerta su vigilancia en defensa de la religion.

Murió en este tiempo el Obispo de Cesaréa; luego comenzaron los arrianos á poner en movimiento cuantas máquinas y artificios pudieron discurrir para que recaye-

se la futura eleccion en sugeto de su parcialidad, cundiendo el espíritu de division hasta en los mismos católicos; pero pudo mas el mérito que la maquinacion, y salió electo Basilio. En vano se resistió, se escapó y se empeñó en ocultarse; fuele preciso, al fin, rendirse á tan visible disposicion de la divina Providencia, y fue consagrado el dia 14 de junio de 370. Triunfó la religion católica luego que Basilio ocupó el trono episcopal. Con su agrado, con su humildad, con su virtud y con su mérito se hizo dueño de los ánimos que habia enagenado el artificio de los mal contentos. Comenzó á predicar al pueblo, y acompañada siempre la eficacia de sus palabras con la energía mayor de sus exemplos, hizo tanta impresion en los corazones, que á poquísimos dias ya no se conocia á sí misma la ciudad de Cesaréa. Su vigilancia pastoral no le permitia ignorar las necesidades de sus ovejas, y en su inmensa caridad encontraba siempre fondos para remediarlas; de suerte, que solamente los hombres sabian en rigor hasta dónde alcanzaban sus rentas.

Vióse revivir en Cesaréa el espíritu y el fervor de la primitiva Iglesia, pasando los fieles en élla muchas veces desde media noche hasta el medio dia siguiente; ¡*y qué consuelo es para mí* (escribe el Santo á un amigo suyo) *verlos comulgar á todos el miércoles, el viérnes, el sábado y el domingo de cada semana*! Reformó las costumbres en todo el obispado con sus frecuentes visitas; restituyó la disciplina eclesiástica á su primer vigor, y y la vida de los monges á su primitivo espíritu, dirigiendo gran número de personas en el camino de la perfeccion, tanto por cartas como de viva voz, y manifestando en todo su ardiente zelo por la salvacion de las almas.

Siendo muy estrechos los límites de su diócesi, y aun de toda la provincia, para contener su caridad, rompió aquellas ceñidas márgenes, y se dilató á toda la Iglesia universal. Ligado íntimamente con san Atanasio, con san Melecio, con todos los obispos santos del Oriente, pero singularmente con la silla apostólica de Roma, declaró guerra mortal al arrianismo; hizo cuanto pudo por reducir á los macedonianos; fue azote cruel de cuan-

tos enemigos conspiraron contra la divinidad y contra la humanidad de Jesucristo; siendo generalmente reconocido por uno de los mas ardientes y de los mas generosos defensores de la religion católica que ilustraron la Iglesia, y venera la memoria en aquel siglo.

Persiguióla con furor el emperador Valente, habiendo abrazado sin disimulo el arrianismo; y no se olvidó de Basilio en su cruel persecucion. Descubrió nuestro Santo la hipocresía y los errores de Eustaro, obispo de Sebaste; y animado éste de la venganza que le inspiraba su misma confusion, determinó perderle, enconando contra Basilio el ánimo del Emperador; hazaña que le costó poco esfuerzo. Irritado el Príncipe furiosamente contra él, partió á Cesaréa, y cuando estaba ya muy cerca de élla, despachó un oficial llamado Modesto, con órden de intimar de su parte al Obispo, que ó comunicase con los arrianos, ó saliese desterrado de la ciudad. Entró en élla Modesto con mucho estrépito; hizo llamar á san Basilio; y sin respetar su dignidad ni su persona, le preguntó luego con grosera altanería: *Dime, pobre hombre, ¿en qué piensas cuando no quieres obedecer al Emperador, á quien se rinde todo el mundo? Pienso...* le iba á responder nuestro Santo con su natural gravedad, serenidad y compostura; pero interrumpiéndole Modesto, añadió luego: *Pensarás en que no eres de la religion del Emperador. Y bien, ¿qué motivo tendrás para no serlo? Porque Dios me lo prohibe*, respondió Basilio. *¿Pues por qué casta de hombres nos tienes á nosotros*, replicó el oficial? *Por unos hombres ilustres, segun el mundo, dignos de nuestro respeto; pero que al fin no son la regla de lo que debemos creer*, respondió el Obispo. Irritado Modesto á vista de tan generosa constancia, le dixo enfurecido: *Por lo menos ya temerás experimentar los efectos de mi poder. ¿Qué efectos?* respondió Basilio: *La confiscacion, el destierro, los tormentos, y aun la misma muerte*, respondió el Oficial. *Nada eso habla conmigo*, repuso el Obispo: *el que nada tiene, no teme la confiscacion; salvo que necesites estos trapos viejos y algunos pocos de libros; á esto se reducen todos mis bienes. Destierro no le conozco, porque para mí todo el mundo lo es, no reconociendo otra patria que la celestial; los tormentos*

poco daño pueden hacer á quien apenas tiene cuerpo para padecerlos; al primer golpe se acabarán todos para mí: la muerte no la temo como castigo, antes la deseo como gracia, pues me llevará cuanto antes á mi Dios, para quien únicamente vivo. Asombrado Modesto de aquel teson, dixo al Santo: *Hasta ahora ningun hombre ha tenido valor para hablarme de esa manera. Será sin duda*, respondió Basilio, *porque hasta ahora no habrás tratado con algun obispo, que éstos en semejantes ocasiones no se explican de otro modo. A lo menos*, replicó el Oficial en tono mas moderado, *ya estimarás en algo tener en tu ciudad al Emperador; y en conclusion todo se reduce á quitar del símbolo la palabra consubstancial. Yo estimaria mucho*, repuso el Santo, *ver al Emperador reconciliado con la Iglesia, y exênto de todo error en la fe; y por lo que toca al símbolo, no solo no sufriré que se quite ni añada una sola palabra; pero ni aun toleraré que se altere la material colocacion de las voces. En fin*, concluyó Modesto, *vete con Dios, y doyte toda esta noche para que lo pienses bien. Mañana seré el mismo que hoy*, respondió Basilio. Despidióle el Oficial con bastante urbanidad; y partiendo en diligencia á encontrarse con el Emperador, le dixo no habia que esperar cosa alguna del Obispo de Cesaréa.

No pudo Valente disimular la grande estimacion que hacia de aquella heróica virtud. Quiso concurrir á la iglesia el dia de la Epifanía; dexóse ver en élla rodeado de sus guardias; quedó admirado cuando vió el concurso del innumerable pueblo, pero mucho mas cuando notó el órden, la modestia y la magestad con que se celebraban los divinos oficios, á los cuales asistió, y oyó el sermon que predicó nuestro Santo. Parecia Basilio en el altar un hombre enteramente divino, y los muchos ministros que le asistian mas se le representaban ángeles que hombres. Llenóle de tanto asombro aquel augusto teatro, que casi le dió un desmayo, y no se atrevió á acercarse al altar para llevar él mismo su ofrenda, y mas cuando observó que ninguno se presentaba para recibirla, temiendo seguro el desayre de que no se le admitiesen. Pero lejos de ofenderle aquel teson invencible de Basilio, le estimó mas desde enton-

ces, y quiso tener algunas conversaciones con él. Hallóse presente á todo san Gregorio de Nazianzo, quien asegura habló Basilio con tanta elevacion sobre las materias de la fe, que todos los asistentes quedaron como extáticos, y todos fueron testigos de la admiracion del Príncipe, que tributó grandes honores al Santo, le dió muchas y muy ricas posesiones para sustentar á los pobres leprosos, y cesó de perseguír á los católicos; bien que duraron poco estas treguas de la persecucion; porque los arrianos, que perpetuamente tenian sitiado al Emperador, le hicieron aprender se interesaba el honor de su soberanía en obligar á Basilio á entrar en su comunion, tomando por pretexto para desterrarle su constante y valerosa resistencia. Expedido el decreto de destierro, estaba todo dispuesto para la execucion, entrada ya la noche, porque el pueblo no lo llegase á entender, prevenido el carruage, y pronto Basilio para partir, cuando de repente se halló asaltado de una ardiente y maligna calentura, que le puso á las puertas de la muerte, el hijo del Emperador, llamado Galates, niño de pocos años, y la emperatriz su madre atormentada de vivísimos dolores. Entendieron todos que aquel accidente era justo castigo de la violencia y de la injusticia con que se tratataba á san Basilio, y mas cuando apurada toda la habilidad de los médicos, se reconoció no habia remedio humano para la vida del Príncipe. Recurrieron entonces á las oraciones del Santo, que ya estaba para meterse en el coche y salir á su destierro, cuando recibió un recado muy respetoso de Valente, rogándole pasase á ver á su hijo. Partió derecho á palacio, y luego que entró en él se sintió el Príncipe muy aliviado; pero Basilio protestó que no pediria á Dios por su vida, sino con la precisa condicion de que se le habia de permitir instruir al Príncipe en la religion católica; la que aceptó el Emperador, como lo testifica san Efren. Entonces hizo oracion san Basilio, y al punto quedó el niño enteramente sano; pero olvidado despues Valente de lo que habia prometido, y engañado de los arrianos, dexó que le bautizase un obispo de esta secta, y recayendo el Príncipe en su enfermedad, murió dentro de pocos dias. Ni por eso abrió los ojos el Emperador para reconocer

el origen de su desgracia, porque se los tenian vendados los arrianos, y á persuasion de éllos, segunda vez resolvió desterrar á san Basilio. Tomó una pluma para firmar el decreto, y se le hizo pedazos entre las manos. Cogió otra segunda, y negándole la tinta, jamás pudo formar una letra con élla; echó mano de la tercera, y rompiéndose luego en muchos trozos, le comenzó á temblar la mano, llenándose de pavor. Hizo pedazos el papel, revocó la órden, y dexó en paz á Basilio.

Fue testigo de tantos prodigios Modesto, prefecto del pretorio, y asombrado de éllos se convirtió á la fe, siendo en adelante uno de los mas firmes y mas zelosos católicos. No fue tan dichoso Eusebio, vicario del mismo Prefecto. Mandó sacar de la iglesia á una viuda que se habia refugiado á élla; y oponiéndose á esto san Basilio, le hizo comparecer en su tribunal. Cuando le vió en él, mandó que le quitasen la capa; alargóla luego el Santo, añadiendo estaba pronto á despojarse tambien de la túnica. Ofendióse el Vicario de esta noble intrepidez, teniéndola por insulto, y le amenazó con que le haria castigar; desnudó Basilio parte del esqueleto de sus huesos, cubiertos de la arrugada piel, diciéndole estaba aparejado para recibir los golpes. Cegóse Eusebio de cólera, y arrebatado de élla iba á precipitarse en los mayores excesos, cuando le dieron noticia de que sabedor el pueblo del tratamiento que hacia á su santo Obispo, se habia alborotado, y tenia sitiado el palacio del mismo Prefecto, resuelto á tomar venganza. Lleno de pavor Eusebio, se arrojó á los pies de Basilio, pidiéndole perdon con la mayor humildad, y rogándole apretadamente le sacase de aquel peligro. Compadecióse el Santo, sosegó el tumulto, y salvó al Prefecto la vida.

Dexándole ya en paz el Emperador y sus ministros, consagró al Señor esta quietud y el corto resto de sus débiles fuerzas corporales. En medio de las mas laboriosas ocupaciones nunca perdió de vista el estado religioso. Mantuvo siempre algunos monges cerca de su persona, gobernándolos y educándolos en la vida monástica. Tambien habia en Cesaréa un monasterio de monjas, que gobernaba una sobrina del mismo san Basilio, cuya iglesia estaba dedicada á los cuarenta Mártires, venerándose en

élla sus reliquias; y así estas religiosas como ótras que estaban á su cargo, son las que en sus escritos llama *canónigas ó canónicas*; esto es, doncellas ó vírgenes consagradas á Dios, que viven debaxo de alguna regla. En las que compuso el Santo para personas religiosas, se hallan muchas que hablan derechamente con mugeres, y las penitencias particulares que se imponen en éllas, casi todas son por las faltas que cometen en el demasiado hablar.

En todo estaba su vigilancia pastoral. Erigió en Sasimo un obispado, para el cual nombró á san Gregorio de Nazianzo; executando lo mismo en otras ciudades de su provincia, á las que proveyó de santos y vigilantes pastores. Restituyó á su antiguo vigor la disciplina eclesiástica secular y regular, dando reglas para su gobierno á todos los estados. Como acérrimo defensor de la fe católica persiguió valerosamente la heregía, atacándola hasta en sus últimos atrincheramientos. Llegó á no tener en su cuerpo otra cosa sana mas que la mano y la cabeza; pero no por eso fue menos útil á la iglesia. Fueron tantas las doctas y admirables cartas que escribió, que cuando no tuviéramos mas obras suyas, debiéramos admirarnos de que hallase tiempo para escribir tanto un hombre de tan poca salud, quebrantada con tantas y tan espantosas penitencias, y ocupado en tantos, tan graves y tan diferentes negocios. Las que escribió á san Anfiloquio contienen todos los principios de la doctrina cristiana, y con mucha razon se dice que en solos los escritos de san Basilio tenemos una completa librería. Fuera del compendio ó suma *del moral*, de que ya hemos hablado, nos dexó un tratado *del Espíritu santo*, *la obra de los seis dias*, *el tratado sobre algunos salmos*, *otro sobre Isaías*, *cinco libros contra la heregía de Eunomeno*, *dos sobre el Bautismo*, *uno de la virginidad y diferentes homilías* sobre asuntos escogidos; admirándose en todos la claridad de su pluma, el nervio de sus razones y el vigor de su elocuencia; siendo muy pocas las obras de los doctores, y aun de los santos padres de la Iglesia, que sean mas instructivas, y hagan tanta impresion.

Acercábase el fin de la vida de nuestro Santo, cuan-

do san Efren, diácono de Edesa en Mesopotamia, movido de su gran reputacion, vino expresamente por conocerle, por tratarle y por oirle. Al primer sermon que le oyó, comenzó á deshacerse en alabanzas de san Basilio delante de todo el pueblo. Preguntóle el Santo la razon, y respondió: *Porque mientras tú estabas predicando, estaba yo viendo sobre tus hombros una paloma de maravillosa blancura que te estaba sugeriendo todo lo que decias.* Pocos dias despues de esta visita quiso el Señor premiar los trabajos de su Siervo, cuya solicitud pastoral le acompañó hasta el último suspiro; pues poco antes de espirar impuso las manos sobre muchos de sus discípulos para proveer de ministros dignos á todas las iglesias que tenian falta de éllos. En fin, lleno de merecimientos entregó el alma á su Criador el primer dia del año de 379, siendo de solos 51 de edad; llorado no solo de los buenos, sino hasta de los judíos, y aun de los mismos paganos. Toda su provincia le lloró como á su padre, y en toda la Iglesia fue venerado por modelo de obispos católicos, y por doctor de la verdad. Desde el mismo dia en que murió comenzó á solemnizarse su fiesta, de manera que las honras fueron triunfos y fueron generales. Pronunciaron su panegírico su hermano san Gregorio Niseno, san Anfilóquio, san Efren y san Gregorio de Nazianzo. Dióse á su cuerpo sepultura en la iglesia catedral, ansiando todos por lograr alguna reliquia suya. Las familias religiosas le pueden justamente considerar como su primer patriarca, y la Iglesia universal le honra como á uno de sus mas ilustres doctores.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la siguiente.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Basilii confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus: et qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que oigais las oraciones que os ofrecemos en la solemne fiesta de vuestro siervo y confesor san Basilio, librándonos de nuestros pecados por la intercesion y por los méritos del que te sirvió con tanta fidelidad: Por nuestro Señor...

La epístola es de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, capítulo 4.

Charissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius et regnum ejus, prædica verbum; insta opportunè, importunè; argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cùm sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacerbabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu verò vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

Carísimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reyno, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oir la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demas tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

NOTA.

„Bien se sabe que san Timoteo era discípulo querido „de san Pablo, y el fiel compañero de sus viages; y co„mo el Apóstol le habia establecido obispo en Efeso, le „escribió dos excelentes epístolas llenas de admirables ins„trucciones para los obispos, singularmente esta última, „en la cual le advierte que jamás eche en olvido lo que „habia aprendido de su maestro.

REFLEXIONES.

Tiempo vendrá en que los hombres no podrán sufrir la doctrina sana, y movidos de curiosidad buscarán maestros sobre maestros que los hablen al gusto de su paladar, negando los oidos á la verdad, y concediéndolos á las fábulas. Pregunto: ¿no es este un verdadero retrato de las costumbres de este desgraciado siglo? ¿en cuál otro se ha visto á los cristianos menos inclinados á sufrir que se les enseñe la docrina sana y verdadera? Las mas esenciales, las mas terribles verdades de la religion ó se intentan debilitar con vanas sutilezas, ó se les niega la entrada como á enemigas de la tranquilidad y del reposo. Unos no las quieren oir porque los espantan, y ótros no las quieren considerar porque los turban; ¿pero serán menos irrefragables porque las desatienda nuestro olvido, ó porque las desestime nuestra malicia? ¿serán menos verdaderas porque nuestra inconsideracion no las reflexíone? No pueden sufrir los mundanos las verdades de nuestra religion; éllas amargan mucho á las mugeres profanas que viven segun el siglo. ¡Dios mio, qué lenitivos, qué temperamentos no se buscan para predicarlas á los grandes de la tierra! La doctrina de Jesucristo estremece; las máxîmas del evangelio chocan; ¿y cuántos cristianos indignos se avergüenzan de éllas? ¿á cuántos ministros del Señor les falta el zelo, el valor y la fidelidad? No sufren los hombres la sana doctrina; pero en la religion no hay mas que una fuente de agua pura; todas las demas estan emponzoñadas. O doctrina sana, ó moral impío; no hay medio. Necesariamente se descamina, infaliblemente se precipita en los errores el que cierra los ojos á las luces de la fe.

Jamás hubo tanta curiosidad como en este siglo; ¿pero qué curiosidad? No ya una curiosidad respetosa, dócil, inocente, sino una curiosidad fiera, arrogante, orgullosa, temeraria; indicio de un corazon corrompido, de un entendimievto limitado, y de una presuncion sin límites. Ya no es este el vicio de solas las mugeres; es, por decirlo así, el de la gran moda; es la pasion dominante del oficial, del mercader, del ciudadano; en una

palabra, de todos los ignorantes, de todos los presumidos y de todos los orgullosos que hay en el cristianismo. Sujetar el entendimiento á la obediencia y á la ley de Jesucristo, eso era bueno para la ignorancia de nuestros abuelos; hoy es menester que la ley de Jesucristo se sujete al tribunal, y se exâmine á la luz del mas corto entendimiento. No se ha de rendir la razon á la fe; la fe se ha de rendir á la razon; á vista de esto no hay que admirarnos de tantos descaminos: *Todo aquel que obra mal aborrece la luz*, dice el Salvador del mundo, *y huye de élla porque no se descubran las malas obras que hace*. Aborrécese la verdad, porque se aborrece la virtud. Es la virtud una luz que incomoda mucho á los ojos achacosos; disgusta la claridad, porque representa á cada uno como es; ciérranse los oidos á la verdad, porque abate el orgullo, hace oposicion á las pasiones, y oprime furiosamente al amor propio. Oyense las fábulas de buena gana, porque el espíritu del mundo y nuestro propio espíritu está muy inclinado y es muy fecundo en ilusiones. ¿Por ventura el dia de hoy nos alimentamos de otra cosa? ¿sirve el evangelio de regla á las costumbres de aquellos que se gobiernan por el espíritu del mundo? ¿pero acaso tenemos otra regla? Cualquiera otra doctrina es error, es ilusion, es fábula, es delirio. ¡Ah, Señor, y cuántos mueren así!

El evangelio es del cap. 14. *de san Lucas, y el mismo que el dia V, fólio* 70.

MEDITACION.

De los pocos discípulos que tiene Jesucristo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no basta ser cristianos para ser verdaderos discípulos de Jesucristo. El bautismo nos constituye miembros de su místico cuerpo, nos hace parte de su pueblo; pero solamente somos discípulos suyos vistiendo su librea, observando sus máxîmas, y siguiendo sus exemplos. Apenas hay verdad de nuestra religion mas incul-

cada que ésta; repítela el Salvador casi á cada página del evangelio. ¿Pero qué condiciones nos pide para admitirnos en su servicio? No hay cosa mas expresa ni mas especificada: *El que quiere venir en pos de mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á sus hermanas* (aun esto es poco), *y no se aborrece á sí mismo, no puede ser mi discípulo.* ¿Pero bastará para serlo creer en Jesucristo, y seguirle? De ningun modo. Muchas turbas creian en él y le seguian; pero se volvian á sus casas, con cuya ocasion dixo la sentencia que acabamos de referir; añadiendo despues, que ademas de renunciar todo aquello que mas se ama, y fuera de negarse á sí mismo, si alguno no lleva tambien su cruz, *non potest meus esse discipulus*: no puede contarse en el número de sus discípulos. En otra parte dice: *El que no lleva su cruz y me sigue, no es digno de mí.* Fácilmente se comprende lo que significan estas condiciones: *Aborrecer sus parientes, renunciar lo que mas se ama, negarse á sí mismo, llevar la cruz, y seguir á Jesucristo.* No es menester grande ingenio para penetrar el sentido de estos oráculos; pero tampoco se necesita un ingenio peregrino para inferir de éllos que el número de los discípulos de Cristo debe ser muy limitado. Vé repasando con la consideracion todas las edades, todas las condiciones, todos los estados; la abnegacion, la mortificacion y la renuncia es el carácter, es el distintivo de los discípulos de Cristo; las cruces, los trabajos que sufren con resignacion, son su divisa. ¿Se hallarán muchos el dia de hoy con este distintivo? Consulta las costumbres de los mozos, las inclinaciones y los hábitos de los viejos, las máxîmas de los grandes, los dictámenes de los plebeyos, la conducta, en fin, de los mas de los cristianos; ¿encontrarás entre éllos muchos discípulos de Cristo? El amor propio reyna soberanamente; en todas las resoluciones es el primer móvil la consideracion de la carne y sangre; cuida Dios de enviar cruces á todos los estados; ¡pero qué pocos las levantan, y cuántos menos las llevan! ¡Dios mio, y qué corto es el número de vuestros verdaderos discípulos! Pero á lo menos, ¿si seré yo de este corto número? Mis máxîmas, mis costumbres y todo mi proceder me desengañan; harto claramente me dicen lo que verdaderamente soy.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la doctrina de Jesucristo es igualmente especulativa y práctica; enseña lo que se ha de creer, y muestra cómo se debe vivir. La fe regla el entendimiento, y los preceptos el corazon. Es preciso creer; pero es indispensable vivir como se cree.

La señal (dice Jesucristo) *por donde se conocerá que sois discípulos mios, será si os amais únos á ótros.* No es menos rara el dia de hoy esta señal que la precedente; y si no, pregunto: ¿es en estos tiempos la caridad una virtud muy comun entre los cristianos? ¿qué significan si no esas antipatías, esas aversiones, esas diferencias entre las familias? ¿qué significan esas venganzas, esas enemistades que reynan en todos las pueblos? No se ven hoy en todos éllos sino pleytos, disensiones y discordias. Ni aun en el cláustro encuentra apenas seguro asilo la caridad. ¿En qué siglo ha reynado menos esta virtud? Introdúcese la amargura en el mismo santuario, y tal vez se lleva el encono hasta á las mismas aras. Parece que la religion se ha domesticado con el ódio y con la venganza; hasta el zelo sirve de máscara á esta villana pasion. ¿Y á vista de esto se dirá todavía que Cristo tiene muchos discípulos?

La emulacion, la envidia, el interes y la ambicion siembran la discordia en todas partes. Cada cual se ama á sí mismo; ¿pero ama igualmente á sus hermanos? ¡Ah, que casi ya no se tiene por vicio la indiferencia ni aun la frialdad.

¿Adónde se fueron aquellos dichosos dias, aquellos felices tiempos en que los fieles no tenian mas que una alma y un corazon? Entonces habia pocos cristianos que no fuesen discípulos de Cristo; hoy cuenta Cristo muy pocos discípulos entre los que se llaman cristianos. Cotejemos las costumbres de este siglo con las de aquellos primeros tiempos; comparémonos con los Antonios, con los Basilios y con todos los santos, cuyas vidas admiramos, debiendo servirnos de modelos. Todos somos ovejas de un mismo rebaño, guiadas de un mismo pastor; el pasto es uno mismo, una misma la doctrina, y todos nos preciamos de discípulos de un mismo maestro. ¡Pero ah, Señor,

y qué diferencia tan monstruosa! ¡qué oposicion tan extraña! ¿Mas por cuál de los dos extremos militará la extrañeza? ¿serán discípulos de Cristo aquellos espíritus mundanos que se aman tanto á sí mismos, que miran los trabajos con tanto horror, y que ignoran hasta el nombre de caridad? ¿contaráme Cristo á mí en el número de sus discípulos? Mas si no entro en este número, ¿cuál será mi destino, cuál mi desgraciada suerte?

¿Será posible, Señor, que despues de estos toques que me dais, despues de estas reflexîones con que me favoreceis, todavía no mude de conducta, y no enmiende mi vida? Posible y muy posible sería; pero confio en vuestra piedad que con vuestros poderosos auxîlios han de ser eficaces estas reflexîones, firmes mis resoluciones, y que desde este mismo punto comenzaré á ser vuestro verdadero discípulo, acreditándolo con la reforma general de mis costumbres.

JACULATORIAS.

Pater, jam non sum dignus vocari filius tuus: fac me sicut unum de mercenariis tuis. Luc. 15.

Padre mio, ya no soy digno de apellidarme hijo tuyo, tendréme por dichoso si me admites en el número de tus menores siervos.

Servus tuus sum ego: da mihi intellectum ut sciam testimonia tua. Salm. 118.

Resuelto estoy, Señor, á ser vuestro humilde siervo; ilustrad mi entendimiento para conocer vuestra voluntad, y para obedecerla.

PROPOSITOS.

Ser verdadero discípulo de Cristo, es guardar la ley, no tener apego á los bienes criados, llevar su cruz, vivir segun sus máxîmas, y seguirle. ¿Por estas señales conoces muchos discípulos del Salvador? ¿conóceste por éllas á ti mismo? ¿á cuántos que llevan su librea los desconocerá algun dia? Explicóse, y se explicó mas de una vez sobre este punto con la mayor claridad. Ninguno pue-

de ser verdadero discípulo suyo, si no se niega á sí mismo, si no sigue las máxîmas del evangelio, si no lleva su cruz todos los dias. Dime si te conoces á ti mismo en este retrato de los verdaderos discípulos de Cristo. ¿No te has avergonzado alguna vez del evangelio? ¿no antepones muchas las máxîmas del mundo á las de tu divino Maestro? ¿no te corres tal vez de manifestarte por discí pulo suyo en presencia de todo el mundo? Mira de aqu adelante con horror esta indecente vergüenza. Acuérdate de que el mismo Cristo desconocerá tambien por discípulos suyos delante de su Padre celestial á los que no le conocieren á él por su maestro delante de los hombres. ¡Cosa extraña! Ningun mundano hay, aunque se profese cristiano, que no haga vanidad de conformarse con las máxîmas, y de seguir el espíritu del mundo; y se encuentran muy raros discípulos de Cristo que no sientan algun empacho, alguna dificultad en declararse por tales. No temas la burla de los disolutos, ni los insultos dichos de los indevotos; declárate por la virtud á cara descubierta, y no rezeles que sea vanidad parecer devoto, como lo seas efectivamente.

2 Para arreglar toda tu conducta consulta únicamente las máximas de la religion, los exemplos de los santos y el fervor de las almas virtuosas. Lejos de gobernarte por las costumbres estragadas, y aun por la vida floxa y descuidada de los menos arreglados, haz profesion de que tu modestia, tu compostura, tu circunspeccion, tus máxîmas y tus conversaciones digan á todos la religion que profesas y la doctrina que sigues. Ten presente este motivo cuando aconsejes y cuando corrijas, ni en el exámen de la noche dexes de indagar siempre si pasaste el dia como verdadero discípulo de Cristo; siendo este el título que mas debes apreciar entre todos los de la vida.

DIA QUINCE.

San Vito, Modesto, y santa Crescencia, mártires.

Fue san Vito siciliano de nacion, de familia muy ilustre; pero de padres gentiles por su desgracia. Aquel Señor, que en las mayores persecuciones manifestó siempre mas el poder milagroso de la gracia, y se complace tanto en echar mano de lo mas flaco del mundo para confusion de lo mas fuerte, escogió á nuestro Santo para que en la edad de doce á quince años fuese un niño de milagros.

Por dicha era cristiano el ayo que le buscaron sus padres, y se llamaba Modesto, del cual, como es verisímil, se valió Dios para sacar al niño Vito de las tinieblas de la idolatría, previniéndole desde luego con aquellas gracias extraordinarias que dan tan declaradamente á conocer la virtud del Todopoderoso. Estaba encendido en todas partes el fuego de la persecucion contra los cristianos; pero el tierno Vito, despreciándole con generosidad, hacia abierta profesion de este glorioso nombre, y en todas ocasiones se declaraba contra la ciega supersticion de los gentiles.

Llegó esto á noticia de Valeriano, gobernador de Sicilia por los emperadores Diocleciano y Maxîmiano; y llamando á Hylas, padre de nuestro Santo, le significó lo mucho que extrañaba tener entendido que su hijo era uno de los mas acalorados sectarios de la religion cristiana; y le añadió en tono severo: *Si quieres salvar la vida de ese inconsiderado muchacho, haz que tenga juicio, y que salga cuanto antes de su error.*

Era Hylas tan zeloso gentil, como fervoroso cristiano su hijo, y llamándole sin perder instante de tiempo, le dixo con semblante desconsolado y afligido: *¿Qué es lo que oygo, hijo mio de mi vida? ¿será posible que esa mal-*

dita raza de los cristianos te haya hechizado de manera que adores por dios á un vil Judío, colgado por sus delitos en un infame madero, y que por esta extravagancia incurras en la indignacion de los emperadores, manchando con tan feo borron tu esclarecida familia? Diciendo esto le daba estrechos abrazos, y derramaba copiosas lágrimas, explicando en estas demostraciones su dolor y su ternura.

Mantúvose el niño Vito con inmutable entereza, y respondió á su padre en esta substancia: "Amado padre y señor, mucho os equivocais en el concepto que haceis de los cristianos, teniéndolos por magos y por hechiceros; no hay cosa mas pura, no la hay mas santa que sus costumbres y que su doctrina. La muerte de Jesucristo en la cruz solo parece locura á los ojos de los gentiles; por lo demas élla fue el gran misterio de la redencion del mundo. Perdió el hombre la amistad de su Dios por el pecado, y fue menester que Dios se hiciese hombre, y muriese en esa cruz para restituirle á su gracia, porque cualquiera otra satisfaccion sería improporcionada. El que á vos se os representa suplicio fue un milagro de la divina clemencia; la que tratais de extravagancia es celestial sabiduría; y creedme, nunca podria yo añadir mayor lustre á toda la familia, que el que la comunico precisamente por la gloriosa profesion que hago, y espero siempre hacer de fervoroso cristiano." Enmudeció Hylas á vista del respeto y de la intrepidez con que le habló el santo hijo; pudieron mas la admiracion y la ternura que la cólera y la indignacion. Retiróse sin hablar palabra, y dexó en paz al niño Vito.

No era posible que ésta le durase mucho á vista del ruido que hacian las maravillas que Dios obraba por él. Cobraban vista los ciegos, y repentina salud los enfermos solo con hacer Vito sobre éllos la señal de la santa cruz, y hasta los demonios, ó por malignidad, ó por precepto, publicaban sus virtudes por boca de los energúmenos. Dióse noticia de todo á Valeriano, atribuyéndolo á hechicería y encantamiento, segun la manía en que se habian encaprichado los gentiles; y mandando el Gobernador llamar á Hylas: *Ya te previne*, le dixo en tono colérico y dominante, *que tu hijo era cristiano; te ad-*

vertí que le reduxeses á la razon; sin embargo sé que es uno de los mas perniciosos magos de esta maliciosa secta; no puedo ya dispensarme de hacerle comparecer en mi tribunal; quiero que tú estés presente, y que entiendas no podré dexar de castigarle si no me obedece con presteza.

Compareció el santo Niño, y tratándole Valeriano con cariñosa blandura, le preguntó: *¿En qué consiste, hijo mio, que no te dexes ver en nuestros templos, ni asistas á nuestros sacrificios? ¿ignoras por ventura que los emperadores mandan quitar la vida con los mas atroces tormentos á todos los cristianos? No Señor*, respondió Vito sin dar muestras de la mas leve turbacion, *no lo ignoro; pues yo mismo he sido testigo de la crueldad de los suplicios, y de la constancia de los mártires; ¿pero qué razon habrá para obligarnos á reconocer por dioses á un pedazo de mármol, ó á un tronco sin vida, que no valen por el mas vil de todos los hombres? Por lo quo toca á mí, resueltamente te digo que jamás adoraré á otro dios que al único que lo es verdaderamente del cielo y de la tierra, porque tampoco hay otro.*

Cuando Hylas oyó estas palabras salió fuera de sí, y comenzó á exclamar como frenético: *¡Ay desdichado de mí! Compadecéos de la triste suerte de este desgraciado padre todos los que sois amigos mios; no tengo mas que un hijo, y ese le voy á perder miserablemente sin remedio. No, padre mio, no me perderéis, ni yo pereceré*, replicó el Santo tan fresco como tranquilo, *pues no hay mayor felicidad que derramar toda la sangre por amor de Jesucristo, mereciendo por una dichosa muerte entrar en la compañía de los bienaventurados.* Quedó como atónito Valeriano al ver tanta cordura y tanta constancia en un niño de catorce á quince años; pero igualmente indignado de una respuesta tan animosa, le dixo: *Por respeto á tu calidad, y por la amistad que profeso con tu padre te he dexado hasta ahora de castigar; mas ya que abusas tanto de mi bondad, verémos si la pena te hace mas cuerdo y mas dócil.* Mandó, pues, que le despedazasen á azotes; órden que se executó al punto con inhumanidad y con exceso; peso sin perder el santo Niño un punto de su tranquilidad. En vano se valió el Go-

bernador de promesas y de amenazas: *Ya te he dicho de una vez para siempre*, respondió el santo Mancebo, *que jamás reconoceré ni adoraré otro dios que á Jesucristo.* Colérico Valeriano, mandó que le aplicasen á la cuestion de tormento; íbanlo á executar los verdugos, y se hallaron de repente con una general contraccion de todos los miembros, y al mismo Gobernador se le secó de repente la mano con agudísimos dolores. Al principio lo atribuyeron, segun su ordinaria cantinela, á la mágica profesion que suponian en todos los cristianos; pero queriendo desengañarlos el niño Vito de que todos estos milagros eran solo por virtud del nombre de Jesucristo, pronunció sobre éllos este dulcísimo nombre, y al punto quedaron todos sanos. Neutral el Gobernador entre el agradecimiento y la cólera, se contentó con entregársele á su padre, repitiéndole el encargo de que le procurase reducir á obedecer á los emperadores.

Parecióle á Hylas que los regalos, las diversiones y los deleytes serian mas eficaces que los suplicios, y ninguno omitió de los mas propios para lisonjear el corazon, ablandarle y corromperle; pero el santo Mancebo se mostró invencible á todo; y aun se dice que habiendo quedado repentinamente ciego el inconsiderado padre, en castigo de su indiscreta curiosidad, experimentó él mismo lo mucho que podia Dios con su milagroso hijo, porque recobró la vista solo con hacerle éste la señal de la cruz sobre los ojos; milagro que en vez de obrar su pronta conversion, produxo un efecto enteramente contrario; pues persuadido á que su hijo era mago y hechicero, tomó desde entonces la bárbara resolucion de perderle; pero Modesto, antiguo preceptor del santo Niño, fue avisado en sueños por un ángel que secretamente le sacase del poder de su padre, y le conduxese á la orilla del mar, donde encontraria un navío prevenido para llevarle donde le destinaba la divina Providencia. Declaró Modesto á Vito las disposiciones de ésta, y encaminándose entrambos al sitio señalado, encontraron un navío que estaba para hacerse á la vela, y entrando en él dieron fondo en un puerto de la antigua Lucania, provincia del reyno de Nápoles, que se llama hoy Basili-

cato. Hicieron alto en un desierto cerca del rio Siluro, tomando el Señor de su cuenta el mantenerlos por medio de una águila, que cada dia les traia la provision que bastaba para no morirse de hambre. Comenzaban á gustar los dulces consuelos de la soledad cuando se hallaron en precision de dexarla, para que triunfase Jesucristo en la capital del imperio, y á los ojos mismos del Emperador. Apoderóse el demonio de un ministro muy favorecido de Diocleciano, y atormentándole extrañamente, protestaba á voz en grito que no saldria de aquel cuerpo hasta que Vito, solitario de Lucania, le compeliese á dexarle. Mandó buscar el Emperador á un hombre, cuya virtud poderosa mostraba temer el mismo demonio; halláronle en oracion con su preceptor Modesto; é informado el Emperador de que eran cristianos, dió por cierto que ámbos serian dos insignes magos, y que tendrian estrecho comercio con el demonio, en cuya suposicion les hizo muchas preguntas. Las respuestas del santo Niño hechizaron á Diocleciano, el cual le preguntó sobre todo, con qué artificio lanzaban los demonios de los cuerpos. *Señor*, le respondió Vito, *no hay otro artificio que la virtud omnipotente de mi Salvador Jesucristo, á cuyo nombre doblan la rodilla el cielo, la tierra y los abismos, reconociendo su infinito poder. Pues hagamos la experiencia*, replicó el Emperador, *y libra del demonio á mi favorecido.* Hizo oracion el fervoroso Mancebo; puso la mano sobre la cabeza del energúmeno, y haciendo en élla la señal de la cruz, dixo estas palabras; *Sal de ese cuerpo, espíritu inmundo, que así te lo mando en nombre de Jesucristo, mi Salvador y mi Dios.* Al punto salió el demonio con espantoso ruido, quitando la vida á muchos de los gentiles que se hallaban presentes, y habiendo vomitado mil blasfemias contra nuestra santa religion.

Dicen las antiguas actas del martirio de nuestro Santo, que movido el Emperador de tantas maravillas, y enamorado de la gracia, del agrado, de la viveza y del brillante espíritu del santo Niño, no perdonó á diligencia alguna para ganarle, hasta ofrecerle que le adoptaria por hijo, y le asociaria en el imperio, solo con que renunciase la fe de Jesucristo. Horrorizóse de la pro-

posicion el invencible Mancebo, convirtiéndose en saña la ternura de Diocleciano; mandó que así á él como á Modesto los encerrasen en un tenebroso y hediondo calabozo, y los dexasen morir de hambre; pero apenas entraron en él cuando se abrieron las puertas, se hicieron pedazos las cadenas, y se apoderó un pavoroso terror de todos los corazones. Atónito el carcelero corrió exhalado á palacio, y temblando con el asombro y con la turbacion, dió cuenta al Emperador de lo que pasaba. Temió Diocleciano las consecuencias de aquella maravilla, y acudiendo prontamente á borrar la impresion que podia hacer en los ánimos á favor de los cristianos, ordenó que luego al punto fuesen expuestos á las fieras en el anfiteatro. Alentaba Vito á Modesto á vista de los tigres y de los leones que habian soltado contra éllos, en presencia de mas de cinco mil personas que habian concurrido; pero apenas hicieron los Santos la señal de la cruz, invocando el nombre de Jesucristo, cuando los leones y los tigres se postraron á sus pies, halagándolos blandamente con la cola. Resonaron al punto los gritos de admiracion en que prorrumpió todo el pueblo, y al oirlos se irritó tanto el Emperador, que sin poder disimular su cólera, mandó se emplease el hierro y el fuego para atormentarlos, pero nada bastó para vencerlos. Convirtióse á la fe una muger, llamada Crescencia, á vista de aquella heróica constancia y alegría, mereciendo ser condenada á morir con éllos. No pudo subir á mas la crueldad de los verdugos; despedazaron á los santos Mártires hasta descubrirse las entrañas; sin que por eso dexasen de cantar jamás las alabanzas del Señor. Iban ya á acabar con las dos víctimas, cuando de repente se sintió un furioso terremoto, que llenando á todos de espanto, disipó toda aquella muchedumbre. Aseguran las mismas actas que los tres santos Mártires fueron sacados del cadahalso por ministerio de los ángeles, y conducidos al mismo lugar donde Vito y Modesto habian sido encontrados; y que habiendo suplicado Vito al Señor se dignase de consumar su sacrificio, todos tres rindieron en sus manos el espíritu el dia 15 de junio del año de 300.

Hácia la mitad del octavo siglo pasó á Roma Fulrado, abad de san Dionisio en Francia, y habiendo conse-

guido del papa Zacarías un cuerpo santo de los cementerios, con nombre de san Vito mártir, le depositó en una heredad de la diócesi de París, que pertenecia á un hermano suyo, donde se edificó una iglesia con la advocacion del Santo, y andando el tiempo, en el año de 836, fue trasladado este santo cuerpo con grande solemnidad á la abadía de Corwey en Saxonia. Pero éste no es el cuerpo de san Vito martirizado con san Modesto, del cual en ninguna parte se halla vestigio de que jamás fuese trasladado de Luciania á Roma; y lo mas concluyente es, que cincuenta años despues que Fulrado llevó de Roma para Francia la referida reliquia, se hallaron los cuerpos de san Vito, san Modesto y santa Crescencia en su antigua sepultura, de la cual fueron transferidos á Polignano el año de 886, donde se mantienen hasta el dia de hoy con grande veneracion. Hállase tambien otro san Vito que fue martirizado en Roma, cuyas reliquias fueron sin duda las que llevó á Francia el abad Fulrado.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la siguiente.

Da Ecclesiæ tuæ, quæsumus, Domine, sanctis martyribus tuis Vito, Modesto, atque Crescentia intercedentibus superbè non sapere, sed tibi placita humilitate proficere: ut prava despiciens, quæcumque recta sunt, libera exerceat charitate: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que por la intercesion de tus santos martires Vito, Modesto, y Crescencia, concedas á todos los fieles un santo horror á la mundana sabiduría, y gracia para hacer cada dia nuevos progresos en aquella santa humildad que tanto os agrada; á fin de que huyendo y menospreciando todo lo malo, se apliquen libre y generosamente á practicar todo lo bueno: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3. del libro de la Sabiduría.

Justorum animæ in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis. Visi sunt oculis insipientium mori, et æstimata est afflictio exitus illo-

Las almas de los justos estan en la mano de Dios, y no llegará á éllos el tormento de la muerte. Pareció á los ojos de los necios que morian, y se juzgó ser una aflic-

rum: et quod à nobis est iter, exterminium: illi autem sunt in pace. Et si coram hominibus tormenta passi sunt, spes illorum immortalitate plena est. In paucis vexati, in multis bene disponentur; quoniam Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se. Tamquam aurum in fornace probavit illos, et quasi holocausti hostiam accepit illos, et in tempore erit respectus illorum. Fulgebunt justi, et tamquam scintillæ in arundineto discurrent. Judicabunt nationes, et dominabuntur populis, et regnabit Dominus illorum in perpetuum.

cion el que saliesen de este mundo, y una entera ruina el separarse de nosotros; pero éllos estan en paz: y si han sufrido tormentos en presencia de los hombres, su esperanza está llena de la inmortalidad. Habiendo padecido ligeros males, recibirán grandes bienes: porque Dios los tentó, y los halló dignos de sí. Probólos como al oro en la hornilla, y recibiólos como á una hóstia de holocausto, y á su tiempo los mirará con estimacion. Resplandecerán los justos, y correrán como centellas por entre las cañas. Juzgarán á las naciones, y dominarán á los pueblos; y su Señor reynará eternamente.

NOTA.

"A todos los libros que se atribuyen á Salomon, acos»tumbra la Iglesia darlos el título de *Sapienciales*. El que »contiene la epístola de hoy, es como una suma de sus »máxîmas y sentencias mas importantes; por lo que san »Atanasio y san Epifanio le llaman el compendio de to»das las instrucciones.

REFLEXIONES.

Las almas de los justos estan en la mano de Dios: ¿á quién pueden temer? Ponga en movimiento la envidia todo su veneno; aseste todos sus tiros la maledicencia; use de todos sus artificios la mas denigrativa calumnia contra los justos, ¿qué podrá todo el mundo junto, aunque vaya de acuerdo con todo el infierno, contra un hombre á quien protege Dios? No perdonan las adversidades á la virtud; nacen los trabajos hasta en lo mas interior del mismo santuario; á los escogidos del Señor nunca les cupieron entre sus partijas las prosperidades de esta vida. Déxanse para los réprobos esas alegrías mun-

danas, ese contínuo esparcimiento, esa perpétua cadena de diversiones, esos ayres fieros y orgullosos que inspira la prosperidad. Los siervos de Dios visten otra librea; pásase la mayor parte de sus dias en amargo llanto, en miseria y en obscuridad; tiéneseles lástima, y se les trata como al desecho, como á las heces de todos los mortales. Es cierto que son dignos de compasion; pero á los ojos de los insensatos, y no mas. Parece que viven una vida sembrada de miserias y de aflicciones; pero mientras tanto viven, por decirlo así, en el centro de la felicidad, puesto que su alma está en las manos de Dios. ¿A qué gran señor, ni á qué príncipe le ha pasado hasta ahora por el pensamiento tener envidia á un comediante que representa el papel de un augusto emperador? Sabe muy bien que todo aquel aparato de esplendor, de grandeza y de magestad solo dura mientras dura la comedia: en acabándose ésta, despues de haber deslumbrado por un rato los ojos y los oidos, quedó aquel hombre confundido con lo mas ínfimo del pueblo. La mayor parte de los hombres representan un buen papel en el teatro de la vida: mientras dura la representacion todo embelesa, todo encanta, todo brilla; ¿pero con qué despejo, y aun con qué desembarazo no se presentan en el teatro? ¿con qué entonamiento no hablan á los que están de mirones y de oyentes, aunque haya entre éllos personas muy respetables? Los justos mientras viven son, digámoslo así, unos mudos asistentes á la comedia de esta vida; cuando se acaba la comedia, cuando aquel disoluto se ve ya en los brazos de la muerte, cuando está para espirar aquella muger mundana, cuando todos se retiran á sus casas; esto es, cuando entran en la casa de la eternidad, donde han de ir á parar todos los hombres; ¿tendrán mucha envidia á los representantes aquellos que no hicieron mas que asistir á la comedia? ¿Reputarán entónces por el ápice de la felicidad aquella escena teatral de mundanas prosperidades? ¿se les representará como la mayor de todas las desgracias aquella vida pura, santa, humilde, pobre, obscura y mortificada? Grandezas mundanas, esperanzas engañosas, todas pasais como relámpago; sois á lo mas un sueño agradable, que divierte mientras dura. ¿Pero los justos? *In paucis vexati, in multis bene disponentur.* Mientras vivieron los maltratásteis á vuestra satisfaccion:

no obstante, ni por eso fueron tan dignos de compasion como os parecia; porque al fin sus trabajos fueron ligeros, duraron poco, y su recompensa, sobre muy grande, es eterna. ¿En quien tiene fe puede haber locura mas insigne, ni mas calificada, que vivir segun las máxîmas del mundo, y no seguir el exemplo de los santos?

El evangelio es del cap. 10 de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Qui vos audit, me audit: et qui vos spernit, me spernit. Qui autem me spernit, spernit eum, qui misit me. Reversi sunt autem septuaginta duo cum gaudio, dicentes: Domine, etiam dæmonia subjiciuntur nobis in nomine tuo. Et ait illis: Videbam Satanam sicut fulgur de cœlo cadentem. Ecce dedi vobis potestatem calcandi supra serpentes et scorpiones, et super omnem virtutem inimici: et nihil vobis nocebit. Verumtamen in hoc nolite gaudere, quia spiritus nobis subjiciuntur: gaudete autem, quod nomina vestra scripta sunt in cœlis.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: El que os oye á vosotros, me oye á mí, y el que á vosotros os desprecia, me desprecia á mí. Y el que me desprecia á mí, desprecia al que me envió. Los setenta y dos (discípulos), pues, volvieron con alegría diciendo: Señor, hasta los demonios se nos sujetan en tu nombre. Y él los dixo: Yo veía á Satanas caer del cielo como un rayo. He aquí que yo os he dado potestad de andar sobre serpientes y escorpiones, y de superar toda la fuerza del enemigo, y nada os dañará. Sin embargo, no os alegreis por esto porque los espíritus se os sujeten, sino alegráos porque vuestros nombres están escritos en los cielos.

MEDITACION.

De la falsa confianza.

PUNTO PRIMERO.

Considera que tan pernicioso es tener poca confianza como tener demasiada. La primera es desconfianza, la segunda presuncion: aquélla nace de una culpable pusilanimidad, ésta de un orgullo que mira Dios con horror. La verdadera confianza se funda en la bondad infinita de Dios, en su

poder, y en la dignacion con que quiere le consideremos como nuestro padre. Esta es aquella confianza que acredita nuestra fe, y nos pide contínuamente el Señor como condicion indispensable para oir nuestras oraciones, baxo la cual no nos negará cosa que le pidamos. Pero hay otra confianza presuntuosa, otra confianza falsa, que no merece el nombre de esta virtud, y consiste en cierta opinion demasiadamente ventajosa que tiene el hombre de sí mismo, en una esperanza fundada en cierta virtud imaginaria que se atribuye á sí propio, y en las especiales gracias con que el Señor nos ha querido favorecer: confianza, que fácilmente se conoce cuánto engaña, y cuánto precipita. Cuéntase mucho con las máxîmas piadosas que se tienen frecuentemente en los labios: cuéntase con cierta como virtud de costumbre, de que nos lisonjea nuestro amor propio: cuéntase con una especie de ciega seguridad, que siempre es hija de una necia confianza. Aunque no hubiera otro pecado que esta vana opinion que tiene uno de sí mismo, bastaria para que delante de Dios fuese muy reprensible. ¿Quién puede presumir racionalmente de su fidelidad, ni mucho menos de su preseverancia en las ocasiones mas frecuentes y comunes? Se han visto caer las mas robustas columnas de la Iglesia, que la sirvieron de apoyo por algun tiempo; viéronse precipitar y se vieron eclipsar los mas brillantes astros, que por muchos años fueron luz, farol y guia de los fieles: un Salomon, á quien dotó Dios de tan portentosa sabiduría, se precipitó en los mayores excesos; un Apóstol del mismo Jesucristo, llamado al apostolado por el Señor, instruido en su divina escuela, paró en ser un alevoso traidor. Desbarraron en errores, y extraviáronse en descaminos muchos que hicieron milagros. ¿Y despues de esto, habrá todavía quien fie mucho de su aparente fervor, y de una virtud inconstante, mientras está puesta á las tentaciones de esta vida? ¡Ah, Señor! que esta falsa confianza bastaria élla sola para precipitarnos en funestas caidas, y en desacertados desvaríos dentro de los caminos mismos de la perfeccion.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no es menos falsa, ni menos insuficiente la confianza fundada en los favores recibidos del Señor, si no la acompaña siempre una santa desconfianza de sí mismo; y si exponiéndose á las ocasiones mas peligrosas, se presume imprudentemente en auxílios extraordinarios, que siempre niega Dios á los orgullosos, y solamente los concede á las almas verdaderamente humildes.

Haz reflexîon á la respuesta que dió á sus discípulos cuando tanto se gloriaban del poder que les habia dado para lanzar los demonios. *Mirad*, les dixo, *que yo ví caer á Satanás como un rayo precipitado del cielo.* Fue lo mismo que decirlos: Guardáos bien de envaneceros por las gracias que habeis recibido de mi poderosa mano: mayores habia yo concedido á aquellos espíritus puros que componian mi córte: enriquecílos con dones mas excelentes, y los escogí para hacerlos las criaturas mas nobles que habian salido del seno de mi poder; ocupaban en el cielo las primeras sillas; pero su orgullo y su presuncion los precitó en los abismos. Cuanto mayores gracias se han recibido de la mano del Señor, mayor cuenta se ha de dar á su justicia; á los favores mas señalados corresponden mayores obligaciones de agradecimiento y de fidelidad. *Trabajad en el negocio de vuestra salvacion con temor y temblor*, dice el Apóstol (*Filip.* 2.): no te fies mucho de esa inocencia de costumbres, de esa constante devocion; es una flor que el ayre la marchita; es un cristal que el menor soplo le empaña; un golpe de viento echa muchas veces á pique los mas fuertes navíos; basta un soplo para apagar el hacha mas luminosa. ¡Buen Dios, cuántos perecen por una falsa seguridad!

Las pasiones nunca se doman enteramente, ni el enemigo de la salvacion se le vence jamás por medio de la complacencia. Todo aquel que se descuida, es hombre perdido. Cuando el Salvador recomienda tanto el velar y orar, no habla precisamente con los pecadores de profesion; dirigió estas palabras á los tres apóstoles mas favorecidos suyos. ¿Expóneste á los mayores peligros de pecar, sin mie-

do de precipitarte, porque fuiste fiel hasta ahora? ¡Qué ilusion, qué confianza tan mal fundada! David habia salido victorioso de muchos combates; habia hecho grandes progresos en la virtud; y David, aquel hombre segun el corazon de Dios, luego que no desconfió de su flaqueza, cayó en los pecados mas enormes. Apenas hay tentacion mas digna de temerse que la falsa confianza: basta un solo pecado para perder en un momento todos los méritos de la vida mas santa y mas penitente: *Despues que hayais hecho todo cuanto os es mandado* (dice Jesucristo), *decid: Siervos inútiles somos. Bienaventurado aquel que desconfia siempre de sí, y anda siempre temeroso.*

¡Ah, Señor, y cuánto tengo de que acusarme en este punto! ¿Mis frecuentes caidas no han sido por ventura efecto de mi demasiada confianza, ó por mejor decir, de mi necia presuncion? En vuestra sola gracia debia esperar, mi Dios, y en vos solo coloco toda mi confianza; vos solo sois toda mi esperanza y toda mi fortaleza; en mí no hay mas que miseria, y nunca perderé de vista mi pobreza y mi nada.

JACULATORIAS.

Beatus homo qui semper est pavidus. Prov. 28.

Bienaventurado aquel que siempre vive temeroso y desconfiado de sí mismo.

Ego sum pauper et dolens: salus tua, Deus, suscepit me. Salm. 68.

Reconozco, Señor, que estoy destituido de todos los bienes; no veo en mí mas que pobreza y miseria; pero vos sois, Dios mio, toda mi confianza.

PROPOSITOS.

Es la presuncion cierta opinion demasiadamente buena que cada uno tiene de sí mismo; ninguna cosa prueba mas que uno se conoce poco, que cuando se estima mucho; es mucha pobreza de entendimieuto ignorar hasta dónde llega la flaqueza propia; el que fia en su imaginaria virtud, esté cierto de que no la tiene. No hay, pues, que admirar-

se de que no la tiene. No hay pues, que admirarse de que ociquen en caidas tan vergonzosas esas almas tan presumidas. Complácese Dios en confundir el orgullo humano; aprende á desconfiar de ti, sirviéndote de escarmiento tantos y tan ruidosos exemplares; reconoce tu miseria y tu inclinacion al mal. Acuérdate sin cesar de que debes obrar el negocio de tu salvacion con temor y con temblor, como dice el Apóstol; no hay virtud tan arraigada, ni hábito virtuoso tan antiguo que nos dipense en este saludable temor. Teme contínuamente las sorpresas de los sentidos, los artificios de las pasiones, los lazos que arman á la inocencia los objetos peligrosos; teme á tu propio espíritu y á tu mismo corazon; témete á ti mismo; porque en esta vida todo es peligroso. No se aparte jamás de tu memoria este oráculo del Apóstol: *Bienaventurado el hombre que siempre está temeroso de ofender á Dios.*

2 No basta temer, es menester aplicar todos los medios para evitar lo que se teme. Toma, pues, desde este mismo dia una eficaz resolucion de huir todo aquello que puede ser ocasion de pecado; de no hallarte en tal concurrencia; de no ver tal persona; de no tratar de tal asunto; de abstenerte de tal juego; de negarte á tal diversion; de no leer tal libro; de no reprender con cólera á tus criados ni á tus hijos; en una palabra, de evitar todo lo que puede servir de lazo á tu fidelidad y á tu inocencia. No hay que fiarte del valor ni de la fidelidad antecedente; así como ninguna cosa empeña mas al Señor para concedernos sus auxîlios particulares que la humilde desconfianza de sí mismo, así tambien ninguna cosa le irrita mas que la temeraria presuncion. Huye las ocasiones, si quieres vivir sin pecado.



DIA DIEZ Y SEIS.

San Quiríco y santa Julita, mártires.

Fue santa Julita una señora jóven cristiana, de casa ilustrísima y muy distinguida en el Ásia, como descendien-

te de sus antiguos reyes; pero mas respetada por su eminente virtud que por su nobilísimo nacimiento. Nació en Icónia, hoy Cogni, capitad de Licaónia, donde san Pablo y san Bernabé habian predicado la fe de Jesucristo con tanto fruto y con tan feliz suceso. Habiéndose casado con un caballero de la primera calidad, como correspondia á su nobleza, fue su virtud exemplo de señoras cristianas, añadiendo su modestia nuevo lustroso realce á todas las demas prendas que la adornaban; de manera, que parecia como original del bello retrato de la muger fuerte que pinta el Sabio en la sagrada Escritura.

Era una de sus primeras atenciones el cuidado de estrechar cada dia mas y mas la casta union con el esposo que el cielo la habia destinado, y el conservar la paz y buen gobierno en toda la familia, siendo ésta su ordinaria y principal ocupacion. Humilde sin artificio, modesta sin afectacion, vestida con la decencia correspondiente á su clase, pero sin ostentacion ni profanidad, inspiraba aprecio y veneracion de la virtud en cuantos la conocian y la trataban. Por otra parte se hacia admirar, y aun adorar por la afabilidad con que se hermanaba con todos, y por el peso, prudencia y discrecion que acompañaba á todas sus palabras. Ni era la menor de sus virtudes la exâctitud con que pagaba el salario á sus criados, y el amor con que los socorria en sus necesidades. Su caridad con los miserables la mereció el nombre de madre de los pobres, ganándola el corazon de todos los necesitados. El tiempo que la dexaban libre las obligaciones domésticas, le empleaba en la labor, en la oracion y en otras devociones.

Tal era Julita, cuando queriendo Dios perfeccionarla con los trabajos, y proponerla á la Iglesia como una muger verdaderamente fuerte, la llevó á su marido en la flor de la edad, dexándola viuda á los veinte y dos años, sin mas hijos que un niño, llamado Quiríco, único fruto de su matrimonio, que todavía estaba en la cuna. Libre de las cargas de casada, se dedicó enteramente á desempeñar las obligaciones del nuevo estado, sobresaliendo en el exercicio de todas las virtudes, que pide á las viudas el Apóstol.

Fue su principal atencion criar al niño Quiríco en el

santo temor de Dios, inspirándole desde luego aquellas máxîmas cristianas, que le hicieron tan ilustre mártir aun sin haber salido de las primeras niñeces. Apenas sabia hablar, y ya sabia qué cosa era ser cristiano. Todo su gusto era ser instruido en la religion, y aprender de memoria sus preceptos. Correspondia perfectamente á las piadosas inclinaciones del hijo el zelo de la santa madre. Nunca le hablaba sino del culto divino y de los principios del evangelio.

Tenia solos tres años el niño Quiríco, cuando los emperadores Diocleciano y Maxîmiano publicaron su cruel edicto contra los cristianos, empeñados en exterminarlos de todo el imperio. El gobernador de Licaónia, llamado Domiciano, fue uno de los ministros que se mostraron mas zelosos en su puntual execucion, y fue general la consternacion en toda la provincia. En las plazas públicas no se veían mas que ecúleos, potros, horcas y cadahalsos, ni se hablaba de otra cosa que de suplicios y de tormentos. Deseaba Julita con vivas ánsias derramar su sangre por amor de Jesucristo, habiendo mucho tiempo que suspiraba por el martirio; pero se hallaba embarazada con la suerte de su hijo, temiendo que se le arrancarian de los brazos, y le criarian en la religion pagana. Resolvió, pues, ponerle á cubierto de la tempestad por algun tiempo, y dexó la ciudad y la provincia acompañada de solas dos criadas suyas. Abandonando, pues, su casa, sus conveniencias y todos sus grandes bienes por salvar su fe y la de su hijo, se retiró á Seleucia en la provincia de Isáuria; asilo poco seguro, por estar mas encendida la persecucion en aquella provincia que en la de Icónia. Su gobernador Alexandro, aun mas cruel que Domiciano, persiguiendo furiosamente á los cristianos, satisfacia su ambicion y su despique, porque á un mismo tiempo lisonjeaba á los Emperadores y contentaba la aversion personal que profesaba al cristianismo. Obligada Julita á buscar abrigo mas seguro, á pesar de la fatiga y de las incomodidades de un viage tan largo como penoso, se refugió en Tarso de Cilicia; pero el Señor que la queria probar, y premiar al mismo tiempo su fe, permitió que la fuesen siguiendo allí sus perseguidores.

No bien habia llegado á dicha ciudad, cuando el Emperador despachó una órden á Alexandro, gobernador de Isáuria, para que pasase á Tarso con comision particular de poner en execucion el edicto contra los cristianos, mandándole expresamente en la instruccion que á ninguno perdonase. Conoció entonces nuestra Santa que Dios queria cumplir sus deseos, y que se habia llegado el tiempo de consumar su sacrificio; por lo que suplicó fervorosamente á su Magestad se dignase aceptar tambien la tierna víctima que le ofrecia con élla, no permitiendo que su querido hijo la sobreviviese; oracion que fue benignamente oida, y favorablemente despachada. Luego que llegó el Gobernador fue acusada en su tribunal la jóven Viuda como cristiana, y haciéndola arrestar, fue llevada á su presencia con su hijo en los brazos, sin mostrar la Santa alteracion ni sobresalto.

Informado Alexandro de su alta calidad, la recibió con mucha cortesanía, y solamente la preguntó si era cristiana: *Sóylo*, respondió Julita; *y tambien mi hijo lo es. Admírome*, replicó el Gobernador, *de que una Señora de tu nacimiento, de tus años, de tus prendas y de tu espíritu se haya dexado infatuar de las extravagancias de esa religion. Mas me admiro yo*, (repuso la Santa), *de que un hombre que tenga no mas que una leve tintura de razon, pueda abandonarse á los absurdos y á las infamias del paganismo. Las que vosotros llamais extravagancias en la religion cristiana, son unas máximas, en las cuales reyna la verdadera sabiduría, el buen juicio y la verdad: ni aun vosotros ignorais que solo en esta religion se encuentran la inocencia, el honor y la virtud. Mucho menos ignorais vosotros*, (replicó el Gobernador ciego ya de cólera), *que los tormentos se hicieron en el mundo para los cristianos*; y diciendo estas palabras, mandó que la arrancasen al hijo de los brazos; y luego la pusiesen en el potro. Sintió mas santa Julita la violenta separacion de su hijo, que el tormento á que la iban á aplicar. Sus dos criadas, poseidas del miedo, la habian abandonado desde los principios; pero recobradas del primer pavor, volvieron luego á mezclarse entre la muchedumbre, para ver de lejos los tormentos que padecia su ama.

Era el ánimo del Gobernador aterrar á los cristianos con esta primera execucion, y así fue verdaderamente cruel. Descargaron una espesa lluvia de azotes con nervios de bueyes sobre el delicado cuerpo de la Santa, á cuyos furiosos golpes corrian por todas partes arroyos de sangre, quedando su hermoso cuerpo espantosamente destrozado.

El niño mientras tanto, viéndose separado de su madre, comenzó á llorar y á gritar, haciendo cuantos esfuerzos podia para volverse á élla, y para desembarazarse de los que le tenian en sus brazos. Viéndole tan vivo y tan hermoso, mandó el Gobernador que se le llevasen; púsole sobre las rodillas para acallarle; comenzó á halagarle y acariciarle, aplicando la boca para darle un beso; pero el niño volvió la cabeza, apartóle la cara con sus manecitas, y haciendo cuanto podia para desasirse de él, le daba con los pies, y le arañaba con sus pequeñas uñas. Por mas diligencias que hizo el Gobernador para que no mirase á su madre, nunca lo pudo conseguir, volviendo siempre el niño sus ojitos hacia élla, y gritando continuamente como la misma madre: *Yo soy cristiano, yo soy cristiano.* Irritado Alexandro con estos gritos, y furioso de verse tan burlado, entró en tan descompuesta cólera, que cogiendo al tierno infante por una pierna, y diciendo brutalmente: *Ya que eres cristiano como tu madre, perecerás con élla*, le estrelló con rabiosa violencia contra el pavimento del tribunal, haciéndose pedazos la pequeñita cabeza en la primera grada, esparcidos los sesos por el suelo, y llenándose todo él de aquella inocente sangre; inhumanidad que detestaron con horror todos los asistentes, desahogando en un sordo murmullo su justa indignacion. Sola Julita vió con ojos enxutos aquel glorioso espectáculo; y manifestando á los gentiles cuánto la habia elevado la gracia de Jesucristo sobre los movimientos de la naturaleza, se conservó bañada de un gozo celestial, rindiendo en alta voz gracias al cielo porque se habia dignado coronar antes que á élla á su dulcísimo hijo.

Oyó Alexandro, como todos los demas, esta oracion; y á vista del generoso desprecio que hacia de la muerte, se desengañó de que ningun tormento sería ca-

paz de doblarla. No obstante, por exercitar su crueldad, mas que por entretener su esperanza, mandó que la volviesen al potro; que la despedazasen los costados con uñas aceradas; que echasen pez derretida sobre sus delicados pies; y mientras el pregonero la exhortaba en alta voz á que sacrificase á los idolos, la Santa levantando mucho mas la suya, gritaba: *Yo soy cristiana.*

Toda descoyuntada, despedazada y abrasada, no alentó el menor suspiro, ni abrió la boca sino para dar testimonio de la divinidad de Jesucristo, y para declarar que los ídolos, á quienes querian ofreciesen sacrificios, eran solos unos viles instrumentos del demonio para engañar á los hombres miserablemente. Amenazáronla con que sería tratada como su hijo, y élla exclamó: ¡ *Ah, si deseo con ánsia alguna cosa, es tener parte en su dicha, y caminar cuanto antes á hacerle compañía en la gloria*! El silencio, el ayre y todo el exterior de los concurrentes daban bien á entender la admiracion y asombro con que miraban la magnanimidad de aquella jóven Señora, y la alta idea que concebian de su santa religion; lo que advertido por el Gobernador, determinó quitársela cuanto antes de la vista, y mandó que la cortasen la cabeza. No pudo disimular su extraordinaria alegría luego que oyó la sentencia; y como era su mayor empeño que triunfase la fe de Jesucristo en medio de los tormentos gritando sin cesar que era cristiana, los verdugos la metieron en la boca una gran bola para que no pudiese hablar mientras la conducian al lugar del suplicio. En llegando á él, los pidió la concediesen un corto espacio de tiempo para hacer oracion; hincóse de rodillas, dió gracias á Dios por haber llevado para sí á su querido hijo; suplicóle se dignase admitir el sacrificio que le hacia de su vida; levantó dulcemente los ojos al cielo, y tendiendo su cuello al verdugo, éste de un golpe la separó la cabeza, y consumó su martirio con tan gloriosa muerte el dia 16 de junio por los años de 305.

Por la noche fueron las dos criadas suyas á retirar el santo cuerpo y el de su hijo san Quiríco; los que enterraron en un sitio del territorio de Tarso, á bastante distancia del lugar de su martirio; y habiendo vivido una de

éllas hasta que el grande Constancio, diez y ocho años despues, dió la paz á toda la Iglesia, descubrió el precioso tesoro que habia escondido; y acudiendo todos apresuradamente á venerar las santas reliquias, se hizo desde entónces célebre su culto en todo el Oriente. Dícese, que habiendo hecho un viage hácia aquellas partes san Amatro, obispo de Auxerre, traxo consigo los cuerpos de san Quiríco y santa Julita, y los colocó en una iglesia que tuvo despues su misma advocacion. Lo cierto es, que las muchas iglesias que hay en Francia dedicadas á estos dos Santos persuaden bastantemente que sus reliquias se repartieron entre varias, como en Tolosa, en Clermont, en Arles, y singularmente en Nevers, que tiene por patron á san Cyro.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos concedis sanctorum martyrum tuorum Cyrici et Julitæ natalitia colere: da nobis in æterna beatitudine de eorum societate gaudere: Per Dominum nostrum...

O Dios, que nos haces la gracia de que celebremos el martirio de los santos martires Quiríco y Julita; concédenos que gocemos tambien en su compañía de la eterna bienaventuranza. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 31. del libro del Eclesiástico.

Qui autem nimis diligit divitias, non justificabitur: et qui insequitur consumptionem, replebitur ex ea. Multi dati sunt in auri casus, et facta est in specie ipsius perditio illorum. Lignum offensionis est aurum sacrificantium: ve illis qui sectantur illud! et omnis imprudens deperiet in ilia. Beatus dives qui inventus est sine macula.

El que ama las riquezas demasiado, no será justo, y el que va siguiendo la corrupcion se llenará de élla. Muchos se precipitaron por causa del oro, y su perdicion fue ocasionada de su hermosura. El oro es un cepo para aquellos que se sacrifican á él: ¡ay de aquellos que le buscan! y todos los imprudentes perecerán en él. Bienaventurado el rico que fuere encontrado sin mancha.

NOTA.

"Fue compuesto el libro intitulado *Eclesiástico* por »Jesus, hijo de Sirach, á imitacion de los proverbios que

„compuso Salomon. Diéronle los antiguos un nombre, que „significa *toda virtud*, porque ninguna hay, para cuyo „exercicio no se den admirables reglas en este excelente „libro; siendo una doctrina general que combate todos los „vicios, arregla las costumbres, y conduce como por la „mano á la práctica de todas las virtudes."

REFLEXIONES.

Siendo las riquezas beneficio del Señor, ningunos debieran servir á Dios con mayor reconocimiento ni con mas fidelidad que los ricos. Siempre habia de triunfar la virtud en medio de la abundancia; el que tiene mas medios para santificarse, habia de ser mas santo. Pero sucede todo lo contrario; no suelen ser los mas cristianos los mas ricos y los mas acomodados. La opulencia exîme de las miserias de la tierra; ¿pero exîme por ventura de las leyes del evangelio? El que ha logrado mas bienes de fortuna que ótros, ¿goza por eso de algun privilegio para ser menos ajustado, menos piadoso que los demas? Pregunta, á la verdad, disonante y ofensiva; ¿pero no hay sobrados motivos para hacerla? La licencia de costumbres, cierta libertad en el corazon y en el entendimiento, que se acerca mucho á una especie de irreligion; aquella conducta poco cristiana que se observa en la mayor parte de los que se llaman ricos, grandes y dichosos del siglo; ¿no da bastante motivo para preguntar si los nobles, si las señoras, si los ricos logran algun privilegio que los dispense en la severidad de la ley cristiana? ¿si la desigualdad de fortunas supone alguna diversidad ó alguna exencion de los mandamientos en los que profesan una misma religion? ¿Pero quién podrá dudar que estas leyes son universales, sino el que ignore los primeros principios del cristianismo? No hay mas que un evangelio; no puede haber mas que un moral; son invariables las máxîmas de Jesucristo; no hay condicion, no hay persona que pueda exîmirse de éllas. Con todos hablan los mandamientos de la ley de Dios; con el noble como con el oficial; con la dama mas delicada como con el mas zafio labrador; todos deben seguir á Cristo llevando su cruz; todos han de macerar su cuerpo, mortificar sus sentidos, humillar su altivez, abatir el espíritu y

el corazon, si han de ser sus discípulos. No hay edad, no hay sexô, no hay estado, ni hay empleo, no hay clase, no hay condicion que dispense en esta pureza tan exâcta, en este arreglo tan severo, en esta virtud indispensable á todos los cristianos: *Soy cristiana*, decia santa Blandina; *y así no os debeis admirar de que no parezca en el teatro, de que no concurra á vuestras fiestas, de que tenga horror á todo lo que es contrario á la ley santa de Dios.* ¿Hallaránse hoy en el mundo muchas señoras que puedan decir lo mismo con verdad? Es razon, se dice, que se divierta la gente moza; las personas de cierta calidad, las de conveniencias, las que están colocadas en cierta visibilidad, en cierta clase, no pueden dexar de acomodarse al gusto, á las modas, al espíritu y las máxîmas del mundo. Pero digamos, ¿en cuál de los libros sagrados, en qué capítulo del moral de Jesucristo, en qué parte del evangelio se dispensa en las obligaciones comunes á todos los cristianos, á los nobles, á los caballeros y á los ricos? ¿Qué concepto se haria de nuestra religion, si todos los que la profesan, poco mas ó menos hubiesen de lograr la misma suerte, viviendo sujetos á unas mismas leyes, y habiendo entre éllos tanta diferencia de costumbres? Han de acompañarnos y han de seguirnos nuestras obras; pues desengañémonos, es menester vivir como cristianos para conseguir la dicha de los santos.

El evangelio es del cap. 7. de san Lucas.

In illo tempore: Ibat Jesus in civitatem, quæ vocatur Nain: et ibant cum eo discipuli ejus, et turba copiosa. Cum autem appopinquaret portæ civitatis, ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ: et hæc vidua erat: et turba civitatis multa cum illa. Quam cum vidisset Dominus, misericordia motus super eam, dixit illi: Noli flere. Et accessit, et tetigit loculum. (Hi au-

En aquel tiempo: Iba Jesus á una ciudad, por nombre Naín: é iban con él sus discípulos, y una numerosa turba de gente. Y al tiempo de acercarse á la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban fuera un difunto, hijo único de su madre: y ésta era viuda, y la acompañaban gran número de personas de la ciudad. A la cual, habiéndola visto el Señor, movido á compasion de élla, la dixo: No llores. Y se acercó al féretro, y le tocó. (Y los que le lleva-

tem, qui portabant, steterunt.) Et ait: Adolescens, tibi dico, surge. Et resedit qui erat mortuus, et cœpit loqui. Et dedit illum matri suæ. Accepit autem omnes timor, et magnificabant Deum, dicentes: Quia propheta magnus surrexit in nobis, et quia Deus visitavit plebem suam.

ban se pararon.) Y dixo: Jóven, contigo hablo, levántate. Y el muerto se sentó, y comenzó á hablar. Y le entregó á su madre. A todos, pues, les poseyó el temor, y glorificaban á Dios diciendo: Un profeta grande ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su plebe.

MEDITACION.

De la crianza de los hijos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay en los padres y en las madres obligacion mas importante ni mas esencial; pero acaso tampoco la hay mas olvidada que la buena crianza de los hijos. Cuídase mucho de su vida; pero poco ó nada de su educacion. Con todo eso, de élla depende casi toda la economía de su vida y de su salvacion; élla es, por decirlo así, como la simiente del vicio ó de la virtud.

No hay inclinacion tan mala que no la enderece la buena educacion. Las tierras mas estériles se fertilizan con el cultivo, y las mas fértiles bastardean, produciendo matorrales cuando se las dexa de cultivar. Atribúyense al mal natural las siniestras inclinaciones de un jóven; es engaño, son fruto regular de la mala educacion. No se hizo caso de enderezarlos cuando todavía eran plantas tiernas, ¡qué mucho que creciesen torcidas, y que ya apenas se las pueda enderezar!

Apenas nacen los niños, cuando se les echa fuera de casa, y se les da á criar á personas desconocidas, cuyas costumbres se ignoran por lo comun; despues nos admiramos de que degeneren tanto de su sangre, y de que tengan poco amor á sus parientes. Vuelven á élla á los tres ó cuatro años; ¿pero qué cuidado se pone en su educacion¿ ¿qué lecciones se les da? ¿qué exemplos ven? Abandónaseles por lo regular á merced de unos criados de pocas obligaciones y de costumbres perdidas, ó se les

buscan unos maestros ignorantes, que apenas saben éllos mismos ni aun los primeros principios. ¿Qué tal saldrá la crianza de estos niños? No bien abren un poco los ojos de la razon, cuando solo notan exemplos perniciosos, y precisamente aprenden aquello que debieran ignorar toda la vida.

Un padre poco devoto, y acaso disoluto; una madre embebida enteramente en el espíritu del mundo, entregada al juego, á la vanidad y á las diversiones, ¿dará á sus hijos una educacion muy cristiana? ¿Y despues se quejan de las pesadumbres con que los pagan cuando están mas adelantados en edad? ¿y despues se duelen de su poca religion, de su amor á los deleytes, de sus profanidades y de sus disoluciones? Pues, padres y madres, ¿habéislos por ventura enseñado otra cosa? Vuestros hijos siguieron vuestros exemplos; ¿pues de qué os quejais? Si bebieron el veneno, ¿quién sino vosotros les brindó con él? Pero qué cuenta tan estrecha habeis de dar á Dios de estos homicidios. Una educacion descuidada, una mala educacion pierde mas almas que todas las ocasiones, que todas las tentaciones de la vida. Rara vez se borran las primeras impresiones. ¡O buen Dios, cuántos padres y madres se han condenado por no haber dado á sus hijos una cristiana educacion! Esta es la primera y la principal obligacion de un padre y de una madre.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que acaso no hay pecados que sean mas rigurosamente castigados en los padres y en las madres que el descuido en criar bien á sus hijos. Dióselos Dios precisamente para que los criasen en su santo temor; redimiólos él; suyos son: te los confió como en depósito, y le has de dar cuenta de éllos: te los entregó para que desde niños los instruyeses en los principios de la religion, inspirándoles un grande horror al pecado, un ardiente amor á la virtud, una cristiana aversion á las máximas del mundo, enderezándoles aquellas primeras inclinaciones que dicen tanto respeto y tanto se enlazan con la salvacion. Pero tú ni aun consideraste como obligacion tuya este cuidado; y aun cuando estabas viendo que aquel terreno

solo producia espinas y abrojos, ni siquiera te pasó por el pensamiento el arrancarlos. Inútilmente, dice el Señor, sembré en aquel campo un grano capaz de dar ciento por uno; todo se sufocó, y no se dieron oidos á mi voz; descarriáronse las pobres ovejas por no ser bien guiadas, y apenas se descaminaron cuando el lobo las despedazó: *Sanguinem autem ejus de manu tua requiram*; pero á ti te he de pedir cuenta de su sangre. ¿Cuántos hijos deben su condenacion á sus mismos padres?

Están viendo un padre y una madre muy á sangre fria la desordenada vida de sus hijos, y se mantienen muy serenos, diciendo que es menester dar algo á la mocedad. Esto quiere decir en buenos términos, que es menester cerrar los ojos á sus desórdenes, porque están en una edad en que cada dia han de ser mayores; que es menester dexarlos seguir el mal exemplo, porque con eso se precipitarán mas cada dia; que es menester disimular sus descaminos, porque todavía están al principio de la carrera. ¿Dexaríase á la discrecion de un pobre niño un vaso de bebida emponzoñado? ¿pondríasele en las manos un cuchillo? ¿no sería crueldad? ¿no sería locura? Y si se hiriese ó se matase, ¿no tendria la culpa el que le habia puesto en la ocasion? facil es la aplicacion. Helí era un venerable anciano irreprensible en sus costumbres y muy religioso en las funciones de su ministerio; con todo eso, ¿con qué rigor castigó Dios la insensible y cobarde condescendencia que tuvo con sus hijos? Las desgracias, las tristes revoluciones, las funestas caidas de tantas familias deshonradas, arruinadas y aun totalmente extinguidas, son los menores trabajos con que Dios castiga á los padres, y son los frutos mas naturales de la mala educacion. Estas reflexîones no hablan solo con los padres de familias; extiéndense tambien á todos los que tienen empleos con súbditos ó dependientes de quien cuidar. ¡Mi Dios, y cuánto es de temer el menor descuido en esta gravísima obligacion!

Dignáos, Señor, de darme luz para comprender todas estas consecuencias; inspirándome un zelo ardiente por la salvacion de todos los que están á mi cargo, para que nunca contribuya á su condenacion, ni atribuyais sus desvaríos á mi descuido ó negligencia.

JACULATORIAS.

Fiat cor meum immaculatum in justificationibus tuis, ut non confundar. Salm. 118.

Haced, Señor, que nada tenga tan impreso en el alma como el cumplimiento de todas mis obligaciones, para que no sea confundido por mis descuidos.

Delicta quis intelligit? ab occultis meis munda me; et ab alienis parce servo tuo. Salm. 18.

¿Quién puede conocer perfectamente todo lo que le hace reo en vuestra presencia? Purificad, Señor, mi alma de los pecados que no conozco; perdonadme los que no estorbé, y aquellos de que fui ocasion ó causa.

PROPOSITOS.

No hay en los padres obligacion mas indispensable ni mas esencial que la de dar á sus hijos una buena educacion. Ninguna cosa puede dispensarlos de élla; ni la elevacion, ni las dignidades, ni los empleos, ni la nobleza ni los negocios. Son los hijos un depósito que Dios os confió; os ha de pedir cuenta de él; son vuestros primeros acreedores, y como á tales los debeis el cuidado, la vigilancia, las instrucciones, los buenos exemplos. Tened en buena hora caridad con todos los menesterosos; derramad largamente vuestras limosnas entre todos los necesitados; sed como el alma de todas las funciones piadosas, de todas las buenas obras que se hacen en la ciudad. Si faltais á vuestra esencial obligacion, haced cuenta que nada habeis hecho; si no habeis dado una cristiana educacion á vuestros hijos, todo lo perdísteis. Ni penseis haber cumplido bastantemente con vuestra obligacion dándolos maestros excelentes, si por vosotros mismos no os informais del modo con que viven, y cómo se aprovechan de la enseñanza: los maestros son vuestros ayudantes; os alivian, pero no os exôneran; y así debeis velar indispensablemente sobre una educacion, de que á solo vos se os ha de pedir estrecha cuenta. ¿Y será posible que nada te remuerda la conciencia sobre la que has dado á tus hijos y á tus criados? El modo de enseñar y

de corregir sirve infinito para hacerle mas ó menos eficaz. Si las correcciones son amargas, conviene sazonarlas con un modo suave, con un tono moderado y con voces atentas y cortesanas, para que se admitan y para que entren en provecho. El desentono y las palabras ofensivas irritan, pero no enmiendan.

2 Ten gran cuidado de que tus hijos y tus criados se encomienden á Dios por la mañana y por la noche, y de que la familia rece todos los dias el rosario de comunidad, asistiendo tú el primero á él. Nunca te fies tanto de los preceptores, que no exâmines por ti mismo qué educacion dan á tus hijos; la obligacion de aquéllos no te exîme á ti de la tuya. Infórmate si tus hijos frecuentan los sacramentos, por lo menos una vez cada mes, y tambien qué progresos hacen en las letras. Vergüenza es que se pasen años enteros sin que algunos padres sepan siquiera qué hacen sus hijos, ni se les dé nada por ello.



DIA DIEZ Y SIETE.

San Avy, abad de Micy, confesor.

Fue san Avy hijo de un pobre labrador, que habiendo nacido en Beauce, se estableció en el territorio de Orleans; y su madre fue tambien una pobre de solemnidad, que nació en Verdun, y vino pidiendo limosna; juntó algun dinerillo, y se casó con aquel paisano, de cuyo matrimonio fue fruto nuestro Santo. Nació hácia el fin del quinto siglo, y se asegura que en su nacimiento de repente se vió cubierto el pobre cuarto de un milagroso resplandor, que deslumbró á todos los asistentes, y llegó á atemorizar á la comadre; maravilla que desde entonces se consideró como presagio de la virtud con que aquel Niño habia de resplandecer algun dia.

Sus padres, aunque pobres, eran temerosos de Dios, y así se dedicaron á darle una cristiana educacion. El bello natural del niño Avy y su inclinacion á todo lo bueno, poco regular en los de aquella edad, le hicieron muy

amable á cuantos le conocian. Nunca fueron de su gusto los entretenimientos pueriles, y toda su diversion era hacer oracion de rodillas en el campo ó en la iglesia.

Una virtud tan anticipada era digna de trasplantarse al fértil terreno de la religion. Habiendo visto algunos monges de la abadía de Micy, cerca de Orleans, se informó cuidadosamente del fin de su instituto y de la vida que profesaban. A esta inocente curiosidad se siguió luego el deseo de imitarlos; y pasando á echarse á los pies del abad, le suplicó que si no le juzgaba digno de recibirle por monge, á lo menos le admitiese por criado, protestando que se dexaria morir á la puerta del monasterio antes que volverse al mundo.

Viendo el abad la humildad, la sinceridad y las vivas instancias del fervoroso Mancebo, se resolvió á darle el hábito. Era abad san Maxîmino ó san Mesmino, el cual descubrió muy presto el tesoro con que Dios habia regalado á su comunidad. Mostróse el Novicio tan sencillo y tan desnudo de propia voluntad, que la santa simplicidad con que obedecia á todos, dió asunto de risa y de diversion á los monges que abusaban de élla. Teníanle por un estúpido, que sin réplica ni resistencia se dexaba conducir como un bruto adonde le querian llevar; pero la verdadera estupidez era la suya, pues no conocian el espíritu de Dios que gobernaba al hermano Avy. Algunos pocos ya llegaron á penetrar lo mucho que valia su virtud, y sobre todos el Abad, que hechizado con el Novicio, y viendo los progresos que hacia en la perfeccion, le nombró por ecónomo del monasterio, sin atender á su repugnancia ni al miedo que le ponian toda señal de distincion y todo empleo honorífico.

Precisábale éste al cuidado de las provisiones y de mantener á los monges, lo que le exponia á muchas murmuraciones, y á no pequeñas pruebas de su virtud, por mas que hiciese para prevenir hasta las mas ligeras necesidades; pero lo que suavizaba el trabajo que tenia en cumplir perfectamente con su oficio, era la ocasion que se le proporcionaba de satisfacer su ardiente caridad con los pobres, para cuyo sustento y abrigo cercenaba no pocas veces de su misma racion, y se desnudaba parte de su hábito, aun antes de entrar en el oficio. Hacíase mas

admirable esta caridad en un procurador, y con élla atraxo las bendiciones del cielo sobre el monasterio; donde parecia que las cosas se multiplicaban. Con todo eso, no cesaron las murmuraciones ni las quejas tan injustas como ágrias de los imperfectos. Sirvióse el Señor de estas contradicciones para despertar en él los deseos que siempre habia tenido de retirarse á la soledad para vacar á solo un Dios en algun espantoso desierto; y las distracciones inseparables en su empleo le confirmaron en este pensamiento; por lo que no dudando que era de Dios, solo trató de retirarse.

Habiéndose quedado una noche en la celda del Abad, luego que le vió dormido, le metió silenciosamente debaxo de la almohada todas las llaves del oficio, y se retiró aquella misma noche á un espeso bosque, no muy distante del monasterio, donde fabricó una celdilla ó cabaña con ramas de árboles, y comenzó á vivir en una profunda soledad, haciendo espantosa penitencia. Cuando el Abad despertó para asistir á maytines quedó extrañamente sorprendido viendo las llaves de fray Avy debaxo de su cabecera.

Pero como conocia mejor que otro alguno á nuestro Santo, facilmente comprendió la causa de su retiro; y no dudando que el espíritu de Dios le habia conducido al desierto, le dexó gozar tranquilamente de su amada soledad. Libre en élla del molesto ruido de los negocios temporales, se entregó á los excesos de su fervor y á los rigores de una penitencia sin límites. En la esterilidad de aquel desierto no encontraba otro alimento que hojas medio secas, frutas silvestres y algunas raices amargas, que no contribuían poco á aumentar su mortificacion; pero endulzaba el Señor maravillosamente estos santos rigores con el don de contemplacion que le concedió, siendo su vida casi una oracion contínua, y el sueño tan breve que apenas interrumpia sus devociones.

Murió por este tiempo el santo abad Maxîmino, y como ya todos los monges de Micy estaban desengañados, y habian depuesto las preocupaciones que tenian contra el Santo, todos de unánime consentimiento le eligieron por su abad, y pasaron á sacarle de su soledad de Soloña. Pero le era tan dulce aquel su amado retiro, y

gozaba en él de tan celestial consuelo, que les costó el mayor trabajo del mundo arrancarle del desierto, y reducirle á aceptar aquella superioridad. A las instancias de los monges se añadió la autoridad del obispo de Orleans, y sin que le valiesen súplicas ni lágrimas le fue preciso obedecer. Bendíxole el mismo prelado el año de 520; y conducido al monasterio, bastó sola su presencia para resucitar en él la disciplina monástica en su primitivo vigor, mudando muy presto de semblante aquella comunidad con sus exhortaciones y á vista de sus exemplos.

Fero fatigaba mucho este cargo á su humildad: cuantos mas honores le rendian, mas tiernamente se acordaba de su querido desierto; por él ansiaba, por él suspiraba contínuamente; y conociendo que si volvia á Soloña presto darian con él, resolvió esconderse en algun lugar tan retirado que nadie le pudiese encontrar.

Parecióle el de la Percha muy acomodado para su intento. Era un desierto horrible, distante de toda poblacion, en un bosque tan espeso y tan cubierto de matorrales, que parecia absolutamente impenetrable. Llevó consigo á uno de sus monges, animado del mismo espíritu; y dexando su renuncia por escrito, se retiró secretamente al desierto de la Percha. Por mas que le buscaron, no se pudo adquirir noticia alguna de su paradero, hasta que habiéndose hecho eleccion de otro abad de Micy, se supo finalmente donde estaba san Avy, porque le descubrió el ruido de sus milagros.

Fue singular el suceso con que Dios le manifestó. Habiendo penetrado muy á lo interior del bosque dos porqueros pastando su ganado, sobrevino la noche, y con élla una furiosa tempestad que los separó, sin poderse juntar con la obscuridad de las tinieblas. Uno de éllos, que era mudo casi desde su nacimiento, advirtió una luz en medio del bosque encendida en la choza de nuestro Santo; y partió derecho á élla para encender su tea de pino. San Avy, que jamás habia visto persona humana en aquel desierto, quedó altamente sorprendido, cuando vió delante de sí un jóven que solo le hablaba con movimientos y con gestos. Creyendo al principio que era algun espectro ó algun artificio del enemigo, le hizo

la señal de la cruz; y puesto de rodillas suplicó al Señor le diese á conocer si aquella vision era algun fantasma. Acabada la oracion volvió á hacer la señal de la cruz sobre el mudo, mandándole en nombre del Señor le dixese quién era, y qué queria. Sintiendo el pobre mozo que se le habia desatado la lengua, y que Dios le habia restituido el uso de élla, se arrojó á los pies del Santo, y comenzó á gritar: *Milagro, milagro.* Contó al Santo en pocas palabras lo que le habia sucedido: encendió su hachon; despidióse de él, y comenzó á gritar con todas sus fuerzas llamando á su compañero. Oyéndose éste llamar por su mismo nombre de una voz desconocida, quedó como atónito; pero fue mayor su asombro cuando vió venir á su mudo que á gritos le comenzó á contar lo que le acababa de suceder, luego que llegó á parage de donde podia ser oido.

Corrió la fama de este prodigio, y comenzóse á turbar la quietud de nuestro Solitario, porque de todas partes concurrian gentes á verle, y muchos nunca le quisieron dexar. Creciendo el número de sus discípulos se vió precisado á edificar un monasterio, que tuvo despues su nombre, en el que se renovaron aquellos asombrosos exemplos que se habian visto en el Oriente baxo la conbucta de los Antonios y de los Pacómios.

No obstante su grande amor al retiro, tal vez le obligaba á dexarle el mayor bien de los próximos y el zelo de la salvacion de las almas. Pasando á Orleans, el magistrado mandó abrir las prisiones, y dar libertad á los encarcelados por obsequiar al Santo, haciéndole estos honores en correspondencia de sus milagros. En aquella ciudad dió vista á un ciego de nacimiento; y el autor de su vida dice que oyó este milagro de boca del mismo ciego.

Reynaba en Orleans Clodomiro, el primero de los hijos que tuvo Clodoveo en su muger santa Clotilde. Valiéndose san Avy de la confianza con que el principe le trataba, le dió muchos consejos tan saludables como necesarios para la salvacion de su alma; singularmente le encargó mucho que tratase con mas dulzura y con mayor equidad á Sigismundo, rey de Borgoña y á sus hijos, que eran sus prisioneros, prometiéndole de parte de Dios la victoria, si les concedia la vida, y pronosti-

cándole funesta suerte, si los hacia morir. Justificó el suceso la profecía; porque Clodomiro fue muerto por los borgoñones un año despues que quitó la vida á su santo Rey.

Aunque san Avy perpétuamente vivia recogido dentro de su interior, y en medio de las mas ruidosas ocupaciones nunca perdia á Dios de vista, con todo eso jamás dexaba de retirarse todos los años por algunos dias al sitio mas solitario del bosque para vacar únicamente á la contemplacion. Hallándose en uno de estos como exercicios anuales, murió el monge que habia traido consigo del monasterio de san Mesmin. Fueron prontamente á dar noticia al santo Abad, quien volviendo al convento, no pudo contener las lágrimas, viendo en el féretro á su querido discípulo. Hincóse de rodillas, hizo una fervorosa oracion á Dios; y levantándose de repente, lleno de aquella viva confianza que el Señor comunica á sus fieles siervos, dixo al difunto: *Yo te mando en nombre de Dios todopoderoso que te levantes, y que vengas con nosotros á dar gracias á su Magestad por esta nueva vida que te ha concedido.* A estas palabras se levantó el difunto, arrójose á los pies del Santo, y mezclándose con los demas monges, fue con éllos á la iglesia á dar gracias al Señor. Fácilmente se puede comprender la impresion que haria en los ánimos este milagro, y el asombro con que se publicaria. San Lubin, obispo de Chartes, asegura que oyó este prodigio de boca del mismo monge resucitado, el cual sobrevivió muchos años á nuestro Santo, pero el Santo sobrevivió poco al milagro; porque consumido al rigor de sus penitencias, y colmado de merecimientos, murió con la muerte de los justos en su monasterio el dia 17 de junio de 530, siendo de edad de poco mas de sesenta años.

Hubo un gran pleyto entre los de Orleans y los de Chateadum sobre la pertenencia del santo cuerpo, y se ajustó la diferencia repartiéndose las reliquias, cuya mayor parte tocó á la ciudad de Orleans, donde á cien pasos de élla se le erigió un magnífico sepulcro, al que fueron trasladadas con la mayor solemnidad. Volviendo victorioso de España el rey Childeberto, le hizo edificar una suntuosa iglesia en el sitio donde estaba su sepulcro, conociendo que debia la victoria á la protec-

cion del Santo. Lo mismo hicieron los de Chanteaudum en un lugar donde veneraban sus reliquias, sin que hasta el dia de hoy se haya resfriado la devocion de los pueblos á un santo tan insigne.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion del Santo la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Aviti abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que nos haga gratos á vuestra Magestad la intercesion del bienaventurado abad Avy, para que alcancemos por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 2. de la primera del apóstol san Juan.

Fratres: Nolite diligere mundum, neque ea, quæ in mundo sunt. Si quis diligit mundum, non est charitas Patris in eo: quoniam omne, quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et superbia vitæ: quæ non est ex Patre, sed ex mundo est. Et mundus transit, et concupiscentia ejus. Qui autem facit voluntatem Dei, manet in æternum.

Hermanos: No ameis al mundo ni las cosas del mundo. Si alguno ama el mundo, no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida: la cual no viene del Padre, sino del mundo. Y el mundo se desvanece y su concupiscencia. Pero el que hace la voluntad de Dios, permanece para siempre.

NOTA.

"Tiénese por cierto que san Juan dexó de poner su »nombre en sus epístolas por humildad. La presente »no tiene inscripcion, pero todas sus cláusulas y todas »sus palabras están respirando mocion, dulzura y sua»vidad. Segun la expresion de san Gregorio, cada síla»ba es una centella, y el Evangelista respira incendios »del divino amor."

REFLEXIONES.

El que ama al mundo, no ama á Dios: *Si quis diligit mundum, non est charitas Patris in eo.* Esta es una verdad de fe que condena á muchos, y que comprenden pocos; mas no por eso es menos verdad. No hay cosa mas opuesta á la religion que el espíritu del mundo; ninguna mas contraria á las máxîmas del evangelio; ni sé que Jesucristo tuviese mayor enemigo que el espíritu mundano. Casi se podia decir, que los mundanos piensan el dia de hoy de la devocion y de la religion, con corta diferencia, como los gentiles pensaban en otro tiempo del cristianismo; casi los mismos errores, el mismo desprecio, las mismas burlas, la misma irrision y los mismos dicharachos. No es tan cruel su persecucion, pero no es menos viva. Si no está muerta, está muy apagada la fe en el corazon y en el espíritu de los mundanos. La escandalosa burla con que muchos hacen chacota de lo mas santo y de lo mas sagrado; los impíos discursos que se oyen sobre los puntos capitales de la religion; el desprecio con que se tratan las decisiones y los preceptos de la Iglesia: todo esto no prueba mucha pureza, ni aun mucha firmeza en la fe. Pásanse en el juego los dias y las noches; concúrrese con una especie de furor á los espectáculos profanos; y si se ven algunas concurrencias á tales cuales funciones sagradas, van acompañadas de mil irreverencias y de mil profanidades. Oracion tan indispensable á los cristianos; ayunos y abstinencias de precepto; devociones tan importantes, y frecuencia de sacramentos tan necesaria, ¿qué lugar ocupais hoy en el corazon de aquellas gentes que están apoderadas del espíritu del mundo? Casi se mira con lástima á los que se sujetan á estas devociones; hácese un alto desprecio de la mayor parte de estos actos de religion; tratáseles de devociones populares; de manera, que parece es la irreligion el carácter de los mundanos. No solo se avergüenzan muchos del evangelio, sino que algunos, y no pocos, parece como que se honran con la disolucion; faltando poco para que la modestia y la virtud se califiquen por pruebas de villanía. En el gran mundo no gusta de mascarilla

la licencia; ¿con qué descaro se hace pública gala de indevoto y de libertino? Reflexîones tanto mas dolorosas, cuanto mas demostrables por mayor número de hechos. No habrá caridad tan ciega ó tan excesiva que pueda hacer otro juicio á vista del ayre, de los discursos, de la conducta escandalosa que se palpa en los parciales de las máxîmas del mundo, enemigos declarados del moral y de la conducta de Jesucristo. Pero al fin, el mundo pasa; esa orgullosa, esa fiera mundanidad cae al fin derribada en tierra; las falsas brillanteces se apagan de repente; esas representaciones teatrales tienen fin; la comedia solo dura hasta el sepulcro. Entonces despierta la razon; vuelve á encenderse la luz de la fe; restitúyese la religion á la posesion de todos sus derechos; quítase el mundo la máscara, y se hace justicia á la virtud cristiana; hácese cada cual justicia á sí mismo; condena sus errores, sus extravagancias y sus descaminos; pero *venit nox, quando nemo potest operari* (*Joan.* 6). Si ya se va á entrar en la noche, ¿será tiempo de dar principio al trabajo?

El evangelio es del cap. 15. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Si mundus vos odit, scitote quia me priorem vobis odio habuit. Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat diligeret: quia vero de mundo non estis, sed ego elegi vos de mundo, propterea odit vos mundus. Mementote sermonis mei, quem ego dixi vobis: Non est servus major domino suo. Si me persecuti sunt, et vos persecuentur: si sermonem meum servaverunt, et vestrum servabunt. Sed hæc omnia facient vobis propter nomen meum: quia nesciunt eum, qui misit me.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Si el mundo os aborrece, sabed que ántes que á vosotros me aborreció á mí. Si fuérais cosa del mundo, el mundo amaria lo que era suyo: pero porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordáos de aquella sentencia que os dixe: No es el siervo mayor que su señor. Si me persiguieron á mí, tambien os perseguirán á vosotros: Si observaron mi palabra, tambien guardarán la vuestra. Pero todo esto os harán por causa de mi nombre: porque no conocen aquel que me envió.

MEDITACION.

El espíritu del mundo es señal de reprobacion.

PUNTO PRIMERO.

Considera que nada hay mas opuestro al espíritu de Jesucristo que el espíritu del mundo; opónese á todas sus leyes, condena sus consejos, destruye todas sus máxîmas, y en cierto sentido se puede decir, que el espíritu del mundo es una especie de Anticristo; es el tirano de los siervos de Dios, que estableció su trono, y su dominacion en Babilonia; en el mundo exerce despóticamente su imperio este espíritu absoluto tan contrario al evangelio. En él se observan escrupulosamente sus leyes, se habla su lengua, se vive segun sus máxîmas; ¡pero buen Dios, qué máxîmas, qué leyes y qué lengua! Sus leyes son las pasiones, ó á lo menos á éllas solas se consulta para publicarlas: *Concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, soberbia de la carne.* En esto se fundan, hablando con propiedad, las leyes del mundo; esto las inspira, esto las dicta, y este es el gran motivo de su puntual observancia. Juzguemos ahora si son conformes á las leyes del cristianismo.

¿Pero la lengua del mundo es muy cristiana? Élla es el órgano de sus ideas, y el intérprete de sus deseos. Es el lenguage del mundo la gerga de las pasiones; y por eso no se entiende la lengua de los santos; las voces de la virtud y de la devocion parecen griegas ó bárbaras á los mundanos. Y á vista de esto, ¿nos admiramos de que el Salvador del mundo repruebe un espíritu tan contrario al suyo?

¿Pero sus máxîmas cuáles son? Todas aquellas que condena Jesucristo; todas las que son mas diametralmente opuestas á las suyas: dictámenes fieros y orgullosos, ambiciosos proyectos, codicia demasiada, amor propio sin límites, venganzas, artificios, engaños, envidias, enemistades, ni tienen otro orígen, ni reconocen otra regla que las máxîmas del mundo; juegos, espectáculos, enredos, ne-

gociaciones y divertimientos, este es el carácter que distingue el dia de hoy á cuantos viven segun su espíritu. Coteja estas máxîmas mundanas con las del evangelio; no puede haber contrariedad, ni oposicion mas sensible. Pero si es indispensable vivir segun las máxîmas de Jesucristo para salvarse; ¿puede haber señal mas cierta de reprobacion que seguir las máxîmas del mundo?

No nos imaginemos que las máxîmas de los gentiles fueron otra cosa que un total desenfreno en las costumbres; pocos de éllos dexarian de acomodarse facilmente á las costumbres, á las máxîmas, y al espíritu que reyna hoy en lo que se llama mundo. ¿Pues qué señal mas visible ni mas segura de reprobacion que seguir estas detestables máxîmas, y vivir segun este espíritu, y segun estas costumbres?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que basta una tintura superficial de religion para conocer y para palpar que el espíritu de reprobacion es inseparable del espíritu mundano, ¿Qué concepto haríamos de la religion cristiana, ni qué sería de la misma religion, si persuadidos al punto capital de que para salvarse es indispensable vivir segun sus máxîmas, viésemos que igualmente se salvaban los que vivian segun otras totalmente contrarias á éllas?

Pongamos los ojos en aquellos modelos de santidad, en aquellos grandes santos cuya memoria celebramos todos los dias. Es cierto que hallaron el camino real que guia derecho al cielo; ¿y las gentes del mundo siguen el mismo camino? Pero si nos deslumbra el resplandor de tan brillantes modelos, fixemos la consideracion no mas que en aquellas personas virtuosas, en aquellos buenos cristianos que lograron su salvacion. ¿Creemos de buena fe que la lograron gobernándose por las máxîmas del mundo? ¿Has encontrado una sola palabra en el evangelio que favorezca el excesivo regalo, la demasiada delicadeza, la insaciable hambre de riquezas y de pasatiempos, el espíritu de venganza y de ambicion? En una palabra, ¿hállase en él una sola cláusula que pueda dar alguna seguridad á los que viven en todo segun el

espíritu del mundo? Esta reflexîon es concluyente, es palpable; no habrá hombre de entendimiento y de juicio que no la firme. En medio de eso, siendo tantos los que no reconocen otra regla para sus costumbres que la que el mundo les prescribe, ¿en qué consistirá que se vean tan pocas conversiones?

Dichosas aquellas almas privilegiadas, á quienes separó la divina Providencia de un mundo tan poco cristiano; dichosos los que por profesion y por estado viven segun las máxîmas y las leyes del evangelio; pero es tan sutíl el espíritu del mundo, que insensiblemente se resbala, se insinúa, y se penetra hasta el mismo santuario, hasta los claustros religiosos ¡Cuánto nos importa estar siempre sobre aviso! Puede introducirse hasta en los claustros el espíritu mundano, y no son menos perniciosos los objetos. Cierto espíritu de ambicion, de indiferencia, de frialdad, y aun de aversion declarada, cierto espíritu de regalo, de comodidad y de conveniencia propia, saben insinuarse hasta en las celdas mas estrechas; en el mismo desierto halla resquicios para entrarse el amor propio, tomando todo género de figuras. ¡Qué estragos no hacen en las mieses estas raposillas de que habla la Escritura; sobre todo, cuando traen á la cola tizones encendidos! No hay cosa mas perjudicial á una alma religiosa que el espíritu del mundo, por mitigado, por disfrazado que esté.

Extinguid, Señor, en mí hasta la mas ligera chispa de este pernicioso espíritu. Inspiradme, infundidme tan grande horror á él, que nada sea capaz de hacerme avergonzar jamás de vuestro evangelio. Vuestras máxîmas, ó divino Salvador mio, serán en adelante la única regla de mis costumbres y de mi conducta; perdonadme mis pasados desaciertos.

JACULATORIAS.

Filii hominum usquequo gravi cordi? ut quid diligitis vanitatem, et quæritis mendacium? Salm. 4.

Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo ha de durar esa insensibilidad de corazon? ¿hasta cuándo habeis de amar la vanidad de que está lleno el mundo? ¿Y á qué fin buscais solícitos vuestro engaño siguiendo su errado espíritu?

Averte oculos meos, ne videant vanitatem. Salm. 118.
Apartad, Señor, mis ojos de las falsas brillanteces del mundo, que solo son engaño y vanidad.

PROPOSITOS.

Para conocer si estás poseido del espíritu del mundo, exâmina si tus obras se conforman con sus máxîmas y con sus leyes. No hay mundano que no grite contra la injusticia de éllas; que no se queje de la servidumbre y de la esclavitud á que sujetan sus máxîmas; contínuamente se grita y se declama contra la tiranía del mundo; pero al mismo tiempo se le obedece y se le sirve; conócese que es enemigo de Jesucristo, pero se le ama. Por la mañana á la misa, por la tarde á la comedia ó á la ópera; ahora postrado y humillado á los pies de Jesucristo; de aquí á una hora alborotando al mundo sobre un puntillo de honor ó una disputa de preferencia: *Si Baal es vuestro Dios, ¿por qué no le seguis?* dice el Profeta; pero si el Señor es únicamente vuestro soberano dueño, ¿qué mayor impiedad que seguir á ótro? Hazte cargo, no solo de la injusticia, sino de la extravagancia de esta conducta, y de hoy en adelante resuélvete á ser verdaderamente cristiano, dexando de ser mundano verdaderamente. Si hasta aquí no te avergonzaste de seguir las máximas del mundo, ni de hacer ostentacion de su espíritu, no te avergüences de hoy mas de parecer religioso y devoto, ni te corras del evangelio. No hagas ahora aquello que infaliblemente has de condenar en la hora de la muerte.

2 No basta que tus dictámenes y tus máxîmas sean cristianas y piadosas; es menester ignorar hasta el lenguage de los mundanos. Guárdate bien de aplaudir las máxîmas, los abusos y las modas que reprueba el cristianismo. Jamás cites los estilos del mundo en tono de quien autoriza sus desórdenes. Causa compasion oir decir á un cristiano: *El mundo pide esto; así lo quiere el mundo; esto es del gusto y aprobacion del mundo.* Es impiedad, es cosa extravagante que el espíritu del mundo haya de servir de regla á las costumbres de los cristianos. Condena á cara descubierta sus máxîmas, y jamás des cuartel á su espíritu. Disuena, escandaliza en una

persona religiosa alabar el buen gusto de un trage, el garvo de una muger, mostrando inclinacion á la profanidad y á la desenvoltura. ¡Y qué escándalo sería si las casas religiosas, que son el asilo de la virtud cristiana, se convirtieran en escuelas públicas de mundanidad! *Sería ver la abominacion de la desolacion en el lugar santo*, si las doncellas cristianas aprendieran en los conventos á brillar en el mundo. Gran desdicha, si las religiosas inspiraran en las tiernas doncellas aquellos ayres mundanos, aquel gusto fino y delicado en el vestir, en el prenderse, en el menearse, &c. Ciertamente ninguna cosa desacredita mas á una comunidad religiosa, que el ver salir de élla á sus pupilas embebidas en el espíritu del mundo, llenas de orgullo y de vanidad.

DIA DIEZ Y OCHO.

San Marco y Marceliano, hermanos, mártires.

San Marco y Marceliano, hermanos gemelos, fueron hijos de Tranquilino, caballero romano, y de Marcia, señora tambien romana, ámbos muy distinguidos en Roma, tanto por su noble nacimiento, como por sus muchas riquezas. Tuvieron la desgracia de ser gentiles, y la misma tenia toda la familia; pero el Señor sacó grande fruto de tan mal terreno. Por dicha de los dos hermanos los deparó el mismo Señor un ayo cristiano, que los crió en la verdadera religion, y sin que sus padres lo entendiesen llegaron á ser de los mas ardientes y mas zelosos discípulos de Jesucristo.

Aunque ámbos tenian grandes deseos de conservarse en el celibato, úno y ótro se vieron precisados á casarse con dos doncellas paganas. Consolábanse con la esperanza de ganarlas algun dia para Jesucristo; y antes que con las palabras las comenzaron á predicar con su virtud,

con su agrado y con sus buenos exemplos. No se ignoraba ya en su familia la religion que profesaban; y tambien se tenia muy conocida su resolucion y su constancia. Por su prudencia y por su buen modo supieron ponerse á cubierto por algun tiempo contra los crueles edictos de Diocleciano. Asistian secretamente á los fieles, animaban á los santos confesores, socorrian todas las necesidades, y no tenia límites su caridad.

Pasaban los dias en piadosos exercicios; y creciendo su zelo conforme iba creciendo la persecucion, fueron presos por cristianos, y encerrados en un calabozo subterráneo, lóbrego y hediondo. Viéndose arrestados, fue su alegría tan grande, como indecible la consternacion de toda su familia. Habia mucho tiempo que era el martirio único objeto de toda su ambicion, esperando les concederia el Señor la gracia de derramar su sangre y dar la vida por su gloria. Por el valor y por la constancia con que confesaron á Jesucristo en el tribunal del prefecto de Roma fueron condenados á azotes. Sufrieron este cruel é ignominioso suplicio con tanto valor, que hasta los mismos gentiles estaban asombrados. Acudió toda su familia á persuadirlos que obedeciesen los edictos de los emperadores, ó á lo menos que disimulasen su religion, afectando rendir algun culto á los ídolos; pero fueron inútiles sus exhortaciones. Enemiga su fervorosa fe de toda simulacion, se mantuvo siempre inalterable. Persistieron constantes en publicar á voz en grito que la religion pagana era extravagante, infame, abominable, y que no habia, ni podia haber otra verdadera que la que profesaban los cristianos. Desesperado el juez de reducirlos, pronunció sentencia de que fuesen degollados.

Publicada esta sentencia, fue imponderable la aflicion de toda la familia. Arrojáronse todos los parientes á los pies del prefecto de la ciudad, ó de su teniente Cromacio, suplicándole suspendiese la execucion por algunos dias, no desconfiando de que los vencerian, y obligarian á renunciar la fe de Cristo por conservar la vida. Movido de sus ruegos y de sus lágrimas les concedió treinta dias de término, en cuyo tiempo se prometian jugar tan bien todas las máquinas, que al fin cansarian su constancia.

Por un órden expreso, signado de mano del Emperador, y firmado del prefecto, fueron entregados los dos hermanos Marco y Marceliano al alcayde mayor de la prefectura, el cual los pasó á su casa en lugar de cárcel. Aquí sufrieron los dos Héroes de la religion los combates mas poderosos que podian hacer á un corazon humano el amor, el agradecimiento y la ternura. Su padre Tranquilino, su madre Marcia, sus mugeres y sus hijos, todavía tiernos y de pecho, ya juntos, ya separados acudieron todos á combatirlos, y no perdonaron á diligencia alguna para derribarlos. Lo mismo hicieron por su parte los amigos de ambos Santos, uniendo todas sus fuerzas para abatir aquella heróica constancia. No vió el mundo ataque mas violento, ni mas dificultoso de sostener.

Presentábase Tranquilino, anciano venerable, y sentado delante de sus hijos, les mostraba aquella cabeza toda cubierta de canas, aquel semblante todo sulcado de rugas, sin hablarlos mas palabra ni acertar á explicar la grandeza de su dolor con otra voz que con el de un torrente de lágrimas sosegadas. Su madre Marcia desgreñada y toda anegada en un descompuesto llanto se arrojaba á sus pies, y los suplicaba que á lo menos tuviesen la piedad de quitarla la vida antes que padecer el tormento de sobrevivir á su suplicio. Resonaban en toda la casa los gritos, los llantos, los gemidos de sus dos afligidísimas mugeres, que teniendo los pequeñuelos hijos en los brazos, y mostrándoselos á sus maridos, los conjuraban que tuviesen compasion de aquellas inocentes víctimas. Poníanse de rodilas delante de éllos, y los decian cuanto afectuoso, cuanto tierno, cuanto eficaz pueden inspirar el amor mas encendido y el mas penetrante dolor. Los amigos mezclaban sus lágrimas con las de los parientes y de los criados, formando todos un ataque, tanto mas fuerte, cuanto mas repetido, porque cada dia volvian á la carga. Arrastraba luto toda la familia; y aquel conjunto de llantos, de gritos, de quejas, de gemidos y de objetos capaces de ablandar y deshacer el corazon mas insensible era el espectáculo mas funesto y mas tentador que jamás se habia ofrecido á la vista; combate verdaderamente terrible, ora se considerasen todas las fuerzas unidas, ora viniesen al ataque separadas.

Por lo que toca á las razones de únos y ótros, fácilmente las resistieron con vigor Marco y Marceliano; mas dificultad les costó pelear contra las lágrimas, y estorbar que no penetrasen hasta el corazon. Era á la verdad muy largo el término de treinta dias para sufrir en cada uno de éllos tantos asaltos, y para hacer resistencia á tantas máquinas. Con efecto, como se emplearon contra los dos santos Hermanos las mas poderosas armas que sabe afilar la ternura, los medios mas eficaces que puede aplicar el amor, los mas tiernos afectos que puede encender el excesivo amor de un padre y de una madre, y los mas halagüeños artificios que sabe manejar la elocuencia natural de una esposa extremamente afligida, comenzaba á desmayar un poco su constancia; no se mostraban ya tan insensibles, y sin poderlas contener concedian algunas lágrimas á la violencia de los ataques. La tristeza del semblante y su mismo melancólico silencio daban á entender bastantemente que comenzaban á titubear, cuando san Sebastian, capitan de la primera compañía de guardias del Emperador, que todos los dias concurria á visitarlos, se declaró en su socorro muy á tiempo, y alentó aquellos ánimos vacilantes. "Pues qué, her»manos mios (los dixo con tanto espíritu como divina elo»cuencia), ya que estais casi tocando el fin de la gloriosa »carrera, ¿será posible que los gritos de vuestros hi»jos y de vuestros parientes os hayan de hacer volver »atras con ignominia? Parece que sus lágrimas han apa»gado vuestro amor de Dios y vuestra fe. ¿Adónde se fue »aquella cristiana magnanimidad que mostrásteis en los »mayores tormentos? ¿permitiréis que os arranque el lau»rel de la cabeza el artificioso llanto de vuestras muge»res, y el pueril de vuestros hijos? ¿seréis apóstatas por »alargar algunos pocos dias mas la vida de un padre y »de una madre que ya no pueden durar mucho? ¿igno»rais que desde la cuna á la sepultura hay poco trecho, »y desde la ancianidad á élla casi ninguno?" Y volviendose despues á los presentes, los habló con tanta energía, con tanto ardor sobre la excelencia de nuestra religion, sobre la dicha de dar la vida en defensa de la fe de Jesucristo; hízoles un retrato tan vivo de los bienes y de los males de la vida eterna, que no solamente fortificó á

los dos hermanos en su confesion, haciéndolos invencibles, sino que convirtió al alcayde Nicostrato y á su muger Zoe, con Tranquilino, padre de los dos ilustres confesores, y con Marcia su madre.

No se puede explicar el gozo de los dos Santos cuando vieron convertidos en discípulos de Jesucristo á los mismos que habian hecho tantos esfuerzos para que éllos lo dexasen de ser. Hízoles san Marco un razonamiento dirigido particularmente á su padre, á su madre, á su muger y á su cuñada, en que los exhortó á mantener constante y generosamente la fe que deseaban abrazar, sin temer cuanto el demonio podia intentar para arrancársela, despreciando, por conseguir una felicidad sin fin y sin límites, una triste caduca vida, expuesta á mil contingencias, y perenne manantial de aflicciones y de desdichas. Deshacíanse en lágrimas todos los concurrentes, mezclando el dolor de su pasada ceguedad con las gracias que rendian á Dios por haberlos sacado misericordiosamente de élla; y Nicostrato protestó que no comeria ni beberia hasta haber recibido el santo bautismo.

Pasados los treinta dias llamó Cromacio á Tranquilino, y le preguntó si sus hijos se habian rendido, en fin, á sus paternales exhortaciones; pero quedó como atónito cuando oyó decir que tambien él se habia hecho cristiano. Y por no repetir lo que ya dexamos escrito en la vida de san Sebastian, el mismo Cromacio siguió el exemplo de Tranquilino, siendo uno de los mas ilustres xefes que capitaneó aquella tropa con tanto triunfo de nuestra santa religion. Esta conversion facilitó la libertad de nuestros Santos, los que se quedaron en la ciudad con san Sebastian, socorriendo á los fieles, y alentando á los confesores.

Luego que Cromacio recibió el bautismo renunció su empleo de teniente prefecto, y habiéndole sucedido Fabiano, hombre cruel, y declarado enemigo de los cristianos, renovó la persecucion contra éllos. Mandó se le traxesen todas las causas que habia dexado pendientes, ó habia suprimido su predecesor. Fueron segunda vez arrestados Marco y Marceliano, en los cuales, como ya estaban sentenciados á muerte, y como persistian generosamente en la confesion de Jesucristo, mandó que se executase al

punto la sentencia. Mostró su crueldad el nuevo Juez en el género de suplicio á que los condenó, poco usado singularmente con personas de su calidad. Fueron atados á un tronco los dos santos Mártires, traspasándoles los pies con dos grandes clavos. Era el tormento de los mas dolorosos; pero en medio de serlo tanto, no fue capaz de debilitar su constancia, ni de suspender su alegría; mostrábanla en el semblante, y la manifestaban en los devotos cánticos con que alababan al Señor, sin otro resentimiento ni otro miedo que el que se les acabase presto el padecer. Pasaron así un dia y una noche, sin que la vehemencia del dolor alterase su tranquilidad y su paciencia. Al dia siguiente, no pudiendo Fabiano sufrir mas su generosa perseverancia, mandó que les quitasen la vida traspasándolos con lanzas, y espiraron pronunciando los santos nombres de Jesus y de María el dia 18 de junio de 286. Fueron enterrados á cuatro leguas de la ciudad en un lugar que se llamaba *de las Arenas*, donde se fabricó despues un cementerio de su nombre entre la via Apia y la Ardeatina. Algun tiempo despues fueron trasladadas á Roma sus reliquias, las que estuvieron ocultas hasta el año de 1582, en el pontificado de Gregorio XIII., que se hallaron con el cuerpo de san Tranquilino en la iglesia de san Cosme y san Damian.

La misa es en honor de los Santos, y la oracion la siguiente.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus; ut qui sanctorum martyrum tuorum Marci et Marcelliani natalitia colimus, á cunctis malis imminentibus eorum intercessionibus liberemur: Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que pues celebramos el nacimiento al cielo de tus santos mártires Marco y Marceliano, seamos libres por su intercesion de todos los males que nos amenazan: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 5. de la de san Pablo á los romanos.

Fratres: Justificati ex fide, pacem habeamus ad Deum per Dominum nostrum Jesum Christum: per quem et habemus accessum per

Hermanos: Justificados por la fe, tengamos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por el cual tenemos acceso en virtud de

fidem in gratiam, in qua stamus et gloriamur in spe gloriæ filiorum Dei. Non solum autem, sed et gloriamur in tribulationibus: scientes quod tribulatio patientiam operatur: patientia autem probationem, probatio vero spem, spes autem non confundit: quia charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum sanctum, qui datus est nobis.

la fe á esta gracia, en la cual estamos constantes, y nos gloriamos con la esperanza de la gloria de los hijos de Dios. No solo esto, sino que nos gloriamos tambien en las tribulaciones: sabiendo que la tribulacion produce la paciencia, la paciencia el exámen, y el exámen la esperanza, la esperanza despues no confunde; porque la caridad de Dios se derramó en nuestros corazones por medio del Espíritu santo que nos fue dado.

NOTA.

»Escribióse esta epístola en Corinto el año 57 de Cristo, y es como un compendio de los dogmas y de la doctrina de la religion. Tenian cada dia mil disputas sobre ésta los muchos gentiles y judíos que habia en Roma convertidos á la fe; y con este motivo escribió san Pablo esta excelente epístola. Dictóla en griego para que fuese mas comun á todas las naciones, y no solo la pudiesen entender y ser instruidos por élla los fieles de la iglesia de Roma, sino todos los de la Iglesia de Dios.

REFLEXIONES.

La esperanza nace de la fe, y la caridad es inseparable de la verdadera fe y de la verdadera esperanza. El que verdaderamente cree, espera; el que verdaderamente espera y cree, ama. La luz de la fe nos descubre en Dios un poder tan ilimitado, una bondad tan infinita, una felicidad tan llena y tan sobreabundante, con una infalibilidad tan esencial y tan caracterizada, que no parece posible tener fe viva y no amar á Dios sin reserva; como tampoco lo parece amarle con perfecta caridad, sin esperar de su bondad con firme confianza los bienes que nos tiene prometidos, y que Jesucristo nos mereció; cuales son la salvacion eterna, y aquellas gracias y auxílios que nos son necesarios para llegar á este dichoso término. La esperanza dudosa ó poco firme, es señal de una fe medio apagada; el que ama poco, espera menos. Es la fe el fun-

damento del edificio; nunca flaquea sin que el edificio se resienta; la fe sin obra es muerta, y el justo vive de la fe. Si queremos tener una justa idea de lo que creemos, no hay mas que exâminar lo que obramos; al paso que se fueren estragando nuestras costumbres, experimentarémos que se va disminuyendo nuestra fe. Ninguna cosa fomenta mas, ni aun tanto, la esperanza como la inocencia y la piedad. Quien desea animar su confianza, avive su fervor; las misericordias del Señor y su bondad hacen mas impresion en una conciencia pura; altérase la fe en estragándose el corazon.

La esperanza no engaña ni confunde: *Scitote quia nullus speravit in Domino, et confusus est*: sabed, hijos mios, dice el Espíritu santo por el Eclesiástico, que ninguno esperó jamás en Dios que fuese confundido en su esperanza. *Quis enim permansit in mandatis ejus, et derelictus est?* Porque ¿quién permaneció constante en la observancia de sus mandamientos que jamás se viese desamparado? La misma proposicion ó el mismo desafio pudiéramos hacer nosotros; pero nuestra infidelidad confunde y hace vana nuestra esperanza. Esta es la que mas consuela á un cristiano; élla suaviza los trabajos de esta vida; élla sostiene nuestra paciencia; élla nos alienta en las adversidades, sufriéndolas con alegría, cuando se pone la vista en el premio que nos espera. Hay tan poca proporcion entre el salario y el trabajo, entre la gloria del triunfo y la ligereza del combate, entre el camino y el término, que con mucha razon podemos decir con san Pablo: *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis*: ninguna proporcion tienen los trabajos de esta vida temporal y caduca con la gloria que nos espera en la eterna. Derrámese el amor de Dios en nuestros corazones, y fácilmente comprenderémos este oráculo. Al que ama á Dios todo se le hace fácil.

El evangelio es del cap. 11. de san Lucas.

In illo tempore dicebat Jesus scribis et pharisæis: Væ vobis qui ædificatis monumenta prophetarum, patres autem vestri occiderunt illos. Profecto testificamini quod consentitis operibus patrum vestrorum: quoniam ipsi quidem eos occiderunt, vos autem ædificatis eorum sepulchra. Propterea et sapientia Dei dixit: Mittam ad illos prophetas, et apostolos, et ex illis occident, et persequentur, ut inquiratur sanguis omnium prophetarum, qui effusus est à constitutione mundi à generatione ista, à sanguine Abel usque ad sanguinem Zachariæ, qui periit inter altare et ædem. Ita dico vobis, requiretur ab hac generatione.

En aquel tiempo decia Jesus á los escribas y fariseos: Ay de vosotros que edificais monumentos á los profetas, y vuestros padres fueron aquellos que los mataron. Ciertamente dais testimonio de que consentis en las obras de vuestros padres; porque éllos quitaron la vida á los profetas, y vosotros les edificais sepulcros. Por eso la sabiduría de Dios dixo: Yo les enviaré profetas y apóstoles, y á únos matarán, y á ótros perseguirán para que se pida cuenta á esta generacion de la sangre de todos los profetas que se derramó desde el principio del mundo; desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que pereció entre el altar y el templo. Y así os digo que se pedirá cuenta á esta generacion.

MEDITACION.

De la falsa conciencia.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la conciencia, hablando propiamente, es aquella aplicacion de la ley que cada uno se hace á sí mismo. Esta aplicacion de la ley de Dios cada cual se la hace segun sus fines, segun sus alcances, segun el carácter de su entendimiento, y muchos segun los secretos movimientos, la inclinacion y la actual disposicion de su corazon. De aquí nace que no hay cosa mas fácil, ni tampoco mas comun, que formarse en el mundo una falsa ciencia, una conciencia conforme á sus deseos, arreglada á sus intereses; y esto es lo que estraga las costumbres, y lo que necesariamente desordena la conciencia. Consi-

derado el órden de las cosas, que es el órden de Dios, la conciencia debia ser la regla de los deseos, y no los deseos la regla de la conciencia; pero esta es la ilusion y la iniquidad á que estamos sujetos; en lugar de arreglar los deseos por la conciencia, hacemos conciencia de los mismos deseos, y porque aquélla se funda en éstos, todo lo que deseamos y queremos nos parece justo y bueno: *Quodcumque volumus bonum est*; y pasando adelante el error, tal vez nos parece perfecto y santo: *Et quodcumque placet sanctum est.* El entendimiento es el juguete del corazon, y nosotros lo somos de nuestra falsa conciencia. No se consulta ni la ley de Dios, ni el evangelio; todo se pesa en nuestra balanza, y todo se juzga en nuestro tribunal; queremos que sean las cosas aquello que quisiéramos que fuesen; lo mas falso, lo mas inicuo y lo mas condenable, á fuerza de quererlo, es para nosotros lo mas cierto, lo mas justo, lo mas meritorio y lo mas perfecto. ¿De dónde viene este desórden del corazon? De que no se consulta á la razon, ni mucho menos á la religion y á la fe, sino á la pasion; solo se da oidos á la voz de los deseos y del interes, este solo oráculo se respeta. De aquí nace el ahogarse los mas vivos remordimientos de la conciencia; por vivos que sean, le sobran fuerzas á la concupiscencia para sufocarlos. En apoderándose el amor propio ó la pasion del tribunal de la conciencia, todos los pleytos, todas las dudas se declaran en su favor. Este es el origen de aquellas repentinas mudanzas que asombran, de aquellos caprichos, de aquella dureza de juicio, de aquella obstinacion en el propio dictámen, que dan tanto que hacer; de aquellos desvaríos en puntos de fe que nos arrancan tantos suspiros. Apenas hay heresiarca, cuyos errores no hayan dimanado de este principio; ni los hereges fomentan los suyos sino por medio de estas falsas conciencias. De éllas nacen los descaminos de tantos hombrecillos testarudos, y de tantas mugerzuelas alucinadas; búsquese el orígen, y se hallará que fue la concupiscencia, la ambicion, la pasion y el interes. Buen Dios, ¿qué tribunal hay mas comun el dia de hoy que el de la falsa conciencia?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay cosa mas perniciosa ni mas digna de temerse que la falsa conciencia. Todo error es peligroso, singularmente en materia de costumbres; pero no le hay mas perjudicial ni de mas funestas consecuencias, que el que inficiona el principio ó la regla de las mismas costumbres, que es la conciencia: *Si tus ojos no estan claros*, dice el Salvador, *todo tu cuerpo andará en tinieblas.* Los ojos de que habla el Señor no son otros que la conciencia que nos alumbra, que nos guia, y que gobierna nuestras acciones. Si esta conciencia, que es el farol de nuestra alma, viene á apagarse, ó en parte á obscurecerse, necesariamente hemos de dar muchos traspies. Con una falsa conciencia no hay mal que no se cometa; y se comete con toda seguridad; esto es, sin esperanza de remedio.

Considera hasta dónde pueden y suelen llegar los desórdenes de una conciencia ciega y presuntuosa desde el mismo punto que se mete á ser conciencia. ¿Qué delitos no excusa? ¿qué maldades no colorea? Cuando la conciencia va de acuerdo con el amor, con la inclinacion á los pasatiempos, con la ambicion, con la concupiscencia; cuando se forma por la animosidad, por el despique y por el ódio, pervertida por una parte, y presumida de conciencia por ótra, todo lo emprende, á todo se arroja, todo lo encubre, todo lo santifica, y todo lo permite. ¿Quién podrá poner límites á la pasion, cuando ésta no tiene freno? ¿cuando la autoriza hasta la misma conciencia? La falsa conciencia es un abismo sin suelo: *abyssus multa.* ¿Pero quién podrá salir de este abismo? No hay voz que grite, no hay trueno que espante: por el contrario, la misma conciencia sosiega, asegura, tranquiliza, adormece, amodorra, y hace que tengamos por enemigo de nuestra quietud todo lo que nos despierta, todo lo que nos inquieta, todo lo que nos perturba. ¡O santo Dios, y qué cosa tan terrible es una falsa conciencia en paz y en calma! A esto tira élla. No hay estado mas infeliz, no hay desdicha mas digna de temerse: el hombre mas disoluto, el pecador mas impío, esos son los mas tranquilos,

los que menos sienten el peso de su iniquidad. Los remordimientos de una conciencia recta y verdadera dexan alguna esperanza al arrepentimiento y á la penitencia; pero la falsa conciencia tiene al pecador tan contento de sí mismo, tiénele sepultado en tan espesas tinieblas, que nada es capaz de abrirle los ojos para conocer que se descamina y que se pierde; esta funesta calma hace irremisible su mal. Los judíos erigian magníficos mausoleos á los profetas, á quienes sus mismos padres habian quitado la vida, y creian hacer gran servicio á Dios perseguiendo á los hombres justos. ¡O Dios mio, cuántas conciencias hay *cauterizadas*, segun la frase de la Escritura! ¡cuántos sistemas de conciencia, á cuya sombra reynan las pasiones, se fortifican los errores, y se estraga el corazon!

No permitais, Señor, que me suceda esta desgracia; venga sobre mí cualquiera otro castigo, antes que el de estas desdichadas tinieblas. ¿Cuáles han sido hasta aquí mis caminos ó mis descaminos? ¡Cuántas veces quise autorizar mis desvaríos, y calmar mis remordimientos, sufocando las luces de vuestra gracia! Haced, Señor, que éstas se vuelvan á encender en mi alma; concededme este favor, pues ya no quiero otra regla de mi conducta que la de vuestra santa ley.

JACULATORIAS.

Deduc me, Domine, in vita tua, et ingrediar in veritate tua. Salm. 85.

Guiadme, Señor, por el camino de tus santos mandamientos, y entraré derecho por el de la verdad y la justicia.

Domine, ut videam. Matth. 20.

Haced, Señor, que jamás pierda de vista vuestra santa ley.

PROPOSITOS.

Desde hoy has de procurar comprender bien los funestos efectos de una conciencia errónea, sea en materia de fe, sea en materia de costumbres; es un manantial de aguas emponzoñadas que comunica su veneno á todos los arroyos que salen de él, siendo el mal tanto mayor, cuanto hace menos ruido. La falsa conciencia da la

muerte sin dolor, por explicarme de esta manera. Se yerra, se descamina groseramente con tranquilidad; se peca contra las mas sagradas leyes de la religion; y falta poco para que no se juzgue meritorio el ódio y la venganza que se abriga en el corazon, y aun se comunica á las acciones; meritoria la ambicion, la vanidad, la profanidad, la dureza y la avaricia. ¿Cuántos viven amodorrados con una falsa seguridad en medio del error? ¿cuántos retienen los bienes agenos, ó usan mal de los propios? ¿cuántos pasan la vida en comunicaciones ilícitas, en diversiones peligrosas, en una ociosidad nada cristiana al abrigo de una falsa conciencia? Cita desde luego á la tuya ante el tribunal del evangelio; pues élla juzga de todo, bien es que de cuando en cuando sea tambien juzgada; y supuesto que tienes una regla segura de la fe y de las costumbres, exâmina con sinceridad si te has desviado de esta regla.

2 Desconfia de tu propio juicio; mira que está muy expuesto á ser corrompido por el amor propio y por las pasiones. Consulta con un santo y sabio director, y en su compañía exâmina si tus ideas, tus máxîmas y tu conducta se conforman con las máxîmas del evangelio. ¿Es muy pura tu fe? ¿no te dexas llevar de algunas falsas preocupaciones, siguiendo cierto espíritu de parcialidad? ¿ríndeste á las decisiones de la Iglesia con una sumision entera, humilde y universal? ¿no son alguna vez tus pasiones la regla de tus costumbres? ¿esa insaciable avaricia, esa dureza intratable, ese espíritu de venganza, esa sensualidad, esa delicadeza, ese apetito á la libertad son pruebas de una conciencia muy recta? Júzgate desde luego sin piedad, y no esperes á que venga la muerte á ponerte de par en par las maldades de tu conciencia.

☞ DIA DIEZ Y OCHO.

San Ciriaco y Paula, mártires.

Las actas de estos dos esforzados adalídes del cristianismo han padecido la misma desgraciada suerte que las

de tantos ótros que dieron su sangre en defensa de la fe que profesaban. Los tiranos, que conocian bien que la sangre derramada por Jesucristo era una fecunda semilla que producia multiplicados los frutos, llevaban su furor hasta el empeño de pretender borrar del mundo su memoria. Por este motivo hacian exquisitas diligencias para encontrar las actas de los mártires, que paraban por lo comun en poder de los lectores de la Iglesia, y descubiertas las reducian á cenizas. Pero todas las astucias de los ministros del abismo no han podido jamás prevalecer contra los esmeros de la divina Providencia, qne por modos maravillosos ha conservado la memoria de los esforzados soldados de Jesucristo. Así ha sucedido con los santos mártires Ciriaco y Paula, nobles ciudadanos de Málaga, cuya historia, deducida de varios escritos y breviarios antiguos, es como se sigue.

Los emperadores Diocleciano y Maxîmiano, contemplando que la seguridad de su imperio consistia en exterminar radicalmente el nombre cristiano, suscitaron una persecucion tan cruel y violenta en todas las provincias sujetas al imperio, que en el espacio de un mes dieron su vida gloriosamente por la fe diez y siete mil cristianos de todas calidades, edades y sexôs; de donde se puede inferir cuán copioso é incalculable sería el número de mártires en el tiempo de diez años que duró la sangrienta persecucion. Entre todas las provincias del mundo se señaló España, tanto por la multitud de los que derramaron su sangre, como por la atrocidad de los tormentos con que fue probada su constancia. Todas las cárceles y calabozos se veian llenos de esforzados testigos de la fe; en los tribunales de los jueces se oia publicar con fortaleza el nombre de Jesucristo; los ídolos profanos eran despreciados y escupidos en presencia de los mismos jueces y de los verdugos en el acto mismo de tener en las manos la sangrienta espada y los garfios crueles; y toda la tierra estaba empapada de arroyos de sangre, que se ofrecia valerosamente en testimonio de la verdad. Entonces fue cuando Justa y Rufina vencieron á Diogeniano en Sevilla: Enerátides y sus nobles compañeros á Daciano en Zara-

goza, cuya ciudad tuvo la gloria de que sus mártires llegasen á ser innumerables. Entonces se ilustró Toledo con el glorioso martirio de la vírgen Leocadia, que despues de varios tormentos exhaló su alma purísima en los horrores de un calabozo. La noble Cómpluto fue teatro del mas tierno y admirable espectáculo qne vieron los ojos de los hombres; pues en los delicados pechos de Justo y Pástor cupo la fortaleza de desafiar al Tirano, yéndose á presentar desde la escuela á Daciano para afearle la crueldad con que perseguia la religion sacrosanta; y despreciando sus caricias, sus promesas y sus amenazas, ilustrar con su sangre el campo laudable. Entonces triunfaron en Córdoba del impío Dion san Acisclo y santa Vitoria, hermanos, segun la carne, y á quienes la caridad les unió mucho mas en el martirio; y entonces, finalmente, entre otros innumerables que tuvo España padecieron en Málaga san Ciriaco y santa Paula vírgen.

Llegó á esta ciudad el cruel perseguidor del nombre santo; y habiendo hecho las diligencias para descubrir los que seguian las banderas del Crucificado, halló que se distinguian entre éllos Ciriaco y Paula. Persuadido el inicuo juez á que haciendo en éstos un horrible castigo escarmentarian los demas, y se apartarian de una creencia, qne él tenia por supersticiosa, mandó prenderlos y presentarlos en su tribunal. Comparecieron los Santos, sufrieron el interrogatorio que era de costumbre. Es creible que el interes que tenia el Tirano en seducir á dos personas, cuyo exemplo sería muy poderoso respecto de la multitud, le moviese á hacerles grandes promesas de riquezas y de honores. Pero constantes los Santos en la fe que habian profesado en el bautismo, se manifestaron invencibles á las promesas y amenazas. Viendo el Juez que sus astucias no lograban el efecto premeditado, mandó atormenarlos con crueles tormentos, como dice Usuardo en su martirologio en el dia 18 de junio. Todo el furor de los carnífices, y la dolorosa execucion de los tormentos fue muy inferior á la gracia y fortaleza de que los Santos tenian provistas sus almas; y así, viendo el juez que nada aprovechaba, mandó apedrearlos, en cuyo tormento con-

siguieron la palma del martirio, que unió santa Paula á la de la virginidad.

Sucedió este triunfo cerca del año de nuestra salud de 300, y en el dia en que los celebra la iglesia de España. Ingnórase el lugar de su martirio, y el sitio en donde fueron sepultados; pero el padre Roa dice, que vertieron sus sangre cerca del rio, en donde la multitud de piedras que allí se encuentran daba facilidad para la execucion de la sentencia. Tambien afirma el dicho Escritor, que en el mismo sitio es presumible hubiese estado en lo antiguo el sepulcro de estos Santos. Funda su conjetura en una antigua tradicion que hay en aquella ciudad, de haberse visto en aquel sitio en diversos tiempos unas luces milagrosas, con que parece que el cielo queria ilustrar aquel lugar dichoso en que los santos Mártires habian conseguido tan ilustre victoria. Poseida Málaga de los mahometanos, se extinguió enteramente la noticia de su sepulcro glorioso; pero siempre conservaron los fieles la memoria de estos santos Mártires, la cual resucitó por los años de 1487 en tiempo de los católicos reyes Fernando é Isabel. Estos gloriosos Monarcas, deseando librar á España del yugo de los bárbaros, proyectaron la conquista de Granada, en donde tenian reconcentradas todas sus fuerzas. Estando en Córdoba haciendo los preparativos para esta grande expedicion, fue á verse con un padre del convento de gerónimos de aquella ciudad, que trataba mucho con los Reyes, el santo varon fray Juan de Carmona. Amonestóle que dixese á la católica reyna doña Isabel que hiciese voto de construir una iglesia en honor de los santos mártires de Málaga san Ciriaco y Paula, y que estuviese segura de que por su intercesion les concederia Dios una victoria completa, y la conquista de la ciudad. El religioso dió inmediatamente cuenta á la Reyna de este importante aviso, informándola de las sublimes virtudes y santidad del religioso que se le habia dado, y asegurándola de que no podia proceder sino de superior ilustracion del cielo. La piadosa Reyna asintió á la propuesta; y aunque por entonces no pensaban en la conquista de Málaga, hizo el voto á los santos Mártires, y enviaron allá el exérci-

to, el cual se apoderó de la ciudad, y en su consecuencia de todo el reyno de Granada. Dieron gracias á Dios por tan maravillosa victoria; y deseosos de que el pastor universal de toda la Iglesia fuese participante de sus alegrías, le dieron parte de todo, y principalmente del voto que habian hecho á san Ciriaco y Paula, á cuya proteccion se debia, no solamente la conquista de Málaga, sino la de todo el reyno de Granada. El pontífice romano, que era á la sazon Inocencio VIII, despues de haber ofrecido á Dios las mas fervorosas gracias por ver restituida la fe y la religion á su antiguo domicilio, escribió á los Reyes una carta expresiva, en que los certificaba que la ciudad de Málaga habia sido consagrada con la sangre de san Ciriaco y santa Paula, de la misma manera que lo habia sido Jerusalen con la del protomártir san Esteban. Edificóse el templo en honor de estos Santos, y los malagueños los tomaron por sus patronos, celebrando su fiesta con pompa muy solemne todos los años, yendo el clero, la nobleza y el pueblo en procesion al templo de los Santos, en donde manifiesta el cielo lo grata que le es esta devocion con continuos prodigios que les dispensa.

La misa es del Comun de mártires en honra de los Santos, y la oracion la siguiente.

Presta, quæsumus, omnipotens Deus: ut familia tua, quæ sanctorum martyrum tuorum Cyriaci et Paulæ triumphis gloriatur: fiat in Christi tui amore ferventior: et quos patronos veneratur in terris, pios apud te intercessores habere mereatur in cœlis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que tu familia, que se gloría con los triunfos de tus santos mártires Ciriaco y Paula, se haga mas fervorosa en el amor de tu hijo Jesucristo: y que aquellos á quien venera por patronos en la tierra, merezca experimentarlos piadosos intercesores en los cielos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3. *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia XV, fól.* 241.

REFLEXIONES.

Uno de los motivos que mas debe excitar el fervor de los fieles para despreciar todos los trabajos, penas y tormentos de esta vida, y emplearse en la execucion de los divinos preceptos, es la consideracion de los bienes prometidos en recompensa de las penalidades. Dios, que conoce el corazon del hombre mejor que el hombre mismo, sabe que no hay móvil tan poderoso que le excite á acciones heróicas, como la promesa de unas recompensas superiores á su corazon. Los hombres son naturalmente interesados, y se mueven dificultosamente si no se pone un cebo seguro á sus esperanzas. Por eso dice el Espíritu santo en la epístola de este dia hablando de la fortaleza de los que padecieron las crueldades de los tiranos, y de la gloria que consiguieron por sus tormentos, *que su pasion fue pequeña en comparacion de los galardones que por élla lograron.* Si se considera con madurez y reflexîon la vehemencia y duracion de las penas de esta vida, y la grandeza y eternidad de la gloria que las espera, se hallará que una sola ceguedad asombrosa puede hacer que los hombres tengan por insoportables los trabajos, y se abandonen á los deleytes terrenos. Es verdad que las cárceles, los potros, los gárfios y demas tormentos que inventó la crueldad contra la constancia de los siervos de Dios, y para vencer con la violencia la fuerza de la verdad, son temibles á la fragilidad humana. Lo mismo se debe decir de las enfermedades, de la pobreza, de los dolores, de las persecuciones y demas calamidades de esta vida. Nuestra carne corrompida por el contagio del pecado del primer hombre, y nuestra alma debilitada con las pasiones, con los malos exemplos, y con los hábitos viciosos, hallan una suma dificultad en hacerse superiores á los trabajos de este mundo. Aun los justos de tan sublime virtud, que jamás admitieron mancha en sus costumbres, encuentran una poderosa resistencia que vencer para seguir y conservar los caminos de la justicia. El apóstol san Pablo, que habia renovado su espíritu por una conversion maravillosa, que habia consumido su vida en el ministerio apostólico, que habia padecido tantas veces cârceles, azotes, naufragios en defensa de la fe; y que, última-

mente, arrebatado hasta el tercer cielo, habia gustado de los arcanos de la divinidad, se quejaba dolorosamente porque experimentaba en sus miembros una ley que contradecia á la ley de su espíritu. El mismo Hijo de Dios, estando cercano á una muerte, que él mismo habia abrazado de su propia voluntad para satisfacer á su Eterno Padre, advirtió que hallándose pronto su espíritu para sobrellevar los tormentos espantosos que le amenazaban, la carne flaca manifestaba debilidad hasta el punto de explicarse en sudores de sangre.

No es delito en el cristiano aborrecer los infortunios, procurar exîmirse de las penalidades de esta vida, precaver las desgracias, llorar los reveses de la fortuna, y extremecerse á vista de los tormentos y de los suplicios; pero es delito no poner al mismo tiempo los ojos en la gracia que Dios infunde copiosamente en nuestras almas al tiempo de la mayor necesidad. Es delito apartar del entendimiento las luces de la fe para que no vea en todas las calamidades de esta vida las altas y acertadas disposiciones de una suma providencia, que en todas sus operaciones tiene por objeto nuestra felicidad. Es finalmente delito el pensar únicamente en las penas y molestias que nos rodean, y no extender la consideracion á las grandes recompensas que nos están prometidas. ¿Qué es, ó cristiano, la enfermedad mas penosa y mas prolongada, el deshonor y vilipendio mas vergonzoso, el tormento mas cruel y sangriento, y la muerte mas ignominiosa y llena de dolores, en comparacion de una gloria inmortal, que nunca jamás tendrá fin, que excederá á todos tus sentidos y potencias, y que será mucho mayor que tu imaginacion y tus esperanzas? ¿No merece este interes que sacrifiques con gusto por él todas tus comodidades, todos tus deleytes, y si fuese necesario la misma vida? El exemplo de los mártires es un argumento invencible de la solidez y fuerza de esta reflexîon. Si tú la haces, y prestas con docilidad tu corazon á sus influxos, sentirás la misma persuasion, y logrará en ti los mismos efectos.

El evangelio es del cap. 21. de san Lucas, y el mismo que el dia II, fólio 24.

MEDITACION.

Sobre la vida eterna, y medios de conseguirla.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la consecucion de aquella gloria inefable, *que ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni cabe en el corazon humano su idea, la cual preparó Dios para los que verdaderamente le aman*, no es tan dificil como se presenta á la imaginacion exâltada con los temores de unos males fingidos, y seducida por los bienes de este mundo, que no tienen menos de imaginarios.

No se ha de entender por esto que se quiere decir una sentencia que se oponga de manera ninguna á lo que nos dice el evangelio. En él leemos, *que muchos fueron llamados á aquel grande convite, y pocos los elegidos que merecieron entrar á disfrutarle: que el reyno de los cielos padece fuerza, y solo le alcanzan los que se hacen violencia.* Se nos dice tambien, *que es estrecho el camino que conduce á la vida eterna*; y otras cosas semejantes á éstas, que prueban bien la verdad de aquella sentencia de san Gregorio: *que no se pueden conseguir grandes premios sin padecer primero grandes trabajos.* Pero esto no debe desmayar para emplearse en un ócio infame; abandonando el trabajo que conduce para la eternidad, figurándose dificultoso lo que ha sido fácil para tantos. Los hombres son sumamente fáciles en creer las ilusiones de su amor propio: éstas crecen y se hacen mayores con la cobardía de que dexamos poseer el corazon; y esta cobardía tiene otra tanta mas fuerza por falta de consideracion. Si reflexîonamos en la gran copia y multitud de hermanos nuestros que pueblan ya las eternas moradas, encontrarémos, que no solamente hay mártires que en esta vida vivieron despedazado su cuerpo: no solamente hay anacoretas, que vivieron, en grutas apartados de todo comercio humano: no solamente hay monges, que durmieron sobre la desnuda tierra rodeados de cilicios: no solamente, en fin, hay penitentes, que vivieron entre ayunos, vigilias y mortificacion contínua, sino que ademas de esto

hay muchísimos bienaventurados, que tuvieron una vida mas templada en los trabajos, pero no menos fervorosa en los afectos.

Allí está Abrahan, que educó su familia en el santo temor de Dios, y prefirió la obediencia de su Criador al amor natural de su propio hijo: allí Isaac, que no tuvo mas mortificaciones, ni trabajos que tuvo su padre: allí está Job, que aunque tuvo en que exercitar su paciencia, principalmente mereció la amistad de Dios por la viveza de su fe: allí está José, que supo labrarse la corona de la felicidad eterna en la córte de Faraon, entre autoridad y extraordinarias riquezas: y allí, últimamente, hay otros muchos que consiguieron la gloria mas por el fervor de su espíritu, que por la aspereza de su vida. Estas consideraciones deben ahuyentar de tu corazon esa poquedad, esa cobardía, ese temor con que miras todos los medios de conseguir la bienaventuranza. No es necesario absolutamente que tengas una vida austéra, muy penitente y mortificada, aunque es cierto que esto sería lo mejor; basta que tengas el alma exênta de aquellos vicios que la quitan la vida de la gracia, basta que fixes en tu pecho un sólido y ardiente amor para con Dios y tus próximos; basta en fin, que cumplas los preceptos, aunque tu flaqueza no llegue á abrazar los consejos. Esta consideracion debe excitar en tu alma una firme esperanza de poder llegar algun dia á ser bienaventurado; y al mismo tiempo una rendida gratitud á la bondad divina, que á tan poca costa quiso hacerte dichoso.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que en la bienaventuranza hay muchos grados de gloria; y que aunque la consecucion de ésta no sea tan dificil para el que ama verdaderamente, cada uno de los grados es por sí tan apreciable, que merece todos los trabajos de esta vida y todas las cruces.

Hay muchos engañados verdaderamente por la corrupcion de la humana miseria, que fixan sus ojos en la bienaventuranza, y no en las primeras sillas de la patria celestial. De luego á luego manifiesta esto tibieza, y una indiferencia muy próxima á ser criminal, respecto de los bienes incomutables que Dios nos ofrece. El que se contenta

con cualquiera gracia que le hace el príncipe, y no lleva su atencion á la singularidad y alto grado de estimacion con que le favorece, está muy cerca de serle ingrato. De la misma manera, el que en sus obras no manifiesta el aprecio que le merece todo el conjunto de gloria que le tiene Dios preparada, en esto mismo da á entender que la mira con desprecio. Todos los beneficios de Dios son superiores á los afectos de nuestra alma: de consiguiente, si el beneficio exîge de justicia el aprecio y estimacion del que es favorecido, se infiere que seremos injustos si con fervorosas virtudes no aspiramos á todo el cúmulo de gloria que podemos conseguir. Seremos semejantes al que rehusa las mercedes de un príncipe ofrecidas con generosidad, que dificultosamente puede libertarse de la nota de ingrato. El cielo es un premio que se da á los que le merecen con obras santas y trabajos grandes. Estos deben ser grandes verdaderamente, si hemos de aspirar á los superiores grados de gloria; porque Dios es incapaz de conferir éstos con la menor injusticia.

Si en este mundo se hacen tan exquisitas diligencias por conseguir la gracia, no ya de un monarca, no de un privado suyo, sino de un amo ó conocido de este privado: si la ambicion hace tolerables las mayores baxezas, y sufribles las molestias mas desagradables de la vida, ¿qué no deberá hacer el deseo de igualarse en la gloria, en el poder, en la sabiduría á los apóstoles, á los profetas, á los querubines y serafines? ¿qué incomodidades no sufre un palaciego para subir un grado que le aproxîme mas á su monarca? ¿qué diligencias omite para procurar oirle mas de cerca, y estar, si es posible, el mas inmediato á su sagrada persona? Lleva los ojos por todos los empleos y ocupaciones de la vida, particularmente por el empleo de la guerra, y verás á cuántas amarguras se exponen los hombres por lograr un grado mas sobre aquella línea en que actualmente se hallan. Las frecuentes experiencias que tenemos de los que han perdido la vida, ya en los mares, ya en las campañas á manos de los enemigos, por conseguir un grado mayor en la milicia, es un invencible argumento de los grandes sacrificios que sabe hacer el hombre cuando llega á inflamarse por la consecucion de un objeto. Y si todo esto se practíca por unas cosas viles y perecederas, ¿qué no mere-

cerá un grado de bienaventuranza, por el cual nos acercamos mas á nuestro Dios, ennoblecemos nuestra naturaleza, ensalzamos las facultades de nuestra alma, y llegamos á hacernos semejantes á los ángeles? O estos bienes nos merecen mucho desprecio, ó debemos aspirar á conseguirlos, aunque para ello sea necesario vivir una vida algo mas mortificada y fervorosa.

JACULATORIAS.

Unusquisque propriam mercedem accipiet, secundum suum laborem. 1. Corinth. 3.

Cada uno, Dios mio, sé que ha de recibir el premio segun hubiere sido su trabajo.

Pars mea Deus in æternum. Salm. 72.

De aquí adelante, y por toda la eternidad, no tendrá mi alma otro empleo que amar á Dios y tributarle perpetuas alabanzas.

PROPOSITOS.

San Pablo, escribiendo á los romanos (cap. 8.), dice, *que las penalidades de esta vida, y cuanto se puede padecer de dolor y amargura, no merecen por premio la eterna gloria que nos está destinada.* Él mismo confiesa despues de haber sido arrebatado á los cielos, *que eran de ningun aprecio en su comparacion los mayores trabajos.* Estas verdades deben producir en el alma unos deseos encendidos de la bienaventuranza, no contentándose con conseguirla de cualquiera manera, sino con eficacia y actividad. Cualquiera grado de gloria merece todas nuestras atenciones. Éstas no deben fixarse en aquellos montes de dificultades que nos retraen de la empresa, sino en los motivos poderosos que tenemos para procurar conseguirla. Los mártires estaban entre los tormentos como en un paraiso de deleytes, causando esta trasmutacion el amor de Dios y la consideracion del premio que esperaban. Justo y Pástor desafian al tirano, y al tiempo que les despedazan, se animan mútuamente, y cantan á Dios cánticos agradables. Santa Eulalia miraba su cuerpo hecho una llaga, y repasando con los ojos las sangrien-

tas heridas, exclamaba: *¡Qué delicia me causa ver en mi cuerpo escritas estas letras que dicen la gloria del nombre de mi esposo Jesucristo!*

Igual sensacion causaban en los santos sus respectivas penitencias y mortificaciones: el solitario estaba mas contento en un desierto espantoso, que puedes estarlo tú en el espectáculo, ó en el mas lucido concurso: el penitente tiene mas delicia en el saco, en la disciplina y el cilicio, que tienes tú en la mesa exquisita y abundante, en la mullida cama, en la ropa delicada, y en cuanto sugiere la voluptuosidad y la molicie. La imaginacion, trastornada con el ímpetu de las pasiones, abulta los objetos, y les quita su propia apariencia. Los exploradores que envió Moyses á la tierra prometida, vieron en élla gigantes y monstruos que que no habia; pero los israelitas enardecidos con el deseo de poseer una tierra por donde corrian arroyos de leche y miel, todo lo juzgaron posible, aunque su conquista les hubiese de obligar á pelear con monstruos y gigantes, y alcanzar de éllos victoria. Este es el exemplo mas terminante de los óbices que opone nuestra flaqueza á la consecucion de la bienaventuranza, y de la suma dificultad que encuentra en la imitacion de los santos; y al mismo tiempo de la fuerza que hacen en nuestras almas el amor de un objeto, y el deseo de conseguirle. Nada hay que merezca este amor como la bienaventuranza: para élla fuiste criado: élla debe tener la principal parte en las acciones de tu vida: nada hay que exîja con tanta justicia tus deseos; resuélvete, pues, á abrazar todos los medios de conseguirla, no solo los fáciles y hacederos, sino aun aquellos mas difíciles y heróicos por donde la consiguieron los santos.

DIA DIEZ Y NUEVE.

San Gervasio y Protasio, mártires.

Todo lo que sabemos de estos dos gloriosos Mártires, primicias de la iglesia de Milan, y tan célebres en toda la

Iglesia de Dios desde el cuarto siglo, se lo debemos á san Ambrosio.

San Gervasio y Protasio, gemelos y naturales de Milán, fueron hijos de san Vidal mártir, y de santa Valeria, que volviendo de Ravena adonde habia ido á enterrar el cuerpo de su santo esposo, cayó en manos de una tropa de gentiles, á una legua de Milán, que hacian sacrificios al dios Sylvano. Quisieron obligarla á que los acompañase en aquellas sacrílegas ceremonias; pero negándose la Santa con resolucion, diciendo á gritos que era cristiana, allí mismo recibió luego la palma del martirio.

No podian menos de ser virtuosos los hijos de unos padres tan santos. Sirvió como de basa á la eminente perfeccion á que los elevó la divina gracia, la santa educacion que debieron á éstos. Como nacieron poco tiempo despues que nació la misma Iglesia, estaban animados con el fervor de los primitivos cristianos, y desde su infancia se distinguió en Milán su zelo por la fe de Jesucristo.

Eran ambos mozos galanes, y ayrosos, de una estatura procer, haciéndose respetar hasta de los mismos gentiles por su inocencia y por su virtud. Pasaron su juventud en una vida de mucha edificacion, exercitándose en obras de caridad cristiana. Habiendo heredado grandes riquezas por la gloriosa muerte de sus santos padres, determinaron hacer á Jesucristo heredero de éllas, repartiéndolas entre los pobres. No es fácil decir lo mucho que aprovechó esta generosa caridad á los fieles de Milán; ni las muchas familias pobres que se sustentaron á expensas de élla durante la persecucion que los idólatras excitaron contra los cristianos; pero los que hacian tanto bien á los extraños, no se olvidaron de los propios: dieron libertad á todos sus esclavos; y habiendo proveido á sus necesidades, se retiraron á un cuarto, para dedicarse únicamente á la oracion, á la leccion de libros espirituales, y al exercicio de todas las virtudes. Ocupados únicamente en solo Dios y empleados en servirle, pasaron diez años en aquella dulce soledad, viviendo mas como ángeles que como hombres, y en medio de una populosa ciudad, haciendo, por decirlo así, un como diseño de

aquella vida solitaria que con el tiempo habia de santificar á los desiertos. Era contínuo su ayuno, sirviéndoles de nueva penitencia el poco alimento que tomaban una sola vez al dia.

Sepultados en su retiro, solo tenian comunicacion con el cielo, pasando en oracion los dias y las noches, sin que apenas la interrumpiese el corto sueño que tomaban; y con una vida tan pura, tan fervorosa y tan penitente consiguieron del Padre de las misericordias la gracia que le pedian todos los dias de derramar su sangre por Jesucristo.

Aunque se habian hecho casi invisibles á los ojos de los hombres por su vida retirada, los rayos de su virtud no dexaban de penetrar por entre las sombras de aquella misma obscuridad. Todos los reconocian por cristianos; pero la mucha veneracion que profesaban á su vida exemplar, hizo que los dexasen tranquilos. Con todo eso no duró mucho la calma. Transitando por Milán el conde Astasio, general del exército del Emperador contra los marcomanos, pueblo de la antigua Germánia, fueron acusados los dos Hermanos ante él. Presentáronsele los sacerdotes de los ídolos, y le dixeron, que si queria volver victorioso y entrar triunfante en Roma, obligase á los dos hermanos Gervasio y Protasio, ambos cristianos, á que sacrificasen á los dioses; sin cuya diligencia desde luego le anunciaban la entera y total rota de su numeroso exército.

Atemorizado el General con aquellas amenazas, hizo venir á su presencia á los dos Santos, quedando admirado y aun compadecido cuando vió aquellos cuerpos extenuados, y sobre todo cuando observó su modestia, gravedad y compostura. Hablóles al principio con mucho agrado, y les dixo tenia entendido que eran dos almas muy gratas á los ojos de los dioses protectores del imperio, por lo que habia resuelto llevarlos consigo al templo para que les ofreciesen sacrificios, rogándoles que bendixesen sus armas, haciendo gloriosa y feliz su expedicion. "Señor (le respondió Gervasio), dadme li-
»cencia para representaros que equivocais mucho los me-
»dios, si pretendeis conseguir ese fin. ¿A quién os diri-
»gis, ni á quién ofreceis sacrificios? ¿qué poder han de

»tener unos ídolos de metal ó de madera, que el fuego »los consume, y el tiempo los acaba? No ignorais, solo »con no negaros á la luz de la razon, que todos vues»tros dioses juntos no valen tanto como el mas vil de »los hombres ¿Queréis conseguir seguramente la victo»ria? pues enderezad vuestros cultos al Dios de los exér»citos, que es el Dios de los cristianos, y tambien el »vuestro, puesto que ni hay, ni puede haber otro Dios »Criador del cielo y de la tierra, dueño soberano de los »imperios, y único árbitro de nuestra suerte. Este solo »es el que puede daros la victoria, y á solo él se la de»beis pedir."

Sorprendió tanto al Conde este discurso, que al principio quedó como cortado; pero acudieron luego á irritarle los sacerdotes de los ídolos, no menos que las sediciosas voces del pueblo, el cual gritaba tumultuosamente, que si no se vengaba en caliente aquella gran blasfemia contra los dioses inmortales, amenazaba un terrible azote del cielo á la ciudad de Milán y á todo el imperio romano. Encendido Astasio en cólera, mandó azotar tan cruelmente á Gervasio con plomadas, que consumido ya al rigor de sus penitencias, rindió el alma en el mismo suplicio.

Pero como el Conde quisiera mas hacerlos apostatar, que quitarlos la vida, no perdonó á diligencia alguna para persuadir á Protasio que por lo menos le acompañase hasta el templo, donde él iria y ofreceria el sacrificio. Negóse á esto el santo Mancebo generosamente, representándole con respeto, pero con resolucion, que no consistia la dicha del hombre en vivir, pues todos habian nacido sentenciados á la muerte, sino en conocer y en servir al verdadero Dios, Criador del cielo y de la tierra; que conocia bien no era muy de su gusto este discurso, pero que él ni podia disimular la verdad, ni debia hacer traicion á su conciencia, y que aun se atrevia á decir, que mas temia el conde Astasio á Protasio, que Protasio al conde Astasio, atento á que éste temia perder la batalla si Protasio no ofrecia á los dioses un sacrílego sacrificio. Irritó furiosamente al General un discurso tan cristiano, pronunciado con modestia, pero con resolucion, y mas habiéndose imaginado que

la cruel muerte de Gervasio tendria intimidado á su hermano. Díxole, lleno de cólera, que era tan insensato como aquél, y añadió: *Ya que quieres perecer, perecerás.* A que replicó Protasio: *No pereceré si tengo la gloria de morir por mi divino Maestro, porque el martirio es el camino mas seguro para la vida eterna. Solo moriré con el sentimiento de ver te quedas idólatra: compadéceme mucho tu desgracia, y no puedo menos de llorar tu ceguedad.* Conoció Astasio que iba blandeando su corazon, y temiendo que acabase de vencerle, resolvió deshacerse de él cuanto ántes; por lo que mandó que luego le cortasen la cabeza, lo que se executó al instante; habiendo sucedido esto hácia la mitad del primer siglo. Quedaron los dos santos cuerpos un dia entero expuestos á los ojos del público, y despues fueron arrojados en un muladar, de donde un gran siervo de Dios, llamado Filipo, acompañado de su hijo, los retiró secretamente de noche, los colocó en un sepulcro de mármol, escribió en un papel todo lo que acabamos de referir, puso el escrito debaxo de la cabeza de los Santos, y despues enterró el mismo sepulcro. Mas de 300 años estuvo oculto este precioso tesoro, hasta que en el de 386 permitió Dios que los mismos santos Gervasio y Protasio se le revelasen á san Ambrosio, cuando el Santo se estaba disponiendo para dedicar la iglesia de Milán, que despues se llamó la Basílica Ambrosiana, y hoy se llama san Ambrosio el Grande. Las palabras con que el mismo Santo refiere este suceso en la carta que escribió á su hermana santa Marcelina, son las siguientes:

"Disponiéndome yo para dedicar la nueva iglesia »que hice construir en Milán, mostró el pueblo grandes »deseos de que celebrase esta funcion con la misma so»lemnidad con que habia dedicado la de los santos Após»toles, cuando coloqué en élla sus reliquias. Respondí »que condescenderia gustoso con lo que deseaba, con »tal que hallase reliquias de algunos Mártires que colo»car; y en aquel mismo punto sentí no sé qué movi»miento interior, que me pareció como presagio á lo »que despues habia de suceder. Habiéndome hecho Dios »la gracia de que ayunase la Cuaresma, pasándola en »oracion con los fieles, un dia me sentí cargado de

»sueño, y comenzaba ya á dormirme, cuando despavi»lándome de repente, ví delante de mí dos mancebos, »vestidos con una ropa talar, y cubiertos con un manto »ó capa de extraordinaria blancura, pareciéndome que »los dos estaban haciendo oracion. Desperté perfectamen»te, y desapareció la vision. Inquieto por no saber lo que »aquello significaba, doblé mi ayuno y mis oraciones; »sucedióme segunda vez lo mismo; y en fin, la tercera »noche, estando perfectamente despierto, se pusieron de»lante de mí los dos mancebos acompañados de otro »tercero que representaba mas edad, y me pareció sería »san Pablo: por lo menos era muy parecido al retrato »que tenemos de este Apóstol. Los dos mancebos no me »hablaron palabra; pero este tercero me dixo que aque»llos dos jóvenes eran dos ilustres mártires de Jesu»cristo, cuya vida y cuya muerte habia edificado mu»cho á la Iglesia, y que hallaria sus reliquias en el mis»mo sitio donde estaba haciendo oracion, las cuales de»bia exponer á la veneracion de los fieles. Como yo me »atreviese á preguntarle por sus nombres, me fue respon»dido así: Hallaráslos escritos con una breve noticia de »su vida y de su martirio en la misma sepultura. Ha»biendo dado parte de lo que acabo de referir á los obis»pos vecinos y á mi clerecía, nos juntamos todos en la »iglesia de san Nabór y de san Felix, hicimos cavar »la tierra al rededor de las barandillas que cercan el se»pulcro de los dos santos mártires Felix y Nabór, y »encontramos, en fin, el que contenia aquellas preciosas »reliquias; abrímosle, y hallamos los cuerpos de dos »santos mártires, cuyos huesos estaban enteros y en su »situacion natural. Estaba cubierto de sangre el fondo »del sepulcro, y el maravilloso olor que salia de él se »extendió por toda la iglesia; debaxo de la cabeza de los »Santos se halló un escrito que contenia el compendio de »su vida y de su martirio."

Antes que se elevasen los huesos de la tierra, ni se cantasen los himnos, se hicieron venir al sepulcro diferentes energúmenos, y luego verificaron los milagros la realidad de las reliquias. En el mismo dia fueron trasladadas á la basílica de Fausto, y porque ya era tarde se dexaron allí hasta el dia siguiente, pasándose la no-

che en oracion. "Fue prodigioso el concurso de gente »que acudió de todas partes (prosigue el Santo), y el »dia siguiente se llevaron las santas reliquias á la basí»lica mayor con religiosa pompa, á la que se siguieron »regocijos públicos en toda la ciudad. Durante la pro»cesion (continúa san Ambrosio), sucedió la milagrosa »curacion de un ciego, conocido en todo Milán, que se »llamaba Severo; apenas tocó los ojos con el paño ó tafe»tan que cubria las reliquias de los Mártires, cuando co»bró en el mismo instante la vista; manifestando Dios la »gloria de los Santos con otros muchos milagros." Subió al púlpito san Ambrosio, y teniendo á uno y á otro lado las dos caxas, predicó un sermon al pueblo en honra de los dos Santos, como se lo cuenta á su hermana santa Marcelina, y en él habló en estos términos: "Vosotros mismos habeis »sido testigos de muchos energúmenos que quedaron libres »á vista de estas santas reliquias. ¿Cuántos enfermos se »vieron repentinamente sanos tocando el paño que cubre »estos dos santos cuerpos, y cuántos con la sombra sola »de estas dos caxas? ¿cuántos oratorios se han erigido ya »en honor suyo? ¿y cuántos paños, cuántos tafetanes se »han mudado ya, por la piadosa persuasion de que todo lo »que hubiese tocado los santos cuerpos, tendria virtud de »hacer milagros? En fin, se tiene por dichoso el que logra »tocar el lienzo que los cubre: *Gaudent omnes extrema lin»tea contingere.* Concibiendo una grande confianza de que »al punto se verá libre de sus dolencias: *Et qui contigerit, »salvus erit.*"

Esta gloriosa translacion, que desde entónces se hizo tan célebre en casi todo el mundo cristiano, se solemnizó el dia 19 de junio del año de 386, á cuyo dia fixó la Iglesia su fiesta.

La misa es en honra de los Santos, y la oracion es la que sigue.

Deus, qui nos annua sanctorum martyrum tuorum Gervasii et Protasii solemnitate lætificas; concede propitius; ut quorum gaudemus meritis, accendamur exemplis:

O Dios, que cada año nos alegras con la festividad de tus santos mártires Gervasio y Protasio: asístenos con tu gracia para que nos inflamen con sus exemplos aquellos

Per Dominum nostrum Jesum Christum...

que tanto nos regocijan con sus merecimientos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es de la primera del apóstol san Pedro, cap. 4.

Charissimi: Communicantes Christi passionibus gaudete, ut et in revelatione gloriæ ejus gaudeatis exultantes. Si exprobramini in nomine Christi, beati eritis: quoniam quod est honoris gloriæ, et virtutis Dei, et qui est ejus Spiritus, super vos requiescit. Nemo autem vestrum patiatur ut homicida, aut fur, aut maledicus, aut alienorum appetitor. Si autem ut christianus non erubescat: glorificet autem Deum in isto nomine, quoniam tempus est ut incipiat judicium á domo Dei. Si autem primum á nobis: quis finis eorum, qui non credunt Dei evangelio? Et si justus vix salvabitur, impius, et peccator ubi parebunt? Itaque et hi, qui patientur secundum voluntatem Dei, fideli Creatori commendent animas suas in benefactis.

Carísimos: Alegráos de participar de los trabajos de Cristo, para que os alegreis tambien y os regocijeis cuando se manifieste su gloria. Si sois tratados ignominiosamente por el nombre de Cristo, sereis dichosos: porque el honor, la gloria, y la virtud de Dios y su espíritu reposa en vosotros. Pero ninguno de vosotros tenga que padecer como homicida, ó ladron, maldiciente, ó asechador de los bienes agenos. Pero si como cristiano, no se avergüence, sino glorifique á Dios por tal nombre. Porque es tiempo de que comience el juicio por la casa de Dios. Y si primero por nosotros ¿cuál será el fin de aquellos que no creen al evangelio de Dios? Y si el justo apenas se salvará, ¿en dónde pararán el impio y el pecador? Por tanto, aquellos que padecen por voluntad de Dios, encomienden sus almas al Criador fiel por medio de buenas obras.

NOTA.

"Escribió san Pedro esta epístola á todos los fieles tan»to judíos como gentiles convertidos á la fe; por eso se lla»ma *católica*; esto es, universal, no habiéndose dirigido á »nacion alguna particular. Escribióla desde Roma, á quien »llaman por metáfora Babilonia; y la escribió en griego, »por ser entonces la lengua mas general. Es su principal »intento confirmar en la fe á los fieles que vivian entre los »gentiles."

REFLEXIONES.

Si el justo apenas se salva, ¿el impío y el pecador en qué pararán? Esta pregunta se ha de hacer á esos libertinos de profesion, á esos hombres casi sin religion, á esos mundanos que solo siguen sus gustos, que solo dan oidos á sus pasiones, y que cada dia se endurecen mas contra los remordimientos de su conciencia. Preguntemos á aquella persona jóven, que solo sabe tomar gusto á las máxîmas del mundo, cuyo corazon y cuyo espíritu, lleno todo de vanos proyectos de fortuna, de frívolas ideas de grandeza, solo suspira por los objetos de su ambicion, y mira con lástima á los que profesan una vida cristiana y arreglada; preguntemos á aquella muger mundana, á esas gentes de las diversiones y de los pasatiempos, ¿cuál ha de ser su suerte? Tienen parientes, tienen amigos que profesan la misma religion, y su vida es muy diferente de la suya. Aquella señora, aquella dama tan indevota y tan esparcida, tiene una hermana en un convento, cuya inocencia se está manteniendo á favor de un continuo exercicio de oracion, de una exâcta observancia, de una rigurosa penitencia; y de ésta dice el Apóstol que apenas se salvará. Esta digna esposa de Jesucristo, esta víctima del divino amor tan inocente, trabaja dia y noche en su salvacion con temor y con temblor, y apenas se salvará, segun el Apóstol; mientras su hermana que es tan poco devota y tan mundana, criada en la maldad, y envejecida en las peligrosas diversiones del mundo, vive con una prodigiosa seguridad de su eterna salvacion. ¡Oh Dios, qué ceguedad tan funesta! ¡qué estado mas digno de temerse!

Los desiertos y los claustros están poblados de santos; y estos santos aún no juzgan segura su inocencia en aquel abrigo. ¡Qué circunspeccion en todos sus sentidos! ¡qué vigilancia sobre todos los movimientos del corazon! ¡qué oracion tan contínua! Temen la tempestad hasta en aquel puerto; desconfian del enemigo hasta en aquel campo fortificado; no dan por asegurada la virtud, ni entre las espinas, ni tras las trincheras de la penitencia; trabajan sin cesar llenos de temor debaxo del saco y del cilicio; tiemblan hasta la muerte en medio de aquella horrorosa

soledad: ¿pues en qué han de parar esas mugeres profanas, esas personas tan indevotas, tan poco cristianas, tan libres y tan licenciosas? ¿en qué han de parar esas almas expuestas á los mayores peligros, sin antídotos y sin preservativos? ¿esos esclavos de sus pasiones, cuya conciencia es un caos, cuya vida es una perpetua cadena de culpas, cuyas costumbres están tan estragadas? En una palabra: *Si el justo apenas se salva, ¿el impío y el pecador en qué pararán?*

El evangelio es del capítulo 6. de san Lucas, y el mismo que el dia I, fólio 9.

MEDITACION.

De la causa y de los efectos de la falsa conciencia.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el orígen de la falsa conciencia es el amor propio, el cual corrompiendo al corazon, da paso al contagio hasta el entendimiento, y á éste le ciega; con cuyos dos asesores, por decirlo así, decide de todo como supremo juez; materias de religion, dudas de moral, casos de conciencia, puntos de fe, todo se resuelve en este tribunal. ¡Qué de errores! ¡qué de descaminos! ¿Y qué hay que admirar de que tantos se precipiten?

Los entendimientos mas cortos, los mas limitados son los mas expuestos á dar en el error, los menos capaces de conocerle, y por consiguiente de corregirle; de aquí nace que la dureza y obstinacion es inseparable de la falsa conciencia. Es indubitable que ningunos son mas faciles á descaminarse que los hombres de poco entendimiento; cuanto mas moderados sean sus alcances, tanto mas seguros y tranquílos vivirán en sus errores; pues no admite disputa que el orgullo es uno de los principios de la falsa conciencia. Llenos de estimacion de sí mismos, soberanamente pagados de todas sus ideas, se juzgan infalibles en cuanto conciben. Tiene gran cuidado el amor propio en fomentar una presuncion tan declarada por sus intereses, tan aprobadora de todo cuan-

to le lisonjea, y esto es lo que produce la obstinacion en la falsa conciencia, y su falsa seguridad.

Siendo la conciencia un juicio secreto que forma el alma aprobando ú reprobando lo que hace, la falsa conciencia siempre introduce en este juicio el voto del corazon, naturalmente inclinado á todo lo que le gusta. Cuando concurren estos dos principios, y prevalece este voto, ¡qué desaciertos se cometen, y en qué ceguedad se vive! Con tal guia, ¡qué errados pasos no se dan! Entonces todo contribuye á amodorrar al pecador en su falsa paz, y en aparente tranquilidad una conciencia engañada, que tiene por tentaciones los justos remordimientos. Es un espejo infiel que disimula y engaña; de donde proviene que rara vez conoce sus descaminos una conciencia errónea, y mas cuando se junta con corta capacidad; y del mismo principio nace aquel capricho y dureza de juicio, en fuerza de la cual se reputa por enemigo y por contrario, todo lo que altera la falsa paz del corazon. ¡Buen Dios! ¿y quién podrá salir de este atolladero?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que á esta falsa, á esta engañosa luz deben sus progresos las falsas devociones, los abusos mas groseros, y hastas las mismas heregías. La falsa conciencia es la que introduxo, ó por lo menos la que toleró y aprobó las ilusiones del entendimiento y del corazon; la que siempre las fomenta y las autoriza. No hay maldad que no se cometa con élla; porque ¿á qué excesos no se arroja un ambicioso cuando hace punto de conciencia de sus mismas engañadas máxîmas? Una conciencia, si os place, corrompida con la ambicion, ¿qué zelos tan malignos no inspira? ¿qué artificios no aconseja? y si es menester ¿de qué trayciones no se vale? Cuando la conciencia va de concierto con la codicia, nada le cuestan las mayores injusticias: no hay usuras que no favorezca; simonías á que no eche la capa; vexaciones, violencias, pleytos injustos, trampas y enredos que no santifique. Pues si la animosidad, si el rencor y el ódio forman la conciencia, dime ¿qué dicterios, qué murmuraciones, qué enconos no autoriza, qué ven-

ganzas no apoya, qué escandalosas divisiones, qué enemistades no fomenta, qué desdenes, qué desprecios, qué sacudimientos no aprueba? Nada detiene á una falsa conciencia; pervertida por una parte, y muy satisfecha de conciencia por ótra, á todo se arroja, y todo lo lleva tras sí. Admirámonos, no pocas veces, de ver algunas personas, al parecer virtuosas, y aun devotas de profesion, que en medio de eso son vengativas, murmuradoras, orgullosas, rebeldes á las decisiones de los mas sabios doctores, y aun á las de la misma Iglesia. Todo es fruto, toda es obra de la falsa conciencia, que prueba y autoriza cuanto lisonjea el amor propio, cuanto se acomoda á la concupiscencia y á la sensualidad. ¿Qué no hicieron los judíos guiados de una falsa conciencia? Crucificaron al Santo de los santos. ¿Qué no hicieron, y qué no hacen todos los dias tantos hereges? Por los artificios de la falsa conciencia tantos pobres hombres, tantos pueblos ignorantes, tantas mugeres presumidas, sin la mas leve tintura de letras, se meten en decidir sobre los puntos mas impenetrables de la religion, juzgan tranquilamente de todo, y escandalosamente se obstinan en no rendirse á las mas santas determinaciones de la Iglesia. A favor de la falsa conciencia se peca osada y tranquilamente, porque no se experimenta inquietud ni turbacion; se peca casi sin esperanza de remedio, porque el grande recurso del pecador es la recta y santa conciencia; la cual condena el pecado al mismo tiempo que le comete: por aquí le llama Dios; pero cuando enmudece esta voz, y cuando está cerrada esta puerta, ¿qué recurso le resta al pecador? La delicadeza de conciencia en los santos, y los mismos escrúpulos de las almas timoratas muestran bien cuánto temian el infeliz estado de la falsa conciencia.

¡Ah Señor, por irritado que esteis, no querais castigar jamás á vuestro pueblo con esta funesta ceguedad! descargad vuestra ira en todo lo demas; pero perdonadnos en este punto. Al contrario, hacednos tan delicados, tan detenidos en lo que toca á vuestros mandamientos; dadnos una conciencia tan timorata, que desconfiemos siempre de nuestras propias luces; un corazon, un espíritu humilde, dócil, rendido, recto; y que vuestra santa ley sea siempre nuestra guia.

JACULATORIAS.

Beati immaculati in via, qui ambulant in lege Domini. Salmo 118.

Bienaventurados los que nunca se desvian del camino de la inocencia, y van siempre adelante por la ley santa de Dios.

Delicta juventutis meæ, et ignorantias meas ne memineris, Domine. Salmo 24.

Olvidad, Señor, mis ilusiones y mis errores, y no os acordeis de los pecados de mi inconsiderada mocedad.

PROPOSITOS.

Mira con horror tan desacertada guia, y nada temas tanto como el engaño y la ilusion en punto de salvacion. Apenas se puede creer que tantas gentes lastimosamente precipitadas en el error, y tantos ótros de una vida por otra parte tan arreglada caigan miserablemente por pura malicia en tantos desórdenes sobre materia de costumbres, y vivan con tanta tranquilidad en costumbres tan desbaratadas y tan visiblemente opuestas á las máxîmas del evangelio. La falsa conciencia es la que hace estos estragos, y la que produce todos estos frutos. ¿Sería posible que unos hombres, por otra parte capaces, rectos, y aun moralmente bien inclinados, dexasen de conocer que estaban fuera del camino de la salvacion, si no les cegase la falsa conciencia, y si esta ceguera no irritase sus pasiones, haciéndolos sordos é insensibles á todas las inspiraciones de la gracia? Debes precaverte contra un mal tan peligroso y tan comun; desconfia siempre de la dureza de juicio en punto de devocion; nunca te aferres en tu dictamen contra el parecer de tus directores, de tus padres y de tus amigos; guárdate bien de que tu capricho sea efecto de la falsa conciencia. Nunca te persuadas á que no hay inconveniente en ir á la comedia y á la ópera; á que puedes sin escrúpulo concurrir á ciertos parages donde corre peligro la inocencia; á que no hay inconveniente,

ni tiene misterio el pasar en el juego los dias y las noches ¿Cuántas veces te parece estás obligado á encolerizarte, á mostrar tu mal humor á toda la familia, executar con poca espera y con no mucha piedad á tus acreedores? Y esa aspereza con que tratas á tus dependientes ¿no será tambien efecto de una falsa conciencia? Si eres eclesiástico ó religioso, no te dispenses con demasiada facilidad en ciertas obligaciones. ¿Y no vives quizá muy errado, pareciéndote que puedes con buena conciencia usar de tus rentas como usas de ellas, y aplicarlas á lo que las aplicas? ¿tendrás motivo para estar muy asegurado de que cumples con la obligacion del oficio divino, rezándole con la indevocion con que le rezas? ¿y te podrán aquietar mucho los frívolos pretextos con que te excúsas de celebrar el santo sacrificio de la misa? Es cierto que una conciencia desembarazada autoriza todos estos defectos; ¿pero te hará por eso menos culpado en cometerlos? Remedia sin dilacion estos desórdenes.

2 Guárdate mucho de buscar muy de propósito directores lisonjeros y laxôs, confesores cómodos, profetas que sólo anuncian lo que halaga al amor propio; todos son muy malas guias. ¿Qué ciego busca por lazarillo á otro ciego? Nunca te fies de jueces que sentencian siempre en favor de tu inclinacion. Expon sencillamente tus dudas á personas sabias, y confórmate sin réplica con sus resoluciones.



DIA VEINTE.

San Silverio, papa y mártir.

Teodato, rey de los godos en Italia, asustado con las conquistas de Belisario, general del exército del emperador Justiniano, obligó al papa san Agapito á que hiciese un viage á Constantinopla para pedir la paz al Emperador. No la pudo conseguir el santo Papa; pero

en aquella corte mostró su zelo y su vigor en defensa de los intereses de la religion, negándose con invencible teson á recibir en su comunion á Antimo, obispo Eutiquiano; y mostrándose inflexîble, aunque le amenazaron con destierro, hasta que en fin, consumido de trabajos y de penitencias, murió el año de 536.

Apenas se supo en Roma su muerte, cuando se juntó el clero para nombrarle sucesor. Era grande protectora de los eutiquianos la emperatriz Teodora, singularmente de Antimo, á quien habia sacado de la silla de Trebisonda para colocarle en la patriarcal de Constantinopla; y resuelta á tener un papa, que fuese de su entera devocion, hizo partir á Roma al diácono Vigilio, y escribió á Belisario que le hiciese nombrar por sucesor de Agapito; pero el rey Teodato, que no queria por pontífice á ninguno que fuese creatura del Emperador, previno á la Emperatriz; y obligó por fuerza al clero de Roma á que eligiese al subdiácono Silverio, natural de la Campaña de Roma, hijo de Hormisdas; que habiendo enviudado, se hizo diácono de la iglesia Romana, y despues fue papa.

Al principio no fue muy canónica la eleccion de Silverio; pero el clero temiendo un cisma, y viendo en él un hombre muy á propósito para llenar la suprema dignidad á que habia sido elevado, enmendó los defectos, y unidos todos los votos confirmó libremente la primera eleccion con unánime consentimiento. Ordenóse, pues, de diácono y de presbítero, y despues fue consagrado obispo el dia 20 de junio del año 536.

Aunque no habia entrado en el sumo pontificado con las mas santas disposiciones, no bien se vió revestido de aquella primera dignidad de la tierra cuando tomó la generosa resolucion de hacerse benemérito de élla. Ante todas cosas lloró delante de Dios los torcidos fines de su pasada ambicion, y dió principio edificando á toda la Iglesia con la pureza de sus costumbres y con toda su conducta. Por su vigilancia contra el error, por su zelo en desterrarle, y por la solicitud pastoral en atender á todas las necesidades de la Iglesia, cuando la heregía, protegida del poder temporal, arrasaba la viña del Señor, fue reputado por uno de los mayores papas.

Llegó Vigilio de Constantinopla con ánimo de apoderarse de la Silla apostólica; pero como encontró ya á Silverio colocado en élla con aplauso y satisfaccion universal, no se atrevió á intentar por entonces alguna novedad; aunque no por eso desistió de su idea, confiando en el poder de Belisario, á quien la Emperatriz habia escrito en su favor. Despues que este General habia restituido la Sicilia á la obediencia del Emperador, y hecho cada dia nuevas conquistas en Italia sobre los godos, les tomó tambien la ciudad de Nápoles, adonde Vigilio le fué á buscar para entregarle las cartas de la Emperatriz; y leídas, le prometió poner en execucion lo que se le encargaba luego que se hiciese dueño de Roma. Tardó poco en poderle servir; porque atemorizado el pueblo romano con el saqueo de Nápoles, echo de sí la guarnicion de los godos, y llamó á Belisario. Inmediatamente volvieron los godos sobre Roma, y la pusieron sitio, que duró un año entero, en que la dieron sesenta y siete asaltos, manteniéndose siempre Belisario encerrado dentro de la ciudad. Y se notó durante el sitio, que los godos, aunque arrianos y bárbaros, no perdieron el respeto á las iglesias de los católicos que estaban extramuros, y ni aun atacaron la ciudad por un parage donde estaban medio arruinadas las murallas; y estaba tambien baxo la proteccion particular de san Pedro. Este respeto que los bárbaros mostraron al Apóstol, fue pernicioso al papa Silverio, porque sus enemigos tomaron de aquí ocasion de calumniarle, acusándole de que mantenia inteligencias secretas con éllos.

Volvió mientras tanto á Constantinopla el diácono Vigilio para informar á la Emperatriz de que ya habia encontrado la Silla apostólica ocupada por una creatura del Rey de los godos, y declarados en su favor todo el clero y todo el pueblo romano; haciendo cuanto pudo para persuadir á la Emperatriz á que le despojase de élla; pero antes de pasar á otra cosa esta sagaz Princesa, quiso sondear el ánimo del nuevo Papa, y probar si le podia reducir á sus intentos, sin llegar á términos de violencia. Escribióle, pues, pidiéndole que restableciese á Antimo en la silla de Constantinopla; que restituyese en las suyas á los demas hereges que su predecesor Aga-

pito habia desposeído de éllas; y que abrogase el santo concilio de Calcedonia; bien resuelta á poner á Vigilio en lugar de Silverio si éste le negaba lo que le pedia. Luego que el sumo Pontífice leyó las cartas conoció muy bien todo el ánimo de la Emperatriz; pero ni las amenazas que le insinuaron de su parte, ni el destierro que preveía, ni el horror de los suplicios que podia temer, fueron bastantes para acobardarle. Respondió, pues, á aquella Princesa con el mayor respeto, pero al mismo tiempo con un teson y con una fortaleza digna de un verdadero sucesor de san Pedro. Representóla, que tanto la deposicion de Antimo eutiquiano, como la de los demas hereges, habia sido no sola legítima, sino necesaria; que restituirlos otra vez á sus sillas, de que tan legítimamente habian sido depuestos, sería volver á llamar los lobos para meterlos en medio de los rebaños; y que en fin, antes perderia la vida que hacer la mas mínima cosa contra el santo concilio de Calcedonia. Irritada la Emperatriz con tan generosa respuesta, escribió prontamente á Belisario, que sin andarse ya en atenciones, ni en respetos con Silverio, arrojase de la Silla apostólica á aquel enemigo mortal de los eutiquianos, y colocase en élla á Vigilio.

Era el General temeroso de Dios, y le llenó este órden de mucho dolor. Causábale horror poner las manos en el ungido del Señor, y temia atraer sobre sí y sobre todo el imperio la indignacion del cielo, si osaba desposeer al Papa; por lo que buscaba varios coloridos para ir eludiendo las órdenes de la corte; pero al fin, temiendo ser desgraciado, se resolvió á obedecer, y solo esperó algun aparente pretexto.

No le fue dificil encontrarle; porque fue acusado el santo Papa de que tenia correspondencia con los godos, y aun se presentaron algunas cartas que supusierou ser suyas. Bien conoció Belisario la falsedad y la calumnia, pero no tuvo espíritu para resistirla. Llamó á san Silverio á su palacio, y sin darle lugar á que se justificase, mandó que le quitasen el palio, que le despojasen de las vestiduras pontificales, y que le echasen á cuestas una cogulla de monge; despues envió á decir al clero, á quien se le habia detenido en las antesalas de palacio,

cuando vino acompañando al santo Papa; que Silverio quedaba ya depuesto, y era monge. Atónitos los circunstantes al oir esta embaxada, cada cual procuró escaparse como pudo, temiendo ser maltratado en una casa donde se trataba tan indignamense á un sumo pontífice.

Pasó mas adelante Belisario. Viendo las lágrimas y los clamores del pueblo, que pedia á gritos á su santo Pastor, temió alguna sedicion, y envió á san Silverio desterrado á Patára, ciudad de Licia en el Asia menor; despues sin perder punto de tiempo hizo elegir en su lugar á Vigilio, sin que el clero se atreviese á oponerse á su voluntad; violencia escandalosa y sacrílego atentado, que llenó de luto á toda la Iglesia, y de llanto á todos los buenos católicos. Solo san Silverio se llenó de verdadero gozo, por verse tan maltratado en defensa de la fe, y de los intereses de la Iglesia, considerando su destierro como premio de su zelo, y de sus apostólicos trabajos, sin que nunca se le hubiese visto mas contento que cuando estaba cargado de tantas persecuciones, y oprimido de miserias. *Dichoso yo*, solía decir, *si puedo purgar los defectos de mi eleccion con las penalidades de mi destierro*; *pero mucho mas dichoso si logro derramar mi sangre por la Iglesia y por la fe.*

Con todo eso no dexó Dios de volver por el santo Pontífice. Apenas llegó á Patára, cuando el obispo de aquella ciudad, altamente condolido de vel al supremo Pastor arrojado de su Silla con tanta injusticia como crueldad, pasó á la corte del Emperador, y le representó enérgicamente la indignidad de un tratamiento tan escandaloso como injusto. Era Justiniano príncipe católico y piadoso, pero mas condescendiente de lo que fuera razon con la Emperatriz, que era eutiquiana. No obstanto, mandó que el Papa fuese restituido á Italia, y que si se le justificase haber sido autor de las cartas al Rey de los godos, que se le atribuían, no se le permitiese residir en Roma, aunque sí en cualquiera otra ciudad de Italia que mejor le pareciese; pero en caso de hallársele inocente, fuese restablecido en su silla. Hizo la Emperatriz cuanto pudo para que no tuviese efecto esta resolucion del Emperador; pero éste se mantuvo firme, y volvió á Italia san Silverio.

Informado Vigilio de su vuelta y protegido siempre con el favor de la Emperatriz, hizo tanto con Belisario, que al fin logró le pusiese en las manos al santo Papa; y apenas le tuvo en su poder, cuando le mandó llevar á una pequeña isla desierta del mar de Toscana, llamada Palmaria, hoy Palmerola. Gimió toda la cristiandad, cuando supo la indignidad con que era tratado el sumo Pontífice, escribiéronle los mas de los obispos, manifestándole la mucha parte que les tocaba en su persecucion; y los de Terracina, Fundi, Termo y Minturno, vecinos al lugar de su destierro, pasaron personalmente á visitarle, y quedaron admirados de su invencible paciencia.

Pero considerándose siempre cabeza de la Iglesia, nunca descuidó de su gobierno. Tan vigilante fue su solicitud pastoral en Palmerola, como lo habia sido en Roma; el mismo fue su zelo contra los abusos; el mismo teson y la misma firmeza contra los artificios de una Emperatriz herege, que solamente le perseguia, porque constantemente se negaba á restituir en la silla de Constantinopla á Antimo, obispo eutiquiano, y porque no queria revocar el santo concilio de Calcedonia. En una de sus respuestas á los obispos que le habian escrito, se gloría de que solo se sustentaba con el pan de lágrimas en aquella tierra de tribulacion, y de que le tasaban el agua que bebia. En fin, consumido el santo Pontífice de miserias, pero colmado de merecimientos, murió en el mismo lugar de su destierro el dia 20 de junio del año 540; manifestando el Señor la santidad de su siervo con milagros que obró en su sepultura. Siempre fue venerado como mártir, y la Iglesia le decretó los honores de tal.

Desde luego se consideró como uno de sus mayores milagros la maravillosa mudanza, ó por mejor decir, la portentosa conversion de Vigilio; porque viéndose legítimo sucesor suyo, por el unánime consentimiento de todo el clero despues de la muerte del Santo, arrepentido sinceramente de su ambicion, mudó tanto de conducta, que fue uno de los mas zelosos defensores de la fe, y verdaderamente un gran papa. Tambien sintió Belisario los efectos de su proteccion; dolióse vivamente de la dureza con que le habia tratado, y para dexar á la posteridad un monumento eterno de su arrepentimien-

to hizo edificar en Roma una iglesia, y mandó poner en el frontis una inscripcion en que declaraba ser aquella obra una pública confesion y satisfaccion de su culpa.

La misa es en honor del Santo y la oracion la siguiente.

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus, et quia pondus propriæ actionis gravat, santi Silverii martyris tui atque pontificis intercessio gloriosa nos protegat: Per Dominum nostrum...

Atended, ó Dios omnipotente, á nuestra flaqueza, y pues nos oprime el peso de nuestros pecados, aliviádnosle por la intercesion del bienaventurado mártir y pontífice Silverio: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es sacada de la del apóstol san Judas.

Charissimi: Memores estote verborum, quæ prædicta sunt ab apostolis Domini nostri Jesu Christi, qui dicebant vobis, quonidm in novissimo tempore venient illusores, secundùm desideria sua ambulantes in impietatibus. Hi sunt, qui segregant semetipsos, animales, Spiritum non habentes. Vos autem, charissimi, super ædificantes vosmetipsos sanctissimæ vestra fidei, in Spiritu sancto orantes, vosmetipsos in dilectione Dei servate, expectantes misericordiam Domini nostri Jesu Christi in vitam æternam.

Carísimos: Acordáos de las palabras que os dixeron ya los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo: los cuales os decian como en el tiempo postrimero vendrán engañadores que caminan segun sus deseos en las impiedades. Estos son aquellos que se separan á sí mismos (de la Iglesia) como animales que no tienen espíritu. Pero vosotros, ó carísimos, edificándoos à vosotros mismos, sobre vuestra fe santísima, orando en el Espíritu santo, conserváos á vosotros mismos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para la vida eterna.

NOTA.

"Sobrevivió san Judas á la mayor parte de los após»toles, y escribió esta carta despues que murieron éstos. »Viene á ser como un compendio de la segunda del após»tol san Pedro; porque se escribió contra los mismos he»reges, que corrompiendo la fe, y negando la necesi»dad de las buenas obras, introducian la disolucion, y »una horrorosa licencia de costumbres. Hablando Orí-

»genes de esta epístola, dice que sus palabras son pocas »pero muy eficaces."

REFLEXIONES.

Acordáos de las cosas que ya os anunciaron los após-toles. Pocos desórdenes, pocos errores hay entre los cristianos, que los apóstoles no tuviesen bien previstos, y contra los cuales no hubiesen gritado para prevenir los ánimos con el contraveneno de sus saludables instrucciones. Pero todas estas precauciones y preservativos no han sido bastantes para que los hereges y los seductores no hiciesen conquistas en todos tiempos. Buen Dios, ¡qué fuerte es la inclinacion del corazon humano al mal! ¡y qué inconstante es su espíritu! Tuvieron gran cuidado los apóstoles, despues de Jesucristo, de prevenirle que en los últimos tiempos vendrian ciertos hombres embusteros, cubiertos con piel de ovejas, y en realidad lobos carniceros, que solo ácudirian á hacer miserables destrozos en el rebaño. No ha habido herege que no afectase un exterior falso y engañoso. Calvino gritaba siempre contra la licencia de las costumbres, y contínuamente estaba predicando reforma. La misma gerigonza usaban los hereges de los primeros siglos; éste es el artificio mas antiguo de los enemigos de la Iglesia para engañar á los simples. Sin esta mascarilla no se puede deslumbrar á la gente; con el nombre de reforma ha hecho siempre su fortuna el error. Pero cotéjese un poco á estos falsos reformadores con el espíritu del evangelio; su fe y su doctrina es echar á rodar el ayuno y la abstinencia, suprimir las buenas obras, desterrar los sacramentos, y todo aquello que en la religion estrecha un poco la libertad. No ha habido herege que no se haya declarado contra la Silla apostólica; esta rendida sumision á la Iglesia sujeta el corazon y el espíritu. Camina siempre de acuerdo el amor propio con el orgullo; y como nunca falta pretexto para sacudir el yugo, la rebelion contra las sagradas leyes establece el imperio de las pasiones. Esto es precisamente á lo que se reducen esas imaginadas reformas. Y si no, díganme ¿cuándo se vió á esos grandes reformadores sólidamente devotos y mortificados? ¿Se ha visto

nunca apagada la fe, mientras se conservan puras las costumbres? Todo engañador camina al gusto de sus pasiones; y en substancia solo por caminar al gusto de éllas se rebela contra la Iglesia. No hay heregía de puro entendimiento; ninguna es puramente especulativa; el entendimiento hace siempre la costa en favor de la voluntad. Si Calvino reprueba las buenas obras, y fixa determinadamente el número de los predestinados, es únicamente para que corra sin freno la concupiscencia. Si se hablara tan claro estaria el lazo muy descubierto, y se haria el veneno muy visible. Es menester echar polvo á los ojos, valerse de engañosos rodeos, de sofismas cabilosos, de prerexto de la religion, para deslumbrar á los simples; pero nunca dura la máscara hasta el fin. Siempre es mucha verdad lo que dice el Apóstol, que todo embustero, en punto de religion, camina al gusto de sus pasiones por los caminos de la iniquidad, manteniéndole en éllos el desvío de los sacramentos, y la desobediencia á la Iglesia. *Son unos hombres* (dice) *que se separan de los ótros*; porque la singularidad es siempre inseparable del orgullo y del espíritu de parcialidad. *No soy como los demas hombres*, decia el fariseo; lo mismo piensa todo herege de su imaginada virtud, teniendo lástima de los que inviolablemente están unidos á la Iglesia. *Hombres de vida animal, destituida de espíritu*, continúa el mismo Apóstol. Carácter verdadero de cuantos se descaminan en materia de fe, por mas que discurran como quisieren, por hábiles que sean en el arte de engañar, por mas ingenio, por mas osadía, por mas obstinacion que tengan, como regularmente la han tenido los hereges en todos los siglos. *No permanece el espíritu de Dios en el hombre que es todo carne*; de donde nace que no se pegan, no mueven las obras de los hereges. Pueden ser sabios, pueden brillar; pero se descaminan. *Amados mios* (concluye el Apóstol), *formando en vuestras personas un edificio que esté fundado en vuestra fe toda santa, y orando por el movimiento del Espíritu santo, conserváos en el amor de Dios, y esperad la misericordia de vuestro Señor Jesucristo para vivir eternamente.* Estas palabras contienen el carácter de la verdadera virtud, y son el puntual retrato de los verdaderos fieles.

El evangelio es del cap. 14. *de san Lucas, y el mismo que el del dia V, fólio* 70.

MEDITACION.

Del camino que nos lleva á Cristo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ninguno va al Padre sino por Cristo, y que para ir á Cristo es menester renunciarse á sí mismo, aborrecerse á sí, llevar su cruz, y no arrastrarla. Este camino que guia á Cristo, parece estrecho, y asusta á muchos, pero al fin no hay ótro. Explicóse muy claramente el Salvador del mundo; *éste es el camino*; los demas senderos son extraviados. Mas para entrar en este camino es preciso arrimar todo lo que embaraza; es muy estrecho, y no admite cargas ni bagages. El mismo Cristo nos declara que para ir en pos de él es menester romper muchos lazos, como son el amor demasiadamente tierno y absoluto á los padres y parientes, y la excesiva pasion por todo lo que se quiere; ninguna cosa está mas claramente intimada, ni mas frecuentemente repetida en el evangelio, que la renunciacion de los propios intereses, y la abnegacion de sí mismo. Es cierto que el amor propio protexta contra un decreto tan decisivo; ¿pero qué caso se debe hacer de sus representaciones? Diez y ocho siglos ha que el espíritu y el corazon humano mancomunados con las pasiones se esfuerzan á apelar de esta sentencia; pero no hay tribunal superior ni aun igual al que la pronunció. Conspiraron contra esta doctrina de Jesucristo todas las heregías; aun aquellas mismas que en la apariencia gritaban mas contra la relaxacion, en el fondo solo tiraban á favorecer á la concupiscencia, y á dexar el amor propio á sus anchuras. ¡Cuántas quejas, á cual mas frívolas, no ha dado el mundo contra esta aparente severidad de Jesucristo! ¡cuántos argumentos, á cual mas falsos y de menos substancia, para eludir la universalidad de esta ley, para imaginar y aun para persuadir á cierta clase de personas que están dispensadas de élla! pero el oráculo es general: *El que no lleva su cruz todos*

los dias, no puede ser mi discípulo. Los grandes, los nobles, los ricos, las señoras, cuantos viven en el mundo, todos son comprendidos en este decreto. Muéstrennos si no que hay otro evangelio y otra doctrina cristiana para éllos. Y si no la hay, ¿quién les dispensa en esta ley? ¿quién los justifica cuando viven de un modo tan contrario al que Cristo nos prescribió? Si las personas que traen una vida regalada, inmortificada, sensual y deliciosa, una vida totalmente mundana, se salváran continuando en élla; se podria decir que se salvaban contra la palabra expresa del mismo Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que cuando dice el Salvador que se debe aborrecer al padre, á la madre, á los hijos, á las hermanas y á los hermanos, no habla de aquel ódio que es efecto de la enemistad. El que nos manda amar á nuestros mayores enemigos, no nos puede mandar que aborrezcamos á nuestros parientes; habla de aquel amor de preferencia, que siempre debemos profesar á Dios, de suerte, que mirando únicamente á agradarle, estemos prontos á sacrificarlo todo, padres, parientes, amigos y nuestra propia vida, antes que ofenderle. Santiago y san Juan dexaron en la barca á su padre por seguir á Cristo; no permitió este Señor que aquel mancebo, á quien llamó á su servicio, le dexase ni aun con el pretexto de ir á dar sepultura á su padre. Segun esta doctrina del Salvador, y por conformarse con élla, todo lo abandonaron los santos, y se despojaron de todo cuanto tenian por seguirle. Cada dia repiten este mismo sacrificio tantas personas religiosas. Gran desgracia es en los que una vez pusieron mano al arado, el mirar atras. Aquellos que hasta dentro de los claustros fomentan en su corazon el excesivo amor á los parientes; aquellas personas religiosas que solo respiran el espíritu de la carne y sangre, ¿cómo observan este precepto? ¿cómo se conforman con esta doctrina? Pues ello sin esta desnudez, y sin esta abstraccion, ninguno puede ser discípulo de Jesucristo. No es menos indispensable la abnegacion de sí mismo; ¿y está hoy muy en uso esta abnegacion? ¡Ah, que cada cual busca su interes! El gran

móvil de todas las acciones es el interes, ni los que parecen mas devotos son siempre los mayores enemigos de sí mismo. Cada uno se busca á sí casi en todas las cosas; y aun los que se lisonjean de que siguen á Cristo, regularmente lo hacen en compañía del amor propio. Pues no nos admiremos ya de que en nuestros tiempos haya en el mundo, y quizá tambien en el estado religioso, tan poca virtud perfecta y verdadera, ni de que sea tan escaso el número de los discípulos de Cristo. Es preciso seguirle en todo, hacerse sordo á las voces de la carne y sangre, aborrecerse á sí mismo, mortificar los sentidos, llevar su cruz. Valga la verdad: ¿estamos bien persuadidos á que seguimos esta doctrina?

Dios mio, ¿cuál es nuestra conducta? Oimos y recibimos como oráculos las palabras de Jesucristo; sabemos que deben ser la regla de nuestras obras; estamos ciertos de que nuestras costumbres son enteramente opuestas á su doctrina; ¡y con todo eso vivimos amodorrados en una fatal seguridad! Conozco, Señor, y advierto, por vuestra misericordia, mis ilusiones y mi error; haced que me aproveche de este conocimiento; y que estando, como estoy, convencido de la verdad y de la santidad de vuestra doctrina, élla sola sea en adelante la regla de mis costumbres.

JACULATORIAS.

Utinam dirigantur viæ meæ ad custodiendas justificationes tuas. Salm. 118.

Haced, Señor, que jamás me desvie del camino de vuestros preceptos.

Domine, ad quem ibimus? verba vitæ æternæ habes. Joann. 6.

¿A quién sino á ti caminarémos, Señor, que tienes palabras de vida eterna?

PROPOSITOS.

Cuando no hay mas que un camino para llegar al término, es locura ponerse á deliberar qué camino se ha de tomar. En nuestra religion no hay mas que una fe y una doctrina; con que tampoco puede haber mas que un moral y un evangelio; y éste es el único camino para ir al

cielo. No puede haber mayor extravagancia que tomar ótro. Desasimiento sincero de los bienes caducos; desprendimiento generoso de la carne y sangre; victoria de las pasiones; ódio santo de sí mismo; este es el único camino que conduce á la salvacion. ¿Pero es éste el que nosotros seguimos? Pues cualquiera ótro nos extravía. *Hay un camino*, dice el Sabio, *que al hombre le parece derecho, y su fin guia á la muerte.* No busques directores anchos y condescendientes; huye de opiniones laxâs. ¿Qué motivo tienes para ir á este confesor mas que al ótro? ¿será acaso porque la estrechez de aquél te incomodaba, y tu amor propio, tu inmortificacion y tu floxedad se entienden mejor con la indulgencia de éste? ¡Qué necedad mas digna de compasion y de risa que buscar de propósito una guia para descaminarse! Exâmina bien los verdaderos motivos de esta eleccion; mira que es negocio de grande importancia para exponerla á contingencias.

2 Busca á Dios; pero mira si verdaderamente buscas á Dios en ese empleo, en ese estudio, en ese negocio, en esas diversiones; si es Dios á quien únicamente buscas en tu ministerio, en los exercicios de tu zelo; no sea que busques tus intereses, tu estimacion, ó que te busques á ti mismo. Estando consagrado á Dios en el estado eclesiástico ó religioso, no sirvas todavía al mundo, no tengas todavía tanto apego á tus parientes. Acuérdate de lo que dice Jesucristo, que en vano te lisonjeas de ser su discípulo, si todavía estás preso de la carne y sangre. No se pase el dia sin que prontamente te reformes sobre todos estos puntos.

DIA VEINTE Y UNO.

San Luis Gonzaga, de la Compañía de Jesus.

San Luis Gonzaga, príncipe de la casa de Mántua, tan ilustre por el desprecio que hizo de las grandezas del

mundo, como por la inocencia de su vida, fue hijo de Ferrante ó Fernando, marques de Castellon, y de Marta de Tana, de las mejores familias de Quiers en el Piamonte. Hallóse ésta tan apurada en el parto de nuestro Santo, que llegaron á deshauciarla los médicos; pero apenas ofreció á la Vírgen el fruto que tenia en sus entrañas, cuando le dió á luz con toda felicidad el dia 9 de marzo de 1568. Bautizáronle de socorro luego que nació, y pocos dias despues se le puso el nombre de Luis por su padrino y deudo muy cercano Guillelmo, duque de Mántua, cabeza de la casa de Gonzaga.

Persuadida la piadosa marquesa de Castellon á que la primera obligacion de una madre es dar á su hijo la mejor educacion, luego que vió á Luis capaz de alguna, tomó de su cuenta el darle élla misma la mas piadosa y la mas cristiana. Desde luego se conoció que no necesitaba de muchas instrucciones la bella índole del niño, cuyo ayre, cuyas inclinaciones, y cuya natural propension á la virtud desde entonces le merecieron el renombre de ángel.

El Marques, soldado de profesion y de genio, observando la viveza de su hijo, se persuadió que se inclinaba á las armas, y á los cinco años de edad le llevó consigo á Casál. Mostraba Luis grande gusto en los exercicios militares, y en esto lisonjeaba mucho el de su padre, pero al niño le hubo de costar cara aquella marcial inclinacion; porque habiendo cargado él mismo una pieza de campaña que estaba en la muralla, y habiéndola dado fuego incautamente, faltó poco para que al retroceder la cureña no le hubiese hecho pedazos la violencia de las ruedas. Ni fue este el único peligro que corrió. Con el trato de los soldados se le pegaron algunas palabras demasiadamente libres; pero apenas fue reprendido por su ayo, cuando las miró con el mayor horror; y aunque las habia dicho sin entender su significado, esta fue la mayor culpa que cometió en toda la vida, llorándola amargamente en toda élla, y haciendo rigurosa penitencia.

Al paso que Luis crecia en edad, iba tambien creciendo en juicio y en virtud. Entregóse tan totalmente á Dios desde la edad de siete años, que asegura el cardenal Be-

larmino era ya su vida perfecta en aquella tierna edad. Tenia ya desde entonces sus devociones arregladas, en cuyo cumplimiento era tan exâcto, que se observó no haber faltado ni una sola vez á éllas aun en tiempo que por espacio de diez y ocho meses le debilitaron unas molestas cuartanas. Enamorado el Marques del juicio y de las grandes prendas de su hijo, no omitió medio alguno de cuantos pudiesen conducir á cultivarlas, y á darle una educacion digna de su nacimiento. Llevóle á la corte del gran duque de Toscana, estrecho amigo suyo; y aunque el ayre de la corte suele ser tan contagioso, singularmente para la juventud, nada alteró la inocencia de nuestro Luis. Hizo en Florencia asombrosos progresos en el camino de la perfeccion; reduciéndose todas sus diversiones á la oracion y al estudio. Desde entonces hizo propósito de no jugar en su vida á juego alguno, y jamás le quebrantó. Creció tanto la fervorosa devocion á la santísima Vírgen, que á los nueve años hizo voto de perpétua castidad. En la observancia de esta virtud era excesiva su delicadeza. Nunca permitió que le vistiese ni le desnudase su ayuda de cámara, y desde aquella edad se impuso la ley de no mirar jamas á la cara á muger alguna.

Desde la corte de Florencia pasó á la del duque de Mántua, su cercano pariente; y en vez de deslumbrarle aquel nuevo teatro del esplendor y de la grandeza de su casa, allí fue donde resolvió dexar al mundo. Sirvióle de pretexto la falta de salud para salir de la corte y restituirse á casa de sus padres. Pasando por élla san Cárlos Borroméo descubrió y admiró los tesoros de gracia y de perfeccion que encerraba el alma del santo Niño; exhortóle á que cuanto antes comulgase por la primera vez; encargóle que despues lo repitiese con frecuencia, y le dió otros muchos consejos espirituales, que el jóven Príncipe tuvo gran cuidado de poner en práctica.

No es facil explicar la tierna devocion y los fervorosos afectos con que aquella inocente alma recibió por la primera vez á Jesucristo; inflamado el semblante, y bañados sus ojos en dulces lágrimas daban testimonio del divino fuego que abrasaba aquel tierno corazon. Por toda su vida fue la devocion al santísimo Sacramento la

mas sobresaliente de todas sus devociones, pasando horas enteras en su presencia al pie de los altares. Aplicábase ya entonces al estudio de las letras; pero éste no debilitaba ni distraia el espíritu interior, que tenia cuidado de fomentar con el rigor de la penitencia. No parece podia subir mas de punto el santo ódio que se tenia á sí mismo, ni que podia juntarse mayor inocencia con mayor austeridad. Ayunaba tres dias á la semana, y muchos á pan y agua. Sus penitencias pudieran acobardar á los religiosos mas austéros. Muchas veces se notaba salpicado de su inocente sangre hasta el techo de su cuarto; no pocas era su cama la desnuda tierra; por no tener cilicios se aplicaba á sus delicadas carnes un cinto cuaxado de estrellitas de espuelas; nunca se arrimaba al fuego, ni aun en el mayor rigor del invierno, y algunas noches se levantaba medio desnudo, pasando así muchas horas en oracion.

Enviáronle á la corte de Felipe II. donde desde luego se hizo admirar su anticipada madurez y su elevada santidad tanto como en todas partes. Parece que el Señor como que se complacia en irle mostrando á varias cortes de la Europa, para convencer con su exemplo que la virtud no está reñida con alguna condicion, y que la inocencia puede y debe acompañarse con todas las edades. Hallándose en España, tomó la resolucion de abrazar el estado religioso. Los grandes exemplos de virtud, de observancia, de desprendimiento del mundo que habia notado en los padres capuchinos y en los barnabitas durante su residencia en Casál, y aquel espíritu de penitencia y de recogimiento interior que admiraba en los carmelitas descalzos le inclinaron algo al principio á entrar en alguna de estas sagradas religiones; pero al fin se resolvió á entrar en la Compañía de Jesus, por cuatro ó cinco razones que él mismo declaró. Primera: Porque siendo mas reciente su instituto, por precision se habia de conservar en su primitivo fervor. Segunda: Por el voto que en él se hace de no admitir dignidades eclesiásticas. Tercera: Porque en él se enseña á la juventud virtud y letras. Cuarta: Porque los jesuitas se dedican por su instituto á la conversion de los hereges y de los gentiles en todas las partes del mundo. A estas cuatro razones aña-

dia otra, y era la particular devocion que habia observado se profesaba á la santísima Vírgen en la Compañía; lo que confesaba no haber contribuido poco á determinarse á esta eleccion. Juntóse á todo esto que un dia de la Asuncion de esta gloriosa Reyna á los cielos, despues de haber comulgado le pareció haber percibido clara y distintamente una voz, articulada por el hermoso simulacro de la soberana Reyna, que con el título *del Buen Consejo* se venera en el colegio imperial de Madrid, que le intimaba entráse en la Compañía. Pero la gran dificultad era conseguir la licencia y el consentimiento de sus padres. No hubo vocacion mas exâminada, ni mejor probada. Pusiéronse en execucion para desviar á Luis de su piadosa resolucion cuantos medios pudo sugerir la reflexîon á su elevado nacimiento; la circunstancia de primogénito, la ternura de los padres y las lágrimas de sus vasallos. Lleváronle de propósito por las cortes de los príncipes de Italia; dispúsose que le hablasen personas constituidas en dignidad para disuadirle de que se hiciese religioso; pero todo fue en vano, hasta que el mismo Marques, su padre, despues de una repulsa demasiadamente seca y desabrida que le dió, encontrándole un dia postrado á los pies de un crucifixo, con unas crueles disciplinas en la mano, bañado en lágrimas y en sangre, para conseguir de Dios lo que los hombres se obstinaban en negarle, atónito y enternecido, no menos que temeroso de resistir mas tiempo á una vocacion tan descubierta, se rindió en fin á los santos deseos de su hijo; aunque quiso que antes de ponerlos en execucion pasase á Milan á terminar algunos negocios de la familia. Mostró en el manejo de éllos su gran capacidad, y faltó poco para que esto mismo no le perjudicase, sirviendo de nuevo embarazo á sus intentos; porque prendado el Marques de la destreza con que habia dado dichoso fin á unas dependencias tan graves como espinosas, no se pudo resolver á dexarle partir, y así le dixo á su vuelta de Milán: *Mucho te engañaste si creiste que yo consentiria en tu determinacion; pensarás en eso cuando tengas veinte y cinco años; y en este supuesto puedes tomar tus medidas.* Sobrecogido Luis al oir una resolucion tan no esperada, se arrojó á los pies del Marques, y con aquella ingenuidad

que siempre le ganaba los corazones de todos, le dixo: *No permita Dios, amado Padre y señor, que yo me aparte jamás de vuestra voluntad; en todo y por todo seréis siempre obedecido. Solo os suplico tengais á bien os represente que Jesucristo me llama á su Compañía; si vos no me permitis entrar en élla, ciertamente os oponeis á la voluntad de Dios.* Hicieron impresion estas palabras en el corazon del Marques: echóle los brazos al cuello, bañóle con sus lágrimas, y teniéndole abrazado por un rato, sin poder articular palabra, al cabo rompió en estas voces: *Hasme abierto, hijo mio, una herida en el corazon, que manará sangre por mucho tiempo; yo te amo, y tú lo mereces; tenia fundadas en ti todas las esperanzas de la familia; pero pues estás tan cierto de que Dios te llama á su Compañía, ya no te detengo; ve, hijo mio, adonde te llama el Señor.* Acabando de decir estas palabras, se retiró el Marques deshaciéndose en amargo llanto. Tampoco dexó de enternecerse un poco nuestro Luis; pero inundado por otra parte de gozo, se postró delante de un crucifixo, y renovó su sacrificio. Partió luego á Mántua, donde hizo la renuncia del marquesado en favor de su hermano Rodulfo con licencia del Emperador, y despedido de sus padres y parientes, se encaminó á Loreto.

En aquella santa capilla corrió, por decirlo así, libremente su devocion y su ternura á la santísima Vírgen, desahogándose el corazon en inflamados afectos y en lágrimas de amor. Allí renovó el voto de castidad despues de haber comulgado; y consagrándose de nuevo á la Madre de Dios, partió para Roma, donde recibida la bendicion del sumo Pontífice, y habiendo visitado á los cardenales, parientes suyos, entró en el noviciado el año de 1585, no habiendo cumplido los diez y ocho de su edad, y habiendo arribado ya á una elevada perfeccion.

Los rápidos y extraordinarios progresos que hizo en aquella escuela de virtud asombraron á los mas perfectos. Desde luego se impuso una inviolable ley de observar con la última exâctitud y puntualidad hasta las mas menudas reglas. No era facil, ni apenas posible, que subiese mas de punto la observancia. Nada tuvieron que hacer los superiores sino moderar su fervor, y poner lí-

mites á los deseos de hacer grandes penitencias. La mayor falta que cometió en los dos años de noviciado fue haber levantado los ojos, y mirado á su hermano que estaba comiendo junto á él en la misma mesa. Ninguno olvidó mas perfectamente que él á su pueblo y á la casa de sus padres. Vino un vasallo suyo á empeñarle en cierto negocio, y le respondió, que como habia dos años que estaba muerto al mundo, ya no tenia en él ni crédito ni poder. El santo ódio y desprecio de sí mismo no podia ser mayor. Cualquiera señal de distincion que se hiciese con él era para Luis una verdadera pesadumbre. Jamás se excusó ni se disculpó, aunque tuviese mil razones para hacerlo; y llegó á tener escrúpulo de que sentia demasiada complacencia en ser reprendido. Era exquisito el gusto que experimentaba en los exercicios mas humildes y mas repugnantes; tanto, que juzgó se debia acusar de lo mucho que habia contentado á su amor propio yendo por las calles de Roma con un vestido vil, y pidiendo limosna.

Del mismo principio nacia aquel perfecto desasimiento de todas las cosas, y aquel espíritu de pobreza que le hizo verdadero discípulo de Jesucristo. Un libro encuadernado con alguna curiosidad, un rosario menos comun, y dos sillas en su aposento eran alhajas que lastimaban su delicadeza; ni jamás fue posible hacerle admitir un mueble de bien poca consideracion que le envió su madre la marquesa, juzgando que tenia mucha necesidad de él; y costó gran trabajo reducirle á que recibiese dos estampas de papel, una de santo Tomas de Aquino, y otra de santa Catalina, por la particular devocion que profesaba á estos Santos. Notábase siempre en él una igualdad y una tranquilidad inalterable; la que singularmente se reconoció en la muerte de su padre, que sucedió poco tiempo despues que entró en la Compañía. Sabíase el tierno amor que le profesaba, y con todo eso apenas mostró otro sentimiento que levantar los ojos y las manos al cielo, y dar gracias á nuestro Señor de que en adelante podria decir sin estorbo y á boca llena: *Padre nuestro, que estás en los cielos.*

Como tenia tan puro el corazon, contínuamente estaba en la presencia de Dios, sin perderle jamás de vis-

ta. Dando cuenta de su conciencia, dixo con ingenuidad, que en el espacio de seis meses solo se habia distraido, á su parecer, como por el tiempo de un *Ave María.* Temiendo el superior que los grandes dolores de cabeza que padeció toda la vida fuesen efecto de una intensa aplicacion á la oracion, le suspendió este exercicio por algun tiempo; pero fue peor el remedio que la enfermedad. *No sé qué hacer*, decia el Santo con gracia, *mándanme que no piense en Dios, porque no me haga daño á la cabeza, y me le hace mucho mayor el trabajo que me cuesta el no pensar.* Casi desde la cuna tuvo un don de oracion muy elevado; siendo Dios su principal y aun su único maestro. Cuando el célebre cardenal Belarmino daba el exercicio á los hermanos estudiantes del colegio, en tocando ciertos preceptos ó reglas de meditacion, solia decir: *Esto lo aprendí de nuestro Luis.*

Tenia tan mortificados todos sus sentidos, que parecia haber casi perdido el uso de éllos. Frecuentaba muchas veces alguna pieza ó algun sitio, y no podia dar señas de él; solo hacia reflexíon á lo que comia, para escoger lo que era mas ingrato al paladar; de manera, que la mortificacion era siempre la salsa de su comida. Era tan detenido en el hablar, que tocaba la raya de escrúpulo su circunspeccion; mas no por eso dexaba de ser muy divertida su conversacion, ni le faltaba una sal muy delicada para sazonarla. Juzgando los superiores que diria bien á su salud el ayre de Nápoles, le enviaron allá para acabar los estudios, cuya aplicacion en nada entibió su fervor. Como era de un ingenio pronto, delicado y perspicaz, sobresalió mucho en éllos; y obligado á defender conclusiones públicas al fin de sus estudios, le persuadia su humildad á que de propósito se mostrase ignorante, y hubo menester toda su docilidad y rendimiento para sujetarse en esto á su director y á su maestro. Mereció en aquella funcion los aplausos de todo el colegio romano, y no tuvo poco que padecer su modestia.

Pocos meses despues que volvió á Roma se suscitó cierta diferencia entre su hermano Rodulfo y el Duque de Mántua sobre la sucesion al señorío de Solferino, con cuya ocasion se vió precisado el padre general á enviar-

le á Castellon. Recibíanle en todas partes como á un ángel venido del cielo, y la Marquesa su madre luego que le vió se sintió movida de cierta especie de veneracion, que sin libertad la hizo poner las rodillas en tierra; tanto fue el respeto, y tan grande el concepto que formó de la santidad de su hijo. Siempre que salia de palacio se encontraba con una multitud de gente, formada en dos alas, que le llenaba de bendiciones y se deshacia en tiernas lágrimas, y cuando se retiraban todos á su casa, decian: *Ya hemos visto al Santo.* No obstante lo irritado que estaba el Duque de Mántua con el Marques de Castellon, y en medio de hallarse los ánimos sobradamente encendidos, apenas los habló este Ángel de paz cuando se compusieron las diferencias; restituyósele al Marques el señorío de Solferino, y quedó mas sólida y estrechamente arraigada que nunca la amistad entre los dos Príncipes. Nunca se vió reconciliacion mas sincera, y desde luego se calificó por uno de los primeros milagros de san Luis.

Ni fue este el único que obró durante su estancia en Mántua y en Castellon. Fueron pocos los señores de las dos córtes que no se moviesen y no se reformasen con la conversacion del jóven Jesuita. Obligóle el rector del colegio de Mántua á que hiciese una plática doméstica á la comunidad; y él la hizo sobre la caridad con tanto fervor y con tanta mocion, que todos quedaron muy edificados. Antes de salir de Castellon pidió la Marquesa á los superiores que obligasen á Luis á que predicase á sus vasallos; hízolo con un prodigioso concurso, y con fruto tan copioso, que al acabarse el sermon se confesaron mas de 700 personas, y se consideraron como otros tantos milagros las muchas conversiones que se siguieron.

No teniendo ya que hacer en Castellon, recibió órden de pasar á Milán para continuar sus estudios; pero luego que llegó se halló con ótra del General, en que se le mandaba restituirse á Roma. Obedecióle con el mayor gusto, y mas habiéndosele dado á entender en la oracion, con no sé qué cierta seguridad, que se acercaba el fin de su vida. Aunque toda élla habia sido una contínua preparacion para la muerte, en este último año redobló

su fervor. Hízose tan tierno y tan encendido su amor á Dios, que solo con oirle nombrar, sensiblemente se alteraba é inflamaba el semblante. Cualquiera rasgo, cualquiera expresion afectuosa que se oyese en la lectura del refectorio bastaba para obligarle á interrumpir la comida, haciendo tal impresion en su pecho, que no la podia contener sin que se explicase en dulces lágrimas por los ojos. Con solo ver una estrella ó una flor crecian sus incendios. Teníase gran cuidado en las conversaciones de evitar ciertas voces algo mas afectuosas y expresivas, por excusarle una alteracion que podia perjudicar gravemente á su salud. Los mismos efectos producia su tierna devocion á la santísima Vírgen; y siempre que comulgaba se quedaba como extáticamente arrebatado.

Afligida por este tiempo toda la Italia con una enfermedad popular, se refugiaron á Roma todos los pobres de las cercanías, y fue aquella ciudad dolorosa teatro de la mas triste miseria. Distinguióse mucho en aquella ocasion la caridad de los padres de la Compañía; porque ademas de su asistencia á todos los hospitales de la ciudad, erigió élla uno á su costa, en el cual el mismo padre General servia á los enfermos. Imitaron este exemplo todos los jesuitas del colegio romano y de la casa profesa; pero se hizo distinguir entre todos el fervor de nuestro Luis. No fue posible moderar su caridad y su zelo; pero aunque se le procuro contener y libertar, destinándole á un hospital, donde solo se recogian los enfermos que estaban fuera de peligro, quiso la divina Providencia que la caridad consumase aquella preciosa víctima. Habíase llevado el contagio á muchos jesuitas, y no perdonó á nuestro Santo. Apenas se sintió tocado, cuando no pudo disimular su alegría, tanto que hizo escrúpulo de élla, y consultó al padre Belarmino si habria alguna culpa en regocijarse tanto con la muerte, ó si en esto se podria esconder algun artificio del amor propio. Como desde luego se descubrió violenta la enfermedad, pidió con instancia se le administrasen los sacramentos, y los recibió con tanta serenidad y con tanta devocion, que sacó las lágrimas á todos los circunstantes. Acordóse entonces de que varias veces le habian dicho que á la hora de la muerte habia de tener escrúpulo de sus excesivas

penitencias, y suplicó al padre Rector asegurase á todos que este punto no le daba el mas mínimo cuidado, y que solo sentia no haber podido conseguir licencia de los superiores para hacer muchas mas. Declinó despues su enfermedad en una calentura éctica, que parece solo le dilató algo mas de vida para que nos dexase mas exemplos de virtud, y para que con los nuevos trabajos acaudalase mayores merecimientos. Oyendo decir que las enfermedades epidémicas que reynaban iban degenerando en peste, pidió licencia al padre General para hacer voto de asistir á los apestados, si Dios le diese salud; y obtenido el permiso, hizo el voto con nuevo fervor.

Los cardenales de la Rovera y Gonzaga, sus parientes, que le visitaban con frecuencia, no acertaban á separarse de él, y salian siempre con el corazon penetrado de dolor, y sensiblemente movido con la devota impresion que hacian en todos sus palabras. No pudiendo disimular el consuelo que sentia su alma de verse morir jesuita, todas las veces que le visitaba el cardenal Gonzaga le repetia las gracias por los buenos oficios que le habia hecho para allanar las dificultades que se oponian á su vocacion. Tenia siempre en la mano un crucifixo, y una imágen de la santísima Vírgen delante de los ojos. Habiendo recibido un expreso de la Marquesa su madre, la escribió despídiéndose de élla en términos tan tiernos y tan fervorosos, que se deshacian en lágrimas cuantos leyeron la carta. Dixéronle despues que los médicos solo le daban ocho dias de vida, y fue tanto su gozo, que rogó á los que se hallaban en su aposento le ayudasen á rezar el *Te Deum* en accion de gracias al Señor por una noticia tan alegre. Vínole á visitar un padre, y luego que le vió, exclamó como transportado: *Marchamos, padre mio, y marchamos con alegría.* Tres dias antes de morir se puso sobre el pecho un crucifixo, y con semblante risueño repetia sin cesar aquellas palabras del Apóstol: *Deseo ser desatado, y estar con Jesucristo.* Aunque no se reconocia novedad alguna en su enfermedad, dixo positivamente con su acostumbrada y natural alegría que aquella noche moriria. Recibió la bendicion apostólica *in articulo mortis*, que le envió su Santidad, y quiso tambien que le volviesen á administrar los sacramentos; despues de los cuales

pidió le leyesen la recomendacion del alma con las últimas oraciones de la Iglesia; cuya postrera funcion enterneció y movió tanto á los circunstantes, que todos se querian recomendar en las del mismo moribundo. En fin, el jueves por la noche 21 de junio de 1591, en que aquel año cayó la octava del Corpus, entregó dulcemente su dichoso espíritu en manos de su Criador, á los 23 años, 3 meses y 11 dias de edad, y á los seis de su entrada en la Compañía.

Cuando se divulgó por Roma que habia muerto san Luis Gonzaga, excitó esta noticia en los ánimos de todos aquellas impresiones de admiracion, de devocion y de respeto que de ordinario suele causar la muerte de los justos. Resonaba en todas partes de la ciudad esta voz general: *Murió el Santo.* Concurrian todos á besarle los pies y las manos, solicitando alguna reliquia suya. Fue tan grande el concurso á su entierro, y tanto el tropel de los que se abalanzaban á besarle los pies, ó á tocar por lo menos el féretro, que fue preciso interrumpir muchas veces el Oficio. En fin, enterróse el santo cuerpo en la iglesia del colegio romano, dedicada á la Anunciacion, y desde luego comenzó Dios á manifestar la santidad de su Siervo por los muchos milagros que obró á su intercesion, haciendo célebre y gloriosa su sepultura. Siete años despues, con aprobacion del sumo Pontífice, fue su santo cuerpo elevado de la tierra; y colocado en una caxa de plomo, se metió en el grueso de la pared de la misma capilla de la Vírgen. Treinta años despues, el de 1621, le beatificó el papa Gregorio XV., permitiendo á los religiosos de la Compañía que rezasen de él el dia 21 de junio, que fue el de su muerte. El de 699 fueron trasladadas con grande solemnidad sus preciosas reliquias á la magnífica capilla de la misma iglesia, que el marques Scipion Lanceloto hizo fabricar en honor del Santo, y es reputada por una de las mas ricas y mas brillantes de Roma. Finalmente, el último dia del año de 1727 el papa Benedicto XIII. le canonizó, y le puso en el catálogo de los santos.

El autor de la vida de santa María Magdalena de Pazzis asegura que el dia 4 de abril del año de 1600, estando la Santa en uno de sus acostumbrados éxtasis, co-

menzó á exclamar de repente con uno como especie de entusiasmo: "¡O qué gloria es la de Luis, hijo de Ignacio! »Nunca la hubiera creido, si no me la hubiera mostrado »el Señor. Paréceme que no he visto en el cielo gloria »igual á la de Luis; digo que Luis es un gran Santo. Te»nemos muchos santos en la Iglesia que no creo esten tan »elevados. Quisiera poder ir por todo el mundo para de»cir que Luis, hijo de Ignacio, es un gran Santo; y qui»siera poder mostrar la gloria de que goza, para que »fuese glorificado el mismo Dios; fue elevado á grado tan »sublime, porque traxo una vida interior. ¿Quién pudie»ra explicar el valor y el precio de la vida interior? No »hay comparacion de la interior á la exterior. Mientras »Luis vivió acá abaxo, siempre tuvo fixos los ojos en el »divino Verbo. Luis fue mártir oculto; porque el que os »conoce, mi Dios, os conoce tan grande y tan amable, »que es un verdadero martirio ver que no os ama tanto »como desea amaros, y que lejos de ser amado de las cria»turas, seais ofendido. Fue tambien mártir, porque él mis»mo se atormentó mucho. ¡O cuánto amó Luis en el mun»do! Por eso goza ahora de Dios en el cielo con una ple»nitud de amor. Cuando estaba en esta vida mortal con»tínuamente lanzaba flechas de amor al corazon del Ver»bo; ahora que está en el cielo vuelven estas flechas há»cia el mismo corazon, y se mantienen clavadas en él por»que los actos de amor y de caridad que hacia entonces »le causan una extremada alegría." Dichas estas palabras enmudeció la Santa por un rato, teniendo fixos los ojos en el cielo, y despues exclamó: "Yo quiero aplicar»me á ayudar á las almas, para que si alguna de las que »ayudare fuere al cielo, ruegue á Dios por mí, como »lo hace Luis por todos aquellos que le hicieron este be»neficio."

La misa es en honra del Santo, y la oracion la siguiente.

Cœlestium donorum distributor, Deus, qui angelico juvene Aloysio miram vitæ innocentiam pari cum pœnitentia sociasti; ejus meritis et intercessione concede, ut innocentem non secuti, pœnitentem imitemur: Per Dominum nostrum...

O Dios, repartidor de los dones celestiales, que juntaste en el angelical mancebo Luis una grande inocencia de alma con una maravillosa mortificacion de su cuerpo; concédenos por su intercesion y por sus merecimientos, que imitemos en la penitencia por nuestras culpas al que no hemos imitado en la inocencia de la vida: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 31. de la Sabiduría, y la misma que el dia XII, fólio 191.

NOTA.

»El libro llamado *el Eclesiástico*, compuesto en he»breo por Jesus, hijo de Sirach, y traducido en griego »por su nieto, se escribió, como lo dice su mismo prólo»go, en el pontificado de Onías III., hácia el año 180 an»tes de la venida de Cristo, y se traduxo en el reynado »de Toloméo Fiscon, rey de Egipto, hácia el año de 128, »antes de la Encarnacion del Señor.

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que no corrió tras el oro, ni esperó en los tesoros del dinero. Hasta la felicidad de esta vida es herencia únicamente de los pobres evangélicos; porque de los ricos que ponen su confianza en sus tesoros nunca se apartan los cuidados, los desasosiegos, los temores, los sustos, las inquietudes y las zozobras. ¡Qué mayor pruba que la avaricia! Ella hace vivir y morir como si se padeciera la mayor necesidad. El avariento parece pobre, y efectivamente lo es; porque ó ya le hurte sus bienes un ladron, ó ya prive el uso de éllos su insaciable pasion, aunque los principios de la pobreza sean diferentes, los efectos siempre son unos mismos. Al avariento no le aprovechan mas sus tesoros, que al pobre su indigencia. *Divites egerunt, et esurierunt* (Psalm. 33.). Se

puede decir, que el avariento tiene el dominio de sus bienes, sin gozar el usufructo. ¡Qué digno de compasion es el que está tiranizado de tan vergonzosa pasion! Parece que hay en eso cierta especie de fascinacion ó de encanto; tan irracional y tan servil es el ciego amor que el avariento profesa á su tesoro, y el furioso apego de su corazon á él. Es menester que la muerte arranque el alma del cuerpo, para que su corazon se desprenda del dinero. ¡Qué vicio tan vergonzoso para un hombre que tenga no mas que un poco de honor! cuanto mas para un cristiano, que por su misma religion está obligado á tener mas apego á los bienes de la tierra, que si no los poseyese: *Tanquam non possidentes*. Pero si, á lo menos, abriese los ojos un avariento, y se hiciese mas racional, considerando el ridículo papel que representa en el mundo, no sería sin remedio su enfermedad; pero enfermos de esta especie pocas esperanzas dan de sanar: *Audiebant omnia hæc pharisæi, qui erant avari, et deridebant* (Luc. 16.). No hay pasion menos dócil; como se cria en la obscuridad, envilece el corazon y abate el espíritu; acostumbrada á ser objeto del desprecio, se la da poco de las risibles escenas que representan. Todas las cosas concurren á hacer infeliz á un avariento; la abundancia irrita mas su pasion; la carestía le sobresalta; la medianía le altera y le pone de mal humor. De todas estas inquietudes libra la pobreza evangélica; élla sola arranca todas las espinas, ó las embota las puntas para que no piquen, igualando y facilitando el terreno. Equivócase mucho el que imagina que turba la tranquilidad, que causa mil inquietudes, y que pone la virtud en terribles pruebas; nunca está el alma mas tranquila, nunca mas contenta, que cuando siente en sí este voluntario y universal desasimiento. Está entonces Dios como obligado á proveernos en todas nuestras necesidades; y haciéndose el sacrificio de todos nuestros bienes, se ponen como á censo, por decirlo así, sobre el mismo Dios, quedando hipotecada su misma omnipotencia; de manera, que todos los bienes que tiene Dios quedan como obligados á los pocos que nosotros le sacrificamos. ¿Con estas condiciones, se podrá ya tener lástima de un pobre de Jesucristo?

El evangelio es del capítulo 22. de san Mateo.

In illo tempore: Respondens Jesus, ait sadducæis: Erratis, nescientes scripturas, neque virtutem Dei. In resurrectione enim neque nubent, neque nubentur: sed erunt sicut angeli Dei in cœlo. De resurrectione autem mortuorum non legistis quod dictum est à Deo dicente vobis, Ego sum Deus Abraham, et Deus Isaac, et Deus Jacob? Non est Deus mortuorum, sed viventium. Et audientes turbæ, mirabantur in doctrina ejus. Pharisæi autem audientes quod silentium imposuisset sadducæis, convenerunt in unum: et interrogavit eum unus ex eis legis doctor, tentans eum: Magister, quod est mandatum magnum in lege? Ait illi Jesus: Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. Hoc est maximum, et primum mandatum. Secundum autem simile est huic: Diliges proximum tuum sicut te ipsum. In his duobus mandatis universa lex pendet, et prophetæ.

En aquel tiempo: Respondiendo Jesus, dixo á los saduceos: Errais no entendiendo las escrituras ni el poder de Dios. Porque en la resurreccion ni los hombres ni las mugeres se casarán, sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo. Y en órden á la resurreccion de los muertos, ¿no habeis leido lo que Dios afirmó, diciéndoos, Yo soy el Dios de Abrahan, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? No es Dios de los muertos, sino de los que viven. Oyendo esto las turbas, admiraban su doctrina. Pero los fariseos sabiendo como habia hecho callar á los saduceos, se juntaron; y uno de éllos, doctor en la ley, le preguntó para tentarle: Maestro, ¿cuál es el grande mandamiento en la ley? Respondióle Jesus: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma y con todo tu espíritu. Este es el mandamiento máxîmo y el primero. El segundo es semejante á éste: Amarás á tu próximo como á ti mismo. De estos dos mandamientos pende toda la ley y los profetas.

MEDITACION.

De la inocencia.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas preciosa que la inocencia; en ningun tiempo la hay mas delicada, en ninguno mas frágil; y se puede añadir, que tampoco la hay mas

rara en nuestros dias. Nada hay que se deba conservar con mayor cuidado y vigilancia, y nada á que se apliquen menos precauciones para conservarse. Tenemos este tesoro en vasos de tierra; es una luz que un leve soplo la apaga; sin élla nos quedamos en tinieblas. La inocencia es la que da lustre y valor á todos los demas talentos. La hermosura y el mérito de la inocencia se ha de conocer por los tristes efectos, y por la fealdad del pecado. ¿Qué es el nacimiento ilustre? ¿qué son las riquezas? Todas las conveniencias del mundo, todas las prendas imaginables del alma y cuerpo nada son sin aquel bello realce: *Nomen habes quod vivas* (decia el Angel del Apocalipsi), *et mortuus es*. Los grandes nombres, los títulos pomposos, las altas dignidades, los empleos elevados, las clases distinguidas; considera todo esto en un atahud, ó en un hombre que ya murió. *Mas vale un perro vivo, que un leon muerto*, dice el Eclesiástico. El alma inocente y pura no como quiera es grata á los ojos de Dios, sino que la quiere, la ama, la admite á que tenga parte en sus gracias y favores; y como la ennoblece la gracia santificante, el precio de la sangre y de los méritos de Jesucristo es verdaderamente estimable, enriqueciéndole aquel mismo fondo que colma de bienes y de alegría á los bienaventurados en la gloria. Si hay alguna cosa que nos pueda acercar de alguna manera á aquel dichoso estado, á aquella edad de oro, y á aquella noble constitucion en que fue criado el primer hombre es la inocencia; las pasiones la respetan; reyna la razon en el alma inocente sin tumultos ni facciones; domina la fe sin nubes; triunfa la religion sin combates, y hasta el infierno la venera, porque está mirando en élla una imágen, un retrato de Dios, que solo borra y desfigura el pecado. Esta es aquel hermoso cíngulo que aprieta los riñones; ésta aquella lámpara encendida con la cual se está esperando tranquilamente al Señor cuando vuelva de las bodas, pronta el alma para abrirle inmediatamente que toque á la puerta, con la cual será siempre bien recibida. ¡Oh buen Dios! ¿dónde hay tesoro mas precioso que el de la inocencia?

PUNTO SEGUNDO.

Considera lo poco que se estima este precioso tesoro, cuando se le arriesga tan sin temor, y se pierde tan sin dolor. ¿Considérase hoy la inocencia como una gala de mucho valor? ¿consérvase con mucho cuidado esta piedra preciosa? Y si alguna vez se pierde, ¿se hacen prontas y exquisitas diligencias para recobrarla? Ah, todos convienen, todos asientan que ninguna corre mas peligro en el mundo que la inocencia. ¿Pero qué se hace para conservarla? ó por mejor decir, ¿qué no se hace para perderla? No se ignora que el mundo está lleno de enemigos de la inocencia; que en él todo es escollos, todo lazos; y en medio de eso á todo se expone el alma sin defensas ni precauciones. Sábese que no hay cosa mas delicada; confiésase que el ayre del mundo es contagioso; ¿pero qué preservativos se aplican contra el contagio? Expónense todos á las concurrencias mundanas; córrese á los espectáculos; ¿pero se vuelve á casa con la inocencia que se sacó de élla? A vista de objetos á cual mas tentadores; en medio de tantos peligros; entre golpes de viento tan furiosos, ¡ninguna caida! ¡ningun tropiezo! ¡ningun naufragio! ¡Ah, Señor, qué ceguedad! ¡qué desdicha! ¡Y luego nos admirarémos de que sea tan rara la inocencia! ¡de que sea tan universal la corrupcion de las costumbres! ¡de que el número de los escogidos sea tan corto! Imitemos á los santos si queremos conservar nuestra inocencia. Por conservar este tesoro sacrificó san Luis Gonzaga su principado y su marquesado con todos los bienes que tenia; por no perder esta piedra preciosa la enterró, por decirlo así, en una humildad tan profunda. ¡Qué austeridad de vida! Este fue el preservativo de que se valió contra el contagio. ¡Qué devocion tan exemplar! ¡qué frecuencia de sacramentos! ¡qué amor de Dios tan encendido! ¡qué devocion á la Vírgen tan tierna como fervorosa! estos fueron los medios que practicó para conservar aquella inocencia que fue como la basa de la eminente santidad á que ascendió. La exâcta puntualidad en el cumplimiento de todas sus obligaciones; la vigilante observancia de las mas menudas reglas eran necesarias para vivir y para

morir como santo. ¡Y serémos nosotros santos, conservarémos nuestra inocencia siguiendo un camino tan opuesto, y procediendo con tan distinta conducta!

¡Dios mio, qué digno de compasion es el que no conoce su infelicidad! ¡pero cuánto mas infeliz será el que está mirando con ojos serenos su misma perdicion! Esta ha sido hasta aquí mi suerte, divino Salvador mio; dignáos de olvidar mis maldades; perdonadme mis pecados; restituidme por vuestra misericordia la preciosa estola de la inocencia, y no permitais que jamás la vuelva á perder.

JACULATORIAS.

Amplius lava me ab iniquitate mea, et á peccato meo munda me. Salm. 50.

Borrad, Señor, mis pecados, restituidme la inocencia, y purificadme cada dia mas y mas.

Cor mundum crea in me, Deus: et spiritum rectum innova in visceribus meis. Salm. 50.

Criad, Señor, en mí un nuevo corazon limpio y puro, y renovad aquel espíritu recto con que caminaba á vos en otro tiempo.

PROPOSITOS.

No hay cosa mas preciosa que la inocencia, pero tampoco la hay mas frágil ni mas delicada. Es un tesoro en vasos de tierra, como dice el Apóstol, una flor que el ayre marchita, un espejo que le empaña un vapor. Nunca fue el mundo abrigo de la inocencia; es su ayre contagioso. Presto desaparece una piedra preciosa que no está bien guardada. Luego se marchita una flor que no se defiende del ayre; dura poco un espejo que anda en manos de todos. Guarda bien este tesoro; ten gran cuidado de que no te le hurten; consérvale con diligencia; tenle bien encerrado. Es decir, vela contínuamente, está siempre alerta contra las sorpresas de los sentidos. La inocencia solo se conserva huyendo las ocasiones, con la oracion y con la vigilancia. Desengañémonos, es presuncion, es locura querer conservar la inocencia en medio del contagio y de los peligros. En el mundo todo es tentacion,

todo lazos; nunca te expongas á él sin preservativos; guarda tus sentidos; por estas ventanas entra la muerte, segun la expresion del Profeta. Huye, huye de la frecuente conversacion con personas de otro sexô. Usa á menudo de las oraciones jaculatorias, porque éstas sirven de contraveneno en el ambiente mal sano.

2 De cualquiera condicion y de cualquiera edad que seas, te es indispensablemente necesaria la mortificacion si has de conservar la inocencia. Sin esta sal se puede decir que se corrompe el corazon. Todos los santos practicaron el ayuno, y es indispensable á todos los fieles. La primera y la mas necesaria mortificacion de todas son los ayunos que prescribe la Iglesia; nunca te dispenses en éllos sino con clara necesidad. El ayunar los sábados en honor de la santísima Vírgen es una devocion muy saludable, y muy propia para conservar la inocencia. Consulta con tu director las mortificaciones que puedes hacer; y ninguna penitencia considerable hagas sin su consejo. No dexes pasar dia alguno sin alguna mortificacion corporal.

DIA VEINTE Y DOS.

San Paulino, obispo.

San Paulino, objeto de la admiracion y de la veneracion de los mayores hombres de su siglo, tan célebre en toda la Iglesia, como dice el martirologio romano, no solo por su grande erudicion, por su eminente virtud y por su insigne caridad, sino tambien por el gran poder que tuvo contra los demonios, fue hijo de Poncio Paulino, prefecto del pretorio que habia sido en las Gáulas, contando gran número de senadores en su familia, tanto por la línea paterna como por la materna. Nació el año de 353 en Burdeos, ó como quieren ótros, en una aldea, que Ausonio llamaba Hebromage, á cuatro leguas de aquella ciu-

dad. Criáronle sus padres con todo el cuidado que pedia su ilustre nacimiento; bien que dexaron poco que hacer á la educacion las nobles prendas de cuerpo, de corazon y de entendimiento con que habia nacido. Hacian sus padres profesion de la religion cristiana, y le educaron en los principios de élla. Fue su preceptor Ausonio, uno de los mayores hombres de su tiempo en la poesía y en la elocuencia. Hizo el discípulo tantos progresos en las letras humanas, que á poco tiempo pareció mas hábil, y fue mas estimado que su mismo maestro. San Gerónimo confiesa ingénuamente que no conocia hombre mas elocuente que Paulino. La pureza de su estilo, la delicadeza y la brillantez de sus pensamientos, la extension de sus noticias, el ayre y la facilidad en explicarse, el fuego de su imaginacion, la fuerza y la suavidad de su elocuencia, junto todo á los inmensos bienes de fortuna de que se halló presto heredero, hicieron célebre en el mundo el nombre de Paulino.

Pero mucho mas se dió á estimar por la pureza de sus costumbres. Amaba naturalmente la gloria, y como no era mas que catecúmeno, era tambien muy superficial el gusto que tomaba á la doctrina de Jesucristo. Casóse con una doncella de nacimiento española, noble y rica, pero mucho mas virtuosa; la que contribuyó no poco á inspirarle máxîmas mas cristianas. A los veinte y cinco años fue creado cónsul de Roma, y poco despues prefecto de la ciudad; dignidades que fomentaban su ambicion, pero sin estragar sus costumbres. Así por los negocios públicos que le encomendaron, como por los domésticos y de familia que se le ofrecieron, se vió precisado en quince años á hacer muchos viages por Italia, Francia y España, y en éllos conoció en Milan á san Ambrosio y á san Agustin, en Tours á san Martin, en Ruan á san Victricio, y en Burdeos á san Delfin, que habiéndole instruido fundamentalmente en los misterios de la religion, le persuadió y le reduxo á que recibiese el bautismo.

Ilustrado con las nuevas luces de la gracia que recibió en el sacramento, descubrió Paulino la falsa brillantez de todo lo que tanto deslumbraba los ojos de los mundanos. Añadióse á esto que las mudanzas sucedidas en el imperio se comunicaron tambien á su fortuna; y juntán-

dose á estos contratiempos las muchas enfermedades que padeció, contribuyeron no poco á desprender su corazon de los bienes caducos de esta vida, y á que suspirase únicamente por los eternos. Al disgusto de las grandezas humanas se siguió el tedio al tumulto y al bullicio. Retiróse á una casa de campo, donde se entregó enteramente al servicio de Dios, santificando aquel retiro con la oracion y el ayuno. Pero como le interrumpiesen las frecuentes visitas de sus amigos, tomó la resolucion de escaparse á España, adonde le siguió su muger Terasia, no obstante hallarse muy adelantada en su preñado; porque habiendo tenido tanta parte en sus santas resoluciones, quiso ser fiel compañera suya en la penitencia. A poco tiempo despues que llegaron á España parió Terasia un niño que vivió solo ocho dias; y privado Paulino de este únicó fruto de su matrimonio, resolvió vivir en adelante con su muger en perpétua continencia, como hermano con hermana, y de comun consentimiento se obligaron á ello con voto los dos, dedicándose á una vida perfecta.

Volvió á Italia para visitar el sepulcro de san Felix mártir, presbítero de Nola, á quien profesaba particular devocion, y en aquella ciudad tomó la resolucion de dexar enteramente el mundo. Despidióse del senado romano, en cuya presencia renunció solemnemente la dignidad de senador; hizo lo mismo con toda su ilustre parentela; vendió todas sus posesiones y bienes, que eran muy cuantiosos, y repartió el precio entre los pobres. Lo mismo hizo Terasia con todos los que habia traido al matrimonio, que tambien eran muchos, reservando de su dote no mas que lo preciso para las necesidades indispensables. Asombró y edificó á toda la Iglesia tan generoso como universal despojo. Ansioso ya únicamente de vivir desconocido, escogió para esto la ciudad de Barcelona. Vistióse un hábito pobre, entabló una vida obscura, dexóse ver con un ayre humilde, penitente y mortificado; pero todo sirvió para dar nuevo lustre á su virtud, y mayor veneracion á su persona. Era su ánimo volverse á Nola, y pasar sus dias junto al sepulcro de san Felix, encerrándose en una celdilla cerca de la iglesia, para hacer oficio de portero, cuando, á pesar de su humildad,

fue elevado al sacerdocio, por un suceso verdaderamente singular. Hallábase en la iglesia el dia de Navidad, absorto en la contemplacion de aquel tierno y sagrado misterio, cuando el clero y el pueblo, movidos de una repentina inspiracion, levantaron el grito, y todos á una voz pidieron que Paulino fuese elevado á los sagrados órdenes, y que se le hiciese presbítero. En vano desplegó las velas de su elocuencia abogando en favor de su humildad; no fueron oidas sus razones; y el obispo Lámpio le confirió los sagrados órdenes, no haciendo caso de su humilde resistencia.

Creció el fervor con la santidad del carácter; y conociendo bien la pureza de costumbres y la santidad de vida con que debia llegarse á las sagradas aras, aplicó todo su estudio á purificar el corazon con las mayores penitencias, y á desviarle de los riesgos en la seguridad del retiro. Sobresaltado con la singular veneracion que todos le profesaban en Barcelona, pensó sériamente en huir de élla, buscando asilo mas seguro á su profunda humildad. Y como su devocion le llamaba siempre á Nola, se volvió á Italia; y entrando en Roma, noticioso el pueblo de su venida, se conmovió todo, y concurrió de tropel á verle. Apenas podian conocer al antiguo senador y cónsul entre el humilde trage de monge. Todo el estado eclesiástico, secular y regular le rindió grandes honores. Solo el papa Siricio, que aún no confiaba mucho de aquella virtud tan tierna y tan visoña, juzgó que convenia recibirle con aparente frialdad y con exterior indiferencia. Léjos de ofender esto á Paulino, hizo mas aprecio de la sequedad del Papa, que de cuantos honores y aclamaciones le habian tributado. Cumplió con sus devociones; visitó los sepulcros de los santos mártires, y encaminóse á Nola, donde desde luego comenzó á practicar el retiro porque tanto habia suspirado. Concurrieron á él muchas personas de distincion, convertidas con su exemplo; y poniéndose debaxo de su direccion, se formó presto una especie de comunidad religiosa, en que se vivia con la mas exâcta observancia. Era contínuo y muy riguroso el ayuno, reviviendo en aquel nuevo desierto, por exemplo de san Paulino, todas las virtudes de los antiguos anacoretas; solo se comia un pan grosero con algunas legum-

bres, y no se bebia mas que agua. Aquel antiguo senador, aquel cónsul de Roma, aquel hombre tan enfermo y tan delicado se dexaba ver cubierto de un áspero cilicio, debaxo de una túnica de pieles de cabra, ceñida con una cuerda, siendo siempre el primero en todos los exercicios mas viles y mas penosos.

Pero con ser tan pura y tan penitente su vida, no estaba exênta de las tentaciones del enemigo de nuestra salvacion. Por largo tiempo fue exercitado con las mas violentas, siendo el combate dilatado y cruel; pero el Señor le sacó victorioso. Fueron sus armas la humildad, huir de las ocasiones, la oracion y la penitencia. Sirvióle siempre de gran socorro su tierna devocion á la santísima Vírgen; y en virtud de la mucha que profesaba á san Felix mártir, por mucho tiempo le componia cada año un poema el dia de su fiesta. Todos los años iba tambien una vez á Roma á renovar sus votos delante del sepulcro de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo; y en fin, no omitia medio alguno de cuantos juzgaba oportunos para aumentar su devocion y su fervor.

Extendióse luego su fama por todo el orbe cristiano, y apenas hubo siervo de Dios en aquel tiempo que no solicitase tener por lo menos correspondencia de cartas con el santo presbítero Paulino. Dos veces vino á Nola por verle desde las riberas del Danubio san Nicetas, obispo de Dacas. No solicitaron con menos ánsia su amistad los mayores obispos de Italia, de las Gáulas, de la África y de la Iliria; y el papa san Anastasio en todas las ocasiones le dió las mayores pruebas de su estimacion y de su benevolencia. San Martin le proponia á sus discípulos por modelo de la perfeccion evangélica, y san Ambrosio hizo un magnífico elogio de su desprendimiento y de su generosidad. Recomendándole san Agustin á un discípulo suyo, le dice que le envia á su escuela para que le enseñe á ser perfecto; y san Gerónimo le escribe que no es tan tranquila su soledad de Belen, como su desierto de Campánia.

Hallábase Paulino en este alto concepto de santidad, cuando vacó la silla episcopal de Nola por la muerte del obispo Paulo; y hubo bien poco en que deliberar, porque de unánime consentimiento fue aclamado para ocu-

parla; y á pesar de los esfuerzos que hizo para resistir á una dignidad de que se consideraba tan indigno, fue consagrado obispo hácia el fin del año 409, con aplauso universal de todos los fieles. Experimentó presto el rebaño los efectos de la vigilancia y de la eminente virtud del santo Pastor, conociéndose muy luego lo mucho que puede un prelado santo. Proveyó su solicitud pastoral á todas las necesidades de los menesterosos; hízose todo á todos por ganarlos á todos para Jesucristo; con su afabilidad, con su dulzura y con su caridad ganó primero los corazones, y despues fácilmente los convirtió, viendo de repente mudado el semblante de toda la diócesi.

No tenia un año de obispo, cuando los godos, conducidos de Alarico, despues de haber tomado y saqueado á Roma, se extendieron por la provicia de Campánia para talarla y arrasarla. Trataron á Nola como á Roma; pero respetaron la virtud de Paulino. Registraron toda su casa, aunque veneraron su piedad, y muchas veces le oyeron hacer á Dios esta oracion: *No permitais, Señor, que yo sea atormentado por la plata ni por el oro; pues bien sabeis que he puesto todos mis bienes en manos de los pobres.* Disipada la tempestad con la muerte de Alarico, en poco tiempo hizo olvidar la caridad de nuestro Santo todas las miserias que habian causado los bárbaros.

El cisma del anti-papa Eulalio turbó la eleccion del papa san Bonifacio; y habiéndose convocado un concilio en Ravena para restituir la paz á la Iglesia, rogó el emperador Honorio á san Paulino que asistiese á él; y como le hubiese asaltado una enfermedad que no se lo permitia, quiso el Emperador que se difiriese el concilio hasta que se recobrase el santo Obispo. Sola su presencia disipó las facciones, y su voto era el oráculo que decidia.

No contento san Agustin con mantener correspondencia por cartas con san Paulino, le dedicó el libro que intituló: *Del cuidado de los muertos*; por haberle compuesto con ocasion de la pregunta que le hizo el mismo Paulino sobre si podia ser de algun provecho el mandarse enterrar al pie de algun determinado altar, ó en tal iglesia dedicada á tal Santo.

Gobernaba pacíficamente el santo Obispo su rebaño con una prudencia, ccn un zelo y con una caridad que le hacian verdaderamente feliz, cuando descargó sobre toda la Italia otra nueva tempestad. Excitada la codicia de los wándalos con el exemplo de los godos, y por la facilidad con que la habian arrasado, sacando inmensos tesoros de élla, quisieron tambien aprovecharse de la ocasion, y entraron á talarla, comenzando por Campánia. En tan grande y general desolacion fue el único recurso la caridad de san Paulino. No contento con visitar, exhortar y consolar á todos, vendió cuanto le habia quedado para socorrer á los miserables. En esta ocasion, dice san Gregorio, dió san Paulino á todo el universo el exemplo de la mas generosa y mas perfecta caridad cristiana. Echóse á sus pies una pobre viuda, toda afligida y desolada, suplicándole la diese con que rescatar á un único hijo que tenia, y se le habia llevado por esclavo el Rey de los wándalos. Hallábase el Santo sin un maravedí, é imposibilitado de consolar á aquella afligida muger; pero su ardiente caridad le sugirió el medio mas extraordinario para socorrer tan urgente necesidad: *Hija*, respondió el Santo á la triste viuda, *no tengo otra cosa que darte sino mi persona*; *desde luego me declaro por esclavo tuyo*, *y consiento en que me cangees por tu hijo*; *esto es en lo que te puedo servir*. Cortóse y sorprendióse la buena muger al oir tan extraña proposicion; pero volviendo luego sobre sí, y pareciéndola que al Obispo no le podian faltar medios para recobrar presto su libertad, estimulada del natural y tierno amor á su único hijo, aceptó el partido, y presentó su nuevo esclavo para el cange. Al principio reparó el Bárbaro en la edad; pero preguntando al Santo qué oficio sabia, y respondiéndole que el de jardinero, luego consintió en el trueque. Luego que llegó á África se aplicó á cultivar los jardines de su amo; y echando Dios la bendicion á su trabajo, se grangeó toda la estimacion de aquél, quien conoció á breves dias los extraordinarios talentos de su jardinero. Fue luego reconocido el santo Obispo por los otros esclavos, y no se hablaba de otra cosa en toda la África que de la excesiva caridad del santo Prelado. Habiendo pronosticado á su amo la muerte del Rey su suegro, todos le mira-

ban ya como á un hombre milagroso. En fin, el Príncipe le dió libertad; entrególe todos los esclavos italianos, y le volvió á enviar á su obispado colmado de beneficios.

Fácilmente se puede discurrir el gozo con que sería recibido. No hubo triunfo mas glorioso que la entrada de Paulino en la ciudad de Nola. Pero sobrevivió poco á su gloriosa vuelta, porque así los trabajos del cautiverio, como las apostólicas fatigas del obispado y sus contínuas penitencias habian estragado mucho su preciosa salud. Sintióse acometido de un violento dolor de costado, que no cedió á los mas eficaces remedios. Visitáronle tres dias antes de su muerte dos obispos vecinos suyos Simaco y Acindino; mostró mucho consuelo con su venida; mandó poner un altar en su mismo cuarto, y asistido de los dos prelados celebró el santo sacrificio, y reconcilió con la Iglesia á los que habia separado de su comunion. Pasó los dos dias siguientes con una serenidad de espíritu y con una paciencia admirable; solo abria la boca para bendecir á Dios, para darle gracias por los beneficios recibidos, y para exhortar á la virtud á todos los que le visitaban. Díxole el presbítero Postumino que todavía se debia algun dinero á los mercaderes que habian prestado el paño para vestir á los pobres; á que respondió sonriéndose: *Ya no tengo un cuarto*; *pero la divina Providencia no me dexará morir con trampas*; y un instante despues le entregaron un bolsillo que le enviaban un obispo de Lucania y cierto caballero, con lo que bastaba para satisfacer á todos sus acreedores. Rezó despues todo el oficio divino con los eclesiásticos que le acompañaban; y acabado, se quedó como en oracion, en la que se le oia derramar su corazon delante de Dios con sensible devocion. Algunos momentos antes de espirar tembló el cuarto, y se estremeció la cama, y un instante despues entregó el alma á su Criador, el dia 22 de junio de 431, á los 74 años de su edad. Todos le lloraron igualmente; hasta los judíos y los gentiles mostraron públicamente su dolor. Fue enterrado en la iglesia que habia hecho edificar en honor de san Felix, á quien siempre habia profesado muy particular devocion. Andando el tiempo fue trasladado á Roma, y colocado en la iglesia de

san Bartolomé, adonde acude el pueblo de tropel á venerarle, movido de los muchos milagros que obra el Señor por su intercesion. En sus epstolas y en sus poesías, cuya conservacion debemos al cuidado de su grande amigo san Amante, obispo de Burdeos, se admira aun el dia de hoy aquella elevacion de pensamientos, aquella elegancia de estilo, y aquella devota mocion que en parte formaban el carácter de este gran Santo.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Paulini, confessoris tui atque pontificis veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem: Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente; que la venerable festividad de tu confesor y pontífice san Paulino aumente en nosotros la devocion y el deseo de nuestra salvacion eterna: Por nuestro Señor...

La epístola es del apóstol san Pablo en el capítulo 8. de la segunda á los corintios.

Fratres: Scitis gratiam Domini nostri Jesu Christi, quoniam propter vos egenus factus est, cum esset dives, ut illius inopia vos divites essetis. Et consilium in hoc do: hoc enim vobis utile est, qui non solum facere, sed et velle cœpistis ab anno priore: nunc vero et facto perficite: ut quemadmodum promptus est animus voluntatis, ita sit et perficiendi ex eo quod habetis. Si enim voluntas prompta est, secundum id, quod habet, accepta est, non secundum id quod non habet. Non enim ut aliis sit remissio; vobis autem tribulatio, sed ex æqualitate. In præsenti tempore vestra abundantia illorum

Hermanos: Sabeis la liberalidad de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico se hizo pobre por vosotros, para que con su pobreza fuéseis vosotros ricos. Y en esto os doy consejo; porque esto es útil á vosotros, que desde el año pasado comenzásteis, no solamente á hacerlo, sino tambien á quererlo. Ahora, pues, perfeccionadlo con la obra; para que así como está pronto el ánimo á querer, de la misma manera lo esté para executar segun vuestras fuerzas. Porque si la voluntad está pronta, es acepta segun aquello que uno tiene; no segun aquello que no tiene. No, pues, para que otros vivan con comodidad, y vosotros con tribulacion; sino para que haya igualdad.

inopiam suppleat: ut et illorum abundantia vestræ inopiæ sit supplementum, ut fiat æqualitas, sicut scriptum est: Qui multum, non abundavit: et qui modicum non minoravit.

Al presente vuestra abundancia supla la indigencia de éllos, para que tambien su abundancia supla á vuestra pobreza; para que haya igualdad, segun está escrito: el que tuvo mucho no (tuvo) supérfluo; y el que (tuvo) poco no careció de lo necesario.

NOTA.

»No perdonando el Apóstol á medio alguno para mo»ver la caridad de los fieles á que socorriesen con sus li»mosnas á los pobres en la necesidad que padecian, ex»horta vivamente á los de Corinto á esta piadosa libera»lidad, trayéndolos á la memoria los motivos mas fuer»tes para excitar en éllos la caridad, cuyos efectos él »mismo habia experimentado. Escribió esta epístola en »Macedonia, y la envió por Tito y por san Lucas á los »fieles de Corinto el año 57 de Jesucristo.

REFLEXIONES.

Ya sabeis la misericordia que usó Jesucristo nuestro Señor, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros os hiciéseis ricos por su pobreza. ¿Conócese bien esta insigne, esta inmensa, esta incomprensible misericordia que usó Jesucristo con nosotros? ¿conócese su grandeza, su excelencia y su valor? A fuerza de oir hablar desde la infancia del misterio inefable de la Encarnacion, de la vida y muerte de Jesucristo se acostumbran los oidos á estas voces; sin que hagan fuerza al corazon, porque no se pára la consideracion en lo que significan. Un Dios que se hace hombre sin dexar de ser Dios; un Dios que se abate á la humilde condicion de los hombres para hacerse semejante á éllos, ¿pudo valerse de medio mas sensible para obligarlos á amarle? Un Dios que se sujetó á experimentar todas nuestras enfermedades y miserias, salvo el pecado, para compadecerse de éllas, y por parecerse á nosotros; un Dios, soberano dueño del universo, que se hizo pobre por nosotros, á fin de que por su pobreza fuese la nuestra un perenne manantial de

bienes, y mediante su gracia nos adquiriese una felicidad eterna; todo únicamente para demostrarnos, para hacernos ver lo mucho que nos ama. Sabemos todo esto; ¡y con todo eso no amamos á Jesucristo! ¿Qué pruebas damos de nuestra fe? ¿qué provecho sacamos de este conocimiento? Si un amigo vendiera todos sus bienes por satisfacer las deudas de otro amigo, ¡qué agradecimiento corresponderia á una amistad tan generosa, de que hay bien pocos exemplos! Que un san Paulino se entregase á sí mismo por esclavo para rescatar una oveja suya, fue un exceso de caridad que está llenando de admiracion á todo el mundo, y todavía se hace casi increible. ¿Qué sería, dice san Bernardo, si el hijo único de un poderoso monarca se quisiese entregar á la muerte por librar de élla á uno de sus vasallos? Este exceso de amor asombraria á todos; el mismo pasmo embargaria la voz á todos los espíritus. ¿Pero sería menor el pasmo, menor el asombro, menor la indignacion, si el ingrato vasallo no mostrase mas que un frio, un ligero reconocimiento á tan insigne bienhechor? ¿si fuese menester amenazarle con los mas terribles tormentos, y con la muerte misma, para obligarle á respetar al príncipe, de quien habia recibido tan inestimable beneficio? Ah, Señor, ¿y no hay sobrada razon para decir á la mayor parte de los cristianos: *Tu es ille vir*? Hizo Jesucristo por nosotros mucho mas de lo que podíamos imaginar; ¿y acaso por eso es honrado, es servido y es amado? ¡Oh y cuántos asuntos nos dan para grandes reflexîones nuestra conducta, nuestras máxîmas y nuestras costumbres, cuando las careamos con aquello mismo que creemos!

Bien sabes tú cuánta fue la bondad de nuestro Señor Jesucristo; no es menester que yo me valga de grandes discursos para obligarte á amar á tus hermanos, cuando te debe bastar y servir de ley el exemplo de Jesucristo. Este Señor, que siendo rico segun la naturaleza divina que estaba en él, y que por élla era no solo soberanamente feliz, sino la misma felicidad esencial, dueño y árbitro de todo el universo, se hizo pobre por su encarnacion, para que tú te hicieses rico por su pobreza; esto es, para adquirirte los tesoros de la gracia, de la justicia y de la vida eterna. Esta misericordia de Jesucristo debiera,

sin duda, excitar nuestra caridad. Nunca empobrece á los ricos la limosna que hacen á los pobres; antes al contrario, si quieres asegurar por dilatados siglos las floridísimas herencias; si quieres como eternizar las alegres prosperidades; si quieres poner las mas brillantes fortunas á cubierto de los reveses y de los contratiempos, derrama la limosna á manos llenas, y no solo estarán seguros tus bienes, sino que visiblemente se multiplicarán entre las manos de los pobres. Siempre se da á usura lo que se da á Dios: *Fæneratur Domino qui miseretur pauperis, et vicissitudinem suam reddet ei.* El que da limosna á los pobres, presta á Dios con interes, recibiendo con ganancias lo que le prestó.

El evangelio es del capítulo 12. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis, et date eleēmosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in cœlis: quo fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reyno. Vended lo que teneis, y dad limosna. Hacéos bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

De la misericordia con los pobres.

PUNTO RIMERO.

Considera que la misericordia es una tierna compasion del alma á vista de las miserias y de las necesidades agenas, con un vivo deseo de remediarlas. Un corazon duro es señal de alma negra y maligna. Es la compasion una virtud connatural al hombre; apenas hay

bárbaro que pueda mirar á sangre fria las lágrimas y el desconsuelo de ótros; ninguna cosa hace mas semejantes los hombres á las fieras que la inhumanidad, y ninguna es mas propia de un verdadero cristiano que la misericordia. Con mucha frecuencia nos la inculcó Jesucristo, haciendo de élla como un mandamiento ó precepto suyo muy particular, queriendo que las obras de misericordia fuesen como las únicas condiciones, ó los precisos títulos, por los cuales se nos habia de conferir el reyno de los cielos. Quiere que la caridad que tiene Dios con los hombres sea, por decirlo así, la medida de la que nosotros debemos tener con nuestros hermanos: *Sed misericordiosos, como lo es vuestro Padre celestial.* ¿A cuánta bondad, á cuánta compasion, á cuánta liberalidad nos obliga este precepto? Pero en medio de eso, ¡cuáles son sus efectos!

En vano nos dice el Salvador que él mismo es el que nos pide limosna, que á él mismo se la damos: *mihi fecistis*: tiénese por una figura retórica, que se lee ó se oye con admiracion. ¿Créese por ventura que se da al mismo Jesucristo la limosna que se hace? ¿créese que Jesucristo es el que gime en los calabozos, donde todo le falta? ¿créese que es el que desfallece en los hospitales, el que se muere de hambre y de miserias en las casas particulares, mientras tú engordas entre la abundancia, y mientras los regalos, la profanidad y los excesos te acortan los dias de la vida? ¿juzgas que fue efecto de la casualidad ó de la industria el que los bienes se hayan como desatado sobre tu casa y tu familia? Aquel Dios que todo lo dispone con infinita sabiduría te hizo rico para que fueses padre, tutor y curador de los pobres. Como tengas cuidado de alimentar á éstos, que puso Dios á tu cargo, consiente el mismo Señor que tú te pagues el primero; mas con la precisa condicion de que has de proveer las necesidades de los pobres. No los olvidó en la distribucion, ni en la economía de su providencia. Dióte Dios esos bienes con la indispensable obligacion y carga de cuidar de los infelices. ¿Pero se cumple el dia de hoy con esta obligacion indispensable? ¡O buen Dios, cuántos ricos se condenan por no haber socorrido á los pobres!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la misericordia con los pobres no solo es prenda que asegura los bienes de la otra vida, sino fuente inagotable de las prosperidades de ésta. ¡Cosa extraña! Cada dia se estan arruinando las casas, consumiéndose las mas floridas rentas, y haciéndose los mas locos, los mas supérfluos gastos por el deseo de gloria, de sobresalir y de distinguirse. Cómprase muy caro un poco de polvo que se echa á los ojos de las gentes, y un relámpago fugaz que se desvanece en un instante; hácense grandes gastos para dar al mundo unas escenas teatrales que deslumbran, que engañan, que divierten por algun tiempo, y al cabo ordinariamente se terminan en confusion, en desprecio y en mucha burla del mismo que las dió. Por el contrario, ¿cuánto honor haria á todos los hombres ricos una liberalidad verdaderamente cristiana? ¿qué accion mas gloriosa ni mas noble que sacar de la miseria, y arrancar como de los brazos de la muerte á un número sin número de infelices? Y aun en máximas del mundo, ¿qué obra mas heróica ni mas magnífica que ser por tu liberalidad como un glorioso redentor de muchas familias honradas, á quienes una secreta, muda y vergonzosa miseria iba á precipitar en la desesperacion, y tú las restituiste á la salvacion y á la vida? ¿No es mas glorioso dar el pan á Jesucristo en la persona de los pobres, que mantener una docena de holgazanes, solícitos en vivir á costa agena para ser mas disolutos?

Atribúyese la inconstancia de las prosperidades á mil accidentes, á mil casos que ciertamente no tuvieron parte en élla. La causa mas frecuente de esos trastornos, de esas revoluciones de fortuna, es la dureza de los ricos con los pobres. Niéganse á Dios los intereses, y así no hay que extrañar que te haga perder el capital. No le das el fruto, y quítate el fondo: *Aliis locavit agricolis*. Si se ciega el canal por donde ha de correr el agua, ¿qué mucho que se divierta á otra parte? ¿quieres fixar la rueda de esa próspera fortuna? ¿quieres que las rentas y las posesiones sean por largos siglos hereditarias en tu familia? ¿quieres que pase la abundancia á una dilatada série de des-

cendientes tuyos? Pues sé rico en misericordia, sé liberal, sé magnífico, sé pródigo en limosnas. El mayor título para las prosperidades es la subsistencia de los pobres; sus bendiciones conjuran las tempestades; el bien que se hace á éllos interesa al mismo Dios; todo cuanto se da, se pone á lucro. No esperes que tu habilidad ni tus precauciones hayan de asegurar á tus hijos esa rica hacienda; mas virtud, mas fuerza tiene la limosna que todas las criaturas ni todos los contratos. ¿Dónde hay gloria mas brillante ni mas sólida que la que produce la misericordia con los desdichados? Pon los ojos en san Paulino. ¡Qué obispo mas caritativo! Su caridad le despojó de todos sus bienes, hasta de su misma libertad. ¡Pero qué glória, qué consuelo el de este gran Santo por haber sacrificado cuanto tenia en alivio de los pobres!

¿Cuándo ha de llegar el tiempo, divino Salvador mio, en que vuestro exemplo me inspire esta misericordia para con todos los menesterosos? Mucha necesidad tengo de vuestra gracia; y así os la pido, Señor, y con élla aquellas entrañas de misericordia con los infelices, que son un manantial inagotable de todos los bienes.

JACULATORIAS.

Beatus qui intelligit super egenum et pauperem: in die mala liberabit eum Dominus. Salm. 40.

Bienaventurado aquel que se compadece del pobre y del menesteroso, porque el Señor se compadecerá de él, y le librará en el dia de su mayor tribulacion.

Pauperi porrige manum tuam; ut perficiatur propitiatio et benedictio tua. Eccl. 7.

Alarga tu mano al pobre, para que tu caridad sirva de sacrificio de propiciacion por tus pecados, y para que el Señor eche la bendicion sobre tus bienes.

PROPOSITOS.

Acuérdate de que no te hizo Dios rico para ti solo, dióte los bienes que posees para ti y para los pobres. Siendo padre de todos, ¿á qué fin te habia de conceder á ti tantas cosas supérfluas, dexando á tantos ótros sin las ne-

cesarias? No los ama menos que á ti, ni tú le costaste mas que éllos; de su pura liberalidad recibiste todas esas posesiones. No atribuyas á tu nacimiento, ni á tu industria, ni á tus méritos esa fortuna en que te ves elevado. *¿Qué tienes que no hayas recibido de Dios? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías, como si no lo hubieras recibido?* dice el Apóstol. Advierte, pues, que esas riquezas se te dieron á título oneroso; esto es, para el sustento de los pobres. Quiere Dios que goces de tus bienes; pero quiere al mismo tiempo que los pobres tengan tambien parte en éllos. No olvides, pues, esta obligacion de una caridad indispensable; y desde hoy mismo imponte una ley de que no se te pase dia sin hacer alguna limosna á proporcion de tus haberes. Aunque pagases á Dios el diezmo de tus bienes, no harias demasiado, pues al fin es el primer Señor, y el soberano de todo. ¡Escandalosa injusticia! ¡dureza impía! ¡Cuánto se gasta en mantener gordos los perros y los caballos, dexando perecer miserablemente de hambre muchas familias! Haz reflexíon á lo que en un solo dia gastas en el juego, y consumes en tus diversiones, considerando que bastaria eso solo para sacar de miseria á un gran número de infelices.

2 No te pide Dios que te despojes de todos tus bienes, aunque lo hicieron muchos santos. Tampoco te pide que te hagas esclavo para rescatar á ótro; heroismo de caridad que todos admiramos en san Paulino. Pídete que de cuando en cuando visites los pobres en los hospitales; que socorras á los vergonzantes; que vayas á consolar á los enfermos y á los encarcelados, alentándolos con tus consejos, y solicitando su libertad con tus buenos oficios, en cuanto lo permita la justicia. No te empobrecerán estas obras de misericordia, antes bien enriquecerán no solo á los pobres, sino á tus mismos herederos. En fin, rescata tus pecados con la limosna. Si tienes tres hijos, dice san Agustin, haz cuenta que tienes cuatro, contando á Jesucristo por uno de éllos; susténtale y vístele en la persona de un pobre.

DIA VEINTE Y TRES.

San Simeon Stylita, el menor.

San Simeon Stylita, llamado *el menor*, para distinguirle del otro mas antiguo, cuyo nombre le pusieron en el bautismo, y cuyos exemplos emuló en su penitencia, nació en Antioquía el año de 521, adonde su padre, llamado Juan, que era natural de Edesa, habia fixado su domicilio, siendo mercader de bálsamos y drogas aromáticas. Tuvo por madre á una muger moza y virtuosa, llamada Marta, la cual, hallándose embarazada, y haciendo fervorosa oracion á Dios en cierta capilla dedicada á san Juan Bautista, tuvo una especie de revelacion, en que se la dió á entender que muy presto daria á luz un hijo, cuya elevada santidad y penitente vida le haria grande en los ojos del Señor; pronóstico que tardó poco en verificarse; porque Simeon desde la misma niñez manifestó no tomar gusto á otra cosa que al ayuno y á la abstinencia.

A los cinco años perdió á su padre, con la desgracia de quedar éste sepultado en las ruinas de su casa, por un terremoto que echó por tierra toda la ciudad de Antioquía; y hallándose nuestro Santo con su madre en la capilla de san Juan Bautista, fueron preservados de la desgracia comun.

Distinguió el cielo su niñez con tan singulares favores, que todos reconocian se iba criando un gran santo en aquel tierno infante. Apenas contaba doce años cuando pensó sériamente en retirarse á un desierto para dedicarse á vida mas perfecta. Connaturalizóse tanto con el ayuno, y era tan escaso su alimento, que parecia vivia de milagro. Por sus escritos contra los hereges se conoce que la madre no se descuidó de su educacion; sino que digamos que su natural ingenio y la luz sobrenatural del cielo suplieron la falta de los maestros.

Lisonjeábale el mundo con grandes esperanzas; pero despreciándolas generosamente su corazon, se retiró de él, cuando otros apenas comienzan á reconocerle; ni fueron capaces de alterar su resoluciones las tiernas persuasiones ni las amargas lágrimas de su querida y desconsolada madre. No dudando de que la vocacion de Dios le llamaba al retiro de la soledad, sin hacerle fuerza sus pocos años, se salió de la ciudad, y se encaminó á un monasterio de Siria, colocado al pie del monte Taumastoro, que quiere decir *Monte admirable*. Era poco numeroso el monasterio por la extraordinaria austeridad que se profesaba en él, la que no acobardó al niño Simeon, que pidió el hábito de monge con las mas vivas instancias. Representáronle las rigorosas penitencias que se hacian en aquella casa, sus pocos años, y la debilidad de su complexíon; pero á todo respondió que el Señor le llamaba poderosamente á élla, que las fuerzas de su divina gracia suplirian las que faltaban á la naturaleza, y serian muy superiores á las que no tenia su edad. Mostró tanta ingenuidad y tanto juicio en sus respuestas; descubrióse tanta virtud en su porte, y conocióse tan clara y tan señalada su vocacion, que fue admitido entre los religiosos, y entregado á la direccion de un monge, varon de señalada virtud, y de espíritu muy penitente. Llamábase Juan de Stylita, porque ordinariamente vivia sobre una columna elevada dentro del recinto del monasterio; género de penitencia que se hizo muy comun en varias partes, y de que singularmente la Siria puso á los ojos del mundo muchos exemplos.

Era muy conforme á la inclinacion del discípulo el espíritu severo del director, y en breve tiempo dexó muy atras al director la rigorosa penitencia del discípulo. Al principio solo se sustentaba de legumbres remojadas en un poco de agua, y aun este escaso sustento no le tomaba sino de dos en dos dias; despues probó á pasar tres dias sin sustento alguno; y al cabo llegó á no comer mas que una sola vez en toda la semana. Empleaba en oracion la mayor parte del dia y de la noche, continuándola aun mas que interrumpiéndola lo restante del tiempo con el trabajo de manos y con la leccion de libros piadosos. Notábasele siempre unido con Dios, siendo el mejor

testimonio de los espirituales consuelos que gustaba su corazon aquella perpétua alegría que se derramaba en el semblante. Era jóven bien dispuesto, y como á eso se juntaba aquella modestia natural, aquella cara siempre risueña y aquella serenidad inalterable, se hacia admirar de todos; por otra parte su extraordinaria virtud, su profunda humildad y su penitente vida le hicieron tan respetable, que apenas se hablaba en todas partes de otra cosa que de su rara santidad.

Envidioso el enemigo comun, no perdonó á medio alguno para perderle. Puso en la cabeza á un pobre pastor de aquellas cercanías que aquel monge que metia tanto ruido era un hipocriton y un malvado, preocupándole tanto la imaginacion con este diabólico concepto, que el infeliz tomó en fin la resolucion de quitar la vida al santo mozo, pero apenas cogió en la mano un cuchillo para poner en execucion su alevoso intento, cuando se le secó la mano de repente, quedando el brazo tan sin vigor y tan descarnado, que solo se veia el hueso cubierto de la piel encogida y arrugada. Atónito el miserable pastor corrió exhalado al abad del monasterio; y explicándole mas con lágrimas que con voces, le descubrió como pudo su delito. El Abad, que tenia bien conocida la virtud de nuestro Santo, le llevó á su celda, y arrojándose á sus pies confesó su pecado, pidiéndole humildemente perdon, y que con sus oraciones le alcanzase de Dios no menos la salud del alma que la del cuerpo. Enternecido Simeon, y compadecido al mismo tiempo, echó los brazos al cuello, y estrechó en éllos dulcemente al afligido pastor, sanándole y convirtiéndole con su milagroso abrazo.

Crecia con la edad el ardiente deseo de mas y mas perfeccion; y pareciéndole á nuestro Santo que todavía le llamaba Dios á vida mas penitente, mas retirada y de mayor recogimiento, comunicó estas inspiraciones con su santo director, con cuya aprobacion y licencia hizo levantar una columna dentro de los muros del monasterio, sobre la cual se mantuvo sesenta y ocho años á la inclemencia de todos los temporales en contínua contemplacion de las verdades mas sublimes de nuestra religion, y en asombroso exercicio de la mas portentosa penitencia.

Era muy alta su columna, pero tan estrecha, que solo le permitia estar de pie ó de rodillas, colocada enfrente de la de su director para no caminar sin guia, y para tener siempre á la vista un testigo fiel y zeloso de sus operaciones. Era cada dia mas riguroso su ayuno, sustentándose ya únicamente con las hojas de los arbustos ó matorrales que nacian alrededor del monte; y rarísima vez bebia. Ciñóse tan fuertemente una cuerda á todo el cuerpo, que hundida en las carnes, é hinchándose éstas horrorosamente, todo él era una sola llaga, manando de élla tanta podre, que se hacia intolerable su pestilencial olor, y apenas habia quien tuviese valor para acercarse. Mandóle el director que se quitase aquella cuerda; obedeció, pero para mayor tormento suyo; porque no se pudo arrancar sin cortarle grandes pedazos de carne, que le causaron imponderables dolores.

Todas las noches cantaba todo el salterio, y muchos salmos entre dia, acompañándolos con genuflexîones y con otras varias oraciones. No podia menos de ser muy agradable á nuestto Señor una vida tan pura como penitente; premiándola su liberalidad con mil consuelos celestiales, y con el don de milagros.

Desenfrenado todo el infierno junto contra nuestro Santo, echó el resto su malicia para atemorizarle, ó para perderle. Una noche excitó el demonio una tempestad tan terrible, que todos le creyeron ó dividido á la violencia de un rayo, ó sepultado entre las ruinas de su misma columna; pero artificios tan groseros no podian acobardar á tan valeroso soldado. Por la mañana le hallaron tan sereno como si no hubiera habido semejante tempestad; y despues de esta victoria, solo su nombre era terror de los espíritus malignos. Todavía hizo otro esfuerzo el tentador para derribar su constancia, y excitar su paciencia, inquietándole con sucias tentaciones; pero sin otro fruto que el de purificar su virtud, y añadir grados á sus merecimientos. Mientras duró este molesto combate se le oia por las noches dirigir incesantemente al cielo estas oraciones jaculatorias: *Miserere mei, Deus, miserere mei; quoniam in te confidit anima mea* (Ps. 56.). Ten misericordia de mí, Dios mio, ten misericordia de mí; porque mi alma tiene puesta en ti su confianza. *Sub umbra alarum*

tuarum sperabo: Deus meus, ne longe recedas à me (Ps. 16.). Esperaré, Señor, protegido á la sombra de tus alas; no te desvies lejos de mí, Dios mio. *Deus, in adjutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina* (Ps. 69.). Venid, Señor, á ayudarme; y dáos priesa á socorrerme.

Despues de haberle purificado el Señor con todo género de pruebas, le colmó de gracias y de favores. Comunicóle un don de contemplacion tan elevado, que su oracion era un éxtasis contínuo, y en estas íntimas familiaridades que tenia con su Dios adquirió aquel superior conocimiento y aquella como penetracion de los mas altos misterios de nuestra religion. En el don de milagros pocos santos le hicieron ventajas. A solo el nombre de Simeon se amansaban las fieras, y nada negaba el Señor á la oracion de este Taumaturgo.

Animado de un ardiente zelo por la salvacion de las almas, acompañaba todas las curaciones milagrosas con tan vivas exhortaciones, que hizo conversiones insignes, y no fueron éstas el menor de sus milagros. Movidos de tantas maravillas el Patriarca de Antioquía y el Obispo de Seleucia vinieron á visitarle. Fueron testigos oculares de los prodigios que publicaba la fama; y considerando los grandes bienes que resultaria á la Iglesia de Dios, si aquel extático y portentoso Varon fuese consagrado al ministerio de los altares; á pesar de su humilde resistencia le confirieron los sagrados órdenes, y poco despues el Obispo de Seleucia le promovió á la dignidad del sacerdocio.

Con élla parece como que adquirió nuevo resplandor su virtud, sirviéndole de estímulo para aumentar sus rigores, y de motivo para dar mayor extension á los ardientes impulsos de su zelo. No contentándose con predicar y exhortar de viva voz á los que concurrian á verle, escribia muchas cartas á los ausentes desde lo alto de su columna. Entre ótras escribió una al emperador Justiniano, animándole á que defendiese vigorosamente el honor de las imágenes de Cristo, de la Vírgen y de los santos, y exhortándole á que emplease toda su imperial autoridad en reducir hereges.

Como los samaritanos que habitaban en Porfireon de Palestina hubiesen echado por tierra algunas cruces, aba-

tiendo y ultrajando las imágenes de Cristo y de su Madre, á quien nuestro Santo profesaba la mas tierna y mas ardiente devocion, el obispo de aquella diócesi le suplicó que diese sus quejas al Emperador. Escribióle una carta llena de fuego, representándole que dirigiéndose inmediatamente á Cristo y los santos el culto que se les rinde en sus imágenes, el ultrage que se hace á éstas se refunde directamente en aquéllos; y le suplica vengue religiosamente su honor, castigando el sacrilegio de los samaritanos, puesto que si las leyes civiles mandan castigar con rigor á los que pierden el respeto á las estátuas y á los retratos del César, no parece justo queden sin castigo los que tan impíamente se le perdieron á las imágenes del Hijo de Dios y de su santísima Madre. A esta carta llamaba el Emperador *su tesoro*, y mas de doscientos años despues fue de gran peso en el segundo concilio ecuménico de Nicéa. Los iconoclastas intentaron convencerla de supositícia, pero el papa Adriano I. hizo demostracion al emperador Carlo Magno de que era verdadera; y en lo mismo convino todo el Oriente.

Tambien escribió nuestro Santo al mismo Emperador contra los errores de Nestorio y de Eutiques; cuya extirpacion solicitó con el mayor zelo en todas ocasiones. Ademas de las cartas que escribió en defensa de las imágenes, y contra las heregías, compuso san Simeon otras obrillas espirituales, en todas las cuales se hace visible que el mismo Dios fue su principal maestro.

Habiéndole favorecido Dios con el don de profecía, supo muy anticipadamente el dia de su muerte; y mandando convocar á los religiosos del monasterio, que todos se profesaban sus discípulos, despues de encomendarles mucho la puntualidad y mas exácta observancia de sus reglas, les declaró que entre las muchas gracias con que la liberal mano del Señor le habia favorecido desde su mas tierna infancia, singularmente le habia comunicado una, que ya era tiempo de manifestársela á todos, lo que hacia de muy buena gana, por cuanto no ignoraba que habia excitado la curiosidad de muchos haciéndoseles incomprensible. *Siendo niño*, les dixo, *pedí á Dios muy de veras que me librase de la necesidad de comer, y tuve una vision: Aparecióseme un varon vestido de sacer-*

dote, que llevaba en la mano un plato lleno de viandas exquisitas; probélas, y desde entonces no tuve necesidad de comer. Todos los domingos al fin de la misa se me repitió la misma vision; y veis aquí porque me he sustentado con tan corto alimento.

En fin, á los 75 años de su edad el dia 24 de mayo, rodeándole todos sus hermanos, entregó el Siervo de Dios su espíritu al Criador con aquella tranquilidad y con aquella alegría que es como la aurora de la gloria que los bienaventurados gozan en el cielo.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos beati Simeonis confessoris tui annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus natalitia colimus, etiam actiones imitemur: Per Dominum nostrum...

O Dios, que cada año nos alegras con la festividad del bienaventurado Simeon, confesor tuyo, concédenos que imitemos los exemplos de aquél cuyo nacimiento á la gloria celebramos: Por nuestro Señor..

La epístola es del cap. 5. del apóstol san Pablo á los efesinos.

Fratres: Fornicatio, et omnis immunditia, aut avaritia nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos: aut turpitudo, aut stultiloquium, aut scurrilitas, quæ ad rem non pertinet: sed magis gratiarum actio. Hoc enim scitote intelligentes: quod omnis fornicator, aut immundus, aut avarus, quod est idolorum servitus, non habet hæreditatem in regno Christi, et Dei. Nemo vos seducat inanibus verbis: propter hæc enim venit ira Dei in filios diffidentiæ. Nolite ergo effici participes eorum.

Hermanos: No se nombre entre vosotros la fornicacion, ó cualquiera impureza, ó la avaricia, como corresponde á los santos: ni la obscenidad, ni las palabras necias, ni las bufonadas que son fuera de tiempo; sino antes bien la accion de gracias. Sabed, pues, esto; y entended, que ningun fornicador, ó impuro, ó avariento, ni cuanto pertenece á la servidumbre de los ídolos no tiene herencia en el reyno de Cristo, y de Dios. Nadie os engañe con palabras vanas: porque por tales cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de la desconfianza. No querais, pues, hacer compañía con éllos.

NOTA.

»Como san Pablo habia trabajado con un zelo infati»gable en la conversion de los de Éfeso, siempre los con»servó en su corazon un amor y una ternura particular. »Estando en Roma el año de 62 de Cristo, les escribió »esta epístola, en que se compendia toda la vida cristiana.

REFLEXIONES.

Despues de haber leido lo que san Pablo escribe aquí á los efesinos, ¿habrá todavía quien pregunte sériamente, qué pecado es pasar la vida entre los regalos, entre las diversiones y entre los pasatiempos? ¿qué pecado es asistir á los espectáculos? ¿dónde prohibe el evangelio las diversiones profanas? A esto se responde, que todo el evangelio es una manifiesta condenacion de éllas. Ciertamente, aun cuando se despojara el teatro de aquellos artificiosos atractivos, en que consiste su principal embeleso, y que hacen tanta impresion en el alma; no se puede negar que todo lo que compone el espectáculo conspira á excitar las pasiones; todo lo que constituye esta profana diversion con tanta lisonja de los sentidos, es lazo que se arma á la virtud. ¿Qué pudor tan delicado, qué inocencia tan austéra, expuesta sin preservativo al mas contagioso ayre del mundo, en medio de una multitud de objetos á cual mas tentadores, siendo el blanco, y estando al descubierto de una espesa lluvia de flechas á cual mas emponzoñadas, podrá escaparse, sin milagro, de salir mortalmente herida? ¿y qué derecho tendrá para pedir un milagro el que libremente se va á meter en semejante peligro? Si la mas consumada virtud, si la inocencia mas arraiga, si la mas arraigada penitencia, si un anacoreta esqueleto, criado toda la vida en una cueva, ó en una sepultura de la Tebáida, concurriera á estos espectáculos, todo lo arriesgaria; ¡y aquel corazon tierno, regalado, criado entre delicias, y medio corrompido, nos quiere persuadir que es insensible á tantos incentivos! ¿Pero, mi Dios, á qué fin hemos de buscar fuera de los mismos espectáculos otras razones para condenar semejantes pasatiempos?

Una gran sala donde concurre toda la gente ociosa, alegre y aun disoluta de una ciudad, los mas de costumbres estragadas, y muy contados los de buena vida; una concurrencia donde cada uno se presenta con toda la profanidad, con toda la bizarría que puede; donde todo embelesa, todo brilla; donde los jóvenes de uno y otro sexô emplean lo mas fino, lo mas exquisito que ha inventado el estudio y el artificio, para que únos á ótros se parezcan bien, y para tentarse recíprocamente. Un patio de comedias, cuyos cuartos estan llenos de escollos tanto mas peligrosos cuanto mas cubiertos, donde los ojos pueden juntar de una sola vez muchos objetos á cual mas dignos de temerse; á estos mudos peligros se añade el dulce y pegajoso veneno de las conversaciones demasiadamente tiernas, ó demasiadamente libres, porque en semejantes sitios no se da lugar á otro lenguage. ¿Y qué diré del gran peligro á que expone la misma fatal necesidad de que las conversaciones hayan de ser secretas ó en voz baxa por no estorbar la atencion de los demas? Pregunto: ¿no es querer burlarse de los timoratos y de los prudentes, teniéndolos por estúpidos ó por idiotas, el empeño de persuadirles que no hay peligro, que todo es inocente en semejantes espectáculos?

Sin embargo, estos no son mas que los funestos preludios de las conquistas que hacen las pasiones en esta clase de pasatiempos. En éllos todas las cosas concurren á enternecer el corazon, á tentarle y á pervertirle. Hasta la luz natural del sol, por ser demasiadamente pura y clara, parece que incomoda; y así es mas del gusto y mas de la moda de los espectáculos la luz artificial y debil de los blandones ó de las bugías. Entran desde luego á preocupar los sentidos las decoraciones, las voces y los instrumentos; y puestos aquéllos de acuerdo con las pasiones, ¿cómo es posible que dexen tranquila el alma? Empléanse en derretirla, en moverla y en embelesarla lo mas delicado de la música, lo mas tierno de la armonía, lo mas patético de la composicion, y toda la dulzura que puede comunicar el arte á la voz y á los instrumentos. Fixa los ojos la magnífica decoracion; arrebatan el ánimo las máquinas del teatro; suspéndele el desenredo de los lances, y queda preocupado casi sin reflexîon para

prevenirse contra las sorpresas. En esta disposicion de todos los sentidos, ó ganados ó cautivos, y en esta constitucion del corazon, tan propenso ya á dexarse cautivar, se dexan ver de repente en el teatro los actores y las actrices, adornadas con todo el artificio que supo inventar el mas ingenioso y mas fino espíritu del mundo para prendar y para seducir, añadiendo al artificio todo lo que puede inspirar la pasion que representan y sienten. Y como la pasion dominante del teatro es el amor, es fácil discurrir á qué fin se dirigen aquellas quejas amorosas, aquellas relaciones tiernas, y mas representadas por unas mugeres mozas, hermosas por lo comun, dedicadas á tan peligroso oficio, menos por necesidad que por inclinacion á la libertad y al desahogo, cuya mayor gloria consiste en agradar, asalariadas ó gratificadas para inspirar con viveza la pasion que le presentan; y todo con una voz dulce y pegajosa, y con un ayre blando y halagüeño, con mil movimientos libres, mezclados de palabras tiernas, de versos emponzoñados, compuestos con el mayor artificio para inspirar el amor, y recitados por unas cortesanas, que aun sin hablar palabra se valen del arte, de la profanidad y del embuste para armar lazos á la inocencia. Este prodigioso conjunto de artificios y de incentivos, el menor de los cuales, considerado separadamente, sería una peligrosa tentacion, ¿es posible que en el dictámen de los mundanos ha de ser un pasatiempo indiferente, una inocente diversion? ¡Y podrá uno ser buen cristiano discurriendo de esta manera!

El evangelio es del cap. 9. de san Marcos.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Si scandalizaverit te manus tua, abscide illam: bonum est tibi debilem introire in vitam, quam duas manus habentem ire in gehennam, in ignem inextinguibilem: ubi vermis eorum non moritur, et ignis non extinguitur. Et si pes tuus te scandalizat amputa illum: bonum

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Si te escandalizare tu mano, córtatela: mejor te es entrar debil á la vida, que ir teniendo dos manos al infierno, á un fuego inextinguible: en donde su gusano no muere, y el fuego no se apaga. Y si tu pie te escandaliza, córtatele: mejor te es entrar cojo á la vida eterna.

est tibi claudum introire in vitam æternam, quam duos pedes habentem mitti in gehennam ignis inextinguibilis: ubi vermis eorum non moritur, et ignis non extinguitur.

que teniendo dos pies ser echado á un infierno de fuego inextinguible; en donde su gusano no muere, y el fuego no se apaga.

MEDITACION.

De las ocasiones voluntarias del pecado.

PUNTO PRIMERO.

Considera que siempre se debe temer la ocasion de pecar, ora se busque, ora no se busque. Conociéndose la inclinacion que todos tenemos á lo malo; á vista del desórden de la concupiscencia, del atractivo de los objetos y de la impresion que hacen en el alma; reflexîonadas bien nuestras reincidencias, nuestra debilidad y nuestra flaqueza, ¿quién no temerá cuando se halla en la ocasion? Temieron y temblaron los santos, cuando el acaso, la necesidad ó la malicia del demonio los metió en alguna; no tuvieron por ageno de su espíritu ni de su valor el ponerse pálidos á vista de un peligro, en que no se trataba menos que de perder el alma, y de perder á su Dios. Aun en los mismos desiertos no se consideraban bastantemente desviados de las ocasiones; levantaron columnas para perder de vista á los hombres, por explicarme de esta manera. Pero cuando se busca la ocasion es mucho mas digna de temerse: *El que ama el peligro perecerá en él* (Eccl. 3.), dice el Espíritu santo,

No buscó David la ocasion, y en medio de eso un objeto peligroso, que sin pensar en él, ni haberle tratado jamás, se le puso á la vista, trastornó á aquel gran Santo. ¿Y será posible que no han de hacer la menor impresion en el alma, no han de poner en peligro la inocencia los mas tentadores objetos todos juntos, que de propósito se van á buscar, y á los cuales te expones voluntariariamente y tan de asiento? ¿mudóse por ventura el corazon del hombre? ¿no nacen con él las pasiones? ¿estan

confirmados en gracia todos aquellos que corren apresuradamente á meterse en tan espantosos peligros? Mas ha de sesenta años (decia un venerable anciano que habia envejecido en el desierto), mas ha de sesenta años que estoy macerando mi carne; que trabajo sin cesar en domar mi cuerpo con el ayuno, con el cilicio y con las mas vigorosas penitencias; y todavía reconozco dispuestas mis pasiones á encenderse con la centella del menor peligro; y unos mozos con las pasiones extremamente vivas, con una virtud ó muy flaca, y acaso ninguna, con los sentidos inmortificados, naturalmente propensos á lo peor, con las inclinaciones viciosas, estragado el espíritu y el corazon; unos mozos para quienes todo es peligro, todo tentacion, van serenamente á buscar las ocasiones mas tentadoras, se exponen á todos los peligros, corren apresuradamente á los espectáculos. Malo es no conocer su flaqueza; pero es mas digno de lástima aquel, que conociendo el precipicio, corre á él, y no le teme.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el mismo meterse voluntariamente en la ocasion es pecado mortal. Supongamos (lo que no es verisimil) que no se beba el veneno que se prepara; la misma preparacion bastó para emponzoñar. Grande error es lisonjearse uno, y aun llegar á persuadirse que puede estar mano á mano horas enteras con aquella persona, asistir tardes y noches á los concursos mundanos y peligrosos, fixar voluntaria y curiosamente los ojos en objetos lascivos ó provocativos, leer muy de propósito libros perniciosos, asistir con ánsia y con gusto á todo género de espectáculos; y persuadirse, vuelvo á decir, á que nada le remuerde la conciencia, y á que en nada hubo pecado. Búscanse estas ocasiones, porque se encuentra gusto en éllas; el corazon, de acuerdo con los sentidos, intenta satisfacerse; porque vamos claros, ¿concúrrese á éllas para mortificarse, para domar las pasiones, para hacerse violencia á sí mismo? ¿Podrá decir alguno que solo son unas inocentes diversiones del ánimo, en las cuales no tiene parte el corazon? ¡Lastimosa sali-

da! ¿Quién podrá prometer grandes victorias en unas ocasiones que precisamente busca para ser vencido? Si apenas hay fuerzas para resistir á la natural inclinacion que arrastra hácia la ocasion de pecar, ¿cómo será posible, metido ya en la misma ocasion, resistir á la violenta inclinacion que empuja poderosamente hácia el mismo pecado, y mas hallándose ya atacado el corazon por todos los atractivos que le acompañan? El que no se puede tener en pie sobre el borde del precipicio cuando ninguno le empuja, ¿cómo se tendrá puesto ya en el despeñadero, impelido con la presencia del objeto, impetuosamente movido por la pasion, y solicitado vivamente por mil poderosos incentivos? De buena fe, ¿podrá ningun hombre de razon persuadirse, á menos que se quiera cegar ó aturdir voluntariamente, que no hay pecado alguno en buscar muy de próposito las ocasiones de pecar? ¿Dexará de ser temeridad meterse por gusto y sin necesidad en un mar tempestuoso, rodeado de escollos, donde naufragaron millares de millares? No se atreverian á exponerse los pilotos mas diestros y mas experimentados; y se entran en él sin miedo ni aprension los que se dexan llevar á merced de las olas y los vientos. Parece que los naufragios solo se hicieron para los cautos y para los prudentes, cuando los atolondrados y los disolutos se consideran seguros en medio de las borrascas. Digámoslo sin rebozo: un cuerpo muerto nada siente; el demonio tienta poco á una alma perdida, porque élla misma se tienta sobradamente á sí propia, ¿ni á qué fin ha de dar nuevos asaltos á una plaza que ya está rendida? Dicen que esos objetos les hacen poca ó ninguna impresion, porque están acostumbrados á éllos. Esto quiere decir en buenos términos, que acostumbrados ya á consentir en el pecado, ni les espantan ni les hacen novedad aquellas acciones que ya son ordinarias y familiares en éllos. Cuando la conciencia está gangrenada, no siente la culpa, pero á una conciencia sana, sola su sombra la estremece.

Espantado estoy, Señor; y gimo íntimamente al acordarme de las ocasiones en que me metí, y de la funesta seguridad con que me mantenia en medio de éllas. Bien veis, Dios mio, la disposicion en que mi corazon se halla al pre-

sente; dadme gracia para que mis propósitos sean eficaces, y para que ningun motivo humano sea capaz de exponerme á las ocasiones de pecar.

JACULATORIAS.

O Domine, libera animam meam. Salm. 114.
Oh, Señor, libra mi alma de toda ocasion de perderte.

Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine. Salm. 54.
Resuelto estoy á retirarme del mundo, á esconderme en la soledad, por huir de los peligros.

PROPOSITOS.

El que ama el peligro, perecerá en él, dice el Sábio. Vanamente, y aun injustamente se echa la culpa al tentador y á la tentacion; poca necesidad tiene el demonio de sus artificios, y no ha menester cansarse mucho para pervertirnos; mas almas tienen en el infierno las ocasiones de pecar en que voluntariamente se pusieron éllas mismas, que las mas violentas tentaciones; ni todas las máquinas del tentador son capaces de condenar. Convienen todos en que el mundo todo es peligro: objetos, modas, trages, juegos, juntas, diversiones, conversaciones, y hasta el espíritu del mismo mundo, todos son lazos. Y en medio de eso, se exponen á éllos, corren á éllos, y en éllos pasan los mundanos la mayor parte de la vida, sin temor, sin preservativos, con el espíritu ya vencido, con el corazon estragado; contentándose con decir en tono lastimero: *Muy dificultoso es salvarse un hombre en el mundo*; *Dios se apiade de nosotros*. Prepárase el veneno con cuidado; vase bebiendo á sorbos, ú de muchas veces; y despues muchas quejas de que es corta la vida, de que se muere la gente en lo mejor de la edad, de que Dios nos da poca salud. Aprovéchate de la locura de tantos ótros, y acaso tambien de la tuya misma; ten horror á todo cuanto te pueda ser ocasion de pecar, y estremécete en este particular hasta de la misma duda. Nunca digas: vime en tal ocasion, y no caí. No todos los venenos causan convulsiones ni inquietudes; los mas perniciosos son aquellos que menos se sienten. Basta que la persona, que la

concurrencia, que el lugar sea ocasion próxîma de pecar, para que efectivamente se peque solo con ponerse en élla. Huye todo lo que puede vulnerar la inocencia; huye todo lo que tiene asomo de peligro; huye todo lo que puede servirte de tropiezo; huye todo lo que tienta, ó te puede tentar.

2 Por mas que el mundo quiera justificar sus usos, sus modas, sus diversiones, sus pretextos de atencion, de buena crianza, de decencia; engaño, ilusion, error: gobiérnate por principios mas cristianos, y no te dexes alucinar voluntariamente. Está el mundo sembrado (es verdad) de ocasiones, de peligros de pecar; pero en tu mano está evitarlos. Ocasiones son muy peligrosas los espectáculos, los bayles, los saraos; esas casas de juego públicas, esas tablagerías, donde concurren todos los ociosos, y toda la gente libre del pueblo; esas tertulias, de donde está desterrado para siempre el espíritu del cristianismo; esas largas, estudiadas, cultas y cortesanas conversaciones con personas de diferente sexô: esa leccion de libros galantes ó sospechosos en materia de religion; ciertos dixes, ciertas alhajuelas, que recíprocamente se regalan entre sí ciertas personas; ciertos libros y ciertas pinturas, que son muy propias para avivar la pasion; ciertas visitas, ciertos dias de campo: un convite, una merienda, una persona, pueden ser para ti ocasiones de pecar; húyelas, córtalas sin dilacion, cuésteте lo que te costare. Pocos pecados hay mas que merezcan el castigo, ni que parezcan menos dignos de misericordia, que aquellos cuya ocasion se busca libre y voluntariamente.



DIA VEINTE Y CUATRO.

La Natividad de san Juan Bautista.

El año de 5198 de la creacion del mundo, seis meses antes de la encarnacion del Verbo, hácia el fin del reynado

de Herodes Ascalonita en Iduméa, el último que ocupó el trono de los reyes de Judá, fue servido el Señor de dar al mundo aquel ángel, de quien dice el profeta Malaquías que habia prometido Dios enviar delante de Jesucristo para prepararle el camino; aquel profeta y mas que profeta, como dice el Salvador, en quien se habia de acabar la ley y los profetas: aquel santo Precursor, en fin, del verdadero Mesías, cuyo nacimiento habia de llenar de gozo todo el Universo, y cuya concepcion fue acompañada de tantas maravillas; aquel hombre tan extraordinario, de quien aseguró el mismo Jesucristo no haber nacido otro mayor que él entre los hijos de las mugeres; Juan Bautista, hijo de Zacarías y de Isabel, ambos de la sacerdotal casa de Aaron, á la que únicamente estaba vinculado el sacerdocio; mas recomendablés úno y ótro por su singular virtud, que por su antigua nobleza. Eran justos delante de Dios, dice el evangelio, llenando las obligaciones de la religion y de la ley; pero no tenian hijos, ni estaban ya en edad de tenerlos; fuera de que Isabel era estéril por naturaleza.

Era Zacarías sacerdote de la familia de Abías, la octava de aquellas veinte y cuatro clases en que distribuyó David toda la descendencia de Aaron, para evitar la confusion en el exercicio de sus sagrados ministerios. Alternaban por semanas estas clases en el servicio de las funciones del templo. Al principio de cada semana se sacaba por suertes el sacerdote que habia de entrar á servir para ofrecer el incienso al Señor por la mañana y por la noche en el lugar santo sobre el altar de oro. Dispuso la divina Providencia que en la semana que tocó á la familia de Abías, saliese la suerte á Zacarías. Entró, pues, á la hora acostumbrada en aquella parte del templo, donde solo era permitido entrar á los sacerdotes, quedándose los demás en el vestíbulo, ó parte mas exterior; y habiendo acudido aquel dia mayor concurso de pueblo que el ordinario, lo que hace verisímil que fuese un sábado por la noche, notaron todos que duraba la ceremonia mas de lo regular. Fue el caso, que mientras Zacarías estaba ofreciendo el sacrificio, visiblemente se le apareció un ángel en forma humana, que estaba en pie al lado derecho del altar. Al principio se

llenó de un religioso temor el santo Sacerdote; pero el ángel le confortó, diciéndole: *No temas, Zacarías, que mi presencia antes te ha de alegrar que estremecer: subieron al cielo las oraciones que ofreciste por la salvacion del pueblo, y Dios las oyó benignamente. Y para que no pongas duda en éllo, vengo á decirte de su parte, que tu esposa Isabel, en medio de sus años y de su esterilidad, concebirá y parirá un hijo, á quien pondrás el nombre de Juan, el cual llenará de consuelo á toda la casa de Israel. Su nacimiento será de grande alegría para ti, y para todo el mundo; porque nacerá para anunciar la venida de su Salvador: será grande á los ojos de los hombres, y mayor á los de Dios; destinado para Precursor del Mesías: santificado y lleno del Espíritu santo en el vientre de su madre: por todo el discurso de su vida guardará una rígida abstinencia: no beberá vino, ni otro algun licor de los que pueden embriagar: predicará con tanto zelo, que convertirá muchos hijos de Israel á su Señor y á su Dios; y este mismo Dios hecho hombre no se dexará ver en público hasta que Juan, su Precursor, haya anunciado su venida, caminando delante de él con la virtud y con el espíritu de Elías; harálo con tanta eficacia, con tanta felicidad, que los padres se regocijarán de ver como resucitada en sus hijos su piedad y su fe, muchos de los que ahora están ciegos y son incrédulos, abrirán entónces los ojos, conocerán sus descaminos, y llenos de celestial sabiduría se aplicarán únicamente á buscar á aquel que viene á salvarlos, para que cuando llegue los encuentre enteramente dispuestos á recibirle, á obedecerle y á seguirle.*

No dudó Zacarías que era ángel del Señor el que le hablaba; con todo eso, como eran tan portentosas y tan sobre las fuerzas de la naturaleza las cosas que le prometia, no se pudo resolver á creerlas. *¿Cómo me puedo persuadir* (le replicó), *que suceda lo que me dices, siendo yo tan viejo como soy, y siendo mi muger poco menos que yo?* Presto experimentó el castigo de su poca fe y de su poca confianza. Para mostrarle el ángel ante todas cosas la sinrazon con que dudaba de lo que habia oido, le declaró quién era, qué empleo tenia, y quién le enviaba. *Yo* (dixo) *soy el ángel Gabriel, uno de los*

espíritus que asisten mas cerca del Señor, prontos siempre á executar sus divinas órdenes: él mismo me envió á ti para anunciarte esta dichosa nueva; mas porque dudaste de lo que te he dicho, ves aquí que desde este mismo punto quedarás mudo, y no recobrarás el uso de la lengua hasta que se cumplan todas estas cosas.

Esperaba mientras tanto el pueblo á que saliese Zacarías, admirados todos de que tardase tanto en ofrecer el sacrificio; pèro se asombraron mucho mas cuando al salir advirtieron que estaba sordo y mudo; novedad, que añadida al espanto y á la turbacion que notaron en su semblante, los persuadió á que sin duda habia tenido alguna vision. Concluida la semana de su ministerio, se retiró á una casa suya en la tribu de Judá, situada en las montañas, que se cree fuesen las de Hebron. Poco tiempo despues se hizo preñada Isabel; y como si se avergonzase de parecerlo en aquella edad, estuvo cinco meses sin salir de casa dando contínuas gracias al Señor por la merced que la habia hecho.

A los seis meses de su preñado vino á visitarla su prima la santísima Vírgen, cuando acababa de concebir en su purísimo vientre al Hijo de Dios por el Espíritu santo. Noticiosa esta Señora del milagroso preñado de su prima por habérsele anunciado el mismo ángel que se apareció á Zacarías en el altar de los inciensos, y conducida del Espíritu santo, partió de Nazaret á Judéa, no permitiéndola diferir un momento este viage la misma divina inspiracion que se la habia sugerido. Llegando á Hebron, entra en casa de Zacarías, saluda á Isabel, y en el mismo punto de la salutacion el niño de seis meses que ésta tenia en sus entrañas, da saltos de alegría dentro del mismo vientre á la voz de la santísima Vírgen, y queda santificado antes de nacer por la presencia de su Señor, que aquella purísima doncella llevaba en su casto seno. Los saltos y la santificacion del hijo fueron acompañados de un torrente de gracias que desprendió el cielo sobre la santa madre. Conoció en el mismo instante el incomprensible misterio de la encarnacion del Verbo; y no pudiendo contener el gozo y el respeto, encarando con su dulcísima prima, prorumpió en estas tiernas exclamaciones: *Bendi-*

ta eres entre todas las mugeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde á mí tanta dicha, que la Madre de mi Señor y de mi Dios se digne visitarme? Luego que llegaron á mis oidos las primeras palabras de tu salutacion, el hijo que tengo en mis entrañas saltó de gozo dentro de mi vientre, y yo misma me sentí ilustrada de su nueva luz. Ya se dexa discurrir que la estancia de la santísima Vírgen en casa de Isabel sería un contínuo cauce de gracias para toda la familia. Cerca de tres meses se detuvo la Señora en casa de su prima, y apenas salió de élla, cuando Isabel dió felicísimamente á luz aquel dichoso hijo, que, segun las promesas del ángel, habia de causar tanta alegría á todo el mundo; aquel á quien se le anticipó el perfecto y libre uso de la razon antes de haber nacido.

Apenas se extendio por la mañana la noticia de su feliz alumbramiento, cuando concurrieron de todas partes los vecinos y los parientes á darla mil parabienes por la merced que el Señor la habia hecho dándola finalmente un hijo al cabo de tantos años de esterilidad. Ocho dias despues se volvieron á juntar los parientes, segun la costumbre, para la ceremonia de la circuncision, y preguntaron á la Madre qué nombre se habia de poner al niño, no dudando que se llamaría Zacarías como su padre, y ya le iban á nombrar de esta manera, cuando la Madre se opuso, diciendo que se habia de llamar Juan. Representáronla que aquel nombre era nuevo y extraño en la familia, no habiendo noticia de que alguno de élla le hubiese tenido jamás; pero manteniéndose firme Isabel en que se habia de llamar Juan, sin duda por habérselo tambien revelado á élla el mismo ángel, determinaron los parientes consultar al padre, y conformarse con lo que éste resolviese. Preguntáronle por señas qué nombre queria se pusiese al niño; y Zacarías pidiendo una pluma, escribió estas palabras: *Juan es su nombre.* Quedaron todos atónitos; pero lo quedaron mucho mas cuando vieron que soltándosele de repente la lengua, recobró el uso de las voces, y comenzó á cantar alabanzas al Señor por las maravillas que habia hecho en su favor. Recibió tambien al mismo tiempo el don de profecía, no cesando de publi-

car las misericordias del Señor, que iba en fin á cumplir las promesas hechas á su siervo Abrahan en órden al Mesías; asegurando que su hijo era su profeta y su precursor.

Llenáronse todos de un respetoso temor á vista de tan maravilloso suceso, y prorumpieron en alabanzas del Señor. Extendida la voz por toda la Judéa, quedaron igualmente asombrados cuantos le oyeron: y como hasta entonces no se habia visto semejante maravilla, todos hablaban de élla con cierto lenguage de extático estupor. *¿Quién piensas será este niño?* se decian únos á ótros. Verdaderamente, que hasta ahora no hay noticia de otro algun nacimiento de otro profeta, acompañado de tantos prodigios; y si hemos de hacer juicio de lo que será en lo futuro por lo que vemos en lo presente, será el mayor hombre que haya nacido de mugeres. Así hablaban y así discurrian aun aquellos que tenian menos interes en los favores que dispensaba la divina bondad al recien nacido infante, y á toda la familia de Zacarías.

Como este dichoso Padre de un hijo tan querido de Dios pasó repentinamente de mudo á profeta, y á un hombre lleno del Espíritu santo, sintiéndose ilustrado de un nueva luz, y encendido su corazon de un divino fuego, quiso luego dar parte á todo el mundo de la alegría que le causaba aquel bien, que habia de ser comun á todas las naciones de la tierra, y exclamó en este inspirado cántico:

"Bendito sea para siempre el Señor Dios de Israel, »que se dignó visitar á su pueblo, y librarle de la esclavitud en que gemia despues de tantos siglos. Abatida »la real casa de David, habiendo decaido de su magestad, de su grandeza y de su poder, vuelve otra vez »á levantarla, y la restituye á su explendor, enviándola el Salvador, que nos habian prometido los profetas »que nos precedieron, asegurándonos, que por formidables que fuesen los enemigos de nuestra salvacion, él »nos libraria de sus manos. Muestra bien que no puede »nunca olvidar la alianza contraida con Abrahan nuestro padre, y la promesa que le hizo de exercitar sus »misericordias con nuestros padres, extendiéndolas hasta nosotros; para que libres de la esclavitud de nues-

„tros enemigos, le sirvamos sin temor, con una vida pu„ra y santa, caminando contínuamente en su presencia, „y sirviéndole con fidelidad y con amor." Así publicaba á todos el santo Viejo las misericordias del Señor, cuando volviéndose hácia su hijo, y mirándole fixamente, le dixo como arrebatado: "Tú, hijo mio, estas destinado para „precursor y profeta del Salvador de los hombres: irás de„lante de él, allanarás el camino, y dispondrás los pue„blos para recibirle; enseñarás á los pecadores la ciencia „de la salvacion, para que volviendo á él por la peniten„cia, consigan el perdon de sus pecados. Estos son los „efectos de aquella incomprensible misericordia que nos „muestra en este tiempo, haciéndose semejante á nos„otros, y baxando del cielo para visitar y para alum„brar á los que están sepultados en las tinieblas y en „las sombras de la muerte, y conducirnos á todos al ca„mino de la paz."

El concurso de tantas maravillas como sucedieron en el nacimiento del niño Juan, le hicieron célebre en toda la Judéa. Refiere san Pedro Alexandrino como un hecho de pública notoriedad, que cuando Herodes buscó al Niño Jesus para quitarle la vida, quiso hacer lo mismo con el niño Juan, por el ruido que habia metido en el mundo su nacimiento; pero que le libró su madre santa Isabel, retirándose con él al desierto, hasta que muerto Herodes, la madre se pudo volver libremente á buscar á Zacarías, pero dexándose á san Juan en el mismo desierto, donde queria el Espíritu santo se mantuviese hasta el tiempo de su predicacion. La vida que hizo en él, la sabemos por relacion de los mismos evangelistas: manteníase de miel silvestre, que es muy insípida, como tambien de langostas, y aun de esto era tan escaso y tan casi ninguno su alimento, como que no dudó decir de él la misma Verdad eterna, que no comia ni bebia. A la austeridad del alimento correspondia la del vestido; reducíase á una como zamarra de pelo de camello, atada á la cintura con una correa de cuero, pasando los dias y las noches en conversar con Dios, y disponiéndose con la oracion, con el ayuno y con todo género de penitencias para el exercicio de su ministerio. Por esta inocente y penitente vida que hizo en el desierto, dice san Agustin y san Gerónimo, es tenido san

Juan por modelo de la vida austéra y retirada de los anacoretas.

La Iglesia, dice san Bernardo, celebra la vida y la muerte de los demas santos, porque fueron santos; pero festeja el nacimiento temporal de san Juan Bautista, porque fue santo el mismo nacimiento y orígen de una santa alegría. Es tan antigua la institucion de esta solemnidad, que en uno de los sermones de élla dice san Agustin la celebraban ya los fieles de su tiempo como de tradicion apostólica; y fue siempre tan solemne, que por algunos siglos se celebraban tres misas en este dia como en el de Natividad. Es tan general la alegría casi en todas las naciones, que se ve cumplido el vaticinio del ángel, cuando predixo á Zacarías que el nacimiento de Juan causaria alegría universal á todo el mundo; como se está verificando aun el dia de hoy, habiéndose pasado casi diez y ocho siglos. Testifica el citado san Bernardo que este dia no solo es uno de los mas alegres en el cristianismo, sino que hasta los mismos gentiles le solemnizan con luminarias, con hogueras y con otros regocijos. Los mismos hacen en él los turcos y todos los orientales, segun nos lo refieren los viageros. Lo cierto es, que despues de las principales fiestas de la redencion, no hay ótra mas solemne desde los primeros siglos de la Iglesia que la Natividad de san Juan Bautista; y el concilio de Agda, celebrado el año de 506, la cuenta por una de las mas principales despues de la Pascua, Navidad, Epifanía, Pentecostes y Ascension; ni es menos antigua que la misma fiesta la solemnidad de su vigilia. Para disponerse á élla instituyó el concilio de Salgunstad un ayuno de catorce dias; aunque no tuvo mucho efecto esta institucion particular.

Habiendo dicho el ángel á Zacarías que el hijo que le anunciaba estaria lleno del Espíritu santo desde el vientre de su madre, es evidente que san Juan conoció á Jesucristo y fue santificado antes de nacer. Por eso dice san Ambrosio que su padre Zacarías dirigió al mismo niño su cantico, bien persuadido á que le entendia; y san Gregorio asegura que antes de nacer estaba ya dotado del don de profecía.

La misa es en reverencia del Santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui præsentem diem honorabilem nobis in beati Joannis nativitate fecisti: da populis tuis spiritualium gratiam gaudiorum; et omnium fidelium mentes dirige in viam salutis æternæ: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que hiciste este dia tan solemne para nosotros por el nacimiento de san Juan Bautista, concede á tu pueblo la gracia de los espirituales regocijos, y endereza las almas de todos los fieles por el camino de la vida eterna: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 49. de Isaías.

Auditæ, insulæ, et attendite, populi de longe: Dominus ab utero vocavit me, de ventre matris meæ recordatus est nominis mei. Et posuit os meum quasi gladium acutum: in umbra manus suæ protexit me, et posuit me sicut sagittam electam: in pharetrá sua abscondit me. Et dixit mihi: Servus meus es tu, Israel, quia in te gloriabor. Et nunc dicit Dominus, formans me ex utero servum sibi: Ecce dedi te in lucem gentium, ut sit salus mea usque ad extremum terræ. Reges videbunt, et consurgent principes, et adorabunt propter Dominum, et sanctum Israel, qui elegit te.

Oid, islas, y vosotras gentes remotas, atended: El Señor me llamó desde el vientre de mi madre, y desde su seno se acordó de mi nombre. Y hizo mi boca como espada aguda: me protegió baxo de la sombra de su mano: é hizo de mí como una saeta selecta: y me guardó en su aljaba. Y me dixo: Tú, Israel, eres mi siervo, en ti me gloriaré. Y ahora el Señor que me formó siervo suyo desde mi concepcion, dice: He aquí que yo te he constituido luz de las gentes, para que tú seas mi salud hasta el extremo de la tierra. Los reyes y los príncipes se levantarán al verte, y te adorarán por causa del Señor, y el Santo de Israel que te eligió.

NOTA.

"Isaías, uno de los cuatro profetas mayores, fue de la „tribu de Judá, y de la casa real de David. Floreció casi „ochocientos años antes del nacimiento de Cristo, y pro„fetizó hasta el reynado de Manasés, que le mandó aserrar „con una sierra de madera. Su profecía mas parece histo„ria de Jesucristo y de la Iglesia, siendo, como dice san

»Gerónimo, una especie de compendio de toda la Escritu»ra, y de la vida y muerte del Salvador.”

REFLEXIONES.

Oid, islas, escuchad con atencion, pueblos distantes: *El Señor me llamó desde el vientre de mi madre.* Aplica la Iglesia estas palabras del Profeta á san Juan Bautista, y con efecto tienen mucha relacion con el precursor del Mesías; pero si las queremos entender en el sentido moral, ¿quién de nosotros no tendrá motivo para convidar á todos los pueblos del mundo á admirar las misericordias del Señor, y á reconocer el insigne beneficio que nos hizo disponiendo que naciésemos dentro del seno de la santa Iglesia? ¿quién de nosotros no podrá exclamar con David: *Venite, audite, et narrabo, omnes qui timetis Deum, quanta fecit animæ meæ*? Todos los que temeis á Dios, venid, escuchad, y os contaré cuántos beneficios ha recibido mi alma de su liberal mano. Antes que fuese concebido pensó en mí; y con qué bondad fue disponiéndo aquella contínua série de providencias particulares, sin las cuales seguramente no hubiera sobrevivido á mi nacimiento. Pero donde manifestó mas su bondad y su amorosa providencia, fue en toda la admirable economía de nuestra salvacion. ¡Qué sabiduría en disponer los medios, en desviar los peligros, y en multiplicar las gracias y los auxîlios! El que tiene espíritu y entendimiento verdaderamente cristiano, descubre un sin fin de maravillas en toda la economía de la divina Providencia. Acordóse el Señor de nosotros: ¿y qué sería de nosotros si nos hubiera olvidado? ¿y qué debemos esperar, si nosotros mismos nos olvidamos del Señor? Inspirado el Profeta del espíritu de Dios, antes de referir los favores y los beneficios recibidos de su liberal mano, da principio convidando á todo el universo mundo para que venga á reconocerlos. Estamos nosotros como inundados, como anegados en los beneficios del Señor; el cielo, la tierra, los elementos, las estaciones, todo nos predica su liberalidad; vivimos de sus bienes, no hay dia que no señale con algun nuevo beneficio. Ya que no nos privilegió en el nacimiento, por lo menos á pocos dias nos santificó la gracia del bautismo; y si nuestra inocencia no ha durado tanto como

nuestra edad, no quedó por su misericordia. ¿Pero dónde está nuestro agradecimiento? ¿Y quién de nosotros no tendrá razon para decir que el Señor le protegió á la sombra de su mano? Trae á la memoria aquellos dias peligrosos, aquellas ocasiones secretas, aquellos enemigos encubiertos, aquellos ocultos venenos tan dignos de temerse. ¿Sacóte por ventura el arte de los médicos de aquella enfermedad que te puso á las puertas de la muerte, cuando tenias tanta necesidad de vivir para enmendar tu mala vida? ¿Debiste á tu industria ó á tu habilidad el salir tan felizmente de aquel estrecho lance en que corrian igual peligro tu vida y tu salvacion? ¿Somos en fin deudores de tantos dichosos sucesos á nuestros imaginarios méritos? *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam?* Sí, mi Dios; bien lo sabemos, ningun hombre racional puede dudarlo, que todos estos beneficios, todas estas gracias, todas estas misericordias han sido efecto puro de vuestra inmensa bondad. Pero si lo sabemos, ¿cómo somos tan ingratos? ¿Cuántos habrá que hasta ahora no han dado gracias al Señor por el beneficio de haberlos hecho nacer de padres cristianos, y por el de haberlos reegendrado despues en las aguas del bautismo? ¡O buen Dios, y cuántos remordimientos nos ahorraria un poco de reflexîon!

El evangelio es del cap. 1. de san Lucas.

Elisabeth impletum est tempus pariendi, et peperit filium. Et audierunt vicini, et cognati ejus, quia magnificabit Dominus misericordiam suam cum illa, et congratulabantur ei. Et factum est in die octavo, venerunt circumcidere puerum, et vocabant eum nomine patris sui Zachariam. Et respondens mater ejus, dixit: Nequaquam, sed vocabitur Joannes. Et dixerunt ad illam: Quia nemo est in cognatione tua, qui vocetur hoc nomine. Innuebant autem patris ejus, quem vellet vocari eum.

Cumplióse á Isabel el tiempo de parir, y parió un hijo. Y sus vecinos y parientes oyeron como el Señor habia ensalzado con élla su misericordia, y la daban parabienes. Y sucedió que á los ocho dias fueron á circuncidar el niño, y le llamaban Zacarías como á su padre. Y respondiendo su madre, dixo: De ningun modo; sino que se ha de llamar Juan. Y la dixeron: No hay ninguno en tu parentela que se llame con este nombre. Y hacian señas á su padre, cómo queria que se le llamase. Y

Et postulans pugillarem scripsit, dicens: Joannes est nomen ejus. Et mirati sunt universi. Apertum est autem illico os ejus, et lingua ejus, et loquebatur benedicens Deus. Et factus est timor super omnes vicinos eorum: et super omnia montana Judææ divulgabantur omnia verba hæc: et posuerunt omnes, qui audierant in corde suo, dicentes: Quis, putas, puer iste erit? Etenim Domini erat cum illo. Et Zacharias pater ejus repletus est Spiritu sancto: et prophetavit, dicens: Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit, et fecit redemptionem plebis suæ.

pidiendo el estilo, escribió diciendo: Juan es su nombre. Y todos se admiraron. Y en aquel mismo instante fue abierta su boca, y desatada su lengua, y hablaba bendiciendo á Dios. Y sus vecinos fueron poseidos del temor: y todas estas cosas se divulgaron por todas las montañas de Judea: y todos cuantos las habian oido, las ponderaban en su corazon, diciendo: ¿Qué niño será éste? Porque la mano del Señor estaba con él. Y Zacarías su padre fue lleno del Espíritu santo: Y profetizó diciendo: Bendito el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y remediado á su pueblo.

MEDITACION.

Sobre aquellas palabras: ¿Quién piensas será este niño?

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas ignorada ni mas oculta al hombre que su eterno paradero. ¿Tendrá la dicha de ser del número de los escogidos, de gozar de Dios eternamente en el cielo, ó tendrá la desgracia de ser contado entre los precítos, y de arder por toda una eternidad en el infierno? Esta es una noticia que Dios ha reservado solo para sí; lo que sabemos de cierto en esta vida es, que entre estos dos extremos no hay medio. Si Dios no fuere nuestro soberano bien, será nuestro soberano mal. Espantosa disyuntiva, que hace comprender bien la necesidad de la salvacion. No hay cosa mas oculta que este temeroso destino, y ninguna interesa mas nuestra curiosidad. ¿Qué piensas será aquel hom-

bre, aquella muger profana? y ¿qué pienso yo mismo de mi suerte? Pero el que quisiere tener un presagio poco dudoso del destino que le espera despues de la vida, consulte sus costumbres, sondéese á sí mismo si es que tiene fe; juzgue de su suerte por el fondo de su religion, por sus máxîmas y por sus obras.

¿Seguiráse una santa muerte á una vida poco cristiana y aun licenciosa? ¿Un espíritu mundano, un corazon libertino, y unas costumbres estragadas podrán llevar frutos dignos de la vida eterna? ¿El cielo, aquella purísima mansion, donde no se da entrada á la mas mínima mancha, admitirá á una alma enteramente carnal? ¿Y se podrá esperar que se conceda una bienaventuranza eterna en recompensa de una vida atestada de pecados?

El evangelio y la doctrina cristiana es la verdadera regla de las costumbres. Esta es aquella ley segun la cual se juzga y se decide de nuestro eterno destino; las únicas pruebas de los autos son nuestras obras. ¿Queremos saber cuál será aquella espantosa sentencia, de la cual nunca hay apelacion? Pues consultemos nuestra conciencia y el evangelio; no ignoramos las reglas, las máxîmas ni los preceptos del úno; y sabemos muy bien los desórdenes, los delitos y los remordimientos de la ótra. Todos son unos testigos que no podemos recusar; los hechos están probabados, y nuestra propia conciencia los confiesa. Pues cotejemos estos hechos con el precepto; la ley está clara; con que parece que no es dificil adivinar cuál ha de ser la sentencia.

¡Ah Señor, ninguna cosa es mas fácil de pronosticar, y mas cuando vos os explicásteis tan claramente! *El que no cree, ya está condenado.* No es menester consultar el otro oráculo. *El que come y bebe indignamente la carne y la sangre de Jesucristo*, dice el Apóstol, *come y bebe su eterna condenacion.* Exâmínese cada uno segun la religion y segun el evangelio, y fácilmente acertará lo que debe pensar de su eterna suerte y de su eterno destino.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que nuestras inclinaciones, nuestras máxîmas en materia de religion, nuestras costumbres y toda nues-

tra conducta es un pronóstico del paradero que algun dia hemos de tener. Esa desenfrenada codicia, esa impetuosa ambicion, esa licenciosa disolucion de costumbres, esa indevocion tan visible, esa poca religion, no pronostícan cosa buena. Si apenas vives como cristiano, ¿puedes racionalmente esperar morir como santo? ¿cuántos actos de religion haces en todo el dia?

El negocio esencial, personal y único de la eterna salvacion pide todo el tiempo de la vida: ¿cuánto empleas tú en este negocio? Unas oraciones vocales de mera costumbre, y con perpétuas distracciones; un aparecerte de ocho en ocho dias en la iglesia sin devocion, y aun sin religion algunas veces; un recibir los sacramentos, capaz de entibiar la fe, y aun de desacreditar la religion, por el poco fruto que se saca de éllos, ó por mejor decir, por la mala disposicion con que se reciben, la que estorba el fruto que habia de sacarse. Confesiones sin enmienda: comunicaciones en aumento de gracia sin fervor; exercicios espirituales sin mérito; todo esto no pronostica buen fin, no anuncia suerte dichosa. Confesémoslo: no somos nosotros los artífices de nuestra eterna felicidad; debémosla á la gracia y á la misericordia del Redentor; pero nosotros solos somos los que nos fabricamos nuestra eterna condenacion, nuestra perdicion eterna. No hay réprobo, no hay condenado que no conozca, que no confiese por toda la eternidad que tuvo los auxílios necesarios para salvarse, y que si se condenó, fue porque no quiso corresponder á la gracia. Pues el desprecio que ahora se hace de élla, esa infidelidad con que se la trata, ese abuso de los sacramentos, esas costumbres viciosas, esas contínuas reincidencias, ese fondo de indevocion, de insensibilidad y de irreligion, todo esto puede ser un pronóstico poco incierto, y casi palpable del destino que te espera por toda la eternidad. *Porque vendrá el Hijo del hombre con la gloria de su Padre, y acompañado de sus ángeles, y entónces dará á cada úno lo que le corresponde conforme á sus obras.* Consultemos, pues, nuestras obras, y por éllas podremos juzgar qué será eternamente de nosotros.

¡Mi Dios! ¿á qué fin serémos tan curiosos por saber nuestro destino? ¡Ah! que mis costumbres, mis acciones

y mis máxîmas me ofrecen sobrados materiales para satisfacer mi curiosidad; pero tambien me los ofrecen, y muy espantosos, para fundar mi temor. Todo cuanto al presente veo en mí, me pronostíca la mayor de las desdichas. Vos, Señor, podeis conjurar con una nueva gracia, y hacer que no se verifiquen todos estos funestísimos presagios; concededme, Dios mio, esta gracia de mi perfecta conversion, y no permitais sean inútiles para mí estas reflexîones que acabo de hacer por vuestra misericordia. Resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á vivir cristianamente en adelante, y que mi vida sea el mejor pronóstico de mi eterna dichosa suerte.

JACULATORIAS.

Veniant mihi miserationes tuæ, et vivam. Salm. 118.

Dignáos, Señor, de tener misericordia de mí; haced que me convierta, y será dichoso mi destino.

Secundùm misericordiam tuam vivifica me, et custodiam testimonia oris tui. Salm. 118.

Haced, Señor, que en adelante guarde vuestra ley, y no pereceré.

PROPOSITOS.

¿Quieres saber lo que serás? pues mira lo que eres. Tus máxîmas, tu devocion, tus costumbres y tu conducta son el oróscopo mas seguro. No cuentes con la vana esperanza de convertirte en edad mas madura; el ti mpo no hace otra cosa que fortificar mas las malas inclinaciones. Si los árboles tiernos salen torcidos, cuanto mas crecen, mas se encorvan; antes se les hará astillas que conseguir enderezarlos. Las enfermedades habituales crecen con los años; las malas inclinaciones de los jóvenes envejecen con éllos; no tienen siempre el mismo fuego ni los mismos ímpetus, porque los refrena algunas veces la madurez de la edad; pero la raiz cada dia es mas profunda. Sucede á las pasiones lo que á los torrentes; nunca mas violentos que cuando están mas distantes de su orígen. Es cierto que cuanto mas se extienden hacen menos ruido; ¿pero hacen por eso menos daño? La luxuria, la cólera,

la avaricia, &c. cada dia cobran mayores fuerzas al paso que se va debilitando la razon. Considera cuánto te importa corregir tus costumbres y domar tus pasiones desde los primeros años; en llegando á formarse el hábito, apenas es ya tiempo. Haz juicio de la disposicion en que te hallarás en la hora de la muerte por la que has tenido desde tus primeros años. No quisieras morir al presente, y te pareceria segura tu reprobacion si en el estado actual te vieras precisado á comparecer en el tribunal de Dios. Si no te enmiendas hoy, mañana serás peor. ¿Quieres tener un buen pronóstico de tu dichoso destino? pues comienza desde luego el edificio de la perfeccion sobre el plan que te has formado.

2 Seas del estado que fueres en el mundo, ora del eclesiástico, ora del secular, siempre tienes obligaciones que cumplir, y perfeccion á que aspirar. Comienza desde hoy á cumplir exâctamente todas tus obligaciones, y vive de manera que cada accion sea un pronóstico de tu dichosa suerte. En cada úna de éllas, ó á lo menos muchas veces al dia, dite á ti mismo: mi fidelidad y mi puntualidad me dan nuevo motivo de confianza; y da lugar á esta consideracion en todas tus oraciones y en tus exâmenes de conciencia. Exâmina bien todas las noches antes de acostarte, qué es lo que te promete y te pronostíca el porte de aquel dia.

DIA VEINTE Y CINCO.

Santa Febronia, vírgen y mártir.

Durante la persecucion de Diocleciano, y hácia el fin del tercer siglo, una cierta doncellita cristiana hizo que triunfase la fe en medio de los tormentos, convirtiendo al mismo Tirano, y confundiendo al paganismo.

Habia en Sibápolis de Siria un celebre monasterio de monjas, cuya virtud, cuyo retiro y cuya vida penitente era admiracion y asombro aun á los mismos gentiles. Contábanse en él mas de cincuenta religiosas, ocupa-

das únicamente en meditar las misericordias del Señor, y en cantar dia y noche sus alabanzas. Llamábase Briena la superiora, señora de grande distincion; pero mas respetable por su venerable ancianidad, por su prudencia y por su virtud, que por su ilustre nacimiento. Tenia consigo una sobrina, por nombre Febronia, á quien desde la edad de tres años habia criado en el monasterio, y era de diez y nueve á la sazon. Sobresalia entre todas no menos por su discrecion que por su hermosura; siendo ésta tan peregrina, que se dudaba con razon si habria otra mayor en el mundo, dándola mucho realce su virginal pudor y su inocencia. La tia, que estimaba este tesoro sobre todos los de la tierra, puso el mayor cuidado en tenerle bien escondido, pues en mas de diez y siete años de ninguno la dexó ver.

Febronia, que desde su niñez habia tomado la generosa resolucion de no admitir otro esposo que á Jesucristo, á quien por los votos religiosos habia consagrado solemnemente su virginidad, aborrecia tanto la hermosura de su cuerpo, como la admiraban las demas, y no perdonaba á medio alguno para ajarla, y aun para destruirla, llegando á tocar la raya de excesivas sus mortificaciones y sus penitencias. Ayunaba regularmente la mayor parte del año, y aun la misma comida era nuevo exercicio de mortificacion, porque se reducia á legumbres y raices con un poco de pan y agua, pasando algunas veces dos dias enteros sin comer. Dormia en el duro suelo ó en una estrecha y bronca tarima, sin mas ropa que la que traia á cuestas; pero lejos de que esta penitente y rigurosa vida descompusiese su hermosura, cada dia adquiria nuevos grados, y cuanto mas se mortificaba, mas bella y mas perfecta parecia.

No era facil que dexase de rezumarse hácia afuera, á pesar del velo y de la retirada profesion, la noticia de una muger tan peregrina. Sabíase que habia en el convento una religiosa de extremada belleza y de virtud aún mucho mas singular. Practicáronse mil medios, y aun mil ardides para verla y para hablarla; mas no fue posible conseguirlo, porque jamás se quiso dexar ver de persona alguna de fuera, ni aun de sus mismos parientes.

Entre ótras, una señora viuda, moza y muy ilustre,

llamada Hiéria, que aún era catecúmena, tuvo tanta ánsia por conocerla y por hablarla, que hizo extraordinarias diligencias para conseguirlo; y como nada pudiese alcanzar de la superiora ni con sus razones, ni con sus ruegos ni con sus lágrimas, se arrojó á sus pies, protextando que no se levantaria de éllos, ni se apartaria de aquel sitio hasta lograr el consuelo de haber visto á Febronia. Compadecida la superiora de sus lágrimas y de su piadosa afliccion, consintió en darla gusto; pero como sabia bien la resolucion de su Sobrina de no ver jamás á persona seglar, ni de uno ni de otro sexô, la dixo que no sería posible vencerla mientras estuviese en aquel trage, y que así sería preciso se vistiese de religiosa, con lo que élla la introduciria en el convento como que era monja forastera. Salió bien el artificio; recibióla Febronia con grandes demostraciones de amor y caridad; diósela órden para que la acompañase, la cortejase y la diese conversacion; hízolo élla tan notable y tan elevadamente, hablóla de la dicha del estado religioso con tanta mocion y eficacia, que cuando Hiéria solo pensaba hasta entonces en pasar á segundas nupcias, desde aquel punto no pensó mas que en recibir cuanto antes el bautismo, y en retirarse del mundo, convirtiendo despues élla misma toda su familia á la fe de Jesucristo.

A esta conquista se siguió poco tiempo despues otra victoria mucho mas ilustre. Hallábase enferma Febronia, cuando llegó la noticia de que el prefecto Lisímaco y su tio Seleno venian á Sibápolis con órdenes terribles de los emperadores para exterminar á todos los cristianos. Anunciaban esta tempestad la alegría y el triunfo de los gentiles, como tambien los cadahalsos que se levantaban en las plazas públicas. Con esta noticia se llenaron los fieles de consternacion. Eclesiásticos, religiosos, seculares, y hasta el mismo obispo todos huian, y cada úno se ocultaba donde podia. Pero fue mayor la turbacion entre las religiosas; y ocupadas de terror á vista de lo que se contaba de la inhumanidad de los tiranos, estaban indeciblemente afligidas todas aquellas santas vírgenes. Conociendo el obispo el peligro á que se exponian si se quedaban en el monasterio, las dió licencia para que se saliesen de él, y se pusiesen en seguridad con la fuga. Era espectáculo

verdaderamente tierno ver aquella numerosa comunidad en punto de separarse, deshaciéndose en lágrimas, y sin abrigo donde recogerse; combatiendo entre dos afectos, y fluctuando entre el deseo de dar la vida por la fe y por conservar la virginidad, y entre el natural temor que las causaba el horror de los tormentos. La superiora, con un espíritu muy superior á su sexô y á su edad, declaró á todas sus hijas que tenian libertad para retirarse, aunque élla estaba resuelta á esperar la muerte dentro de su convento, teniéndose por muy dichosa si lograba terminar la vida recibiendo la corona del martirio. Pero no pudiendo ya disimular por mas tiempo su dolor, añadió: *Toda mi ánsia es saber qué hará mi querida Febronia.* *¿Qué haré yo?* respondió la santa Doncella con una resolucion noble, firme y generosa, *¿qué haré yo? mantenerme aquí baxo la proteccion de mi dulce esposo Jesucristo, y al amparo de mi amada madre la santísima Vírgen María. No temais, tia mia, que con la gracia de mi Redentor y de mi Salvador todo lo puedo. Ofrecíle ya el sacrificio de mi corazon, y ahora le ofrezco el de mi vida. ¿A qué mayor gloria ni á qué mayor dicha puedo aspirar yo que á derramar mi sangre por mi esposo Jesucristo?* Enterneció á todas las monjas este discurso, pronunciado con aquella resolucion y con aquel desembarazo que inspira una virtud verdaderamente cristiana; y aunque todas quisieran seguir el exemplo de Febronia, las mas, haciendo su oficio la flaqueza natural, buscaron en otras partes el asilo que pudieron contra el furor de los tiranos.

Era Lisímaco un jóven de veinte años no cumplidos, hijo del prefecto Antimo y sobrino de Seleno, á quien su padre le habia dexado muy encomendado estando para morir. Estimaba mucho el emperador Diocleciano á esta familia; y para darla pruebas de su amor hizo á Lisímaco prefecto del Oriente, dándole por asociado ó por asesor á su tio Seleno, que sabia muy bien era enemigo cruel de los cristianos. No así Lisímaco, que habiendo nacido de madre cristiana, los amaba y los estimaba mucho. Encargado de tan honorífica comision, le fue preciso salir á la frente de las tropas, cuyo mando encomendó al conde Primo, su primo hermano; pero con órden de que siguiese en todo los consejos de su tio Seleno. La primera execu-

cion de las órdenes del Emperador se hizo en Palmira, donde Seleno mandó despedazar con inaudita crueldad un número sin número de cristianos. Llenóse de horror Lisímaco á vista de tan bárbara carnicería, y confesó reservadamente al conde Primo, que como habia nacido de madre cristiana, no podia mirar sin mucho dolor la inhumanidad con que eran tratados aquellos inocentes. Entró Primo en el dictámen del Prefecto, y le ofreció sus buenos oficios en favor de los fieles. Hízolo así; pero no bastó toda su buena voluntad para estorbar que no se executasen en éllos todo género de suplicios. Dieron noticia á Seleno los gentiles de que habia un célebre monasterio de religiosas cristianas, y al punto destacó una compañía de soldados para que se apoderase de él. Forzaron las puertas del convento, y presentándose en éllas la superiora, iban ya á degollarla, cuando santa Febronia se arrojó á los pies de aquellos bárbaros, pidiéndoles por gracia que fuese élla la primera víctima por donde se diese principio al triunfo de la fe de Jesucristo. Detuviéronse un poco á vista de aquella intrepidez; pero cuando repararon mas en tan peregrina hermosura, quedaron como atónitos y suspensos. A este tiempo llegó el general Primo; echó de allí á todos los soldados, y sabiendo que las mas de las religiosas se habian escapado, no pudo contenerse sin exclamar. *¡Válganme los dioses inmortales! ¿y por qué no hicísteis vosotras lo mismo?* añadiendo, *todavía estais en tiempo, creedme, ponéos á cubierto de esta tempestad.*

Dió mientras tanto sus providencias para poner fuera de todo insulto aquellas vírgenes; y pasando á dar cuenta á Lisímaco de lo sucedido, retirándole aparte le dixo: *Encontré en el convento la que me parece tienen destinada los dioses para esposa tuya; es una doncella, que en todo su ayre muestra ser persona de mucha calidad; y lo cierto es, que su hermosura, en mi concepto, es la mayor de todo el mundo.* Pero Lisímaco le respondió: *Oí decir á mi madre, que las doncellas de los conventos eran esposas de Jesucristo; y así yo me guardaré bien de aspirar á semejante boda.* No fue tan reservada esta conversacion, que no la hubiese oido toda un soldado, el cual partió al punto á dar el soplo á Seleno, diciéndole como el conde Primo trataba de casar á su sobrino con una doncella cristiana de in-

comparable belleza. Entró en furiosa cólera Seleno; y como era el mas cruel enemigo que tuvo jamás el nombre cristiano, dió órden para que al instante fuese traida Febronia á su presencia. Fue espectáculo verdaderamente lastimoso ver aquella tierna y hermosísima Doncella cargada de pesadas cadenas, como una inocente oveja que los lobos arrancan del medio del rebaño, y la llevan al monte para despedazarla. Todas las religiosas deseaban seguirla para acompañarla en el martirio; pero declarando los soldados que solo tenian órden para llevar á ésta, las fue preciso conformarse, y seguirla solamente con las lágrimas, con los gemidos y con los mas íntimos suspiros. Su santa tia, superior á su dolor, se contentó con decirla al tiempo de abrazarla: *Anda, hija mia, muéstrate esposa digna de Jesucristo, y dame el consuelo antes de mi muerte de poder decir que tengo una sobrina mártir.* No la permitió decir mas el dolor y la violencia; enterneciéronse todas, y sola Febronia se mostró alegre, serena y tranquila. Pusiéronla en presencia de Seleno, y luego que la vió quedó como cortado y mudo; pero volviendo en sí, dió principio al interrogatorio, preguntándola quién era, y si era esclava ó libre. *Soy esclava,* respondió la Santa. *¿Y de quién?* replicó el Tirano. *De mi Señor Jesucristo*, respondió Febronia, *mi Salvador y mi Dios, á quien me consagré desde la cuna. Lástima es,* repuso Seleno, *que tan presto te dexases infatuar de esa vil secta; conoce ya tu desacierto, y abre los ojos á tu dicha; los dioses, á quienes te mando que sacrifiques, fabricarán tu fortuna*; y mostrándola á Lisímaco, añadió: *Quiero hacerte sobrina mia, dándote por esposo á este caballerito mozo, mi sobrino; serás muger de un caballero romano, y una de las primeras señoras del imperio. Ea, quítenla esas cadenas.* La Santa entonces agarrando las cadenas con las dos manos, y revistiéndose de cierto ayre magestuoso, digno de una verdadera esposa de Jesucristo: *Ruégote, Señor*, le dixo, *que no me quites el mas rico adorno que he tenido en todos los dias de mi vida. Y por lo que toca al partido que me propones, estando ya, como estoy, consagrada al soberano Dueño del Universo, es ocioso convidarme con todos los grandes ni con todos los príncipes de la tierra. La proposicion de que adore á los demo-*

nios, solo el oirla me causa horror. No pienses que por ser muger y niña tengo miedo á tus tormentos; soy cristiana, y con esto lo he dicho todo; cuantos mas tormentos me hagas padecer en defensa de mi religion, mas contribuirás á la gloria de mi Señor Jesucristo y tambien á mi triunfo, si me es lícito hablar de esta manera.

Aturdió esta respuesta al Tirano, y dexó como encantados á todos los concurrentes; pero volviendo de su asombro, mandó que al instante despedazasen el cuerpo de Febronia con aquel género de azotes que se llamaban plomadas. Horrorizó á los asistentes la barbaridad del Juez y la crueldad de los verdugos; pero no alteró la constancia de la Santa. Era todo su virginal cuerpo una sola llaga, y en medio de los tormentos se la oía cantar incesantemente alabanzas al Señor. Parecióle á Seleno que le insultaba, y creciendo su furor, dió órden de que la extendiesen en una especie de parrillas, y que abrasasen sus llagas á fuego lento. Era espantoso el tormento y vivísimo el dolor, retirándose la mayor parte aun de los mismos paganos, por no tener valor para ver aquella bárbara crueldad; solo la Santa, con generosa intrepidez, no cesaba de dar gracias á su divino Esposo por la gran merced que la hacia. Esta constancia hizo subir de punto la cólera y la rabia del Tirano; mandó que la magullasen la boca, que la hiciesen pedazos todos los dientes, y la arrancasen los pechos. Pero no bastando los azotes, el hierro ni el fuego para disminuir su fervor, ni para debilitar su constancia; horrorizada toda la ciudad á vista de la inhumanidad de Seleno, al mismo punto en que Febronia tenia todavía en la boca el dulce nombre de Jesus, su divino Esposo, fue separada la cabeza de su virginal cuerpo el dia 25 de junio hácia el principio del cuarto siglo.

Habian sido testigos Primo y Lisímaco, así del combate como del triunfo de la Santa, y estaban hablando de la magnanimidad de aquella Doncella y del gran poder del Dios de los cristianos; cuando los vinieron á decir que Seleno, perdiendo el juicio de repente, y agitado de un ímpetu furioso, se habia hecho pedazos la cabeza contra un pilar, y que habia espirado en el mismo sitio. Acudieron presurosos á su cuarto, y quedaron sobrecogi-

dos de un santo horror á vista del espantoso cadáver. Solo este rasgo faltaba, dixo Lisímaco á Primo, al triunfo de Febronia y á la gloria de Jesucristo; anda, amado Primo mio, entrégate del cuerpo de esa Heroína cristiana; recoge hasta la tierra que esté teñida de su inestimable sangre, enciérralo todo en una rica caxa; y si se opusiere algun oficial, dile resueltamente que es órden mia. En el mismo dia mandaron Primo y Lisímaco que cesase la persecucion: hiciéronse ambos cristianos, y á su conversion se siguió la de ótros muchos.

La misa es de la infraoctava de san Juan Bautista, y la oracion la que sigue.

Indulgentiam nobis, quæsumus, Domine, beata Febronia, virgo et martyr imploret, quæ tibi gratia semper extitit, et merito castitatis, et tuæ professione virtutis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, nos alcánce el perdon de nuestros pecados la intercesion de la bienaventurada vírgen y mártir Febronia, que tanto te agradó, así por el mérito de su castidad, como por la ostentacion que hizo su constancia de tu infinito poder: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 31. de los Proverbios.

Fortitudo et decor indumentum ejus, et ridebit in die novissimo. Os suum aperuit sapientiæ, et lex clementiæ in lingua ejus. Multæ filiæ congregaverunt divitias; tu supergressa es universas. Falax gratia, et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum, ipsa laudabitur. Date ei de fructu manuum suarum, et laudent eam in portis opera ejus.

La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último dia. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está en su lengua. Muchas mugeres amontonaron riquezas; pero tú aventajaste á todas. Es engañoso el donaire, y vana la belleza: la muger que teme á Dios, esa será alabada. Dadle del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en presencia de los jueces.

NOTA.

"Los proverbios de Salomon son, sin disputa, lo me»jor y lo mas escogido de sus obras; son como la quinta »esencia de aquella divina sabiduría que recibió de Dios, »y como el compendio de toda la filosofia moral. El nom»bre de *Proverbios* no se ha de entender aquí en la vul»gar significacion; pues solo quiere decir en esta ocasion »sentencias, máxîmas, apotégmas, lecciones cortas y »doctrinales en estilo conciso, lacónico y xugoso."

REFLEXIONES.

Está vestida de fortaleza y de hermosura. No hay cosa mas superficial ni menos sólida que la hermosura del cuerpo. Es mucha pobreza de entendimiento, y aun de corazon, hacer vanidad, y mucho mas hacer mérito de élla; porque mas tiene de imaginaria que de real. No hay cosa mas dependiente de las extravagancias del gusto si no la aníman el espíritu y la virtud; á lo mas es una bella estátua, salvo que no tiene su duracion ni su firmeza. Basta una calenturilla, una enfermedad de pocos dias, y aun de pocas horas para marchitar aquella flor pasagera; y cuando falten éstas, no es menester mas que la edad para ir abultando, descomponiendo y desconcertando aquellas delicadas líneas en que consistia toda la hermosura de la bella imágen. Sin embargo, este es aquel idolillo de todas las personas del otro sexô. Ya siquiera nos contentaríamos con que nos llamasen por auxîliar al arte para suplir lo que falta á la naturaleza. ¿Mas de qué artificios no se vale una muger para parecer lo que no es? ¿de qué estudio para brillar, para deslumbrar y para agradar? ¿Si pondrá tanto en edificar y en parecer buena cristiana? ¿Pero quién no sabe que la hermosura sin virtud es una máscara que se gasta ó se cae? Y en cayéndose la máscara, ¿quién puede ver sin horror lo que se escondia detrás de élla? Hay pocos hombres de juicio que no conozcan la máscara, y que no la desprecien. No hay cosa que parezca peor que la afectacion de parecer bien; ¿qué mérito darán á la persona las modas, las galas, los vestidos ricos, ni aquel desden, ni aquel orgullo,

aquella afectada fiereza en las preciadas de lindas? Solo sirven para que se conozca mejor lo mucho que les falta, y sobre todo, su corta capacidad y el desórden de sus costumbres. La profanidad de los vestidos es una lastimosa vanidad; pero es vanidad de moda. ¿Qué importa que la condene el espíritu de la religion cristiana, si el espíritu del mundo la aprueba y la autoriza? Hasta nuestros tiempos habia sido la modestia una de las prendas mas estimables en una muger cristiana; pero ya parece que esta virtud se ha desterrado de aquellas que se llaman señoras y mugeres de distincion: *Elevatæ sunt filiæ Sion, et ambulaverunt extento collo.* Las hijas de Sion, dice el Profeta (haciendo una pintura de las mugeres de nuestros tiempos), las hijas de Sion han tomado un bello ayre, andan con mucha fiereza, muy levantadas de cabeza, muy cuelli-erguidas, mostrando el orgullo y la presuncion en todos sus movimientos: sus gestos, sus acciones, sus meneos, su modo de mirar, y su gusto en el vestir, todo está publicando la mas ridícula y la mas lastimosa vanidad. Observa, dice el Profeta, con qué afectacion van moviendo los pasos y estudiando los meneos: *Et composito gradu.* ¡Válgame Dios! ¿Cuándo hemos de acabar de creer que todo el mérito de una muger consiste en la virtud? ¿cuándo hemos de convencernos á que su mayor, su único y su verdadero elogio le han de hacer su recato, su modestia, su retiro, su devocion y la constante aplicacion á las labores del sexô y al cumplimiento de sus obligaciones? Brilla, es verdad, una muger mundana con su profanidad, con sus galas, con su vanidad, con su ostentacion; ¿pero esta brillantez dura hasta la sepultura? ¿se zumba con la muerte, manteniendo aquel buen humor, aquel desembarazo, aquella libertad con que en sana salud se burlaba de las verdades mas terribles de la religion? Imagínate un conjunto de todas las perfecciones; añade á él todas las riquezas; junta á este cúmulo el tren mas ostentoso, los mas magníficos equipages; todo se acaba, todo se desvanece en la postrera hora. Solo la virtud es respetable, élla sola es la que brilla despues de la muerte.

El evangelio es del cap. 6. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit; si autem oculus tuus fuerit nequam, totum corpus tuum tenebrosum erit. Si ergo lumen, quod in te est, tenebræ sunt, ipse tenebræ quantæ erunt?

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo estará luminado; pero si tu ojo fuese malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Si la luz, pues, que hay en ti se hace tenebrosa, ¿cuán grandes serán las mismas tinieblas?

MEDITACION.

Del pecado de la impureza.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay pecado mas universal, pero tampoco le hay, cuyas heridas sean mas profundas ni mas mortales que el pecado de la impureza. Vióse Dios como obligado á anegar á todo el Universo en las aguas del diluvio, porque todo él se habia manchado y corrompido con este pecado. Solo diez justos pedia el Señor en Sodoma para detener el fuego que habia de reducir á cenizas todos sus habitadores; y no se hallaron en cinco grandes ciudades diez solas personas que no estuviesen manchadas con esta culpa. Pregunto: ¿Está el mundo mas exênto de élla el dia de hoy? ¿reyna hoy mas en el mundo la virtud de la pureza? ¿qué edad se halla á cubierto de este abominable pecado? ¿qué estado, qué condicion, qué sitio ni qué desierto donde no se deba estar en vela contra él? Es un enemigo doméstico, contra el cual siempre es menester estar con las armas en la mano, porque no da golpe, no hace herida que no sea mortal. Todo pecado de impureza es grave; por eso ninguno otro condena tantos hombres cada dia; élla es la causa mas universal de la condenacion de los hombres. La impureza, por lo comun, no como quiera es señal de la reprobacion, en cier-

ta manera es como principio de élla. ¡Qué tinieblas, qué ceguedad causa en el alma! ¡qué insensibilidad en todo lo que toca á la religion! ¡qué dureza en el corazon! Embrutece el alma, y no hay cosa que mas desfigure, aun al hombre de mayor entendimiento, que este pecado. Parece que apega el espíritu, que obscurece la razon, que estraga el mejor genio, que muda el corazon y que transforma todo el hombre. Con efecto, el espíritu mas brillante, el mas noble corazon, el genio mas apacible, el alma mas racional, la mas despejada, la mas atenta, la mas culta en menos de nada bastardea, se pervierte y se entorpece por la impureza. El que se entrega á este vicio, luego muda de ayre, de modales, de máxîmas, de principios; el ánimo se afemina, piérdese la sinceridad, desvanécense todas las buenas prendas, y sobre todo visiblemente se va apagando la fe; porque no hay pecado mas enemigo de la religion. Recorránse todas las sectas de los hereges: ninguna se hallará que no deba á este vicio su nacimiento ó por lo menos sus progresos; estragado el corazon por la impureza, facilmente se apodera el error de la razon. Concíbese tanto horror á la ley de Jesucristo, que no se puede sufrir la doctrina de su Iglesia, y se querria que fuese falsa una religion tan pura. No hay herege á quien no parezca precepto imposible el de la castidad. ¡Qué horror, buen Dios, se debe tener á este pecado!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay vicio cuyos efectos sean mas funestos; no hay pecado que precipite al hombre en mas profunda ceguedad, ni le despeñe en mas fatales desórdenes. El descaro, inseparable de este vicio, no tiene otro principio que la ceguera; y ésta es tanta, que el luxurioso ni ve la ruina de sus intereses, ni la de su honra, ni la de su familia. Ninguna pasion hace al hombre mas esclavo, mas brutal, ni hay ótra que le envilezca mas; el hombre sensual no se conoce á sí mismo, y apenas se diferencia de un animal (*P. Bourdal.*). Asombra verdaderamente hasta qué punto llega á embrutecer este pecado; no hay interes que no desprecie; no hay honra que

no sacrifique; no hay dignidad que no profane; no hay fortuna que no arriesgue; no hay amistad que no atropelle; no hay reputacion que no exponga; no hay ministerio que no manche; no hay obligaciones que no posponga al gusto de su pasion. ¿Qué caso se puede hacer de la religion de un impúdico? ó por mejor decir, ¿un impúdico puede tener mucha religion? No es el ateismo el que guia á la deshonestidad; la deshonestidad es la que precipita en el ateismo. No hay hombre desordenado en esta manera que no tenga el ánimo extragado y disoluto, que no haga vanidad de dudar de todo y de no creer nada. No se verá muger profana y divertida que no se precie de lo que se llama espíritu fuerte, y de disputar sobre las verdades del cristianismo; porque á fuerza de disputar se quisiera persuadir á sí misma que no hay Dios, segun aquella bella sentencia de san Agustin, que solamente dudan de que le haya aquellos que verdaderamente quisieran que no le hubiese. En los demas pecados el espíritu de tinieblas nos ataca como enemigo, nos solicita como tentador, nos sorprende como engañoso; pero en éste nos domina como tirano. Tantos esclavos hay cuantos se cuentan rendidos á este desdichado vicio. ¿Y se hallan muchos que vuelvan á cobrar su libertad? ¿qué pecado mas distante, al parecer, del arrepentimiento; y por consiguiente cuál ótro será mayor señal ó uno como principio de la reprobacion? Con todo eso, ninguno es mas comun; funesto principio, fatal orígen de todos los azotes con que el Señor, justamente irritado, castiga los reynos y las familias. ¡Qué horror se debe tener, y con qué vigilancia se debe vivir contra enemigo tan cruel y tan falaz! ¡qué precauciones se deben usar, qué desvelo, qué exâctitud se requiere para conservar la inocencia! ¡con qué cuidado se deben huir las mas mínimas ocasiones! ¡qué mortificacion de sentidos! ¿Podrá uno vivir entre el regalo, entre la ociosidad, entre los placeres, y ser casto?

¡O gran Dios de la pureza! infúndeme tanto horror á este vicio, que antes lo sacrifique todo, antes muera mil veces, que tener la desdicha de caer en tal pecado. Acobárdame verdaderamnnte mi flaqueza; pero me alienta vuestra infinita misericordia. Confio únicamente en vues-

tra gracia, y espero que aplicando todos los medios para conservar mi preciosa inocencia, no permitireis que jamás manche mi alma con tan fea culpa.

JACULATORIAS.

Pepigi fœdus cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de virgine. Job. 31.

Hice pacto con mis ojos de que se habian de abstener de objetos peligrosos, para librarme de pensamientos deshonestos.

Aufer à me ventris concupiscentias, et concubitus concupiscentiæ ne apprehendant me. Eccl. 23.

Apartad, Señor, de mi imaginacion todo torpe pensamiento.

PROPOSITOS.

Es la impureza un horrible monstruo con quien parece que el mundo se ha domesticado, á pesar de los estragos, de las heridas que abre en el alma. Los lazos que arma son tan ocultos, y los prepara tan disimulados, que pocos desconfian de éllos. Este enemigo cruel tiene secretas inteligencias con nuestro corazon; sus saetas están doradas, mas no por eso son menos penetrantes; todas están envenenadas, y aunque sea dulce el veneno, siempre es mortal; y lo mas extraño es, que todos los sentidos contribuyen á introducir en el alma este veneno. Con verdad se puede decir, que todos éllos concurren á engañar al corazon para que el pecado reyne en él. Una voz dulce lleva consigo el veneno; el canto, la armonía ablandan el alma, y la van disponiendo para que se la pegue el contagio; los ojos son las ventanas por donde entra la muerte; para un corazon ya preparado, todo es tentacion. Por eso se ha dicho tantas veces que el remedio mas eficaz contra este mal es la fuga. Aun los desiertos mas espantosos no son asilo seguro, ¿qué será el tumulto del mundo? Aplica todo tu cuidado, todo tu desvelo á ocupar y á cerrar las entradas á este enemigo. Está perpétuamente alerta contra las sorpresas de los sentidos; ténlos en con-

tinua esclavitud si no quieres ser esclavo de éllos. Huye las frecuentes conversaciones con personas de diferente sexô; en éllas se procura que brille la discrecion y la gracia; ésta no brilla sin el fuego; y donde hay fuego hay humo. Vela sobre tus hijos y tus criados, porque los peligros son comunes á todos; no te concedas libertad alguna desordenada por mínima que sea. La delicadeza de conciencia conserva la virtud; en este particular no te perdones ni aun el mas mínimo descuido, y hasta la sombra del pecado te debe causar temor.

2 Cuida mucho de no tolerar en tu casa pinturas indecentes, libros lascivos, historias de galanteos ni novelas. No hay cosa mas nociva que estos instrumentos, de que se vale el demonio para manchar el alma, despertando en élla la concupiscencia. Las imágenes desnudas que se representan en los cuadros, abren mortales heridas en el corazon; quema hoy mismo todas esas obras del espíritu lascivo; no te excuses con que son de mucho valor, salvo que las estimes mas que á tu alma. En una casa cristiana todo ha de respirar piedad. Sobre todo, ten siempre un sumo horror á todo trage provocativo, á toda moda inhonesta, desterrándola de tu casa, y no sufriéndola en tu familia. Basta que la religion la desapruebe para que no la toleres tú. Ninguna cosa prueba tanto la desenfrenada licencia de nuestro siglo como esas modas escandalosas. Introdúcenlas por lo comun las comediantas; y esto solo debiera bastar para que las mirase con horror toda doncella cristiana y de vergüenza.

DIA VEINTE Y SEIS.

San Juan y san Pablo, hermanos, mártires.

Estos dos ilustres Mártires tan célebres en la universal Iglesia fueron italianos de nacion, y á lo que se cree, de muy noble nacimiento; pero se hicieron respetar mucho mas por su mérito personal y por

aquel inviolable amor á la religion cristiana, de cuya pública profesion hacian el mas generoso alarde.

La princesa Constancia, hija del emperador Constantino el Grande, sanó repentinamente de cierta molesta enfermedad por la intercesion de santa Ines; y agradecida á este beneficio del cielo, determinó renunciar las vanidades del mundo, haciendo voto de castidad, por lo que suplicó al Emperador su padre tuviese á bien que sin dexar la corte hiciese una vida retirada, exemplar y recogida. Sorprendió gustosamente al piadoso Emperador la generosa resolucion de la Princesa, y él mismo quiso disponer la casa echando mano de aquellos criados y oficiales, cuya virtud y talentos juzgó habian de congeniar mas con la cristiana inclinacion de su hija, nombrando á Pablo por su primer caballerizo, y á Juan por su mayordomo mayor.

Muy en breve se hizo distinguir y se comenzó á celebrar en toda la corte su prudencia, su despejo, su cultura, su urbanidad, y sobre todo su virtud, siendo el asunto mas frecuente de las conversaciones de palacio. Especialmente la Princesa, que los trataba mas de cerca, y conocia mejor que todos la sólida piedad de aquellos dos señores, no se hartaba de alabarlos; pero los hizo mucho mas célebres un suceso sin duda muy singular.

Los scitas, nacion bárbara y cruel, entraron en la Tracia con un formidable exército, llenándolo todo de terror, hasta las mismas puertas de Constantinopla, que actualmenté estaba edificando Constantino, y todavía no se hallaba en estado de defensa. Levantó prontamente el Emperador todas las tropas que pudo para oponerlas á aquel torrente; y sabiendo que el mejor general de sus exércitos era Galicano, como lo habia experimentado en la guerra contra los persas que acababa de terminar gloriosamente, le nombró por general del exército que mandó marchar contra los scitas.

Aunque Galicano estaba todavía sepultado en las tinieblas de la gentilidad, con todo eso era un señor muy estimado en la corte por su valor y por las victorias que habia conseguido contra los enemigos del imperio. Ya habia sido cónsul, y aspiraba por sus méritos á los pri-

meros empleos; por lo que no quiso admitir el mando de aquella expedicion, sino con las dos precisas condiciones de que si volvia victorioso se le habia de hacer cónsul segunda vez, y el Emperador le habia de dar por esposa á la princesa Constancia.

En la primera no habia dificultad; pero en la segunda se halló muy embarazado el Emperador, como quien no ignoraba la resolucion de la Princesa, y no pudo disimular su inquietud. Informada Constancia del embarazo en que se hallaba el Emperador su padre, pasó á su cuarto, y conociendo la falta que le hacia aquel oficial, llena de confianza en Dios, y muy asegurada de que el mismo Señor tomaria de su cargo la custodia de su virginidad, dió su consentimienio para que la prometiese á Galicano por esposa; pero con la condicion de que el General llevase en su compañía á sus dos gentiles hombres Juan y Pablo, dexando en la de la misma Princesa á sus dos hijas Atica y Artemia, que habia tenido en el primer matrimonio. Aceptóse prontamente la condicion, y aquellas dos damas pasaron luego al servicio de Constancia, marchando Juan y Pablo al exército en compañía de Galicano. Dió éste la batalla á los scitas, y fue casi del todo derrotado, quedando hecha pedazos una gran parte del exército, de manera que ya solo pensaba en retirarse, cuando los dos hermanos Juan y Pablo le aconsejaron hiciese voto de abrazar la religion cristiana si Dios le concedia la victoria. Hízole, y de repente ocupó tal terror el corazon de los bárbaros, que baxando las armas, y abatiendo las banderas se le rindieron á discrecion, cuando ya parecia tener en las manos una victoria completa.

Pero mas gloriosa la acababa de conseguir la Princesa, triunfando en fin de la obstinacion con que Atica y Artemia se habian atrincherado hasta entonces en el paganismo; pues abriendo finalmente los ojos á los rayos de la divina gracia, y movidas no menos de los exemplos que de las exhortaciones de su ama, abrazaron ámbas nuestra santa religion.

Mientras en la corte del Emperador se celebraba el triunfo de la fe en la insigne conversion de aquellas dos señoras, llegó la noticia de la completa victoria que Galicano habia conseguido de los scitas; mas ninguna otra

circunstancia la hizo tan plausible como la milagrosa conversion del General, que despues de haber obligado á los bárbaros á abandonar todo el bagage, á retirarse á su pais, y á pagar anualmente un tributo al Emperador, volvió á la corte, ya no con el pensamiento de recibir la toga consular, ni de desposarse con la princesa Constancia, sino con la resolucion de abrazar la religion cristiana, y retirarse del mundo para dedicarse á Dios enteramente. No obstante, reconocido el Emperador á sus grandes servicios, le creó cónsul, y le decretó los honores del triunfo. Concluído su consulado, en el cual dió libertad á cinco mil esclavos suyos, se retiró á Ostia con san Hilario, fixando allí su habitacion, y fundando un gran hospital, cuya direccion tomó él mismo á su cargo, sirviendo por su persona á los pobres con tanta caridad, que su nombre se hizo famoso en toda la universal Iglesia. El emperador Juliano Apóstata, que sucedió al hijo de Constantino el año de 361, noticioso del retiro de Galicano, y del zelo con que socorria á los cristianos, le envió órden para que sacrificase á los ídolos, ó saliese al punto de Italia. Retiróse á Alexandría, donde continuó sus oficios de caridad alentando á los fieles, atendiendo á las necesidades por todos los medios posibles, hasta que mereció la corona del martirio en el dia 25 de junio en que la Iglesia celebra su memoria.

Mientras tanto restituidos ya Juan y Pabo á la corte para servir sus empleos en el cuarto de la princesa Constancia, proseguian con mayor fervor que nunca en el exercicio de sus devociones y obras de misericordia, distinguiéndose cada dia mas por sus crecidas limosnas y por su insigne caridad. Del favor que lograban con la Princesa y con el Emperador solo se valian para el consuelo de los infelices; recurriendo todos á éllos como á protectores de huérfanos, padres de pobres y amparo de desvalidos.

Muerto Constantino el Grande se mantuvieron en la corte Juan y Pablo con el mismo valimiento y estimacion de sus hijos, que habian logrado durante la vida de su padre, conservándoseles en sus empleos aun despues que murió tambien la Princesa. Pero luego que subió al trono Juliano Apóstata, y se declaró enemigo de Jesucristo con

resolucion de exterminar la religion cristiana, nuestros Santos hicieron dimision de sus cargos; renunciaron el elevado lugar que ocupaban en el estado, y retirándose de la corte, como personas particulares, se dedicaron enteramente al exercicio de buenas obras.

Disimuló por algun tiempo Juliano, conteniéndole la calidad y el mérito de los dos santos Hermanos; pero noticioso del mucho bien que hacian á los cristianos, y de la singular veneracion que se merecian, tanto de los grandes como del menudo pueblo, resolvió pervertirlos ó perderlos. Con este intento dió órden á Terenciano, capitan de una compañía de sus guardias, para que pasase á verse con éllos, y les dixese de su parte, que siendo su ánimo honrar á los oficiales antiguos de Constantino y de los hijos de este Príncipe, sus predecesores, deseaba viniesen á la corte y exerciesen las funciones de sus empleos. Respondieron los dos Santos que estaban sumamente reconocidos al honor con que la bondad del Emperador se dignaba distinguirlos; pero que siendo cristianos los dos, no se podian resolver á servir en el palacio de un Emperador que tan altamente se habia declarado contra la religion que profesaban.

Dió cuenta Terenciano al Emperador de esta respuesta; mostró irritarse mucho con élla, y en tono colérico y arrebatado protestó que solamente les concedia diez dias de término para que tomasen su partido, y que si pasados éstos no se rendian á su voluntad, él los haria experimentar hasta dónde podian llegar los efectos de su indignacion. Informados los Santos de las amenazas del Emperador por el oficial que les intimó su resolucion, le respondieron podia asegurar á su Magestad, que no habiendo en el mundo respeto alguno capaz de hacerlos titubear en la fe que profesaban, era ociosa tanta dilacion; que ni diez dias ni diez años los harian apostatar; que ni reconocian, ni adoraban otro Dios que el verdadero, y estaban prontos á dar su sangre por su amor y por su gloria.

No obstante lo mucho que ofendió á Juliano tan generosa respuesta, disimuló, y dexó en paz á los dos Hermanos. Aprovecharon aquel tiempo los ilustres Confesores de Cristo para prevenirse al martirio; distribuyeron todos

sus bienes á los pobres, y se emplearon dia y noche en exercicios de devocion y en obras de misericordia. Pasados los diez dias los buscó en una casa Terenciano, y despues de mil protestas de amistad no perdonó á diligencia alguna para persuadirlos que á lo menos en la apariencia condescendiesen con la voluntad del Emperador: *No os pide su Magestad*, les decia, *que renuncieis públicamente vuestra religion, no pretende que concurrais á los templos, y que en éllos rindais adoraciones á los dioses del imperio; conténtase con que privadamente tributeis culto al gran Júpiter, cuya imagen os presento*; y diciéndo esto sacó debaxo de la capa un idolillo de aquella mentida deidad. Horrorizados los dos Santos al ver dentro de su casa aquella sacrílega estátua: *Hacednos, Señor, merced*, exclamaron sobresaltados, *de apartar de nuestros ojos objeto tan abominable. ¿Es posible que un hombre, no ya de vuestro despejado entendimiento, sino de mediana razon, pueda incurrir en semejantes desaciertos, y que la idea sola que tenemos de Dios no baste á convenceros que no es posible haya mas que uno, y que todo aquel risible monton de soñadas deidades no es mas que una impía extravagancia?*

Interrumpiólos Terenciano, y les dixo, que pues persistian en ser cristianos, era preciso se resolviesen á perder la vida. Al oir esta sentencia los dos santos Hermanos, se hincaron de rodillas, y levantando los ojos al cielo rindieron mil gracias á Dios por la merced que los hacia.

Temióse una sedicion en Roma por la general estimacion que se merecian los dos Santos si llegaba á los oidos del pueblo la noticia de su muerte; por lo que se dió órden al Oficial que la executase en secreto. Así lo hizo, mandándolos cortar las cabezas á media noche dentro de su misma casa, en cuya huerta hizo abrir una profunda fosa, donde los mandó enterrar, muy satisfecho de que igualmente quedaba sepultada la noticia de su martirio. Pero quedó extrañamente sorprendido cuando supo la mañana siguiente que la publicaban todos los poseidos del demonio, quejándose á gritos de lo mucho que los atormentaba el Dios de los mártires Juan y Pablo; siendo el que mas levantaba la voz un hijo del mismo Terenciano, de quien se apoderó de repente el enemigo. Pero

implorando su padre la intercesion de los mismos Santos, quedó el hijo repentinamente libre; con cuyo milagro se convirtió Terenciano y toda su familia. Desde entonces, esto es, desde el año de 363, fue célebre en toda la Iglesia el culto de los dos Santos, erigiéndose poco tiempo despues una muy magnífica en el sitio de su misma casa, que hasta el dia de hoy tiene su nombre, y es título de cardenal, venerándose en élla sus reliquias. Los sacramentarios antiguos de la Iglesia romana, especialmente el del papa Gelasio y el de san Gregorio el Grande, no solo traen misa particular para el dia de su fiesta, sino tambien para el de su vigilia, que antiguamente era de ayuno; lo que acredita la solemnidad con que se celebraba.

La misa es en honor de los Santos, y la oracion la que sigue.

Quæsumus, omnipotens Deus, ut nos geminata lætitia hodiernæ festivitatis excipiat, quæ de beatorum Joannis et Pauli glorificatione procedit; quos eadem fides et passio vere fecit esse germanos: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, lleneis nuestras almas del duplicado gozo que nos corresponde por la duplicada gloria de los dos santos Juan y Pablo verdaderamente hermanos en la constancia de la fe y en la corona del martirio: Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 44. del libro de la Sabiduría.

Hi viri misericordiæ sunt, quorum pietates non defuerunt: cum semine eorum permanent bona, hæreditas sancta nepotes eorum, et in testamentis stetit semen eorum: et filii eorum propter illos usque in æternum manent: semen eorum et gloria eorum non derelinquetur. Corpora ipsorum in pace sepulta sunt, et nomen eorum vivit in generationem et generationem. Sapientiam ipsorum narrent populi, et laudem eorum nuntiet Ecclesia.

Estos son varones de misericordia, cuyas piedades no se han olvidado. Con su estirpe permanecen los bienes: sus sobrinos son un pueblo santo, y sus descendientes estuvieron firmes en la alianza, y por su mérito durará eternamente su descendencia: su estirpe y su gloria no se olvidará. Sus cuerpos fueron sepultados en paz, y su nombre vive por todos los siglos. Los pueblos celebrarán su sabiduría, y la Igletia anunciará sus alabanzas.

NOTA.

„El autor del libro intitulado Eclesiástico ó Sabidu-„ría, de donde se sacó esta epístola, despues de haber „dictado máxîmas de moral y de buena conducta para „todos los estados de la vida en el cuerpo de su libro, „concluye su obra con los elogios de los grandes hombres „que por su virtud ilustraron su patria y su nacion, á „los cuales propone por modelo.

REFLEXIONES.

¿De dónde nace aquella contínua série de bendiciones como hereditarias que fixan las prosperidades de las familias, y en cierto modo las hacen felices como por derecho de sucesion? Ciertamente no nace de los bienes que se amontonaron; pues vemos á cada paso casas muy opulentas, cuya prosperidad no hace mas que asomarse, y á la segunda generacion vuelven á caer en la miseria y en la obscuridad de donde salieron. ¡Cuántas familias ilustres se han visto extinguidas! ¡cuántos padres ricos que dexaron arruinados á sus herederos! ¡cuántos hijos estúpidos é insensatos de padres entendidos y discretos! ¡cuántos disipadores de los bienes que amontonaron sus padres á costa de su afan y de su prudente economía! El genio de la fortuna es inquieto; por buen recibimiento que se la haga en las familias, no hay que esperar se mantenga en élla muy de asiento. ¡Oh, y de cuántos altos y baxos se compone nuestra vida! ¡qué de revoluciones hay en élla! las cuales prueban concluyentemente que la mas brillante prosperidad es un relámpago que deslumbra y desaparece. Desengañémonos, solo el amor y la fidelidad á la religion, solo el retiro y la soledad hacen hereditarias las prosperidades; sobre todo, la caridad y la limosna siembran la fortuna y aseguran la felicidad. No hay mejor defensivo contra el golpe de los vientos y contra el estrago de los temporales, que las chozas de los pobres. Sus bendiciones conjuran las tempestades; sus manos, por decirlo así, sostienen la buena fortuna. Los hombres de caridad y de misericordia siempre dexan una rica herencia. Fuera de que siempre subsisten los monumen-

tos de su piedad, se hacen permanentes los bienes que traspasan á sus herederos. Pero aquellas almas duras con los infelices, aquellos corazones insensibles á las miserias agenas, aquellos hombres sin piedad y sin misericordia amontonan de ordinario grandes tesoros de iniquidad, que cunden frecuentemente hasta las mas retiradas generaciones; pero sus riquezas las roe el gusano y la polilla, sin que por lo comun lleguen á manos de sus nietos: *El que derrama abundantemente sus bienes en el seno de los pobres*, dice el Profeta, *nunca se desvia del sendero de la justicia, y será elevado á la cumbre del poder y de la gloria.* Lo mismo dice el Sabio que el Profeta, porque el mismo Espíritu los animaba á los dos. *Dichoso aquel que se compadece del pobre y del afligido; si él mismo llegare á verse en afliccion y en necesidad, el Señor acudirá pronto á consolarle y á socorrerle; él le fortificará y le conservará en todos los peligros de la vida; le hará dichoso en la tierra á pesar de cuantos esfuerzos hagan sus enemigos para perderle.* ¡Cosa extraña! Apúrase todo el entendimiento humano en discurrir precauciones, y toda la jurisprudencia es inventar términos para asegurar las herencias y las ricas sucesiones, substituciones, fideicomisos, donaciones, glosas, &c. y nada basta para evitar las revoluciones, ni para fixar la fortuna. Elévase una sobre las ruinas de ótras, y las mas rápidas no suelen ser las mas durables. Todos esos colosos estriban sobre pies de arena. ¿Quieres que sea menos perecedera esa fortuna? ¿quieres que sea eterna? Pues fúndala sobre el cimiento de la caridad, si es lícito hablar así. Sé hombre de misericordia, y permanecerán los bienes que dexares á tus herederos.

El evangelio es del capítulo 12. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Attendite à fermento pharisæorum, quod est hypocrisis. Nihil autem opertum est, quod non reveletur: neque absconditum, quod non sciatur. Quoniam quæ in tenebris dixis-

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discipulos: Guardáos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Nada, pues, hay oculto, que no se haya de descubrir: ni escondido, que no se haya de saber. Porque las cosas que dixísteis

tis, in lumine dicentur: et quod in aurem locuti estis in cubiculis, prædicabitur in tectis. Dico autem vobis, amicis meis: Ne terreamini ab his, qui occidunt corpus, et post hæc non habent amplius quid faciant. Ostendam autem vobis quem timeatis: timete eum, qui, postquam occiderit, habet potestatem mittere in gehennam. Ita dico vobis, hunc timete. Nonne quinque passeres væneunt dipondio, et unus ex illis non est in oblivione coram Deo? Sed et capilli capitis vestri omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus pluris estis vos. Dico autem vobis: Omnis quicumque confessus fuerit me coram hominibus, et Filius hominis confitebitur illum coram angelis Dei.

en lo obscuro se dirán de dia: y lo que hablásteis á la oreja en los retretes, se publicará sobre los tejados. A vosotros, pues, amigos mios, os digo: No os amedrenteis de aquellos que matan el cuerpo, y despues de esto no pueden hacer mas. Mas yo os mostraré á quién debeis temer: temed á aquel que despues de quitar la vida tiene potestad de enviar al infieruo: esto es lo que os digo: temed á éste. ¿No es verdad que se venden cinco aves por precio de dos sueldos, y con todo eso ni una de éllas está olvidada en presencia de Dios? Mucho mejor todos los cabellos de vuestra cabeza estan contados. No temais, pues; vosotros sois de mucho mas precio que muchas aves. Os aseguro, pues, que todo aquel que me reconociere delante de los hombres, le reconocerá tambien el Hijo del hombre delante de los ángeles de Dios.

MEDITACION.

De la hipocresía.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la hipocresía es una máscara en materia de devocion, tanto mas exêcrable cuanto es mas impia, pues del mismo culto de Dios se sirve contra Dios mismo. Echa mano del ayre, del nombre y del semblante de la virtud para encubrir el vicio. No hay en la religion cosa tan augusta ni tan sagrada que no la profane; ninguna tan divina que no abuse de élla; en fin, la hipocresía es una doble impiedad.

Contrahace todas las virtudes para deslumbrar y para engañar con mayor seguridad. Devocion tierna, hu-

mildad profunda, desinteres universal, zelo ardiente, caridad generosa, mortificacion exterior, dulzura aparente, y sobre todo una modestia afectada, la mas propia para alucinar y para engañar; todo lo pone en práctica para grangear reputacion, para adquirir el nombre de santo, á cuyo favor comete el hipócrita las mas enormes maldades. El orgullo es el alma de la hipocresía, y su fruto natural es la irreligion.

Se puede comparar la hipocresía á aquella muger de quien habla san Juan en el Apocalipsi, vestida de púrpura y de escarlata, cubierta de oro, cuajada de perlas y de pedrería, con una copa de oro en la mano, pero llena de abominacion. Todos los vicios hacen fortuna cubiertos con el velo de la hipocresía; búrlase siempre de las almas sencillas, las cuales indefectiblemente caen en su lazo; porque no es facil defenderse de un enemigo de quien no se desconfia. El veneno de que se sirve el hipócrita se comunica por los ojos y por los oidos. Todo lo que se ve, edifica; todo lo que se oye de su boca es loable; ni aun siquiera se ofrece á la imaginacion el artificio: con que es preciso que muchos caigan en la red. No inventó el demonio enredo mas comun ni mas poderoso para perder á muchas almas. Por la hipocresía se introduxeron casi todas las heregías; á élla la deben sus progresos; élla es su principal agente. Busca una sola que no se haya cubierto con el bello vestido de reformar, que no se haya entrado gritando contra la relaxacion. Arrio afecta un exterior tan humilde, tan compuesto y tan devoto, que le hacen la corte todas las mugeres devotas de Alexandría. El obispo Nestorio y el monge Eutiques engañan al pueblo y á los grandes con su exemplar exterioridad. Pelagio es reputado por un santo sacerdote. Lutero y Calvino solo predican reforma; en fin, siempre se extendió el veneno de la heregía con el nombre de religion, de mortificacion y de piedad. Santo Dios, ¡qué vicio mas pernicioso! ¡qué impiedad mas digna de temerse!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que contra ningun otro vicio se explicó mas fuertemente Jesucristo; cuando trataba de él parece que se olvidaba de su moderacion, y que arrimaba á un lado todo comedimiento y medida. ¡Ay de vosotros, decia, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes á los sepulcros blanqueados; por afuera hermosos á los ojos de los hombres, y por adentro ceniza, calaveras, huesos, hediondez y podredumbre! Así sois vosotros: en lo exterior hombres ajustados, en lo interior gente perversa, atestados de hipocresía y de iniquidad. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerrais á los hombres los puertas del reyno de los cielos; y como vosotros jamás habeis de entrar por éllas, quereis esten tapiadas para los demas que se presenten con deseo de que se les franqueen! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que haceis en el templo largas oraciones, y despues devorais las casas de las pobres viudas! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que siendo muy escrupulosos en pagar exâctamente el diezmo del cilantro, del anís y del comino, atropellais lo mas importante de la ley, abandonando la justicia, la misericordia y la fidelidad! Bueno es hacer lo primero, mas sin omitir lo segundo. Directores ciegos, infelices y descaminados, que cuando bebeis haceis escrúpulo de tragar un mosquito, y no le haceis de tragaros un camello. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, muy cuidadosos de la limpieza exterior del plato y de la capa, al mismo tiempo que en lo interior todo es rapiña y basura. Serpientes, generacion de víboras, ¿cómo os libraréis de ser precipitados en el infierno? Considera que el que habla así es el mismo Jesucristo; aquel dulcísimo Salvador, cuyo carácter era el de la blandura y la misericordia; aquel que absolvió á la muger adúltera, que defendió á la pecadora, que comia con los publicanos y trataba blandamente con los pecadores. El mismo es el que trata con tanto desprecio, con tanta dureza á los hipócritas. Comprende la enormidad de este pecado por el horror que le profesa, y mas cuando no se sabe hubiese convertido ni á un solo hipócrita.

¡Pero cuántos géneros hay de hipocresía! disimulaciones, artificios, fingirse uno lo que no es, y ocultar lo que es en materia de devocion, de honradez, de amistad y de virtud. Todo está lleno de simulaciones, todo de máscaras de diferentes especies; pero la hipocresía mas peligrosa es la que remeda la virtud y la devocion. Se puede dudar si el hipócrita cree en Dios, por no agraviarle mas diciendo que se burla de él. Acordémonos de que el antiguo y el nuevo testamento estan llenos de imprecaciones contra los embusteros, contra los enmascarados, contra los disimulados, contra los hipócritas; objetos dignos del aborrecimiento de Dios y de la indignacion de los hombres de bien.

¡Mi Dios, y cuánto tengo de que enmendarme en este punto! ¡cuántas veces me he disfrazado, no ya para engañaros á vos, Dios de mi vida, sino para engañarme á mí mismo y á los demas! Atendiendo mas á componer el exterior, que á arreglar mi corazon, para que caminase en espíritu de rectitud y de sinceridad; ¡qué de veces me lisonjee interiormente de lo que es preciso me haga llorar algun dia! Perdonadme, Señor, por vuestra infinita misericordia, esta falta de sinceridad. Vos estais mirando, vos estais penetrando el corazon del hombre; confio en vuestra divina gracia que ya no vereis ni sombra de hipocresía en el mio.

JACULATORIAS.

Quæ est spes hypocritæ? nunquid Deus audiet clamorem ejus cum venerint super eum angustiæ? Job. 27.

¿En qué coloca su confianza el hipócrita? ¿acaso oirá Dios sus clamores cuando venga sobre él el dia de la tribulacion?

Spiritum rectum innova in visceribus meis. Salm. 50.

Renueva, Señor, en mi corazon el espíritu de verdad y de sencillez.

PROPOSITOS.

Cuántas hipocresías juzga el hombre que le son permitidas para disimular lo que es, y para afectar lo que no es; sobre todo, ¿cuándo se considera necesaria la buena reputacion para el bien comun? ¿cuánta multitud de

hombres hay en el mundo, cuya vida es una contínua hipocresía, ocupada toda en ostentar virtudes aparentes, y en ocultar vicios verdaderos? Como el arte es mas industrioso que la naturaleza, siempre dexa muy atras la hipocresía á la verdadera virtud. ¿Qué horror debes profesar á este vicio? Hay muchas suertes de hipocresía; simulaciones de amistad, simulacion de compostura, simulacion de gravedad, simulacion de juicio, simulacion de modestia, simulacion de crianza y de urbanidad. Pero la mas peligrosa de todas las hipocresías, como ya se ha dicho, es la que se emplea en contrahacer la virtud y la devocion. Huye de todas cuidadosamente, imponiéndote una ley irrevocable de ser siempre el mismo que pareces hácia afuera. No hay cosa mas odiosa en la vida civil, ni en la cristiana, que el representar un personage de comedia. Sé siempre en el fondo del corazon buen amigo, buen amo, buen criado, buen religioso y buen cristiano. Si admiran todos tu exterior dulzura y suavidad, nunca des lugar en tu corazon ni á hiel, ni á resentimiento, ni á amargura. Si se celebra tu modestia, sea la misma tu circunspeccion y tu reserva cuando estás solo en tu cuarto, que cuando sales á la calle, ó te dexes ver en medio de la plaza; observa la misma compostura, la misma gravedad, la misma cortesanía en particular que en público; porque nunca es lícito á un hombre honrado hacer papel de comedia.

2 Ya que queda advertido que la mas odiosa de todas las hipocresías es la de fingir virtud y devocion, trata de ser sólidamente virtuoso y devoto sin intercadencias; nunca dependa tu devocion del humor, ni del tiempo, ni de la salud, ni de la continuacion de tus negocios; en todas ocasiones y en todas circunstancias debes ser humilde, devoto, religioso y mortificado. Puede y debe avivarse tu fervor en las fiestas grandes; pero la devocion nunca ha de hacer ausencia; podrás alguna vez ser menos fervoroso, pero nunca te es lícito ser indevoto. Al público debes la edificacion; á Dios y á ti la perseverancia. Jamás te dispenses en tus exercicios espirituales; si alguna vez te vieres obligado á mudar de director, no por eso mudes tu regla de vivir, sino que sea para adelantar en perfeccion. Las mortificaciones interiores y ocultas son menos

sospechosas; el ruido disminuye por lo comun el mérito de la virtud; no conviene que las alabanzas pongan en peligro la virtud, la turben ó la alteren. Igual devocion se debe profesar, ya sea entre los aplausos, ya entre los desprecios.

DIA VEINTE Y SIETE.

San Ladislao, rey de Ungría.

San Ladislao, mas ilustre por sus virtudes y por sus milagros, que por sus conquistas y por su corona, fue hijo del rey Bela, nieto de un primo hermano de san Esteban, llamado Apóstol de Ungría. Nació el año de 1041 en Polonia, donde se habia refugiado su padre huyendo de las violencias de Pedro, sucesor de san Esteban. Crióse juntamente con su hermano mayor Geyza al lado de su madre, hija del duque de Polonia, princesa virtuosa, que dedicó el mas vigilante cuidado á su mejor y mas cristiana educacion; aunque el bello natural de Ladislao se anticipaba á todas las instrucciones.

Observóse desde luego en el jóven Príncipe una índole tan apacible, una compostura y una docilidad, que arrebataba los corazones y la adminacion. Adelantóse la devocion á los años, y al uso de la razon la prudencia y la cordura. Eran las nobles prendas de Ladislao el hechizo de la corte de Polonia, cuando volvió á Ungría su real casa por una repentina revolucion de aquel reyno.

Muerto el rey Pedro, subió al trono Andres, hermano mayor de Bela, y tio de Ladislao. Llamó á la corte á su hermano, dióle el título de duque, y quiso que sus dos sobrinos Geyza y Ladislao se criasen en su palacio, y á vista de su persona. Dentro de poco tiempo fue Ladislao el embeleso de la corte de Ungría, como lo habia sido de la de Polonia. Era casto, sóbrio, compuesto, afable con todo el mundo, respetado por su eminente vir-

tud, y sobre todo lleno de compasion y de caridad con los pobres; no menos enemigo de la ambicion que de la avaricia. Conocióse esto cuando su padre Bela ascendió á la corona de Ungría, porque no pudo disimular su disgusto y su dolor, viéndole en el trono por haber quitado la vida á su propio hermano Andres en un sangriento combate. Explicó públicamente su desaprobacion y su justo sentimiento, mostrando despues por toda su conducta que en esto solo se gobernaba por las reglas de la equidad y por los principios de la religion; porque siendo electiva la corona, trabajó cuanto pudo, muerto ya su padre, para que recayese en las sienes de Salomon, hijo de Andres, sin atender al interes que le resultaria en solicitarla para su hermano Geyza, ó para su misma persona.

Hízose á todos odioso Salomon por sus crueldades y por otros muchos excesos. Juntóse Ladislao á Geyza para arrojarle del trono. Subió Geyza á él, y le ocupó solos tres años. Muerto Geyza, los prelados, la nobleza del reyno y los magistrados de las ciudades, todos de unánime consentimiento eligieron á Ladislao para sucederle. Vivia todavía Salomon en el lugar de su destierro, y con una generosidad, acaso sin exemplo, acordándose Ladislao de las razones que habia tenido presentes la primera vez para preferirle á su hermano, por las mismas quiso ahora preferirle á sí mismo, y pasó los mas vivos oficios con las córtes del reyno para que le restableciesen en el trono; pero las córtes negaron resueltamente los oidos á su repugnancia y á su modestia. Rindióse en fin á las instancias de los grandes y á los clamores del pueblo, y fue coronado con general aplauso y satisfaccion el año de 1080.

Luego que Ladislao se vió rey de Ungría resolvió hacer reynar en sus estados á Jesucristo. Fueron sus primeras providencias restituir la religion á su primitivo esplendor, y establecer la paz, la buena fe, la tranquilidad y la abundancia en su pueblo. Dentro de poco tiempo se vieron reflorecer en Ungría aquella pureza de costumbres, aquella modestia en todos los estados, y aquella exácta honradez en todas edades, sexôs y condiciones, que en tiempo de san Esteban le habian hecho el reyno mas feliz de toda la cristiandad. Las artes, el co-

mercio, la agricultura, todo se renovó con la virtud; y en breves dias se conoció lo mucho que puede para hacer dichosos á sus vasallos un rey santo, que junta, como sucede por lo comun, á una sólida piedad una heróica magnanimidad, una prudencia consumada y un esforzado valor.

Solo el antiguo rey Salomon no podia llevar en paciencia la general aclamacion de todas las órdenes, y el universal amor que los vasallos profesaban á Ladislao, pareciéndole que la primera confirmaba su exclusion, y la segunda cerraba del todo la puerta á la esperanza de volver á ocupar el trono algun dia; pensamientos que le traian muy inquieto, y se observaban en él bastantes señales de querer turbar el reyno. Hízole entender Ladislao el poco apego que le merecia la corona; declarándole lo dispuesto que se hallaba á renunciarla á su favor, y retirarse á su ducado, para disfrutar la dulce tranquilidad de la vida particular, como él pudiese obtener el consentimiento de los úngaros, desinteres que por entonces ganó la voluntad de Salomon, y cediendo todos sus derechos, se contentó con una pension que le consignó Ladislao, y aun en lo sucesivo se la aumentó. Pero su inquieto natural no le permitió estar sosegado. Comenzó á mover los ánimos, y se descubrió que tramaba una conjuracion contra el Príncipe, por lo que Ladislao se vió precisado á prenderle; aunque pudiendo mas su bondad que todas las consideraciones políticas, le puso luego en libertad, y aun le hizo venir á la corte, para fixar su inconstancia con nuevos favores, y vencer su mala inclinacion á fuerza de beneficios. Nada bastó para corregir aquel genio turbulento; pues insensible é ingrato á tantas piedades del Rey, se retiró á los estados del rey de los hunos, á quien hizo tomar las armas contra Ladislao; y poniéndose él mismo á la frente de un cuerpo de vandidos, fue enteramente derrotado, viéndose obligado á salvar la vida con la fuga. Escondióse entre la maleza de un espesísimo bosque, donde se dice le tocó Dios tan vivamente el corazon, infundiéndole tal espíritu de penitencia á vista de sus contínuas desgracias, fruto necesario de sus desórdenes, que jamás quiso salir de

quella soledad, donde pasó el resto de su vida, llorando dia y noche sus pecados, y no omitiendo medio alguno para borrarlos con los rigores de la mas severa apenitencia.

Libre ya Ladislao de este cuidado, se dedicó enteramente á restablecer la justicia, el órden y la policía en todo su esplendor. Convocó una junta general de los prelados, de la nobleza y del estado llano. Presidióla el mismo Rey; y las ordenanzas que se formaron en élla, muy oportunas para conservar y para perpetuar la felicidad de un estado, se recopilaron en tres libros separados, y son reputadas por la quinta esencia de la política cristiana.

Era como preciso que tantas y tan gloriosas felicidades despertasen la envidia y los zelos de los príncipes vecinos. Hallóse de repente acometido de enemigos formidables, que considerándole mas devoto que valiente, hicieron varias irrupciones en sus estados, aspirando no menos que á la conquista de todo el reyno. Tentó el santo Rey todos los medios de paz para reducirlos á la razon; pero experimentándolos inútiles, hizo levas, juntó tropas, púsose á la frente de éllas, y marchó intrépidamente á derrotar á sus enemigos. Como no era menos capitan que santo, contó el número de las victorias por el número de las batallas. Obligó á los bohemios á contenerse dentro de los términos de su deber; arrojó de sus dominios á los hunos que asolaban la Ungría, y los obligó á pedir la paz; tomó á Cracovia, domó á los polacos y á los rusos; quitó á los bárbaros la Dalmacia y la Croacia; deshizo mas de una vez á los tártaros, y conquistó gran parte de la Bulgaria y de la Rusia.

Pero estas acciones militares no disminuian el desvelo y aplicacion que dedicaba á que reynase Dios en el corazon de sus vasallos, y á que floreciese la virtud en sus estados. Predicaban elocuentemente á todos su devocion, su dulzura y sus exemplos; bastaba verle en la iglesia para inspirar fe, compostura y respeto á la religion. No se vió príncipe en el mundo que se mostrase mas tierno padre de su pueblo, mas enemigo del error, ni mas religioso en todo. Sus diversiones se reducian á sus exercicios espirituales, y al cumplimiento

de sus reales obligaciones. Su palacio mas parecia casa de religion, qne córte de gran príncipe. Raro dia dexaba de asistir á los oficios divinos, y ninguno sin dar audiencia á sus vasallos. El mismo los hacia justicia, acomodaba sus diferencias, trataba con todo el mundo, y todos le amaban como á padre.

Su córte era magnífica, y expléndida su mesa; pero su vida era muy austera. Ayunaba rigorosamente muchos dias en la semana; dormia sobre la dura tierra, y en medio de ser tan inocente su vida, maceraba su carne con rígidas penitencias. Por el grande amor que profesó á la castidad toda su vida, miraba con positiva repugnancia el matrimonio; y aunque los grandes, y los pueblos le rogaron, le instaron, le importunaron sobre que se casase, para perpetuar en el trono su posteridad, no fue posible hacer blandear su constancia, tocando casi la raya de excesiva su delicadeza en este particular.

Fue verdaderamente magnífica su caridad con los pobres; tanto, que era ya como dicho comun en la Europa, que el rey de Ungría solo era poderoso para fundar hospitales, para erigir iglesias, y para socorrer á los necesitados. Antes de salir á campaña disponia que se publicasen tres dias de ayuno y de rogativas públicas en las iglesias; pasaba horas enteras postrado á los pies de los altares, y su devocion, cada dia mas fervorosa, se fomentaba con la frecuencia de los sacramentos. Siempre que comulgaba manifestaba en el semblante su viva fe y su abrasado amor á Jesucristo en la adorable Eucaristía.

La tierna devocion á la santísima Vírgen fue casi desde la cuna en nuestro santo Rey la mas favorecida entre todas sus devociones, y la célebre basílica de nuestra señora de Waradin, que hizo levantar desde sus cimientos, será eterno monumento á la posteridad de su amor y de su ternura á la Vírgen Madre de Dios.

Habia mucho tiempo que se abrasaba Ladislao en ardientes deseos de sacrificar su vida y derramar su sangre en honor y amor de Jesucristo. Con este intento aceptó el mando general de la gran Cruzada de Occidente, que de unánime conformidad le ofrecieron todos los príncipes cruzados para librar la Tierra santa del yugo de los sarracenos. Unidos para tan santa empresa gran

número de príncipes cristianos á las poderosas solicitaciones y fervoroso zelo del papa Urbano II, despues del célebre concilio de Claremont en Aubernia, que presidió el mismo Pontífice, los príncipes de España, Francia é Inglaterra que se cruzaron, hicieron justo concepto de que no era posible encontrar xefe mas digno, ni mas valeroso capitan que el Rey de Ungría. Despacháronle, pues, una solemnísima embaxada para suplicarle á nombre de todos, que aceptase el comando general de un exército, compuesto de casi trescientos mil combatientes. No podia negarse Ladislao á una expedicion que por tan santa se conformaba tanto con su religioso genio; pero se contentó el Señor con su generosa disposicion, porque le retiró de este mundo para que reynase en el cielo cuando se estaba previniendo para hacer que el mismo Señor reynase en la Palestina. Murió, segun Bonfinio, el dia 30 de julio del año 1095, á los cincuenta y cuatro de su edad, y al décimoquinto de su glorioso reynado.

Apenas se publicó la muerte del santo Rey, cuando se llenó de luto y de dolor todo el reyno de Ungría. No hubo monarca cuya pérdida fuese mas sentida, ni llorada con lágrimas mas sinceras. Fue conducido su cuerpo á la iglesia de nuestra señora de Waradin, que habia fundado; el comboy mas parecia triunfo que pompa funeral. Tardó poco Dios en manifestar la gloria de su fiel siervo con ilustres maravillas. Dícese que habiéndose dormido en la última mansion los que acompañaban el cuerpo mas de lo que era menester para llegar á tiempo, el carro en que iba el santo cadáver, marchó por sí solo, sin caballos ni mano alguna visible que le tirase, y caminó hasta Waradin, parándose en el lugar de la sepultura antes que le pudiesen alcanzar los del acompañamiento. Así por la santidad de su vida, como por la multitud de milagros que obró Dios en su sepulcro, le canonizó el papa Celestino III el año de 1198. El martirologio romano señala su fiesta el dia 27 de junio, que verisímilmente fue aquel en que se celebró la translacion de sus reliquias.

La misa es de la octava de san Juan Bautista, y la oracion de san Ladislao es la siguiente.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Ladislai confessoris tui solemnitate deferimus: ut qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum.

Oid, Señor, favorablemente las súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu confesor el bienaventurado Ladislao, para que los que no confiamos en nuestros méritos, seamos ayudados de vuestra gracia por los ruegos del que tuvo la dicha de agradaros: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capít. 31. *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia XII, fólio* 191.

NOTA.

"Solamemte los judíos dexan de contar el libro del »Eclesiástico entre los libros canónicos. Hoy ningun »católico duda que lo sea tanto como todos los demas, »siendo clara la tradicion de la Iglesia en los testimo»nios de san Clemente Alexandrino, de Eusebio Cesa»riense, de san Isidoro Pelusiota, de san Basilio, san »Cirilo de Alexandría, &c. Fuera de eso la Iglesia la»tina da tambien pruebas concluyentes de lo mismo. Es »expresa la decision del tercer concilio Cartaginense »en el cánon 47. Tertuliano, san Cipriano, san Agus»tin, san Próspero, san Leon, san Ambrosio, &c. »demuestran lo mismo."

REFLEXIONES.

El texto dice: *Bienaventurado el rico que fue hallado sin mancha ni defecto.* Realmente no hay fenómeno mas raro, ni mas digno de admiracion que un hombre rico, y al mismo tiempo inocente y justo, que no coloque su confianza en las riquezas. El efecto natural de éstas es inspirar orgullo y presuncion. Pero al mismo tiempo tampoco hay vanidad mas tonta ni mas necia. Porque á la verdad: ¿qué mérito comunica á la persona la multitud de rentas, gran-

des tierras, dilatadas posesiones? Si el heredero es un idiota, un mentecato, un disoluto, ¿qué virtud, qué sabiduría, qué discrecion, qué entendimiento le comunicará la rica herencia? Una estátua de madera dorada nunca es mas que una estátua de madera. Las riquezas hinchan; ¿pero dónde hay vanidad mas mal fundada? Un hombre infeliz y de las heces del pueblo, que representó en el teatro el papel de príncipe, en desnudándose de los vestidos ricos, se quedó tan despreciable como lo era antes. Ningunos debieran ser mas humildes que los ricos, si todo su mérito consiste en sus tesoros; porque no hay cosa mas forastera á la persona que el valor y precio del dinero: y si el rico no tiene mas mérito por otra parte, solo se estima en él lo que es suyo, pero no lo que es él mismo. ¡O mi Dios, y cuántas inflamaciones del alma curaria un poco de reflexíon! Nada debiera humillar tanto al hombre como oir que solo se alaba su mesa, sus muebles, sus salas, sus pasiones, su equipage, sus libreas, sus caballos: y á la verdad, ¿qué otra cosa se alaba por lo comun en casa de un poderoso? Pero esta vanidad aún es mucho mas visible en una muger mundana. Toda su profanidad solo sirve para que brille un poco mas, digámoslo así, su pobreza de entendimiento y su total falta de juicio. Ciertamente causa compasion aquella fiereza chavacana, que todavía está oliendo á vulgacho, á gente ordinaria y popular. ¡Valgame Dios, y qué poquita cosa es una muger que ni por su nacimiento ni por sus prendas tiene mas mérito que el de la magnificencia de sus galas! Pero supongámosla noble, hermosa y discreta. No hay cosa mas superficial, mas vacía, ni menos sólida. La mas brillante discrecion es un fuego fátuo que deslumbra y desaparece. No hay mérito mas falso que el que va consumiendo el tiempo: tal es el de las mugeres mundanas que tienen mucha hermosura, muchos bienes y poca religion.

Una de las mayores tentaciones del hombre sobre la tierra son las riquezas. El que las sabe poseer sin mancha, ó abandonarlas sin dificultad, ó perderlas sin dolor, es verdaderamente perfecto y digno de eterna alabanza. Ser pobre en medio de las riquezas, ó estar contento entre los brazos de la pobreza: hallarse uno en medio del fuego sin quemarse, rodeado de aduladores sin engreirse, entre mil

ocasiones de pecar, sin caer en éllas: poder pecar impunemente y no hacerlo; ciertamente es la mayor de todas las maravillas, y es la mayor prueba de ánimo excelente, de un gran corazon y de un mérito distinguido, no menos que de una solidísima virtud. Si se separa de la piedad y de la religion todo lo que alaba el mundo, no es mas que ruido sin substancia. El rico virtuoso es afable, es humano, es dulce, es cortesano, y aun es tambien humilde. Una muger virtuosa siempre es modesta en medio de la mas opulenta fortuna. El vano resplandor de las riquezas solo deslumbra á las almas baxas, indevotas y ordinarias. Cuando se desvanece la cabeza en un lugar alto, señal es de poca serenidad ó de mucha flaqueza. La verdadera virtud y el mérito verdadero están á prueba de semejantes accidentes.

El evangelio es del cap. 22. de san Mateo.

In illo tempore: Accesserunt ad Jesum pharisæi, et interrogavit eum unus ex eis legis doctor, tentans eum: Magister, quod est mandatum magnum in lege? Ait illi Jesus: Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. Hoc est maximum, et primum mandatum. Secundùm autem simile est huic: Diliges proximum tuum, sicut teipsum. In his duobus mandatis universa lex pendet, et prophetæ.

En aquel tiempo se llegaron á Jesus los fariseos, y uno de éllos, doctor de la ley, le preguntó para tentarle: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley? Díxole Jesus: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, con toda tu alma, y con todo tu espíritu. Este es el máxîmo y primer mandamiento. Despues el segundo es semejante á éste: Amarás á tu próximo como á ti mismo. De estos dos mandamientos pende toda la ley, y los profetas.

MEDITACION.

Que á Dios no se le ha de amar á medias.

PUNTO PRIMERO.

Considera que amar á medias á Dios, es absolutamente no amarle, ó cuando mas es reconocer la obligacion que

hay de amarle absolutamente. Repútase por amor este conocimiento estéril que se tiene de la obligacion de amar, y en esto consiste el error.

Amar á medias á Dios, es no mas que tener una media voluntad de amarle. Mira tú si Dios se podrá contentar con esta disposicion. Amar á medias á Dios es á lo sumo estar resuelto á obedecerle en todo lo que manda, pena de condenacion eterna, pero dársele poco de no complacerle en todo lo que nos manda debaxo de graves penas, es querer darle gusto en ciertos puntos, con deliberacion de desagradarle en todo lo demás: es en fin lisonjearse de que se le ama, porque se teme su justicia; pero es amar verdaderamente al mundo, amar sus gestos, y amarse uno á sí mismo con preferencia á todo otro amor, porque quiere cada cual seguir sus inclinaciones, y no hacerse violencia en cosa alguna. ¿Se contentará Dios con esta division? Ninguno puede servir á dos señores. Pídenos Dios todo el corazon, porque es suyo: pídenos el demonio que le partamos. *Dividatur*: respondemos nosotros, sentenciando en favor de este repartimiento. *Date illi*: replica Dios, con las mismas palabras de la verdadera madre: Yo no quiero corazon partido: llévesele el mundo por entero: me causa horror esa division. A la verdad no puede Dios contentarse con élla, ni aun aprobarla.

¡Mi Dios, cuántos hombres se ciegan, cuántos se engañan miserablemente creyendo que aman de veras á Dios, porque tienen esta media voluntad, porque observan exâctamente ciertos puntos de la ley, porque miran con particular horror ciertos pecados; y no reflexîonan mientras tanto que nada deshonra mas, por decirlo así, á nuestro buen Dios que esa media voluntad, que ese corazon partido! Cuando se comete una desobediencia, sin saber que es el príncipe á quien se desobedece, no es delito irremisible; pero desagradarle con pleno conocimiento de que es él á quien se desagrada, es un desprecio digno de severo castigo. Conócese á Dios pues que se le ama á medias, segun erradamente se imagina: ¿pues qué desprecio mas formal, ni mas injurioso al mismo Dios, que negarle lo que pide, que disgustarle en lo que quiere, cuando al fin de alguna ma-

nera se le conoce? ¿No es esto imitar á los demonios, los cuales conocen á Dios y le temen, pero los desdichados no le aman?

¡Ah Señor, y os he amado yo hasta aquí, cuando tan perdidamente me amé á mí mismo, amando al mundo! No estoy en él sino para amaros: véome ya al fin de la carrera, y aun no os he comenzado á amar. Materia verdaderamente grande al dolor, á la amargura y al arrepentimiento.

PUNTO SEGUNDO.

Considera qne no debemos repartir el corazon entre Dios y la criatura, porque no hay repartimiento mas injusto. Solo Dios formó nuestro corazon; solo Dios nos redimió á costa de la sangre de su Hijo: luego nuestro corazon de solo Dios debe ser. No nos pide la mitad de él, pídenosle todo por entero. Ni nos puede pedir menos, ni con menos se puede contentar: darle no mas que la mitad, es darle nada. No nos manda como quiera que le amemos, sino que le amemos con todo el corazon; y para que entendamos bien cómo se ha de entender esta generalidad y esta totalidad, añade: *Amarás á tu Dios y Señor con todo tu corazon, con toda tu alma, y con todas tus entrañas*. Es decir, que el amor que debemos á Dios, ha de absorber todos nuestros deseos, ocupar él solo todo nuestro pensamiento, y vencer él solo todos los estorbos. ¿Segun eso será Dios muy amado? ¿segun eso amamos nosotros á Dios? ¡Ah! que son muy pocos los cristianos que guardan este primer mandamiento de la ley de Dios; pocos los que puedan decir en la hora de la muerte que cumplieron este primer precepto. Siendo nuestro corazon tan poca cosa, ¿será mucho dársele á Dios todo entero? ¿No será bastante Dios para llenarle? ¿Será menester buscar en las criaturas con qué ocupar sus vacíos? Ciertamente no se puede hacer mayor injuria al mismo Dios, que adocenarle en este repartimiento del corazon con las criaturas. *Cui me assimilasti?* dice con indignacion por el Profeta. ¿Con quién me pusiste en compentencia? ¿Qué indecente competidor me señalaste? Pues qué, ¿no te bastaba Dios solo? *Quis Deus?* ¿Dónde se puede hallar alegría pura, tranquilidad perfecta, ni plena felicidad,

sino en solo Dios? Él solo será por toda la eternidad la perfecta bienaventuranza de los Santos: ¿y no bastará para ser la nuestra en esta corta y miserable vida? Muy digno es de compasion aquel á quien no le basta Dios.

Por otra parte es imposible esté repartido. *Ninguno puede servir á dos señores*, dice el Salvador. Si respeta y ama al úno, es preciso que desprecie y aborrezca al ótro, y mas cuando los dos amos son tan contrarios como Cristo y el mundo. Sus leyes, sus inclinaciones, sus máxîmas y sus intereses son tan opuestos, que es imposible adunarlos, ¿*Que union*, exclama san Pablo, *puede haber entre la luz y las tinieblas*, *entre Jesucristo y Belial*? *El que ama otra cosa con vos*, *y no la ama por vos*, *tampoco os ama á vos*, dice san Agustin. Diónos Dios el corazon únicamente para que le amemos: no hacerlo es la mas enorme y la mas clara injusticia; pero amarle á medias ó imperfectamente, es disfrazada impiedad.

¡Dios mio, qué vergüenza y qué dolor el no haberos amado hasta ahora! Améme á mí mismo, amé las criaturas, entregué y franqueé pródigamente mi razon á sugetos indignos; solo á vos os le negué. Bien veis, Señor, qué oprimido está ahora este mismo corazon á vista de su ingratitud: desde este mismo punto comienzo á amaros: no desechėis este pobre corazon, aunque sea tan indigno de que le admitais: declaro desde luego que todo es ya vuestro, y que todo será de vos en adelante.

JACULATORIAS.

Qui mihi est in cœlo, *et á te quid volui super terram*, *Deus cordis mei*? Salm. 72.

Dios mio de mi corazon, fuera de ti, ¿qué tengo yo, ni qué puedo amar yo en el cielo, ni en la tierra?

Pars mea Deus in æternum. Ibid.

Eternamente sereis vos mi única herencia, todo mi bien y todo mi deseo.

PROPOSITOS.

¿Has hecho jamás séria reflexîon sobre este desórden? El primer mandamiento de la ley de Dios; la ba-

sa, hablando en rigor, de todos los demas; el alma, por decirlo así, de toda la religion, sin la cual la fe es muerta, y las obras, al parecer mas piadosas, son obras vacías: ese primer mandamiento, vuelvo á decir, ¿se observa bien el dia de hoy? ¿Qué te parece, aman hoy á Dios los mas de los cristianos con todo su corazon, con toda su alma y con todas sus fuerzas? Y si le aman menos, ¿le aman verdaderamente? Está persuadido á que amarle á medias es no amarle. ¿Qué amor tienes á Dios? Júzgalo por tu tibieza, y por la infidelidad con que le sirves. ¿Cuánto tiempo ha que le estás negando esa corta mortificacion, la victoria de esa pasion, ese pequeño sacrificio? Pídete Dios que reformes esa profanidad, ese vano refinamiento del buen gusto en el modo de vestirte, esa excesiva inclinacion al juego: pídete que no concurras ya á tal espectáculo, ni á tal conversacion, donde sabes muy bien que peligra tu inocencia: pídete que rompas esa amistad, que no veas ya á aquella persona, y que te confieses regularmente una vez cada mes ó con mas frecuencia: pídete que veles con mayor cuidado sobre tu familia, sobre tus hijos y sobre tus criados, que les des mejores exemplos de modestia, de sufrimiento, de mansedumbre, y sobre todo de una vida mas cristiana y mas edificativa. Si tienes la dicha de profesar el estado religioso, te está pidiendo Dios una observancia mas exácta de tus reglas, y tú le niegas el gusto en algunas menudencias, que no negarias á un amigo tuyo. No ignoras que Dios desea de ti mas puntualidad, mas sumision, mas silencio: confiesas que eso es nada, que es una friolera; ¿y esa friolera y esa nada se la niegas á tu Dios? ¿Te atreverás despues de esto á presumir que amas á Dios con todo tu corazon? Remedia prontamente este desórden.

2 Todas las mañanas, luego que te levantes, determinarás la prueba que has de dar á Dios aquel dia de que verdaderamente le amas: por exemplo, de no encolerizarte, ofrézcase la ocasion que se ofreciere, de no impacientarte, de no decir palabra ofensiva á persona alguna, de no porfiar con nadie, de no negar limosna á pobre alguno, de mortificarte en no concurrir á alguna diversion, de no jugar, de hacer tal penitencia, de

practicar tal devocion, &c. Propon guardar tal y tal regla de tu instituto, en que frecuentemente te dispensas, de vencerte en ciertos puntos, de mortificarte en ciertas cosillas, &c. Estos piadosos exercicios te harán amar presto á Dios verdaderamente.



DIA VEINTE Y OCHO.

San Leon, papa y confesor.

San Leon papa, segundo de este nombre, fue siciliano de nacion, ó, segun algunos, de Cedella, pequeña ciudad del Abruzo ulterior, en aquella parte de esta provincia que se llama *Valle Sicilia.* Fue hijo de un médico, llamado Pablo, que puso el mayor cuidado en criar á su hijo en la virtud y en el estudio de las letras humanas. En una y en otra facultad hizo grandes progresos el niño Leon, por su bella índole, y por su excelente ingenio. Hízose santo y sábio, logrando el conjunto de las mas nobles partidas, costumbres inocentes, cierto ayre de dulzura, modales gratas y ayrosas, una penetracion poco comun, gran corazon, maravillosa facilidad para aprender las lenguas muertas mas dificultosas, talento asombroso para las que se llaman bellas artes, y sobre todo un ingenio superior para todas las ciencias. Este portentoso conjunto le grangeó desde luego la admiracion de todos. Puso el mundo en movimiento todos los medios que pudo, haciendo cuanto supo y alcanzó para ganar á su partido un jóven que tan desde luego comenzaba á descollar; pero teníale Dios escogido para sí. Sobrábale mucho entendimiento á Leon para dexarse deslumbrar de las engañosas esperanzas con que el mundo le lisonjeaba; y aspirando á otra fortuna mas sólida, abrazó desde jóven el estado eclesiástico, y en él se distinguió.

Dedicado á la Iglesia, se dedicó tambien al estudio de la Escritura y de los santos padres, en que se habilitó tanto, que no se conocia eclesiástico alguno mas

sábio, ni mas santo que Leon. Aplicóse asímismo á la elocuencia, para la cual tenia especial talento; y no hubo hombre en su siglo mas inteligente en la música; pero con ser tan grande su sabiduría, su virtud era mucho mayor.

Era tan generosa su caridad con los pobres, que mas de una vez se despojó de todos sus bienes en su favor, siendo todo su gusto socorrer á todos los necesitados; y por ser tan notoria esta su cristiana generosidad le hicieron limosnero mayor de la iglesia. En virtud de este empleo recogia las limosnas de los fieles y las rentas eclesiásticas destinadas al socorro de los menesterosos, entre quienes las distribuia con la mas justa, y con la mas prudente proporcion. Promovido ya á los órdenes sagrados, era el exemplo de todo el clero romano por sus costumbres, por su sabiduría y por la santidad de su vida, cuando murió el papa Agathon en 10 de junio de 683. Y como dentro del mismo clero romano se hallaba un varon de mérito tan extraordinario, y tan universalmente reconocido, no podia estar vacante por mucho tiempo la Silla apostólica; y así desde el principio del mes siguiente, por general consentimiento de todos, y sin la menor contradiccion, fue colocado en élla san Leon, y consagrado pocos dias despues.

Dió principio á su pontificado confirmando el sexto concilio ecuménico, y tercero constantinopolitano, convocado contra los monotelítas, en que presidió su antecesor Agathon por medio de sus legados, y declaró por hereges á todos los que dixesen que en Jesucristo no habia mas que una sola voluntad, como el concilio lo habia definido.

Macario, patriarca de Antioquía, Anastasio, presbítero, y Leoncio, diácono de la iglesia de Constantinopla, con algunos ótros, depuestos todos y anatematizados por el concilio, presentaron memorial al Emperador, suplicándole los remitiese al Papa, y se les señaló á Roma por lugar de su destierro. Recibiólos el Pontífice con aquella bondad, amor y caridad cristiana, que en parte constituia su carácter: hízolos demostracion de la verdad, convenciólos de sus errores; y para darles mas lu-

gar á que reflexîonasen sobre éllos, y los conociesen, los puso separadamente en distintos monasterios. Macario persistió obstinadamente en su error; Anastasio y Leoncio abjuraron los suyos: absolviólos san Leon, y los reconcilió con la Iglesia.

Siendo tanta la blandura, compasion y suavidad con que trataba á los arrepentidos, no era menor el teson, la severidad y el valor con que resistia á los que perdian el respeto á la Silla apostólica. Desde el año de 568, en que el emperador Justino el mozo envió á Italia un gobernador con nombre de Exârco, cuya residencia era Ravena, se habia usurpado el arzobispado de esta ciudad algunos derechos que no le pertenecian. Sostenido siempre de los exârcos que en varias acasiones habian intentado abrogarse la autoridad de elegir papas, en muchos puntos no reconocia subordinacion á la silla de san Pedro. Emprendió y consiguió san Leon poner en razon al arzobispo de su tiempo; y para cortar de raiz estos abusos, de modo que no retoñasen en lo sucesivo, obtuvo un decreto del Emperador, en que severamente se prohibia á los exârcos, que con ningun pretexto se metiesen jamás en proteger al arzobispo contra la santa Sede: de suerte que la iglesia de Ravena quedó enteramente sometida á la disposicion del Papa; y el arzobispo, que pretendia no reconocer su autoridad, sino en cuanto le reconocian los patriarcas de Constantinopla, de Alexandría y de Antioquía, quedó tan sujeto á élla, que no puede ser elegido, ni consagrado sin expreso consentimiento del pontífice. Y porque Mauro, arzobispo de Ravena, no se quiso sujetar á la autoridad de la Silla apostólica, no permitió san Leon se le hiciese aniversario, por haber muerto excomulgado.

No menos magnífico provedor de la gloria de Jesucristo, que zeloso defensor de los sagrados cánones, hizo erigir en Roma una iglesia cerca de santa Bibiana, la que adornó suntuosamente, colocando en élla las reliquias de los santos Simplicio, Faustina y Beatriz, con las de otros santos mártires, y la dió la advocacion de san Pablo.

Su zelo y su grande aplicacion no le permitieron omitir medio alguno de todos los que podian contribuir

á la devocion de los fieles y de la Iglesia universal. Expidió y publicó diferentes leyes para perfeccionar la disciplina eclesiástica: reformó el canto que llamamos gregoriano, y compuso nuevos himnos para el oficio divino. Toda su aplicacion y solicitud pastoral se dedicaba únicamente á restablecer en toda la Iglesia la pureza de la fe y el arreglo de las costumbres, á lo que concurria tanto con la eficacia de sus exemplos. Su vida era verdaderamente austéra, estragando la salud con el rigor de sus continuas y excesivas penitencias. Sus rentas eran para los pobres, y acostumbrada decir que deseaba morir pobre por asistirlos á éllos. A vista de tantas y tan eminentes virtudes, no era mucho que deseasen ansiosamente los fieles gozar por largo tiempo las felicidades de tan glorioso pontificado; pero lo dispuso Dios de otra manera, porque se apresuró á retirarle del mundo para colmarle de gloria, cuando, por decirlo así, no habia hecho mas que mostrársele á su Iglesia. Murió con la muerte de los santos el dia 28 de junio del año 684, no cumplido enteramente el primero de su pontificado.

Fue universal el dolor, no solo en Roma, sino en toda la cristiandad, cuando se supo en élla la muerte de tan santo papa. Todos lloraban amargamente por no haber merecido que el Señor conservase mas largo tiempo en su Iglesia un pontifice que trabajaba incesantemente en su mayor bien y esplendor con tanto zelo y con tanta felicidad. Fue enterrado en la iglesia de san Pedro con el prodigioso concurso del pueblo que acompañó á los santos hasta la sepultura, y da siempre cierto ayre de triunfo á sus sentidos funerales. Desde luego fue tan universalmente reconocida su heróica santidad, que no obstante de estar dedicado este dia á la vigilia de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, quiso la Iglesia que en él se celebrase su fiesta.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que se sigue.

Deus, qui beatum Leonem pontificem sanctorum tuorum meritis coæquasti; concede propitius, ut

O Dios, que al bienaventurado pontifice Leon le hiciste igual en merecimientos á los santos; concé-

qui commemorationis ejus festa percolimus, vitæ quoque imitemur exempla: Per Dominum nostrum...

denos benigno, que imitemos los exemplos de su vida, ya que celebramos la memoria de su fiesta: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 7. de la de san Pablo á los hebreos.

Fratres: Plures facti sunt sacerdotes, idcirco quod morte prohiberentur permanere; Jesus autem eo quod maneat in æternum, sempiternum habet sacerdotium. Unde et salvare in perpetuum potest accedentes per semetipsum ad Deum: semper vivens ad interpellandum pro nobis. Talis enim decebat ut nobis esset pontifex, sanctus, innocens, impollutus, segregatus á pectoribus et excelsior cœlis factus: Qui non habet necessitatem quotidie, quemadmodum sacerdotes, prius pro suis delictis hostias offerre, deinde pro populi: hoc enim fecit semel seipsum offerendo, Jesus Christus Dominus noster.

Hermanos: Se hicieron muchos sacerdotes (en la ley) porque la muerte los impedia el permanecer. Pero Jesucristo como permanece eternamente, tiene un sacerdocio tambien eterno. Por eso puede salvar perpetuamente á los que por medio suyo se llegan á Dios; y está siempre vivo para interceder por nosotros. Porque era conveniente que tuviésemos un pontífice como éste, santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores, y mas elevado que los cielos; que no tiene necesidad, como los otros sacerdotes, de ofrecer todos los dias sacrificios, primero por sus propios pecados, y despues por los del pueblo. Porque esto lo hizo una vez Jesucristo nuestro Señor, ofreciéndose á sí mismo.

NOTA.

"Como esta admirable epístola se dirigia á los judíos „convertidos, les habla en élla san Pablo, por decirlo así, „en el lenguage de la Escritura; llenándola de citas y de „lugares de los profetas para confirmarlos cada dia mas y „mas en la fe, dándoles una idea justa de la divinidad de „Jesucristo y de su eterno sacerdocio, en virtud del cual, „ofreciéndose á sí mismo en sacrificio á su Eterno Padre por „expiacion de nuestras culpas, consumó toda la antigua ley, „y abolió los antiguos sacrificios."

REFLEXIONES.

Asombro es que sean tantos los que se alucinan en punto de devocion. Solo con poner los ojos en Jesucristo encontrarémos el verdadero modelo. Es santo, inocente, sin mancha, separado de todo comercio con los pecadores. Santo, porque es la santidad misma: inocente, porque aunque se unió con nuestra naturaleza, no contraxo la mancha de la culpa: separado de todo comercio con los pecadores, porque no participó con éllos en el pecado. Este es el modelo de la verdadera virtud cristiana: corre peligro de que se forme una idea falsa de la virtud siempre que se pierda de vista este divino prototipo; y esto es lo que se practíca con demasiada frecuencia en nuestros dias.

Fíngese no sé qué voluntario sistema de una virtud dulce y acomodada: siempre de acuerdo con el amor propio; siempre de inteligencia con la pasion dominante; siempre conforme al genio y al natural: es una virtud de temperamento y de humor, muy dependiente del capricho, la cual inclina á servir á Dios, no como su Magestad manda, sino como á cada uno le acomoda. No tanto se busca la virtud como las alabanzas que la siguen: se solicitan sus privilegios, pero huyendo el hombro á sus cargas se quiere ser devoto, pero sin cuidar de ser santo.

Con tanta destreza remeda la falsa virtud á la verdadera, que es muy facil equivocarse: nada cuesta al amor propio la simulacion, la máscara y el artificio. Ni cierto ayre, ni cierto tono de voz, ni cierta exterioridad de virtud son siempre incompatibles con las pasiones domesticadas. El genio nunca renuncia del todo sus derechos, y cuando menos se piensa vuelve á salir al teatro. Al mismo tiempo que la boca dice quiere ser toda de Dios, las obras son todas del mundo, todas del interes, todas del amor propio. El gusto, ó por mejor decir, el capricho arregla los intervalos de devocion. Prevenidos á favor de aquellas buenas obras que se conforman con nuestro genio, no solo se practican con vivacidad, sino con cierta especie de pasion y de vehemencia algunas virtudes morales. Pero la humildad, la ca-

ridad, el espíritu de mortificacion, el puro y sincéro deseo de agradar á solo Dios, se debilitan; y si no se está muy sobre aviso contra las ilusiones del propio corazon, todo contribuye á fomentar el amor propio y la vanidad. De aquí proviene que se hacen tantos progresos en la estimacion de sí mísmos, cuantos pasos se juzga erradamente que se adelantan en la perfeccion. Y una vez arraigado el orgullo en el alma, no hay que preguntar cómo se precipita y se pierde; mas natural sería preguntar cómo era posible que dexase de perderse.

El evangelio es del cap. 25. de S. Mateo, y el mismo que el dia VI, fólio 87.

MEDITACION.

De la fidelidad á las gracias de Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todos somos, por decirlo así, unos administradores del Padre de familias, segun el pensamiento del mismo Cristo, en cuyas manos, y á cuyo cargo pone sus bienes. Somos unos criados suyos, entre los cuales distribuye sus talentos y su caudal, á únos mas, á ótros menos, segun su capacidad, ó por mejor decir, segun sus altos designios; pero á todos lo bastante para hacer fortuna en el negocio de la eternidad. Comprende ahora la fidelidad con que se debe corresponder á la gracia, cuando por no haber negociado con su talento por pereza, ó cuando mas por cobardía, fue reprobado uno de aquellos siervos.

Es la gracia la voz del mismo Dios que nos llama: ¿con qué estimacion debemos oirla, y con que docilidad obedecerla? Es una visita que nos hace: ¿con qué respeto y con qué humildad la debemos recibir? Es un amoroso cortejo, por explicarme de esta manera, para ganar nuestro corazon: ¿con qué fineza le debemos corresponder? ¿qué desprecio haríamos de su Magestad, si no le quisiéramos oir cuando nos habla; si no le recibiéramos cuando nos visita; y si le volviéramos la espalda cuando nos

corteja? ¿podria llegar á mas nuestra ingratitud y nuestra irreligion? Pues eso hacemos puntualmente cuando somos infieles á la gracia. ¿Cómo se vengará el Señor de este desprecio? Retiraráse si no le queremos escuchar, ó callará; silencio mas digno de ser temido, que todas sus amenazas. Si no le abrimos la puerta, se retirará; retiro mas funesto para nosotros que todas las demostraciones de su ira. Si le volvemos las espaldas, nos abandonará; abandono mas terrible que sus mayores castigos. No dexeis, Señor, de hablar, porque vuestro siervo oye; no me dexeis de buscar, pues soy oveja descarriada. Conozco ya que vuestra divina gracia se va en fin apoderando de mi corazon, y que quiero de buena fe apartarme de mis descaminos; acabad, por vuestra misericordia, esta grande obra, pues ya no quiero sepultar los talentos que os dignásteis confiarme.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la gracia es el precio de la sangre de todo un Dios, y el fruto de su muerte. Si es el precio de la sangre de todo un Dios, ¿no valdrá algo? ¿y qué estimacion debemos hacer de élla? Si es el fruto de su pasion y de su muerte, ¿qué virtud tendrá? ¡y con qué cuidado debemos aprovecharla! Ser infiel á la gracia, hacerla resistencia, es, segun el lenguage del Apóstol, poner debaxo de los pies la sangre de Jesucristo. ¡O Dios, y qué profanacion! ¿Pero no tendré yo parte en élla, no seré culpable? ¿y puedo conocer que lo soy sin llenarme de horror? Ser infiel á la gracia es aniquilar la virtud de su pasion: ¡qué impiedad, qué fea ingratitud! ¿Aquella divina sangre pisada y atropellada no dará mas gritos que la de Abel? no ya para pedir misericordia, como lo haria si la hubiéramos respetado, sino para pedir venganza contra los que la profanan. Y si yo soy de este número, ¿qué deberé esperar? Si el principio de nuestra eterna dicha, y el fundamento de nuestra esperanza se convierten en ocasion de nuestra eterna ruina y de nuestra perdicion eterna, ¿cuál será en adelante nuestro recurso?

Es la gracia el principio de todos nuestros mereci-

mientos, el manantial de todas nuestras virtudes, la semilla de nuestra bienaventuranza. Si soy infiel á la gracia, ni puedo atesorar méritos, ni puedo adquirir virtudes, ni puedo afianzar en nada mi salvacion. Despreciar la gracia es menospreciar y abandonar la virtud: ser infiel á la gracia es privarse uno á sí mismo del único medio que hay para atesorar inmensos merecimientos; resistir á la gracia es renunciar por entonces la esperanza de su eterna salvacion. Pues si abandono la virtud, si malogro la oportunidad de amontonar merecimientos en las frecuentes ocasiones que se ofrecen; si renuncio la esperanza de mi eterna salvacion, de la cual era prenda segura la gracia, ¿en qué podré yo parar sino en ser un malvado, un miserable y un réprobo? Todos los bienes nos vienen con la gracia; si pierdo la gracia, perdílos todos.

¡Dios mio, y qué poco he sentido hasta aquí mi triste suerte! ¡qué deberé pensar yo de mis pasadas ingratitudes! Las lloro, las abomino, las detesto; y contando mas que nunca con vuestra divina gracia, me atrevo, Señor, á prometeros que corresponderé á ella con fidelidad.

JACULATORIAS.

Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi. Matth. cap. 18.

Un poco mas de tiempo, Señor, un poco mas de tiempo, y yo os restituiré todo lo que os debo.

Justificationem meam, quam cœpi tenere, non deseram. Job. 27.

Lleno de confianza en vos me atrevo á prometeros que ya no seré infiel á vuestra gracia.

PROPOSITOS.

Preciso es que no hayas conocido bien lo mucho que vale la gracia del Señor, cuando la has resistido con tanta obstinacion, y tantas veces la has desestimado. ¡Cosa extraña! el menor reves de la fortuna nos pone inconsolables; la mas mínima pérdida nos inquieta y nos hace enfadosos. ¿Cuánto sobresalta, cuánto turba el miedo de perder la gracia del príncipe, y tal vez de un mero par-

ticular? Pero la gracia de Dios se pierde con la mayor frescura; se desprecia alegremente, y cien veces al dia se falta á su servicio, sin dársele á uno nada, y aun falta poco para celebrar la hazaña. Indígnase cualquiera contra sí mismo, cuando se aplica á reflexîonar mas de cerca esta irreligiosa conducta; ¿qué será en la hora de la muerte, cuando se presenten de monton y sin disfraz todas nuestras infidelidades, y concurran todas á exprobarnos nuestra ingratitud? Preocupa desde luego un arrepentimiento y una confusion tan bien fundada. Exâmina cuidadosamente cuáles son en particular tus infidelidades á tales y tales inspiraciones, á tales y tales piadosas solicitaciones de la gracia, á los consejos de tus directores, y á las órdenes de tus prelados. Pon luego fin á éllas, y comienza desde este mismo dia á ser exâcto, regular y escrupulosamente fiel á los impulsos de la gracia.

2 Esta fidelidad procura que sobre todo se manifieste. Primero: En el exâcto cumplimiento de las obligaciones de tu estado. Segundo: En la rectitud de tus máximas y regularidad de tus costumbres. Tercero: En la frecuencia de sacramentos; arregla los dias de confesion, y jamás te dispenses en éllos con ningun vano pretexto. Cuarto: Sé puntual en oir misa todos los dias, en tener un rato de oracion mental, y en hacer todas las noches el exámen de conciencia. Quinto: Cumple fielmente con tus devociones cada dia, y no omitas aquellas pequeñas mortificaciones que te has impuesto, ó que te han aconsejado. Sexto: Tampoco omitas ninguna de las buenas obras que acostumbras, como visitar los enfermos en los hospitales, ó los pobres vergonzantes de tu parroquia en sus casas; dar ciertas limosnas secretas, y visitar á ciertas horas del dia el Santísimo Sacramento Séptimo: Sé puntualísimo en el cumplimiento de ciertas devociones particulares, que debes rezar á la santísima Vírgen, siendo constante en éllas con la mayor perseverancia. Ninguno de estos santos exercicios has de dexar, porque fomentarán admirablemente tu fidelidad.

DIA VEINTE Y NUEVE.

San Pedro, príncipe de los apóstoles.

San Pedro, príncipe de los apóstoles, cabeza visible de la Iglesia de Jesucristo, columna inmoble de la fe, como habla el concilio Efesino, piedra y basa de la religion, como se explica el Calcedonense, vicario de Jesucristo en la tierra, cimiento, dice san Agustin, sobre que se fundó, y sobre que subsiste la santa Iglesia; se llamaba Simon antes de su vocacion al apostolado. Fue de Bethsayda, pueblo pequeño de Galilea en la orilla del lago de Genesareth, hijo de Jonás ó Juan, de condicion muy obscura, pescador de profesion, pero hombre de mucha bondad. No se sabe de cierto el año de su nacimiento; solo es muy verisimil que era de mas edad que el Salvador.

Habiéndose casado en Cafarnaum, puerto entonces el mas célebre de aquel gran lago, llamado en todo el pais el mar de Tiberíades, hacia en él su residencia en compañía de su hermano Andres. Era éste discípulo del Bautista, y habiendo visto á Jesus, de quien habia oido decir á su maestro que era el verdadero Mesías, dió esta noticia á su hermano Simon, diciéndole: *Ví al Mesías, y le hablé*. Simon, que era de natural vivo y ardiente, y que lleno de religion suspiraba por la venida del Mesías, no dexó sosegar á su hermano hasta que le llevó á ver al Salvador. El dia siguiente fueron juntos á buscarle, y apenas descubrió á nuestro Santo el Hijo de Dios, cuando le dixo con una particular bondad, que manifestaba bien no sé qué especial amor: *Simon, hijo de Jonás, así te has llamado hasta ahora; pero en adelante quiero que te llames Cephas, que quiere decir Pedro.* Quedáronse los dos hermanos con el Salvador todo aquel dia, y desde el mismo se declaró Pedro por uno de sus mas fervorosos discípulos. Vuelto á su casa, ganó para Jesucristo á toda

su familia, y aunque proseguia en su ordinario exercicio de pescar, se pasaban pocos dias sin que viese al Salvador, y se tiene por cierto que se halló presente en las bodas de Caná, cuando el Señor hizo el primer milagro.

Pero aún no habia dexado ni su oficio ni su casa, hasta que volviendo Cristo de Jerusalen, le encontró con su hermano Andres á la orilla del lago levantando sus redes. Entró el Señor en el barco, y dixo á Pedro que le llevase mar adentro á cierto sitio mas profundo, que allí echarian un buen lance. *Maestro*, le respondió el Santo, *toda la noche hemos afanado inútilmente, sin haber cogido una escama; pero pues vos lo mandais, voy á echar la red en vuestro nombre.* Fue extraordinaria la pesca; y atónito san Pedro, se arrojó á los pies del Salvador, diciéndole: *Señor, soy un gran pecador, y no soy digno de parecer en vuestra presencia.* Levantóle el Señor, y le dixo: *Ten confianza, y sígueme: quiero que sin dexar el oficio, le mejores; de aquí adelante serás pescador de hombres.* Hizo tanto efecto en el espiritu y en el corazon de nuestro Santo la gracia de la vocacion embebida en aquellas palabras, que en el mismo punto lo dexó todo; y dándole permiso su muger, que ya era una gran sierva de Jesucristo, mereciendo en adelante la corona del martirio, jamás se apartó ya Pedro del Salvador.

En todas ocasiones se hizo distinguir el amor y la ternura que le profesaba. Atravesaba una noche el lago en compañía de los demas discípulos, y viendo que Cristo venia caminando á éllos sobre las aguas, impaciente Pedro por arrojarse cuanto antes á sus pies, le dixo: *Señor, mandadme que yo vaya tambien á vos sobre las olas, antes que entreis en el barco. Ven*, le respondió el Salvador: Obedeció Pedro, saltó al mar con intrepidez; refrescóse un poco el viento; y como vió que se iba hundiendo, tuvo miedo, y exclamó: *Señor, salvadme.* Cogióle el Salvador por la mano, y le reprendió blandamente, diciéndole: *Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?* Pero en medio de eso iba creciendo su fe al paso de su amor. Explicó el Salvador en Cafarnaum á sus discípulos el misterio de la Eucaristía; hízoseles duro á muchos de éllos, entraron en desconfianza de su doctrina, y se retiraron. Vuelto entonces el Señor á los doce que habia es-

cogido para apóstoles suyos, los dixo con entereza: *¿Y vosotros quereis tambien marchar?* Tomó Pedro la voz, y respondió á nombre de todos: *Señor, ¿adónde, ni á quién irémos? Solas vuestras palabras nos enseñan el camino de la vida eterna, y estamos bien persuadidos á que sois el verdadero Mesías.*

No fue esta la única pública confesion que hizo Pedro de su fe. Preguntó Jesus á sus discípulos qué se decia de él en Judea, y en qué reputacion le tenia aquella gente? Respondiéronle, que únos le tenian por Juan Bautista resucitado, ótros por Elías, ótros por Jeremías, ó en fin, por alguno de los profetas. *Y bien*, les replicó el Salvador, *¿á vosotros quién os parece que soy?* Volvió Pedro á tomar la voz de todos, y con su genial viveza y acostumbrado fervor respondió: *Tú, Señor, eres Cristo, hijo de Dios vivo. Y tú, Simon; hijo de Jonás*, replicó el Salvador, *eres bienaventurado; porque esa importante verdad no te la reveló la carne ni la sangre*: tan sublime conocimiento ni es, ni puede ser efecto de la razon natural. *Mi Padre celestial te iluminó para que supieses quién era yo*; y ahora voy yo á enseñarte á ti lo que eres tú desde este punto. *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia*; á mi sombra serás su cimiento y su basa, no menos que su defensa. En vano se armará todo el infierno contra élla: podrá combatirla con heregías, perseguirla con tiranos, y aun oprimirla en algunas de sus partes; pero el todo del edificio, cuya basa te conss-tituyo desde ahora, jamás bambaleará. Todas las sectas que se levantarán en la série de los siglos se fundarán sobre arena, porque no tendrán por fundamento á esta piedra. *Entregaréte las llaves del reyno de los cielos; á aquellos á quienes tú abrieres las puertas, se les franquearán, y se cerrarán á los que tú se las cerrares*; porque la justicia del cielo confirmará las sentencias que tú pronunciares en la tierra. Serás en élla mi vicario, y cuanto dispusieres en mi nombre, será ratificado por mí. Convienen todos los padres en que desde este punto quedó Pedro constituido príncipe de los apóstoles, piedra fundamental de la religion, y cabeza visible de la Iglesia.

Crecia con la fe el amor que profesaba á Jesucristo. Cierto dia en que el Hijo de Dios declaró á los apóstoles

como le era indispensable pasar á Jerusalen, y padecer en aquella ciudad las mayores ignominias, y sufrir muerte afrentosa, horrorizado nuestro Santo al oir esto, exclamó sin libertad: *¿Qué decís, Señor? No quiera Dios que tal suceda*, ni que nosotros lo permitamos: prontos estamos á defenderos, aunque sea á costa de nuestras vidas. Reprendióle el Salvador con severidad, diciéndole; *Apártate de mí*, y no te pongas en mi presencia si has de hablar de esa suerte: *Haces el oficio de Satanás*, sin entenderlo, pues pretendes estorbar la obra de la redencion. Bien sabia Jesucristo el amoroso principio de donde nacia este indiscreto zelo, y así cinco dias despues le escogió para testigo de su gloriosa transfiguracion en el Tabor, donde deslumbrado el Apóstol con el resplandor de la gloria que arrojaba el semblante del Salvador, exclamó entre extático y gozoso: *¡Bello sitio es este! Aquí sí que debíamos estar.*

En todas ocasiones distinguia Cristo á nuestro Santo con algun especial favor. Dispuso que fuese él quien hallase dentro de un pez una pieza de cuatro dragmas para pagar al César el tributo en nombre de los dos; y cuando se acercaba el tiempo de su pasion, despachó á Pedro y á Juan para que previniesen el cenáculo donde habia de celebrar la Pascua. Concluida la cena, queriendo el divino Salvador lavar los pies á sus apóstoles, comenzó por san Pedro; pero lleno de confusion cuando vió á sus pies á su soberano Maestro, los retiró prontamente, protestando que jamás lo consentiria; pero amenazándole el Salvador con que no le reconoceria por suyo si no se dexaba lavar, atemorizado Pedro con tan terrible amenaza, exclamó fervoroso: *¡Qué decis, Señor! No solo los pies; las manos y la cabeza me dexaré lavar de vos antes que desagradaros.* Contento el celestial Maestro con esta disposicion, le dixo, que el demonio haria todos sus esfuerzos para derribarle; pero que él habia hecho oracion á su Eterno Padre, á fin de que jamás desfalleciese su fe, la cual, aunque alguna vez llegase á titubear con la tentacion, presto volveria á fortalecerse mas que nunca, y le sobrarian fuerzas para alentar y para fortificar á sus hermanos.

Ningun discípulo profesó jamás amor mas encendi-

do á su maestro. Este abrasado amor le hizo prorumpir en aquella arrogante expresion, de que por lo menos él nunca abandonaria á su Maestro, aunque le abandonasen todos los demas, no obstante la profecía contraria que acababa de oir. Tardó poco en dar pruebas de su zelo, cuando al ver que en el huerto de las Olivas los soldados echaban mano de su Maestro, él la echó de su espada, descargó un golpe á Malco, y le derribó al suelo una oreja; bien que el Salvador le reprendió la accion, y curó milagrosamente al herido.

Preso el Pastor, se esparcieron las ovejas. Solo Pedro, en compañía de Juan, tuvo valor para seguir á Cristo hasta la casa de Caifas; pero reconocido y sindicado por uno de sus discípulos, cayó en la flaqueza de negar por tres veces que conociese á tal hombre. Acordóle su miseria el canto del gallo, como se lo habia pronosticado el mismo Salvador. Fue inexplicable su arrepentimiento y su dolor; retiróse deshecho en lágrimas, y pasó tres dias contínuos en amargo llanto, sin atreverse á parecer delante de gente.

Reparó su caida con dolorosa contricion; por lo que ni el discípulo perdió nada del ardiente amor que profesaba á su amado Maestro, ni el Maestro disminuyó un punto la ternura con que miraba á su querido discípulo; y así apenas resucitó, cuando se apareció en particular á san Pedro. Esta particular ternura nunca mas la manifestó que en las tres preguntas que le hizo junto al mar de Tiberíades, pocos dias antes de su gloriosa Ascension á los cielos, preguntándole por tres veces á vista de los demas apóstoles si le amaba mas que todos. Escarmentado Pedro con las caidas antecedentes, respondió sencillamente, que pues el mismo Señor conocia bien todas las cosas, ya sabia la pasion con que le amaba. *Apacienta mis corderos*, le replicó el Salvador, *apacienta mis ovejas*; con cuyas palabras, dice san Agustin, confirmó á Pedro la primacía que le habia conferido, encargándole el cuidado de todo su rebaño.

El primer uso de su dignidad que hizo san Pedro fue proponer á los apóstoles la eleccion que se debia hacer de algun sugeto para llenar el hueco de Judas. Luego que el Espíritu santo baxó sobre los apóstoles el dia de Pen-

tecostés, Pedro, como cabeza de la Iglesia, predicó un sermon tan enérgico, tan elocuente y tan eficaz á la muchedumbre que concurrió á las puertas del cenáculo, que tres mil personas recibieron el bautismo. Entró despues en el templo acompañado de san Juan, y encontrando á la puerta un pobre de 40 años, tullido desde su nacimiento, le mandó en nombre de Jesucristo qne se levantase; hízolo al punto el tullido, y fue saltando de gozo por toda la ciudad, publicando á gritos la maravilla. A la fama de élla concurrió todo el pueblo á rodear á los apóstoles; y aprovechando Pedro tan bella ocasion, habló de Jesucristo con tanta elocuencia, con tanto espíritu y con tanta mocion, que en el mismo dia convirtió otras cinco mil personas.

Como estos prodigios hacian tanto ruido, no era facil que durase mucho la paz de la recien nacida Iglesia. Fueron presos los dos Apóstoles; y preguntados en nombre de quién habian hecho el milagro del tullido, respondió intrépidamente san Pedro que en nombre del mismo Jesucristo, á quienes éllos habian crucificado. Prohibióseles que no hablasen mas del tal Cristo, ni de su doctrina; á lo que respondió Pedro con una resolucion que los dexó atónitos: *Considerad, Señores, si será justo obedeceros á vosotros antes que á Dios, el cual nos manda publicar la resurreccion del Salvador, de que nosotros mismos fuimos testigos.*

Crecia cada dia el número de los fieles, y cada dia se mostraba Pedro mas poderoso en obras y en palabras. El que dos dias ha era un pobre pescador, idiota, rústico y grosero, hablaba ya como un gran doctor de la ley. Todas sus palabras eran oráculos; multiplicábanse en sus manos las maravillas; ponian los enfermos en las calles y en las plazas públicas, para que al pasar Pedro les alcanzase á lo menos su sombra, y al punto sanaban todos. Tantos prodigios necesariamente habian de poner en cuidado á los magistrados; mandáronle prender, azotáronle cruelmente, y Pedro no cabia de gozo viéndose digno de padecer estas afrentas por amor de Jesucristo.

Con ocasion de la horrible persecucion que se siguió á la muerte del protomártir san Esteban, salieron los dis-

cípulos de san Pedro á predicar el evangelio fuera de los términos de Judea. Convertidos ya los de Samária, pasó el Apóstol á aquella provincia juntamente con san Juan, para comunicar á los fieles el Espíritu santo, administrándoles el sacramento de la confirmacion. Al volver de Samária entró en la ciudad de Lidia, y viendo á un paralítico, llamado Enéas, tendido en su cama, donde habia ocho años que estaba postrado, le dixo: *Enéas, el Señor Jesucristo te salva; levántate, y lleva á cuestas tu cama.* Levantóse al punto Enéas, publicó el milagro juntamente con su autor, y recibió el bautismo toda la ciudad.

Repetíanse á cada paso los prodigios, y á cada paso se añadian nuevas conquistas á Jesucristo. Murió en Joppé una virtuosa viuda, llamada Tabithes; llegó san Pedro á esta ciudad dos dias despues de su muerte; hace oracion junto al cadáver á vista de casi todo el pueblo; manda á Tabithes que se levante en nombre de Jesucristo; abre los ojos Tabithes, levántase del atahud, y pide el bautismo toda la ciudad de Joppé. En esta ciudad tuvo Pedro aquella misteriosa vision en que Dios le manifestó que habiendo muerto su Hijo generalmente para todos los hombres, ningun pueblo ni nacion era excluida del beneficio de la redencion. Estaba un dia en oracion hácia la hora del medio dia, y arrebatado de repente en éxtasis, vió rasgarse el cielo, y que baxaba de él una cosa en figura de un gran lienzo, suspendido en el ayre por las cuatro puntas. Observó que todo el lienzo estaba cubierto de toda especie de animales y sabandijas, cuadrúpedos, reptiles y volátiles, y al mismo tiempo oyó una voz que le dixo: *Pedro, levántate; mata y come. No permita Dios*, replicó Pedro, *que yo coma cosa profana ni inmunda*; pero la misma voz le replicó: *No llames inmundo ni profano lo que ya purificó el mismo Dios.* Volvió el Apóstol del rapto, y aun no comprendia bien lo que significaba la vision, cuando entraron en su casa los criados de un oficial, llamado Cornelio, romano de nacion, que mandaba un cuerpo de infanteria de la legion Itálica, acuartelada en Cesaréa; y por la comision que traian conoció claramente el significado de la vision; conviene á saber, que tambien debia predicar la fe á

los gentiles, pues no se habia hecho solo para los habitadores de Judea. Partió luego á Cesaréa; encuentra á Cornelio, que le esperaba rodeado de gente; predícalos á todos, instrúyelos, y aún no habia acabado de hablar, cuando baxó sobre todos el Espíritu santo visiblemente en forma de un brillante resplandor. Siguióse el bautismo á la venida del Espíritu santo, y vuelto Pedro á Jerusalen contó á toda la Iglesia las misericordias del Señor, las que oidas por los fieles, todos glorificaron á Dios por haberse dignado de hacer participantes á los gentiles, como á los judíos, del don de la penitencia para la salvacion.

A la vocacion de los gentiles se siguió muy de cerca el repartimiento que hizo el Espíritu santo de los apóstoles, para que fuesen á anunciar el evangelio á todas las partes del Universo. Tocóle á Pedro en aquella division anunciarle en la capital del mundo; y siendo Antioquía la capital del Oriente, dió principio por élla, fundando aquella Iglesia, donde los discípulos se comenzaron á llamar *cristianos* hácia el año 43 de la Encarnacion; pero san Pedro mantuvo pocos años su silla en aquella ciudad; triste presagio, que pudo ser, de que algun dia faltaria en élla la fe, la que jamás habia de faltar en Roma, donde el Apóstol dió fin á su vida.

Despues de haber corrido una gran parte del Ásia, anunciando á Jesucristo á los judíos esparcidos por el Ponto, Galacia, Capadocia, Ásia y Bithinia, dió la vuelta á Jerusalen, donde se detuvo algun tiempo, y allí le buscó san Pablo, poco antes convertido, para instruirse, por decirlo así, en la religion, y aprovecharse de sus luces.

Renovóse con mayor furor en Jerusalen la persecucion contra los fieles. Queriendo Herodes Agripa congraciarse con los judíos, quitó la vida al apóstol Santiago; y persuadido á que daria el mayor gusto á toda la nacion en hacer lo mismo con san Pedro, que era la cabeza de los demas, le mandó prender; pero como era el tiempo de la Pascua, en que á ningun delincuente se podia castigar, dió órden de que se le guardase estrechamente en la cárcel, nombrando á este fin diez y seis soldados que de cuatro en cuatro se fuesen remudando, sin per-

derle nunca de vista. Era su intento quitarle la vida en pasando la Pascua, y regalar al pueblo con un espectáculo tan de su gusto; pero oyó Dios las oraciones de toda la Iglesia, y confundió al Tirano; porque la noche antes del dia señalado á la execucion, el ángel del Señor se apareció en la cárcel, despertó á Pedro, cayéronsele las dos cadenas de que estaba cargado, abriéronsele las puertas de par en par, condúxole el ángel hasta el fin de la calle, y desapareció. Fuese derecho san Pedro á casa de María, madre de Juan Marcos, donde se habian juntado muchos fieles, y estaban en oracion: llamó á la puerta, salió silenciosamente una doncellita, por nombre Rhoda, á saber quién llamaba; conoció al Apóstol por la voz, y fue tanta su alegría, que en lugar de abrirle corrió apresurada á dar esta noticia á los de adentro: dixéronla que estaba loca; replicó élla: *Vuelvo á decir que es él, y que por la voz le conocí.* Mientras tanto proseguia Pedro llamando; abriéronle en fin, y ya se dexa discurrir qué admiracion, qué gozo sería el de todos cuando le vieron, y mas cuando les contó por menor todo lo que habia pasado, y el milagroso modo con que estaba fuera de la cárcel, y se veia libre de sus cadenas.

Despues de este suceso corrió segunda vez el Apóstol casi toda la Judea y una parte del Ásia para animar á los fieles con un santo fervor; y habiendo hecho todavía alguna mansion en Antioquía, pasó á Roma hácia el año 43, y fixó en élla su cátedra pontifical. *Dispúsolo así la divina Providencia*, dice san Leon, *para que aquella ciudad*, *que era cabeza del mundo*, *fuese tambien como el centro de la religion*, *y escuela de la verdad*, *despues de haberlo sido del error*, *quedando constituida por maestra de todas las demas iglesias de la tierra.* Luego que llegó, triunfó de todo el infierno junto por la célebre victoria de Simon Mago. Era este famoso impostor un grande estorbo á los progresos del evangelio en la ciudad de Roma con sus embustes y prestigios. Prometió al pueblo que en cierto dia se habia de elevar hasta el cielo á vista de todos, en prueba de que era él mismo la virtud del Altísimo; hallóse Pedro presente al espectáculo, y con efecto comenzó Simon á elevarse por el ayre, lle-

vado y sostenido invisiblemente por los demonios, representándose á los ojos del inmenso concurso como si fuese arrebatado en una carroza de fuego, cuando Pedro se hincó de rodillas, y no bien dió principio á su oracion, cuando los demonios, que representaban aquella comedia, abandonaron la carroza, y cayendo Simon en tierra desde bastante elevacion, se rompió las piernas; y conducido á una casa inmediata, no pudiendo sobrevivir á su afrenta, se precipitó desde lo mas alto, y espiró en el mismo punto.

Desde Roma escribió san Pedro su primera epístola á los fieles de Oriente por los años de 49, y la data es de Babilonia, porque así llamaba á aquella capital, que todavía era pagana; no obstante hacia en élla la fe maravillosos progresos por los desvelos del Apóstol y de sus discípulos. En la misma ciudad escribió san Marcos su evangelio, que aprobó san Pedro para satisfacer la devocion de los fieles que habia en élla. A los tres ó cuatro años de su residencia en Roma se publicó el decreto del emperador Claudio para que saliesen de la ciudad todos los judíos. Partió Pedro á Jerusalen, donde presidió al concilio, en que se definió que la ley del evangelio habia abolido la de la circuncision, cuyas decisiones llevaron á Antioquía san Pablo y san Bernabé. Concurrió tambien san Pedro en aquella ciudad, y no tuvo reparo en mezclarse con los gentiles convertidos á la fe, comiendo con éllos, sin hacer diferencia de viandas; pero informado de que esto escandalizaba á los judíos, se abstuvo de hacerlo por mera complacencia. No le pareció bien á san Pablo esta demasiada docilidad, y con santa libertad le representó que aquella condescendencia podia dar motivo á creer que todavía subsistia la obligacion de observar la antigua ley. Rindiose san Pedro á la advertencia de san Pablo, *y el que era príncipe de los apóstoles, y cabeza de la Iglesia*, dice san Agustin, *no se valió de su primacía; cedió su autoridad á su modestia.* No consideró, añade san Gregorio, que Pablo era inferior á él, y admitió sin desden su reprension: *Ecce à minore suo reprehenditur, et reprehendi non dedignatur.*

Restituido á Roma nuestro Apóstol, se dedicó á cul-

tivar la viña del Señor que habia plantado, y que era ya el modelo de todas las iglesias, costándole este cultivo inmensos trabajos y fatigas. Pero no se encerraba dentro de los muros de Roma su pastoral solicitud, antes se dilataba á toda la universal Iglesia, á la cual escribió su segunda epístola, dirigida á todos los fieles en general. Afirman algunos santos padres que corrió todas las partes del mundo, despreciando los peligros y las persecuciones que le suscitaron los judíos y los gentiles. Dícese que desde Roma llevó el mismo evangelio á varias provincias de Europa; y cuando no en persona, se tiene á lo menos por cierto que lo hizo por medio de sus discípulos en varios reynos del Occidente. Muchas iglesias de Italia, Francia, España, Inglaterra, África, Sicilia, y de las islas adyacentes, conservan los nombres de sus primeros obispos, persuadidas á que fueron discípulos de san Pedro.

Mientras Pedro trabajaba en Roma tan gloriosamente, llegó á élla san Pablo con recíproco gozo de los dos; disponiéndolo así la divina Providencia, para que las dos mayores lumbreras del mundo cristiano terminasen su carrera en la capital del Universo, y la ilustrasen con su glorioso martirio.

Los milagros que hacian en Roma uno y otro Apóstol encendieron la mas horrible de todas las persecuciones en el imperio de Neron. Huyendo de la tempestad salia un dia el Apóstol para retirarse de Roma, cuando á la puerta de la ciudad encontró al Salvador como que iba á entrar por élla. No le hizo novedad la vision, por estar acostumbrado á muchas semejantes, y así le preguntó sin extrañeza: *¿Señor, adónde vais? Voy á Roma*, le respondió Jesucristo, *á ser crucificado de nuevo.* Comprendió muy bien el Apóstol lo que le queria decir, y ocurriéndole entonces á la memoria lo que el Señor le habia pronosticado antes y despues de su resurreccion, se volvió á entrar en la ciudad, y se dispuso para el martirio. El mismo dia fue arrestado, y conducido á la cárcel de Mamertino al pie del capitolio, donde estuvo nueve meses, juntamente con san Pablo, aumentando cada dia nuevas conquistas á Jesucristo, porque fueron convertidos y bautizados por san Pedro

dos de sus guardas, Proceso y Martiniano, con otras cuarenta y siete personas que estaban en la misma prision.

En fin, despues que nuestro Apóstol empleó toda su vida en dar á conocer, y en hacer amar á Jesucristo, despues de haber contribuido con tan inmensos trabajos á fundar y establecer la Iglesia en todo el universo; pero muy particularmente en la capital del mundo, vió finalmente acercarse el tiempo, tanto antes pronosticado por Jesucristo, en que ótro le habia de ceñir, y le habia de conducir adonde naturalmente no querria. Sacáronle de la cárcel en compañía de san Pablo; y ámbos, despues de cruelmente azotados, fueron condenados á muerte, como cabezas de la religion cristiana. A san Pedro le llevaron de la otra parte del Tiber al barrio de los judíos, en lo alto del Vaticano, llamado hoy *Montorio*, ó *Monte de oro.* Queríanle crucificar en el modo regular; pero consiguió de los verdugos que lo hiciesen fixándole en la cruz cabeza abaxo, porque dixo no merecia ser tratado como su divino Maestro. Consumó su sacrificio el dia 29 de junio hácia el año 68 de Jesucristo, habiendo gobernado la Iglesia de Roma 24 años, cinco meses y once dias. Fue sepultado en el Vaticano, y desde entonces fue su sepulcro, despues del de Jesucristo, el mas respetable y el mas respetado de todo el mundo cristiano; comenzando el culto de estos dos grandes Apóstoles en la tierra casi al mismo tiempo que dió principio su eterna felicidad en el cielo. Luego que el emperador Constantino dió la paz á la Iglesia, se vieron levantar suntuosísimos templos en todas partes á honra de los dos Santos. El dia 18 de noviembre celebra la Iglesia la dedicacion de las dos famosas basílicas, fundadas en Roma en honor de los apóstoles san Pedro y san Pablo, cuya construccion se atribuye al grande Constantino, y la dedicacion al papa san Silvestre. La de san Pedro, que es la del Vaticano, se reputa con razon por la mayor maravilla del arte que se registra en todo el mundo.

El célebre Pedro Canisio, de la Compañía de Jesus, llamado en estos últimos tiempos, no sin mucha razon, apóstol de Alemania, refiere ser tradicion confirmada

en los anales de las iglesias de Colonia y de Tréveris, que san Materno, enviado á Alemania por san Pedro para anunciar en élla el evangelio de Jesucristo, luego que convirtió á la fe un gran número de pueblos, erigió una iglesia entre Molsheim y Strasburgo en honor del santo Apóstol, que hasta el dia de hoy se llama *la Casa de san Pedro*.

El mismo Autor refiere que el evangelista san Marcos erigió en Alexandría una iglesia ó capilla en honor de san Pedro, de la que hace mencion el papa san Anacleto. Añade mas, citando á san Clemente, que un tal Teodosio, hombre rico y muy piadoso, cedió su propia casa para que se convirtiese en iglesia á honra de san Pedro, viviendo aún el santo Apóstol, y que colocó en élla su cátedra pontifical.

Nota del Traductor.

"Esta ereccion de los templos de Molsheim y de Alexandría, y aun mas el que se refiere edificado en Roma en honor de san Pedro, viviendo aún y hallándose presente el santo Apóstol, tiene graves dificultades; cuyo exâmen y decision dexamos al juicio de los sábios que tratan de este punto.

Prudencio, poeta cristiano, que floreció en el cuarto siglo, hablando de la fiesta de los apóstoles san Pedro y san Pablo, nota que en su dia celebraba el papa dos misas en Roma, úna en la iglesia de san Pedro y ótra en la de san Pablo.

Transtiberina prius solvit sacra pervigil Sacerdos.
Mox hùc recurrit, duplicatque vota.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui hodiernam diem apostolorum tuorum Petri et Pauli martyrio consecrasti; da Ecclesiæ tuæ eorum in omnibus sequi præceptum, per quos religioni sumpsit exordium: Per Dominum nostrum...

O Dios, que consagraste este dia con el martirio de tus apóstoles Pedro y Pablo; concede á tu Iglesia la gracia de que en todo siga la doctrina de aquéllos á quienes debió el principio y el fundamento de la religion: Por nuestro señor ..

La epístola es del cap. 12. de los Hechos de los apóstoles.

In diebus illis misit Herodes rex manus, ut affligeret quosdam de Ecclesia. Occidit autem Jacobum fratrem Joannis gladio. Videns autem quia placeret judæis, apposuit, ut apprehenderet et Petrum. Erant autem dies Azymorum. Quem cùm apprehendisset, misit in carcerem, tradens quatuor quaternionibus militum custodiendum, volens post Pascha producere eum populo. Et Petrus quidem servabatur in carcere. Oratio autem fiebat sine intermissione ab Ecclesia ad eum pro eo. Cùm autem producturus eum esset Herodes, in ipsa nocte erat Petrus dormiens inter duos milites, vinctus catenis duabus, et custodes ante ostium custodiebant carcerem. Et ecce angelus Domini astitit, et lumen refulsit in habitaculo; percussoque latere Petri, excitavit eum, dicens: Surge velociter. Et ceciderunt catenæ de manibus ejus. Dixit autem angelus ad eum: Præcingere, et calcea te caligas tuas. Et fecit sic. Et dixit illi: Circumda tibi vestimentum tuum, et sequere me. Exiens, sequebatur eum, et nesciebat quia verùm est quod fiebat per angelum: existimabat autem se visum videre. Transeuntes autem primam et secundam custodiam, venerunt ad portam ferream, quæ ducit ad civitatem: quæ ultrò aperta est eis. Et exeuntes, processerunt vicum unum; et continuò discessit angelus ab eo. Et Petrus ad se re-

En aquellos dias el rey Herodes comenzó á perseguir á algunos de la Iglesia. Mató, pues, á Santiago, hermano de Juan, con muerte de espada. Y viendo que esto agradaba á los judíos, añadió el prender tambien á Pedro. Eran los dias de los Ácimos. Y habiéndole prendido, le metió en la cárcel, entregándole á cuatro cuaterniones de soldados para que le guardasen, con ánimo de presentarle al pueblo despues de la Pascua. Pedro, pues, estaba custodiado en la cárcel. Mas la Iglesia hacia continuamente oracion á Dios por él. Estando, pues, Herodes para presentarle, en la misma noche estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, atado con dos cadenas, y las guardias estaban á la puerta custodiando la cárcel. Y he aquí que el ángel del Señor vino, y la habitacion resplandeció con una luz; y habiendo dado á Pedro un golpe en un lado, le despertó diciendo: Levántate prontamente. Y las cadenas se cayeron de sus manos. Y el ángel le dixo: Cíñete y cálzate tus sandálias. Y él lo hizo así. Y le dixo: Échate encima tu manto, y sígueme. Y él saliendo le seguia, ignorando que era verdadero lo que se hacia por el ángel, sino que creía ver una vision. Y pasando la primera y la segunda guardia, llegaron á la puerta de hierro, que introduce á la ciudad: la cual se les abrió por sí misma; y saliendo fuera, pasaron un barrio; y súbitamente se apartó de él el

versus, dixit: Nunc scio verè, quia misit Dominus angelum suum, et eripuit me de manu Herodis, et de omni expectatione plebis judæorum.

ángel. Y vuelto en sí Pedro, dixo: Ahora sé de verdad que el Señor envió á su ángel, y me ha sacado de las manos de Herodes, y de todo lo que esperaba el pueblo de los judíos.

NOTA.

"El evangelista san Lucas, despues de haber escrito »en el evangelio la vida de Jesucristo y de su Madre san»tísima, escribió tambien los Actos de las apóstoles, la »vida y los hechos de san Pedro y san Pablo y la histo»ria de la Iglesia en sus principios."

REFLEXIONES.

Viendo que en esto daba gusto á los judíos, resolvió prender á Pedro. El motivo principal, y muchas veces el único de la persecucion de los buenos, es el impulso de la pasion. Los disolutos y los impíos siempre tienen cierta maligna complacencia en ver desgraciados á los justos: *Opprimamus justum.* Oprimamos al justo. ¿Y por qué? Porque la pureza de sus costumbres es una eterna y penetrante censura de nuestros desórdenes. Su inmoble adhesion á la religion verdadera nos está continuamente reprendiendo nuestros descaminos y nuestros errores: hacemos vanidad, ó nos gloriamos de profesar la misma religion que él profesa; pero él sigue muy diverso camino que nosotros, y el moral por donde se gobierna, nos desespera. Esto es lo que pone de tan mal humor á los libertinos; esto es lo que les irrita la cólera contra los siervos de Dios. Imagínense en el mundo pretextos y razones para perseguirlos: forméseles causa, y fulmínense procesos contra éllos fabricados á placer: háganse los mas ridículos y los mas risibles retratos de su santa sencillez: pínteseles con los mas negros colores: sean las mas feas, las mas vergonzosas calumnias el gran móvil del desencadenamiento universal de ese popular furor contra los verdaderos fieles: esa fue y esa será siempre la suerte de la virtud, tener enemigos y envidiosos. No hubo heregía que no persiguiese á los hijos de Dios: por mas que pro-

curen vivir baxo un cielo tranquilo, sereno y despejado; por mas que hagan para que los dexen en paz, huyendo á los mas solitarios desiertos: siempre se desencadenará contra éllos el vicio y la impiedad. En la cólera y en la hiel de los hereges y de los disolutos se forman perpétuamente aquellos negros vapores que excitan tantas tempestades contra la Iglesia. ¿Qué motivo dió san Pedro á los judíos para ser el objeto de su ódio? ¿qué delito cometió para que Herodes le mandase encerrar en una lóbrega prision? ¿qué hallaban en un hombre tan milagroso y bienhechor universal de todo el mundo para hacerle espectáculo del pueblo? Curó todo género de enfermos, resucitó muertos, predicóles las verdades de la religion, enseñóles el camino del cielo, declaróles el gran misterio de la redencion, y confirmólo todo con milagros. Los gentiles, y hasta los mismos bárbaros menos instruidos, se sujetan con rendimiento á la fe: reciben con respeto la luz del evangelio, ríndense á élla con sumision y con reconocimiento: cuando los judíos, aquella nacion cultivada, ilustrada y aun supersticiosamente religiosa, que tantos siglos antes esperaba la venida del Mesías, no pueden sufrir que los apóstoles los prediquen, les anuncien y les demuestren el objeto de su misma esperanza. La misma paradoxa, ó por mejor decir, el mismo misterio de iniquidad subsiste el dia de hoy. Los virtuosos son venerados de los pueblos bárbaros, al mismo tiempo que los disolutos, que profesan la misma religion, los desprecian y los persiguen. Los predicadores del evangelio son respetados y oidos con veneracion de los gentiles: cada dia adelanta la fe de Jesucristo nuevas conquistas en la China, en el Japon y en el Canadá. Conviértense muchos en Inglaterra, en el Norte y en Holanda: son tolerados los judíos y todo género de sectas y naciones; solamente es desterrada de aquellos paises la religion católica. ¡Qué bien acredita esto solo el espíritu del error, probando al mismo tiempo la santidad de la verdadera religion!

El evangelio es del cap. 16. de san Mateo.

In illo tempore venit Jesus in partes Cæsareæ Philippi: et interrogabat discipulos suos, dicens: Quem dicunt homines esse Filium hominis? At illi dixerunt: Alii Joannem Baptistam, alii autem Eliam, alii verò Jeremiam, aut unum ex prophetis. Dicit illis Jesus: Vos autem quem me esse dicitis? Respondens Simon Petrus, dixit: Tu es Christus, Filius Dei vivi. Respondens autem Jesus, dixit ei: Beatus es, Simon Barjona: quia caro, et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus, qui in cœlis est. Et ego dico tibi, quia tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam. Et tibi dabo claves regni cœlorum. Et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in cœlis: et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in cœlis.

En aquel tiempo vino Jesus á tierra de Cesarea de Filipo, y preguntaba á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y éllos dixeron: Unos que es Juan el Bautista, ótros que Elías, ótros que Jeremías, ó alguno de los profetas. Díxoles Jesus: ¿Y vosotros quién decis que soy? Respondiendo Simon Pedro, dixo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y respondiendo Jesus, le dixo: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra élla. Y te daré las llaves del reyno de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, será atado tambien en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado tambien en los cielos.

MEDITACION.

Sobre la fiesta del dia.

PUNTO PRIMERO.

Considera en toda la conducta de san Pedro el verdadero retrato de una alma verdaderamente fervorosa que ama sólidamente á Jesucristo; su ánsia por ver al Salvador luego que tuvo noticia por san Andres de su venida: apenas le encontró, ¡con qué anhelo, con qué fervor, con

qué docilidad concurria á oirle! Dícele Cristo que le siga, y nada le detiene; ni sus parientes, ni sus amigos, ni su misma muger; todo lo sacrifica por seguir á un buen Maestro: dedicado una vez á su servicio, jamás le abandonó. ¿Buscamos nosotros á Cristo con igual ardor? ¿seguímosle con tan fiel, con tan pronta generosidad? No tenemos mucho camino que andar para encontrar á Jesucristo. Oimos su voz en la de nuestros directores y superiores: escuchámosla en las lecciones del evangelio; ¿pero qué fruto sacamos de todo esto? Acaso ha mucho tiempo que nos está llamando; y no pregunto ya qué hemos dexado; pregunto si nos hemos dignado de darle oidos siquiera. ¡Oh, y con cuántos lazos nos tiene presos el mundo! En vano nos despacha Dios sus siervos para que nos conviden al festin. *Villam emi, uxorem duxi.* ¿Cuántas frívolas excusas, cuántos vanos pretextos, cuántas miserables razones alegamos para negarnos á sus favores, á sus grandes beneficios? ¡Y nos admiraremos despues de que el infierno esté lleno de cristianos! ¡de que sea tan corto el número de los escogidos! ¡y de que se cuenten tan pocos fieles verdaderos! Si se considera con atencion la conducta de la mayor parte de los que viven en el mundo, hallarémos dificultad en comprender el misterio de la predestinacion. Cotejemos nuestras máximas acerca de la religion y de las costumbres con los grandes modelos que tenemos á la vista, y nos admirarémos menos de que sea tan corto el número de los escogidos.

Pon los ojos en la inseparable adhesion que profesó san Pedro á Jesucristo: no le inmutó el mal exemplo de tantos desertores y de tantos falsos hermanos. Aunque todos los demas discípulos hubiesen abandonado al Salvador, Pedro estaba bien resuelto á no abandonarle jamás. ¿*A dónde iremos* (le dixo con fervorosa intrepidez), *pues solo vos teneis palabras de vida eterna*? Pronosticale Cristo su caida, y apenas acierta á creerla: tanto era el amor que de presente le tenia. ¡Dios mio, qué pocos siervos tiene Jesucristo el dia de hoy que le sean verdaderamente fieles! ¿A cuántos, aun de los mismos que hacen profesion de seguirle, les parece demasiadamente dura su doctrina? La mayor parte de los mundanos viven tan prendados y tan contentos en el servicio del mundo, que

no hay que esperar se resuelvan á seguir á Cristo. ¿Y qué deberé yo pensar de mí mismo?

PUNTO SEGUNDO.

Considera el fervor con que san Pedro amaba á Jesucristo; cuánta era su fe, su caridad y su esperanza. No bien pregunta el Salvador á sus discípulos: *¿Y vosotros quién decis que soy?* cuando responde Pedro por todos con admirable viveza: *Tú eres Cristo Hijo de Dios vivo.* El ardiente y tierno amor que profesaba á su Maestro se hacia visible en toda su conducta. Habla el Señor de su pasion; trata de su cruz; y no solo se sobresalta amorosamente Pedro, sino que protesta con resolucion, que aunque toda su nacion se emplease en maltratarle, él solo se sentia con bastantes fuerzas para librarle de sus manos. Observa bien todo lo que dice: respira amor todo cuanto hace y todo cuanto habla. ¡Qué confusion la suya cuando vió á Jesucristo arrodillado á sus pies! ¡qué resistencia para que no se los lavase! Pero amenázale el Señor con su desgracia. ¡Santo Dios, y qué prontamente acreditó con su rendimiento y con su respuesta cuánto era el amor que profesaba á su divino Maestro! Recorre, en fin, todas las acciones, todos los pasos, todas las épocas de su admirable vida, y no hallarás en todas éllas sino continuas y encendidas pruebas de este abrasado amor. Y si recorremos las nuestras, ¿qué hallarémos, qué testimonios hemos dado de nuestra fe, qué pruebas de nuestra caridad y de nuestro zelo? ¡Dios mio! ¿Sabemos por ventura que sois vos á quien servimos? Y si creemos que servimos no menos que á todo un Dios, ¿podremos estar tranquilos á vista de nuestra tibieza y de nuestra infidelidad? ¿interésannos mucho los intereses de Dios? ¿cuánta es nuestra prontitud en obedecerle? ¿cuánto el zelo por su gloria?

Tres veces pregunta Cristo á Pedro si le ama. Con qué viveza, con qué ardor, con qué confianza responde prontamente: *Sí, Señor; vos sabeis bien que os amo.* Si nos hiciera hoy esta misma pregunta á nosotros, ¿tendríamos valor para responderle, *Sí, Señor; vos, á quien nada se le oculta; vos que penetrais lo mas íntimo de los corazones,*

vos sabeis bien que os amo. ¿Darian testimonio de esta verdad mis máxîmas, mis operaciones y toda mi conducta? ¡Ah! que con mas verdad y con mayor razon podria responder: Vos sabeis que amo al mundo, que amo sus deleytes, que amo sus bienes, que me amo á mi mismo, y que no sé amar otra cosa.

Hacedme, Señor, penetrar bien las funestas consecuencias de una verdad que inútilmente me disimulo, y vanamente me escondo; pero acompañada esta viva luz de una gracia eficaz que me convierta, haciéndome vivir en adelante de manera que pueda decir en la hora de mi muerte: Bien sabeis, Señor, que os he amado con todo mi corazon.

JACULATORIAS.

Domine, ad quem ibimus? verba vitæ æternæ habes. Joann. 6.

¿A quién iremos, Señor? pues vuestras palabras son de vida eterna.

Domine, tu scis quia amo te. Joann. 21.

Señor, bien sabeis que yo os amo.

PROPOSITOS.

Hablando en rigor, nuestra vida es una perpétua contradiccion entre nuestra fe y nuestras costumbres, entre nuestras obras y nuestras palabras: cristianos en la iglesia, infieles en todas las demas partes. Por lo menos en toda nuestra conducta se representa una comedia continuada. A nuestros inferiores, y en ciertas ocasiones hablamos como unos apóstoles de Cristo; pero en particular y reservadamente vivimos como si totalmente ignoráramos las máxîmas del evangelio; semejantes á aquellos falsos israelitas, en Jerusalen los mas zelosos observantes de la ley, en Samária los mas impíos secuaces de la supersticion: por la mañana al templo; por la tarde al teatro; unas veces devotos, ótras mundanos; en unas horas recogidos, en ótras disipados; pero en todas enemigos de las máxîmas del evangelio. Pásase la vida en representar una ridícula comedia, hasta que llegando la muerte en

la última jornada, dexa burlados á los actores, cubiertos de confusion, pasados de dolor, y llenos de un inútil arrepentimiento. Preocupa esta desgracia, abriendo los ojos desde luego para reconocer tu perdicion: mira que tu conducta es un texido de lastimosas contradicciones: haces profesion de seguir á Cristo, y en nada menos piensas que en obedecer sus preceptos. Seas secular, seas eclesiástico, seas religioso, no desmientas tu religion y tu fe con tus costumbres. No es buena prueba de ésta la indevocion y el poco respeto con que te presentas en la iglesia. Tu resistencia á las órdenes de Dios declara bien el espíritu de rebelion que te domina. Dexa desde este mismo punto esa ridícula comedia que representas: reforma sériamente tus costumbres, y guárdate bien de contentarte con leer materialmente estas verdades.

2 En cualquier estado que profeses tienes obligacion de hacer oficio de apóstol. La caridad cristiana nos impone á todos una estrecha ley de tener muy dentro del corazon la salvacion de nuestros hermanos: nada debes omitir para solicitarla. No se trabaja en la conversion de los fieles únicamente con los sermones: otros medios hay por ventura mas eficaces para promoverla. Una reflexîon cristiana hecha á tiempo, una advertencia, un consejo dado con discrecion y con caridad, un buen exemplo, una limosna; todo esto puede ser fruto de un zelo apostólico. No hay padre ni madre de familias que no pueda hacer mucho bien dentro de la suya: no hay genio tan malo que no se corrija; no hay propension tan viciosa que no se sujete; no hay inclinacion tan torcida que no se enderece con la aplicacion, con las instrucciones, con el zelo, con la blandura y con la constancia. ¡Cuánto bien puede hacer en una comunidad un superior si le anima un zelo puro, discreto, prudente y acompañado siempre de un porte exemplar! ¡qué inmensos bienes harán en la córte y en sus estados los monarcas y los príncipes, cuando amantes de la religion hacen que florezca en éllos la rectitud y la justicia! Pon en práctica estas reflexîones.

DIA TREINTA.

San Pablo, apóstol.

San Pablo apóstol, doctor de las gentes y oráculo del mundo, fue judío, de la tribu de Benjamin, y se llamaba Saulo. Nació en Tarso, ciudad célebre de Cilicia, dos años despues del nacimiento de nuestro Señor: por su nacimiento era ciudadano romano, privilegio que concedió el emperador Augusto á los tarsenses en premio de su fidelidad. Su padre, que profesaba la secta de los fariseos, le envió á Jerusalen, siendo aún muy niño, para que le educase y le instruyese en élla Gamaliel, enseñándole la doctrina de la ley y de las tradiciones. En poco tiempo hizo grandes progresos, y siendo uno de los mas zelosos parciales de la ley, fue por consiguiente uno de los mas ardientes perseguidores de la Iglesia. Muy en breve llegó á ser furor su falso zelo. No contento con haber pedido terca y encarnizadamente la muerte de san Esteban, quiso tener el gusto de guardar las capas de los que le apedreaban. La persecucion que se excitó contra la Iglesia en Jerusalen despues de la muerte del Proto-mártir, dió buena ocasion de satisfacer su implacable ódio á este furioso enemigo de los discípulos de Cristo. Corria la ciudad, entraba en el templo, registraba las casas, y sacaba de éllas con violencia á cuantos creían en el Señor, arrastrándolos por las calles, metiéndolos en los calabozos, y cargándolos de cadenas.

Parecian muy estrechos los límites de la Judea, de la Galilea y de la Palestina para contentar el mentido zelo de este furioso Perseguidor. Respirando sangre, muertes y carnicería de los fieles, se presentó al consejo, pidiendo cartas y requisitorias dirigidas á las sinagogas y á los judíos de Damasco, con pleno poder para pesquisar y proceder contra todos los cristianos, para exterminar, si pudiese, aquella recien nacida Iglesia. Partió para Damasco con amplísimos poderes, echando retos y fulmi-

nando amenazas. Ya estaba cerca de la ciudad, cuando hácia la hora del medio dia vió de repente desprenderse del cielo una extraordinaria luz, mas resplandeciente que el sol, que le rodeó á él y á todos los que le acompañaban. Atónitos y atemorizados cayeron todos en tierra; y estando Saulo derribado en élla, oyó una voz, que clara y distintamente le decia: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Conmovióse su corazon al oir tan amorosa como no esperada queja; y recobrándose un poco, respondió: *¿Quién sois vos, Señor? Yo soy Jesus*, le replicó el Salvador, *á quien tú persigues. En vano te empeñas en recalcitar contra mí.* Al oir esto Saulo, temblando, turbado y fuera de sí, exclamó: *Señor, ¿qué quereis que haga? Levántate*, respondió el Salvador, *entra en la ciudad, y allí te dirán lo que debes hacer.* Los que le acompañaban no estaban menos aturdidos que él: oían confusamente la voz, pero sin percibir lo que decia, ni ver á quién hablaba; solo Pablo veía al Salvador distintamente. Levantóse del suelo, abrió los ojos, y hallóse tan en tinieblas, que fue menester le conduxesen por la mano á la ciudad, donde estuvo tres dias naturales sin ver, sin comer y sin beber.

En este tiempo reveló Dios lo que pasaba á uno de los discípulos llamado Ananías; el cual fué á la posada de Saulo, puso las manos sobre él, restituyóle la vista, instruyóle suficientemente, y le administró el bautismo.

Así como jamás hubo conversion mas ruidosa, tampoco la hubo nunca mas sincéra, pues el mas furioso perseguidor de Jesucristo pasó de repente á ser uno de sus mas zelosos apóstoles. Predicaba, demostraba la divinidad de Jesucristo, y confundia á cuantos disputaban al Salvador el augusto timbre de verdadero Mesías. Atemorizó á los judíos un predicador de tal carácter; porque sobre estar perfectamente instruido en la Escritura, era de genio vivo y eficaz, con cierto ayre de autoridad en cuanto hacia, que se llevaba el respeto y los corazones de todos. Sobresaltados los doctores de la ley á vista de tan poderoso adversario; perdiendo la esperanza de restituirle, tomaron la resolucion de desembarazarse de él; pero los fieles le libraron de sus manos y de su furor

descolgándole una noche por la muralla, metido en una cesta.

Libre de este peligro pasó á Jerusalen para abocarse con san Pedro, en cuya compañía estuvo quince dias. Aparecióseles Jesucristo, y le mandó fuese á predicar el evangelio á los gentiles. Partió á Tarso, desde donde hizo varias correrías apostólicas á las ciudades de la Siria y de la Cilicia, recogiendo, por decirlo así, un gran botin para Jesucristo. Enviaron los apóstoles á san Bernabé á la ciudad de Antioquía: halló sobrada mies para un solo operario; pidió á san Pablo que se juntase á él, y los dos Apóstoles trabajaron con tan feliz suceso, que allí fue donde los fieles se comenzaron á llamar cristianos.

Tres años habia que Pablo y Bernabé predicaban en Antioquía con maravilloso fruto: hacíanse en élla con el mayor fervor todos los exercicios de la religion; eran muy frecuentes los ayunos, y se celebraban diariamente nuestros sagrados misterios; cuando el Espíritu santo dió á entender á los profetas y á los doctores (que se contaban en gran número) como tenia escogidos á Pablo y á Bernabé para la conversion de los gentiles. Ayunaron los fieles, hicieron oracion, ofrecieron el divino sacrificio, y el Espíritu santo declaró su voluntad de la manera mas precisa; pues se oyó una voz, percibida de todos los asistentes, que decia: *Segregadme á Saulo y á Bernabé para el ministerio á que los tengo destinados.* Doblaron entonces los Apóstoles así los ayunos como las oraciones; impusiéronles las manos, y los enviaron á la mision que los señalaba el Espíritu santo. Partieron á Seleucia; allí se embarcaron para Chipre, entraron en Salamina, capital de la isla, y predicaron el evangelio con tanto zelo y con suceso tan feliz, que se convirtó la mayor parte de la ciudad.

Tiénese por cierto que al principio de esta mision sucedió el famoso rapto de san Pablo hasta el tercer cielo, donde el Señor le descubrió maravillas, superiores á toda expresion, dándole la inteligencia de los mas escondidos misterios; mas porque no le envaneciesen tan singulares favores, como dice el mismo Apóstol, permitió Dios que el estímulo de la carne le combatiese toda la vida; y para

sujetarle, añadió á los trabajos del apostolado continuas y rigurosas penitencias.

Era á la sazon gobernador de la isla el procónsul Sergio Pablo, hombre prudente y entendido, el cual luego que oyó hablar á nuestro Santo de Cristo y de su religion, la hubiera inmediatamente abrazado, á no habérselo impedido un judío llamado Berjesu, por sobrenombre *Elymas*, que quiere decir insigne mago. Encendido nuestro Apóstol en santo zelo contra aquel embustero, le dixo: *Hombre malvado, tú estorvas á ótros que vean la verdadera luz que alumbra á todos los que vienen al mundo, enseñándoles el camino de la salvacion; pues desde este mismo punto la mano del Señor es sobre ti, y estarás ciego sin ver el sol hasta de aquí á algun tiempo.* En el propio instante perdió Elymas la vista, y buscó quien le diese la mano para andar: milagro que asombró al Procónsul, y se convirtió en la misma hora. Desde entonces dexó el Apóstol el nombre de Saulo, y comenzó á llamarse Pablo.

Dexaron los Apóstoles la isla de Chipre, y partiendo al Asia menor, predicaron el evangelio en Antioquía de Pisidia, en Perge de Panfilia y en las provincias vecinas. Hallándose san Pablo en Antioquía, predicó á Jesucristo en la sinagoga con tanta eficacia y con tanta mocion, que todo el pueblo se mostró inclinado á creer en él. Sobresaltados los sacerdotes y los doctores de la nacion, vomitaron mil blasfemias contra Cristo, y se alborotaron contra los Apóstoles, en cuya vista les dixeron éstos: *Vosotros habíais de ser los primeros á quienes nosotros anunciásemos la palabra de Dios; pero pues sois tambien los primeros que la despreciais, y por vuestra misma boca os confesais indignos de la vida eterna, veis aquí que la vamos á anunciar á los gentiles.* Dicho esto, sacudieron el polvo de los pies, y marcharon á Iconia, donde hicieron muchas conversiones de judíos y de idólatras, entre las cuales se contó la de la ilustre vírgen santa Tecla; pero los judíos, que se mantuvieron tercos en su incredulidad, conmovieron el pueblo tan furiosamente contra éllos, que estuvieron en gran riesgo de ser apedreados: alboroto que los puso en precision de retirarse de aquella ciudad, y se fuéron á Listris, Derba y otros muchos pueblos.

Estando en Listris san Pablo, sanó de repente á un hombre tullido desde su nacimiento: milagro que obligó á aquella ciega gente á tenerle por dios, y ya iban á ofrecerle víctimas y sacrificios, cuando horrorizados los Apóstoles, rasgaron sus vestiduras en señal de dolor, y exclamaron que eran unos pobres hombres tan mortales como todos los demas, y que venian á enseñarlos no haber mas que un solo Dios verdadero, Criador del cielo y de la tierra. Llegaron á Listris algunos judíos que venian de Iconia y de Antioquía de Pisidia, y concitaron el pueblo de manera, que aquella veneracion se convirtió repentinamente en un popular furor. Descargó una espesa lluvia de pedradas contra san Pablo; sacóle arrastrando de la ciudad, y dexóle por muerto fuera de élla; aunque aquella misma noche se volvió á entrar el Apóstol como pudo; pero al amanecer del dia siguiente se salió de Listris, porque no se excitase alguna persecucion contra los fieles.

Crecia su zelo al paso que se multiplicaban los trabajos y los peligros. Corrió con san Bernabé la Pisidia, la Panfilia, la Atalia y gran parte de la Siria, ordenando obispos y sacerdotes, y fundando iglesias en todas aquellas provincias. No es facil imaginar lo mucho que el grande Apóstol padeció por Cristo en aquellas expediciones. Él mismo da testimonio de que ninguno ótro sufrió mas trabajos, recibió mas golpes, toleró mas cárceles: muchas veces se vió á las puertas de la muerte en los rios, en los caminos, en el mar y en las poblaciones. No se pueden explicar los peligros á que se expuso por parte de los judíos, de los gentiles, de los falsos hermanos, empeñados todos en desacreditarle y en perderle, sin estar seguro aun en los mas espantosos desiertos. ¡Cuántos dias pasó sin beber ni comer, y cuántas noches sin dormir, expuesto á todos los rigores del tiempo sin recurso y sin abrigo! Cinco veces fue cruelmente azotado por los judíos con nervios de bueyes; dos con varas por órden de los magistrados de las ciudades de Ásia ó de Grecia; tres veces padeció naufragio; pasó un dia y una noche fluctuando entre las olas del mar, esperando ser tragado de éllas á cada momento. Pero en medio de tantos trabajos san Pablo siempre el mismo; esto es, siem-

pre mas y mas encendido en el amor de Jesucristo; siempre mas y mas zeloso de llevar su santo nombre á todas las naciones de la tierra. Asombro causa considerar las ciudades, las provincias, los reynos y los vastos dominios que corrió este grande Apóstol, anunciando el evangelio en todos éllos.

Hizo tres ó cuatro viages á Jerusalen; corrió, despues que se separó de san Bernabé, todas las iglesias de Cilicia, Siria y Atalia. Estando en Licaonia, recibió en su compañía á su querido discípulo Timoteo: desde allí pasó á Frigia y á Galacia, donde convirtió muchos gentiles. Llamado á Macedonia, predicó en Filipos, donde hizo maravilloso fruto: de Filipos se transfirió á Tesalónica, y desde aquí á Berea y Atenas, donde habló en el Areopago, aquel famoso tribunal de los atenienses, declarando con tanta fuerza y con tanta elocuencia la divinidad de Jesucristo, la resurreccion de los muertos y la santidad del evangelio, que se convirtieron á la fe san Dionisio, uno de los mas sábios y mas célebres individuos de aquella academia; una muger llamada Damaris y ótros muchos. Desde Atenas se encaminó á Corinto, donde hizo mansion cerca de diez y ocho meses, con el consuelo de ver florecer y triunfar en aquella ciudad la religion cristiana; creciendo tanto la iglesia de Corinto por el gran número de cristianos que abrazaron la fe, que fue uno de los mas ilustres reynos de Jesucristo en los primeros siglos.

Pero cuanto mayores eran los progresos que hacia el evangelio, mas tenia san Pablo que padecer. Embarcóse en Cencréa para volver á Siria: atravesó la Galacia, la Frigia, y otras provincias del Ásia mas remotas del mar: llegó á Éfeso, donde predicó el evangelio; pero fue expelido de aquella ciudad por la conjuracion de un platero llamado Demetrio, que sublevó al pueblo contra el Apóstol, irritado de ver lo mucho que se disminuía la venta de sus imágenes ó medallas de la Diana de Éfeso por la predicacion de san Pablo. Transitó por la Macedonia, donde se detuvo algun tiempo; y en fin, volvió por la cuarta vez á Jerusalen hácia el año de 58.

Viéndole los judíos en el templo, se echaron sobre él, y pidieron auxílio para prenderle. *Este es* (decian) *aquel*

hombre que en todas partes predica contra la ley, contra el templo y contra el pueblo de Dios. Del templo se comunicó luego el tumulto al populacho, y concurriendo de toda la ciudad, se arrojaron sobre el Apóstol, arrastráronle fuera del templo, cargáronle de golpes, y hubieran acabado con él, á no haber acudido el tribuno Lisias, que mandaba la cohorte romana; y sacándole con gran trabajo de entre las manos de aquellos furiosos, sin mas averiguacion, ni informarse del motivo, le mandó atar, cargarle de cadenas, y meterle en un calabozo. Era tan grande el concurso, que se vieron los soldados precisados á subirle sobre la escalera de piedra, que estaba á la puerta de la cárcel por la parte exterior. Cuando san Pablo registró desde élla toda aquella muchedumbre, pidió licencia al Tribuno para hablar al pueblo; y obtenida, refirió públicamente la historia de su conversion; pero cuando llegó al lance en que Cristo le mandó que predicase á los gentiles, comenzaron los judíos á dar descompasados gritos, y desenfrenarse contra él como desesperados. Para sosegarlos, le mandó el Tribuno que se entrase en la prision, con ánimo de aplicarle á cuestion de tormento; pero habiendo sabido que era ciudadano romano, mudó de parecer, y le mandó quitar las prisiones. Informado despues que el alboroto era sobre punto de religion, convocó el consejo pleno de los judíos. Apenas abrió san Pablo la boca para hablar, cuando el sacerdote descargó brutalmente en su rostro una furiosa bofetada, que el Santo sufrió con gran paciencia, de modo que la junta quedó como atónita, pasmada y muda, y á breve rato se deshizo tumultuariamente. Mandó el Tribuno que le volviesen á la cárcel para que no le hiciese pedazos la muchedumbre. En la noche siguiente se le apareció Jesucristo, animóle, confortóle, y le dixo, que así como habia dado testimonio de él en Jerusalen, era menester que le diese tambien en Roma.

Mientras pasaba esto en la cárcel, mas de cuarenta judíos habian acudido á casa del príncipe de los sacerdotes, protestándole que no comerian bocado hasta que á Pablo se le quitase la vida; y noticioso de todo Lisias, dispuso que á media noche partiese nuestro Santo con una

buena escolta para Cesaréa, donde se hallaba Felix, gobernador de la Judea, haciéndole un exâcto informe de todo lo sucedido. Dos años le tuvo Felix preso en Cesaréa, donde el Santo confundió á los judíos en cuantas ocasiones se ofrecieron, y convirtió á muchos paganos. Festo, sucesor de Felix, propuso á san Pablo en una junta si queria le remitiese á Jerusalen para que se substanciase y se juzgase su causa; pero el Santo, que sabia la conjuracion de los judíos, respondió que no tenia de qué, pues se hallaba inocente, y jamás habia hecho mal á nadie; pero al fin, ya que su causa estaba en el tribunal del César, apelaba al César. El dia siguiente tuvo otra audiencia del gobernador en presencia del rey Agripa, quien quedó tan plenamente convencido de su inocencia, que dixo á Festo debiera darle libertad, á no haber interpuesto la apelacion al Emperador.

Prevenidas ya todas las cosas para el embarco, san Pablo, seguido de san Lucas y de Aristarco, se hizo á la vela para Roma. A pocos dias de navegacion se levantó una tormenta tan deshecha, que no solo se vieron precisados á arrojar al mar la carga, sino los mismos aparejos del navío; y continuando la borrasca con la mayor violencia, llegaron todos á perder la esperanza de salvarse; pero haciendo oracion el Apóstol, consiguió que ninguno del navío pereciese; y con efecto, dando á la costa en la isla de Malta, todos ganaron tierra, únos á nado y ótros en tablones, sin que hubiese uno que no se reconociese deudor de la vida al santo Apóstol.

Recibieron los isleños á los huéspedes con mucha humanidad, y encendieron fuego para que secasen la ropa: juntó san Pablo un poco de leña menuda para avivar mas la llama, sin reparar en una vívora que estaba dentro de élla, la que apenas sintió la mano cuando picó al Apóstol con su furia natural. Viéronlo los bárbaros, y se persuadieron á que aquel hombre debia ser algun insigne facineroso, á quien perseguia la justicia de los dioses; esperando por instantes que cayese muerto en tierra; pero Pablo no hizo mas que sacudir la mano, y la vívora cayó en el fuego sin haberle hecho el mas leve daño; á cuya vista, atónitos los bárbaros, y mudando de repente de concepto, comenzaron á mirarle como á un hombre extraordina-

rio. Hospedóle en su casa el mas considerable de la isla, llamado Publio, romano de nacion: tenia enfermo á su padre, y apenas le visitó san Pablo cuando quedó repentinamente sano. Con la noticia de este milagro acudieron al Apóstol todos los enfermos de la isla, y todos cobraron salud. Despues de haberse detenido en élla tres meses, se embarcó el Santo con sus compañeros, aportó en Siracusa de Sicilia, desembarcó en Puzol, y partió por tierra á Roma.

Noticiosos de su venida los fieles, salieron en tropas á recibirle, y ya se dexa discurrir la veneracion y la ternura con que lo harian. Diósele permiso para que anduviese libre por la ciudad, con solo un guarda de vista, y se aprovechó de esta libertad para instruir á los judíos, y para confirmar á los fieles en la fe. Dos años estuvo en Roma san Pablo, en los cuales propagó maravillosamente el reyno de Jesucristo, haciendo portentosas conversiones aun dentro del palacio del mismo Emperador; y habiéndose justificado plenamente en todos los tribunales, se le despachó absuelto de todo cuanto le imputaban. Viéndose ya con entera libertad, llevó el evangelio á muchas provincias; y no pocos autores creen haber estado el Santo en España. Es probable que volvió al Oriente, no hallando descanso, ni aun consuelo sino en los trabajos apostólicos: pudiéndose decir sin exâgeracion que fue un milagro continuado la vida de este grande Apóstol.

Restituyóse, en fin, á Roma hácia el año 67 para consolar y fortificar á los fieles en la persecucion de Neron, y encontró en aquella ciudad á san Pedro, que tambien habia vuelto á élla despues de varios viages. En medio de ser entonces Roma como el centro de todas las supersticiones y de todos los vicios del mundo, no pudo resistir al zelo de aquellos dos Héroes cristianos. Ya habia convertido san Pablo á muchos oficiales del Emperador, y habia puesto en camino de salvacion á una de sus mas queridas concubinas, cuando fue arrestado y metido en prision, en la que estuvo un año en compañía de san Pedro, hasta que coronó su gloriosa vida con una preciosa muerte, recibiendo la corona del martirio. Fueron martirizados los dos Apóstoles en un mismo dia y en

un mismo año, que fue el 68 del nacimiento de Cristo. Dícese que corrió leche en lugar de sangre de su santa cabeza separada del cuerpo, y que el verdugo que se la cortó, con otros dos soldados, se convirtieron á vista de aquella maravilla. Es tambien antigua tradicion que en el lugar donde se executó la sentencia brotaron tres fuentecillas, que se conservan corrientes hasta el dia de hoy.

Tenemos catorce epístolas de san Pablo, en las que podemos decir se contiene toda la religion y toda la doctrina cristiana; pero se debe observar que no están colocadas segun el órden cronológico de los tiempos. Pónense las primeras aquellas que dirigió á todos los fieles de alguna particular iglesia, y despues las que escribió á sugetos particulares. La primera es á los romanos, escrita desde Corinto el año 57. La segunda es la primera á los corintios desde Éfeso en el mismo año. La tercera es la segunda á los mismos desde Macedonia algunos meses despues. La cuarta es á los gálatas desde Corinto ó desde Éfeso año de 56. La quinta á los efesios desde Roma el primer año de su primera prision. La sexta á los filipenses desde el mismo lugar, y casi con la misma data. La séptima á los colosenses desde Roma el año de 62, uno posterior á la antecedente. La octava es la primera á los tesalonicences, y fue la primera de todas las que escribió hallándose en Corinto el año 52. La nona es la segunda á los mismos desde el mismo lugar, y poco tiempo despues que la primera. La décima es la primera que escribió á Timoteo desde Macedonia, por los años de 59. La undécima es la segunda al mismo, durante su prision en Roma. La duodécima es la dirigida á Tito desde Nicópolis el año de 64. La décimatercia es la escrita á Filemon desde Roma año de 61. Y la última es la epístola á los hebreos ó judíos convertidos de Jerusalen y de la Palestina, desde Roma, poco despues que recobró su libertad. En todas estas epístolas, ademas de contenerse toda la médula del moral y de la doctrina cristiana, resplandece el tierno amor que el Apóstol profesaba á Jesucristo, cuyo dulcísimo nombre repite en éllas á cada paso.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui multitudinem gentium beati Pauli apostoli prædicatione docuisti; da nobis, ut cujus natalitia colimus, ejus apud te patrocinio sentiamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que alumbraste á los gentiles por medio de la predicacion del apóstol san Pablo; suplicámoste nos concedas sea nuestro protector para contigo aquél, cuya fiesta celebramos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1. de la escrita á los gálatas.

Fratres: Notum vobis facio evangelium, quod evangelizatum est à me, quia non est secundùm hominem, neque enim ego ab homine accepi illud, neque didici, sed per revelationem Jesu Christi. Audistis enim conversationem meam aliquandò in judaismo: quoniàm supra modum persequebar Ecclesiam Dei, et expugnabam illam, et proficiebam in judaismo supra multos coætaneos meos in genere meo, abundantiùs æmulator existens paternarum mearum traditionum. Cùm autem placuit ei, qui me segregavit ex utero matris meæ, et vocavit per gratiam suam ut revelaret Filium suum in me, ut evangelizarem illum in gentibus: continuò non acquievi carni et sanguini, neque veni Jerosolymam ad antecessores meos apostolos; sed abii in Arabiam, et iterùm reversus sum Damascum: deindè post annos tres veni Jerosolymam videre Petrum, et mansi apud eum diebus quindecim, alium autem apostolorum vidi neminem, nisi Jacobum

Hermanos: Os hago saber que el evangelio que yo he evangelizado no es cosa humana, porque yo no le recibí ni le aprendí de un hombre, sino por revelacion de Jesucristo. Porque vosotros habeis oido decir cómo me porté yo un tiempo en el judaismo: cómo perseguia á la Iglesia de Dios sobremanera, y la debastaba, y aprovechaba en el judaismo mas que muchos coetanos mios de mi condicion, siendo el mayor zelador de mis paternas tradiciones. Pero cuando le agradó á aquél que me habia segregado desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia de revelarme á su Hijo para que yo le predicase á las gentes: inmediatamente no me aconsejé de la carne y de la sangre, ni fuí á Jerusalen á aquellos que eran apóstoles antes que yo; sino que me fuí á la Arabia, y volví segunda vez á Damasco: de allí á tres años despues fuí á Jerusalen á ver á Pedro, y estuve con él quince dias, y no ví á ningun otro de los apóstoles sino á Santiago, hermano del Señor. Y

fratrem Domini. Quæ autem scribo vobis, ecce coram Deo, quia non mentior.

en lo que os escribo, Dios es testigo de que no miento.

NOTA.

"Escribió el Apóstol su epístola á los gálatas des-»pues de su viage á Antioquía, y poco despues que les »habia predicado el evangelio En esta admirable epísto-»la se explican los misterios de la predestinacion, de la »vocacion de los gentiles y de su union á los judíos con »toda aquella magestad y dignidad que les corresponde."

REFLEXIONES.

No siendo el evangelio palabra de hombre sino palabra de Dios ¿con qué respeto, con qué ánsia, con qué docilidad se debe oir, y con qué fidelidad se debe obedecer? No nos le enseñó algun puro hombre; enseñónosle el mismo Jesucristo, hombre Dios: él nos descubrió sus misterios; él nos instruyó menudamente en su moral; él nos explicó su doctrina; él nos intimó sus leyes. ¡Qué error! ¡qué extravagancia forjarse cada cual á su fantasía un nuevo sistema de religion, sin mas consulta que la de nuestra limitadísima razon y nuestro antojo! No nos descubrió el Salvador mas que un solo camino para ir al cielo: locura es presumir entrar en él por ótro. Atorméntese cuanto quiera el entendimiento humano para hallar interpretaciones que favorezcan el amor propio: todas sus sutilezas y todos sus artificios solo servirán para echar polvo en los ojos. Nuestra ley es el evangelio: no hay otra regla de conducta que sus máxîmas; ninguna clase, ninguna condicion de hombres está exênta de observarlas; ninguna edad está dispensada; á ninguna esfera, á ninguna calidad de gentes se han concedido privilegios contrarios. Siendo, pues, el evangelio la única regla de nuestra conducta, ¿qué camino llevan aquellos cuya conducta es tan opuesta á las máxîmas de Jesucristo? ¿pero hay por ventura muchos cuyos dictámenes, cuya conducta y cuyas costumbres sean conformes con estas santas máxîmas? La concupiscencia es vicio de todas las edades; la inclinacion á los deleytes se anticipa al uso de la razon;

las pasiones reynan con despotismo y con fiereza en todos los estados. Coteja con el evangelio la profanidad, la delicadeza, la ociosidad y los pasatiempos de las mugeres del mundo: coteja con esta divina regla la ambicion, la codicia y la poca religion de la mayor parte de los mundanos; coteja con élla la vida imperfecta y sensual de muchos que hacen profesion de devotos. ¡Dios mio, qué desproporcion tan enorme, qué disforme, qué monstruosa contrariedad! En medio de eso, ¡esas mugeres disipadas, esos hombres entregados á sus gustos y esclavos de sus pasiones son de la religion de Jesucristo, esperan el mismo jornal que los obreros mas laboriosos, creen el mismo evangelio! ¡Puede haber mas vergonzosa contradiccion de fe, de esperanza y de costumbres! Verdaderamente que este es un misterio de iniquidad, pero misterio facilmente comprensible. A costumbres tan corrompidas corresponde una fe desmayada y casi en la agonía. Si las obras son las fiadoras de la fe, si son la prueba mas concluyente de élla, ¿quién extrañará ya que el error cuente tantos parciales, que la heregía haga tantos progresos, que sea tan corto el número de los escogidos y tan escaso el de los verdaderos fieles de Jesucristo?

El evangelio es del capítulo 10. *de san Mateo, y el mismo que el dia XI, fólio* 157.

MEDITACION.

De las pasiones.

PUNTO PRIMERO.

Considera que las pasiones son el gran móvil de casi todas las acciones de la vida: son pocos los que no gimen baxo el yugo de su tiranía, y menos los que trabajan por sacudir de sí este yugo. Nacieron en el seno del amor propio, y el mismo amor propio las fomenta. Como son criadas de las casas mas antiguas que la virtud, preocupan la razon, y cuando la voluntad las quiere hacer resistencia, se alborotan contra élla; viven siempre de inteligencia con los sentidos, y tiranizan el alma: todos

se quejan de su despotismo, pero al mismo tiempo todos las contemplan: deslumbran con la falsa brillantez de gustos aparentes; pocos dexan de reparar en el lazo, pero apenas uno dexa de caer en él, y aun los mismos que desconfian caen en la red atolondradamente. ¡Qué mal hay en el mundo que no nazca de este emponzoñado orígen!

Multitud de inquietudes, insaciabilidad de deseos, fondo sin suelo de disgustos: turbacion en las familias, guerras en los estados, injusticias, pleytos, querellas, violencias, crímenes enormes, heregías, cismas, parcialidades: todas las calamidades que cubren la tierra de luto y de amargura, todas son fruto de las pasiones. Obra suya es, por decirlo así, el infierno mismo. Aun las pasiones mas inocentes dan frutos amargos; y si duran, bastardean. No habria vicios, si no hubiera pasiones; pues un hombre que quiere hacer algun uso de su entendimiento y de su fe, ¿ha de conceder treguas á un enemigo, de quien debe temer todo lo malo, que le ha de ocasionar tantos sinsabores, y que le ha de precipitar en la última desgracia?

La pasion es la que hace la guerra á la inocencia y á la virtud desde el principio del mundo. ¿Cuántos profetas antiguos persiguió? A élla deben su muerte muchos que la padecieron cruel: élla quitó la vida al mismo Jesucristo: esta es la idea mas cabal de lo que son las pasiones. La pasion de los escribas, de los sacerdotes y de los fariseos fue la que no quiso reconocer al Mesías en el Salvador; la que le calumnió en los tribunales, y la que le puso en una cruz. Habiendo tratado tan mal al Maestro, no se podia esperar que perdonase á los discípulos: no hubo santo que no fuese el objeto del ódio y del furor de las pasiones; pocos que dexasen de ser víctimas de éllas. Y con todo, éste es aquel enemigo de quien se desconfia tan poco; éste es aquel á quien se fomenta, se ama, se halaga y se acaricia. Las pasiones nacen con nosotros, crecen con nosotros, y sin debilitarse con la edad, por lo comun acaban con nosotros. ¡Gran desgracia si nos acompañan hasta la muerte! Andamos jugueteando con estas bestias feroces; muerden siempre cuando halagan, y no se siente la mordedura. ¿Pero cómo no vemos el daño? ¿cómo es posible que habiendo tanto

tiempo que las pasiones están llenando al mundo de desdichas, no nos apliquemos á destruirlas y á aniquilarlas?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que solo con reflexîonar un poco mas de cerca los funestos efectos de las pasiones, parece se encuentra un remedio eficaz contra éllas mismas. Extermínense las pasiones, ó dómense por lo menos, y estará tranquilo, se descubrirá siempre sereno el cielo del corazon. ¿De qué otro principio nacen las tinieblas que se levantan, y no solo le anublan, sino que en alguna manera le quitan toda la luz? Toda pasion ciega; y cuando llega á ser dominante, élla sola es la que aconseja, élla la que guia; ¡pero á qué errores, pero á qué desórdenes, pero á qué precipicios! ¡Santo Dios, cuántos males se siguen de este principio!

Pero entre todos los efectos de las pasiones ninguno mas violento, ninguno mas funesto que el espíritu del error. Éllas son la madre de las heregías: no hay mas que recorrerlas todas. Hallaránse las mismas causas y los mismos efectos; la pasion las engendró, la pasion las conservó, y nunca sobreviven á la pasion. El orgullo, la ambicion, la envidia, la venganza, la luxuria, el interes, el despique: este es el orígen de todas las sectas. Por mas que se quiera disfrazar la pasion, por mas que se pretexten otros motivos, por mas que se las quiera suponer otro principio, no hay que cansarse, la pasion dió á luz todas las heregías. En vano se intenta desnaturalizarlas; no pueden desmentir su nacimiento. Aunque no todas nacieron en un mismo tiempo, pero todas nacen debaxo de una misma estrella, todas son de un mismo pais, todas de un mismo genio. Por eso todas se parecen en muchas cosas; el mismo fin, el mismo objeto, los mismos artificios y el mismo espíritu. Si la pasion no cegara el entendimiento y el corazon, ¿serían menester otros discursos para que abriesen los ojos los que buscan la verdad? ¡En qué errores no vivia Saulo sumergido, y con qué furor no perseguia á los fieles! Con todo eso, él estaba muy persuadido á que todo aquello era puro zelo por la ley; fue menester un milagro para que conociese su error. ¡Oh, qué difi-

cultosas son las conversiones de esta especie! ¡qué raras! ¡qué infrecuentes! En pasándose cierto tiempo, pocas veces se corrigen las pasiones.

¿Quién excita la desunion y el cisma en las familias? La pasion. ¿Reynaria la amistad y la buena inteligencia entre muchas personas, si se hubiera tenido cuidado de domar con tiempo este enemigo de nuestra quietud y de nuestra salvacion? Sería dulce, sería inocente la vida, si fuera menos inmortificada, si desde el principio se hubiese comenzado á luchar contra la pasion hasta vencerla. Toda nuestra aplicacion y todo nuestro conato debia dedicarse á oprimir este enemigo doméstico; pero lejos de eso se le halaga, se le fomenta, y nos familiarizamos mas con él cada dia.

Dadme, Señor, tan claro y tan vivo conocimiento de la malignidad de las pasiones y de las desdichas que causan, que no cese con vuestra divina gracia de combatir contra este enemigo mortal de mi eterna salvacion. Resuelto estoy á aplicarme á tan necesaria lucha el resto de mi vida, penetrado de un vivo y sincéro dolor de haber vivido hasta aquí esclavo de mis pasiones.

JACULATORIAS.

Libera me de sanguinibus Deus, Deus salutis meæ, et exultavit lingua mea justitiam tuam. Salm. 50.

¡O Dios! esperanza única de mi salud, líbrame de las pasiones que me tiranizan, y perpétuamente ensalzaré tus misericordias.

Dirupisti vincula mea, tibi sacrificabo hostiam laudis. Salm. 115.

Espero, Señor, que rompereis los grillos de las pasiones que me tienen aprisionado, y ofreceré en agradecimiento sacrificio de alabanzas á vuestro santo nombre.

PROPOSITOS.

Son las pasiones, como se ha dicho, el gran móvil de las acciones humanas ó de la mayor parte de ellas: pocos se libran de su tiranía; son el sepulcro del espíritu y las

tiranas del corazon; nacen con nosotros; y desdichado aquel que no sobrevive á éllas. Son tan enemigas de nuestro reposo, que, por decirlo así, no sosiegan éllas, mientras no nos ven llenos de turbacion. Nada las tranquiliza, porque nada las contenta: su asunto es consumir y desecar el alma con mil inquietudes, disgustos y pesadumbres. No hay edad exênta de éllas. ¿Eres niño? pues las pasiones son los resortes que hacen mover esa pequeña máquina. ¿Eres jóven? es la edad en que éllas reynan con mayor vigor y con mayor imperio. ¿Eres hombre maduro? nunca mas fuertes que entonces: es verdad que la reflexîon modera tal vez los ímpetus y el fuego, pero el veneno no le extrae. Retíranse las mas aturdidas para ceder el lugar á las mas peligrosas: no son las menos temibles aquellas que hacen menos ruido: una malignidad disimulada y taciturna asegura tanto mas el golpe, y es tanto mas nociva, cuanto es menos descubierta: la vejez debilita las fuerzas del cuerpo y del espíritu, mas no las de las pasiones. Esta es una leccion muy importante para ti. ¿Has trabajado mucho hasta ahora en vencer y en domar esos antiguos enemigos tuyos, que se te han hecho domésticos y familiares? ¿de dónde nacen esas miserias, esas aversiones, esas envidueIas, ese mal humor, esos arrebatamientos, esa ambicion, esa concupiscencia, esa poca devocion y aun poca religion? ¿de dónde esa inquietud, ese desasosiego, esa turbacion y todo lo que tanto te hace gemir interiormente? Tus pasiones te tiranizan: las perdonaste, las lisonjeaste, las consentiste y las acariciaste, y ahora te dan el pago. Trátante como á esclavo, y las serás deudor de tu eterna desdicha. Toma hoy una eficaz y generosa resolucion de sacudir desde luego tan vergonzosa servidumbre; ó éllas te han de perder, ó tú las has de exterminar: para eso tienes en tu mano todos los auxîlios necesarios, y estas mismas reflexîones son los mejores fiadores de esta verdad.

2 Ataca desde este mismo punto á tu pasion dominante. ¿Es la codicia ó la avaricia? pues paga hoy mismo á tus criados, satisface á tus oficiales, y ademas de eso da alguna limosna. ¿Es la inclinacion al juego? propon abstenerte de él en todo un mes. ¿Es el amor al regalo, á la comodidad y á la delicadeza? imponte alguna mortifica-

cion particular, que repitas algunas veces cada semana. ¿Es el mal humor ó la cólera? déxate pudrir antes que descomponerte. ¿Es la envidia y la vanidad? estudia en alabar á todos, y jamás te descuides en expresion que pueda ceder en alabanza propia. ¿Es la pasion de la venganza? hoy mismo has de buscar á tu enemigo, le has de perdonar de corazon, y esta victoria te librará de esa esclavitud. Acaso tiene Dios como vinculada tu salvacion á esta generosidad; y desde luego te pronostíco que experimentarás el consuelo y la dulzura de una accion tan valerosa.

FIN DEL MES DE JUNIO.

TABLA

De los títulos que se contienen en este tomo sexto.

FIN DE LA TABLA.






A 069(257)/105
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600154327
123916461


69
AÑO
CRISTIANO
103


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm